



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

Entre el vínculo y el  
compromiso: la relación de  
Reino Unido con el proyecto  
europeo (1945-2016). Una  
aproximación al brexit a través  
de la prensa española

José Carlos Tenorio Maciá



Tesis **Doctorales**

Unitat de Digitalització UA  
Unidad de Digitalización UA

UNIVERSIDAD de ALICANTE



Universidad  
de Alicante

Departamento de Humanidades Contemporáneas

Facultad de Filosofía y Letras

**Entre el vínculo y el compromiso: la relación de Reino Unido con el  
proyecto europeo (1945-2016). Una aproximación al *brexit* a través de  
la prensa española**

José Carlos Tenorio Maciá

Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

Tesis presentada para aspirar al grado de

DOCTOR POR LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE  
PROGRAMA DE DOCTORADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Dirigida por:

Heidi Senante Berendes

Este trabajo ha sido financiado por la Generalitat Valenciana y el Fondo Social Europeo  
a través de la beca predoctoral ACIF/2018

*A Beatriz Álvarez Tenorio,  
el punto de encuentro de los tres amores de mi vida.*



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>5</b>
<b>CAPÍTULO 1: LOS ANTECEDENTES</b> .....	<b>28</b>
<b>1.1 Del fin de la guerra al Plan Schuman</b> .....	<b>28</b>
1.1.1 La resaca bélica .....	28
1.1.2 Hacia la reconstrucción .....	34
1.1.3 Tiempos de Guerra Fría.....	44
1.1.4 La hora de Francia .....	51
<b>1.2 Del Plan Schuman a la solicitud de Macmillan</b> .....	<b>54</b>
1.2.1 La reacción en las Islas .....	54
1.2.2 Urge rearmarse: la tentativa de una defensa europea .....	59
1.2.3 Al rescate de la CED .....	67
1.2.4 Creer o no en la resurrección: el desmarque de Londres del impulso integracionista.....	70
1.2.5 El contraataque de la vieja <i>Britannia</i> .....	78
1.2.6 Tender puentes desde la división: el nacimiento de la EFTA .....	86
1.2.7 El Canal se estrecha: hacia la solicitud de adhesión.....	90
<b>1.3 De la solicitud de Macmillan a la entrada en la CEE</b> .....	<b>101</b>
1.3.1 Deshojando la margarita: la negociación de un matrimonio controvertido.	101
1.3.2 El <i>impasse</i> tras el veto francés.....	113
1.3.3 ¡Wilson, tenemos un problema!: nuevos inquilinos, viejas preocupaciones	118
1.3.4 Huele a solicitud .....	126
1.3.5 De nuevo rumbo a Bruselas y, de nuevo, el “non, merci” de París.....	131
1.3.6 Segundo <i>impasse</i> .....	134
1.3.7 “¡Goodbye, De Gaulle!; ¡Hello, Europe!” .....	140
1.3.8 El “sí quiero” de Heath.....	147
<b>CAPÍTULO 2: REINO UNIDO COMO ESTADO MIEMBRO</b> .....	<b>161</b>
<b>2.1 De la entrada al Tratado de Maastricht</b> .....	<b>161</b>
2.1.1 Un estreno sin brillo .....	161
2.1.2 El regreso del <i>Labour</i> : renegociación y referéndum como salida a su debate interno.....	166
2.1.3 El “sí quiero” del pueblo británico: un punto de inflexión aparente .....	176

2.1.4 Llega la revolución: Margaret Thatcher y su dinero .....	193
2.1.5 Se exporta la revolución: Margaret Thatcher y su mercado único .....	222
2.1.6 Colisión y fatiga revolucionaria: Margaret Thatcher y su soberanía.....	240
2.1.7 Major, el componedor: sobrevivir a Maastricht .....	267
<b>2.2 Del Tratado de Maastricht al <i>brex</i>it.....</b>	<b>279</b>
2.2.1 Major, el débil: sobrevivir a las heridas de Maastricht.....	279
2.2.2 <i>New Labour, new attitude</i> : Tony Blair y la “participación constructiva” ...	320
2.2.3 La sombra de Irak en Downing Street: descrédito con secuelas en el Club	355
2.2.4 Una crisis oportuna: el fracaso constitucional como alivio para un líder en retirada .....	372
2.2.5 Larga espera para un corto reinado: Brown y el estallido de la crisis financiera .....	387
2.2.6 El renacer de los <i>tor</i> ies: coalición por la austeridad.....	402
2.2.7 Un debate renovado: el lugar de Reino Unido en una Unión más integrada	407
2.2.8 De Bloomberg al <i>brex</i> it .....	414
<b>CAPÍTULO 3: LA PRENSA ESPAÑOLA ANTE EL BREXIT.....</b>	<b>440</b>
<b>3.1 El proceso de integración europea en la prensa española: entre el fin de la guerra en Europa y el reinicio de las negociaciones que convertirían a Reino Unido en Estado miembro (1945-1970) .....</b>	<b>440</b>
3.1.1 Notas históricas .....	440
3.1.3 Síntesis.....	463
<b>3.2 La prensa española ante las consultas sobre la permanencia de Reino Unido en la Unión Europea .....</b>	<b>466</b>
3.2.1 La prensa española ante el referéndum de 1975 en Reino Unido .....	466
3.2.2 La prensa española ante el referéndum de 2016 en Reino Unido .....	481
3.2.3 Síntesis sobre la cobertura de <i>ABC</i> y <i>La Vanguardia</i> en ambas consultas..	492
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>496</b>
<b>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>512</b>

## INTRODUCCIÓN

Al igual que las iglesias y las catedrales se elevaban al cielo para tratar de alcanzar a Dios, la presente investigación se proyecta hacia las raíces de nuestro objeto de estudio —la relación entre Reino Unido y la construcción europea— con el fin último de acariciar —que no poseer— la verdad. Dicho de otra manera: este trabajo es un viaje que se inicia en una zona nublada, de escasa visión —tal y como se suele recibir al visitante en las Islas— y que, sin un destino final, aspira a encontrar luz en algún punto del recorrido. Este destello será, precisamente, el que nos permita ofrecer algunas primeras conclusiones al término de nuestra travesía, a sabiendas de que —en futuras expediciones— el camino recorrido habrá de ser no solo superado sino también revisitado<sup>1</sup>.

### Objetivos y marco de investigación

Con esta idea de trasfondo, lo primero que se persigue en las próximas páginas no es más que analizar los lazos existentes entre la vieja *Britannia* y el proceso de integración europea durante el periodo 1945-2016; esto es, durante los años que median entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el referéndum del *brexít*.

El propio título de esta tesis —que juega con una frase pronunciada por Winston Churchill en el año 1930<sup>2</sup>— ya adelanta cuál ha sido la tónica del acercamiento de Londres hacia sus colegas continentales durante las fechas señaladas: encontrarse a medio camino entre el vínculo —una conexión más bien frágil— y el compromiso —que implica un mayor grado de cercanía o, si se prefiere, de corresponsabilidad entre las partes—.

En términos artísticos, esta tensión entre la aproximación y la diferenciación —que, en lenguaje coloquial, bien podría traducirse como “ni contigo ni sin ti”— estaría reflejada en *La creación de Adán* de Miguel Ángel; en esos dedos que, sin llegar a tocarse, tienden

---

<sup>1</sup> Y es que, como diría Daniel Innerarity, “las historias que contamos tienen que estar abiertas al cambio porque cambian las historias abiertas que somos”. Citado en INNERARITY, D.: *El nuevo espacio público*, Madrid, Espasa-Calpe, 2006, p. 165.

<sup>2</sup> Plasmado en un artículo periodístico, Churchill aseguraba que su país estaba vinculado a Europa pero no comprometido con ella. Dicho de otro modo, Reino Unido estaba con Europa pero no en ella. Citado en BOOKER, C. y NORTH, R.: *The Great Deception: Can the European Union Survive?*, Londres, Bloomsbury, 2016, pp. 13-14.

a hacerlo, hasta el punto de producir cierto desasosiego incluso en el observador más perspicaz.

Otra manera didáctica —y, en este caso, muy recurrente— de ejemplificar las relaciones de vecindad a ambas orillas del Canal se localiza en la idea de las casas adosadas, que comparten un mismo muro pero son independientes: ¿ese muro separa o une?

Son muchas —muchísimas— las voces que, especialmente desde la historiografía anglosajona, han tratado de dar respuesta a esta pregunta<sup>3</sup>. Y, a diferencia de nuestro estudio —que, como se ha sugerido, parte del silenciamiento de las armas en suelo europeo en mayo del 45— un conjunto importante de las mismas —atraídas por el reto de encontrar ecos seculares, como la ruptura de Enrique VIII con Roma, que daría lugar al anglicanismo— ha querido ensanchar su campo de visión remontándose a épocas remotas. Valga destacar tres de las aportaciones más recientes, como *Britain's Europe. A Thousand Years of Conflict and Cooperation* (2017), de Brendan Simms, *A Short History of England* (2018), de Simon Jenkins, o *Britain and Europe: A Short History* (2019), de Jeremy Black<sup>4</sup>.

Ciertamente, la tentación de establecer comparaciones con el pasado resulta irresistible; y más cuando, tradicionalmente, Reino Unido —por no decir Inglaterra<sup>5</sup>— ha tendido a construir su identidad nacional, en buena medida, poniendo en valor su excepcionalidad respecto a los continentales<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> A la pregunta “¿Es Reino Unido europeo?” Timothy Garton Ash respondía su ya célebre “sí pero no solo”. Citado en GARTON, T.: “Is Britain European?” en *International Affairs*, nº 1, vol. 77, enero 2001, p. 13. También ha participado en este debate la clase política. Son muy conocidas las palabras pronunciadas en 2010 por el entonces ministro de Educación, Michael Gove, quien proclamaba que había llegado el momento de revivir el programa académico nacional contando en las aulas la historia isleña de Reino Unido, ya que, en su opinión, estaba siendo ignorada. Para ver su discurso íntegro: <https://conservative-speeches.sayit.mysociety.org/speech/601441> (12-11-2021, 8:46). También es conocido un discurso del diputado *tory* Jacob Rees-Mogg, en el que se referiría a la historia de su país como la historia de una nación global. Amarrado en el puerto desde el año 73 —coincidiendo con la adhesión de Londres al proyecto europeo— la embarcación británica, liberada de Bruselas, podría lanzarse a alta mar para dirigir su mirada al mundo entero en vez de ceñirse a la esfera europea. Para consultar esta intervención: <https://brexitcentral.com/vision-global-facing-outward-looking-post-brexit-britain/> (25-11-2021, 16:41).

<sup>4</sup> Este último es autor de otra obra previa que gira en torno a una idea similar: *Convergence or Divergence?: Britain and the Continent* (1994).

<sup>5</sup> Cabe recordar que, en nuestros días, Reino Unido está compuesto por Gran Bretaña —esto es, Inglaterra, Gales y Escocia, unidas desde 1707— e Irlanda del Norte, separada de la actual República de Irlanda tras la independencia de esta última en 1922 —más de un siglo después de su integración en Reino Unido—.

<sup>6</sup> Una de las obras de referencia sobre la creación de la nación británica es *Britons: Forging the Nation, 1707-1837* (1992), de Linda Colley.

Al fin y al cabo —y siempre de acuerdo con el relato oficial— los anglosajones se habrían revelado como la vanguardia del parlamentarismo —reconociendo de forma temprana la supremacía de la ley sobre cualquier individuo, incluido el monarca— habrían madurado pronto como nación —sin apenas sangre ni grandes enfrentamientos internos— y, más tarde, se habrían erigido como avanzadilla de la Revolución Industrial, siendo capaces de elevar —a pesar de su *smallness*— el mayor imperio de la historia gracias a su amplitud de miras y a su espíritu emprendedor, ambos muy del gusto de los *brexiteers* de nuestros días<sup>7</sup>.

Tradicción democrática, estabilidad institucional, cohesión nacional, proyección global... Todo ello sería característico —por no decir innato— del pueblo británico y contrastaría con la imagen de un continente<sup>8</sup> que, con frecuencia, se ha presentado en continua ebullición, dispuesto a revisar sus fronteras e incluso su identidad, y que cae de forma periódica en intentos autoritarios de unificación patrocinados por el déspota de turno, ya fuese español, francés, alemán o, en la versión contemporánea, comunitario<sup>9</sup>.

En el fondo, este marco de interpretación se encuentra íntimamente ligado con la idea de supervivencia, ya que —como todo ser humano— la preservación de la propia existencia es —o debería ser— la gran preocupación de cualquier Estado. Es aquí donde emerge con fuerza el carácter isleño de Reino Unido, que le obliga a protegerse y a permanecer alerta para prevenir cualquier invasión y, por ende, evitar el surgimiento de una potencia al otro lado del Canal. Las pocas millas náuticas que separan a Dover de Calais —el punto terrestre más cercano a Gran Bretaña— son fortaleza y vulnerabilidad al mismo tiempo. Y esto es, precisamente, lo que ha impedido que el país de la *Union Jack* haya

---

<sup>7</sup> Sobre la historia de Inglaterra hasta la actualidad, Robert Tombs ha publicado recientemente *The English and their History* (2015). Para acercarse al carácter nacional inglés, este libro de Peter Mandler: *The English National Character: The History of an Idea from Edmund Burke to Tony Blair* (2006).

<sup>8</sup> En términos estrictos, lo correcto sería hablar de subcontinente europeo, pero a lo largo de este trabajo —y pidiendo disculpas de antemano al lector— nos referiremos al continente europeo, cuyo uso se encuentra más extendido.

<sup>9</sup> El actual primer ministro británico, Boris Johnson, al referirse a la unificación de Europa durante la campaña del *brexit*, llegaría a decir que algunos como Napoleón o Hitler lo habían intentado y el final siempre había sido trágico. Para el entonces alcalde de Londres, la Unión Europea no era sino un intento de hacer eso mismo a través de otros métodos. Consultado en:

<https://www.telegraph.co.uk/news/2016/05/14/boris-johnson-the-eu-wants-a-superstate-just-as-hitler-did/> (11-11-2021, 9:40).

permanecido ajeno a la realidad de sus vecinos, de la que en última instancia ha dependido siempre su seguridad y, por consiguiente, su prosperidad.

De ahí que, a lo largo de las centurias, se hayan sucedido periodos de mayor y menor participación de Londres en los asuntos continentales, en función de si esta entendía que sus intereses estaban o no comprometidos. A la altura de 1945 —fecha inaugural de nuestra investigación— la experiencia bélica no había hecho más que reforzar en las Islas el relato nacional comentado con anterioridad, dominando el orgullo entre los británicos por haber sido capaces de resistir los embates del enemigo continental, que en esta ocasión portaba la esvástica como emblema.

Dado que había salido victoriosa de la contienda, la vieja *Britannia* se sentía con derecho a mantener su *status* como poder mundial —la estabilidad de sus instituciones y el alcance de su imperio parecía avalarlo— se vanagloriaba de su *special relationship* con Washington —la superpotencia del momento— y se sabía diferente a sus vecinos más próximos, incapaces de superar su pasado conflictivo. No obstante, la realidad se acabaría mostrando muy distinta.

Por motivos evidentes, la mayoría de los investigadores que han abordado la relación entre Reino Unido y el proyecto europeo han creído conveniente iniciar su estudio en 1945; un punto de inflexión en la historia global y, de forma particular, en la de Europa<sup>10</sup>. Por razonable o práctico que resulte, cabe recordar que este lugar común —del que también participa el presente trabajo— no deja de ser un mero convencionalismo y que, por tanto, no se debe pasar por alto que la posguerra es hija de su pasado; sin este último sería imposible explicar muchas de las cosas que se producirían en los años venideros, de modo que el año 45 podría ser ruptura pero es, ante todo, continuidad.

---

<sup>10</sup> Valgan como ejemplo *Britain and European integration since 1945* (1991), de Stephen George; *From Reconstruction to Integration: Britain and Europe since 1945* (1996), de B. Brivati y Harriet Jones; *Britain and European Integration since the Second World War* (1996), de Sean Greenwood; *This blessed plot. Britain and Europe from Churchill to Blair* (1998), de Hugo Young; *Britain and Europe since 1945* (1999), de Alex May; *Britain and European unity, 1945-1999* (2000), de J. W. Young; *Britain and European Integration since 1945: On the Sidelines* (2010), de D. Gowland, A. Turner y A. Wright; *Half in, Half out: Prime Ministers on Europe* (2018), de Andrew Adonis; *Reluctant European: Britain and the European Union from 1945 to Brexit* (2020), de Stephen Wall; o *Britain and Europe in a troubled world* (2020), de Vernon Bogdanor.

Del mismo modo, hemos creído conveniente extender nuestro análisis hasta el 23 de junio de 2016, el día en el que una mayoría del pueblo británico —escasa pero suficiente— expresaría su voluntad de abandonar la familia comunitaria; una marcha que se acabaría haciendo efectiva el 1 de febrero de 2020. Por tanto, según nos vayamos acercando al referéndum del *brexit* en nuestro análisis, resultará ineludible entrar en el terreno de la historia del presente, lo cual nos obligará a extremar la prudencia para preservar el rigor académico.

Así pues, la ruta que nos corresponde realizar en esta investigación es un recorrido circular: del distanciamiento inicial de Londres respecto a la pulsión integracionista procedente del corazón de Europa occidental tras la guerra, transitamos hacia la creciente aproximación —formalizada a principios de los setenta con la adhesión al Mercado Común— para volver, más de cuatro décadas después —y con la Comunidad convertida en Unión Europea— a la separación de partida.

Precisamente, las dificultades de Reino Unido para anclarse con firmeza en el proyecto europeo desde su entrada en 1973 le harían merecedor de distintas etiquetas, como la de “awkward partner”, “foot-dragger”, “fence-sitter”, “reluctant European” o “cautious European”<sup>11</sup>. Algunos, con cierta sorna, llegarían a preguntarse si los británicos se unirían algún día al Club, al entender que incluso mientras estuvieron dentro habían seguido comportándose como *outsiders*.

Así pues, y volviendo al inicio de este apartado, el presente trabajo trata de conocer en profundidad cómo ha evolucionado la relación entre Reino Unido y el proceso de integración europea —con especial atención al periodo 1973-2016— para que, en última instancia, seamos capaces de comprender el sentido del voto que acabaría precipitando el *brexit*.

En el momento de redactar estas palabras, son muy escasas las obras de referencia en nuestro país que aborden en exclusiva esta cuestión —tanto desde la historiografía como

---

<sup>11</sup> La primera de ellas —empleada por Stephen George en *An Awkward Partner: Britain in the European Community* (1990), y que se podría traducir como un “socio extraño” o “socio incómodo”— sería la que, a la postre, adquiriría mayor fama.

desde otras disciplinas— algo que resulta sorprendente habida cuenta del interés que, en nuestra opinión, encierra —y, seguro, seguirá encerrando— dicha temática.

Dentro de esta escasez, cabe rescatar el reciente libro de Jesús García Bonilla titulado *El Reino Unido y Europa, una particular relación (1945-2020)* (2020), el más antiguo de Vicente Blanco Gaspar, *El Reino Unido en Europa* (2000), así como la tesis doctoral llevada a cabo por Alfredo Crespo Alcázar en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid: *La relación de Reino Unido con la Unión Europea: entre 'socio incómodo' y 'euroescéptico'* (2015).

Esta falta de debate historiográfico, por evidente que sea, no esconde que, por lo general, en los círculos intelectuales de nuestro país hayan dominado dos tendencias a la hora de interpretar el *brexit*: la de los partidarios de la permanencia de Reino Unido —sin el cual entendían que la familia comunitaria quedaría incompleta— y la de aquellos que, sin abandonar las posiciones europeístas, veían la salida como una oportunidad para que el Club ganase cohesión —al concebir a Londres, por encima de todo, como un lastre— y, por ende, acelerase su integración.

Del mismo modo, la susodicha ausencia de debate en la historiografía española sobre el difícil matrimonio entre los británicos y la unidad europea tampoco presupone que no se haya publicado alguna obra al respecto centrada en un periodo concreto o en el papel de determinadas figuras políticas, como el libro de Miguel Hueta *Dos conservadores británicos ante la integración europea* (1999), en el que se compara el acercamiento hacia Europa de Edward Heath con el de Margaret Thatcher, su sucesora en el liderazgo *tory* y, al igual que él, futura *premier*.

Aún así, es cierto que, a raíz del referéndum de 2016, el *brexit* ha despertado en nuestro país mayor interés por las relaciones entre Londres y Bruselas; un fenómeno que entendemos como la consecuencia lógica de que, tradicionalmente y desde diferentes disciplinas, nuestros académicos hayan puesto especial empeño en el estudio del proceso de integración europea, que hasta la marcha de los británicos solo había presenciado

oleadas de ampliación y ahora —como diría Enrico Letta— sabía que se había vuelto mortal<sup>12</sup>.

En cierto modo, se podría decir que el *brexít* —en tanto en cuanto ha supuesto un punto de inflexión en la historia del Club, dejándose sentir en infinidad de ámbitos— ha actuado como catalizador en el mundo académico español, que —si bien de forma todavía tímida— ha intensificado su aproximación al particular encaje de la vieja *Britannia* en la construcción europea.

Valgan como ejemplo las aportaciones de Antonio Bar, entre las que sobresale “El Reino Unido y la Unión Europea: inicio y fin de una relación atormentada” (2017), el trabajo de Fernando Guirao, “Brexit e integración europea: un binomio conceptualmente útil” (2019), o el de David Ramiro Troitiño: “La Unión Europea y el Reino Unido. Divergencia histórica y miopismo contemporáneo” (2020), así como las páginas que Daniel Innerarity dedica a esta cuestión en su obra *La democracia en Europa* (2017)<sup>13</sup>.

Al mismo tiempo, este creciente interés por lo ocurrido al otro lado del Canal parece mostrarlo el hecho de que, al calor de la consulta en las Islas, el periodista Luis Ventoso —valiéndose de su experiencia como corresponsal de *ABC* en Londres— lanzase *No temblar ni aunque te corten la cabeza. De Inglaterra, el brexit y todo lo demás* (2017).

Con todo, se puede sentenciar que, si bien nuestro objeto de estudio no resulta novedoso en otras latitudes, sí lo es en España. Y esto, a medida que hemos ido desarrollando nuestro trabajo, nos ha instado a perseverar en nuestro esfuerzo por realizar una aportación que ayude, sobre todo, a explorar una línea de investigación histórica poco tratada por los especialistas académicos hasta la fecha, con el doble objetivo de contribuir a desarrollar este campo de estudio y, con ello, acercar a nuestros conciudadanos la visión de los británicos hacia Europa<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> “Europa sabe que se ha vuelto mortal” sería, precisamente, el título que daría el ex primer ministro italiano al tercer capítulo de su libro *Hacer Europa y no la guerra. Una apuesta europeísta frente a Trump y el Brexit* (2017).

<sup>13</sup> En concreto, la reflexión del filósofo vasco abarca las páginas 283-90.

<sup>14</sup> En ocasiones, a lo largo de este trabajo hablaremos de Europa para referirnos al proyecto de integración europea.

Esto se encuentra íntimamente ligado con el segundo objetivo de nuestro trabajo. Aunque el peso del mismo se localice en la parte histórica sobre la relación Londres-Bruselas hemos creído conveniente añadir una segunda parte que incorpore la voz de la prensa española para examinar, por un lado, cómo fue su acercamiento al proyecto de integración europea hasta la entrada de Reino Unido —un periodo dominado en la Península por la figura de Francisco Franco— y, por otro, cómo presentó —ya con los británicos dentro y con una realidad nacional distinta— la posibilidad de que estos abandonasen la familia comunitaria.

Es decir, a través de la mirada de los diarios españoles pretendemos comprobar si su lectura de la relación entre los británicos y las instituciones europeas ha coincidido o no con la percepción que los propios británicos han tenido de la misma.

Hemos creído que, para valorar en su justa medida la interpretación de las cabeceras españolas sobre el *brex*it, resultaba ineludible averiguar el modo en que fue evolucionando la mirada de las mismas hacia la construcción europea desde los momentos previos a su concepción. Y es aquí donde radica la originalidad de nuestra investigación, puesto que nos adentramos en un terreno ignoto para, precisamente, superar este vacío con el que nos hemos topado al acercarnos a los estudios sobre la historia de la prensa.

Y es que, si bien el franquismo (1939-75) —incluyendo la política exterior y la prensa del periodo— ha sido objeto de estudio recurrente, son escasas las aportaciones realizadas desde el campo del periodismo internacional; sobre todo en los treinta años que van desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la muerte del general ferrolano en 1975, ya que tanto la conflagración mundial como la transición a la democracia han merecido mayor atención. En este sentido, además de las memorias de algunos periodistas españoles —incluyendo las de varios corresponsales en el extranjero durante el régimen de Franco— en el ámbito del periodismo internacional cabría destacar la tesis doctoral realizada por Felipe Sahagún en la Universidad Complutense de Madrid: *La información internacional en España* (1984).

Por otro lado, aunque sí se ha investigado la cobertura mediática de determinados acontecimientos relacionados con el proyecto europeo, ningún trabajo ha estudiado la

evolución de la mirada de la prensa de la época hacia la unidad europea; de ahí que hablemos de vacío académico. Nuestro análisis no aspira a ser sino una tímida contribución a mitigar dicha tendencia de la historiografía española contemporánea<sup>15</sup>.

## Hipótesis

Esta tesis doctoral encontró su razón de ser —que no su germen originario— en unas palabras escritas en el diario *ABC* —de tendencia conservadora— por su entonces director, Bieito Rubido, en junio de 2016. En plena campaña del referéndum que desembocaría en el *brexit*, el periodista gallego se refería a la eventual salida de Reino Unido de la Unión Europea como un acontecimiento antihistórico<sup>16</sup>.

Con ecos del idealismo hegeliano o del más reciente fin de la historia augurado por Francis Fukuyama, Rubido parecía sugerir la inevitabilidad de formar parte de las instituciones europeas; un estadio presumiblemente definitivo en el que un creciente número de países europeos decidirían en conjunto la suerte de todos ellos. Esta idea de “necesidad histórica” del proyecto europeo ha encontrado terreno fértil en España, que tras haber ido “a destiempo con Europa”<sup>17</sup> durante la mayor parte del siglo XX parecía encontrarse donde le correspondía tras la adhesión al Club en el año 86.

No obstante, si algo han tenido claro los británicos —o, al menos, así lo han mostrado sus distintos Gobiernos a lo largo de su membresía— es que la construcción europea debería ser un medio para lograr determinados fines y nunca un fin en sí mismo; una visión que choca, ciertamente, con la idea planteada por el ex director de *ABC*.

De esta tensión parte nuestra principal hipótesis de trabajo. A lo largo de las próximas páginas, trataremos de vislumbrar si, tal y como creemos, el *brexit* fue una decisión mayormente racional. En este sentido, es importante puntualizar qué entendemos por

---

<sup>15</sup> Además, a lo largo de nuestra etapa doctoral hemos publicado, entre otros, dos trabajos sobre el acercamiento de la prensa española a dos cuestiones que marcarían especialmente la participación de Londres en el Club: “Crónica de una ratificación atragantada: el accidentado sí de Reino Unido a Maastricht desde la óptica de la prensa española” (2021) y “El ‘cheque británico’. Una aproximación desde la prensa española” (2020).

<sup>16</sup> *ABC*, 19-6-2016, p. 2.

<sup>17</sup> CRESPO, J.: *España en Europa, 1945-2000. Del ostracismo a la modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 11.

racional: no estamos planteando que fuese un elección sabia —lo cual nos haría caer en juicios de valor— sino que, habida cuenta del relato dominante en las Islas sobre la unidad europea a lo largo del periodo estudiado, consideramos que la opción de la salida era perfectamente comprensible.

De ahí que, desde el comienzo de nuestra labor investigadora, caminemos de la mano de una cuestión capital: a la luz de las particularidades que han marcado el acercamiento de Londres al proyecto europeo y de su manifiesta incomodidad e insatisfacción con el mismo, ¿fue el *brex*it una consecuencia lógica o, si se prefiere, el desenlace más racional?

Justamente, es el grado de comprensión el que nos interesa medir en las páginas de los diarios españoles; saber hasta qué punto se presenta la permanencia en las instituciones como la única opción posible o como la única lógica. Para ello, nos planteamos una segunda hipótesis: desde la entrada de Reino Unido en la Comunidad, la prensa de nuestro país siempre se posicionó en contra de una eventual salida por considerarla irracional.

De ser así, ¿por qué estimó como ilógica la salida? Y, lo que no es menos relevante: ¿cómo caracterizó a los partidarios del *brex*it? ¿se asoció al bando del *leave* con el populismo?

Estas cuestiones nos parecen muy oportunas porque, tradicionalmente, los diarios españoles han tendido a poner en valor la racionalidad del pueblo anglosajón, al que habitualmente se relacionaba con la medida y el sentido común, hasta tal punto que dicha caracterización parecía una reserva propia de las Islas, que llegaban a erigirse como una referencia ejemplarizante para el resto de naciones<sup>18</sup>.

## Metodología y fuentes

Una vez expuestos los principales objetivos e hipótesis de nuestra investigación, nos corresponde hablar de la vía a través de la cual esperamos cumplir con los primeros y resolver las segundas. Nos referimos a la metodología y a las fuentes consultadas<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Sobre esta idea —y otras igual de interesantes— vale la pena leer las páginas introductorias que incluye Ignacio Peiró en su obra *Pompa y circunstancia: diccionario sentimental de la cultura inglesa* (2014).

<sup>19</sup> Llegados a este punto, queremos advertir que todas las traducciones realizadas en este trabajo son propias.

A la hora de abordar las relaciones históricas entre Reino Unido y la Unión Europea hemos combinado fuentes de distinta procedencia, si bien casi todas ellas escritas. Al apostar por una narración cronológica hemos creído adecuado combinar las fuentes primarias y secundarias de carácter bibliográfico —que, como se ha comentado, son abundantes— con la consulta de la prensa de la época en los archivos digitalizados: principalmente, *The Times* (1945-85), *The Guardian/The Observer*<sup>20</sup> (1986-2003) y *The Independent* (2004-2016)<sup>21</sup>.

Esto último creemos que aporta un elemento diferencial a nuestro trabajo<sup>22</sup>, no solo por ofrecernos un relato contemporáneo y de primera mano sobre cada momento particular, sino porque, al proporcionarnos una perspectiva más amplia, nos ha obligado a hilar muy fino a la hora de proceder con la redacción, lo que ha redundado en un texto mucho más riguroso y enriquecido. Dicho de una manera menos ortodoxa: ninguna palabra, frase u oración de todas las que hemos escrito para cubrir los más de setenta años que abarca la presente investigación ha sido dejada al azar; todas —cual puzle— tienen su razón de ser.

Por otro lado, de entre todas las fuentes consultadas para confeccionar este primer bloque cabe destacar las obras de Alan Milward y de Stephen Wall, a quienes se les encomendó desde las Islas la tarea —nada desdeñable— de escribir la historia oficial de la relación entre Reino Unido y el proyecto de integración europea entre los años 45 y 85. Esta tesis

---

<sup>20</sup> *The Observer*, que encuentra su hueco en los domingos, es el periódico hermano del diario *The Guardian*, que sale a la luz de lunes a sábado.

<sup>21</sup> Para la consulta del diario *The Times* se ha recurrido a su propia hemeroteca digital, mientras que para los dos restantes ha sido necesario acudir a los fondos incluidos en la web newspapers.com. Además, se han incluido piezas de otras publicaciones diarias como *Daily Express*, *Daily Mail*, *Evening Standard*, *Financial Times*, *The Daily Telegraph*, *The Economist*, *The New York Times* o *The Sun*, así como de las revistas *New Statesman* y *The Spectator*. Por otro lado, cabe señalar que, desde mediados de la década de los ochenta —coincidiendo con la entrada de España en la familia comunitaria— se empiezan a generalizar las referencias al diario *La Vanguardia*, que a partir de entonces también nos servirá como guía.

<sup>22</sup> También el hecho de que, a lo largo de este primer bloque, introduciremos algunas notas al pie para abordar determinados aspectos sobre la cobertura de la prensa española —en concreto, las ediciones generales de *ABC*, *La Vanguardia Española/La Vanguardia* y, desde 1976, las del diario progresista *El País*— de los siguientes eventos: los comicios celebrados en las Islas entre 1945 y 2016, la batalla presupuestaria de Margaret Thatcher —con el foco en la cumbre de Dublín del 79 que le daría inicio y la de Fontainebleau que la concluiría en el 84— el proceso de ratificación de Maastricht desde la cumbre inicial en diciembre del 91 hasta el fin del camino en Westminster más de un año y medio después, las presidencias europeas del Reino Unido de Blair durante el primer semestre del 98 y el segundo de 2005, y, por último, la reunión de diciembre de 2011 en la que Londres se desmarcaría del llamado *fiscal compact*.

doctoral no esconde —más bien reconoce abiertamente— la enorme deuda contraída con ambos por su exquisita labor investigadora<sup>23</sup>.

Además, el lector observará que también se han incluido algunas fuentes de archivo, fruto de nuestra visita tanto a la sede de los Archivos Nacionales del Reino Unido en Kew como al Archivo Histórico de la Unión Europea administrado por el Instituto Universitario Europeo de Florencia<sup>24</sup>. Ciertamente, el número de referencias extraídas de estos fondos —más bien escaso en comparación con otro tipo de fuentes— nos obliga a hablar de una primera aproximación que, aun resultando suficiente para los fines que nos hemos planteado en este trabajo, deberá de ser superada en el futuro si se pretende — como es el caso— convertir en libro la presente tesis doctoral.

Por último, resulta ineludible comentar que, a la hora de abordar las relaciones históricas entre Reino Unido y el proceso de integración europea, una parte importante de las citas incluidas ha bebido de los fondos —tanto físicos como digitales— proporcionados directa o indirectamente por la biblioteca de la Universidad de Manchester, donde gracias a Dimitris Papadimitriou, director del Jean Monnet Centre of Excellence, estuvimos un mes en el verano de 2019. Lo mismo cabría decir de la biblioteca de la London School of Economics, a la que, por gentileza del Cañada Blanch Centre, pudimos acceder durante octubre y noviembre de 2021.

Además, los tres meses de estancia disfrutados en la Universidad de Santiago de Compostela —cuyas puertas nos abrió nuestro colega Xosé Soengas durante los tres últimos meses de 2020— fueron especialmente valiosos, puesto que, en plena pandemia, su servicio de préstamo interbibliotecario —¡bendita paciencia!— nos facilitó todo — absolutamente todo— lo que les solicitamos.

---

<sup>23</sup> El primero redactó *The UK and The European Community, Vol. I: The rise and fall of a National Strategy, 1945-1963* (2012), mientras que Wall se hizo cargo de los dos volúmenes siguientes: *The Official History of Britain and the European Community, Vol. II: From Rejection to Referendum, 1963-1975* (2013) y *The Official History of Britain and the European Community, Vol. III: The Tiger Unleashed, 1975-1985* (2019).

<sup>24</sup> Los fondos de Kew aparecerán precedidos por la referencia TNA —The National Archives— mientras que los correspondientes a Florencia serán introducidos por las siglas HAEU —Historical Archives of the European Union—. En los Archivos Nacionales se consultaron fondos de la Cámara de Comercio (BT), del Gabinete (CAB) y del Foreign Office (FO). En Florencia y, concretamente, desde la Sala Walter Hallstein, se trabajó con los documentos aportados por Hellen Wallace (HW), John Pinder (JP), Keith Middlemas (MID), Uwe Kitzinger y Noël Salter (UWK/NS) y Documentación de Uwe Kitzinger y Noël Santer (UWK/NS/DOC).

Aún así, no debemos pasar por alto que la irrupción del coronavirus trastocó —como no podía ser de otra manera— nuestros planes. De hecho, en febrero del 20 tuvimos que suspender una estancia en la Universidad Complutense de Madrid —bajo la supervisión del profesor Moreno Juste— y, recientemente, decidimos hacer lo propio con otra que, amparada por Gregorio Alonso, iba a tener lugar en la Universidad de Leeds. Seguramente, esta ha sido la cara más amarga de nuestros más de cinco años de investigación.

En lo que se refiere al bloque dedicado a la prensa cabe hacer varias apreciaciones. En primer lugar, para conocer el acercamiento de las cabeceras españolas a la construcción europea desde el fin de la guerra hasta principios de los setenta —coincidiendo con el reinicio de las negociaciones que, esta vez sí, conducirían a la adhesión de Reino Unido al Club— hemos convenido en seleccionar cinco publicaciones —*ABC*, *Arriba*, *La Vanguardia Española*, *Pueblo* y *Ya*— así como una serie de acontecimientos clave del periodo —en total, dieciocho, que se sucederían desde la rendición incondicional de la Alemania nazi en mayo del 45 hasta la firma del Acuerdo Comercial Preferencial entre España y la Comunidad en junio de 1970<sup>25</sup>— para estudiar, de forma individual y comparativa, cómo fueron cubiertos por los diarios mencionados inmediatamente después de que tuviesen lugar<sup>26</sup>.

Resulta importante resaltar que desde el aislamiento al que se vería sometida la España de Franco tras la victoria aliada en el 45 hasta su progresiva aproximación a los países de la Europa occidental, las publicaciones diarias españolas modularían su discurso al tiempo que lo haría la retórica del propio Régimen. Sin embargo, y sobre todo a raíz de la Ley Fraga del 66 —que eliminaba la censura previa<sup>27</sup> y llevaba cierta liberalización al

---

<sup>25</sup> Además de estos dos eventos, en medio aparecen dieciséis más: el discurso de Churchill sobre los Estados Unidos de Europa (septiembre del 46), la firma del Tratado de Bruselas (marzo del 48), la firma del Plan Marshall por Harry Truman (abril del 48), la firma de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (abril del 49), la creación del Consejo de Europa (mayo del 49), la Declaración Schuman (mayo del 50), la creación de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (abril del 51), la firma del Tratado de la Comunidad Europea de Defensa (mayo del 52), la reunión de Messina (mayo-junio del 55), la firma del Tratado de Roma sobre la Comunidad Económica Europea (marzo del 57), la decisión sobre la creación de la Asociación Europea de Libre Comercio, el fin de las negociaciones y su constitución definitiva (julio del 59-enero del 60), el Informe Birkelbach (enero del 62), la Carta Castiella (febrero del 62) y el recordatorio de esta última (febrero del 64).

<sup>26</sup> No obstante, se incluirán referencias de jornadas previas y posteriores.

<sup>27</sup> Con todo, se debe recordar que “si la suspensión de la censura previa permitió la aparición de noticias y comentarios que sin ella no se hubieran publicado, las sanciones posteriores fueron cien veces más duras

campo de la prensa— existirían diferencias tanto en su línea editorial como en su manera de cubrir los acontecimientos internacionales.

Por otro lado, debe recordarse que durante el periodo de estudio en cuestión —y, sobre todo, al principio del mismo— pocas publicaciones contaban con corresponsales propios en el extranjero; un vacío que ocupaba la agencia EFE —y, en menor medida, Pyresa— filtrando y editando convenientemente la información extranjera para todos los medios informativos españoles; un *cuasi* monopolio que empezaría a resquebrajarse con la aparición de Europa Press en 1957.

Respecto al impacto de la prensa de la época —una cuestión que se escapa de nuestro objeto de estudio— una simple puntualización: cabe ser prudentes. La tirada, si bien aumenta progresivamente a medida que se moderniza la economía y la sociedad españolas, es siempre bastante pobre en comparación con la de otros países europeos; más todavía cuando aparece la televisión a finales de los cincuenta, pronto consolidada como medio de información y de entretenimiento popular por excelencia<sup>28</sup>.

De las cabeceras consultadas en la presente investigación, *ABC*, perteneciente a los Luca de Tena, representaba la rama monárquico-liberal. Aunque en el periodo 1967-70 llegaría a vender más de 200.000 ejemplares diarios<sup>29</sup>, en las postrimerías del franquismo acabaría pagando su confusa trayectoria política. Todo lo contrario que *Ya*, de la Editorial Católica: la apuesta periodística más firme por la apertura política del Régimen<sup>30</sup>. Eso sí, hasta 1952, con la entrada de Aquilino Morcillo, no comenzaría su expansión<sup>31</sup>, una vez recuperada la identidad que el Régimen le había hurtado años antes colocando a un director afín al Movimiento.

---

y severas”. Citado en TIMOTEO, J.: *Historia de los medios de comunicación en España*, Barcelona, Ariel, 1989, p. 253.

<sup>28</sup> FERNÁNDEZ, J. y FUENTES, J. F.: *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España contemporánea*, Madrid, Síntesis, 1997, p. 303.

<sup>29</sup> BARRERA, C. y SÁNCHEZ, J. J.: *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*, Pamplona, EUNSA, 1992, p. 472.

<sup>30</sup> Fue en las páginas de esta cabecera donde, desde el verano del 73, el Grupo Tácito — pertenecientes muchos de sus miembros a la Asociación Católica de Propagandistas— expresó su filosofía aperturista y su defensa de la democracia.

<sup>31</sup> La tirada del *Ya* asciende de forma espectacular entre 1970-75. Este último año alcanza una media de 190.141 lectores, lo que le convertía en el más leído en Madrid. Ahora bien, desde el 76 registraría un descenso igual de espectacular. Citado en MARTÍN, J. A. y VILAMOR, J. R.: *Historia del Ya. Sinfonía con final trágico*, Madrid, CEU, 2012, p. 15.

La misma suerte había corrido hasta 1960 *La Vanguardia Española*, de la familia Godó: el único de los grandes diarios españoles no estrictamente nacional, sino doblemente regionalista e internacionalista. De tendencia liberal-burguesa, se caracterizaba por su moderación política. Además, de acuerdo con Antonio Alférez, “su información internacional iba a ser durante largos años la mejor de toda la prensa española”<sup>32</sup>.

Por otro lado, tanto *Arriba* —buque insignia de la Prensa del Movimiento— como *Pueblo* —altavoz de la Organización Sindical— representaban la ortodoxia del régimen franquista; sobre todo el primero, que tendría su auge en momentos de plenitud falangista y, desde entonces, registraría cifras muy pobres<sup>33</sup>. Por su parte, *Pueblo* pasaría de la irrelevancia a situarse entre los más leídos con la llegada de Emilio Romero en 1952<sup>34</sup>, que de forma casi continuada ocuparía el cargo de director hasta el 75. Rodeado de un equipo de reconocido prestigio, Romero haría de este vespertino un diario de carácter popular, introduciendo en sus páginas cierta crítica editorial aun sin llegar a cuestionar la esencia del Régimen.

En definitiva, en el segundo bloque del presente trabajo nos adentraremos en las páginas de cinco diarios que, de una forma u otra, dominaron la oferta periodística española durante el franquismo: por un lado, *Arriba* y *Pueblo*, ligados al Régimen; por otro, *ABC*, *La Vanguardia Española* —*La Vanguardia* a partir del 16 de agosto del 78— y *Ya*, pertenecientes a grupos privados. No es casual que, una vez reestablecida la democracia en España, los primeros dejaran de existir.

Pero, tal y como se ha indicado con anterioridad, si nos interesa acercarnos a la imagen ofrecida desde las páginas de la prensa española sobre la unidad europea es, precisamente, porque ello nos resultará útil a la hora de valorar cómo estas cabeceras presentaron la posibilidad de que Reino Unido abandonase el Club.

---

<sup>32</sup> ALFÉREZ, A.: *Cuarto poder en España. La prensa desde la Ley Fraga 1966*, Barcelona, Plaza & Janes, 1986, p. 74.

<sup>33</sup> *Arriba* declaraba en 1974 una tirada de 16.000 ejemplares; una cifra muy alejada de los 140.000 alcanzados en el momento de mayor influencia de la Falange en el Régimen, donde no tardarían en imponerse otras familias políticas. Citado en MONTABES, J.: *La prensa del Estado durante la transición política española*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1989, p. 166.

<sup>34</sup> De hecho, a mediados de los sesenta, *Pueblo* llegó a convertirse en el primer periódico de la tarde. Citado en BARRERA, C.: *Periodismo y franquismo. De la censura a la apertura*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1995, p. 68.

Para cumplir con este propósito, hemos creído pertinente centrar nuestra atención en las dos fechas en las que la posibilidad del *brex*it estuvo más cerca mientras Reino Unido se mantuvo como Estado miembro; esto es, las consultas sobre la permanencia en la familia comunitaria celebradas en las Islas el 5 de junio de 1975 y el 23 del mismo mes de 2016.

Respecto al primer evento, nuestro análisis —fundamentalmente cualitativo pero también cuantitativo— mantiene los cinco títulos de la investigación previa —es decir, *ABC*, *Arriba*, *La Vanguardia Española*, *Pueblo* y *Ya*— de tal manera que podamos comparar, tanto de forma aislada como en conjunto, el progreso de su visión hacia el proyecto europeo con su manera de presentar el *brex*it. Para ello, se estudiará la cobertura mediática durante la semana previa y la posterior al día de la consulta —del 29 de mayo al 12 de junio— tomando en consideración cualquier referencia incluida a lo largo de estas quince jornadas<sup>35</sup>.

En el momento de tener lugar este referéndum, la prensa española era la avanzadilla del país en el debate político, del que la ciudadanía se veía privada a nivel institucional por la propia esencia dictatorial del Régimen. Como se ha dicho, el famoso “parlamento de papel” había sido posible a partir de 1966, que, al presenciar la relajación de la anterior ley de prensa del 38, marcaría de alguna manera el inicio de la Transición en el ecosistema periodístico<sup>36</sup>.

La posibilidad de incorporar mayor dinamismo político en los medios<sup>37</sup> será, precisamente, la que explique —en gran parte— el declive de la prensa estatal desde finales de los sesenta, con una ideología que, a ojos de muchos, parecía desfasada. Así, aunque en el 75 esta todavía dominase el mercado periodístico en número de

---

<sup>35</sup> En total trece ediciones, si consideramos que los lunes —domingos en el caso de *Pueblo*— no se publica.

<sup>36</sup> Como diría Carlos Barrera, “la ley de prensa de 1966 había abierto una vía de libertad de expresión que constituía, en el contexto de una España políticamente cerrada, un privilegio que convertía a la prensa en una de las pocas instituciones sociales con capacidad de generar un diálogo político, una confrontación de pareceres diversos. Citado en BARRERA, C.: op. cit., p. 107.

<sup>37</sup> El fin de la censura previa con la llamada Ley Fraga del 66 no fue óbice para que aumentasen los expedientes a los medios: “Los expedientes fueron muy numerosos (y los directores sabían que tres expedientes resueltos positivamente significaban su inhabilitación procesional) y los secuestros de publicaciones arrojaron una media de 48 al año, entre 1966 y 1974”. Citado en ALFÉREZ, A.: op. cit., p. 256. Además, se debe recordar que entre 1966 y 1975 se sucedieron cinco ministros al frente de Información y Turismo, lo que demostraría las dificultades políticas del Régimen en sus últimos años para mostrarse estable.

publicaciones, su liderazgo no se trasladaba al campo de la difusión. De hecho, por estas mismas fechas la prensa del Movimiento perdía en su conjunto anualmente unos 1.500 millones de pesetas: de los aproximadamente treinta y cinco periódicos que lo integraban, solo diez eran rentables<sup>38</sup>, y entre ellos no se encontraba *Arriba*, que en 1974 declaraba una tirada de apenas 16.000 ejemplares<sup>39</sup>.

En ese mismo año, *Pueblo* alcanzaba los 189.000 lectores, una cifra elevada para un diario oficialista que no se explica sin subrayar la impronta de su director Emilio Romero. Por su parte, entre los diarios pertenecientes a grupos privados, la circulación del *Ya* se venía acercando en los últimos años a la del monárquico *ABC* —en el 74 registraban la cifra de 151.000 y 190.000 respectivamente— mientras que *La Vanguardia Española* llegaría en ese mismo curso a los 218.000 lectores<sup>40</sup>.

En cuanto al referéndum de 2016, se mantiene intacto tanto el tipo de análisis como el objeto de estudio. Ahora bien, nuestra muestra varía respecto a la utilizada para analizar la consulta del 75, ya que solo nos detendremos en la cobertura ofrecida por los diarios *ABC* y *La Vanguardia*, al ser estos los dos únicos de los ya tratados que sobrevivirían hasta entonces, logrando, por otra parte, mantener su predominio en el mercado periodístico español: el primero como principal representante del conservadurismo en España y el segundo reforzando su perfil liberal y catalanista. Además, el periodo de análisis se amplía respecto a la investigación anterior, abarcando las dos semanas previas y la posterior al día de la celebración del referéndum —del 9 al 30 de junio—.

Quizá se podría objetar que, a la hora de estudiar el acercamiento de la prensa española a la consulta del *brexit*, el estudio de estas dos cabeceras resulta insuficiente, al encontrarse más publicaciones relevantes —y, por tanto, objeto de análisis— en el panorama mediático de nuestro país. Empero, en la presente tesis doctoral hemos decidido circunscribirnos a los diarios “clásicos”, puesto que lo que más nos interesa es conocer la evolución; algo que, por razones obvias, solo *ABC* y *La Vanguardia* nos pueden

---

<sup>38</sup> BARRERA, C. y SÁNCHEZ, J. J.: op. cit., p. 467.

<sup>39</sup> MONTABES, J.: op. cit., p. 166. Lo que está claro es que son cifras ridículas si consideramos que en 1939 *Arriba* superaba los 100.000 ejemplares y en momentos de plenitud falangista llegaría a alcanzar los 140.000. Citado en MELLONI, A. y PEÑA-MARÍA, C.: *El discurso político en la prensa madrileña del franquismo*, Roma, Bulzoni, 1980, p. 92.

<sup>40</sup> Datos extraídos de la Oficina de Justificación de la Difusión (OJD) y recogidos en el libro ya citado de Antonio Alférez.

proporcionar. De ahí que, al final del bloque dedicado a la prensa, hayamos decidido añadir un apartado para comparar el acercamiento de *ABC* y *La Vanguardia* en las dos consultas<sup>41</sup>.

Por último, cabe señalar que para la realización de esta segunda parte de la tesis hemos tenido que recurrir no solo a la hemeroteca digital de *ABC* y *La Vanguardia*, sino a los archivos —en su mayoría microfilmados, pero algunos también digitalizados— que se encuentran en la sede central de la Biblioteca Nacional de España —sita en Madrid— y, en concreto, en la Sala de Prensa y Revistas Larra. Sin ellos nos hubiese resultado imposible adentrarnos en las páginas de *Arriba*, *Pueblo* y *Ya*.

Además, para acceder a las fuentes bibliográficas incluidas en este segundo bloque recurrimos, fundamentalmente, a los fondos de dos universidades gallegas: la de Santiago de Compostela y la de Vigo. No obstante, esta aclaración no estaría completa sin mencionar la asistencia que, en momentos puntuales de especial dificultad, nos brindó el profesor Álvaro de Diego.

## Estructura

Si el lector adopta la vista de pájaro para tomar cierta perspectiva respecto a estas páginas observará que el presente trabajo está conformado por tres capítulos: los dos primeros dedicados a las relaciones históricas entre Reino Unido y el proceso de integración europea y el último de ellos centrado en el estudio de la prensa española.

El **primer capítulo** —que aparece inmediatamente después de la introducción— parte de mayo del 45, con el fin de la guerra en suelo europeo, y se extiende hasta las postrimerías del año 72, justo antes de producirse la entrada de los británicos en la familia comunitaria. A su vez, este primer bloque aparece subdividido en tres apartados diferenciados.

A grandes rasgos, el primero de ellos expone la situación en la que se encontraba Reino Unido a la salida del conflicto y ahonda en los pilares que, a partir de entonces,

---

<sup>41</sup> Esta vez ampliando una semana el periodo establecido inicialmente para analizar la consulta de 1975, de tal forma que dicho análisis abarcase el mismo tiempo que el que se llevó a cabo sobre el referéndum de 2016.

sustentarían su política exterior, con especial interés por la relación que Londres trata de tejer con sus vecinos continentales hasta que Francia da un paso adelante y asume el liderazgo de la integración europea.

El segundo apartado está reservado al modo en que la vieja *Britannia* —a pesar del fracaso de la Comunidad Europea de Defensa, que parecía agotar la vía supranacional— se vio obligada a rectificar su postura hacia la integración, pasando del distanciamiento inicial respecto al Plan Schuman a la búsqueda activa de alternativas para contener la amenaza del naciente Mercado Común, al que —tras quedarse sin opciones realistas— acabaría llamando a la puerta.

El último punto de este capítulo inicial pone el foco en las dificultades que, a lo largo de los años sesenta, impidieron el ingreso de la nación de tenderos —Napoleón *dixit*— en la Comunidad; no solo por sus propias contradicciones internas —las de los *tories* y, especialmente, las de los laboristas— sino, sobre todo, por el doble veto del general De Gaulle, cuya retirada facilitaría —ya con el cambio de década— la llegada de la Europa de los Nueve.

El **segundo capítulo** es, sin duda, la parte nuclear de la tesis, puesto que está dedicado a los 43 años que mediaron entre la adhesión oficial de Reino Unido al Club y el referéndum que precipitaría su abandono del mismo. Es decir, básicamente se ocupa de la condición de las Islas como Estado miembro; esto es, de su participación en las instituciones comunitarias. De la centralidad de este bloque habla por sí solo el número de páginas que reúne: más del doble que el capítulo anterior. Pese a ello, su contenido se desdobra en tan solo dos apartados, cuya línea divisoria aparece delimitada por la firma del Tratado de Maastricht a finales del 91: el mayor salto adelante en la historia de la unidad europea.

El primer apartado está reservado a la relación entre Londres y sus socios continentales desde su ingreso hasta Maastricht. Al principio se aborda el desafortunado inicio de los anglosajones, tanto por la complicación del contexto económico internacional como por las dudas del Partido Laborista respecto a la construcción europea, que —a propósito de la consulta planteada a sus conciudadanos para ratificar la permanencia— reavivará viejos recelos al otro lado del Canal sobre las credenciales europeístas de los isleños.

Más adelante se centra en los años del thatcherismo, dominados por el contencioso presupuestario —que desembocaría en el famoso cheque británico— la apuesta *made in Britain* por el mercado único —germen del Acta Única— y, hacia el final del mandato de la *premier*, por su reacción ante el creciente protagonismo del Ejecutivo comunitario — sobre todo en el campo monetario y social— que inaugurará el euroescepticismo contemporáneo, al tiempo que el principal partido de la oposición adopta una postura más amable hacia la Comunidad.

Una vez consumada la caída de *Maggie*, la narración de este primer apartado se cierra con el autoproclamado éxito de John Major en Maastricht, al entender que había logrado explotar su talante más conciliador en la mesa comunitaria —obteniendo para su país las célebres cláusulas de exención respecto al euro y al capítulo social— sin alterar las principales líneas rojas de su predecesora.

A continuación, el siguiente y último apartado de este segundo capítulo retoma el acuerdo de Maastricht para abordar, por un lado, las dificultades que, contra todo pronóstico, acabaría teniendo Major para ratificarlo en las Islas y, por otro, su incapacidad para, a partir de entonces y hasta su marcha, desmarcarse de la cuestión europea. Acto seguido se detiene en el *New Labour* liderado por Tony Blair y, en concreto, en el esfuerzo de este —no siempre coherente y, finalmente, con un resultado cuestionable— por acercar a sus compatriotas al proyecto europeo.

Este segundo apartado concluye con el estallido de la crisis financiera al poco de instalarse Gordon Brown en el 10 de Downing Street<sup>42</sup>, la vuelta de los *tories* al poder con la receta de la austeridad —en coalición con los liberales— y, por último, con el dilema reabierto en el Partido Conservador —que, en última instancia, acabaría “resolviendo” el referéndum de 2016<sup>43</sup>— con motivo de la pulsión integracionista procedente del otro lado del Canal para tratar de dar salida a los problemas de la Eurozona.

---

<sup>42</sup> Esta es la residencia oficial del primer ministro británico, donde se encuentra también su oficina. En adelante, hablaremos indistintamente del 10 de Downing Street o sencillamente de Downing Street para referirnos al *premier* y a su equipo más cercano, aunque esta calle no sea exclusiva de la principal figura política del Gobierno británico.

<sup>43</sup> Se emplean las comillas para advertir que este dilema todavía no ha desaparecido en las Islas.

Volcado en el análisis de la prensa española, el **tercer capítulo** es el más breve de todos, ya que, tal y como se ha advertido, pretende erigirse en un primer acercamiento al estudio de la imagen del *brexít* en los diarios de nuestro país. Como el lector podrá observar, este bloque se divide en dos partes bien diferenciadas: una centrada en la cobertura mediática de distintos acontecimientos vinculados con el proyecto europeo hasta que Reino Unido se encaminó de forma definitiva hacia el ingreso en la Comunidad en 1970; y otra que, ya con los británicos en el seno de las instituciones, incorpora el análisis de las cabeceras españolas sobre las dos consultas celebradas en las Islas en torno a la permanencia en el Club: la del 75 y la del año 16.

La primera parte introduce unas notas históricas sobre la situación de España durante el periodo en cuestión (1945-70) para contextualizar tanto el análisis de la prensa incluido acto seguido —que aborda el tratamiento de dieciocho fechas clave por parte de *ABC*, *Arriba*, *La Vanguardia Española*, *Pueblo* y *Ya*— como la síntesis que —a modo de conclusiones— sucede a este último.

Por su parte, la segunda mitad de este capítulo incorpora las investigaciones sobre los dos referéndums: en primer lugar el de 1975, con la cobertura de las cinco publicaciones aludidas así como una síntesis general y, a continuación, la consulta popular de 2016, en la que se restringe el estudio a los diarios *ABC* y *La Vanguardia* para, como último punto, establecer una comparativa sobre su acercamiento en ambas consultas.

A modo de colofón —y justo antes de proceder con el apartado final de fuentes y bibliografía— se expondrán las principales conclusiones alcanzadas o, si se prefiere, los primeros destellos de nuestro recorrido referidos al inicio de esta introducción.

Nota personal<sup>44</sup>

Decía el escritor inglés, Jonathan Coe, que la idea del *brexít* le transportaba directamente a la canción de Shirley Collins “Adieu to Old England”<sup>45</sup>, en cierta medida debido a la obsesión que percibía entre sus compatriotas por los tiempos pretéritos. De acuerdo con esta lógica, de ser cierto que el pasado es un país extranjero —en expresión célebre de

---

<sup>44</sup> Por un momento, abandonamos el plural mayestático para recuperarlo al terminar este apartado.

<sup>45</sup> Así lo reflejaría el autor en su novela *Middle England* (2018).

otro novelista británico— este aforismo perdería su validez al tratar de ser aplicado al otro lado del Canal; y es que los anglosajones compartirían un relato que, más allá de su grado de veracidad, les permitiría conocer muy bien de dónde venían<sup>46</sup>. ¿No sería el *brexít* sino un grito de nostalgia en la tierra del “Hope and Glory”? ¿Una súplica para recuperar el “Rule, Britannia! Britannia, rule the waves!?”<sup>47</sup>.

Ciertamente, nunca me ha convencido del todo esta explicación. Nunca ha dejado de parecerme incompleta; o eso he querido creer. Quizá porque mi aprecio por las Islas comenzó desde muy pequeño —al menos desde que tenía nueve años, influido por el talante *gentleman* de mi padre, que se ha visto reafirmado tras cada una de sus recurrentes visitas de trabajo a Londres— y, desde entonces, siempre he tratado de combatir la idea de que todo el mundo entiende el inglés pero nadie a los ingleses. Una lucha, muchas veces, a contracorriente, dada la tendencia de mis conciudadanos, los españoles, a huir de nuestra propia historia, a diferir sobre la misma y, en palabras de Fernando García-Mercadal, a mantener a nuestro país en un estado de “anorexia simbólica”<sup>48</sup>, el cual ha dificultado nuestra capacidad para —o limitado nuestro deseo de— comprender a otras naciones con alta estima de sí mismas.

Así pues, este trabajo parte de mi reconocida anglofilia —anglófilo que no “carpetobritánico”, como gustaría de precisar Charles Powell—. Y lo hace con el propósito de refutar a Oscar Wilde, quien habría dicho que solo podíamos dar una opinión imparcial sobre aquellos asuntos que no nos interesaban. Es decir, sin esconder que considero a Reino Unido como mi segunda patria<sup>49</sup> —la primera sería la española,

---

<sup>46</sup> Para Tony Judt, “la capacidad de los ingleses para plantar y cuidar un jardín del olvido con el que recordar amablemente el pasado, negándolo enérgicamente, no tiene parangón”. Citado en JUDT, T.: *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*, Barcelona, Taurus, 2015, p. 1102. Para Miguel Hueta, los años transcurridos desde el fin de la II Guerra Mundial habrían sido para Reino Unido la historia de una lucha por reconciliar un pasado que no se podía olvidar con un futuro que no se podía evitar. HUETA, M.: *Dos conservadores británicos ante la integración europea*, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid, 1999, p. 5. Vernon Bogdanor, por su parte, se preguntaba si una nación podía o debía buscar escapar de su pasado y si este último actuaba en las Islas como inspiración o, más bien, como freno. Citado en BOGDANOR, V.: *Britain and Europe in a troubled world*, Londres, Yale University Press, 2020, p. 1.

<sup>47</sup> En este sentido, cabe citar un pasaje de *Historia de dos ciudades* (1859), de Charles Dickens, en el que un personaje dice las siguientes palabras: “Todos tenemos misterios ocultos en nuestro pecho que necesitan para manifestarse una circunstancia que los evoque”. Citado en DICKENS, C.: *Historia de dos ciudades*, Barcelona, Alba minus, 2018, p. 371.

<sup>48</sup> Consultado en: <https://www.europapress.es/cultura/noticia-general-fernando-garcia-mercadal-garcia-loygorri-ganador-viii-premio-hidalgos-espana-20181130233155.html> (26-11-2021, 10:12).

<sup>49</sup> Al igual que lo reconocería Jovellanos, aunque este último nunca llegaría a poner un pie en las Islas. Citado en JIMÉNEZ, D.: *Nuestro hombre en Londres: Ramiro de Maeztu y las relaciones angloespañolas (1898-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2020, p. 30.

matizada con toques de iberismo— a lo largo de las próximas páginas aspiro a ofrecer un relato riguroso, apasionadamente desapasionado, sobre el acercamiento siempre difícil entre la vieja *Britannia* y la nueva Europa surgida de las cenizas de la II Guerra Mundial, para tratar de saber por qué —trayendo a colación una escena de *Ciudadano Kane* (1941)— la primera fue novia y nunca esposa en la relación con sus vecinos<sup>50</sup>.

En última instancia, mi motivación para dedicar cinco años de mi carrera profesional al estudio de este asunto ha surgido y se ha mantenido impulsada por el amor a la vida que no ha dejado de transmitirme mi madre, y que, con el paso de los años, he visto reflejado en el principio de *sapere aude* o “atrévete a saber”, que ha inoculado en mí la necesidad —casi enfermiza— de adentrarme en el terreno de lo inescrutable y de perseverar en la búsqueda de respuestas que, por definición, son una fuente imperecedera de nuevas y, con frecuencia, mejores preguntas. De ahí que, volviendo al inicio de este apartado, si fuese necesario identificar el presente trabajo con una canción, este sonaría al ritmo de “Viva la vida”, el célebre *single* de Coldplay.

#### Agradecimientos

Mi gratitud tiene una destinataria principal: la profesora Heidi Senante Berendes. Su figura ha sido tan importante para mí como la letra h —que, no por casualidad, encabeza su propio nombre— para nuestra lengua: sin hacer apenas ruido, su presencia permite que todo cobre sentido.

---

<sup>50</sup> Así lo expresaría un político francés, en palabras recogidas por el *Financial Times* a principios de 2013: “I love you very much and I will marry you as long as I remain single”. Citado en GOWLAND, D.: *Britain and the European Union*, Londres, Routledge, 2017, p. 4.

## CAPÍTULO 1: LOS ANTECEDENTES

### 1.1 Del fin de la guerra al Plan Schuman

#### 1.1.1 La resaca bélica

El 7 de mayo de 1945, a última hora de la tarde, se confirmaba públicamente lo que muchos, sobre todo en el centro de Londres, llevaban horas celebrando: la Alemania nazi había presentado su rendición incondicional. Así se ponía fin a casi un lustro de guerra en Europa. Habría que esperar al mes de septiembre para que, esta vez Japón, golpeada por las bombas atómicas estadounidenses, rubricase con su firma el fin de la II Guerra Mundial (1939-45).

Pero, por lo pronto, el silenciamiento de las armas en suelo europeo, unido a los dos días de celebración oficial decretados por el Gobierno británico, parecían dar licencia al pueblo anglosajón para festejar la victoria de los Aliados sobre las potencias del Eje. De acuerdo con el periodista español Carlos Sentís<sup>1</sup>, testigo de lo que acontecía en la capital londinense, el entusiasmo popular en el Día de la Victoria (*VE Day*) se asemejaba al ambiente carnavalesco<sup>2</sup>.

No era para menos: el propio primer ministro, Winston Churchill, había instado a sus conciudadanos a regocijarse por un momento<sup>3</sup>. El *premier tory*, líder carismático de un Gobierno de coalición que se había establecido en los primeros compases de la contienda para hacer frente común contra la causa enemiga<sup>4</sup>, parecía merecerse también —a decir de las aclamaciones populares que recibiría durante estas jornadas— unas horas de

---

<sup>1</sup> Además de sus crónicas para la prensa española, este autor escribiría una obra sobre dicho periodo: *La paz vista desde Londres: de Dachau a Picadilly en el Día de la Victoria*, Barcelona, Rosas Bayer, 1945.

<sup>2</sup> *La Vanguardia Española*, 12-5-1945, p. 12.

<sup>3</sup> Discurso pronunciado por Winston Churchill el 8 de mayo de 1945. Para su lectura íntegra: <https://winstonchurchill.org/resources/speeches/1941-1945-war-leader/end-of-the-war-in-europe/> (18-2-2021, 11:33).

<sup>4</sup> El gabinete de Churchill estaba integrado mayoritariamente por conservadores y, en menor medida, laboristas —primer partido de la oposición desde 1922 y, a partir de entonces, con alguna experiencia en el gobierno pero siempre en minoría—, además de contar una participación mínima de los liberales.

desinhibición: nunca fue su prestigio ni el de su Gobierno tan elevado como en este momento de la victoria<sup>5</sup>. Ciertamente, esta podría ser considerada su hora más gloriosa<sup>6</sup>.

Sin embargo, “por mucha celebración que tuviera lugar al final de la guerra, en realidad Europa estaba de luto”<sup>7</sup>. Es cierto que, a excepción de la Unión Soviética (URSS), solo Reino Unido podía considerarse vencedor entre los países europeos: no solo había logrado resistir la ocupación del Régimen nazi sino que, a diferencia de la mayoría de sus vecinos, sus instituciones permanecían intactas. Ahora bien, jugando con las célebres palabras del filósofo alemán Theodor Adorno, los británicos tampoco estaban como para escribir poesía al término de la conflagración<sup>8</sup>.

Efectivamente, las pérdidas humanas registradas en las Islas no eran tan elevadas como en otros lugares<sup>9</sup> y, por otra parte, el tejido nacional —léase carreteras, vías férreas, astilleros, fábricas y minas— había logrado salir indemne de la guerra<sup>10</sup>. Pero el país de la *Union Jack* no solo se había dejado en el camino un cuarto de su riqueza nacional —el doble que en la Gran Guerra y más que ningún otro combatiente en proporción—<sup>11</sup> sino que, además, su nivel de endeudamiento alcanzaba ahora cifras desorbitadas: las cuentas nacionales presentaban la mayor deuda externa de la historia<sup>12</sup>. Esta transformación, de banquero del mundo a mayor deudor del planeta<sup>13</sup>, queda reflejada de forma gráfica en la siguiente comparativa: si en el año 38 el resto del mundo debía a cada inglés una media de ochenta libras por persona, en 1945 cada inglés tenía que devolverle veinte<sup>14</sup>.

---

<sup>5</sup> MCCALLUM, R. B. y READMAN, A.: *The British general election of 1945*, Londres, Frank Cass & Co. Ltd., 1964, p. 12.

<sup>6</sup> Guiño al discurso que pronunció el propio Churchill el 18 de junio de 1940 en los Comunes. En él, para dar aliento a sus conciudadanos, les instaba a convertir la lucha contra el nazismo en su hora más gloriosa a ojos de las futuras generaciones. La expresión “The finest hour” permanecería para la posteridad.

<sup>7</sup> LOWE, K.: *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 38.

<sup>8</sup> No es casual que George Orwell, por aquel entonces, se decantase por escribir distopías, como *Rebelión en la granja* (1945) o *1984* (1949).

<sup>9</sup> Lowe habla de 300.000 bajas de un total de entre 35 y 40 millones; una cifra que representaría un tercio de los británicos caídos en la I Guerra Mundial (1914-18). Citado en LOWE, K.: op. cit., p. 34.

<sup>10</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 519.

<sup>11</sup> YOUNG, H.: *This blessed plot. Britain and Europe from Churchill to Blair*, Londres, Papermac, 1998, p. 22.

<sup>12</sup> CAIRNCROSS, A.: “Reconversion, 1945-51”, p. 26 en CRAFTS, N. F. R. y WOODWARD, N. W. C.: *The British economy since 1945*, Oxford, Clarendon press, 1991.

<sup>13</sup> MAY, A.: *Britain and Europe since 1945*, Harlow, Longman, 1999, p. 7 y JUDT, T.: op. cit., p. 246.

<sup>14</sup> ABC, 31-3-1966, p. 63.

Así pues, las celebraciones del fin de la guerra en territorio anglosajón estaban condenadas a ser un mero paréntesis; una breve pausa ante la ingente empresa a la que habría de hacer frente la otrora primera potencia mundial.

Como muestra evidente de ello, apenas dos semanas después del *VE Day*, el ministro británico de Alimentación, Colonel Llewellyn —que ya había advertido que, ante la escasez mundial de alimentos, lo peor estaba por llegar— anunciaba recortes en la provisión de comida<sup>15</sup>. Como decía *The Times*, el anuncio probaba que el estado de guerra todavía no se había acabado pese a la victoria<sup>16</sup>. Para muchos, la paz era como la guerra pero sin las matanzas<sup>17</sup>. Esta última imagen, precisamente, será la que permita al historiador británico Tony Judt manifestar que “la orgullosa y victoriosa Gran Bretaña parecía en cierto modo más austera, pobre, gris y lúgubre que cualquiera de las otrora derrotadas, ocupadas y ultrajadas tierras del otro lado del mar”<sup>18</sup>.

No obstante, esta estampa sombría del Reino Unido de posguerra es compatible, por paradójico que pueda parecer, con otra de marcado colorido en la que se muestra a un país isleño satisfecho por haber logrado superar, desde la unidad nacional y la fortaleza de su sistema de Gobierno, las vicisitudes de la experiencia bélica. En este sentido, la II Guerra Mundial parecía justificar, una vez más, el orgullo patrio de los británicos<sup>19</sup>.

En la ribera meridional del canal de la Mancha, sin embargo, imperaba una sensación de agotamiento tras el cese de las hostilidades. La guerra del 14 y su continuación en el 39 mostraban, con toda su crudeza, la cara más amarga de un nacionalismo que no solo había enfrentado a Estados, sino a ciudadanos del mismo país; a familias del mismo barrio. No sería una casualidad que los alemanes hablasen de *Stunde Null* u Hora Cero a partir de la caída del nazismo. Era un volver a empezar: había que reconstruir el país desde el recuerdo para no caer en viejos errores, pero también desde la desmemoria, de tal forma que el pasado no se convirtiese en un lastre para la convivencia futura.

---

<sup>15</sup> Por aquel entonces, “en lo que se refiere a carencias diarias, la mayor preocupación —y fuente de potenciales conflictos— fue sin duda la comida” en KYNASTON, D.: *Austerity Britain: 1945-51*, Londres, Bloomsbury, 2007, p. 104.

<sup>16</sup> *The Times*, 23-5-1945, p. 5.

<sup>17</sup> JENKINS, S.: *A short history of England*, Londres, Profile books, 2018, p. 255.

<sup>18</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 247.

<sup>19</sup> De esta forma, el futuro de Reino Unido parecía encontrarse en su pasado. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: *Britain and European Integration since 1945: On the Sidelines*, Londres, Routledge, 2010, p. 19.

Por lo tanto, mientras que la guerra había demostrado a los británicos las virtudes de un fuerte patriotismo y confirmado su estatus como una “raza isleña” diferenciada, a sus vecinos continentales solo les había revelado los peligros de un nacionalismo desatado y la insensatez de dibujar líneas en un mapa<sup>20</sup>.

De ahí que, como dice Kaiser, la II Guerra Mundial contribuyese, en cierto modo, a “deseuropeizar” las islas británicas<sup>21</sup>. Aunque quizá sería más preciso hablar del refuerzo de un relato nacional secularmente “deseuropeizado”, acostumbrado —tal y como señalamos en la introducción— a contraponer la tradición democrática, la estabilidad y la cohesión nacional —supuestamente inherentes a la Madre Patria— a un continente abocado a la conflictividad, al revisionismo y también al autoritarismo.

En cualquier caso, una vez conseguida la paz en mayo del 45, tanto Reino Unido como los países de su entorno debían centrar su mirada en un objetivo común: la reconstrucción. En tierras anglosajonas, al Gobierno de unidad nacional —formado en mayo de 1940— le correspondía restablecer el tradicional juego electoral que la llegada de la conflagración había puesto en suspenso.

Churchill ofreció a sus colegas de gabinete—fundamentalmente, a los miembros laboristas— la posibilidad de llamar a las urnas una vez concluyese la guerra en el frente oriental, pero el Comité Nacional Ejecutivo del Partido Laborista, reunido el 21 de mayo, rechazó esperar a una hipotética caída de Japón. Este dictamen, en la práctica, daba la puntilla al Gobierno de coalición e iniciaba la cuenta atrás para la cita electoral.

Así, los ciudadanos británicos volvían a decidir, en la jornada del 5 de julio, quién merecía residir en el 10 de Downing Street. Para sorpresa de muchos, el inquilino elegido sería el candidato laborista, Clement Attlee, miembro destacado del equipo gobernante durante la guerra. El *Labour* se había presentado con el manifiesto “Let Us Face The Future” y, efectivamente, el electorado, votando por el cambio, se decantaba por poner el destino

---

<sup>20</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: *Continental drift. Britain and Europe from the end of Empire to the rise of Euroscepticism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, p. 16.

<sup>21</sup> KAISER, W.: *Using Europe, abusing Europeans. Britain and European integration, 1945-63*, Reino Unido, Macmillan Press Ltd., 1999, p. 9.

del país en sus manos. Churchill, con una campaña personalista y muy asociada a la guerra, debía asumir que una cosa era su popularidad y reconocido heroísmo y otra muy distinta que sus conciudadanos le confiaran la gestión del gobierno en tiempos de paz<sup>22</sup>.

Además, los *tories* todavía arrastraban el doble fracaso que había supuesto, por un lado, su política de apaciguamiento hacia Hitler —que había precipitado, precisamente, la llegada del Gobierno de coalición— y, por otro, su gestión económica durante la década de los treinta —que, marcada por el desempleo, había priorizado, en opinión de muchos, el interés privado sobre el general—.

Ahora, en cambio, el espíritu de esfuerzo colectivo promovido durante los años en guerra parecía apuntar hacia un mayor peso de los valores comunitarios y, por ende, hacia una mayor protección del Estado<sup>23</sup>. Ya en diciembre de 1942, el propio *The Times*, ligado al conservadurismo, adelantaba que ninguna nación sería grande ni poderosa en el futuro si desatendía el cuidado de sus ciudadanos: “la paz no se mantendrá indefinidamente solo bajo la fuerza militar. El aumento de los estándares de vida y el pleno empleo permanecen como los últimos bastiones de la seguridad”<sup>24</sup>.

Con estas ideas de trasfondo, resulta más fácil comprender las dificultades de Churchill para rentabilizar su advertencia de que un hipotético gobierno laborista traería consigo la aparición de la Gestapo en las Islas<sup>25</sup>. Los resultados de los comicios reflejaban que los electores temían más el regreso a la austeridad del pasado que el supuesto radicalismo del

---

<sup>22</sup> La prensa española de la época —que recordaba la madurez política del electorado británico— reaccionaría, antes de nada, insistiendo en que el triunfo laborista no significaba la victoria del comunismo y que, por tanto, no se produciría un cambio brusco en el devenir de la política británica. Así lo expresaría, por ejemplo, el diario *Ya* desde su editorial: “Desarrolladas en un recinto propio y con sus características propias, [las elecciones] no deben ser interpretadas sino en su propia esfera”. Ver *Ya*, 27-7-1945, p. 2. O como se diría desde las páginas de *ABC*: “Feliz país es Inglaterra, en que la izquierda está representada por un partido tan ecuánime, moderado, respetuoso con la Monarquía y la Iglesia, como el laborismo. Es un partido esencialmente inglés, nacional y no internacional”. Ver *ABC*, 27-7-1945, p. 9. Eso no sería óbice para que, por lo general, se lamentase el desenlace: “No cabe duda que la salida de Winston Churchill del número 10 de Downing Street habrá sido, en su sencillez británica, uno de los momentos más patéticos de la historia contemporánea de Inglaterra”, sentenciaría *La Vanguardia Española* en su nota del día. Ver *La Vanguardia Española*, 27-7-1945, p. 3.

<sup>23</sup> En este sentido, resulta ineludible mencionar el llamado Plan Beveridge del año 42, que pondría las bases del estado del bienestar por el que apostaría el Gobierno de Attlee al asumir el poder en 1945. Es importante mencionar que el auge de la planificación estatal surgirá del encendido debate de los años treinta sobre la necesidad de reformar el capitalismo.

<sup>24</sup> *The Times*, 3-12-1942, p. 5.

<sup>25</sup> Tal y como haría en su famoso y, para muchos, desafortunado discurso del 4 de junio.

Partido Laborista<sup>26</sup>. Y es que, tal y como puntualizaría Milward, la reconstrucción de Europa occidental no partía solo de las consecuencias destructivas de la II Guerra Mundial, sino también de aquellas fruto del colapso económico del periodo 1929-32, íntimamente ligado a la Gran Guerra del 14<sup>27</sup>.

Así pues, al margen de las distintas lecturas de los resultados, las cifras eran irrefutables: con casi 12 millones de votos —el 47,8% del total<sup>28</sup>— los laboristas de Attlee conseguían la primera mayoría absoluta de su historia. Indudablemente, los contemporáneos eran conscientes de que aquellos comicios iban a marcar un punto de inflexión en la política británica. El programa de la formación vencedora no dejaba lugar a dudas: el Estado debía asumir mayor protagonismo, comprometiéndose con el pleno empleo, el control de la industria y la extensión del bienestar<sup>29</sup>. Unas proclamas ambiciosas que, pese al amplio respaldo popular conseguido, no tardarían en enfrentarse a la delicada situación de las arcas estatales<sup>30</sup>.

No se debe pasar por alto que el Gobierno laborista recibía un país al que urgía asimilar su pérdida de potencial. Su imperio, todavía en pie, no había conocido igual en la historia<sup>31</sup>, pero en ninguno de los dos recientes conflictos mundiales había logrado imponerse sin la ayuda externa. De hecho, concluida la II Guerra Mundial, el viejo *hegemón* británico caminaba hacia la categoría de potencia media a la vez que observaba cómo Washington y Moscú emergían como superpotencias<sup>32</sup>. No obstante, Ernest Bevin, en quien Attlee confiará la política exterior del país, se mostraría, sobre todo en sus primeros años al mando del Foreign Office, tan “churchilliano” como Churchill: Reino

---

<sup>26</sup> Para una lectura más detallada de estos comicios: “The General Election of 1945”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College, 23-9-2014. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/the-general-election-1945> (19-2-2021, 16:36).

<sup>27</sup> MILWARD, A.: *The reconstruction of Western Europe, 1945-51*, Londres, Methuen & Co. Ltd., 1984, p. 463.

<sup>28</sup> BUTLER, D. y BUTLER, G.: *British political facts, 1900-1994*, Londres, Macmillan Press Ltd., 1994, p. 216.

<sup>29</sup> No obstante, la mayoría del gabinete laborista sería socialmente conservador y las reformas sociales se harían desde la cultura victoriana y con las instituciones heredadas.

<sup>30</sup> Con todo, a partir de 1945 el gasto público ya no bajará del 36,5% del PIB, mientras que en el periodo de entreguerras raramente superaba el 25%. Citado en KAVANAGH, D.: *Thatcherism and British politics: The end of consensus?*, Oxford, Paperbacks, 1990, pp. 31-32.

<sup>31</sup> El Imperio británico alcanza su culmen en 1918, cuando ocupa un cuarto de la extensión y de la población mundiales. Citado en NIALL, F.: *El Imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial*, Barcelona, Debate, 2005, p. 19.

<sup>32</sup> De ahí que el diplomático inglés, Alexander Cadogan, anotase en su diario que el mundo estaba siendo testigo de la existencia de “dos superpotencias y media”. Citado en CROWSON, N. J.: *Britain and Europe. A political history since 1918*, Oxford, Routledge, 2011, p. 53.

Unido debía preservar, por encima de todo, su estatus como potencia mundial, lo que pasaba por mantenerse como uno de los “Tres Grandes”<sup>33</sup>.

### 1.1.2 Hacia la reconstrucción

Así pues, en el verano de 1945, con el Partido Laborista recién instalado en el poder, Reino Unido parecía apostar por la ruptura y por la continuidad al mismo tiempo: se aspiraba a transformar el país a nivel doméstico sin perder la voz en el concierto geopolítico mundial. Pero la época de la *Pax Britannica* se había esfumado.

En el mes de agosto, una vez clausurada de forma definitiva la II Guerra Mundial tras la rendición de Japón, el presidente estadounidense, Harry S. Truman, ponía fin —sin previo aviso— al programa *Lend-Lease*, que asistía a aquellas naciones en combate cuya seguridad resultaba vital para los intereses de Washington. Londres, su principal beneficiario, venía dependiendo de esa ayuda desde su lanzamiento en el año 41. Tal era su trascendencia para la hacienda pública que el reputado economista John Maynard Keynes advertía, al poco de conocerse la noticia, de un posible “Dunquerque financiero”. Como diría al *premier* sin tapujos: Reino Unido estaba virtualmente en bancarrota<sup>34</sup>.

El propio Keynes representaría a su país en las negociaciones que, antes de finalizar el año, darían lugar al Acuerdo Financiero Anglo-Americano<sup>35</sup>. Los términos pactados fueron recibidos en Londres con sentimientos encontrados: el préstamo concedido por Washington permitía cierto alivio, pero las condiciones impuestas resultaban excesivas para una mayoría. No obstante, como dice la expresión inglesa, “beggars can’t be choosers”<sup>36</sup>. Este ambiente de resignación quedaría reflejado en las declaraciones de Keynes al cierre del trato: el acuerdo no cumplía con las expectativas de los británicos pero, dadas las circunstancias, era el mejor que se podía conseguir<sup>37</sup>.

---

<sup>33</sup> FIELDHOUSE, D. K.: “The Labour governments and the Empire-Commonwealth, 1945-51”, p. 89 en OVENDALE, R.: *The foreign policy of the British Labour governments, 1945-1951*, Leicester, Leicester University Press, 1984.

<sup>34</sup> MARR, A.: *A History of Modern Britain*, Reino Unido, Pan Books, 2009, p. 40.

<sup>35</sup> Londres terminaría de pagar este préstamo concedido por Estados Unidos en diciembre de 2006.

<sup>36</sup> Es decir, Londres no parecía estar en las mejores condiciones para exigir un tratamiento más favorable. No se debe pasar por alto que Estados Unidos producía en 1945 casi tanto como el resto del mundo en conjunto. Citado en LUNDESTAD, G.: *‘Empire’ by integration: The United States and European integration, 1945-1997*, Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 165.

<sup>37</sup> *The Times*, 12-12-1945, p. 5.

En cualquier caso, el destino de Reino Unido quedaba ligado al de su antigua colonia y, con él, la aspiración del tándem Attlee-Bevin de establecer un Estado social con capacidad de liderazgo en la escena internacional. El precio por recibir el auxilio *yanqui* era, básicamente, la aceptación del modelo económico mundial proyectado en Bretton Woods en el año 44<sup>38</sup>. Es decir, Londres debía comprometerse a avanzar hacia la liberalización comercial y la convertibilidad de las monedas nacionales. Pero la estrategia nacional de posguerra laborista chocaba, en cierta medida, con los intereses del “Tío Sam”, lo que tensaría en muchas ocasiones la *special relationship*<sup>39</sup>.

Por aquel entonces, en el Foreign Office dominaba la teoría de los tres círculos<sup>40</sup>, según la cual la política exterior de los británicos descansaba sobre tres grandes polos: Imperio-Commonwealth<sup>41</sup>, mundo angloparlante y Europa. Los miembros del primero de ellos estaban integrados en el área de la esterlina, lo que permitía a Londres no solo obtener ventajas comerciales exclusivas sino mantener la libra como moneda de reserva mundial. La pretensión de conservar este liderazgo era, precisamente, lo que entraba en contradicción —en buena medida— con los objetivos de Washington, partidario de reducir al máximo las prácticas proteccionistas. De ahí que este último, al abogar por el librecambio, la convertibilidad y el multilateralismo, presionase al Gobierno británico para abandonar su imperio ultramarino<sup>42</sup>.

Es cierto que, con perspectiva histórica, la II Guerra Mundial acabaría marcando el principio del fin del imperialismo europeo<sup>43</sup>. Pero, a la salida del conflicto, la apuesta de Reino Unido por este bloque, además de descansar en cuestiones estrictamente

---

<sup>38</sup> En dicha conferencia, celebrada a instancias de EE. UU., se suscribe el librecambismo como receta para el nuevo mundo de la posguerra, en detrimento del proteccionismo que había caracterizado al periodo posterior al estallido de la Gran Guerra. De esta reunión saldrán el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), materializado en el 47 y transformado más tarde en la Organización Mundial del Comercio (OMC).

<sup>39</sup> Básicamente, los regímenes arancelarios liberalizados y las divisas convertibles parecían cuestionar la lógica del comercio británico con su Imperio, pieza clave de su estrategia nacional de posguerra.

<sup>40</sup> A ella se referiría Winston Churchill en la conferencia anual del Partido Conservador del año 48.

<sup>41</sup> La Commonwealth, que acabaría convirtiéndose en un club fundamentalmente empresarial, fue formalizada en 1931 —a través del Estatuto de Westminster— como marco para evitar la ruptura traumática de aquellos territorios que, integrados en el Imperio británico, deseasen caminar hacia la independencia.

<sup>42</sup> HOGAN, M.: *The Marshall Plan: America, Britain, and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, p. 20. Precisamente, en el año 49 se cambia el nombre British Commonwealth of Nations por The Commonwealth of Nations, que, en parte para satisfacer a Washington, reducía la sensación de subordinación de sus integrantes respecto a la vieja metrópoli.

<sup>43</sup> KERSHAW, I.: *Roller-coaster: Europe, 1950-2017*, Reino Unido, Allen Lane, 2018, p. 67.

económicas, se debía también a razones sentimentales: el aire de superioridad por el dominio de vastas extensiones del globo estaba profundamente enraizado en la identidad nacional<sup>44</sup>. Para la mayoría de la sociedad británica no había contradicción en ser, a la vez, un poder imperial, una nación europea y una parte del mundo atlántico de habla inglesa<sup>45</sup>.

Donde sí parecía haber contradicción era en la idea de mantener el rol imperial de la vieja *Britannia* con los recursos de la nueva, mucho más limitados. El coste de seguir cumpliendo con sus responsabilidades globales le obligaba a revisar, entre otras, la dimensión de su defensa, pero la creciente amenaza soviética y las reticencias de la Casa Blanca a abandonar su tradicional aislacionismo exigían prudencia a la hora de tomar cualquier decisión en esta materia.

Por lo pronto, la región que exigía medidas audaces inaplazables era Europa occidental, donde los británicos acostumbraban a jugarse su seguridad y su prosperidad. Al otro lado del Canal, imperaba —como se ha visto— el sentimiento de que las instituciones políticas nacionales habían fallado a la ciudadanía, que ya no les profesaba lealtad alguna. De ahí que se empezase a buscar —sobre todo desde los núcleos de la resistencia de la Europa ocupada— nuevas fórmulas de organización política hacia las cuales redirigir la fe y adhesión populares<sup>46</sup>. Mientras, en las Islas, el debate doméstico sobre el futuro del país era eminentemente auto-referencial, por lo que carecía en buena medida de una perspectiva europea comparada<sup>47</sup>. Además, la victoria en la guerra había hecho más por fortalecer las concepciones del pasado que por suscitar nuevas para el futuro<sup>48</sup>.

Esto último no era óbice para que Ernest Bevin tuviese su propia visión de Europa. El que fuera conductor de camiones, llevaba ahora el volante del Foreign Office con la intención —al menos en un principio— de situar a su país como una suerte de tercera

---

<sup>44</sup> KYNASTON, D.: op. cit., p. 135. En este sentido, resulta interesante traer a colación una encuesta de YouGov de 2014, según la cual una clara mayoría de los encuestados —tres veces más que la siguiente respuesta con mayor respaldo— creía que el Imperio británico era algo de lo que el país debería estar orgulloso. Citado en HIRSCH, A.: *On race, identity and belonging*, Londres, Vintage, 2018, p. 67.

<sup>45</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 6. No obstante, la cuestión imperial importaba más a la clase política y a la prensa que al público en general. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 24.

<sup>46</sup> HARROD, R.: “Britain and the Common Market” en *Foreign Affairs*, nº 2, vol. 35, enero 1957.

<sup>47</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 9.

<sup>48</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 24.

fuerza junto a Washington y Moscú. Para ello, creía lógico y deseable equilibrar la importancia otorgada a cada uno de los tres círculos —ya señalados— en los que su país proyectaba mayor influencia; es decir, Londres debía actuar como bisagra y, en ningún caso, prescindir de alguna de estas tres áreas<sup>49</sup>.

Respecto a Europa occidental, Bevin compartía con sus vecinos la doble necesidad de, por un lado, acelerar la recuperación económica desde la cooperación y, por otro, de neutralizar el poderío alemán para reducir al máximo las posibilidades de una nueva guerra. Ahora bien, su acercamiento a la cuestión europea revelaba una mezcla de pragmatismo y escepticismo<sup>50</sup>. Bevin quería que Londres liderase el nacimiento de una nueva Europa más integrada pero rehuía de fórmulas supranacionales que pudiesen cuestionar la soberanía británica; máxime si el poder habría de ser compartido con socios de los que recelaba profundamente<sup>51</sup>. Eso sí, el jefe de la diplomacia británica no vacilaba a la hora de otorgar la mayor importancia a la reconstrucción de esta región, habida cuenta de que un hipotético resurgimiento germano o un mayor avance de Moscú hacia el oeste pondrían en tela de juicio el equilibrio de poderes en el continente y, por ende, la propia seguridad de las Islas.

Con Europa continental hecha polvo y abatida, Estados Unidos (EE. UU.) a medio camino entre la intervención mundial y su tradicional aislacionismo, con el Imperio intacto y el área de la esterlina manteniéndose a flote, la capacidad de Reino Unido para ejercer el liderazgo mundial parecía indiscutible, por mucho que, en realidad, fuera un país que estaba viviendo por encima de sus posibilidades<sup>52</sup>. Pero si —como señalaba Milward— la potencia anglosajona salía de la II Guerra Mundial con muchas ventajas que solo podían ser temporales —dada su progresiva dependencia de los americanos y el avance imparable de la descolonización<sup>53</sup>— Bevin estaba decidido a exprimirlas al máximo.

---

<sup>49</sup> Esta idea es la que muchos autores etiquetan como “One World policy” o “Grand Design”.

<sup>50</sup> URWIN, D.: *The Community of Europe: A history of European integration since 1945*, Londres, Longman, 1995, p. 32.

<sup>51</sup> Las reticencias a la unificación de Europa no eran nuevas ni exclusivas de Bevin. Cabe recordar, como prueba de ello, que Richard Coudenhove-Kalergi había prescindido de Reino Unido al presentar en 1923 su modelo de Europa unida en el libro *Panuropa*.

<sup>52</sup> MORGAN, K. O.: *The people's peace: British history, 1945-89*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 52.

<sup>53</sup> MILWARD, A.: “El Reino Unido y la Unión Europea”, p. 90 en FORNER, S. y SENANTE, H.: *La unidad europea. Aproximaciones a la historia de la Europa comunitaria*, San Vicente del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2016.

Su primer paso será acercarse a los franceses<sup>54</sup>, no solo en materia defensiva sino también comercial. Este movimiento venía justificado por ser Francia el país con voz propia más influyente de su entorno inmediato. Empero, cabía llevarlo a cabo con pies de plomo, de tal forma que no se levantasen sospechas en Washington ni en Moscú. Al fin y al cabo, el laborismo británico, a estas alturas, defendía abiertamente la paz mundial sobre la política de bloques.

En el ámbito de la seguridad, tanto Reino Unido como Francia —al igual que EE. UU. y la URSS— contaban al término de la guerra con fuerzas desplegadas en la Alemania ocupada, y compartían el deseo de blindarse contra un eventual resurgimiento germano. Este cruce de intereses será el que los lleve a la firma, a principios de marzo del 47, del Tratado de Dunquerque, por el cual las dos partes signatarias aseguraban su apoyo mutuo frente a la antigua Prusia. Por primera vez en la historia —y a la luz de los titubeos de Washington respecto a permanecer en suelo europeo— Londres garantizaba a un país continental —en este caso Francia— su seguridad de forma explícita y duradera<sup>55</sup>.

No obstante, el acercamiento de ambos a la resolución de la cuestión alemana mostraba notables diferencias, las cuales se irían ensanchando a medida que se enconaba la relación de los occidentales con Moscú. París, además de garantizarse los recursos germanos que necesitaba para el éxito de sus planes de reconstrucción nacional, aspiraba a limitar al máximo el poder centralizado de la futura Alemania; el mismo que tanto daño le había causado en las últimas décadas<sup>56</sup>. Londres, en cambio, se inclinaba por una salida menos “revanchista”<sup>57</sup>: cierta reactivación de la economía germana permitiría aliviar el coste de la ocupación, lo que redundaría en beneficio de los contribuyentes británicos, afectados por la austeridad propia del periodo de posguerra<sup>58</sup>.

---

<sup>54</sup> Cabe recordar que en junio de 1940 Winston Churchill, recién llegado al 10 de Downing Street, había propuesto a Francia, en situación límite ante la inminente ocupación nazi, la unión política de ambos países.

<sup>55</sup> El Tratado de Dunquerque establecía una alianza para medio siglo. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 65.

<sup>56</sup> No se debe pasar por alto que ambas naciones se habían enfrentado tanto en la guerra franco-prusiana (1870-71) como en las dos guerras mundiales posteriores. De ahí que los galos planteasen ahora, entre otras, la internacionalización del Ruhr y la fusión económica del Sarre con Francia, de tal forma que se asegurase cierto control sobre el destino del poderío germano.

<sup>57</sup> Ciertamente revanchista sería el llamado Plan Morgenthau, una de las propuestas planteadas en el seno de la Administración estadounidense sobre el futuro de Alemania. La idea general era, básicamente, evitar una nueva guerra mediante la destrucción de la industria germana. Si bien llegó a adquirir cierta influencia, acabó siendo abandonada.

<sup>58</sup> Cabe traer a colación una escena de la película *Pasaporte para Pimlico* (1949) en la que se podía leer “Forget that Cripps feeling”, en alusión a las restricciones impuestas desde el Tesoro por el entonces

Si la alianza militar franco-británica había logrado cuajar —lo que representaba un hito sin precedentes— más complejo resultaría rehabilitar la *entente cordiale* en el plano comercial. Tanto el Quai d'Orsay como el Foreign Office venían considerando, al cierre de la guerra, la posibilidad de coordinar sus economías domésticas, por mucho que no fuese una negociación entre iguales<sup>59</sup> ni estuviese libre de prejuicios. De resultar exitosa, esta operación, desarrollada por dos naciones imperiales, podría contrarrestar en cierta medida —así lo creían— el dominio de las dos superpotencias del momento. El propio Bevin, atraído por elevar a Londres a la categoría de tercera fuerza, empezaría incluso a hablar desde finales del 46 de una posible unión aduanera de Europa occidental<sup>60</sup>; por supuesto, sin cuestionar la soberanía de sus integrantes.

En septiembre del año siguiente, pese a las reservas de muchos de los suyos —sobre todo de los ministerios económicos y de la Colonial Office<sup>61</sup>— Bevin lograba que se estableciese *ex profeso* un comité interdepartamental para estudiar las posibles variantes de dicha asociación. Apenas cuatro meses después, el jefe de la diplomacia británica presentaba en la Cámara de los Comunes su idea de Unión Occidental, que incluía las posesiones coloniales de sus futuros miembros.

Si el camino hacia esta *Western Union* o *Western European Union* era todavía confuso<sup>62</sup>, su objetivo último parecía evidente desde el principio: afianzar la paz y la prosperidad en la zona oeste continental mediante la intensificación de sus lazos espirituales y materiales, tratando de aprovechar los recursos y el propio desarrollo de los territorios coloniales para beneficio del nuevo bloque, que aspiraba a ser independiente.

La propuesta de Bevin no respondía tanto a su fe europeísta como al deseo de mostrar unidad y fortaleza en un momento en que, por un lado, las relaciones con el Kremlin se

---

*chancellor*, de las que ahora se libraba este barrio de Londres por convertirse, de la noche a la mañana, en parte de Borgoña.

<sup>59</sup> Valga como ejemplo que, todavía en 1947, las exportaciones británicas representaban, en valor, la suma de las de Francia, Italia, Alemania Occidental, los países del Benelux, Noruega y Dinamarca juntas. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 243.

<sup>60</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 68.

<sup>61</sup> HOGAN, M.: op. cit., p. 110.

<sup>62</sup> No estaba claro quiénes participarían pero sí que Londres y París serían sus principales integrantes por su liderazgo como poderes imperiales. Algunos, incluso, llegarían a cuestionar la seriedad de esta iniciativa, habida cuenta de su falta de madurez y de las dificultades que encontraría en adelante para ser concretada.

hallaban estancadas y, por otro, seguía vivo el interés de los británicos por ampliar su influencia en el nuevo orden mundial<sup>63</sup>. La idea de liderar una hipotética *Western Union*, además, conectaba con el deseo de Clement Attlee de establecer en Reino Unido un modelo alternativo al de las dos superpotencias; un socialismo democrático o *middle way* que combinase la libertad individual de los estadounidenses con la planificación económica de Moscú<sup>64</sup>.

Pero, poco después, la irrupción de la Guerra Fría —y, con ella, del mundo bipolar— acabaría congelando el proyecto de Bevin para Europa y, con él, su empeño en situar a su país entre los “Tres Grandes”: la seguridad colectiva de Europa occidental y, por ende, su modo de gobernarse y sus estándares de vida, pendían ahora de la voluntad de Washington. Y Washington, esta vez sí, iba a dotar a esta región del músculo que precisaba para hacer frente a la amenaza soviética.

Lo cierto es que EE. UU. ya venía desmarcándose, progresivamente, de sus tics aislacionistas. Esta transformación se producía al ritmo en que los soviéticos dejaban de ser vistos como difíciles para ser considerados imposibles<sup>65</sup>. En otras palabras, la incapacidad de alcanzar un acuerdo con la URSS de Stalin sobre Europa continental será la que acabe obligando a la Casa Blanca a descartar su objetivo inicial de retirarse de esta zona lo antes posible<sup>66</sup>.

Marzo del 47 representa un hito en la conversión *yanqui*. Coincidiendo con la reciente firma del Tratado de Dunquerque, suscrito por Londres y París, el presidente Truman anunciaba la apertura de una etapa más agresiva en la política exterior estadounidense, lo que, en la práctica, se acabaría traduciendo en un compromiso firme con el destino de

---

<sup>63</sup> A nivel historiográfico ha habido división a la hora de valorar si la propuesta de Bevin representaba una forma genuina de participar en la integración europea o era más bien un mecanismo oportuno en la batalla por apuntalar a Reino Unido como poder mundial. Citado en COUPLAND, P.: “Western Union, ‘Spiritual Union’, and European Integration, 1948-1951” en *Journal of British Studies*, nº 3, vol. 43, julio 2004, p. 366. Una revisión al discurso pronunciado por Bevin en los Comunes permite comprobar cómo a pesar de su estratégica ambigüedad —que daría lugar a todo tipo de interpretaciones y especulaciones— el jefe del Foreign Office no escondía su preferencia por dar pasos pequeños y prácticos. Ver *Hansard*, 22-1-1948. Disponible en:

[https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1948/jan/22/foreign-affairs#S5CV0446P0\\_19480122\\_HOC\\_280](https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1948/jan/22/foreign-affairs#S5CV0446P0_19480122_HOC_280) (3-12-2021, 16:38).

<sup>64</sup> *The Times*, 5-1-1948, p. 4.

<sup>65</sup> CAMERON, D.: “Britain, the United States and the opening of the Cold War”, p. 59 en OVENDALE, R.: op. cit.

<sup>66</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 173.

Europa occidental<sup>67</sup>. Este paso adelante —inspirado en lo que se conocería como doctrina Truman— reflejaba que, de todas sus esferas de influencia, Washington otorgaba la máxima prioridad a esta región del otro lado del Atlántico<sup>68</sup>.

Así lo confirmaría varios meses después George Marshall, que en su condición de secretario de Estado presentaba lo que se acabaría denominando Programa Europeo de Recuperación o Plan Marshall: un riego de dólares que, gestionados de forma conjunta por sus beneficiarios, debía hacer brotar de las tierras del Viejo Continente unos países más prósperos, estables e integrados<sup>69</sup>. Todo ello, efectivamente, para beneficio del gigante americano, que confiaba en remodelar la región a su imagen y semejanza<sup>70</sup>. Si bien la oferta de EE. UU. incluía a toda Europa<sup>71</sup>, el Kremlin —seguido por sus Estados satélites— no tardaría en desvincularse del programa americano; una decisión que marcaría la separación definitiva entre las dos mitades del continente europeo<sup>72</sup>.

Así pues, en el verano de 1947, EE. UU. tenía por fin un plan innovador y práctico para combatir la languidez que se extendía por suelo europeo: Washington ponía los recursos financieros y los países beneficiarios su gestión, de tal forma que estos desarrollasen un espíritu de cooperación que asentase la práctica de progresar en conjunto.

Como se ha visto, el Gobierno británico —que, de la mano de Bevin, venía trabajando en torno a la idea de articular y liderar algún tipo de asociación europea— había sido más rápido que su homólogo estadounidense a la hora de convencerse, tras la guerra, de la necesidad de reorganizar Europa occidental. No obstante, una vez que Washington abraza esta idea exhibirá una postura más radical: la Casa Blanca se convierte, en adelante, en una defensora de la unidad europea tan tenaz como lo eran ya otros gobiernos del propio continente<sup>73</sup>.

---

<sup>67</sup> En ello resulta clave las llamadas de auxilio de Londres, incapaz de asumir por sí misma la carga que suponía su apoyo a la independencia de Grecia y Turquía para evitar su viraje hacia Moscú.

<sup>68</sup> LUNDESTAD, G.: op. cit., p. 2.

<sup>69</sup> Inicialmente, esta iniciativa estaba abierta a la participación de la Unión Soviética y los países del este, pero Moscú no tardaría en reaccionar rechazando la oferta. Más tarde, en enero del 49, los soviéticos lanzaban su propia alternativa al Plan Marshall: el Consejo de Ayuda Mutua Económica, más conocido como COMECON.

<sup>70</sup> HOGAN, M.: op. cit., p. 87.

<sup>71</sup> A excepción de la España de Franco y de Alemania, que a estas alturas carecía de un Gobierno central.

<sup>72</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 148.

<sup>73</sup> CAMPS, M.: *Britain and European Community*, Princeton, Princeton University Press, 1964, p. 2. Disponible y consultado en: [www.jstor.org/stable/j.ctt183pksm](http://www.jstor.org/stable/j.ctt183pksm) (25-2-2021, 11:42).

Este giro chocará de plano con la visión de Londres, que si bien recibía con enorme entusiasmo la asunción de responsabilidades de la superpotencia atlántica en tierras europeas —esperando como agua de mayo su porción de los “fondos Marshall”<sup>74</sup>—, rechazaba el carácter integracionista de su proyecto: pretender exportar el modelo federal de EE. UU. al otro lado del Atlántico era tan utópico como indeseable. De ahí que, en julio del 47, en la conferencia en la que se debía diseñar la institución encargada de gestionar la ejecución del plan de reconstrucción europea, los británicos insistiesen —con éxito— en garantizar el principio de cooperación intergubernamental sobre el de unidad supranacional. Guiada por ese espíritu nacería, como resultado, la futura Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE), organismo que aglutinaría a los dieciséis países agraciados inicialmente con la ayuda americana.

Dado que se esperaba que la OECE sobreviviese al Plan Marshall —que tenía un carácter temporal— Bevin se anotaba un tanto al evitar que dicha institución se convirtiese en una vía directa hacia la integración europea, lo que no estaría exento de críticas. No obstante, el tiempo acabaría mostrando que su triunfo —y, por tanto, la derrota de los adeptos a fórmulas más ambiciosas— era provisional.

También tendría poco recorrido —como se dijo anteriormente— su proyecto de *Western Union*, presentado en Westminster a principios de 1948. Por aquel entonces, los fondos del Plan Marshall seguían bloqueados, a la espera de que el Congreso de los EE. UU. diese luz verde. Esta demora reflejaba, a menor escala, la falta de consenso extendida entre la propia población estadounidense, que cuestionaba la lógica y la viabilidad de implementar dicho programa. De ahí que Bevin, en su papel de líder de la Europa capitalista, creyese oportuno trasladar a la práctica sus ideas respecto a Europa occidental, de tal forma que se enviase una señal clara al exterior —y, en especial, a quienes debían costear el Plan Marshall— de que Londres y otras capitales europeas estaban decididas a trabajar de forma conjunta en pro de la paz y la prosperidad.

---

<sup>74</sup> De hecho, en el verano del 47 se hace evidente la debilidad de la economía británica, hasta tal punto que Londres se ve obligado a detener el inicio de la convertibilidad, incumpliendo lo acordado con Washington en diciembre de 1945. Valga como ejemplo de estas dificultades financieras el siguiente dato: respecto al año 1939, la deuda de Reino Unido se había cuadruplicado. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 140.

Esto último se hizo más urgente en febrero del 48, cuando el Gobierno democrático de Checoslovaquia sucumbió a los designios de Moscú en el famoso Golpe de Praga: el Partido Comunista se hacía por la fuerza con el poder. Con esta intervención, Stalin parecía aceptar la inevitabilidad de la confrontación con Occidente<sup>75</sup>. En consecuencia, Europa se volvía más insegura e incluso comenzaban a resonar de nuevo los tambores de guerra.

Es entonces cuando Londres y París, vinculados por el Tratado de Dunquerque, deciden acelerar sus planes, lo que se materializa el 17 de marzo en una alianza más amplia en geografía y espíritu: surgía así la denominada Unión Occidental (UO), que daba la bienvenida a los países del Benelux<sup>76</sup>. Por medio del Tratado de Bruselas, los firmantes garantizaban su ayuda mutua en caso de agresión a alguno de ellos. Además, se incluían una serie de cláusulas de carácter económico y cultural que evidenciaban —al menos sobre el papel— la voluntad de los cinco de aunar esfuerzos en otras áreas distintas a la defensiva.

Empero, este tratado parecía revelar que la idea de *Western Union* patrocinada por Bevin —tan ambiciosa como equívoca— se estaba militarizando, ya que los progresos más sólidos se circunscribían al ámbito de la seguridad. Además, pese a la retórica desplegada por los Cinco de Bruselas —que aseguraban que el tratado no iba en contra de nadie— era evidente que el contexto había cambiado y que ahora, más que Alemania, la URSS representaba su máxima preocupación.

Por otra parte, y para satisfacción de sus beneficiarios, los últimos acontecimientos en Centroeuropa acabaron por convencer a los congresistas estadounidenses de la necesidad de activar el apoyo financiero a sus socios europeos, de modo que en abril autorizaban el inicio del Plan Marshall<sup>77</sup> y de su correlato institucional, la OEEC. Sin embargo, la contribución *yanqui* no se agotaría aquí.

---

<sup>75</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 196.

<sup>76</sup> Esto es, Bélgica, Holanda y Luxemburgo.

<sup>77</sup> De acuerdo a Fernando Guirao, “el Plan Marshall es considerado casi de forma unánime como el programa de ayuda exterior más efectivo de todos los tiempos”. Citado en GUIRAO, F.: *Spain and the reconstruction of Western Europe, 1945-57: challenge and response*, Basingstoke, Macmillan Press Ltd., 1998, p. 5. Para Hogan, el programa de ayuda económica estadounidense puede considerarse un éxito aunque solo sea por el hecho de haber contribuido al control de la inflación, a la reactivación del comercio y al restablecimiento de la producción. Citado en HOGAN, M.: op. cit., p. 430.

La coalición fraguada en Bruselas, capitaneada por Bevin, sabía que su recién estrenado pacto carecía de efectividad sin la participación de Washington, que debía vincularse de alguna forma a su sistema de seguridad colectiva. De poco servía animar con dólares la recuperación económica de la región si esta era incapaz de defenderse por sí misma ante la creciente amenaza procedente del este. En pocas palabras, Europa occidental no parecía estar en condiciones de garantizar su propia supervivencia. Una sensación de impotencia que aumentaba a medida que se caldeaban las relaciones con Moscú.

### 1.1.3 Tiempos de Guerra Fría

El punto de inflexión llegaría el 24 de junio, el día en que la URSS daba inicio a lo que se acabaría conociendo como el Bloqueo de Berlín, uno de los primeros eventos de la Guerra Fría. Por ser un enclave estratégico, la administración de esta urbe estaba en manos de las mismas cuatro fuerzas que, al término de la II Guerra Mundial, habían decidido mantenerse en toda Alemania a la espera de resolver en conjunto el futuro del país. No obstante, tras el fracaso de las negociaciones con Moscú a finales del 47, Londres, París y Washington —con la participación activa del Benelux— habían decidido llevar a cabo sus propios planes para reactivar conjuntamente las zonas que ocupaban en suelo germano.

De sus conversaciones en Londres sobre la cuestión alemana saldrían a principios de junio una serie de recomendaciones, entre las que se encontraba la instauración temprana de un Gobierno operativo en Alemania occidental<sup>78</sup>. La crisis de Berlín —que durante casi un año dejaría aislados los sectores de la ciudad administrados por los occidentales, al estar rodeados de territorio bajo control soviético— no sería sino una respuesta de Moscú al avance coordinado y autónomo de las fuerzas capitalistas en sus zonas de dominio.

En cualquier caso, la decisión de las autoridades soviéticas de bloquear el acceso terrestre a las zonas de Berlín gestionadas por EE. UU., Reino Unido y Francia marcaría la defunción del proyecto de Bevin de convertir a su país en una suerte de tercera fuerza<sup>79</sup>.

---

<sup>78</sup> Otra de las recomendaciones surgidas de la llamada Conferencia de Londres sería el control internacional del Ruhr.

<sup>79</sup> La tercera fuerza perseguida por Bevin no solo era demasiado débil para defenderse por sí misma, sino que Reino Unido estaba demasiado dilapidado a nivel económico como para darle el ímpetu necesario para

Dicho de otra manera, la *Western Union* era herida de muerte en Berlín a manos de la URSS. Dado que solo Washington tenía poder real para responder a los embates del gigante ruso, cualquier idea de asociación europea pasaba ineludiblemente por el establecimiento de un bloque occidental consolidado.

La crisis de Berlín, por tanto, devolvía a Reino Unido a la casilla de partida: sin Washington no había alternativa. En adelante, el jefe de la diplomacia británica trataría de asegurar el compromiso explícito de EE. UU. de actuar en defensa de Europa occidental en caso de que Moscú amenazase con usar la fuerza<sup>80</sup>.

La historia parecía acelerarse. El transcurrir normal del tiempo (*kronos*) daba paso a una etapa más intensa (*kairos*), como si las horas vividas tuviesen ahora mayor significación. En el verano de 1948 era más evidente que nunca que si Europa occidental quería ser alguien, estaba obligada a contar con el paraguas estadounidense y a aprovechar en su beneficio el potencial germano. Alemania, el corazón de Europa, dejaba de estar ocupada para mostrarse partida, aunque la idea de una hipotética unión siguiese vigente. Esta división —que no tardaría en formalizarse— enfrentaba a ciudadanos de una misma nación y, al mismo tiempo, a dos bloques irreconciliables que pugnarían en adelante por el liderazgo mundial: el capitalista comandado por Washington y el comunista con base en Moscú. Ellos tenían ahora la última palabra en una Europa que se había convertido en una pieza más de la política mundial<sup>81</sup>.

Así pues, Alemania fue la protagonista de la guerra y ahora también lo era de la paz<sup>82</sup>. Winston Churchill —ya como líder de la oposición— no solo había presagiado la caída del telón de acero en marzo del 46<sup>83</sup> —cuando todavía no era evidente—, sino que, medio año después, planteaba en Zúrich una salida para Europa occidental que, siendo prematura para muchos observadores de la época, acabaría convirtiéndose en axiomática<sup>84</sup>. Bajo el

---

hacerla despegar. Citado en GREENWOOD, S.: *Britain and European Integration since the Second World War*, Manchester, Manchester University Press, 1996, p. 4.

<sup>80</sup> BULLOCK, A.: *Ernest Bevin: a biography*, Londres, Politico's, 2002, p. 631.

<sup>81</sup> STORY, J.: *The New Europe: politics, government and economy since 1945*, Oxford, Blackwell, 1993, p. 11.

<sup>82</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 190.

<sup>83</sup> Concepto que —incorporado en su discurso de Missouri— hacía referencia a la frontera física e ideológica que se estaría estableciendo en territorio europeo entre el mundo capitalista y el comunista.

<sup>84</sup> JENKINS, R.: *Churchill*, Londres, Pan Books, 2002, p. 814.

célebre “Let Europe arise!”<sup>85</sup>, Churchill instaba a crear unos Estados Unidos de Europa que, ineludiblemente, integrasen a franceses y alemanes: de su unión dependería el futuro de la familia europea.

La sugerencia de Churchill sería acogida con júbilo entre los sectores más europeístas, pero habría que esperar un tiempo para que encontrase terreno fértil en Francia. Con las heridas todavía abiertas y cierta resignación, el Elíseo iba asumiendo que el futuro de Occidente —tal y como venía señalando Washington y, en menor medida, Londres— pasaba por la rehabilitación de su enemigo más acérrimo. Más pronto que tarde, los franceses tendrían que dar una respuesta al reto que se les planteaba: ¿cómo permitir el resurgimiento alemán sin menoscabar la competitividad doméstica? O, dicho de otra manera, ¿cómo convertir esa amenaza en oportunidad?

Mientras París trataba de solventar este dilema, el debate sobre el futuro de Europa se trasladaba al Consejo Consultivo de la UO. Establecido en el Tratado de Bruselas, este foro serviría en los últimos meses del año 48 y los primeros del 49 para abordar, de forma paralela, la creación de dos organizaciones internacionales de gran calado: la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Consejo de Europa<sup>86</sup>.

Las conversaciones en el seno de la UO sobre el diseño de esta última pondrían de manifiesto la falta de sintonía entre la visión de Londres y la del resto de socios en lo relativo a la integración europea. Si estos últimos se mostraban dispuestos a ceder soberanía y propugnaban la creación de una asamblea común<sup>87</sup>, los británicos —que ya en octubre de 1948 habían aceptado a regañadientes la formación de una comisión de estudio sobre la viabilidad de dicha cámara— se negaban a establecer una institución que no respondiese ante los gobiernos nacionales. En esta negociación, Reino Unido jugaba a la defensiva. Prueba de ello, las propias palabras de Bevin una vez frustrado el intento de la delegación británica de eliminar del debate la cuestión del parlamento europeo: en

---

<sup>85</sup> Traducido al español sería algo así como “hagamos que Europa emerja”. Unas palabras que hoy se recogen en una placa conmemorativa en la Universidad de Zurich, la misma donde Churchill pronunció su famoso discurso.

<sup>86</sup> DOMÍNGUEZ, L. y GONZÁLEZ, S.: “Europeísmo(s) en la posguerra: la opción británica por la cooperación intergubernamental” en *Historia y Política*, nº 44, 2020, p. 39.

<sup>87</sup> En Francia, la propuesta inicial partiría de una resolución del 28 de julio a cargo del Comité de Asuntos Exteriores de la Assemblée Nationale, en la que se urgía al Gobierno francés a proponer la creación de una asamblea en las negociaciones sobre el futuro de la unión europea. Ver *The Times*, 29-7-1948, p. 3.

adelante, su estrategia debía limitarse a garantizar que la estructura resultante fuese lo menos incómoda posible para los suyos<sup>88</sup>.

La particular posición de los británicos en estas discusiones aclaraba el verdadero alcance del proyecto de *Western Union* presentado por Bevin a principios de año. En cuestión de meses, el inicio de la Guerra Fría —que exponía a todas luces la vulnerabilidad defensiva de Europa occidental— parecía haber tomado como rehén la grandiosidad de su idea de entonces, dando paso a una política hacia sus vecinos menos entusiasta y más pragmática. En verdad, más que mudar de piel, Bevin había cambiado de prioridades; su inconsistencia era un claro reflejo del vaivén de estrategias y objetivos en una época de profundos cambios<sup>89</sup>. Sea como fuere, su hipotético liderazgo de Europa occidental se ponía en cuarentena a la espera de que Washington ofreciese la seguridad que demandaba el nuevo contexto. En este ínterin, la unidad europea no debía avanzar —siguiendo la lógica anglosajona— por caminos inexplorados.

La idea de una asamblea europea era, ciertamente, terreno ignoto, pero estaba logrando imponerse entre quienes deseaban reactivar el proceso de integración. Ello se puso de manifiesto en el Congreso de Europa celebrado en La Haya en mayo del 48, punto de encuentro de todos los movimientos nacionales surgidos en favor de la unidad europea<sup>90</sup>. De hecho, el propio Winston Churchill, en su discurso de apertura como presidente honorario, alentaba el establecimiento de un parlamento europeo, aunque evitase aclarar en qué términos<sup>91</sup>.

Este guante sería recogido en última instancia por Francia y Bélgica, que elevarían dicha causa al Consejo Consultivo de la UO. Ambos países lo harían con el propósito de dotar a la unidad europea de una expresión institucional propia. Al fin y al cabo, ni el Tratado de Bruselas — demasiado vinculado al ámbito defensivo— ni la OECE —que lidiaba con

---

<sup>88</sup> URWIN, D.: op. cit., p. 34.

<sup>89</sup> MAY, A.: op. cit., p. 15.

<sup>90</sup> En enero del 47 se formaba, a instancias de Winston Churchill, el Comité británico por la Europa Unida, de carácter multipartidista. A este se sumarán otros países, que siguen su ejemplo creando organizaciones similares. Todas ellas acaban vinculadas en el Comité Internacional de los Movimientos por la Unidad Europea, de donde partirá el Congreso de Europa celebrado en La Haya: un mero acto sin poder ni autoridad real de los allí presentes.

<sup>91</sup> *The Times*, 8-5-1948, p. 4.

cuestiones comerciales y financieras— les parecían foros adecuados para abordar el salto adelante que codiciaban los más europeístas.

Por una cuestión ideológica y también política, el Gobierno británico no compartía esta lógica. Por un lado, los laboristas desconfiaban de cualquier iniciativa supranacional a escala europea. Bastaban las instituciones ya existentes, como la OECE, para canalizar el apetito integracionista. Sobre la propuesta del parlamento europeo, Bevin advertía que, de abrirse esa caja de Pandora, estaría llena de caballos de Troya<sup>92</sup>; sería como empezar la casa por el tejado<sup>93</sup>. Pero, además, el rechazo de la asamblea auspiciada por el Congreso de Europa en primavera escondía el enfado del Gobierno de Attlee con los *tories*, al entender que utilizaban dicha plataforma con intenciones políticas espurias<sup>94</sup>.

Lo cierto es que la cuestión europea sería el área en la que el líder conservador, Winston Churchill, se mostraría menos útil para el jefe de la diplomacia británica a lo largo de su mandato<sup>95</sup>. Churchill, que actuaría como auténtico padre de Europa durante esta legislatura<sup>96</sup>, no dudaría en criticar una y otra vez la supuesta falta de apoyo de Bevin a la construcción europea<sup>97</sup>.

*Eppur si muove*, que diría Galileo Galilei. Más allá de que los reproches de Churchill estuviesen o no justificados, el 28 de enero de 1949 los ministros de Exteriores de los países del Tratado de Bruselas acordaban la creación del Consejo de Europa. En líneas generales, el diseño de este organismo coincidía con las tesis anglosajonas, ya que contaba con una asamblea de carácter consultivo y un comité ministerial en el que residiría el poder último de decisión. El 5 de mayo, coincidiendo con el *Army's Day*<sup>98</sup> y

---

<sup>92</sup> BULLOCK, A.: *Ernest Bevin: Foreign Secretary, 1945-51*, Oxford, Oxford University Press, 1983, p. 659.

<sup>93</sup> MILWARD, A.: *The UK and The European Community, Vol. I: The Rise and Fall of a National Strategy, 1945-1963*, Londres, Routledge, 2012, pp. 36-37.

<sup>94</sup> Prueba de ello es que el Gobierno británico decide no enviar representación oficial británica, aunque acabasen participando más de una veintena de diputados laboristas.

<sup>95</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 40.

<sup>96</sup> Andrew Adonis llega a plantear como plausible la hipótesis de que la derrota de Winston Churchill en las elecciones del 45 impidió que Londres liderase la unión política de Europa occidental. Citado en ADONIS, A.: *Half in, Half out: Prime Ministers on Europe*, Londres, Biteback Publishing, 2018, p. 7.

<sup>97</sup> No obstante, Bevin abandonaría el Foreign Office en el año 51 habiendo llevado a cabo toda una revolución en la política exterior británica, ya que comprometió a su país a la cooperación económica, política y militar con Europa occidental como nunca antes se había hecho en tiempos de paz. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 9.

<sup>98</sup> Es decir, el día en que se conmemoraba en Reino Unido el alto el fuego declarado en Europa en 1945.

con el anuncio en Westminster del acuerdo que ponía fin al Bloqueo de Berlín, diez países —Dinamarca, Irlanda, Italia, Noruega y Suecia, además de los Cinco de Bruselas— ponían su firma en el Tratado de Londres.

De nuevo, al igual que en julio del 47 con la configuración de la OECE, Bevin se aseguraba el carácter intergubernamental de esta organización, que nacía sin funciones específicas pero con un propósito claro: conseguir mayor unidad entre sus miembros. El Consejo de Europa —con sede en Estrasburgo— se quedaba corto a ojos de muchos pero, al menos, simbolizaba un paso adelante al establecer un foro donde poder expresar el credo europeísta<sup>99</sup>. Esta lectura tendría especial aceptación en Francia, que a lo largo de estas negociaciones emergería como líder del grupo de países partidario de superar el ámbito de la cooperación mediante fórmulas supranacionales<sup>100</sup>. Apenas un año después, el Quai d'Orsay presentaría su propia solución comunitaria.

Los británicos navegaban a contracorriente en el debate sobre la unidad europea pero manejaban el timón en el tema de la alianza atlántica. Downing Street entendía que el momento histórico, marcado por la confrontación con Moscú, exigía realismo, por lo que todos los esfuerzos debían centrarse en garantizar la seguridad occidental. Con los ideales europeístas únicamente no se podría contener la amenaza soviética; había que atar a Washington a la defensa colectiva para fortificar la paz en Europa occidental<sup>101</sup>.

El 4 de noviembre del 48, el mismo día de la reelección de Harry S. Truman en EE. UU., Ernest Bevin presentaba a sus compañeros de gabinete su propuesta de pacto atlántico. Cinco meses después, el mismo día de abril, nacía la OTAN<sup>102</sup>, en una ceremonia que congregaría a los doce países signatarios del Tratado de Washington —EE. UU., Canadá, los Cinco de Bruselas, Dinamarca, Islandia, Italia, Noruega y Portugal—. Aun con reticencias en casa por el artículo V, que comprometía a Washington con la defensa

---

<sup>99</sup> Al poco de constituirse, el Consejo de Europa elaboraría la Convención Europea de Derechos Humanos, de gran trascendencia en el futuro.

<sup>100</sup> YOUNG, J. W.: *Britain and European unity, 1945-1999*, Reino Unido, Macmillan Press Ltd., 2000, p. 19.

<sup>101</sup> El precio del apoyo estadounidense era que el Gobierno británico asumiese su parte en la defensa del mundo libre. Como resultado, Reino Unido estaría obligado a mantener una fuerza militar considerable en el continente europeo y una presencia militar significativa en una variedad de escenarios alrededor del globo. Citado en SANDERS, D.: *Losing an Empire, finding a role. British foreign policy since 1945*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 1990, pp. 44-45.

<sup>102</sup> En 1955 surgiría la respuesta de Moscú: el Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua, también conocido como Pacto de Varsovia.

mutua, los estadounidenses abandonaban su aislamiento militar<sup>103</sup>. El Atlántico parecía estrecharse, aunque habría que esperar para que la nueva alianza se dotase de una estructura militar que coordinase sus acciones<sup>104</sup>.

En la primavera del 49, por tanto, el Tratado de Bruselas del año anterior se revalorizaba, ya que había servido de base para fortalecer el músculo militar de Occidente y para dar voz a quienes defendían la unión cada vez más estrecha de los europeos. No obstante, la configuración de una alianza militar inédita en la historia no podía equipararse a la institución de un foro castrado de poder efectivo. De esta manera, si el tema de la seguridad parecía resuelto, el modo de conseguir la prosperidad por la vía de la integración seguía siendo un interrogante. El problema era que el tiempo se agotaba, ya que los germanos del sector occidental —con las zonas de los tres ocupantes unidas desde abril del 49— estaban a punto de concluir su camino hacia la restauración estatal y había que integrarlos en un marco europeo que lograse atar su destino al de sus países vecinos.

Hasta la fecha, parecía claro que un avance significativo en el proceso de integración europea no podría conseguirse con Reino Unido pero tampoco sin él<sup>105</sup>. Su estrategia nacional de posguerra difería, en buena medida, de la de sus socios europeos, lo que ahondaba sus diferencias. Pero, al mismo tiempo, existían muchas reservas al otro lado del Canal —no solo en Francia, sino también en países como Bélgica o Holanda— sobre la posibilidad de estrechar sus lazos con la emergente República Federal Alemana (RFA) sin la participación de Londres, cuya presencia era vista como una garantía frente a la amenaza que, para ellos, todavía representaban los germanos. Además, si algo habían mostrado los últimos años es que Reino Unido era el país más influyente de Europa occidental. El Plan Marshall, la OECDE, el Tratado de Bruselas o la OTAN podrían ser vistos, todos ellos, como triunfos británicos<sup>106</sup>.

---

<sup>103</sup> Tras la firma del Tratado de Bruselas en marzo del 49, la primera respuesta formal procedente de EE. UU. sería la llamada resolución Vandenberg, que al exhortar a la asociación del país en acuerdos regionales defensivos, permitirá al Departamento de Estado iniciar conversaciones en el mes de julio con los signatarios del pacto de Bruselas, además de Canadá, sobre una posible alianza atlántica.

<sup>104</sup> Su llegada se precipita, sobre todo, a raíz del primer lanzamiento de una bomba atómica por la URSS (agosto del 49) y del estallido de la Guerra de Corea (junio de 1950).

<sup>105</sup> LUNDESTAD, G.: op. cit., p. 33.

<sup>106</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 59.

Pero la Europa de rostro anglosajón, con instituciones flexibles, prácticas e intergubernamentales, resultaba insuficiente para Washington y otras capitales europeas<sup>107</sup>. Si el objetivo final debía ser la unión económica como vía para anudar, sobre todo, los intereses franco-germanos, había que articular una solución más ambiciosa que superase el minimalismo británico.

Las diferencias entre el planteamiento de Londres y el de sus aliados respecto al diseño de Europa occidental alcanzaría su cénit en septiembre del 49. A propósito de una nueva crisis de la esterlina —que será devaluada un 30%<sup>108</sup>— Washington asume finalmente el excepcionalismo británico<sup>109</sup>: Reino Unido, comprometido con preservar a toda costa su posición global<sup>110</sup>, podría servir mejor los intereses de la alianza occidental si se respetaba su carácter de *Seven Seas Man*<sup>111</sup>. Por lo tanto, cabía apuntalar su papel como actor global —apoyando a la libra como divisa de reserva internacional<sup>112</sup>— y, al mismo tiempo, arrebatarse el liderazgo de la nueva Europa para ponerlo en manos de un “buen europeo”. Es así como, en adelante, Washington sitúa la carga de la reintegración germana sobre los hombros del Elíseo<sup>113</sup>.

#### 1.1.4 La hora de Francia

1950 iba a ser el año en el que los esfuerzos por construir una Europa unida con la participación británica llegarían a su fin<sup>114</sup>. A principios de año, algunos todavía esperaban un cambio de postura en Reino Unido si, en los comicios de finales de febrero,

---

<sup>107</sup> En la primavera del 49 había emergido un consenso —más claro que en fechas anteriores— en los círculos que elaboraban las políticas en las Islas respecto a que Reino Unido no debía comprometer su independencia ni diluir su fuerza integrándose de forma demasiado estrecha con Europa occidental. Es lo que se conoce como “responsabilidad limitada”. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 27.

<sup>108</sup> El nuevo valor de la libra se fija en 2,80\$, lo que permanecerá inalterable hasta el año 67. Por otro lado, la decisión de Londres de devaluar la esterlina sin informar con antelación a sus socios europeos dañará su relación con estos; especialmente con Francia, que recordará meses después este acontecimiento para justificar su presentación del Plan Schuman sin previo aviso.

<sup>109</sup> El propio *chancellor*, Stafford Cripps, diría el 1 de noviembre en su discurso ante la OECE que Reino Unido no participaría en ninguna integración económica que cuestionase sus responsabilidades con la Commonwealth y el área de la esterlina. Ver *The Times*, 2-10-1949, p. 4.

<sup>110</sup> Por mucho que su estrategia imperial estuviese en plena fase de repliegue tras la pérdida de India (1947) y Palestina (1948). Citado en SANDERS, D.: op. cit., p. 97.

<sup>111</sup> Esta expresión hace referencia al alcance global de Reino Unido, que, consciente de su carácter isleño, ha tendido a otorgar una especial importancia al dominio de los mares como forma de fortalecer su seguridad y prosperidad, renunciando a considerarse simplemente como una nación europea.

<sup>112</sup> HOGAN, M.: op. cit., p. 441.

<sup>113</sup> HOGAN, M.: op. cit., p. 292.

<sup>114</sup> URWIN, D.: op. cit., p. 43.

los *tories* recuperaban el poder. Pero sus esperanzas se verían frustradas al comprobar la ausencia de la cuestión europea en la batalla electoral.

Ya en el propio manifiesto conservador, los de Churchill habían optado por un perfil bajo, limitándose a declarar que seguirían persiguiendo una mayor unión en Europa<sup>115</sup>. Los conservadores estaban más preocupados por convencer a sus conciudadanos de que su regreso al gobierno no supondría una ruptura con el Estado social consagrado por el Gobierno de Attlee<sup>116</sup>. El *Labour*, en cambio, que seguía advirtiendo de que votar a la derecha era apostar por la vuelta al desempleo de los treinta y pedía un nuevo mandato para consolidar lo construido durante los últimos años<sup>117</sup>, se vanagloriaba de haber liderado como ningún otro país los progresos hacia la unidad europea tras la guerra. En adelante, prometía mantener esa posición de liderazgo sin olvidar que Reino Unido se debía a una Commonwealth que superaba el marco europeo<sup>118</sup>.

Finalmente, los resultados electorales acabarían reduciendo la mayoría del partido gobernante de 146 a 8, lo que sugería que los electores querían mantener lo construido desde el 45 pero recelaban de un nuevo impulso socialista<sup>119</sup>. Con todo, y pese a la persistente situación de vulnerabilidad financiera y las dificultades cotidianas propias de la reconstrucción, el periodo de posguerra había sido una historia de éxito en lo referido al progreso social y económico del país<sup>120</sup>. En cualquier caso, tras estas elecciones Reino

---

<sup>115</sup> “This is the Road: The Conservative and Unionist Party's Policy”, programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de 1950. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/1950/1950-conservative-manifesto.shtml> (7-3-2021, 8:38).

<sup>116</sup> El Partido Conservador, con el objetivo de hacerse atractivo a ojos de los votantes, ya había cambiado su política en octubre del 47, a raíz de un documento publicado en el mes de mayo —“The Industrial Charter”— que, entre otras, los vinculaba a la economía mixta. En adelante, los *tories* tratarían de diferenciarse del partido gobernante con la siguiente idea: “We who are members of the Conservative Party believe in planning, but in planning for freedom”. Citado en EDEN, A.: “Britain and the Modern World” en *Foreign Affairs*, octubre 1947.

<sup>117</sup> Entre otras, la situación de pleno empleo, el amplio programa de nacionalizaciones y la extensión del estado del bienestar, con la creación del Servicio Nacional de Salud (NHS, por sus siglas en inglés) como buque insignia.

<sup>118</sup> “Let us win through together”, programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de 1950. Consultado en: <http://www.labour-party.org.uk/manifestos/1950/1950-labour-manifesto.shtml> (7-3-2021, 12:24).

<sup>119</sup> Como se diría en las páginas de *La Vanguardia Española*, la normalidad inglesa quería que Gobierno y oposición no se encontrasen separados por un foso gigantesco. Ver *La Vanguardia Española*, 25-2-1950, p. 6. Aun así, cabe señalar que en el periodo 1945-50 el Partido Laborista no perdió un solo asiento en las elecciones parciales celebradas. Citado en PELLING, H.: *A Short history of the Labour Party*, Londres, Macmillan, 1972, p. 102.

<sup>120</sup> KAVANAGH, D.: op. cit., p. 1.

Unido parecía abocado a nuevos comicios, lo que dejaba la política británica en cierto estado de parálisis.

Donde sí seguiría habiendo movimiento sería al otro lado del Canal, al calor de las llamadas a acelerar la integración de las economías europeas.<sup>121</sup> En estos momentos, gran parte de los esfuerzos se concentraban en la posibilidad de establecer un espacio único de pagos que estabilizase los mercados de divisas y favoreciese el comercio intraeuropeo. Pero en la Administración francesa se estaba urdiendo, de forma paralela, una respuesta de mayor alcance, que afirmase institucionalmente la interdependencia de Europa occidental. Atrás quedaban las conversaciones informales para intensificar los vínculos con los países del Benelux, los primeros en abrir el camino de la unión aduanera<sup>122</sup>. Si la vieja Europa quería volver a valerse por sí misma, era condición *sine qua non* incorporar a la recién creada RFA, liderada desde septiembre del 49 por el democristiano Konrad Adenauer.

El 9 de mayo de 1950 París presentaba su candidatura a liderar la Europa del futuro<sup>123</sup>. Y lo hacía de la mano de su ministro de Exteriores, Robert Schuman, que ponía voz al proyecto ideado por Jean Monnet, reputado funcionario francés. El llamado Plan Schuman era original en tanto en cuanto albergaba la creación de una Alta Autoridad que, integrada por personalidades independientes elegidas por los Gobiernos participantes, debía gestionar la producción de carbón y acero de sus miembros. Ese debía ser —y ese acabaría siendo— el primer paso hacia la unión europea.

El idealismo europeísta nacía, por tanto, con los pies sobre la tierra; en concreto, sobre la cuenca minera del Ruhr, foco de conflicto secular entre franceses y germanos. De ahí que, aunque abierto a otros países, esta iniciativa identificase al eje franco-alemán como su núcleo esencial.

Con esta propuesta, Francia trataba de domesticar a sus vecinos y asegurarse, a la par, la recuperación de la economía nacional. En cierta medida, el Plan Schuman podría

---

<sup>121</sup> En noviembre comienza su discusión en el seno de la OEECE, lográndose un acuerdo en julio que, finalmente, sería firmado en septiembre de 1950. Había nacido la Unión Europea de Pagos. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 120.

<sup>122</sup> Efectiva desde el 1 de enero de 1948.

<sup>123</sup> De ahí que hoy en día, y desde el año 1985, se celebre en esa fecha el Día de Europa.

entenderse como una fórmula de los reconstructores franceses para condicionar la reconstrucción alemana a través de la reconstrucción supranacional europea. Aunque su alcance fuese todavía limitado y su éxito una incógnita, Washington se mostraba entusiasmado con que pudiese representar el salto adelante que deseaba ver en Europa occidental.

En las Islas británicas, en cambio, el anuncio de Schuman había cogido desprevenido a un país acostumbrado a definir su política hacia el continente bajo la premisa de la discordia entre Francia y Alemania<sup>124</sup>. De ahí que, para Stanley Henig, toda una era llegase ahora a su fin<sup>125</sup>. No obstante, los británicos todavía tenían motivos para cuestionar ese supuesto fin de ciclo. Y, en mayo de 1950, Londres seguía viendo en el Estado-nación la solución al problema europeo, aunque reconociese, con cierta inquietud, que el Plan Schuman ya no representaba una mera *talking shop*<sup>126</sup> sino *business*.

## 1.2 Del Plan Schuman a la solicitud de Macmillan

### 1.2.1 La reacción en las Islas

El Plan Schuman lanzó al Foreign Office una de las preguntas más incómodas que se le habían presentado desde el fin de la II Guerra Mundial. No solo porque contaba con el plácet estadounidense —lo que hacía más difícil desaprobarlo y, además, parecía otorgar mayor *leverage* a París en la Casa Blanca— sino porque la iniciativa francesa tenía una letra pequeña difícil de digerir para los paladares británicos, alérgicos a las recetas supranacionales: aquel que decidiese participar debía comprometerse de antemano con la creación de una Alta Autoridad, piedra angular del proyecto. Esta era la línea roja de París, que no cederá ante las llamadas de Bevin a sentarse en la mesa de negociaciones sin cortapisas previas<sup>127</sup>. Al fin y al cabo, el plan del Quai d'Orsay estaba dirigido a

---

<sup>124</sup> Tan desprevenido que el Gobierno británico no sería informado del Plan Schuman con antelación —sí se notificaría, en cambio, a EE. UU.—, lo que en Francia parecía justificado por el trato recibido de Londres en anteriores ocasiones.

<sup>125</sup> HENIG, S.: *The uniting of Europe: from discord to concord*, Londres, Routledge, 1997, p. 30.

<sup>126</sup> En español, mentidero o tertulia. Así se referirían, de forma peyorativa, algunos británicos que cuestionaban la efectividad de instituciones como el Consejo de Europa. Citado en MILWARD, A.: op. cit., p. 37.

<sup>127</sup> Desde el punto de vista de los británicos, la idea de comprometerse de antemano a un principio sin contar con información detallada era comparable a firmar un cheque en blanco. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 30.

Alemania Occidental y, aun resultando atractiva la idea de sumar a Reino Unido, su puesta en marcha no dependía de la participación británica<sup>128</sup>.

El 1 de junio, Schuman lanzaba sin éxito un ultimátum a las Islas<sup>129</sup>. El Gobierno británico, manteniéndose firme pese a las presiones recibidas<sup>130</sup>, decidía responder con la autoexclusión: aunque celebrase la intención del plan, difería de la vía elegida. Así lo confirmaba su comunicado del día 3, en el que declaraba —hilando muy fino— que no podía aceptar la invitación pero tampoco rechazar su participación<sup>131</sup>. Aunque entonces no era evidente, Reino Unido estaba cediendo con su rechazo la dirección de Europa occidental<sup>132</sup>. Por primera vez desde 1945, abandonaba el corazón de esta región para situarse en su periferia<sup>133</sup>.

Pero tal y como señala Guirao “la ausencia británica de los inicios del proyecto europeo no se debió a ningún antieuropeísmo ideológico, sino a mantener intereses diferentes y a la capacidad de disponer de un proyecto alternativo”<sup>134</sup>. En pocas palabras, la respuesta del Gobierno de Attlee al Quai d’Orsay no fue una reacción meramente instintiva, sino que estaba acompañada de fundamentos sólidos<sup>135</sup>. Tal y como se encargaría de subrayar el Tesoro británico con especial insistencia, no parecía haber motivos suficientes para que el país cambiase su estrategia nacional, diseñada en base a unos intereses que superaban

---

<sup>128</sup> Salvando las distancias, esta situación se asemeja a lo ocurrido en el año 2011, cuando la negativa de Londres a aceptar un acuerdo para atajar la crisis del euro no impidió que la mayoría de Estados miembros siguiesen adelante con sus planes, aunque tuviesen que buscar una vía alternativa a la estrictamente comunitaria.

<sup>129</sup> La crónica de estos acontecimientos entre los meses de mayo y junio puede ser consultada en el documento “Anglo-French Discussions Regarding French Proposals for the Western European Coal, Iron and Steel Industries”, presentado por el Foreign Office al Parlamento británico. HAEU: UWK/NS-516.

<sup>130</sup> Por un lado, los *tories* criticaban lo que entendían como una política aislacionista: la exclusión de las negociaciones suponía perder el liderazgo europeo y satisfacer a Moscú. La prensa británica, salvo algunos diarios como el *Daily Express*, daba la bienvenida a la iniciativa y llamaba a algún tipo de participación de Reino Unido. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 131. Por su parte, países como Holanda — que, curiosamente, aceptaría negociar el Plan Schuman con la condición de poder retirarse si no le convenía la forma final de la Alta Autoridad— entendían que la entrada de Londres ofrecería mayores garantías de éxito.

<sup>131</sup> *The Times*, 5-6-1950, p. 3.

<sup>132</sup> Autores como Anthony Nutting —*Europe Will Not Wait* (1960)— Nora Beloff —*The General Says No: Britain’s Exclusion From Europe* (1963)— o Christopher Lord —*Absent at the Creation: Britain and the Formation of the European Community, 1950-1952* (1996)— han identificado la postura del Gobierno de Attlee hacia el Plan Schuman como un error histórico; una oportunidad perdida para haber liderado Europa desde el principio.

<sup>133</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 135.

<sup>134</sup> GUIRAO, F.: “Brexite e integración europea: un binomio conceptualmente útil” en *Ayer*, nº 113, 2019, p. 323.

<sup>135</sup> De ahí que, como diría Sean Greenwood, aunque el rechazo a participar en el Plan Schuman se acabaría mostrando como un error, se trataba de un error entendible. Citado en GREENWOOD, S.: op. cit., p. 5.

el marco europeo. Aún a estas alturas, y por mucho que la mayoría de los países de Europa occidental hubiesen alcanzado ya sus niveles de producción previos a la guerra<sup>136</sup>, la prosperidad de los británicos seguía dependiendo del comercio extraeuropeo<sup>137</sup>.

Además, en términos estrictamente económicos, un hipotético mercado común limitado al carbón y al acero no parecía una amenaza seria para la industria británica ni tampoco para el liderazgo que el país venía ejerciendo a través de la OECE, una institución de mayor alcance e impacto económicos<sup>138</sup>. A ello se unía que estos sectores estaban protegidos en Reino Unido, por lo que existía una tendencia generalizada a preservar el *status quo* y no abrirse a la competitividad. De ahí las palabras de Herbert Morrison, peso pesado del Partido Laborista: “no podemos hacerlo. Los mineros de Durham no lo consentirán”<sup>139</sup>.

Esto último está relacionado con el factor ideológico, también presente en la negativa del *Labour* a participar en el Plan Schuman. Muchos de sus miembros rechazaban no solo perder el control de estas industrias —recientemente nacionalizadas— sino entrar a formar parte de un club integrado por países más atraídos por el *laissez faire* propio del libre mercado<sup>140</sup>. Además, la respuesta de Londres también estaba condicionada por aspectos culturales. Por un lado, se desconfiaba del éxito de una operación basada en el entendimiento de dos naciones —Francia y Alemania— que parecían condenadas a enfrentarse de nuevo. Por otro, se consideraba quimérico e inútil el deseo de acelerar el proceso de integración entre países que presentaban realidades particulares. Como diría entonces el diputado *tory*, Major Legge-Bourke, no bastaba con compartir intereses o miedos para que fuese lógico iniciar esta empresa; debían existir también simpatías y características comunes, una situación que —a su juicio— no se daba en suelo europeo<sup>141</sup>.

---

<sup>136</sup> HANSEN, D.: *European economic history. From mercantilism to Maastricht and beyond*, Copenhagen, Copenhagen Business School Press, 2001, p. 313.

<sup>137</sup> En 1950 las exportaciones británicas a su imperio representaban casi el 50%, mientras que poco más del 25% se dirigían a Europa. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 18.

<sup>138</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 22.

<sup>139</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 244. La mezcla de insularidad junto a la idea de “Reino Unido es mejor” estaba profundamente arraigada en la sociedad británica, lo que indica que difícilmente Morrison y sus colegas estuviesen actuando en contra del deseo popular. Citado en KYNASTON, D.: op. cit., p. 545.

<sup>140</sup> Así lo expondría el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Laborista en su panfleto “European Unity”, que recoge la política europea de la formación. Publicado el 12 de junio del 50, es un documento sobre el que se venía trabajando y que, a raíz del Plan Schuman, será actualizado. Para su lectura íntegra: [https://www.cvce.eu/en/obj/manifesto\\_by\\_the\\_national\\_executive\\_committee\\_of\\_the\\_british\\_labour\\_party\\_on\\_european\\_unity\\_may\\_1950-en-626bf849-0be2-499c-a924-d768c9f05feb.html](https://www.cvce.eu/en/obj/manifesto_by_the_national_executive_committee_of_the_british_labour_party_on_european_unity_may_1950-en-626bf849-0be2-499c-a924-d768c9f05feb.html) (12-3-2021, 8:52)

<sup>141</sup> *Hansard*, 26-6-1950. Disponible en:

Por si no fuera poco, tanto la novedad —y, por tanto, inmadurez— como la imprecisión del Plan Schuman también parecían aconsejar al Gobierno británico cierta prudencia. Para el diplomático Roger Makings se trataba de “aventuras institucionales”<sup>142</sup>. Además, las suspicacias que generaba su carácter supranacional no eran exclusivas del laborismo, sino que estaban bastante extendidas por los pasillos de Westminster. En este sentido, resultan reveladoras las palabras del conservador Harold Macmillan. Así como en el mes de mayo firmaba una pieza colectiva en la que se instaba al Gobierno de Attlee a participar en las negociaciones con sus socios europeos<sup>143</sup>, apenas tres meses después el futuro *premier* declaraba ante el Consejo de Europa que no se había puesto fin al derecho divino de los reyes para que ahora fuese otorgado a expertos independientes<sup>144</sup>.

Y es que en tierras anglosajonas —principalmente entre las élites— la Alta Autoridad planteada por Schuman y, sobre todo, su posible independencia respecto a los gobiernos nacionales rezumaba un aire ciertamente autoritario, ligado en el imaginario colectivo al catolicismo continental y, supuestamente, incompatible con la tradición democrática de la vieja *Britannia*<sup>145</sup>.

Aún así, tanto los *tories* como los liberales se desmarcarán de la posición gubernamental, al entender que su país debía ocupar un asiento en la mesa de negociaciones del Plan Schuman para poder influir en su diseño final. Este enfrentamiento se pondría de manifiesto una semana después de haberse iniciado formalmente las conversaciones entre Francia, Alemania Occidental, Italia y el Benelux, reunidas en París el 20 de junio. A propósito de una moción presentada por la oposición, el Gobierno británico se veía

---

<https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1950/jun/26/schuman-plan> (29-1-2021, 12:17).

<sup>142</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 59.

<sup>143</sup> Ver *The Times*, 22-5-1950, p. 5.

<sup>144</sup> “From the European Coal and Steel Community to the Common Market”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College, 12-11-2013. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/from-the-european-coal-and-steel-community-to-the-common-market> (12-3-2021, 11:35). Estas palabras de Macmillan recuerdan, en cierto sentido, a las pronunciadas por Michael Gove en 2016. En calidad de ministro de Justicia y en plena campaña del *brexit* —del que se mostró partidario— señalaba que los británicos habían tenido ya suficientes expertos.

<sup>145</sup> Los seis ministros que acabarían firmando el Tratado de París del 51 pertenecían a partidos demócratacristianos, por lo que la idea de una Alta Autoridad les atraía en tanto en cuanto otorgaban gran importancia a la cohesión social y a la responsabilidad colectiva. Citado en JUDT, T.: op. cit., pp. 240-241. En estas páginas, Judt también llama la atención sobre el hecho de que los tres jefes de Estado de los tres grandes países participantes —la Alemania de Adenauer, la Italia de Alcide de Gasperi y la Francia de Schuman— procedían de regiones limítrofes que habían estado en contacto, de una manera u otra, con la lengua germana, que los tres dominaban.

forzado a debatir en los Comunes la posible participación de Londres en dicha conferencia. Downing Street acabaría saliendo airoso<sup>146</sup>, pero sus principales rivales lograban dejar constancia de su disconformidad con la ausencia de representación británica en París<sup>147</sup>.

En cualquier caso, la voz de la oposición no encontraría gran resonancia en la prensa de la época, donde escaseaban los comentarios sobre el pretendido *pooling* del carbón y el acero. Tampoco tendría gran alcance en la opinión pública, ignorante cuando no indiferente ante el Plan Schuman<sup>148</sup>.

Quien sí seguiría muy de cerca el desarrollo de las negociaciones sería el Foreign Office, que desde el principio adopta una política de “neutralidad benevolente”<sup>149</sup>. Con este acercamiento, Londres trataba de mantenerse al margen de las conversaciones, evitando ser vista como un obstáculo pero estudiando, al mismo tiempo, distintos escenarios para no verse sorprendida por los acontecimientos<sup>150</sup>. En caso de no prosperar la iniciativa francesa —hipótesis que en las Islas parecía plausible<sup>151</sup>— el Gobierno británico debería reaccionar planteando su propia alternativa.

Sin embargo, el 25 de julio, apenas un mes después del inicio de la conferencia, Schuman anunciaba un principio de acuerdo sobre la futura Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA). Suscritas sus líneas maestras por las seis delegaciones nacionales, se abría una nueva fase en la que todos los esfuerzos habrían de concentrarse en la concreción de los detalles.

El Gobierno británico recibía la primera prueba de que sus vecinos continentales iban en serio y, en adelante, esperará al establecimiento definitivo de la CECA para luego

---

<sup>146</sup> Por 309 frente a 289 votos, los Comunes votaban en contra de participar en el Plan Schuman.

<sup>147</sup> Ver *The Times*, 28-6-1950, p. 6.

<sup>148</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 72.

<sup>149</sup> MAY, A.: op. cit., p. 18.

<sup>150</sup> El propio Clement Attlee declararía en los Comunes, antes de iniciarse las conversaciones en París, que la intención de su Gobierno era ayudar y no obstaculizar; una ayuda que se concretaría —de acuerdo al *premier*— tras conocerse el resultado de las negociaciones entre los Seis. Ver *The Times*, 14-6-1950, p. 6.

<sup>151</sup> Cabe recordar que los países del Benelux acudían a las negociaciones del Plan Schuman preocupados por el diseño final de la Alta Autoridad, ya que aspiraban a controlar el poder de París y a contener, al mismo tiempo, la amenaza germana.

asociarse a ella<sup>152</sup>. Los *tories*, en cambio, no compartían la política gubernamental del *wait and see* y, liderados por Harold Macmillan y David Eccles<sup>153</sup>, presentarán una contrapropuesta que, básicamente, era el Plan Schuman a la inglesa: la Alta Autoridad sería responsable ante un comité ministerial en el marco del Consejo de Europa. Pero la oferta de los británicos resultaba doblemente inoportuna: no solo llegaba tarde, sino que cuestionaba el carácter supranacional que había sido consagrado apenas dos semanas antes en París. La revolución institucional de la futura CECA era ya imparable.

### 1.2.2 Urge rearmarse: la tentativa de una defensa europea

Si el verano de 1950 estaba presenciando los primeros pasos en firme hacia la unidad europea —por pequeños e inciertos que fueran— el foco de la atención mundial se concentraba en el extremo oriental del continente asiático, convertido en el primer campo de batalla de la Guerra Fría<sup>154</sup>.

Fruto de la II Guerra Mundial, Corea se hallaba partida en dos, con una línea de demarcación en el paralelo 38 que distinguía la zona norte, sujeta a la influencia soviética, de la zona sur, bajo la órbita de Washington. Los líderes de ambos Estados —recién constituidos— aspiraban a liderar la reunificación del país; una pulsión que acabaría derivando en guerra tan pronto como la armada comunista decidía poner sus botas al otro lado de la frontera establecida entre ambas entidades. Este movimiento se producía el 25 de junio. El ataque de Corea del Norte, apoyada primero por Moscú y luego también por la joven República Popular China<sup>155</sup>, marcaba el inicio de la Guerra de Corea (1950-53), en la que Washington y sus aliados respaldarían a los surcoreanos.

---

<sup>152</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 32. El Acuerdo de Asociación llegaría en diciembre del 54, finalizándose su ratificación en septiembre del 55. Sobre el trámite legislativo del Tratado de Asociación en Westminster, resulta interesante traer a colación el freno que se produjo a raíz de una disputa por la exigencia de Monnet de otorgar inmunidad diplomática en las islas británicas a la representación de la Alta Autoridad en su territorio. Citado en MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 166. Lo anterior recuerda a lo que se produjo a principios de 2021, cuando Reino Unido se negó a conceder el estatuto diplomático al nuevo embajador de la Unión Europea alegando que, al considerarlo como un mero representante de una organización internacional, no gozaba de la protección de la Convención de Viena.

<sup>153</sup> De hecho, su propuesta, presentada ante al Consejo de Europa el 8 de agosto, será conocida como el Plan Macmillan-Eccles. Para el Gobierno de Attlee, esta iniciativa probaba que, pese a las críticas recibidas, los conservadores tenían una idea de Europa semejante a la del *Labour*.

<sup>154</sup> Para Reino Unido, el inicio de la Guerra Fría en territorio asiático comenzaría antes, en junio del 48, al tener que hacer frente a la insurgencia marxista en Malasia, derrotada doce años después.

<sup>155</sup> Instaurada un año antes, en 1949, tras la victoria del comunismo sobre las fuerzas nacionalistas chinas.

Pese a la distancia geográfica de este conflicto, la alianza atlántica asumió en seguida la vulnerabilidad de su propio paralelo 38: la frontera que separaba a la Alemania dividida. Si se quería evitar lo acontecido en Corea, urgía reforzar la defensa occidental y rearmar el frente más expuesto a la amenaza soviética: la RFA. El presidente Truman se comprometía a enviar ayuda adicional a la región para combatir el comunismo pero, a cambio, sus socios debían aumentar su contribución defensiva y atender el rearme alemán. Esto último resultaba especialmente controvertido en capitales europeas como París, y, por otro lado, amenazaba con desatar la reacción soviética, ahora más temida por conocerse su capacidad nuclear<sup>156</sup>.

Una vez más, Francia se veía arrastrada por los acontecimientos, obligada a responder con rapidez a una cuestión que habría deseado posponer indefinidamente: la creación de un ejército alemán. Justo cuando se estaba abordando la rehabilitación económica de Alemania Occidental a través del Plan Schuman, Washington solicitaba su rehabilitación militar, apenas cinco años después de la derrota del nazismo.

La respuesta de París se precipitaría en octubre, inspirada por una moción presentada dos meses antes por Winston Churchill en Estrasburgo, en la que se llamaba a la formación de un ejército europeo<sup>157</sup>. El primer ministro francés, René Pleven, recurriendo nuevamente a la fórmula supranacional de Monnet, planteaba la creación de una Comunidad Europea de Defensa (CED). Pese a su pretendida falta de precisión, esta vía parecía garantizar el rearme alemán sin que renaciese su ejército nacional, ya que se proponía la creación de unas fuerzas armadas europeas integradas bajo un mando común.

En un principio, el llamado Plan Pleven causaría irritación en el Gobierno británico, que tardaría meses en mostrar su apoyo a la iniciativa francesa, siempre dejando claro que Reino Unido permanecería al margen<sup>158</sup>. Al fin y al cabo, los anglosajones seguían defendiendo la vía de los pequeños sorbos en su acercamiento a la unidad europea, de

---

<sup>156</sup> Como se ha dicho con anterioridad, en el verano de 1949 Moscú se había convertido en la segunda potencia nuclear mundial.

<sup>157</sup> Nueva muestra de que el Partido Conservador empleaba la plataforma del Consejo de Europa para hacer oposición al Gobierno laborista de su país. La moción de Churchill colocaba a Downing Street en una posición difícil, ya que una vez más parecía que no le estaba dando suficiente respaldo a la cuestión europea. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 142.

<sup>158</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 87.

modo que la idea del *European army*, que representaba para ellos un trago demasiado largo, corría el riesgo de ahogar la iniciativa del Elíseo<sup>159</sup>.

Ahora bien, al igual que en las negociaciones de la futura CECA, Londres exhibirá desde el inicio cierta tolerancia hacia la CED y decidirá no interponerse en su camino<sup>160</sup>. Así, en febrero del 51, en el mismo escenario en el que se había debatido el Plan Schuman, Londres enviaba un observador a la capital francesa<sup>161</sup>, donde se iniciaban las negociaciones sobre el ejército europeo.

Básicamente, los británicos se desmarcaban de las tesis de Pleven porque consideraban que una hipotética autonomía de la CED podría dañar la integridad y efectividad de la alianza atlántica, a la que otorgaban la máxima importancia. A propósito de la Guerra de Corea, Downing Street había demostrado una vez más su marcado atlantismo, al atender con celeridad y determinación las llamadas de la Casa Blanca al rearmamento de los países occidentales. No obstante, la decisión de aumentar el gasto militar<sup>162</sup> a costa de otras partidas presupuestarias —en plena fase de consolidación económica— acabaría saliéndole cara al Gobierno de Attlee, ya que dividiría al gabinete —sobre todo por las críticas de los más pacifistas— y terminaría lastrando su atractivo electoral<sup>163</sup>.

En cualquier caso, el giro de Londres hacia un mayor compromiso con la CED se produciría a raíz de la dimisión de Ernest Bevin en marzo del 51. El mismo día que soplaba las velas por su setenta cumpleaños, el jefe de la diplomacia británica renunciaba al liderazgo del Foreign Office, una posición que, en realidad, llevaba tiempo vacante por

---

<sup>159</sup> Paráfrasis de unas palabras del político conservador Anthony Eden, futuro ministro de Exteriores y *premier* británico. Citado en EDEN, A.: *The memoirs of Sir Anthony Eden: full circle*, Londres, Cassell, 1960, p. 32.

<sup>160</sup> GIFFORD, C.: *Making of Eurosceptic Britain: Identity and Economy in a Post-Imperial State*, Farnham, Ashgate, 2014, p. 32. En este sentido, cabe recordar las palabras de Bevin ante los Comunes el 29 de noviembre: aunque Londres prefiriese la OTAN, no bloquearía la iniciativa de Pleven. Ver *The Times*, 30-11-1950, p. 4.

<sup>161</sup> El elegido sería Oliver Harvey, el embajador de Reino Unido en París. Los *tories*, críticos una vez más con el Gobierno de Attlee, apostaban por el envío de una delegación en vez de un mero observador.

<sup>162</sup> Los costes de defensa de Reino Unido aumentan hasta casi el 10% del PIB en el periodo 1951-52. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 232.

<sup>163</sup> En abril de 1951, a raíz de la presentación del presupuesto anual que contemplaba recortes en sanidad para hacer frente al compromiso defensivo, dimite, entre otros, Aneurin Bevan, ministro de Trabajo y figura clave del partido. Para una parte considerable del laborismo, la amenaza soviética se estaba sobredimensionando, lo que debilitaba las condiciones de vida de la sociedad británica —al destinar más recursos a la defensa— y hacía más probable una nueva guerra.

su delicado estado de salud<sup>164</sup>. Su archienemigo, el vice primer ministro Herbert Morrison, sería el encargado de asumir la política exterior del país.

Morrison mantiene la preferencia por el atlantismo pero, al mismo tiempo, muestra mayor simpatía por la CED, además de adoptar una posición más flexible y abierta hacia la CECA, que precisamente celebraría su ceremonia de apertura poco después, el 18 de abril, con la firma del Tratado de París<sup>165</sup>. De hecho, unos meses más tarde, en la Declaración de Washington —hecha pública a mediados de septiembre por los ministros de Exteriores de EE. UU., Francia y Reino Unido— Morrison manifestaría su deseo expreso de asociarse de la forma más estrecha posible con la naciente Comunidad de los Seis<sup>166</sup>, lo que para algunos observadores de la época parecía restaurar las relaciones franco-británicas, deterioradas a raíz del lanzamiento del Plan Schuman.

Sin embargo, Morrison se quedaría sin tiempo para mostrar si ese acercamiento reflejado en la nota de Washington trascendería el ámbito de la retórica. A los cinco días de su publicación, Clement Attlee anunciaba la convocatoria de elecciones anticipadas para finales de octubre.

Ese mismo verano, tratando de emular la Gran Exposición Universal de 1851 celebrada en Londres, el Gobierno laborista había organizado un festival para convencer a sus compatriotas de las posibilidades de futuro de su país<sup>167</sup>. Ciertamente, atendiendo a las estadísticas, los británicos parecían merecerse este festín patrio, ya que sus cifras de producción industrial y de exportaciones todavía representaban las de Francia y Alemania

---

<sup>164</sup> Bevin fallecería poco después, el 14 de abril. En su lugar de descanso, en la Abadía de Westminster, se puede leer la inscripción “Statesman” —en español, “Hombre de Estado”— lo que refleja su alta consideración entre la clase política británica. Citado en BULLOCK, A.: op. cit., p. 786.

<sup>165</sup> Este tratado contemplaba la creación de un mercado único limitado al carbón y al acero que eliminaba las aduanas interiores y establecía una tarifa exterior común. A nivel institucional, se dotaba a la CECA de una Alta Autoridad, una Asamblea Común, un Consejo de Ministros y un Tribunal de Justicia. Por otro lado, el texto incluía la apertura de negociaciones con Reino Unido. Pactado por un periodo de cincuenta años, este tratado expiraría el 23 de julio de 2002.

<sup>166</sup> Además, los tres países suscribían el objetivo de integrar a Alemania Occidental, en igualdad de condiciones, en la naciente comunidad europea y en la alianza atlántica. Ver *The Times*, 15-9-1951, p. 4.

<sup>167</sup> Para una idea visual de lo pretendido por los organizadores ver “Family Portrait”, un pequeño documental elaborado por Humphrey Jennings a propósito de este evento en el que se presenta una imagen reconfortante del país.

combinadas<sup>168</sup>. Aún así, pese a los brotes verdes implícitos en este evento, el Reino Unido de 1951 seguía marcado por el racionamiento y las provisiones<sup>169</sup>.

Sea como fuere, esta celebración nacional no se traduciría, poco después, en el refuerzo de la mayoría anhelado por el *Labour*<sup>170</sup>. Con un equipo bastante envejecido y un programa sin apenas novedades, los electores ponían fin a seis años de gobierno laborista y devolvían a Winston Churchill, a la edad de 76 años, al 10 de Downing Street<sup>171</sup>. El líder conservador —al que sus rivales seguían tildando de belicista— tenía ahora la oportunidad de demostrar que también podía ser un buen gestor en tiempos de paz, por mucho que su reputación estuviese ya asegurada<sup>172</sup>.

Al otro lado del Canal, los países de la naciente CECA recibían con entusiasmo contenido la llegada de los *tories* al poder. A nadie se le escapaba que la política exterior de los británicos solía caracterizarse por la continuidad, ajena en buena medida a los vaivenes electorales<sup>173</sup>. Pero, al mismo tiempo, resultaba inevitable sentir más cercanas a las Islas, habida cuenta de que en los próximos años estarían gobernadas por uno de los padres de Europa<sup>174</sup>.

---

<sup>168</sup> CAIRNCROSS, A.: “Reconversion, 1945-51”, p. 50 en CRAFTS, N. F. R. y WOODWARD, N. W. C.: op. cit.

<sup>169</sup> “Macmillan”, conferencia de Richard Thorpe organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 30-11-2005. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-macmillan> (16-3-2021, 17:07).

<sup>170</sup> Los principales temas de la campaña fueron el coste de la vida y el peligro de una nueva guerra. Si los conservadores se concentraron en lo primero, los laboristas hacían especial hincapié en lo segundo. Citado en PELLING, H.: op. cit., p. 108.

<sup>171</sup> Esta vez por decisión del electorado, ya que en el año 40 había asumido el mando en unas circunstancias especiales y sin pasar por las urnas. Por otro lado, en estos comicios el Partido Conservador lograba imponerse al laborismo en escaños —321 frente a 295 respectivamente— pero no en votos. De hecho, el *Labour* mejoraba sus cifras en número de votos respecto a los dos comicios previos. Como diría el diario *Arriba*, Churchill había pedido un fuerte caballo de batalla pero solo había logrado obtener una cabalgadura flaca. Ver *Arriba*, 27-10-1951, p. 5.

<sup>172</sup> “Winston Churchill”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 28-9-2005. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-winston-churchill> (16-3-2021, 18:31).

<sup>173</sup> Sobre esta tradición de consenso en la política exterior británica ver GAITSKELL, H.: “The search for Anglo-American policy” en *Foreign Affairs*, nº 4, vol. 32, julio 1954, p. 576.

<sup>174</sup> De hecho, Roy Jenkins, en su biografía sobre Winston Churchill, señala que su europeísmo de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta ni era superficial ni se limitaba a alentar la integración desde los márgenes. De acuerdo a este autor, Churchill habría tenido plena consciencia de la vocación participativa de Reino Unido en Europa. Citado en JENKINS, R.: op. cit., p. 818.

Sin embargo, como diría Salvador de Madariaga, pudiendo haber sido el líder de Europa, Churchill prefirió ser el líder del Partido Conservador<sup>175</sup>. Pese a contar con uno de los gabinetes más europeístas de la historia del Reino Unido<sup>176</sup>, el cambio de inquilino en Downing Street apenas llevaría novedades a la política europea de Londres: los *tories* operarían con los mismos prejuicios, prioridades y limitaciones que los laboristas<sup>177</sup>, a los que tanto habían criticado desde la bancada opositora por su presunta falta de sensibilidad hacia la unidad europea.

La primera evidencia de calado llegaría a finales de noviembre, con la resaca de la victoria electoral todavía reciente. El delfín de Churchill, Anthony Eden<sup>178</sup>, en sus primeros días al mando del Foreign Office, anunciaba en Roma que su país se mantendría al margen de la CED<sup>179</sup>. Para descontento de muchos, se agotaban las esperanzas de que hubiese tropas británicas en el futuro ejército europeo.

La frialdad de Eden hacia la unidad europea era indudable<sup>180</sup>. A principios de 1952, en un discurso pronunciado en la Universidad de Columbia, rechazaba la hipotética unión de su país al proyecto europeo por ir en contra del instinto nacional<sup>181</sup>. Pero la de Eden no era una voz clamando en el desierto. De hecho, su visión saldría reforzada tras la publicación del memorándum *United Europe*, con el que los *tories* —pese a las reservas de algunos de sus miembros— trataban de clarificar su acercamiento al encaje de Reino Unido en Europa<sup>182</sup>. Con este texto, el jefe de la diplomacia británica —cada vez más líder entre los suyos a costa de un Churchill envejecido— se verá más legitimado para

---

<sup>175</sup> DOMÍNGUEZ, L. y GONZÁLEZ, S.: op. cit., p. 46.

<sup>176</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 152.

<sup>177</sup> MAY, A.: op. cit., p. 21.

<sup>178</sup> El futuro conde de Avon ya había sido ministro de Exteriores en dos ocasiones, primero con Chamberlain y luego en el Gobierno de coalición durante la guerra. Más adelante, sobre el Plan Schuman, había defendido la entrada de su país para evitar su deriva federal, sin que ello cuestionase el comercio preferencial de los británicos con su imperio.

<sup>179</sup> No obstante, Eden recordaba el compromiso de su país con la unidad europea recogido en la Declaración de Washington para manifestar su deseo de que Reino Unido participase en la CED de alguna otra manera. Ver *The Times*, 29-11-1951, p. 4.

<sup>180</sup> JENKINS, R.: op. cit., p. 857.

<sup>181</sup> Ver *The Times*, 12-1-1952, p. 6.

<sup>182</sup> El texto recogía, entre otras, la idea de que Reino Unido permaneciese al margen de la federación europea y de que el futuro ejército europeo se integrase en la OTAN. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 154.

dar continuidad a la política de “cooperación sin compromiso” seguida por su predecesor, Herbert Morrison<sup>183</sup>.

El europeísmo descafeinado del nuevo Gobierno parecía contradecir la actitud adoptada por el Partido Conservador durante los seis años previos en la oposición. No obstante, las reticencias a revisar los grandes ejes de la política exterior del país coincidían con la prudencia general de un gabinete que actuaba condicionado por su exigua mayoría en Westminster y el fervor que todavía despertaba el laborismo<sup>184</sup>. De hecho, en el plano doméstico, Downing Street procuraría demostrar sus credenciales moderadas a lo largo de la legislatura, priorizando su rama más social —propia del conservadurismo *one-nation* de Disraeli— para no romper con el llamado “consenso de posguerra”<sup>185</sup> inaugurado por Attlee<sup>186</sup>.

Sin embargo, Eden trataría de rectificar con rapidez el mal sabor de boca que había dejado su estreno en el Foreign Office al otro lado del continente<sup>187</sup>, donde muchos todavía veían a Londres como el único actor con autoridad moral para liderar el proceso de integración europea.

La primera oportunidad se le presentó con motivo del debate entre los Seis sobre la creación de una entidad política que, acogiendo en su seno las iniciativas comunitarias desarrolladas hasta la fecha, se convirtiese en la máxima autoridad de la unidad europea. En marzo del 52, con la CECA en pleno proceso de ratificación y la CED todavía en fase

---

<sup>183</sup> Una de las ideas más extendidas es que, dado el gran ascendiente de Eden entre los *tories* y la senilidad de Winston Churchill, la política exterior del país estuvo muy vinculada a la visión personal de Eden sobre el proyecto europeo y su relación con Reino Unido. No obstante, algunos autores como el profesor David Dutton rechazan esta interpretación, recordando que la actitud de Eden hacia sus vecinos contaba con un amplio consenso en el partido y estaba respaldada por la propia evidencia empírica macroeconómica. Citado en DUTTON, D.: “Anthony Eden”, pp. 33-34 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>184</sup> Además, el Gobierno británico no podía prescindir de los sindicatos, cuya membresía alcanzaba una cifra cercana a los diez millones. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 50.

<sup>185</sup> La primera prueba de fuego llegaría a principios del 52, cuando Rab Butler, en calidad de *chancellor*, plantea la libre flotación de la libra para tratar de hacer frente a las dificultades económicas del país. Su planteamiento —más conocido como Operación ROBOT por los nombres de sus principales impulsores— sería desechada al no encontrar el respaldo necesario en el gabinete por las consecuencias sociales que podría acarrear. Los *tories* descartaban el monetarismo en beneficio del consenso nacional, marcado en buena medida por el intervencionismo estatal. Como diría Morgan, fue un momento histórico: un partido entregado a la liberalización y al mercado privado apostaba con firmeza por el control y la gestión. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 122.

<sup>186</sup> Esto es, política fiscal manipuladora de la demanda, costosas prestaciones universales, tributación extremadamente progresiva y extenso sector nacionalizado. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 541.

<sup>187</sup> En el mes de diciembre, apenas unos días después del anuncio de Eden en Roma sobre la CED, Spaak dimitía de la presidencia de la Asamblea del Consejo de Europa en respuesta a la actitud británica.

de negociaciones, Eden planteaba la posibilidad de que tanto el control de la CECA como el de la CED se pusiesen en manos del Consejo de Europa, de tal manera que la función de este último se revitalizase y fuese innecesario establecer nuevas instituciones. Este nuevo empuje minimalista procedente de Reino Unido resultaba familiar. No obstante, y pese a caer en saco roto, la contribución de Eden revelaba su interés por influir en el diseño constitucional de la nueva Europa, de tal manera que fuese posible estrechar el vínculo entre Londres y sus vecinos<sup>188</sup>.

Pero la presencia de los británicos era más necesaria en la mesa de negociaciones de la CED que en el debate sobre la organización política europea, que se estaba produciendo al mismo tiempo. Los continentales otorgaban a Londres una importancia capital en el futuro del ejército europeo, habida cuenta de su papel secular como árbitro y garante último de la seguridad en Europa occidental<sup>189</sup>. Básicamente, lo que buscaban era su apoyo explícito, que debía actuar como calmante ante la ansiedad que seguía generando esta iniciativa en determinadas capitales; sobre todo por el miedo a que su firma autorizase el renacimiento del ejército alemán.

Consciente de ello, Eden atenderá las llamadas de los Seis a formalizar la relación entre su país y el *European army*. En abril del 52, un mes después de haber recibido la solicitud de los miembros de la CED, el jefe de la diplomacia británica convencía a su gabinete para trabajar en la elaboración de un tratado que garantizase la defensa mutua entre Londres y los Seis, de tal forma que la autoexclusión británica de la comunidad defensiva no impidiese su participación *de facto*. Esta respuesta parecía mejorar la estima de Eden en el continente.

El 27 de mayo, tras un periodo largo e intenso de negociaciones, se firmaba en París la Comunidad Europea de Defensa<sup>190</sup>, además del tratado entre esta y Reino Unido<sup>191</sup> y

---

<sup>188</sup> El llamado Plan Eden sería presentado por el propio ministro en la décima sesión del Comité de Ministros del Consejo de Europa, celebrada el 19 de marzo de 1952.

<sup>189</sup> Luis Simón recordaba que Reino Unido se había enorgullecido de ser el principal guardián de la arquitectura y de los equilibrios geopolíticos de Europa desde la Guerra de los Siete Años (1756-63). Citado en una pieza de este autor publicada en *War on the rocks* el 24 de octubre de 2016. Disponible en: <https://warontherocks.com/2016/10/britain-and-the-fate-of-the-europe-we-know/> (25-11-2021, 16:24).

<sup>190</sup> Al igual que ocurriría con el Tratado de Maastricht en los noventa, una cosa era su firma y otra muy distinta su ratificación, mucho más problemática.

<sup>191</sup> Londres prometía asistencia militar automática en caso de ataque a algún miembro de la CED. Salvo en el caso de Alemania Occidental, realmente los británicos ya estaban comprometidos a ello por acuerdos anteriores.

determinados protocolos sobre su relación con la OTAN. Todo ello no hubiese sido posible sin la firma en Bonn, el día anterior, de una serie de acuerdos entre la RFA y sus tres fuerzas de ocupación, por los cuales Londres, París y Washington definían su nueva relación con Alemania Occidental. En adelante, la RFA era reconocida como soberana en su propio territorio y, al mismo tiempo, sus aliados se aseguraban el anclaje de esta a la defensa europea y, por ende, al bloque occidental.

Para Eden, con la vuelta de Bonn a la comunidad de naciones se cerraba un capítulo: el de una guerra y sus secuelas<sup>192</sup>. De esta manera, Occidente firmaba la paz con la parte de Alemania en la que había permanecido desde 1945. Sin embargo, el jefe del Foreign Office desconocía que el cierre definitivo de este capítulo tardaría en llegar y que él mismo sería el encargado de ponerle el punto final.

### 1.2.3 Al rescate de la CED

Así, mientras la CECA iniciaba su actividad en el verano de 1952<sup>193</sup> —gracias a la aprobación parlamentaria del Tratado de París en los seis Estados fundadores<sup>194</sup>— la CED se adentraba en el proceso de ratificación con la certeza de que su trayecto estaría lleno de obstáculos; sobre todo a su paso por tierras galas y germanas, donde el esfuerzo de persuasión debía ser mayor<sup>195</sup>.

Con perspectiva, resulta curioso que Francia, la principal impulsora de *l'armée européenne*, fuese finalmente la única nación incapaz de convencer a los suyos de las virtudes del Plan Pleven. Cualquier grafólogo hubiese percibido las dudas de París al firmar el Tratado de la CED; pero pocos videntes habrían acertado que, veintisiete meses después, la Asamblea Nacional seguiría indecisa<sup>196</sup>. El temor al rearme alemán y a la

---

<sup>192</sup> Ver *The Times*, 27-5-1952, p. 6.

<sup>193</sup> Jean Monnet sería el encargado de asumir el poder ejecutivo de la CECA, convirtiéndose en el primer presidente de la Alta Autoridad —cargo que ostentaría hasta el año 55—.

<sup>194</sup> Su ratificación no tendría problemas en ninguno de los seis países firmantes; sobre todo en el Benelux e Italia, donde se dio luz verde sin apenas controversia. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 11.

<sup>195</sup> En la RFA, Adenauer tratará de vender la contribución a la defensa occidental como el precio a pagar por la obtención de reconocimiento internacional. En marzo del 53 el Bundestag acaba ratificando el Tratado de la CED, previo paso del texto por el Tribunal Constitucional alemán.

<sup>196</sup> Y ello a pesar de la presión ejercida desde Washington, temerosa de que un hipotético fracaso de la CED reforzase el aislacionismo de la opinión pública estadounidense. En este sentido, resultan paradigmáticas las palabras pronunciadas en diciembre del 53 por el entonces secretario de Estado, John Foster Dulles. Con su famoso “agonizing reappraisal”, Dulles amenazaba con retirar tropas de Europa si no se ratificaba la creación del *European army*.

pérdida del control sobre su propio ejército nacional había llevado a los franceses a solicitar mayores garantías a sus socios, pero estos se mostrarían reacios a otorgarle un estatus especial en la nueva organización.

Finalmente, el 30 de agosto de 1954 la defensa europea era herida de muerte en el *Palais Bourbon*, tras la negativa de los diputados franceses a decidirse sobre la CED<sup>197</sup>. Quizá, como sostendría Ian Kershaw, se había intentado correr antes de andar<sup>198</sup>, lo que habría abocado al fracaso la propuesta de Pleven. En cualquier caso, tras lo ocurrido en París, el rearme alemán y el futuro de la RFA como Estado soberano quedaban en suspenso, al igual que la idea de una Comunidad Política Europea (CPE) que, asumiendo el gobierno de la CECA y de la CED, dotase a la unidad europea de una sola entidad constitucional.

Lo cierto es que a estas alturas, cuatro años después de las llamadas de Washington a considerar el rearme alemán, las cosas habían cambiado mucho. La Guerra de Corea había terminado<sup>199</sup>, la OTAN se había fortalecido<sup>200</sup> y Stalin había muerto<sup>201</sup>. Por su parte, durante estos años Reino Unido se convertía en la tercera potencia nuclear<sup>202</sup>, coronaba a la reina Isabel II<sup>203</sup>, despedía el racionamiento de productos básicos como la carne y se

---

<sup>197</sup> En esta jornada, la asamblea francesa no rechaza directamente la CED, sino que vota a favor de pasar a otros asuntos y evitar así el debate sobre el ejército europeo. Resulta curioso que, acto seguido, representantes galos comenzasen a cantar el himno nacional. Por otro lado, cabe recordar que el Tratado de la CED, desde el momento de su firma, había contribuido en buena medida a la inestabilidad de la política francesa hasta el momento de la votación final. En este sentido, Judt señala que después de la reciente humillación del ejército francés en Vietnam, el nuevo primer ministro, Pierre Mendès-France, no quería que la tan controvertida CED pudiese hacer peligrar el futuro de su Gobierno de coalición. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 362.

<sup>198</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 159.

<sup>199</sup> Así ocurrió en julio del 53, tres años después de su inicio. Ahora bien, más que llegar la paz, se acordaba el cese de los combates; y así hasta la fecha, ya que todavía no ha habido un tratado de paz entre las dos Coreas.

<sup>200</sup> Por ejemplo, en diciembre de 1950 el general Eisenhower —futuro presidente de EE. UU.— era nombrado primer comandante supremo aliado en Europa (SACEUR, por sus siglas en inglés), prueba de la determinación de Washington a asumir su parte en la defensa de Europa occidental.

<sup>201</sup> Fallecido en marzo del 53, su sustituto será Khrushchev, que llega en el mes de septiembre y acabará condenando los crímenes de su predecesor, empezando a hablarse de la posibilidad de una coexistencia pacífica —en el verano del 55, Moscú, Washington, París y Londres se sentarían en la misma mesa de negociaciones por primera vez desde la Conferencia de Potsdam de 1945—. Pese a ello, para el historiador británico Ian Kershaw, el símbolo de esta ruptura no fue tanto el deshielo como la brida: el sistema soviético se vuelve más fuerte o más débil en función de cada momento, pero no desaparece como el hielo al convertirse en agua. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 86.

<sup>202</sup> Así se certificaría en octubre del 52, con un test llevado a cabo en Australia gracias al programa de armas atómicas emprendido previamente por el Gobierno de Attlee. Si ahora Londres tenía la bomba atómica, desde el 57 contaría con la de hidrógeno.

<sup>203</sup> Tras la muerte de Jorge VI en febrero de 1952, la coronación de Isabel II tendría lugar el 2 de junio del 53, hablándose de una nueva edad isabelina.

abría a la televisión comercial<sup>204</sup>. Sin ser muy consciente de ello, Europa occidental se estaba adentrando en una era de notable estabilidad política, en la que la guerra y la violencia de antaño iban perdiendo protagonismo<sup>205</sup>.

Pero aunque la creación del ejército europeo no pareciese tan necesaria en este nuevo contexto, el bloque occidental no podía prolongar más el limbo en el que se encontraba la RFA, cuyo futuro había quedado a merced de la ratificación de la CED. Si, como sostenía Mèndes-France, el infortunio de la CED habría sido que en ella había mucha integración y muy poca Inglaterra<sup>206</sup>, Anthony Eden cree llegado su momento tras lo ocurrido en Francia y sale al rescate de los acuerdos de mayo del 52 con una fórmula intergubernamental, más acorde con las tesis británicas.

El jefe del Foreign Office, que había contemplado desde el principio el colapso del Plan Pleven<sup>207</sup>, convoca en Londres a sus socios a principios de septiembre del 54 y les plantea la posibilidad de ampliar el Tratado de Bruselas a la RFA<sup>208</sup> —junto a Italia— como paso previo a su inclusión en la OTAN. Además, para dar consistencia a esta iniciativa y hacerla más atractiva —sobre todo a ojos de los franceses— Reino Unido se comprometía a intensificar su participación en la defensa continental<sup>209</sup>: por primera vez desde la Edad Media, habría presencia permanente de fuerzas británicas al otro lado del Canal<sup>210</sup>.

---

<sup>204</sup> El fin del monopolio de la BBC se consumaría en septiembre del 55, con las primeras emisiones del canal ITV, aunque la ley que lo permitiría sería del año anterior.

<sup>205</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 359.

<sup>206</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 362. De hecho, para Hugo Young, el rechazo de los británicos a colocar un número suficiente de soldados bajo el comando europeo fue lo que llevó a los parlamentarios franceses a matar la CED. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 76. El propio ministro del Interior británico, Maxwell Fyfe, declaraba entonces que el rechazo de Londres a destacar tropas británicas en la CED había destruido el nombre de su país en el continente. Citado en TURNER, J.: *The Tories and Europe*, Manchester, Manchester University Press, 2000, p. 50.

<sup>207</sup> De acuerdo al propio Eden, el 1 de diciembre de 1950 había escrito una nota al *premier*, Winston Churchill, con la siguiente conclusión: si el Plan Pleven colapsaba, Londres y sus aliados deberían elaborar un mecanismo más modesto que se basase en los acuerdos militares técnicos alcanzados pero prescindiese de cualquier superestructura política. Citado en EDEN, A.: op. cit., p. 34.

<sup>208</sup> Según Eden, esta solución se le había ocurrido en la bañera de su casa de campo, en Wiltshire, el día antes de conocerse el rechazo de la Asamblea Nacional a la CED. Citado en EDEN, A.: op. cit., p. 151.

<sup>209</sup> Londres se comprometía a mantener cuatro divisiones y una fuerza táctica aérea en el continente tanto tiempo como la mayoría de los poderes del Tratado de Bruselas lo considerase necesario. Citado en DEWEERD, H. A.: “Britain’s changing military policy” en *Foreign Affairs*, nº 1, vol. 34, octubre 1955.

<sup>210</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 363. Esta propuesta rompía con la tradicional política de Londres de intervenir en el continente solo cuando el equilibrio de poderes estuviese en peligro. Por otro lado, y siguiendo a David Saunders, la participación de Reino Unido en la Guerra de Corea, su programa de rearmamento entre 1951 y 1954 y su decisión de estacionar 55.000 tropas de forma permanente en suelo germano en el 54 fueron demostraciones esenciales, todas ellas, del compromiso del país con la defensa de Occidente. Sin ellas, los americanos seguramente habrían dejado la defensa de Europa occidental a su suerte. Citado en SANDERS, D.: op. cit., p. 71.

Eden logra convencer a sus homólogos y a finales de octubre, con una Francia resignada, se firma en París la resultante Unión Europea Occidental (UEO). De esta manera, la RFA conseguía al fin iniciar su andadura como Estado soberano y, al mismo tiempo, sus socios se aseguraban de que el destino de esta quedase ligado al del bloque occidental en su conjunto<sup>211</sup>.

Dado que Europa se había unido ahora bajo el liderazgo británico, Eden era el héroe del momento<sup>212</sup> —con permiso de James Bond, recién llegado a la fama en tierras anglosajonas—. Seguramente, las negociaciones lideradas por Eden durante estas semanas serían el punto álgido de su labor diplomática<sup>213</sup>, lo que sin duda alguna reforzaba su candidatura a ocupar el 10 de Downing Street. Además, antes de que finalizase el año, Reino Unido alcanzaba un Acuerdo de Asociación con la CECA.

La formalización de este acercamiento, junto al papel desempeñado por Londres en la salvación —a la inglesa— del Plan Plevén, contribuirían a que, al cierre de 1954, reinase en las Islas la sensación de que los avances hacia la unidad europea estaban de nuevo bajo control<sup>214</sup>. Con el liderazgo europeo de Francia en entredicho, parecía que, en cierta manera, se volvía a la época previa a mayo de 1950.

#### 1.2.4 Creer o no en la resurrección: el desmarque de Londres del impulso integracionista

No debe extrañar, por tanto, que en el año 55 pocos líderes europeos se atreviesen a usar en público la palabra “supranacional”, ni que la mayoría de ellos desease la participación de los británicos en cualquier nueva iniciativa. Pero esto no significaba que todo el mundo hubiese perdido la esperanza en el mérito de las fórmulas federales<sup>215</sup>.

Tras la defunción de la defensa europea, la CECA —que llevaba dos años y medio funcionando a pleno rendimiento— se reafirmaba, con la entrada en el nuevo año, como

---

<sup>211</sup> En 1955, Alemania Occidental se incorporaba formalmente a la OTAN.

<sup>212</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 201. Un héroe, eso sí, sin salud de hierro. Cabe recordar que desde abril del 53 Eden se somete a distintas intervenciones quirúrgicas, que le apartan de la arena política hasta el mes de agosto y que, en adelante, le impedirán recuperarse del todo.

<sup>213</sup> DUTTON, D.: “Anthony Eden”, pp. 37 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>214</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 46.

<sup>215</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 40.

el único avance genuino hacia la unidad europea. Pero, para los más europeístas, resultaba evidente que la gestión conjunta del carbón y del acero no debía ser la última parada del proceso de integración<sup>216</sup>.

El estímulo transitorio del Plan Marshall<sup>217</sup> había contribuido a la recuperación económica de una Europa occidental que, adentrada ahora en una nueva fase de crecimiento y consolidación —justo cuando se cumplía una década del fin de la guerra— debía encontrar —o, al menos, así lo creían algunos— una fórmula propia que diese cobertura institucional al deseo de afianzar la creciente interdependencia entre los países de la región. Esta vez, la iniciativa partirá del Benelux<sup>218</sup>, que el 20 de mayo del 55 presenta formalmente ante la CECA un memorándum que recuperaba la idea de la unión aduanera<sup>219</sup>. Básicamente, se proponía la creación de un mercado común —que superase el limitado al carbón y al acero—, así como el desarrollo de acciones conjuntas en áreas como la energía atómica.

Si el Plan Plevén había surgido del miedo de los franceses al ejército alemán, el futuro Mercado Común (MC) iba a aflorar de la necesidad del Benelux de sacar provecho del rearme económico de una RFA que, desde principios de mayo, echaba a andar formalmente como Estado soberano. Belgas, holandeses y luxemburgueses querían asegurarse el mercado y el suministro germanos para sostener e incluso acentuar su proceso de industrialización y, por ende, su crecimiento económico<sup>220</sup>. Dicho de otra manera, si se había logrado atar a Alemania Occidental en el ámbito militar —si bien por la vía alternativa del intergubernamentalismo— ahora correspondía completar la tarea con el amarre de su economía —rescatando para ello, aun con la boca pequeña, la dañada

---

<sup>216</sup> El propio Schuman, en su presentación de mayo del 50, había dejado claro que Europa no se haría de una sola vez sino mediante realizaciones concretas. Discurso íntegro: [https://europa.eu/european-union/about-eu/symbols/europe-day/schuman-declaration\\_es](https://europa.eu/european-union/about-eu/symbols/europe-day/schuman-declaration_es) (22-3-2021, 16:34).

<sup>217</sup> A propósito del estallido de la Guerra de Corea en el año 50, el rearmamento de Europa occidental adquiere absoluta prioridad para Washington, lo que llevará a la transformación de su ayuda económica en fondos para la defensa europea y, más tarde, a la desaparición total del Plan Marshall. Citado en HOGAN, M.: op. cit., p. 380. Como curiosidad, cabe mencionar que el 13 de diciembre de 1951 se anuncia en Reino Unido la suspensión del Plan Marshall en tierras británicas.

<sup>218</sup> Lo que no resultaba casual, ya que eran expertos en uniones interfronterizas y contaban con identidades nacionales difusas. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 444.

<sup>219</sup> Ya en septiembre del 53, los holandeses, a través del llamado Plan Beyen, habían apostado por impulsar la unión aduanera que se venía planteando en diferentes capitales desde años atrás.

<sup>220</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 183.

senda supranacional— de tal manera que sus vecinos se beneficiasen del potencial germano, clave para la prosperidad de la región.

El llamamiento del Benelux a impulsar la coordinación de las economías europeas apenas encontrará eco en Reino Unido, donde los británicos habían sido convocados a las urnas por cuarta vez desde el final de la guerra. Apenas unas semanas antes, a principios de abril, Churchill había claudicado<sup>221</sup> y cedido el testigo tras una larga espera a Anthony Eden: un relevo que se producía de forma tan ordenada como un cambio de guardia en Buckingham Palace. Consciente de su popularidad y de la situación de la economía doméstica<sup>222</sup>, así como de la división laborista, Eden buscará antes de nada legitimar su nuevo puesto, para lo que recurre al adelanto electoral. A finales de mayo, el *premier* lograba asegurar su recién estrenado sillón en el 10 de Downing Street, al que regresaba con una mayoría más holgada<sup>223</sup>.

El 2 de junio, mientras tenía lugar la primera reunión conjunta del nuevo gabinete conservador, se iniciaba en Mesina la segunda jornada de debate entre los ministros de Exteriores de la CECA sobre la propuesta del Benelux de profundizar la integración de Europa occidental.

Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

---

<sup>221</sup> De acuerdo a Roy Jenkins, se iba el ser humano más grande en haber ocupado el 10 de Downing Street. Citado en JENKINS, R.: op. cit., p. 912.

<sup>222</sup> Los *tories* mantenían el pleno empleo iniciado por los laboristas y presumían, al mismo tiempo, de estar relajando los controles en la economía propios del periodo de postguerra.

<sup>223</sup> De ahí que en las páginas de *Pueblo* se pudiese leer, tras los comicios, que el pueblo británico había ido a las urnas con la seguridad de que su país no se jugaba nada decisivo. Ver *Pueblo*, 27-5-1955, p. 3. *ABC*, por su parte, aprovechaba la cita electoral para poner en valor la madurez del cuerpo electoral en las Islas: “si en alguna parte el sufragio representa verdaderamente la fe de las masas, es en Gran Bretaña. El peligro de una amarga sorpresa, de un salto en el vacío, no suele darse en los países fríos y brumosos, y, por tanto, calculadores y serenos. Porque está visto que la democracia liberal solo prospera por debajo de los 30 grados de temperatura”. Ver *ABC*, 26-5-1955, p. 32. Por primera vez en casi un siglo un Gobierno conseguía aumentar su mayoría en unas elecciones generales. Citado en PELLING, H.: op. cit., p. 115. Además, los conservadores conseguían el mayor porcentaje de voto desde el año 45; récord que continuaría hasta, al menos, 2019. Citado en AUDICKAS, L., CRACKNELL, R., y LOFT, P.: “UK Election Statistics: 1918-2019: A Century of Elections”, House of Commons Library, documento de trabajo n° CBP7529, 27 de febrero de 2020, p. 7.

Por aquel entonces, el Foreign Office —ahora a cargo de Harold Macmillan<sup>224</sup>— tenía otros temas más urgentes sobre la mesa<sup>225</sup> y apenas concedía importancia a lo que, en aquel momento, no parecía que fuese a significar un paso trascendental hacia la unificación europea<sup>226</sup>. De hecho, la iniciativa de Mesina nunca llegaría a ser abordada por el gabinete de Eden<sup>227</sup>, en el que reinaba una sensación de general apatía hacia la actividad de los Seis. Así lo pondría de relieve el propio *chancellor*, Rab Butler, al describir el encuentro en el sur de Italia como meras excavaciones arqueológicas sin importancia para Reino Unido<sup>228</sup>.

El caso es que de las ruinas sicilianas acabaría saliendo un grupo de trabajo que, liderado por Paul-Henri Spaak<sup>229</sup>, asumiría el mandato de diseñar el relanzamiento del proyecto europeo de acuerdo con las conclusiones de Mesina, entre las que destacaba la creación de un mercado común.

A diferencia de lo que había ocurrido en 1950 tras el anuncio del Plan Schuman, Londres recibía ahora —en calidad de miembro de la UEO y asociado a la CECA— la invitación a participar en esta conferencia sin la obligación de comprometerse de antemano con el principio supranacional, que todavía generaba controversia entre los Seis. La posibilidad de tomar parte en las discusiones sin líneas rojas previas será, precisamente, la que convenga al Gobierno de Eden a ocupar su asiento en el llamado Comité Spaak. No obstante, en una nueva muestra de su desinterés por los quehaceres comunitarios, los británicos decidirían enviar a Bruselas a un representante público de segundo rango<sup>230</sup>; un economista experto en comercio que acudirá a la mesa de negociaciones con la

---

<sup>224</sup> Gran parte de su europeísmo se esfumaría de la noche a la mañana tras su llegada al Foreign Office. Citado en KAISER, W.: op. cit., p. 43. Por otro lado, será ahora cuando Macmillan perderá la poca simpatía que mantenía hacia Eden por la tendencia de este último a no otorgar plena independencia a sus ministros y, en especial, al de Exteriores, ya que el *premier* se encontraba cómodo en este área. Citado en TURNER, J.: *Macmillan*, Harlow, Longman, 1994, p. 96.

<sup>225</sup> Léase Chipre, Malasia, Kenia o Egipto.

<sup>226</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 205. De hecho, la cobertura del diario *The Times* durante las jornadas en que tiene lugar la reunión en Mesina es mínima, ya que publica una nota informativa diaria de su corresponsal siempre relegada y sin comentario editorial alguno.

<sup>227</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 108. La discusión solo llegaría al Economic Policy Committee. Para David Dutton, está fuera de toda duda que el Gobierno de Eden sobrestimó la importancia de la reunión en Mesina. Citado en DUTTON, D.: “Anthony Eden”, p. 38 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>228</sup> FABER, D.: “Harold Macmillan”, p. 60 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>229</sup> Ministro de Exteriores belga que, entre otros cargos, había sido primer ministro de Bélgica, presidente de la Asamblea del Consejo de Europa y, más recientemente, presidente de la Asamblea de la CECA.

<sup>230</sup> Se trata de Russell Bretherton, subsecretario de la Cámara de Comercio. Como diría Hugo Young, en vez de enviar a una figura mundial, el funcionario enviado por Londres para lidiar con los Seis era una figura de la que nadie en el mundo había escuchado hablar. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 71.

consigna de “cooperar sin comprometerse”<sup>231</sup>, lo que dificultará de partida su tarea en el comité.

Así pues, aunque Londres rechazase el papel de mero observador y se decantase por uno más activo, que le permitía tener su propia representación, seguiría dando continuidad a su política de benevolencia hacia los Seis, combinada con una oposición firme a cualquier tipo de compromiso federal<sup>232</sup>.

El 9 de julio, el llamado Comité Spaak se ponía en marcha. Su labor se extendería durante más de nueve meses, concluyendo en abril del 56 con la publicación de su informe final. Desde un primer momento, la delegación británica liderada por Russell Bretherton mostraría dos diferencias fundamentales respecto a las demás<sup>233</sup>. Por un lado, los anglosajones dejarán constancia de su preferencia por el establecimiento de un tratado de libre comercio (TLC) en vez de un mercado común o unión aduanera que, al incluir una tarifa exterior común, penalizaría a Londres por el volumen de su comercio extraeuropeo y haría imposible su participación<sup>234</sup>. Por otro lado, los ingleses insistirían en encauzar las negociaciones hacia la OECE<sup>235</sup>, de tal forma que resultase innecesaria la creación de nuevas instituciones<sup>236</sup>.

Estas diferencias se mostrarían insalvables en cuanto el Mutual Aid Committee (MAC), encargado de evaluar en las Islas el impacto de una hipotética unión aduanera entre los Seis, emite a finales de octubre su veredicto final. El MAC entendía que la creación de un mercado común sin Reino Unido sería perjudicial para su país, por lo que se debería buscar su fracaso. Ahora bien, dado que el coste económico no necesariamente superaría

---

<sup>231</sup> MAY, A.: op. cit., p. 25.

<sup>232</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 41.

<sup>233</sup> Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 34.

<sup>234</sup> Para Andrew Moravcsik, la política británica de apatía y oposición a la unión aduanera era la más racional para un Gobierno que comerciaba poco con el continente, tenía altos aranceles y temía la competencia de los productores germanos. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 123. Por otro lado, cabe recordar que Reino Unido era el mayor importador de productos agrícolas de la OECE. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 34.

<sup>235</sup> Desviar el trabajo al Consejo de Europa ya no era una opción para Londres —como sí lo había sido en años anteriores— debido a sus tics federalistas, ahora más evidentes.

<sup>236</sup> Una idea que no atraería a los países del Benelux, que aspiraban a atar en corto a franceses y germanos con la creación de entidades independientes.

las fuertes objeciones políticas que generaba la entrada, el informe concluía recomendando la autoexclusión<sup>237</sup>.

Esta valoración era un claro reflejo del debate que se venía produciendo en los pasillos de Whitehall: mientras que el Tesoro y la Cámara de Comercio ponían el acento en las cuestiones económicas y alertaban sobre los riesgos de ser excluidos de un posible mercado común entre los Seis, el Foreign Office —autoproclamado centro de decisión de la política británica hacia Europa— basaba su rechazo en términos exclusivamente geopolíticos<sup>238</sup>. Habría que esperar al verano del 56 para que sus posiciones se encontrasen.

Por lo pronto, el juicio definitivo del MAC acabaría precipitando, un par de semanas después, la salida de Bretherton del Comité Spaak<sup>239</sup>, justo cuando concluía el trabajo preliminar de los expertos y asumían la responsabilidad los jefes de las distintas delegaciones, a quienes les correspondería redactar el informe final. Más allá de las posibilidades reales de la representación británica de haber influido con éxito en el trabajo del Comité Spaak<sup>240</sup>, lo cierto es que la decisión de Londres de desmarcarse de esta iniciativa comunitaria probaba que la vieja *Britannia* mantenía íntegra su estrategia nacional de posguerra, íntimamente ligada a las preferencias imperiales que ahora cuestionaba la pretendida integración económica europea<sup>241</sup>.

La política de “esperar y ver” —que se decide desplegar en adelante— apenas encontraría oposición en las Islas, donde muchos desconfiaban de la capacidad de los Seis para ponerse de acuerdo ante un empresa de tanta envergadura<sup>242</sup>. Al fin y al cabo, los

---

<sup>237</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 212.

<sup>238</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 36.

<sup>239</sup> Lo que ocurrió fue que Bretherton le pidió a Spaak que redactase su informe final sin hacer referencia a la posición británica, lo que fue interpretado por este último —sin que Londres hiciese nada por evitarlo— como la retirada de Reino Unido de los trabajos del comité. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 43.

<sup>240</sup> Hugo Young, por ejemplo, considera que desde el momento en que Bretherton llegó a Bruselas, la discusión en Londres se centró no en cómo debería usar su asiento de forma constructiva sino en cómo abandonarlo de forma cortés. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 101.

<sup>241</sup> En el gabinete liderado por Eden, la decisión de salir del Comité Spaak fue tomada, prácticamente, como algo ordinario, natural, sin división de opiniones y con escaso o ningún sentido de representar un cambio significativo en la relación entre su país y los Seis. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 39.

<sup>242</sup> Dudas, sobre todo, por las reticencias que generaba en Francia la participación en el mercado común.

protagonistas de Mesina eran los mismos que habían tratado de establecer, sin éxito, la Europa de la defensa, rescatada en última instancia por los británicos.

Pero más allá de lo que acabase deparando el porvenir, con el famoso “au revoir et bonne chance”<sup>243</sup> que habría pronunciado Bretherton en su adiós, Reino Unido apostaba por el *status quo*, justo en el preciso instante en que los miembros de la CECA trataban de revisarlo en conjunto. De esta manera, la niebla volvía a cubrir el canal de la Mancha y, casi sin saberlo pero por voluntad propia, los británicos se quedaban al margen de lo que acabaría siendo su propio futuro: la Comunidad Económica Europea (CEE).

La decisión de Londres de retirarse del Comité Spaak ha sido objeto de gran controversia en la historiografía<sup>244</sup>. La cuestión principal ha virado en torno al acierto o la racionalidad de excluirse del diseño de una CEE a la que los británicos no tardarían en llamar a la puerta, ya sin posibilidad de moldearla a su antojo. El caso es que, representase o no una oportunidad perdida<sup>245</sup>, los defensores de una u otra postura podían encontrar motivos para fundamentar su visión<sup>246</sup>. Por ejemplo, si todavía en el año 55 las exportaciones británicas a los cuatro mercados más grandes de la Commonwealth superaban el doble de las destinadas a los países de la CECA<sup>247</sup>, desde el año 53 distintos estudios del Tesoro y de la Cámara de Comercio venían subrayando el deterioro a largo plazo del comercio con

Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

---

<sup>243</sup> Además, Bretherton habría dicho previamente que el futuro tratado de los Seis no tenía posibilidades de ser acordado. De lograrlo, no conseguiría ser ratificado. Si, en cambio, se confirmase su ratificación, sería imposible de ser aplicado. Y, si finalmente fuese aplicado, sería totalmente inaceptable para Reino Unido. Citado en DENMAN, R.: *Missed chances: Britain and Europe in the Twentieth Century*, Londres, Indigo, 1997, pp. 198-99. Pese a ello, el propio Bretherton —en una carta enviada a Frank Lee, del Tesoro, el 17 de noviembre— creía que los suyos menospreciaban no solo el peligro de la posición puramente negativa adoptada por Londres durante las discusiones sino también la cantidad de fuerza, tanto política como económica, que todavía acompañaba a las ideas de Mesina. Además, en esta misiva Bretherton mostraba su orgullo por haber tenido la oportunidad de liderar la delegación anglosajona en las conversaciones, aunque reconociese que estas fuesen tensas y, por momentos, tediosas. TNA: BT 11/5715.

<sup>244</sup> También, aunque en mucha menor medida, la decisión de no participar en el Plan Schuman en 1950. Sin embargo, resulta curioso que, a diferencia de lo ocurrido en el verano del 50, la salida del Comité Spaak no generó gran debate parlamentario y apenas fue discutido en el gabinete. Además, pasó prácticamente inadvertida para la opinión pública, por lo que Reino Unido cruzó su Rubicón sin apenas oposición. Citado en MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 179.

<sup>245</sup> Tal y como han sostenido autores como Lord Bullock.

<sup>246</sup> Una aportación interesante es la de Wolfram Kaiser, para quien la política de autoexclusión seguida por Londres fue bastante racional, lo que no quita que fuese ciertamente cortoplacista a la hora de evaluar sus intereses políticos y económicos. Citado en KAISER, W.: op. cit., pp. 204-05.

<sup>247</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 187.

sus antiguas colonias, acompañado de un correspondiente aumento en las exportaciones hacia Europa<sup>248</sup>.

El caso es que, fuese o no acertado, el Gobierno británico prefirió mantener intacta la política exterior que venía desarrollando desde el 45, a sabiendas del cambio radical que habría supuesto su participación en un hipotético mercado común: mejor malo conocido que bueno por conocer. Por lo tanto, en el mismo año en que el pueblo británico decía adiós a Churchill y Attlee, la renovación de la clase política no se iba a traducir, por ahora, en un cambio de prioridades en el Foreign Office.

Una vez consumada su salida del Comité Spaak, la actitud británica hacia el *common market* virará rápidamente de la indiferencia a la oposición, llegando a pedir a los Seis que repensasen su proyecto de unión aduanera<sup>249</sup>. La benevolencia de Londres para con sus vecinos se había agotado.

Ello explica que, a finales de año, se rogase a todas las embajadas británicas en Europa occidental que Reino Unido dejase de conspirar contra sus vecinos y mostrase, en cambio, su apoyo diplomático al Grupo de Mesina<sup>250</sup>. La nueva postura de Londres ponía de manifiesto la creciente inquietud que generaba en las Islas la determinación de los Seis a proseguir con un proyecto que, a medida que se iba concretando, hacía más urgente la reacción de los británicos para preservar al máximo sus intereses.

Como prueba de que el espíritu europeísta seguía vivo, el 27 de abril del 56 se publicaba el documento final del Comité Spaak, que básicamente contemplaba la creación de un mercado común —por fases y aplicable a todas las mercancías— y de una autoridad conjunta en el ámbito de la energía atómica. A finales de mayo, los ministros de Exteriores de los Seis aprobaban en Venecia el llamado Informe Spaak y lo aceptaban como base de las discusiones que en los próximos meses deberían llevar a la redacción de los tratados.

---

<sup>248</sup> MORAVCSIK, A.: *The choice for Europe. Social purpose and state power from Messina to Maastricht*, Nueva York, Cornell University Press, p. 129. Aunque Londres ya venía creciendo menos que los Seis, los británicos no empezaron a percibir el declive relativo de su país hasta principios de los sesenta. Citado en KAISER, W.: op. cit., p. 35.

<sup>249</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 49.

<sup>250</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 50.

### 1.2.5 El contraataque de la vieja *Britannia*

A mediados de julio, poco después de iniciarse las negociaciones finales entre los Seis — coordinadas de nuevo por Spaak— Londres daba un paso adelante y formulaba su primera respuesta seria ante las posibilidades de éxito del mercado común<sup>251</sup>. Bajo su inspiración, la OECE accedía a establecer un grupo de trabajo<sup>252</sup> para estudiar posibles formas y métodos de asociación entre el *common market* y el resto de países del organismo. El objetivo no era otro que anticiparse a la llegada de la Pequeña Europa<sup>253</sup>, tratando de establecer algún tipo de vínculo con ella para limitar los daños que podría ocasionar la eventual constitución de su unión aduanera. Al discriminar el comercio con terceros países<sup>254</sup>, esta *customs union* suponía una auténtica amenaza para el resto de socios de la OECE, al tiempo que parecía cuestionar la creciente liberalización del comercio mundial<sup>255</sup>.

En este sentido, Washington —como adalid del libre mercado global— también procurará preservar sus intereses comerciales ante los Seis<sup>256</sup> pero, a diferencia de Reino Unido, no cejará en su empeño por fortalecer la construcción europea. A estas alturas, los estadounidenses seguían otorgando la máxima prioridad a la consolidación del proyecto comunitario, a sabiendas de que ello redundaría en unas economías más dinámicas, unos países políticamente estables y, en última instancia, una región más hermanada con Alemania.

Así pues, en el verano de 1956, mientras los Seis se adentraban en la última fase de lo que había empezado un año antes en Mesina, Londres aceptaba, por vez primera, la discusión de las cuestiones arancelarias en el seno de la OECE —y no en el foro que solía

---

<sup>251</sup> Para Alex May, fue Venecia y no Mesina la que forzaría a Londres a dar un giro importante en sus planteamientos, ya que habría dejado evidente que la apuesta de los Seis por el mercado común iba en serio. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 30.

<sup>252</sup> Grupo de trabajo nº 17.

<sup>253</sup> Así se empezará a referir la prensa británica a los Seis.

<sup>254</sup> Este planteamiento de Londres estaba más pensado para evitar peligros que para obtener ganancias.

<sup>255</sup> Cabe recordar que se venía trabajando en ello de forma multilateral a través de acuerdos como el GATT, de modo que la creación de un bloque económico protegido por una tarifa exterior común podría parecer, en cierto sentido, extemporáneo, aunque el propio GATT lo contemplase.

<sup>256</sup> En octubre del 58, impulsado en buena medida por la aparición de la CEE, Washington propone una nueva ronda de negociación del GATT, de tal forma que fuesen abordadas las reducciones tarifarias.

priorizar, el GATT, de carácter mundial y, por tanto, más coherente con su “one world policy”—.

Este cambio parecía significar la apuesta del Gobierno británico por la creación de un mercado libre europeo que, al incluir al bloque de los Seis, consiguiese amortiguar el impacto de una posible unión aduanera al otro lado del Canal sin la necesidad de vincularse políticamente. Más que como alternativa a la futura CEE, la nueva estrategia de Londres surgía como forma de adaptarse a ella; una vía para evitar daños más que para conseguir pingües beneficios<sup>257</sup>, aunque no pasase desapercibido el potencial de acceder a más mercados y de verse incrementada la exigencia competitiva<sup>258</sup>.

La confirmación de este viraje llegaría el 27 de julio, cuando Harold Macmillan y Peter Thorneycroft<sup>259</sup> presentan conjuntamente lo que se conocería como “Plan G”: un TLC entre Londres y los Seis, al que podría unirse el resto de países de la OECE que lo desease<sup>260</sup>. No obstante, la oferta británica era un TLC parcial, limitado a los bienes manufacturados, ya que para no perjudicar su comercio con la Commonwealth mantenía al margen la agricultura y los productos alimenticios<sup>261</sup>.

---

<sup>257</sup> De hecho, cuando se debate en el Parlamento británico en noviembre la propuesta del Gobierno para con sus vecinos, destaca el “no nos podemos permitir estar fuera” sobre los argumentos positivos. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 109-10.

<sup>258</sup> Desde principios del año 56 un grupo de trabajo dedicado a la iniciativa de Reino Unido en Europa se encargaría de estudiar diferentes planes —seis en total— para responder al último movimiento de sus vecinos continentales, a sabiendas de que el triunfo de Mesina podría atar a Alemania a Occidente —algo bienvenido— pero, al mismo tiempo, dañar los intereses económicos nacionales. Su informe resultante sería discutido a nivel ministerial el 31 de mayo —habiendo llegado al Tesoro el 20 de abril— donde se decidiría ahondar en la vía que planteaba el establecimiento de un área de libre comercio con Europa. Aún así, más adelante, el 18 de junio, en una carta enviada por este grupo al presidente de la Cámara de Comercio, se decía lo siguiente: “un estudio muy cuidadoso es necesario para saber cuántos huevos, si es que hiciese falta poner alguno, se podrían colocar en la cesta europea”. TNA: FO 371/122030/611/130.

<sup>259</sup> Macmillan había salido del Foreign Office unos meses antes sustituyendo a Butler en la cartera de Hacienda, mientras que Thorneycroft estaba al mando de la Cámara de Comercio. De ahí que, en contraste con los primeros años de posguerra, la política europea era ahora dominada por el Tesoro y la Cámara de Comercio. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 46.

<sup>260</sup> La propuesta de establecer un área de libre comercio, recomendada a los ministros, abrió el debate más exhaustivo y prolongado sobre la estrategia nacional desde las discusiones de los años 1947-48 sobre el Plan Marshall y la OTAN. Citado en MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 240. Esta política —cuyo nombre se debe a la séptima opción, la correspondiente a la letra g, de las presentadas por Macmillan sobre el acercamiento a Europa— recuerda a la seguida por Cameron en 2016, cuando presentaba la nueva relación negociada con Bruselas —y luego puesta a referéndum— como lo mejor de dos mundos: dentro y a la vez fuera de la Comunidad. En el caso del “Plan G”, se pretendía acceder al mercado de los Seis sin comprometer la soberanía formal ni la agricultura británicas.

<sup>261</sup> De esta forma, el Partido Conservador seguía sin cuestionar los principios básicos de la estrategia nacional. Por otro lado, también se dejaba fuera de esta propuesta la relación con la EURATOM, con la que Londres alcanzaría un acuerdo de cooperación en febrero de 1959. Según datos de este año, la mitad de lo que Reino Unido importaba de la Commonwealth era comida, bebida y tabaco, un cuarto materiales para la industria y otro cuarto manufacturas y ciertas materias primas. HAEU: JP-296.

Este nuevo acercamiento —que se convertirá en política oficial de los *tories* tras la conferencia del partido en octubre— tendrá, por lo general, una buena acogida entre la prensa e industria domésticas<sup>262</sup> —atraídas por la posibilidad de hacer más competitiva la economía británica— siendo las reacciones más comedidas en el continente<sup>263</sup>. A finales de noviembre, conocido ya el apoyo mayoritario de los representantes de los trabajadores y de la industria, el Parlamento británico respaldaba el “Plan G”<sup>264</sup>.

En las Islas, a estas alturas, se seguía creyendo que los Seis necesitaban más a Londres que esta a sus vecinos<sup>265</sup>. Pero lo cierto es que en el otoño de 1956 la estrategia nacional de posguerra de Reino Unido empezaba a mostrar sus primeras grietas.

Por un lado, es verdad que la nueva política hacia Europa, aun suponiendo un primer cambio, seguía sin contradecir la naturaleza de la acción exterior que se venía desarrollando desde el 45<sup>266</sup>; esto es, estrecha cooperación —que no integración— con los vecinos europeos, comercio preferencial con el Imperio y *special relationship* con Washington. Pero, al mismo tiempo, no parecía un buen augurio que el “Plan G” se aprobase en los Comunes bajo la premisa —ampliamente extendida entre los diputados— de que el país no se podía permitir estar fuera del emergente mercado común<sup>267</sup>. Por primera vez, estas palabras parecían más propias de un subalterno o *follower* que de un líder o *rule-maker*.

---

<sup>262</sup> Miembros de todos los partidos políticos y de todas las industrias, así como el movimiento sindical y la prensa, ven la necesidad de dar pasos para lograr mantener el acceso a los mercados comunitarios. Citado en PFALTZGRAFF, R.: *Britain faces Europe*, Filadelfia, Universidad de Pensilvania, 1969, p. 8.

<sup>263</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 100. Como se diría más tarde en *The Times*, era más fácil encontrar en el continente críticos del TLC europeo que partidarios entusiastas. Ver *The Times*, 9-10-1957, p. 3.

<sup>264</sup> Para Miriam Camps, el “Plan G” contribuyó de dos maneras al éxito de las negociaciones que llevaron a los Tratados de Roma: de forma positiva, al dar garantías políticas y económicas a aquellos países que — como Alemania y Holanda— sentían el mercado común como un acuerdo demasiado restringido y, de forma negativa, al amenazar de forma implícita con suplantar el mercado común. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 103. Gowland, Turner y Wright consideran que la esencia del “Plan G” fue, en buena medida, un intento exitoso de Macmillan de satisfacer a las dos ramas de su partido: la proteccionista y la más favorable al mercado. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 46. Por otro lado, cabe resaltar el apoyo del Partido Laborista a la política europea del Gobierno, lo que no es óbice para que plantee ciertas condiciones y salvaguardas.

<sup>265</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 46.

<sup>266</sup> Así lo reconoce Milward, para quien el “Plan G” no significaba un cambio de estrategia sino un ajuste táctico que dejaba los mismos objetivos estratégicos intactos. Citado en MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 271.

<sup>267</sup> Así lo expondría, entre otros, el propio Harold Wilson, futuro premier laborista. Ver *Hansard*, 26-11-1956. Disponible en: <https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1956/nov/26/european-trade-policy> (26-3-2021, 12:08).

Pero al tiempo que las élites anglosajonas empezaban a darse cuenta de que no tenía las mismas consecuencias dejar la silla vacía en las negociaciones del Plan Schuman que levantarse de ella durante la concepción de la futura CEE, los cimientos de la estrategia nacional británica sufrían un nuevo revés en Oriente Próximo.

A propósito de la nacionalización de la Compañía del Canal de Suez por el Egipto de Nasser, Londres —en una acción conjunta con París— decidía intervenir militarmente sobre el terreno a finales de octubre. Sin embargo, al no contar con el apoyo de Washington, los británicos se ven obligados a retirarse a los pocos días, sin consultarlo con sus aliados franceses<sup>268</sup> y sin poder evitar que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) declarase a su país como agresor internacional<sup>269</sup>.

Este acontecimiento, ciertamente humillante para la todavía orgullosa *Britannia*, exponía de forma dramática la debilidad de Reino Unido y su clara dependencia respecto a EE. UU. Además, el estado de fragilidad de la vieja metrópoli, mostrado ahora a todas luces, reactivaría el empuje descolonizador, que se había desacelerado en los últimos años<sup>270</sup>.

Hacia finales del 56, por tanto, Londres veía cuestionado progresivamente su papel preponderante en Europa occidental a la que vez la crisis de Suez sacudía de forma repentina su *special relationship* con los norteamericanos<sup>271</sup> y germinaba una nueva y definitiva contestación colonial. Los famosos tres círculos en los que el Foreign Office

---

<sup>268</sup> Seguramente, con su decisión unilateral de retirarse de Suez, Londres contribuyó a la unidad europea, al motivar que París se centrara en adelante en el continente europeo. De ahí las palabras de Adenauer al primer ministro francés, Guy Mollet, por aquel entonces: “Europa será vuestra venganza”. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 430. Por otro lado, resulta curioso que en el mes de septiembre, mientras Londres y París gestionaban en conjunto la cuestión del canal de Suez, Mollet planteaba a Eden un proyecto similar a la unión franco-británica propuesta por Churchill en 1940. Finalmente, el desenlace final del conflicto, deteriorando la relación entre ambos países, acabaría desbaratando dicha idea.

<sup>269</sup> Aunque muchos en las Islas apoyarían el intervencionismo de Eden, más controvertida resultaría la manera en que se llevó a cabo la operación —la famosa conspiración urdida contra Nasser con el apoyo clave de los israelíes aún tardaría en confirmarse públicamente—. De hecho, muchos ciudadanos británicos salen a la calle a manifestarse por vez primera. Así lo expone Andrew Marr en el segundo capítulo —titulado “The land of lost content”— de su documental “History of Modern Britain”, emitido por la BBC en el año 2007.

<sup>270</sup> Hugo Young habla de Suez como la “catástrofe terminal del Imperio”. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 99.

<sup>271</sup> Como diría Bogdanor, Suez demostraba, por un lado, que la relación especial con EE. UU., si era verdad que existía, era una entre un superior y un subordinado; y, por otro lado, destruyó la idea de que Reino Unido seguía siendo una gran potencia. Citado en BOGDANOR, V.: op. cit., p. 35. Como diría Philip Stephens, con demasiada frecuencia especial quería decir servil. Citado en STEPHENS, P.: *Britain Alone: The Path from Suez to Brexit*, Londres, Faber, 2021, p. 11.

había basado su actuación desde el fin de la II Guerra Mundial presentaban ahora la forma de un signo de interrogación, poniendo de manifiesto que el Reino Unido de los años cincuenta era un viejo país en vías de asimilación de su reducido rol en el mapa mundial<sup>272</sup>. Eso sí, los ciudadanos británicos, inmersos también ellos en una época de cambio hacia una nueva etapa de mayores comodidades y de crecientes expectativas<sup>273</sup>, tardarían en aceptar que su destino se encontraba en el continente, negándose todavía a que el suyo fuese reconocido como un mero país europeo<sup>274</sup>.

Así pues, mientras Reino Unido se mostraba encerrado en su pasado, el continente europeo parecía liberarse de él<sup>275</sup>. El 25 de marzo del 57, los seis países de la CECA firmaban los Tratados de Roma<sup>276</sup>. Con la creación del Mercado Común —también llamado CEE— junto a la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM)<sup>277</sup>, se daba sentido a las resoluciones de Mesina de junio del 55 y, en general, a todas las llamadas que se venían sucediendo desde el fin de la guerra para evitar que el nacionalismo y el proteccionismo siguiesen causando estragos en la vieja Europa.

En adelante, los integrantes del MC se comprometían, por un lado, a reducir progresivamente las trabas al comercio entre ellos<sup>278</sup> y, por otro, a introducir —también de forma gradual, aunque más tardía— un arancel exterior común en los intercambios

Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

---

<sup>272</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 129. De ahí el juego de palabras que hablaba de Suez como “Suezide”, en alusión al suicidio que habría supuesto dicha intervención. Para Ian Kershaw, Suez fue un momento crucial en la historia del Reino Unido de posguerra; un golpe duradero a la autoestima nacional y al lugar en el mundo de un país que, hasta hacía poco, había sido uno de los “Tres Grandes”. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 74-75. Por su parte, Saunders señala que, sin la crisis de Suez, el posterior análisis crítico sobre el reducido rol del país en el mundo de los superpoderes no habría sido tan intenso, ni las demandas de cambio en las colonias tan insistentes. Citado en SANDERS, D.: op. cit., p. 99.

<sup>273</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 157.

<sup>274</sup> De acuerdo a las encuestas, hasta los años sesenta los británicos no se mostrarían favorables al establecimiento de algún tipo de unión entre su país y los Seis. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 136-37. Para Lord Beloff, Suez puede ser visto como la causa directa de la aplicación de Reino Unido a la CEE. Citado en BELOFF, M.: *Britain and European Union: Dialogue of the deaf*, Londres, Macmillan, 1996, p. 57.

<sup>275</sup> “Winston Churchill”, conferencia ya citada de Vernon Bogdanor.

<sup>276</sup> Uno establece la CEE y el otro la EURATOM. En cuanto a la estructura institucional de la primera, esta consiste en un Consejo de Ministros, una Comisión Europea, una Asamblea Consultiva y un Tribunal de Justicia.

<sup>277</sup> Esta Comunidad se planteó, en gran parte, como forma de atraer a París hacia la unión aduanera.

<sup>278</sup> Cuotas y aranceles deberían ser eliminados a lo largo de tres etapas que, en principio, concluirían a los doce años, aunque se dejaba abierta la posibilidad de que dicho periodo fuese extendido.

con países terceros. La CEE aspiraba a convertirse, por tanto, en un híbrido liberal-proteccionista<sup>279</sup>.

Este último componente, intrínsecamente discriminador —o diferenciador, según la retórica de los más europeístas— era el que generaba especial inquietud en las Islas y el que, tras el acto inaugural en Roma de la futura Unión Europea (UE), llevaría a Londres a redoblar sus esfuerzos por neutralizarlo, haciendo coincidir la entrada en vigor del MC —a partir del 1 de enero del 59— con el establecimiento de un hipotético área de libre comercio entre los Diecisiete: los seis países de la CEE más los once miembros restantes de la OECE.

Esta política de asociación —perseguida por los británicos desde finales de 1956— había salido reforzada unas semanas antes con la nueva posición alcanzada por sus dos principales arquitectos tras la marcha de Eden por la resaca de Suez: desde mediados de enero, H. Macmillan<sup>280</sup> y P. Thorneycroft tomaban las riendas del 10 y el 11 de Downing Street respectivamente<sup>281</sup>.

El nuevo jefe del Tesoro británico, como presidente del Consejo de la OECE, sería precisamente quien coordinase desde febrero —con las negociaciones de los Seis en Bruselas casi finalizadas— los trabajos sobre el TLC que el comité de expertos establecido por la OECE en julio del 56 había avalado recientemente<sup>282</sup>. No obstante, su labor se verá obstaculizada, sobre todo, por el retraso de los Estados miembros en la ratificación de los Tratados de Roma, que obligará al equipo de Thorneycroft a presentar en octubre del 57 —y no en julio, como estaba previsto— su informe final.

---

<sup>279</sup> Tony Judt llama a no exagerar la importancia de lo firmado en Roma, ya que el contenido de los tratados no era más que una declaración de futuras buenas intenciones. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 445.

<sup>280</sup> Como dice Hugo Young, Macmillan mostraba un europeísmo producto de su época y del lugar en el que se encontraba; es decir, un europeísta atormentado e indeciso. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 114.

<sup>281</sup> El 11 de Downing Street hace referencia al Tesoro. Con la llegada de Thorneycroft a esta residencia y la elección de Duncan Sandys como ministro de Defensa, la prensa destacaba que Macmillan había decidido incluir en su círculo de allegados a dos de los más ardientes europeístas presentes en Westminster. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 225.

<sup>282</sup> Este documento, publicado a principios de febrero, concluía que la asociación entre el Mercado Común y el resto de países de la OECE era técnicamente posible. También reconocía como deseable que la reducción arancelaria se ajustase a la que iniciarían los Seis a partir de 1959. Además, señalaba que la mayor controversia se encontraba en la agricultura, ya que la mayoría de sus miembros —no así Londres— quería que se incluyese algún tipo de sistema especial al respecto.

De acuerdo a este último, los Diecisiete mostraban su determinación a establecer una zona de libre comercio que fuese efectiva desde el mismo momento en que entrase en vigor el Mercado Común. De esta manera, concluían las labores técnicas y se daba inicio a la fase puramente política de las negociaciones, creando para ello un comité intergubernamental liderado por Reginald Maudling<sup>283</sup>. Se iban los expertos y llegaban los ministros, lo que sin duda iba a aumentar la temperatura de las discusiones. Más todavía al confirmarse la ratificación de los Tratados de Roma a finales de año, que permitía la creación formal de la CEE el primer día de 1958.

Con la entrada en el nuevo año, Londres disponía de 365 días para lograr un acuerdo en el seno de la OECE sobre el área de libre comercio. De lo contrario, los intercambios con sus vecinos continentales se verían afectados, creándose una nueva frontera —económica pero también política— en el corazón de Europa.

Los británicos sabían que el TLC era más fácil de ser vendido en países como Holanda o Alemania Occidental que en Francia, celosa de preservar el elevado nivel de protección de su economía; sobre todo en un momento especialmente delicado para sus finanzas<sup>284</sup>. Es cierto que el ministro de Exteriores francés, Christian Pineau, había reconocido que, sin Reino Unido, la Europa que estaban construyendo resultaba incompleta<sup>285</sup>. Pero una cosa era echar de menos a la “pérfida Albión” en la familia comunitaria y otra muy distinta aceptar su acceso a la casa común por la puerta de atrás y con un régimen especial. A ojos de muchos franceses, concienciados con el formidable reto que suponía para su país la participación en el *Marché Commun*<sup>286</sup>, no podría haber beneficio sin sacrificio.

1958 se acabaría cerrando tal y como empezó: con la oposición de París a un TLC que creía demasiado apegado a los intereses de Londres, quien, por otra parte, lo habría ideado para sabotear la naciente CEE<sup>287</sup>. Durante este periodo, además, el ritmo de la negociación

---

<sup>283</sup> En el mes de agosto, Maudling había sido elegido por Macmillan como Paymaster-General, asumiendo la tarea de gestionar las posibilidades de acercamiento al continente.

<sup>284</sup> Este año, el franco sufre dos devaluaciones.

<sup>285</sup> *The Times*, 26-3-1957, p. 8.

<sup>286</sup> Si ya les inquietaba abrir la economía francesa a sus socios de la CEE, la apertura a todos los países de la OECE —ajenos a las obligaciones del MC— se mostraba como una suerte de suicidio nacional.

<sup>287</sup> Esta misma acusación se dirigiría al plan del ministro de Exteriores británico, Selwyn Lloyd, de unir institucionalmente a los países de la CEE con los de la UEO y los del Consejo de Europa. Esta propuesta, conocida como “The grand design” y hecha pública en la primavera del 57, tenía como propósito que Europa occidental se convirtiese en la tercera gran potencia mundial, manteniéndose en la OTAN y con la OECE como factor de impulso.

en el comité intergubernamental se vería ralentizado por la inestabilidad de la política francesa —que acabaría devolviendo a De Gaulle al Elíseo, pronto bajo la Quinta República<sup>288</sup>— y por las dificultades de los Seis para alcanzar una posición común ante los Once<sup>289</sup>. Ahora bien, su deseo de negociar como un bloque cohesionado, tratando de preservar la integridad del MC, se acabaría mostrando mucho más fuerte que sus diferencias de opinión respecto al TLC<sup>290</sup>. Como diría Miriam Camps, la zona de libre comercio sería derrotada por la lealtad de los Seis a los Tratados de Roma<sup>291</sup>.

Para desesperación de los británicos, de nada había servido su continua insistencia en el cumplimiento de los plazos para tratar de forzar un compromiso, como tampoco su disposición a hacer ciertas concesiones<sup>292</sup> ni el cruce de amenazas y acusaciones<sup>293</sup>. En la reunión del Comité Maudling del mes de noviembre —en el minuto 90, en términos futbolísticos— la delegación francesa daba su definitivo *coup-de-grâce* al área de libre cambio de los Diecisiete<sup>294</sup>.

El veto de París —que mezclaba causas políticas y económicas— se confirmaba poco después con el beneplácito de sus socios comunitarios: a instancias del eje franco-alemán<sup>295</sup>, los miembros de la CEE acordaban delegar en la Comisión —presidida por Walter Hallstein— el estudio de la posible asociación entre el MC y el resto de países de la OECE. Además, París se comprometía a iniciar en tiempo y forma el programa comunitario de desmantelamiento de barreras al comercio interno —léase, sobre todo,

---

<sup>288</sup> Tras la caída del Gobierno francés en el mes de abril, De Gaulle se hacía formalmente con el poder el 1 de junio, tratando de asegurar un gobierno presidencialista con la instauración en octubre de la Quinta República.

<sup>289</sup> El 17 de octubre se presentaba el Informe Ockrent ante la OECE, expresando la postura de los Seis hacia una hipotética asociación con el resto de países del organismo.

<sup>290</sup> De hecho, las conversaciones sobre el TLC forzarían a los países de la CEE a definir con mayor precisión sus propias políticas, lo que en última instancia permitiría acelerar la integración entre los Seis. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 59.

<sup>291</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 172.

<sup>292</sup> Como en el ámbito de la agricultura —concediendo que fuese abordado, aun sin cuestionar la esencia del “Plan G” — y en el institucional —por un mayor reforzamiento de los vínculos, abriéndose a la toma de decisiones por mayoría y no solo por unanimidad—.

<sup>293</sup> Por ejemplo, se amenaza con retirar tropas del continente —al igual que ocurrirá al inicio de las negociaciones tras producirse el *brexít* en 2016— y, a la vez, se culpa a los Seis de dividir a Europa y, por ende, de debilitar al bloque occidental con su unión aduanera.

<sup>294</sup> Así se referiría el corresponsal del *The Times* en París al rechazo final de los franceses al “Plan G”, verbalizado por su ministro de Información, M. Soustelle, al término de la reunión del Comité Maudling. Ver *The Times*, 15-11-1958, p. 8.

<sup>295</sup> En este sentido, resultaría clave la reunión en la ciudad alemana de Bad Kreuznach entre Adenauer y el general De Gaulle, pocos días después de conocerse el veto de París al TLC.

aranceles y cuotas— a la vez que accedía a ofrecer a los Once una serie de propuestas para mitigar los daños que supondría para ellos su inminente aplicación<sup>296</sup>.

Reino Unido despedía 1958, por tanto, con cierta resignación, a sabiendas de que su anhelado TLC no correría la misma suerte que la iniciativa articulada por Eden en el año 54 saliendo al rescate de la CED<sup>297</sup>. En esta ocasión, los Seis tenían un salvavidas propio al que agarrarse y no iban a jugarse la vida por una propuesta anglosajona que, interesante o no, había llegado a destiempo, mostrándose incapaz de evitar la formación de un bloque comercial autónomo al otro lado del Canal que amenazaba con convertirse en la tercera fuerza junto a Washington y Moscú.

#### 1.2.6 Tender puentes desde la división: el nacimiento de la EFTA

Tras el colapso de las negociaciones del TLC, la prensa británica empieza a cuestionar, por vez primera, el mérito de la política europea de su Gobierno<sup>298</sup>. No solo había quedado demostrada la creciente cohesión de los países de la CEE, sino que se había confirmado la incapacidad de Downing Street para conciliar sus intereses no europeos con los puramente europeos<sup>299</sup>: no se podía mantener el comercio preferencial con la Commonwealth y, al mismo tiempo, tener garantizado el acceso al MC —tal y como se había pretendido con el “Plan G”—.

Es verdad que la relación comercial con las antiguas colonias no parecía tan prometedora como una hipotética participación en el mercado emergente de sus vecinos comunitarios, pero no era menos cierto que el vínculo imperial seguía actuando como un recordatorio de la grandeza de las Islas y, por tanto, ponerlo en cuestión podría considerarse un sacrilegio en las Islas<sup>300</sup>.

---

<sup>296</sup> Ahora bien, al reducirse los aranceles entre los Estados miembros en un 10% en esta primera etapa, los daños en su relación comercial serían todavía bastante limitados.

<sup>297</sup> Así lo reconocería el propio Harold Macmillan en su diario: con el rechazo francés, se confirmaba que su Gobierno tenía pocas cartas económicas que jugar respecto a los Seis. Citado en MACMILLAN, H.: *The Macmillan diaries: Prime Minister and after, 1957-66*, Londres, Macmillan, 2011, p. 175.

<sup>298</sup> WILKES, G. y WRING, D.: “The British Press and European Integration”, p. 188 en BAKER, D. & SEAWRIGHT, D.: *Britain For and Against Europe? British Politics and the Question of European Integration*, Oxford, Clarendon, 1998.

<sup>299</sup> PFALTZGRAFF, R.: op. cit., p. 11.

<sup>300</sup> Para el ala imperial de los *tories*, la Commonwealth seguía siendo el círculo más importante en las relaciones exteriores del país. La izquierda del *Labour*, por su parte, esperaba que la Commonwealth, cada vez más multicultural, pudiese ser transformada en un puente económico y político entre el primer y el tercer mundo. Citado en KAISER, W.: op. cit., p. 6. El 7 de julio de 1958 el Gobierno británico se reunía

El problema es que, más allá del mundo de los símbolos, se escondía la cruda realidad de que, por primera vez después de la guerra, la economía de Alemania Occidental —es decir, del país al que se había derrotado trece años atrás para devolver el equilibrio de poderes al continente— superaba a la de Reino Unido. Para muchos analistas de la época, la vieja *Britannia* iba camino de convertirse en la enferma de Europa<sup>301</sup>. Y, para colmo, el veto de París al TLC acabaría dando el golpe de gracia a la OECE, desposeyendo a Londres del principal foro desde el que venía tratando de ejercer su liderazgo en Europa<sup>302</sup>. Indudablemente, la estrategia nacional de los anglosajones estaba en serio peligro<sup>303</sup>.

Encalladas las negociaciones en el Comité Maudling, Londres —aunque abierta a otras opciones— no abandonará su preferencia por el área de libre comercio entre los Diecisiete<sup>304</sup>. Ello explica que, durante el invierno de 1958 y la primavera del 59, el gabinete liderado por Macmillan siguiese advirtiendo del peligro de división en Europa occidental y reiterase que un acuerdo a largo plazo con el MC resultaba esencial<sup>305</sup>.

Con este objetivo en mente, el Gobierno británico accederá a la propuesta de los suecos de establecer entre los países de la OECE interesados un TLC alternativo como forma de

---

para debatir el informe “The position of the United Kingdom in World Affairs”, elaborado para evaluar el rol del país en el mundo así como los recursos necesarios para desempeñarlo. En él, entre los principales compromisos políticos, Europa aparecía tras la Commonwealth, las colonias, la relación con Estados Unidos y el papel internacional de Londres como miembro de la ONU. Además, en este apartado se reconocía que el objetivo era reforzar los lazos —se estaba buscando negociar un TLC— y hacía hincapié en el apoyo a la OTAN para, por un lado, obligar a EE. UU. a participar en la región y, por otro, respaldar la confianza de las naciones europeas que, de lo contrario, podrían volverse neutrales o caer en el comunismo. Ya en las conclusiones, se reconocía que la conversión de Reino Unido en potencia europea era una cuestión de grado pero, pese a ello, no se recomendaba que Londres se desvinculase de sus compromisos en el exterior por su impacto sobre la esterlina; de ahí que se instase a no reducir la prioridad que, hasta la fecha, venían suponiendo tanto la Commonwealth como las colonias. TNA: CAB 130/153/GEN659.

<sup>301</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 520. Siendo más precisos, Alemania Occidental supera a Reino Unido como país exportador. Un año más tarde, en el 59, se pondría por delante también en producción industrial. Citado en MACLEAN, D.: *British foreign policy since Suez, 1958-68*, Londres, Hodder & Stoughton, 1970, p. 19.

<sup>302</sup> En diciembre de 1960, la OECE perdía su carácter exclusivamente europeo al firmarse su conversión en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), más atenta al progreso de los países subdesarrollados.

<sup>303</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 309.

<sup>304</sup> Londres plantea, sin éxito, la posibilidad de que la Commonwealth y la CEE negociasen un acuerdo, de tal forma que se desbloquease la asociación entre esta última y el resto de países de la OECE.

<sup>305</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 183. A estas alturas, los liberales británicos empiezan a defender la entrada en la CEE, manteniéndose inalterable la postura de los dos principales partidos. Por otro lado, de acuerdo con Crowson, a lo largo de 1959 en Whitehall empezaba a considerarse la posibilidad de que Reino Unido se incorporase a la CEE. Citado en CROWSON, N. J.: op. cit., p. 77.

presionar a los Seis —y, sobre todo, a los germanos, que destinaban a sus mercados una parte importante de sus exportaciones— y resucitar así las discusiones sobre la asociación<sup>306</sup>.

Este “Plan G” en miniatura apenas generaría entusiasmo en las Islas<sup>307</sup>, pero al menos se valoraba su utilidad instrumental para ganar influencia en el pulso que se mantenía con los miembros de la CEE. Con su participación, Londres apostaba por combatir la brecha abierta por los Seis en Europa occidental con más división todavía. Fuera ello contradictorio o no, era evidente que la inacción no se contemplaba en las Islas como una respuesta válida al bloqueo ejercido por los franceses<sup>308</sup>.

La primera reunión de la futura Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) se produjo el 21 de febrero del 59. Apenas un año después<sup>309</sup>, en los primeros días de 1960, Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Suecia, Suiza y Reino Unido<sup>310</sup> habían puesto su firma en la Convención de Estocolmo, de modo que nacía formalmente el bloque de los Siete<sup>311</sup>. Pese a su marcada heterogeneidad, el aglutinante de este grupo era su preferencia por el libre mercado sobre la unión aduanera, ya que ninguno de sus miembros compartía el acercamiento formal, legalista y excesivamente ambicioso de los Seis a la unidad europea. En términos demográficos, la EFTA se asemejaba al emblemático mini que, justo ahora, se empezaba a observar en las carreteras británicas: sus 35 millones de personas contrastaban con los casi 170 que reunía el proyecto de integración europea.

---

<sup>306</sup> Austria, Dinamarca, Noruega, Suecia, Suiza y Reino Unido ya venían estableciendo posiciones comunes ante los Seis en la mesa de negociaciones del TLC y, ahora, rescatarán como punto de partida un informe de las seis federaciones industriales publicado en abril del 58. Ver *The Times*, 18-12-1958, p. 9.

<sup>307</sup> Prueba de ello, las palabras de David Eccles, presidente de la Cámara de Comercio: con su apuesta por el TLC alternativo, los británicos decidían casarse con la hija del ingeniero tras haber dicho que no la hija del director general. Citado en KAISER, W.: op. cit., p. 101.

<sup>308</sup> En su diario, Harold Macmillan anotaba el 7 de julio del 59 que, de no organizar con éxito el grupo de oposición a la CEE, serían devorados uno a uno por los Seis. Citado en MACMILLAN, H.: op. cit., p. 231.

<sup>309</sup> Previamente, el Gobierno británico había dado luz verde al inicio de las negociaciones en el mes de mayo, el borrador de la EFTA sería publicado en julio y sus términos finales se acordarían en noviembre.

<sup>310</sup> Los británicos ponen su rúbrica tras haber obtenido el respaldo de los Comunes en diciembre del 59, pese a la abstención laborista y a las críticas de los liberales, ahora identificados como el partido más europeísta del panorama político británico. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 64.

<sup>311</sup> En la prensa británica se hablaba de ellos como “The Outer Seven”. Londres mantenía estrechas relaciones con todos ellos. ¿Por qué les atraía la EFTA? Dinamarca, Noruega y Reino Unido mantenían estrechos lazos comerciales entre ellos y veían con buenos ojos reforzarlos. Austria, Suecia y Suiza eran países neutrales en la Guerra Fría, por lo que no se planteaban adherirse al proyecto político de los Seis. El Portugal de Salazar, por su parte, deseaba ganar reconocimiento internacional sin ver cuestionada su soberanía.

A grandes rasgos, la EFTA era un “Plan G” sin su *raison d’être*: el acceso al pujante mercado de los Seis. Además, se trataba de un acuerdo pragmático, flexible, de limitado alcance y sin el marchamo de proyecto político propio del *Common Market*. Con él, Londres obtenía más facilidades para intercambiar manufacturas con seis de sus vecinos —aspirando a reducir las barreras comerciales al mismo ritmo que el MC— y lograba mantener intacto el comercio preferencial con la Commonwealth, pero la discriminación de la CEE seguía ahí, indiscutida, amenazante. Y, sin una respuesta que lograra atajarla, las élites británicas temían por su futuro y el de todo el país en su conjunto.

A lo largo de 1959, con los Seis centrados en cumplir con las disposiciones de Roma y el bloque de los Siete todavía cogiendo forma, el acercamiento entre ambas partes pasaría por una fase de cierta hibernación. Como reflejo de ello, la política de Londres hacia el continente apenas tendría cabida en las elecciones generales celebradas en Reino Unido a principios de octubre.

Tras casi tres años en el poder, Harold Macmillan se sometía por vez primera al veredicto de las urnas. En la primera campaña electoral en la que la televisión jugaría un papel relevante, el *premier* trataba de rentabilizar la sensación de prosperidad y de equilibrio social extendida en las Islas<sup>312</sup>, así como su papel en la mejora de las relaciones con Moscú<sup>313</sup> —enmarcadas en una *détente* más amplia entre Occidente y la URSS, en plena fase de deshielo tras la desestalinización de Nikita Khrushchev y su apuesta por la coexistencia pacífica<sup>314</sup>—.

---

<sup>312</sup> De ahí el famoso y malinterpretado “you never had it so good” pronunciado por Macmillan en julio del 57, en referencia al inédito crecimiento económico del país. En español, su versión más cercana sería el “España va bien” de José María Aznar del año 97. Como dice Jeremy Black, los años cincuenta fueron una década de prosperidad tras el pesimismo de posguerra y, como resultado, un periodo de optimismo razonable para la mayoría de la población. BLACK, J.: *A history of Britain*, Indiana, Indiana University Press, 2017, p. 132.

<sup>313</sup> En mayo de ese mismo año, Londres y Moscú habían alcanzado un acuerdo comercial de cinco años, que se completaría en el mes de diciembre con otro de menor duración sobre cuestiones científicas, técnicas y culturales. Saunders recuerda que el mayor foco de Reino Unido en Europa a partir de estos años no se limitaba a su parte occidental, de modo que, aun siendo percibido como el enemigo, los británicos tratarían de cooperar de algún modo con los países del Pacto de Varsovia en áreas no controvertidas políticamente. Citado en SANDERS, D.: op. cit., p. 141.

<sup>314</sup> Ello no es óbice para que, a nivel interno, se mantenga la mano dura —como en la Revolución húngara de 1956— ni para que, en el plano internacional, Moscú siga avanzando hacia la destrucción mutua asegurada —por ejemplo, en el verano del 57 lanza su primer misil balístico intercontinental—. Además, a finales del siguiente año se desataría una crisis en Berlín, que desencadenaría en la construcción del muro en 1961.

Efectivamente, el político londinense obtendría el reconocimiento de sus conciudadanos, logrando incluso ampliar la mayoría *tory* conseguida por Eden en el 55<sup>315</sup>, lo que adentraría al Partido Laborista —con tres derrotas consecutivas en su haber— en la mayor fase revisionista de toda su historia<sup>316</sup>. En una sociedad cada vez más individualista, volcada de forma creciente en el consumo y el entretenimiento, las ideas socialistas parecían estar en horas bajas<sup>317</sup>.

### 1.2.7 El Canal se estrecha: hacia la solicitud de adhesión

La incontestable victoria de Macmillan otorgará al *premier* mayor discrecionalidad a la hora de articular su política de defensa contra el MC, a sabiendas de que la naciente EFTA no bastaría para contrarrestar la amenaza comunitaria<sup>318</sup>. Por mucho que se hubiese obviado en campaña, la relación con los Seis era uno de los asuntos más urgentes en la agenda del nuevo gabinete conservador, que apenas tardaría unas semanas en empezar a considerar seriamente la posibilidad de adherirse a la CEE<sup>319</sup>. Eran tiempos de ebullición en la política británica. Justo cuando el *Labour* intensificaba su revisionismo para recuperar su atractivo electoral, los *tories* trataban de no perderlo ante la obligación de repensar el armazón de la estrategia nacional de posguerra, habida cuenta de las crecientes dificultades para sostener sus cimientos.

---

<sup>315</sup> No obstante, en retrospectiva, el 8 de octubre de 1959 podría ser visto como el momento cumbre a partir del cual, casi de forma inadvertida, la carrera política de Macmillan empezaría a decaer. Así se recoge en “Macmillan”, conferencia ya citada de Richard Thorpe.

<sup>316</sup> PELLING, H.: op. cit., p. 120. No debe sorprender que a las pocas semanas de celebrarse los comicios, Hugh Gaitskell, el líder del *Labour*, hablase de revisar la cláusula IV del partido, que lo identificaba con las nacionalizaciones. Para su sucesor, Harold Wilson, llevar a cabo esta modificación era como tratar de sacar el Génesis de la Biblia. Citado en KAVANAGH, D.: op. cit., pp. 156-57.

<sup>317</sup> Para el diario *ABC*, nada agradaba tanto al pueblo británico como ver sus conquistas sociales coronadas por la tradición: “Hoy puede decirse que Mr. Macmillan y su equipo han tenido la habilidad de realizar, en la medida pragmática de lo posible, el programa, delirantemente proclamado, del laborismo”. Ver *ABC*, 10-10-1959, p. 32. De hecho, para *La Vanguardia Española*, el cambio producido desde el año 45 en las Islas —profundo pero realizado desde la clásica prudencia e instinto político de los británicos— podría considerarse como “una de las realizaciones humanas más importantes de la Historia”, sirviendo de guía a toda Europa occidental al ofrecer cambio sin revolución. Ver *La Vanguardia Española*, 6-10-1959, p. 13. Así, tras conocerse el resultado electoral, el diario catalán reafirmaba su postura comparando a Reino Unido con una roca que era un organismo vivo: “Inconmovible, impasible, la Gran Bretaña se mantiene igual a sí misma a lo largo de los tiempos. Mientras, paradójicamente, en ciertos sentidos, va cambiando más mucho más que muchos de los pueblos continentales. Este es su secreto (...) el país en cuya historia no hay ‘antiguo régimen’ ni ‘nuevo régimen’”. Ver *La Vanguardia Española*, 11-10-1959, p. 15.

<sup>318</sup> De hecho, esas mismas Navidades, el gabinete británico reconocería que, pese a la creación del bloque de los Siete, la cuestión de fondo sobre la relación de Londres con los Seis seguía sin resolverse. Citado en TRATT, J.: *The Macmillan Government and Europe. A Study in the Process of Policy Development*, Londres, Macmillan, 1996, p. 189. Para esta autora, la EFTA fue una pérdida de tiempo que impidió a Londres negociar mejores términos de entrada a la CEE. Citado en TRATT, J.: op. cit., p. 200.

<sup>319</sup> TRATT, J.: op. cit., p. 1.

La primera sacudida de calado llegaría con el nuevo año. A principios de febrero de 1960, Harold Macmillan pronunciaba en Sudáfrica su famoso discurso del *wind of change*. El jefe del Gobierno británico reconocía la fortaleza de la conciencia nacional en África y, de ese modo, daba su bendición a una nueva ola descolonizadora. Para algunos de los suyos, sus palabras eran un acto de traición<sup>320</sup>; para otros, la admisión de una realidad.

Sea como fuere, el alegato de Macmillan evidenciaba que el futuro del país ya no pasaba tanto por el Imperio y la Commonwealth como por la alianza con Washington y la relación económica con Europa continental<sup>321</sup>. Dicho de otra manera, de los tres círculos sobre los que venía girando la actuación del Foreign Office desde el año 45, el correspondiente al *British Empire* parecía desdibujarse. Pero, como diría Stephen Wall, una cosa era sentir los vientos del cambio y otra muy distinta unir el destino del país al de los poderes continentales, habida cuenta de que algunos habían sido sus enemigos menos de dos décadas antes y de que todos ellos seguían siendo considerados moral y políticamente inferiores<sup>322</sup>.

No obstante, poco después del *wind of change*, el mes de mayo presenciaba un nuevo zarandeo en la estrategia nacional británica; esta vez procedente del Tesoro. El día 27, Frank Lee elevaba a nivel ministerial el informe que se le había encargado sobre el impacto de la CEE en la economía británica<sup>323</sup>. Su conclusión no dejaba lugar a la duda: sin alternativas realistas, la participación en el Mercado Común era la opción más beneficiosa para los intereses de Reino Unido<sup>324</sup>.

---

<sup>320</sup> Algunos de quienes así lo creen se acercan en el año 61 al Monday Club, una plataforma crítica con las políticas del Gobierno de Macmillan, al entender que el partido se había acercado demasiado al socialismo y que debía no solo fomentar el individualismo, sino adoptar una postura más férrea en materia de ley y orden, incluyendo en ella la cuestión migratoria. Citado en KAVANAGH, D.: op. cit., p. 192.

<sup>321</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 248. Como habría dicho Neville Chamberlain, si Reino Unido no pensaba imperialmente debía hacerlo continentalmente. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 4.

<sup>322</sup> WALL, S.: *A stranger in Europe: Britain and the EU from Thatcher to Blair*, Oxford, Oxford University Press, 2008, p. 205.

<sup>323</sup> Frank Lee presidía desde enero del 60 el European Economic Association Committee —renombrado dos meses después Economic Steering (Europe) Committee— establecido tras la reciente victoria electoral de Macmillan para, básicamente, encargarse del detalle de los acuerdos alcanzados con los siete integrantes de la EFTA. Como recuerda Kaiser, Lee había sido, precisamente, el único alto funcionario de Whitehall que en noviembre del 55 apostaba por la participación de Reino Unido en el Mercado Común. Citado en KAISER, W.: op. cit., p. 112.

<sup>324</sup> Al menos desde un punto de vista estrictamente económico. A Lee le preocupaba —y así lo expone en este escrito titulado “Los Seis y los Siete”— el impacto del Mercado Común a largo plazo, ya que las exportaciones británicas estarían en desventaja de forma progresiva en una zona que, además, presentaba una tasa de crecimiento que, seguramente, se mantendría elevada en el futuro. Por otro lado, aunque la idea

La entrega del trabajo de Lee coincidía prácticamente con la decisión de los Seis de apurar los plazos establecidos en Roma para adelantar la llegada del MC. Así lo había planteado la Comisión Hallstein a principios de marzo<sup>325</sup>, aunque la conformidad de los Estados miembros con sus planteamientos estaría acompañada de algunas enmiendas. La más importante de ellas, el inicio de la armonización de la tarifa exterior común, que las capitales acordaban fijar para el último día del presente año; doce meses antes de lo contemplado en el texto fundacional del 57 —en vez de dieciocho, como planteaba el ejecutivo comunitario—. La integración europea, no sin diferencias internas entre sus miembros, avanzaba con paso firme<sup>326</sup>.

Las dificultades de la EFTA para adaptarse al ritmo de la CEE causarían irritación en las Islas, aunque lo que de verdad molestaría al Gobierno británico sería la abierta hostilidad de EE. UU. hacia los Siete<sup>327</sup>. Washington rehuía de todo aquello que pudiese desviar la consolidación del proyecto de integración europea, al que seguía otorgando la máxima prioridad. Además, en una época crítica para su balanza de pagos, la Casa Blanca temía salir perjudicada de un hipotético acuerdo entre ambos bloques económicos, de modo que se alinearía con la apuesta de Bruselas por alcanzar una solución comercial global —y no estrictamente europea— a través del GATT<sup>328</sup>.

Todo ello generará inquietud en las Islas, donde preocupaba que la Administración Eisenhower pudiese prescindir de Londres como interlocutor preferente en Europa

---

de un área de libre comercio atlántica —que reuniese a los Seis, los Siete, EE. UU. y Canadá— pudiese resultar atractiva, creía que debería ser descartada por resultar una quimera. La conclusión de Lee es reveladora: “Esperemos que Pitt siga teniendo la última palabra: ‘Salvaremos a Inglaterra por nuestros esfuerzos y a Europa por nuestro ejemplo’”. TNA: FO 371/150281/6114/298.

<sup>325</sup> A grandes rasgos, la propuesta de la Comisión era la siguiente: llegar al 31 de diciembre del 61 con una reducción del 50% en las aduanas interiores e iniciar la armonización de la tarifa exterior común el 1 de julio del 60 —dieciocho meses antes de lo acordado en Roma—.

<sup>326</sup> Curiosamente, también avanzaría con paso firme la relación comercial entre Londres y los países comunitarios. Resulta significativo que en los años 60, 61 y 62 las exportaciones británicas a los Seis se incrementasen en un 55% mientras que el aumento de los intercambios con sus socios de la EFTA no superase el 33%, a pesar de competir con mayor ventaja en este segundo bloque económico. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 231.

<sup>327</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 105.

<sup>328</sup> Así se producirá en la llamada Ronda Dillon, iniciada en septiembre de 1960 y concluida en julio del 62. Por otra parte, ya a finales del 58 tanto los Seis como Londres habían hecho convertibles sus monedas, uno de los objetivos largamente perseguidos por Washington. Para Milward, Reino Unido acabaría recuperando el que fuera su mayor mercado de exportación antes de estallar la I Guerra Mundial —es decir, el mercado europeo— gracias, precisamente, a la convertibilidad del dólar en el comercio internacional. Citado en MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 4.

occidental. Una amenaza que no haría más que aumentar tras conocerse que en 1960, por vez primera, el 50% de la inversión directa de Washington en la región se había dirigido a la CEE frente al 40% absorbido por el país anglosajón<sup>329</sup>. Otro de los ejes vertebradores de la acción exterior británica, la *special relationship* con su ex colonia, parecía más cuestionado que nunca.

Con el Imperio en retroceso, la relación especial con EE. UU. en peligro y el liderazgo europeo evaporándose, no debe sorprender que durante los últimos compases de la primavera y principios de verano del año 60 empezasen a surgir rumores de que Reino Unido podría estar dispuesto a buscar por su cuenta un acuerdo con los Seis<sup>330</sup>. ¿Qué tipo de acuerdo? He ahí la duda<sup>331</sup>.

Así lo probaba la intervención del ministro de Exteriores, Selwyn Lloyd, a finales de julio en los Comunes, en la que dejaba abierta la posibilidad de adherirse al MC pero lo hacía con muchos peros e indecisiones<sup>332</sup>. Dudas al margen, la unión de los británicos a la Comunidad de los Seis ya no era inconcebible; y eso representaba, por sí mismo, un gran salto adelante. Poco después, Harold Macmillan parecía confirmarlo con una remodelación del gabinete que la prensa interpreta como un paso preliminar en el acercamiento a la CEE<sup>333</sup>. De esta manera, el *premier* se aseguraba de que la cuestión europea fuese objeto de atención prioritaria y recibiese un tratamiento amable por parte de la administración que encabezaba<sup>334</sup>.

---

<sup>329</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 113. Prueba de que al otro lado del Atlántico resultaba más atractiva la mayor coherencia y amplitud del Mercado Común respecto a la EFTA.

<sup>330</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 287. En el mes de junio, *The Economist* se unía al *The Guardian* en su apuesta por la participación en la CEE, aunque se seguía ejerciendo una fuerte oposición desde la prensa de Lord Beaverbrook, de clara tendencia derechista y muy celosa de preservar los lazos imperiales. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 66.

<sup>331</sup> Si bien Dutton señala que, por primera vez, los ministros británicos empezaban a creer que el país debía elegir entre la participación plena o la completa exclusión. Citado en DUTTON, D.: “Anticipating Maastricht: The conservative party and Britain’s first application to join the European Community” en *Contemporary British History*, vol. 7, nº 3, 1993, pp. 522-23.

<sup>332</sup> Ver *The Times*, 26-7-1960, p. 6. Al día siguiente, salía adelante con abrumadora mayoría —215 frente a 4— una moción en los Comunes dando la bienvenida a la conclusión de acuerdos que fuesen adecuados para el país, en el reconocimiento de la necesidad de la unidad política y económica en Europa. Ver *The Times*, 27-7-1960, p. 8.

<sup>333</sup> En este sentido, resulta significativa la entrada de Edward Heath con responsabilidades sobre Europa, la sustitución de S. Lloyd por Alec Douglas-Home en el Foreign Office, la toma de Agricultura por Christopher Soames y el nombramiento de Duncan Sandys como responsable de las relaciones con la Commonwealth.

<sup>334</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 314.

Con pies de plomo<sup>335</sup> pero, al mismo tiempo, con determinación —ya que existía cierto consenso en las altas esferas nacionales sobre la necesidad de alcanzar pronto algún tipo de acuerdo con los Seis<sup>336</sup>— el nuevo equipo ministerial británico tratará de sondear las reacciones en el exterior ante su renovada postura hacia la construcción europea. En adelante y hasta el verano siguiente, se sucederán las consultas con las partes más implicadas, esto es, la Commonwealth, sus socios de la EFTA, Washington —desde enero del 61 bajo la presidencia de John F. Kennedy— y, por supuesto, los propios miembros del club comunitario.

A la par que se producen estos encuentros, la opinión del Gobierno británico se irá decantando, de forma gradual, por la participación en la Comunidad. La tendencia hacia el *rapprochement* era evidente; no así el fondo ni la forma de la decisión final. Muchas voces del gabinete mantendrán sus reservas a lo largo de todo el periodo; las mismas que acabarían planteando condiciones a una hipotética solicitud de entrada<sup>337</sup>.

Pero las dudas también acompañarían al propio Macmillan, que todavía en las Navidades de 1960 se resistía a aceptar que la adhesión a la CEE fuese la única salida que se le presentaba a Reino Unido para tratar de preservar su posición internacional<sup>338</sup>. Esta indecisión aconsejaba prudencia, al igual que el recuerdo del veto de París en noviembre del 58. El golpe mortal que había propinado De Gaulle al “Plan G” seguía escociendo en las Islas, donde ahora se quería asegurar la existencia de bases sólidas antes de tomar cualquier decisión relacionada con los Seis.

Pese a ello, en Downing Street se tenía consciencia de que el tiempo apremiaba. Así se encargaban de recordarlo distintas personalidades del mundo de los negocios y de la

---

<sup>335</sup> Tanto el *premier* como sus asesores más directos cuidarán el lenguaje a medida que se acercan a la participación en la Comunidad para no levantar alarma ni controversia entre los suyos. Citado en TRATT, J.: op. cit., p. 86.

<sup>336</sup> Esta idea general contaba con algunas excepciones, como el rechazo del *Daily Express* y de ciertos grupos del sector agrícola. Citado en CAMPS, M.: “Britain, the Six and American Policy” en *Foreign Affairs*, vol. 39, nº 1, 1960, p. 112.

<sup>337</sup> Vinculadas, en buena medida, con la agricultura y el Imperio. No tanto con la cuestión de la soberanía, ya que el federalismo europeo estaba en horas bajas frente al intergubernamentalismo favorecido, principalmente, por De Gaulle.

<sup>338</sup> TRATT, J.: op. cit., p. 199. Aún así, en esta misma época Macmillan publica un memorándum sobre Europa que se conocerá como “The Grand Design”. En él, el *premier* sugiere que la única posibilidad era la entrada en la CEE, aunque deja abierta la naturaleza de dicha solicitud, prueba de la confusión todavía reinante.

política británicas, que llamaban a reorientar cuanto antes los intereses del país hacia las florecientes economías de los Seis<sup>339</sup>.

Es cierto que, en esta época crucial, el optimismo era la tónica general entre la ciudadanía anglosajona. Al fin y al cabo, el país había superado la austeridad de posguerra preservando el estado del bienestar<sup>340</sup>. Pero, de forma casi subrepticia, los datos económicos presentaban un panorama ciertamente sombrío. Entre los años 55 y 60, Reino Unido había crecido un 2,5% frente al 5,3 alcanzado de media por los socios comunitarios<sup>341</sup>. Además, si en 1950 su cuota del comercio mundial de manufacturas representaba el 25,5% del total frente al 7,3 de Alemania, en el año 60 los germanos le superaban por casi tres puntos porcentuales —19,3 y 16,5 respectivamente—<sup>342</sup>.

Todo ello contribuye a explicar que, a finales de febrero del 61, llegase la primera muestra pública de un cierto *change of heart* en el seno del Gobierno británico. El conservador Edward Heath —en calidad de Lord Privy Seal, con responsabilidades en el Foreign Office— empleaba el foro de la UEO —precisamente, el único organismo que agrupaba a los Seis más Londres— para hacer llegar la disposición de su país a abordar con todos ellos la cuestión de la Commonwealth<sup>343</sup>.

El mensaje de Heath representaba un verdadero cambio, ya que podía leerse como una invitación a negociar con los socios comunitarios el destino de la relación de Londres con sus ex colonias; un tema de especial sensibilidad en las Islas y, precisamente, uno de los

---

<sup>339</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 76. Además, como reflejo de la creciente discusión pública del papel a jugar por Londres en Europa occidental, se crean este año las plataformas Common Market Campaign y Anti-Common Market League.

<sup>340</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 194. Prueba de ello, las palabras pronunciadas por Rab Butler en julio del 60 en el Conservative Political Centre Summer School. El político *tory* se referirá con orgullo al desarrollo de una sociedad opulenta, abierta y democrática en las Islas, en la que funcionaba el ascensor social y en la que las personas se dividían no tanto entre los que tenían mucho y poco sino, más bien, entre los que tenían algo y los que tenían algo más. Citado en BUTLER, D. y BUTLER, G.: op. cit., p. 271.

<sup>341</sup> KAISER, W.: op. cit., p. 112. Por otro lado, en el periodo 1954-59 los costes laborales unitarios de la industria manufacturera crecieron un 25% en Reino Unido; dos veces más que en otros países industriales. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 105.

<sup>342</sup> CRAFTS, N. F. R. y WOODWARD, N. W. C.: op. cit., p. 12. Precisamente, para Fernando Guirao, Reino Unido consideró ceder parcelas de su soberanía en el momento en que el vigor de su comercio con la RFA pareció la palanca de desarrollo que podría garantizar el sostenimiento de su modelo sociopolítico de posguerra. Citado en GUIRAO, F.: op. cit., 2019.

<sup>343</sup> Para un resumen de su intervención:

[https://www.cvce.eu/obj/address\\_given\\_by\\_edward\\_heath\\_to\\_the\\_weu\\_council\\_paris\\_27\\_february\\_1961-en-98031efe-f14a-418b-99b9-9d1cd5e32a96.html](https://www.cvce.eu/obj/address_given_by_edward_heath_to_the_weu_council_paris_27_february_1961-en-98031efe-f14a-418b-99b9-9d1cd5e32a96.html) (7-4-2021, 13:22)

principales motivos que habían llevado a los británicos a rechazar, hasta la fecha, su participación en una unión aduanera con sus vecinos.

Con las palabras de Heath, la distancia entre Londres y Bruselas parecía acortarse. De ahí que, durante la primavera del 61, creciesen las expectativas sobre la posibilidad de que Reino Unido acabase llamando a la puerta del Mercado Común<sup>344</sup>. Inevitablemente, mientras la prensa favorable a la adhesión —cada vez mayor— seguía acaparando el debate nacional sobre los pros y los contras de la solicitud<sup>345</sup>, la relación con la CEE se colaba en el centro de la agenda política, incrementando la presión sobre el Ejecutivo. Macmillan, consciente de ello, tratará de intensificar las discusiones informales con las principales partes concernidas antes de pedir el paso a la formalización de las negociaciones entre Londres y los Seis<sup>346</sup>.

En el mes abril, el *premier* se reúne con Kennedy, quien reitera su deseo de que los británicos entrasen a formar parte de la familia comunitaria. El nuevo Gobierno estadounidense, en la línea de sus predecesores, ponía en valor el beneficio político de la integración europea, aun a costa de poder salir perjudicado a nivel económico. Ahora bien, siempre que Londres aceptase las obligaciones políticas e institucionales de los Tratados de Roma<sup>347</sup>, la Administración Kennedy se mostraba entusiasmada por su posible adhesión a la CEE, ya que su entrada reforzaría el atlantismo de la Comunidad y, por tanto, otorgaría a Washington mayor *leverage* en Bruselas<sup>348</sup>.

---

<sup>344</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 69.

<sup>345</sup> La prensa británica lanzaría su primer debate serio sobre la participación en la CEE en 1960. Por otro lado, una vez enviada la solicitud de Londres a la CEE, el Gobierno centrará su campaña por la entrada en la televisión. Citado en WILKES, G. y WRING, D.: op. cit., p. 190.

<sup>346</sup> Así lo expondría el propio *premier* en los Comunes a principios de marzo en respuesta a una pregunta del diputado laborista Roy Jenkins. Ver *The Times*, 3-3-1961, p. 16.

<sup>347</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 342.

<sup>348</sup> Los problemas de EE. UU. con su balanza de pagos y la evolución de las políticas del general De Gaulle reforzarán el énfasis de Washington en el marco atlántico. Estando esto implícito en su acercamiento a la integración europea hasta los años 58-59, en adelante será una constante y una parte explícita de su política hacia Europa. Citado en LUNDESTAD, G.: op. cit., p. 52. El 26 de abril, tras su visita a Norteamérica, Macmillan se reuniría con su gabinete para abordar, entre otras, la cuestión europea. Aunque el *premier* todavía no creía oportuno tomar una decisión final sobre la entrada en la Comunidad —cabía esperar a que Kennedy se reuniese con De Gaulle para sondear la opinión de este al respecto— su equipo concluía que el Gobierno debía trabajar por alcanzar una solución por la cual su país —preferiblemente, acompañado de algunos de sus compañeros de la EFTA— se uniese a los Seis para formar una asociación política y económica más amplia. En caso de ser satisfechas las principales preocupaciones de Londres —léase Commonwealth, EFTA y agricultura— no parecía haber razón de principio alguna para no adherirse al Tratado de Roma. TNA: CAB 128/35/24.

Con el beneplácito del gigante americano garantizado, Downing Street trataría de obtener el respaldo de sus socios de la EFTA y de la Commonwealth; esta última, sin duda, el hueso más duro de roer, ya que temía que sus exportaciones a la vieja metrópoli se viesan afectadas<sup>349</sup>. Con un pacto entre los Siete —recogido en el llamado Acuerdo de Londres— y una gira ministerial por las capitales de sus ex colonias, Londres trataría de garantizar que, en caso de sentarse en la mesa de negociaciones con los Seis, llevaría consigo la defensa de sus intereses.

De acuerdo a la retórica de Downing Street, un hipotético éxito de las discusiones con la CEE redundaría en beneficio de todos, ya que Europa occidental dejaría de estar fracturada en dos bloques —objetivo último de la EFTA— y, por otra parte, su país saldría más fortalecido —lo que debía redundar en el refuerzo de la propia Commonwealth, a la que no interesaba un Reino Unido debilitado—<sup>350</sup>.

Respecto a los países del Mercado Común, los británicos venían manteniendo conversaciones con todos ellos a diferentes niveles desde el pasado verano. Pese a ello, no se había logrado flexibilizar la posición de París, que seguía siendo el principal obstáculo. Los franceses hacían hincapié en que no cabían medias tintas y que, por tanto, Londres debía asumir íntegramente los Tratados de Roma en caso de querer pertenecer a la familia comunitaria<sup>351</sup>.

Es cierto que los integrantes más pequeños del Club veían con buenos ojos la entrada de Reino Unido como contrapeso al eje franco-alemán, pero nadie parecía dispuesto a otorgar a los anglosajones un régimen especial dentro de la Comunidad, por lo que Macmillan debía medir muy bien sus exigencias si no quería que fracasase la negociación de antemano. De hecho, a estas alturas, no se dudaba tanto de la disposición de Londres a discutir con los Seis su eventual adhesión a la CEE<sup>352</sup> como de las condiciones que los

---

<sup>349</sup> Los mayores problemas vendrían de los viejos Dominios —precisamente con quienes los lazos eran más estrechos—, es decir, de Nueva Zelanda, Australia y Canadá.

<sup>350</sup> De la misma manera, Londres trataría de presentar el acomodo de las exigencias de la Commonwealth como beneficioso para Occidente, ya que de lo contrario sus ex colonias podrían virar hacia el comunismo.

<sup>351</sup> Macmillan trataría de flexibilizar la postura de Francia ofreciéndole un nuevo estatus en la OTAN y ciertas concesiones en materia nuclear, pero el *premier* no conseguirá el apoyo vital de Washington, donde el general De Gaulle generaba desconfianza —cabe recordar que en marzo del 59 había decidido retirar su flota del Mediterráneo del mando de la OTAN—.

<sup>352</sup> Para algunos autores como Benjamin Grob-Fitzgibbon, la decisión del Gobierno británico de sentarse con los Seis para abordar su posible adhesión había sido tomada, en cierta manera, mucho antes. Una vez que se había reconocido que el futuro de Reino Unido estaba en Europa y no en el Imperio ni en la

británicos plantearían antes de sentarse a negociar —habida cuenta de la presión que venían ejerciendo en las Islas tanto el sector agrícola<sup>353</sup> como la Commonwealth para que fuesen atendidos sus intereses—.

La confusión empezaría a despejarse, por fin, tras la decisión unánime del Gobierno británico de solicitar a Bruselas la apertura de negociaciones<sup>354</sup>; un acuerdo histórico a la vez que limitado: el gabinete convenía en explorar la entrada pero en ningún caso daba carta blanca a la adhesión<sup>355</sup>. Diez días después, el 31 de julio del 61, Harold Macmillan lo anunciaba en los Comunes, donde se debatiría la cuestión a principios de agosto. Con una mayoría incontestable —facilitada por la abstención del Partido Laborista, todavía sin una política oficial al respecto— la iniciativa gubernamental saldría adelante con comodidad<sup>356</sup>. Y lo haría gracias al respaldo de una Cámara que, sin apenas discursos genuinamente europeístas, parecía dominada por la idea de que, al margen de la CEE, no había otra alternativa<sup>357</sup>.

Con todo, el primer ministro tendría que encajar las críticas de propios y extraños durante el debate parlamentario, ya que tanto su formación como el *Labour* contaban con

---

Commonwealth, era una cuestión de tiempo que la fortaleza económica de los Seis llevase a los Siete a unirse a ellos. Si el futuro de Reino Unido se encontraba en el continente europeo, solo tenía sentido aliarse con sus dos países más grandes, esto es, con Francia y Alemania Occidental. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 250.

<sup>353</sup> Tan dividido a lo largo y ancho del país que la Unión Nacional de Agricultores permanecería neutral hasta el año 62, cuando decide decantarse por la entrada. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 169. La futura Política Agraria Común estaba todavía en fase de negociaciones, aunque contemplaba un sistema muy diferente al que estaba vigente en Reino Unido.

<sup>354</sup> El 22 de julio, la jornada siguiente a la decisión tomada por su gabinete, H. Macmillan reconocía en su diario que, *a priori*, no habría acuerdo a menos que De Gaulle —todavía hostil y celoso— cambiase de parecer. Citado en MACMILLAN, H.: op. cit., p. 399. De ello también era consciente el diario *The Times*, para el que nadie, salvo De Gaulle, podría saber el resultado final de las negociaciones entre Londres y los Seis. Citado en *The Times*, 31-7-1961, p. 11.

<sup>355</sup> Como diría Winston Churchill en una carta enviada al presidente de los *tories* en su distrito, creía razonable la solicitud a la CEE no porque estuviese convencido de su mérito, sino porque parecía la única forma de descubrir si las condiciones serían o no aceptables para los británicos. Citado en BOGDANOR, V.: op. cit., p. 22.

<sup>356</sup> La moción del Gobierno británico saldría adelante con 313 votos favorables y 5 en contra —todos ellos laboristas salvo uno procedente de las filas *tories*—. Además, veintidós miembros del Partido Conservador se decantarían por la abstención. De acuerdo al contenido de esta moción, el gabinete *tory* solicitaba el apoyo de la Cámara para solicitar formalmente el inicio de negociaciones con los Seis para comprobar si se podían alcanzar acuerdos satisfactorios que atendiesen los intereses particulares de Reino Unido, de la Commonwealth y de la EFTA. Además, antes de su aprobación, el Gobierno se comprometía a llevar a Westminster —y a consultar con otros países de la Commonwealth— cualquier acuerdo que afectase dichos intereses o que tuviese que ver con la soberanía nacional. Ver *The Times*, 4-8-1961, p. 10.

<sup>357</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 364. La posible participación en la CEE no podría sustituir al Imperio, ya que no generaba la atracción emocional e ideológica de este último entre los conservadores. Citado en GAMBLE, A.: “The European Issue in British Politics”, p. 16 en BAKER, D. & SEAWRIGHT, D.: op. cit.

detractores del Mercado Común. Al grito de “shame”, estos diputados lamentaban el derrotismo que, a su parecer, implicaba el giro del Gobierno hacia el proyecto de integración de los Seis, ya que se confiaba el destino del país a una Comunidad que, todavía en su infancia, no ofrecía suficientes garantías de éxito<sup>358</sup>.

Además, este sector recelaba especialmente del carácter supranacional de la CEE. Una preocupación que, aun siendo común en las Islas<sup>359</sup>, no alcanzaría el eco de los años venideros, ya que en estos momentos parecía dominar el intergubernamentalismo<sup>360</sup> — gracias, sobre todo, a la idea de Europa del general De Gaulle—. Asimismo, a pesar del carácter dinámico de la integración —expresado en el famoso “ever closer union” del Tratado de Roma— toda modificación en un sentido federal requeriría el consentimiento de cada uno de los Estados miembros, de modo que, de estar dentro, Londres podría influir en la dirección de la Comunidad<sup>361</sup>.

Macmillan era consciente de que revisar la estrategia nacional de posguerra podría salirle muy caro, ya que iba a resultar difícil encontrar cierto consenso —tanto en su partido como entre la ciudadanía— sobre la idoneidad de virar hacia el continente, por mucho

---

<sup>358</sup> El diputado *tory* Anthony Fell, llegaría incluso a pedir su dimisión, entendiendo que estaba jugando con la soberanía del país y con la suerte de 650 millones de personas de la Commonwealth, convirtiendo su decisión en la cosa más desastrosa hecha por un primer ministro en muchos años. Citado en una publicación *online* del diario *The Guardian* del 1 de agosto de 2016. Disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2016/aug/01/eec-britain-membership-european-economic-community-1961-archive> (9-4-2021, 11:44).

<sup>359</sup> Tal y como apunta Bogdanor, uno de los mayores problemas para los británicos era tener que adaptar su régimen, basado en la soberanía del Parlamento y en la ausencia de una Constitución codificada, al propio de la Comunidad, que se apoyaba en una Constitución escrita, en la separación de poderes y en la subordinación de los sistemas legales de los Estados miembros a un sistema superior en el que imperaba la ley comunitaria. Citado en BOGDANOR, V.: *op. cit.*, pp. 54-55.

<sup>360</sup> Cabe recordar que en febrero del 61, a instancias del general De Gaulle —interesado en ejercer mayor control sobre la actividad comunitaria y en otorgar más independencia a la Comunidad en los asuntos internacionales— los Seis habían dado los primeros pasos hacia la cooperación política. No obstante, sus diferencias —puestas de relieve en el Comité Fouchet establecido *ad hoc*— acabarían frustrando dicha iniciativa; un fracaso que se terminaría reconociendo en abril del 62. Tal y como había escrito Max Beloff en un artículo de prensa a finales del 59, con la llegada del general De Gaulle y su “Europa de las patrias” se acababa el dilema británico sobre entrar en una federación o quedarse aislado. Ver *The Times*, 15-12-1959, p. 11.

<sup>361</sup> Tal y como señala Milward, en los años cincuenta la cuestión de la soberanía apenas figuraba en el debate público y, de hacerlo, lo hacía como mera figura retórica. Citado en MILWARD, A.: *op. cit.*, 2012, p. 442. El diputado laborista, Harold Wilson, minimizaba este asunto diciendo que los propios británicos veían anulada su soberanía cuando tenían un árbitro francés en Twickenham —en referencia al estadio de *rugby* ubicado en Londres—. Citado en WALL, S.: *The Official History of Britain and the European Community, Vol. II: From Rejection to Referendum, 1963-1975*, Londres, Routledge, 2013, p. 49. Por su parte, el conservador Douglas-Home hacía lo propio en los Lores, esta vez argumentando que un soltero renunciaba a parte de su soberanía en un matrimonio y, pese a ello, esta institución beneficiaba al ser humano. Citado en HOLT, A.: “Alec Douglas-Home”, p. 71 en ADONIS, A.: *op. cit.*

que contase con el apoyo de la élite política y económica del país<sup>362</sup>. Más todavía en un momento en el que su propia figura parecía perder brillo y se veía resentida su autoridad.

Consciente de ello, el *premier* —además de adoptar un perfil bajo<sup>363</sup>— tratará de presentar su nueva política hacia los Seis como una continuación más que como un cambio rupturista<sup>364</sup>. De acuerdo con su retórica, la entrada en la Comunidad actuaría como palanca para impulsar la necesaria modernización de la economía doméstica<sup>365</sup>; una adaptación que pasaba por actualizar el viejo Estado imperial —que impedía avanzar al ritmo de sus vecinos— de tal manera que Reino Unido pudiese conservar su autoridad global<sup>366</sup>. Como diría Robert Saunders, accediendo al Club de los Seis, los dirigentes británicos estarían tratando de tomar el control de su país y recuperar el poderío nacional, en situación crítica desde los años posteriores al fin de la guerra<sup>367</sup>.

Así pues, con la idea de preservar la posición internacional de la otrora potencia hegemónica, el 10 de agosto de 1961 el Gobierno británico —a través del jefe de su delegación en Bruselas, A. H. Tandy— depositaba en la sede del Consejo de Ministros

---

<sup>362</sup> El movimiento hacia la integración europea en Reino Unido se limitaba a la opinión de la élite, incapaz de atraer a la imaginación popular. Citado en DUTTON, D.: op. cit., 1993, p. 528. De hecho, James Spence recuerda que en septiembre del 57 —unos meses después de establecerse la CEE— mucha gente en Reino Unido tenía la impresión de que su país era uno de los participantes y una mayoría reconocía no haber oído hablar de ella siquiera. A principios del 61, la situación había cambiado poco. Citado en SPENCE, J.: “Movements in the public mood: 1961-75”, p. 19 en HOINVILLE y G. JOWELL, R.: *Britain into Europe: Public Opinion and the EEC 1961-75*, Croom Helm, Londres, 1976.

<sup>363</sup> El acuerdo para abrir las negociaciones con los Seis se alcanzó recurriendo a cierto sigilo político y no mediante el fomento de un debate nacional. Citado en TRATT, J.: op. cit., p. 194.

<sup>364</sup> GIFFORD, C.: op. cit., p. 45.

<sup>365</sup> No se debe olvidar que, días antes de tomar la decisión final sobre la CEE, el Gobierno británico había introducido medidas deflacionarias —ciertamente impopulares y que acabarían desgastando a los *tories*— para tratar de atajar la falta de competitividad de las exportaciones británicas.

<sup>366</sup> Los autores Garnett, Mabon y Smith hablan de oportunidad perdida al referirse al modo en que Macmillan presentó la solicitud a la Comunidad, ya que enfatizó el potencial económico en vez de reconocer que se debía a que el rol global de Reino Unido había muerto. Citado en GARNETT, M., MABON, S. y SMITH, R.: *British foreign policy since 1945*, Oxford, Routledge, 2018, p. 324.

<sup>367</sup> Para este mismo autor, la entrada en la CEE daba una solución a tres problemas fundamentales sobre el papel de Reino Unido en el mundo: cómo mantener su prosperidad con un poder industrial menguante y desprovisto de sus mercados coloniales; cómo proyectar poder internacional habiendo perdido su imperio y su presencia militar global; y, por último, cómo preservar su soberanía en un planeta cada vez más globalizado —es decir, cómo podría Reino Unido satisfacer su deseo de “take back control”, lema clave del *brexit* en 2016—. Citado en una pieza de Robert Saunders publicada en el Mile End Institute Blog el 4 de febrero de 2020. Disponible en: <https://www.qmul.ac.uk/mei/news-and-opinion/items/the-age-of-britain-in-europe-brexit-in-historical-perspective-by-dr-robert-saunders-.html> (10-4-2021, 14:15). Por otro lado, no se debe pasar por alto que, en abril del 60, el Gobierno británico había hecho pública su decisión de abandonar el programa nacional de misiles Blue Streak; toda una humillación para un país que, en adelante, tendría que dejar su futuro nuclear y, por tanto, se seguridad, en manos norteamericanas. De esta manera, los británicos contaban con otro motivo de peso para ver reducida la estatura internacional de su país.

su solicitud de adhesión a la CEE<sup>368</sup>. La misiva no era una declaración de amor, sino más bien una carta de rendición; un acto de pragmatismo al más puro estilo inglés. Apenas cuatro años y medio después del nacimiento del Mercado Común en la capital de Italia, parecía que, efectivamente, todos los caminos llevaban a Roma; incluso para quienes conducían al revés y habían tratado de evitar por todos los medios dicho destino.

La hora de la verdad estaba todavía por llegar pero, al menos, Londres había dado el primer paso<sup>369</sup>. Con él, Europa occidental parecía caminar hacia la unidad perdida en marzo del 57. Y lo hacía, precisamente, en el preciso instante en que las autoridades de Alemania del Este ponían los primeros bloques del muro que partiría en dos mitades a Berlín, a los germanos y a los propios europeos durante casi tres décadas.

### 1.3 De la solicitud de Macmillan a la entrada en la CEE

#### 1.3.1 Deshojando la margarita: la negociación de un matrimonio controvertido

Llamando a las puertas del Mercado Común y, por tanto, reconociendo el fracaso de su política de autoexclusión, Reino Unido reforzaba su ubicación en la periferia de Europa. Lo que habría sido un motivo de orgullo en otra época, ahora generaba cierta ansiedad, habida cuenta de que los británicos parecían meros espectadores —o, peor aún, víctimas— de un juego continental en el que solían participar como árbitros. Esta vez, era Londres la que se ponía a la cola; la que trataba de insinuarse. Un papel de difícil interpretación para quien no acostumbraba a actuar como suplicante frente a sus vecinos más próximos. Y es que, en menos de dos décadas, los anglosajones habían pasado de

---

<sup>368</sup> Ese mismo día lo hacía también Dinamarca. Irlanda, por su parte, había hecho lo propio en el mes de julio. Por otra parte, habría que esperar a marzo del 62 para que Reino Unido solicitase su entrada en la CECA y en la EURATOM.

<sup>369</sup> A nivel historiográfico, autores como Coral Bell en *Europe without Britain: six studies of Britain's application to join the Common Market and its breakdown* (1963) o Alan Sked y Chris Cook en *Post-war Britain: A Political History* (1979) creen que los motivos de la solicitud británica fueron eminentemente político-estratégicos, aunque revestidos con argumentos económicos. Para otros como Jacqueline Tratt, en cambio, el motivo principal habría sido la discriminación comercial de los Seis respecto a países terceros —así lo expone en su libro ya citado—. John Turner, por su parte, considera —en su obra también citada de 1994— que las razones políticas y económicas iban de la mano en la cabeza del *premier* británico a la hora de valorar la adhesión a la familia comunitaria. Además, resulta interesante traer a colación la tesis de Kaiser —expuesta en su trabajo ya citado— sobre las motivaciones estrictamente políticas: el movimiento del *premier* hacia los Seis perseguía, al mismo tiempo, mantener unidos a los *tories*, dividir al Partido Laborista y contrarrestar el avance liberal confirmado en las elecciones del 59.

mitificar su resistencia al nazismo a perseguir su integración en un proyecto sustentado, en buena medida, por las finanzas germanas<sup>370</sup>.

En el verano de 1961, por tanto, los británicos presenciaban el abandono de la autocomplacencia insular y hedonista de los cincuenta para adentrarse en un camino, mucho más oscuro y traumático, de autocrítica e inseguridad<sup>371</sup>. En cierta medida, parecía como si Reino Unido estuviese asistiendo a su propia fase regeneracionista, al concentrar gran parte de sus esfuerzos en repensar —como la España de finales del XIX— el estado y la dirección de un país con la autoestima dañada. Dicho de otra manera, en estos primeros compases de la nueva década, al igual que en el año 45, reinaba en las Islas la sensación de que se necesitaba un nuevo comienzo<sup>372</sup>, justo cuando emergía una cultura juvenil menos condescendiente con el *establishment* y con los valores tradicionales heredados.

En el ámbito exterior, ese *fresh start* tenía el rostro del Mercado Común. Así lo había decidido el gabinete liderado por Harold Macmillan, que a la vuelta del parón estival recibía desde Bruselas la aceptación de su solicitud<sup>373</sup>.

Poco después, el jefe de la representación británica, Edward Heath<sup>374</sup>, inauguraba las discusiones con un discurso que probaba la determinación de los suyos a formar parte del Club pero a hacerlo con ciertas salvaguardias<sup>375</sup>. Un doble objetivo que para los continentales encerraba una contradicción insalvable. Heath planteaba que, en tanto en cuanto la entrada de Londres supondría un daño evidente para sus socios de la Commonwealth, estos deberían ser compensados con ganancias equiparables en el mercado comunitario<sup>376</sup>. Los Seis, en cambio, no tardarían en rechazarlo, recordando que

---

<sup>370</sup> En este sentido, vale la pena recuperar unas palabras de Herbert Andrew, de la Cámara de Comercio: “Europa nos cambiará a nosotros y no al revés (...) Es como si otro planeta fuese a aplastarnos. El reino, el poder y la gloria se irán, dejándonos al desnudo y teniendo que vernos las caras, por fin, con quien realmente somos”. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 60.

<sup>371</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 197-98.

<sup>372</sup> BLACK, J.: op. cit., p. 132-33.

<sup>373</sup> Una vez conformado el voto favorable por unanimidad del Consejo de Ministros de la CEE.

<sup>374</sup> Que, al parecer, se habría enterado de su elección por la prensa mientras disfrutaba de sus vacaciones en la Bretaña francesa. HEATH, E.: *The course of my life: my autobiography*, Londres, Hodder & Stoughton, 1998, p. 211.

<sup>375</sup> Ver *The Times*, 11-10-1961, p. 8.

<sup>376</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 353. Para Londres, la preferencia comunitaria dañaría su reputación tradicional como un país favorable al liberalismo comercial y podría golpear seriamente a la Commonwealth. Además, los británicos se habían comprometido con sus ex colonias a finales de los

lo que estaba sobre la mesa era el acomodo de Londres en la familia comunitaria y, en ningún caso, la alteración de las normas que regían a esta última. Así pues, advertían de que la negociación no sería una búsqueda del punto medio entre las partes, al no ser una entre iguales.

Con este contexto de trasfondo se iniciaba los días 8 y 9 de noviembre la negociación entre Londres y los Seis, que en adelante intercalaría encuentros a nivel ministerial con el trabajo más técnico de los equipos negociadores<sup>377</sup>. A la par, Downing Street trataría de establecer contacto directo con el presidente De Gaulle, consciente del peso de su palabra en la suerte de la solicitud. Sin tiempo que perder, Macmillan recibiría al general a finales de noviembre; un primer encuentro que dejaría al *premier* con la sensación de que el mandatario francés aún no había tomado una decisión respecto a la posible entrada de Reino Unido<sup>378</sup>.

Macmillan tenía cierta prisa por alcanzar un acuerdo con los Seis, aunque no quería que esa urgencia pudiese debilitar la posición de los suyos en la mesa de negociaciones. Una posición ya de por sí dificultada por actuar como parte solicitante y por recibir un mandato condicional del Parlamento británico, que le obligaba a atender numerosos frentes: cuidar la relación con los miembros de la Commonwealth y de la EFTA, demostrar al bloque comunitario su fiabilidad como futuro socio y, a nivel doméstico, tratar de ganarse el apoyo de la ciudadanía<sup>379</sup>, con el hándicap de su menguante popularidad<sup>380</sup>.

---

cincuenta a no perjudicar la posición especial de sus exportaciones en el mercado británico, por lo que un incumplimiento podría dar lugar a conflictos políticos y, en última instancia, a la pérdida de cohesión de la Commonwealth, lo que podría traducirse también en una menor influencia mundial de Reino Unido, al tiempo que se facilitaba el acercamiento de estas naciones a Washington. Por otra parte, en las Islas se temía el posible impacto sobre la libra si los países de la Commonwealth empezaban a mover sus reservas fuera de Londres. Citado en WARD, S.: "Anglo-Commonwealth relations and EEC membership: the problem of the old Dominions", p. 94 en WILKES, G.: *Britain's failure to enter the European Community 1961-63: The enlargement negotiations and crises in European, Atlantic and Commonwealth relations*, Londres, Frank Cass, 1997.

<sup>377</sup> La Comisión tenía reservado un papel de apoyo en dichas conversaciones.

<sup>378</sup> Así lo reconocía el propio Macmillan en su diario, que también señalaba que, pese a coincidir en casi todo con De Gaulle, percibía su relación de amor-odio con Reino Unido. Citado en MACMILLAN, H.: op. cit., p. 430.

<sup>379</sup> Todo ello lleva a M. Camps a considerar que era difícil imaginar una situación negociadora tan compleja como la que se le presentaba al Gobierno británico en el otoño del 61. CAMPS, M.: op. cit., p. 367.

<sup>380</sup> De hecho, en agosto del 61 los conservadores habían sido relegados por el *Labour* en las encuestas y nunca se recuperarían del todo hasta la caída del *premier*. Ahora bien, Europa no parecía estar entre las grandes cuestiones que determinaban la opinión de los encuestados sobre el Gobierno. Citado en DUTTON, D.: op. cit., 1993, p. 528.

Así pues, Macmillan sabía del riesgo que asumía al apostar por Europa; un acto revolucionario que, como tal, contenía un potencial coste político. Indudablemente, su puesto podría depender del resultado de las negociaciones con Bruselas, lo que no pasaba inadvertido para sus rivales políticos.

Dentro de la formación *tory*, la oposición seguía activa —siendo ejercida, sobre todo, por los más mayores— pero, por lo pronto, representaba a una minoría<sup>381</sup>; empleando los términos de Steve Ludlam, abundaban los “poolers” —dispuestos a conceder ciertas parcelas de la soberanía nacional— sobre los “absolutist” —para quienes esta última era inalienable—<sup>382</sup>.

Para los laboristas, en cambio, la politización de la cuestión europea llegaba en un momento especialmente delicado, ya que, al ser otro tema que generaba gran controversia en el partido, no hacía sino echar más leña al fuego. Consciente de ello, Hugh Gaitskell apostará inicialmente por esperar a ver cómo se desarrollaban las negociaciones<sup>383</sup>, a sabiendas de que tarde o temprano tendría que adoptar una posición al respecto.

No obstante, la verdadera negociación empezaría con la entrada en el nuevo año<sup>384</sup>. Y es que 1962 se abriría con un gran salto adelante en el proceso de integración europea. El 14 de enero nacía la Política Agraria Común (PAC), con altos precios garantizados y una tarifa externa común para proteger a la agricultura comunitaria. Un acuerdo largamente esperado<sup>385</sup> que, ante la dificultad de los Seis para acercar posturas, había llegado a última hora. Eso sí, a tiempo para dar por concluida la primera fase del Mercado Común. Habiendo alcanzado con éxito los objetivos establecidos en el Tratado de Roma, la CEE

---

<sup>381</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 290. Los disidentes *tories* eran representantes del ala derechista e imperialista del partido y sumaban entre treinta o cuarenta diputados; insuficientes para amenazar la mayoría del Gobierno pero se hacían oír, siendo especialmente activos. Citado en GIFFORD, C.: op. cit., p. 46.

<sup>382</sup> LUDLAM, S.: “The Cauldron: Conservative Parliamentarians and European Integration”, p. 42 en BAKER, D. & SEAWRIGHT, D.: op. cit.

<sup>383</sup> Así se refleja en la reunión anual del partido en el mes de octubre, en la que se evita tomar una decisión sobre el apoyo o el rechazo a la entrada en la CEE.

<sup>384</sup> De acuerdo con Miriam Camps, 1962 fue el año en que el Gobierno asumió las duras decisiones que llevaba implícita la entrada en la Comunidad y en el que estas mismas se colarían con fuerza en el debate nacional. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 326.

<sup>385</sup> El Tratado de Roma que establecía la CEE contemplaba la extensión del Mercado Común al ámbito de la agricultura, aunque dejaba abierto el método de implementación.

se adentraba en una nueva etapa con los ánimos renovados, consciente de que su probada madurez realzaba su figura en la escena mundial<sup>386</sup>.

Con la cuestión agrícola resuelta —justo a tiempo para presentar una posición común frente a los británicos— el Gobierno de Macmillan esperaba que las discusiones avanzasen con mayor dinamismo. Ahora bien, los anglosajones recelaban del impacto que podría conllevar la aplicación de la PAC —todavía necesitada de mayor concreción— en caso de confirmarse su adhesión.

En principio, esta última penalizaría con gravámenes la importación de alimentos a bajo coste procedentes de la Commonwealth<sup>387</sup>, hiriendo seriamente la relación con sus ex colonias y teniendo que entregar buena parte de la recaudación a Bruselas. Además, obligaría a sus consumidores a pagar más por productos del campo europeo<sup>388</sup>, lo que hacía temer un aumento del coste de vida en las Islas —y un perjuicio sobre la balanza de pagos— por el mero hecho de proteger a la agricultura comunitaria; un proteccionismo del que apenas se beneficiaría Reino Unido, con un sector agrícola mucho más reducido y modernizado<sup>389</sup>.

Lo anterior explica que, pese a aceptar los principios básicos de la PAC, la delegación británica insistiese durante encuentros posteriores en introducir algunas modificaciones. Entre sus principales demandas se encontraría la concesión de un periodo de transición suficiente para adaptarse a ella y el acomodo de la Commonwealth. Sobre esto último, Londres no solo deseaba preservar los intereses de sus socios y su relación con ellos, sino hacer más abierta la Comunidad, entendiendo que un mercado común de productos

---

<sup>386</sup> Este clima de optimismo no tardará en verse oscurecido por el abandono del proyecto de cooperación política, que se confirma este mismo año.

<sup>387</sup> En 1961, Reino Unido importaba más alimentos que los Seis en conjunto. Citado en BOGDANOR, V.: op. cit., p. 56. Este dato demuestra que, dado que la PAC contemplaba una tarifa exterior común, una parte de los gravámenes resultantes —entonces todavía por establecer— se convertirían en recursos propios de la Comunidad, por lo que Londres contribuiría más que nadie a la caja común.

<sup>388</sup> Hasta entonces, Reino Unido subsidiaba a su reducido sector agrícola, de modo que eran los contribuyentes y no los consumidores los que asumían el coste. Además, los británicos llevaban más de un siglo alimentándose de acuerdo con los precios del mercado mundial. Citado en HANSEN, D.: op. cit., p. 415.

<sup>389</sup> El país de la *Union Jack* era el que menos población dedicaba al sector agrícola. De hecho, en 1945 era ya una sociedad posagraria, mientras que la mayoría de Europa era preindustrial. Para Judt, esto explicaría que no creciese tanto como sus vecinos en las décadas venideras, al haberse producido con antelación el paso del campo a la ciudad. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 479.

agrícolas ampliado a sus ex colonias redundaría en el bien de todos, ya que reforzaría su estabilidad y, con ella, la paz mundial.

A esta altura de las discusiones, era evidente que la cuestión más espinosa seguía siendo la articulación de una fórmula que lograra atender los intereses de la Commonwealth sin cuestionar los principios del Tratado de Roma<sup>390</sup>; dicho de otra manera, la capacidad de conciliar la unión aduanera de los Seis con el área de comercio preferencial de la Commonwealth. Pero la falta de un calendario que estableciese los plazos de la negociación restaba claridad sobre las posibilidades de entendimiento y, por ende, sobre la cercanía del desenlace final.

Habría que esperar al 19 de abril para que Harold Macmillan —ante la presión doméstica recibida— activase la cuenta atrás, al anunciar que se reuniría con los mandatarios de la Commonwealth el 10 de septiembre. Para entonces, el *premier* esperaba poder presentarles un plan detallado sobre lo acordado en Bruselas, de tal manera que pudiese sondear la opinión de sus socios antes de tomar una decisión definitiva sobre los términos de adhesión a la Comunidad.

Para Hugh Gaitskell —todavía a la espera de conocer las condiciones finales de entrada antes de definir su posición— la protección de la Commonwealth era el *quid* de la cuestión; la participación en la CEE a expensas de ella sería un paso que lamentarían toda su vida y por el cual la historia no les perdonaría<sup>391</sup>.

La presión no tardaría en trasladarse a la mesa de negociaciones. A mediados de mayo, el equipo de Heath daba por concluida la fase exploratoria<sup>392</sup>. Medio año después del inicio de las conversaciones, parecía acercarse la hora de la verdad; el momento de los compromisos. De ahí que, a principios de junio, tuviese lugar un nuevo encuentro entre

---

<sup>390</sup> Los Seis estaban dispuestos a valorar algunas excepciones para los británicos, pero no a hacer de estas la regla general —por mucho que Reino Unido exigiese el mismo trato que Bruselas había otorgado a algunas de sus propias ex colonias al establecer el MC—. Por otra parte, Bruselas planteaba abordar determinadas cuestiones a nivel global, de tal manera que el tema de la Commonwealth se acaba internacionalizando, iniciándose una carrera de muchos países —EE. UU. incluido— por proteger sus intereses en dichas negociaciones.

<sup>391</sup> De ahí que Gaitskell concluyese que sería una pena pero en absoluto catastrófico mantenerse al margen del MC en caso de no encontrar satisfacción en la cuestión de la Commonwealth. Ver *The Times*, 9-5-1962, p. 8.

<sup>392</sup> Ver *The Times*, 17-5-1962, p. 18.

Macmillan y De Gaulle; esta vez en la capital francesa, en el Château de Champs. El *premier* saldría de la reunión “razonablemente satisfecho”<sup>393</sup>, aunque la última palabra del general sobre la incorporación de Londres a la familia comunitaria seguía siendo un enigma.

Inmediatamente después de esta visita, los negociadores británicos tratarían de intensificar sus esfuerzos para poder alcanzar un acuerdo con los Seis antes del parón veraniego. Sin embargo, sus esperanzas se irían enfriando y, debido a la distancia todavía existente entre las partes sobre cuestiones de vital importancia<sup>394</sup>, las conversaciones se pospondrían para el otoño. De esta manera, la delegación anglosajona se quedaba sin los avances esperados pero, al menos, se llevaba de Bruselas un acuerdo general de principio para salvar la cara ante los líderes de la Commonwealth.

Así pues, justo cuando se cumplía el primer aniversario del acercamiento de Londres al Mercado Común, los negociadores británicos se iban de vacaciones con cierta decepción por la falta de progresos. Tampoco sería una época fácil para Harold Macmillan, que a mediados de julio había decidido prescindir de un tercio de los miembros de su gabinete, incluido el jefe del Tesoro<sup>395</sup>.

Con este movimiento expeditivo —en lo que pasaría a llamarse como la “Noche de los cuchillos largos”— el *premier* trataba de dar un golpe de timón en un momento especialmente delicado para su liderazgo y para el futuro del Partido Conservador: tras once años con los *tories* en el poder, el país parecía carecer de dirección en la gestión económica, lo que venía minando la confianza popular en el Gobierno<sup>396</sup>. Además, su proyecto estrella para la modernización del país, esto es, el acceso al próspero mercado

---

<sup>393</sup> Pese a ello, el *premier* volvía a presenciar la rigidez del general, que le habría mostrado una vez más sus reticencias a la entrada de Londres por su cercanía a Washington y por el posible impacto en el carácter de la Comunidad. Citado en MACMILLAN, H.: op. cit., p. 475.

<sup>394</sup> A estas alturas, dos de los temas que más conflicto generaban eran la política de precios de la PAC y la agricultura de la zona templada. Sobre la primera, Londres quería asegurar unos precios razonables, es decir, más bien bajos; sobre la segunda, los británicos buscaban garantizar el acceso al Mercado Común de los productos procedentes de Australia, Canadá y Nueva Zelanda.

<sup>395</sup> El primer ministro ascendió a aquellos que le habían mostrado su lealtad personal y cuyo compromiso con su visión europea era absoluto. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 290.

<sup>396</sup> El pasado mes de marzo, los conservadores perdían el distrito electoral de Orpington, que hasta entonces era un feudo *tory*.

de los Seis, generaba cada vez mayor reticencia entre la ciudadanía según avanzaban las negociaciones<sup>397</sup>.

Todo ello explica que, a la vuelta del verano, el Gobierno de Macmillan —coincidiendo con la apertura del debate sobre Europa que se produciría en las Islas a propósito de la reunión de la Commonwealth— decidiese dar un paso adelante y empezase a defender abiertamente su apuesta por la adhesión. Es cierto que el comercio británico ya se estaba europeizando —anticipándose a una hipotética entrada de su país al MC<sup>398</sup>— pero a la opinión pública había que convencerla todavía del mérito de dicha europeización.

Para ello resultaba fundamental superar, en primer lugar, la conferencia de la Commonwealth, celebrada en Londres entre los días 10 y 19 de septiembre. Para satisfacción del Gobierno británico, la reunión concluiría con un comunicado conjunto que, con un carácter más informativo de lo temido, instaba al equipo de Heath a seguir adelante con la negociación, al entender que, pese a la inquietud por los términos acordados hasta la fecha, todavía era demasiado pronto para adoptar una postura final<sup>399</sup>.

Este desenlace permitirá al primer ministro británico dirigirse a la nación —en un mensaje televisado el día después del cierre de la conferencia— para exponer los motivos que le llevaban a defender la participación de Reino Unido en la Comunidad<sup>400</sup>, al mismo tiempo que rechazaba como posible alternativa la creación de un mercado común entre los miembros de la Commonwealth<sup>401</sup>. Para Macmillan, la elección entre la Commonwealth o el Mercado Común era un falso dilema. No tenía sentido elegir entre el pasado o el

---

<sup>397</sup> PFALTZGRAFF, R.: op. cit., p. 202. De acuerdo a una encuesta de Gallup, el apoyo a la entrada en la Comunidad había caído del 53% en diciembre del 61 al 36% en junio del 62. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 130. Bogdanor advierte de que el apoyo de la ciudadanía a la entrada, aunque evidente en términos generales, tendía a diluirse en el momento en el que se ahondaba en los pormenores de la negociación. Citado en BOGDANOR, V.: op. cit., pp. 62-63.

<sup>398</sup> En el periodo 1960-61 las exportaciones de Reino Unido a Europa superaron por vez primera a las destinadas a los países de la Commonwealth. Citado en HANSEN, D.: op. cit., p. 414.

<sup>399</sup> Londres se ve favorecida por el hecho de que no existía un interés común entre los miembros de la Commonwealth —cada uno con sus particularidades— lo que impediría una acción conjunta contra ella. Para Camps, el comunicado final de los participantes fue un triste consuelo para el Gobierno de Macmillan, que al menos lograba salvar las tres cosas que más le preocupaba: el rechazo de los términos, la reapertura de determinados puntos ya acordados en Bruselas y la llamada a una segunda conferencia. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 444.

<sup>400</sup> Este mismo mes, el gabinete británico publicaba “Britain, the Commonwealth and Europe”.

<sup>401</sup> Ciertamente, la Commonwealth, aun manteniendo su importancia a nivel cultural e histórico, ya no mantenía un vínculo económico con Londres tan estrecho como antaño. Además, era un bloque cada vez más amplio y menos cohesionado.

futuro; bastaba con tratar de acomodar el primero al segundo<sup>402</sup>. Ese era el mensaje principal que quería enviar Downing Street a sus conciudadanos<sup>403</sup>.

El Gobierno británico todavía no había cerrado en Bruselas los términos de entrada pero parecía que había tomado ya una decisión. A principios de octubre, en la conferencia anual del Partido Laborista, Hugh Gaitskell hacía lo propio. A la espera de conocer las condiciones finales, el líder del *Labour* ponía fin a su calculada indecisión sobre el MC y adoptaba una postura euroescéptica<sup>404</sup>, llegando a decir que la entrada significaría el fin de Reino Unido como Estado independiente, el fin de mil años de historia y el fin de la Commonwealth<sup>405</sup>.

Vistiéndose con los ropajes propios del conservadurismo, Gaitskell convertía a Europa en un campo de batalla partidista, alejando la posibilidad de que las dos principales formaciones políticas se acercasen a la cuestión europea de manera consensuada. De acuerdo con la retórica *tory* —expuesta por Rab Butler unos días después— los socialistas habían decidido mirar hacia atrás y dejar el futuro en sus manos<sup>406</sup>.

Sin embargo, el Partido Conservador no tenía garantizado que el futuro le perteneciese. Por un lado, la reanudación de las negociaciones en Bruselas no traería consigo el impulso

---

<sup>402</sup> Ver *The Times*, 21-9-1962, p. 15.

<sup>403</sup> Pese a su objetivo expreso de presentar en este discurso las razones políticas y económicas de su acercamiento al continente, el *premier* pasaba por alto el tema de la soberanía. Para Macmillan y muchos de sus compatriotas, este asunto no estaba entre sus principales preocupaciones. Ahora bien, eso no quita que el primer ministro británico se mostrase “silenciosamente evasivo” sobre esta cuestión para no dar mayor realce a un tema potencialmente peligroso. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 129.

<sup>404</sup> De hecho, para Hugo Young es el primero de los euroescépticos; una etiqueta todavía no usada en la época. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 161.

<sup>405</sup> Ver *The Times*, 4-10-1962, p. 12. En este mismo discurso, Gaitskell diría que, hasta la fecha, resultaba difícil valorar en su justa medida la fiabilidad de la Comunidad, ya que históricamente Europa había tenido dos caras —una de luces y otra de sombras— y todavía no se sabía cuál sería la dominante: si aquella representada por figuras como Voltaire o Picasso o aquella que había dado a luz a personajes tan perversos como Hitler o Mussolini. HAEU: UWK/NS/DOC-45. Moravcsik recuerda que el *Labour* aclaraba su postura justo cuando las negociaciones con Bruselas estaban estancadas, el Partido Conservador se quedaba atrás en las encuestas y Macmillan trataba de sacar provecho de la indecisión de Gaitskell. Un movimiento que muchos interpretarían como una apuesta oportunista para sacar rédito electoral y, al mismo tiempo, como una capitulación ante la presión de las bases del partido. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 166-67.

<sup>406</sup> Ver *The Times*, 12-10-1962, p. 16. Para los conservadores más cercanos al Mercado Común, las palabras de Gaitskell podrían jugar en beneficio propio, ya que la oposición *tory* a la política europea de Macmillan se lo pensaría dos veces antes de adoptar la misma postura que sus rivales más inmediatos. Citado en DUTTON, D.: op. cit., 1993, p. 533.

esperado, posponiéndose la posibilidad de alcanzar un acuerdo para principios de 1963<sup>407</sup>; una demora que en las Islas se traduciría en el refuerzo de la opinión contraria a la adhesión<sup>408</sup>. Por otro lado, las encuestas confirmaban la pérdida de atractivo de los *tories* entre el electorado. A ello contribuiría que, a principios de diciembre, el desempleo registrase las peores cifras desde los inicios del año 59, confirmando el estancamiento de la economía británica y las dificultades del Gobierno para combatirlo<sup>409</sup>.

Justo cuando la Iglesia católica —de la mano del papa Juan XXIII— inauguraba el Concilio Vaticano II para emprender una de sus renovaciones más profundas, Harold Macmillan veía cada vez más lejos el éxito de su proyecto de transformación nacional, con el que pretendía adaptar a la vieja *Britannia* a los nuevos tiempos y devolver a los británicos la fe en su país. Para Dean Acheson, antiguo secretario de Estado de EE. UU., el problema era que Reino Unido había perdido un imperio y todavía no había encontrado un rol<sup>410</sup>.

Habría que esperar a comienzos del año 63 para que Charles de Gaulle, sin previo aviso<sup>411</sup> y de forma unilateral<sup>412</sup>, negase a los anglosajones la posibilidad de encontrar en Europa

---

<sup>407</sup> Hasta entonces, la cuestión agrícola será el principal tema de discusión. Precisamente, Stephen Wall asegura que, sobre este asunto, los negociadores británicos infravaloraron la intensidad del sentimiento francés. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 40.

<sup>408</sup> De hecho, en las elecciones parciales de South Dorset celebradas a finales de noviembre, el laborismo vencía gracias a los votos que un candidato conservador independiente —y contrario a la CEE— lograba concentrar en detrimento de los *tories*. Algunos observadores creían que podría ser un presagio de lo que podría ocurrir en los comicios generales.

<sup>409</sup> Ver *The Times*, 3-12-1962, p. 13. En el mes de marzo, el Gobierno de Harold Macmillan estrenaba el National Economic Development Council con el objetivo de atajar las dificultades económicas del país.

<sup>410</sup> Estas palabras fueron pronunciadas a principios de diciembre del 62. Como diría Geoffrey Smith, una cosa es ser atacado de forma injusta y otra, mucho más dolorosa, que un viejo amigo te diga una verdad desagradable. Citado en SMITH, G.: “The British scene” en *Foreign Affairs*, nº 5, vol. 64, verano 1986, p. 923. Para Saunders, la cuestión no era solo si Londres podría encontrar ese rol en la CEE, sino si ello era compatible con lo que significaba ser británico. Citado en SAUNDERS, R.: *Yes to Europe! The 1975 Referendum and Seventies Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018, p. 17.

<sup>411</sup> Durante las Navidades parecía que las negociaciones se estaban acercando a su clímax, pero no se sabía si las reuniones programadas para enero llevarían a un acuerdo final o directamente al colapso. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 468.

<sup>412</sup> Muchos en las Islas creían que, pese a los continuos rumores sobre la negativa de Charles de Gaulle a permitir su participación en la Comunidad, el general no se atrevería a asumir la responsabilidad del fracaso de las negociaciones. Así lo recoge el propio Heath en sus memorias, donde reconoce que todos habían infravalorado la determinación del general a diferir del resto de sus socios. Citado en HEATH, E.: op. cit., pp. 229-30. De hecho, dos días antes de la declaración final del presidente galo, Macmillan escribía en su diario que la creciente propaganda francesa en contra de su país seguía un patrón familiar y no le hacía perder la esperanza, ya que a veces su vecinos hacían eso como preludio a un acuerdo. Citado en MACMILLAN, H.: op. cit., p. 535. Por otro lado, es interesante destacar que De Gaulle ejerció su derecho al veto tras ver reforzada su posición doméstica a finales del año 62, dejando resuelta la cuestión argelina, ganando un referéndum sobre el modo de elección del presidente de la República y saliendo favorecido el gaullismo en los comicios celebrados.

su nuevo rol; al menos por el momento. De nada había servido un nuevo encuentro entre el general y el *premier* británico apenas un mes antes en Rambouillet<sup>413</sup>. El 14 de enero, justo cuando se retomaban las conversaciones en Bruselas a nivel ministerial, el presidente de la República Francesa pronunciaba unas palabras que acabarían convirtiéndose en el veto unilateral de París a la entrada de Reino Unido en la familia comunitaria. Para De Gaulle, que veía en su país vecino una metrópoli imperial y un satélite estadounidense, Londres era todavía demasiado diferente a los Seis<sup>414</sup>.

A nivel historiográfico, las interpretaciones sobre las causas y el *timing* del veto del general son diversas, complejas y contradictorias<sup>415</sup>. Lo que es evidente es que la decisión de los franceses llegaba en un momento en el que, aun quedando cuestiones importantes por resolver en Bruselas<sup>416</sup>, era reconocida la creciente flexibilidad de los británicos, que habían accedido a hacer importantes concesiones desde el inicio de la negociación<sup>417</sup>.

---

<sup>413</sup> El líder británico escribía en su diario al término de la cumbre que, aun reconociendo la importancia de la cuestión agrícola para París, su envidia hacia Reino Unido era, más bien, lo que podría determinar la suerte final de las negociaciones. MACMILLAN, H.: op. cit., p. 526.

<sup>414</sup> Para De Gaulle, la llamada crisis de los misiles —que había enfrentado a Washington y Moscú durante la segunda mitad de octubre del 62— habría probado la necesidad de que Europa redujese su dependencia de la superpotencia americana, aumentando al mismo tiempo su temor a que la entrada de Reino Unido encubriese, a modo de caballo de Troya, una americanización de la CEE. Ver *The Times*, 15-1-1963, p. 6. Wolfram Kaiser cree que, debido a su intrínseco carácter transatlántico, la solicitud británica a la CEE estaba condenada al fracaso desde el principio. Citado en KAISER, W.: op. cit., p. 192. El británico John Pinder, conocido por su defensa del federalismo europeo, escribía una carta el 19 de enero pidiendo represalias contra la Francia del general De Gaulle por su rechazo —con argumentos, cuanto menos, falaces— a la entrada de Reino Unido, al que desde 1940 tanto él como su país debían su libertad. HAEU: JP-317. En España, el diario *Ya* reaccionaría recordando al general galo que Europa era toda Europa y no solo la Europa de los Seis. Ahora bien, la cabecera reconocía la valentía de este al plantear la necesidad de que los europeos tomasen conciencia de su unidad continental y rechazasen estar subordinados a estructuras extracontinentales. Ver *Ya*, 15-1-1963, p. 5.

<sup>415</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 466. Para muchos autores, en el rechazo francés habría resultado clave el acuerdo alcanzado entre Londres y Washington en Nassau antes de las Navidades, por medio del cual los misiles Polaris eran transferidos a Reino Unido, reforzando la cooperación entre ambos en material nuclear. Aunque estos misiles serían ofrecidos a París pocos días después, los franceses verían en Nassau una prueba más del favoritismo hacia los británicos y del deseo estadounidense de impedir el desarrollo de fuerzas nucleares independientes en Europa occidental. Para otros autores, en cambio, Nassau no fue tanto un detonante como una excusa para adoptar una decisión tomada con anterioridad.

<sup>416</sup> Además de los ya conocidos asuntos clave de la negociación, quedarían sin resolver otros como el impacto de la movilidad laboral, la armonización de la seguridad social o la cuestión impositiva.

<sup>417</sup> MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 463. Por ejemplo, en el verano del 62, Londres abandonaría su objetivo de obtener los llamados “comparable outlets” —es decir, que la Commonwealth obtuviese un acceso al MC proporcional al cambio de su relación comercial con Reino Unido— por un acceso razonable; una idea más coherente con la PAC. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 400. Para esta última autora, de no haber sido por el veto del general, probablemente las negociaciones Londres-Bruselas hubiesen acabado en acuerdo, este se habría ratificado en las Islas y, más allá de quien ocupase el 10 de Downing Street por aquel entonces, Reino Unido se habría convertido en el séptimo Estado miembro de la Comunidad. Citado en CAMPS, M.: op. cit., p. 506. Aún así, en retrospectiva, George Wilkes señala que la investigación de los archivos no demuestra que el veto del general De Gaulle estuviese motivado por la cercanía de un acuerdo en Bruselas. Citado en WILKES, G.: op. cit., p. 223. De hecho, los propios negociadores británicos reconocieron que

Pero, seguramente, el cambio de piel de Reino Unido no se estaba produciendo al ritmo deseado por Francia, que solo daría la bienvenida a un país que, de forma incuestionable, compartiese su apuesta por la preferencia comunitaria y dejase en un segundo plano sus vínculos extraeuropeos. A ojos de los franceses, parecía que solo había una forma de ser europeo. A ojos de Macmillan, parecía que solo había una forma de ser francés: siempre acababan traicionando<sup>418</sup>.

El 29 de enero, apenas dos semanas después de las declaraciones de Charles de Gaulle, los países de la CEE comunicaban a Edward Heath que, ante su incapacidad para adoptar una posición común sobre el camino a seguir por las discrepancias con París, las negociaciones se daban por concluidas.<sup>419</sup>

Tras el veto al TLC en noviembre del 58, los franceses volvían a desbaratar la política de Londres hacia el continente. De esta manera, los británicos contemplaban con resignación cómo se perdía toda esperanza de que los conocidos como “the Friendly Five”<sup>420</sup> lograsen imponer su criterio —es decir, su deseo de proseguir la discusión con los anglosajones— sobre el de su socio díscolo. Quedaba así probado que la Comunidad no iba a romperse por las disputas en torno a un país tercero y, menos todavía, por una nación con dudosas credenciales europeístas. Una muestra de unidad que expresaría, mejor que nadie, el acuerdo de amistad firmado en aquellos días por París y Bonn, todo un símbolo de su particular relación especial y de la fortaleza del eje franco-alemán en Bruselas<sup>421</sup>. Por lo

---

habían tratado de minimizar las dificultades que todavía quedaban por resolver. Citado en WILKES, G.: op. cit., p. 222.

<sup>418</sup> Citado en WALL, S.: op. cit., p. 36. Al fin y al cabo, Macmillan se había hecho un nombre en las cancillerías europeas a partir de su mediación para que De Gaulle fuese reconocido como líder en el exilio de la Francia ocupada por los nazis. Citado en FABER, D.: “Harold Macmillan”, p. 49 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>419</sup> Couve de Murville, en representación de Francia, eximía a su país de toda culpa y responsabilizaba a Londres del desenlace de las negociaciones por no acatar el Tratado de Roma ni la PAC. Ver *The Times*, 30-1-1963, p. 10. En Reino Unido empieza a ser común el empleo de la frase “Brussels breakdown” para referirse al colapso de las negociaciones. Citado en WILKES, G.: op. cit., p. 1.

<sup>420</sup> Así se conocía en las Islas a los miembros de la Comunidad más favorables a su entrada en el Club.

<sup>421</sup> Harold Macmillan, que tenía una gran animadversión hacia Alemania y una relación fría con Adenauer, comparaba ahora al canciller de la RFA con el mariscal Petáin —jefe de Estado de la Francia ocupada por los nazis—. Por su parte, asemejaba a De Gaulle con Luis XIV y Napoleón. Citado en MACMILLAN, H.: op. cit., p. 536. Por otro lado, el Tratado del Elíseo, firmado ahora por De Gaulle y Adenauer, era un acuerdo que se venía forjando desde tiempo atrás y que contemplaba, principalmente, mayor cooperación en ámbitos como el defensivo, así como la consulta previa en asuntos clave. El Bundestag, para tranquilidad de Washington, forzaría al Gobierno a incluir un preámbulo en el tratado que mostrase lealtad a los norteamericanos, recelosos de un eje París-Berlín que se acercase a Moscú.

pronto, no habría *ménage à trois* en la casa comunitaria. Londres seguiría aislada, en contra de su voluntad, en la periferia de Europa.

### 1.3.2 El *impasse* tras el veto francés

El veto de París liberaba a Macmillan de la obligación de posicionarse sobre los términos finales de la negociación y de eludir un posible veto de los suyos<sup>422</sup>. Ahora bien, el *non* del general De Gaulle dejaría tocada, indudablemente, la posición del *premier*<sup>423</sup>, que había apostado mucho por la vía comunitaria. Si, dentro del partido, sus oponentes le culpaban por exponer al país a una humillación innecesaria, aquellos que apoyaban su acercamiento a la CEE se verán desmoralizados<sup>424</sup>. Más calmada sería la reacción popular, ya que los ciudadanos anglosajones carecían de una postura clara ante una cuestión que apenas les interesaba<sup>425</sup>, si bien es cierto que, por lo general, tendían a asumir la inevitabilidad de “hacerse europeos”<sup>426</sup>.

Esta sensación de inevitabilidad —reforzada tras quince meses de negociaciones— sería, precisamente, la que llevaría a Downing Street a no dar un paso atrás y a seguir perseverando en su política de adhesión al Mercado Común; ahora, si cabe, con mayor determinación<sup>427</sup>. En adelante, se podría buscar el fortalecimiento de las relaciones con los socios de la Commonwealth y de la EFTA, además de seguir trabajando en el marco

---

<sup>422</sup> DUTTON, D.: op. cit., 1993, p. 537. El 13 de diciembre, 47 diputados *tories* firmaban una moción en la que se pedía resistencia al equipo de Heath frente a los Seis, probando la creciente oposición en las filas conservadoras al modo en que se estaba desarrollando las negociaciones de Bruselas.

<sup>423</sup> Hugo Young indica que Macmillan fue el primero en una larga lista de políticos conservadores que verían truncadas sus carreras profesionales por la cuestión de Europa. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 144. Por otra parte, será en esta época cuando el Foreign Office empiece a abandonar su viejo escepticismo hacia el continente gracias a la entrada de una nueva hornada de diplomáticos que veían su trayectoria y la de su país ligadas a la Comunidad. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 177.

<sup>424</sup> TURNER, J.: op. cit., 1994, p. 224.

<sup>425</sup> El pueblo británico tendía a seguir el liderazgo del partido político que apoyaba, a aceptar la política gubernamental o, simplemente, a creer en la opinión del periódico que leían. Citado en SPENCE, J.: “Movements in the public mood: 1961-75”, p. 21 en HOINVILLE y G. JOWELL, R.: op. cit. De ahí que, como recordaba Morgan Kenneth, los británicos sintiesen cierto alivio tras conocer que Francia había tomado la decisión por ellos. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 220.

<sup>426</sup> CAMPS, M.: op. cit., p. 506.

<sup>427</sup> Milward recuerda que durante los debates que siguieron al veto en el seno del Gobierno, el consenso que generaba la idea de seguir llamando a la puerta del MC era mucho mayor que el que hubo en el año 61 en torno a la decisión de conocer los términos de la entrada. MILWARD, A.: op. cit., 2012, p. 417. El propio Macmillan, tras el veto del general De Gaulle, se preguntaba en su diario cuál era la alternativa a la CEE. No la había, se respondía. Citado en MACMILLAN, H.: *At the End of the Day: 1961-1963*, Londres, Macmillan, 1973, p. 374.

del GATT por un comercio internacional con menores barreras arancelarias<sup>428</sup>. Pero nada de ello se presentaba como una alternativa a la Comunidad de los Seis, con la que se tratará de mantener un contacto estrecho<sup>429</sup> y a la que se seguirá muy de cerca para evitar, en la medida de lo posible, su desarrollo en contra de los intereses nacionales.

Así pues, aunque se desconocía cuándo se podría desbloquear la situación en Bruselas — una incertidumbre que generará ansiedad e impotencia en el Gobierno británico, dada su incapacidad para controlar los acontecimientos— el objetivo bloqueado seguiría siendo el objetivo perseguido<sup>430</sup>, lo que dejaba la política de Londres hacia Europa en una situación de *cul-de-sac*<sup>431</sup>.

Una vez confirmado el fin de las negociaciones, la cuestión europea saldría pronto de la agenda política nacional, pero los problemas del gabinete liderado por Harold Macmillan no harían sino acrecentarse. Casi sin tiempo para rehacerse del veto del Elíseo, un viejo escándalo que implicaba al ministro de Guerra, John Profumo, se reabre con fuerza y salpica al propio Macmillan, acusado de no haber actuado cuando correspondía<sup>432</sup>. Este tema, que se extiende durante toda la primavera y no finaliza hasta la dimisión de Profumo en el mes de junio, se cuela en la conversación pública casi en paralelo a otro asunto que enfrentará a la prensa con el *premier*. A propósito de la condena del funcionario británico John Vassall por espionaje, una investigación impulsada *a posteriori* por el propio Gobierno acaba con dos periodistas encarcelados, tras negarse a cooperar revelando sus fuentes.

---

<sup>428</sup> El diario *The Times*, al poco de confirmarse la ruptura de las negociaciones, llamaría a iniciar la reforma radical de la economía británica, ya que al cerrarse la posibilidad del Mercado Común entendía que se debía buscar por otras vías el necesario aumento de la competitividad. Ver *The Times*, 30-1-1963, p. 11.

<sup>429</sup> Habiéndose rechazado la opción de asociarse a la CEE como paso previo a la adhesión —tal y como había sugerido De Gaulle— el Foreign Office plantea la posibilidad de estrechar relaciones con los Seis a través de la UEO; una propuesta a la que acabarían accediendo los Seis. Su primera reunión tendría lugar en octubre del 63.

<sup>430</sup> Tal y como se diría entonces, De Gaulle no siempre estaría ahí; es decir, algún día se flexibilizaría la postura de París.

<sup>431</sup> Entre finales de enero del 63 y las elecciones generales de octubre del 64 no habría más discusiones en el gabinete sobre la estrategia general hacia Europa. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 51. Justo después de romperse las negociaciones, Edward Heath daría la orden de poner en marcha un estudio —tarea que le correspondería al Tesoro— sobre la historia de las negociaciones para identificar errores y extraer lecciones por si en algún momento estas se acabasen reabriendo. Así se expone en el prefacio de este trabajo —titulado “Negotiations with the European Economic Community, 1961-1963”— que saldría a la luz en abril del 66 y que sería el décimo memorándum histórico del Tesoro.

<sup>432</sup> Profumo, mintiendo en su testimonio ante los Comunes, tuvo una relación extramatrimonial con una chica que también mantenía, por aquel entonces, algún tipo de vínculo con un agregado naval en la embajada soviética en Londres.

Estos dos *affaires* no harán sino deteriorar la imagen del Ejecutivo, que se gana el descrédito de la ciudadanía y observa como Fleet Street<sup>433</sup> empieza a buscarle sucesor al *premier*. Aún así, la verdadera amenaza para el gabinete estaba en la oposición.

Tras el fallecimiento de Hugh Gaitskell a principios de año<sup>434</sup>, Harold Wilson se había convertido en el nuevo líder del laborismo y en la nueva esperanza de muchos ciudadanos británicos<sup>435</sup>. El político de Yorkshire no solo generaba entusiasmo por su insistencia en la necesidad de preparar al país para la emergente era tecnológica, sino por llevar a la política de Reino Unido el aire de informalidad que parecía demandar una sociedad en plena transformación<sup>436</sup>. Wilson, en definitiva, representaba cambio, justo en un momento en el que Harold Macmillan —al frente de un Gobierno en horas bajas— era caricaturizado como un producto propio de la época eduardiana<sup>437</sup>.

No obstante, sería la salud la que acabaría apartando al jefe de los *tories* de Downing Street<sup>438</sup>. Desde su habitación del hospital King Edward VII, y en plena conferencia del Partido Conservador, Macmillan presentaba su dimisión. Era el 18 de octubre de 1963<sup>439</sup>. Su último servicio a la nación en el ámbito exterior estaría ligado a la cuestión nuclear<sup>440</sup>, a la que dedicó los últimos meses de su *premiership*. Quizá hubiese preferido despedirse

---

<sup>433</sup> Es decir, la prensa británica. Este nombre hace alusión a la calle donde se concentraba la sede de los distintos medios del país y, por ello, se ha convenido en emplear este término como alternativa a la hora de referirse a las cabeceras británicas en su conjunto.

<sup>434</sup> Gaitskell fallecería tras una corta enfermedad el 18 de enero del 63, en el punto álgido de su prestigio. De hecho, muchos daban por seguro que acabaría ocupando el 10 de Downing Street. Citado en PELLING, H.: op. cit., pp. 128-29.

<sup>435</sup> Wilson había dado el salto a Westminster en el 45, tras su participación en el Gobierno de coalición. Ahora, en su elección como líder del *Labour*, se presentaba como el candidato de la izquierda del partido, aunque no tardará en situarse en el llamado “centro pragmático”.

<sup>436</sup> Como diría Tony Judt, “la distancia que separaba a una generación numerosa, próspera, mimada, segura de sí misma y culturalmente autónoma de la generación de sus padres, insólitamente poco numerosa, insegura, marcada por la Depresión y devastada por la guerra, era mayor que la distancia que suele haber entre distintos grupos de edades”. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 575.

<sup>437</sup> WALL, S.: op. cit., p. 73.

<sup>438</sup> El político londinense padecía de la próstata, que le obliga a abandonar el poder pero no le impide seguir viviendo muchos años más.

<sup>439</sup> Una semana antes, el primer ministro ya había anunciado su intención de dejar el cargo en cuanto se encontrase un sucesor.

<sup>440</sup> En el verano del 63, Moscú, Washington y Londres firmaban el llamado Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares. Tanto este acuerdo —al que se tratará de incorporar sin éxito a la Francia del general De Gaulle— como el rechazo de los británicos a la Fuerza Multilateral bajo el mando de la OTAN —propuesta por Washington, entre otras cosas para dar voz a la RFA en las cuestiones nucleares y reducir así las posibilidades de que desarrollasen sus propias armas— mostraba la determinación de Reino Unido a estabilizar las relaciones con Moscú.

asegurando el anclaje de Reino Unido al continente. Pero, al menos, dejaba abierto el camino. Maurice Harold Macmillan, reconociendo los vientos de cambio, había echado a volar al Reino Unido posimperial.

Alec Douglas-Home, por medio de una controvertida elección que lastraría su corto mandato<sup>441</sup>, sería el encargado de asumir el relevo, consciente de que su principal tarea consistiría en poner en forma al partido para que este se hiciera con su cuarta elección consecutiva<sup>442</sup>. En un principio, la llegada de Douglas-Home no mejora la situación de los *tories*, aunque poco a poco —beneficiado por unos indicadores económicos más favorables— conseguirá elevar su figura entre el electorado, volviéndose más factible su confirmación en el cargo. No obstante, el aristócrata Douglas-Home tendría que lidiar con un carismático y ordinario Harold Wilson que, propulsado por la renovada unidad del Partido Laborista desde su elección como líder, seguía disfrutando de su particular luna de miel en la política británica.

Así se llega a los comicios de octubre del 64, en los que la economía doméstica —o, mejor dicho, la necesidad de aplicar medidas radicales para dar una nueva cara a Reino Unido— ocuparía el centro de atención. La política exterior —y, con ella, la relación con Europa— volvía a situarse en un segundo plano<sup>443</sup>. El manifiesto *tory* hablaba simplemente de estrechar al máximo la relación con los Seis. Y, al igual que venía haciendo Douglas-Home desde su acceso a Downing Street apenas un año antes, reconocía que la entrada a la CEE no estaba abierta para Londres en las actuales circunstancias<sup>444</sup>. El candidato *tory* era, ante todo, un europeísta pragmático<sup>445</sup>.

---

<sup>441</sup> Ya no solo por el malestar causado en algunos de sus colegas de partido, sino sobre todo por el impacto en la opinión pública, recelosa del secretismo que acompañó su elección. Por otro lado, es interesante destacar que el nuevo *premier* estuvo dos semanas sin asiento propio en Westminster; el tiempo que va desde la renuncia a su título nobiliario hasta su triunfo en un distrito electoral que le otorga un asiento en los Comunes.

<sup>442</sup> “Alec Douglas-Home”, conferencia de Richard Thorpe organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 24-05-2007. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-alec-douglas-home> (19-4-2021, 13:07). Tal y como señala Thorpe en esta conferencia, el *premier* estuvo a punto de cumplir con su principal propósito: al asumir el cargo, su partido estaba once puntos por debajo del laborismo; un año después, los *tories* perderían las elecciones por una diferencia del 0,7%.

<sup>443</sup> WALL, S.: op. cit., p. 82 y KAISER, W.: op. cit., p. 200.

<sup>444</sup> “Prosperity with a Purpose: Conservative Party Election Manifiesto”, programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de 1964. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/1964/1964-conservative-manifesto.shtml> (20-4-2021, 9:56). Como diría Reginald Maudling, entonces ministro de Hacienda, sobre la posibilidad de entrar en la Comunidad, Reino Unido estaba al final de un capítulo pero, en ningún caso, al final de un libro. Ver *The Times*, 1-10-1964, p. 6.

<sup>445</sup> HOLT, A.: “Alec Douglas-Home”, p. 76 en ADONIS, A.: op. cit.

Enfrente se encontraba, en cambio, un Wilson más desconfiado que su predecesor respecto al mérito de participar en el proyecto europeo<sup>446</sup>. En su programa electoral, los laboristas criticaban el fracaso del anterior Gobierno al tratar de adherirse al MC con unos términos perjudiciales para la Commonwealth, a la que seguían otorgando la máxima prioridad<sup>447</sup> —una postura cómoda para ellos, en tanto en cuanto les permitía combinar el patriotismo con el internacionalismo—. Ganase quien ganase, por tanto, no se esperaba que Bruselas recibiese a corto o medio plazo una segunda solicitud procedente de las Islas<sup>448</sup>.

Finalmente, los electores británicos entregarían el gobierno a Harold Wilson, si bien con una mayoría mínima, que demostraba el tirón que seguían ejerciendo los años de bonanza económica administrados por los *tories*<sup>449</sup>. Con ecos de lo acontecido en 1950, los resultados electorales presagiaban una llamada temprana a las urnas y recomendaban, mientras tanto, una actuación gubernamental consensuada, desprovista de políticas controvertidas. Así pues, el laborismo volvía a adueñarse de Downing Street trece años después, pero lo hacía con las manos atadas<sup>450</sup>.

---

<sup>446</sup> De acuerdo con Philip Ziegler, se conocía de sobra al Wilson defensor de la Commonwealth y al Wilson pro-americano. Wilson el europeo, en cambio, fue un enigma hasta casi el final de sus días en Downing Street. Así se recoge en “Harold Wilson”, conferencia de Philip Ziegler organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 21-2-2006. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-harold-wilson> (20-4-2021, 12:42). Aún así, el nuevo líder del *Labour* mantendría el acercamiento de Gaitskell a Europa, esto es, las cinco condiciones impuestas en octubre del 62 para defender la entrada en la Comunidad.

<sup>447</sup> Ello no es óbice para que el manifiesto recoja el objetivo de estrechar los vínculos con los vecinos continentales. Ver “Let’s go with Labour for the New Britain: The Labour Party’s Manifesto for the 1964 General Election”, programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de 1964. Consultado en: <http://labour-party.org.uk/manifestos/1964/1964-labour-manifesto.shtml> (20-4-2021, 9:53).

<sup>448</sup> Los liberales, defendiendo la entrada en la CEE, sería la formación más consistente en su acercamiento a la CEE.

<sup>449</sup> El *Labour* contaba con una mayoría de cuatro asientos. Además, aunque su porcentaje de votos aumentaría un 0,3% respecto a los anteriores comicios, su número de votos totales sería ligeramente inferior al de 1959. Tal y como recordaba Henry Pelling, los electores estaban cansados del conservadurismo pero en vez de virar hacia el *Labour* prefirieron abstenerse o votar a los liberales. Citado en PELLING, H.: op. cit., p. 132. Thorpe, por su parte, llega a plantear que si eventos como la caída de Khrushchev o la exitosa explosión nuclear de China hubiesen sucedido unos días antes de los comicios, el resultado final podría haber mantenido a los *tories* en el poder. Citado en “Alec Douglas-Home”, conferencia ya citada de Richard Thorpe.

<sup>450</sup> Harold Wilson conformaría un gabinete sin mucha experiencia previa. Entre los cargos más relevantes, George Brown asume la nueva cartera de Asuntos Económicos, encargándose de la planificación económica que James Callaghan, desde el Ministerio de Hacienda, vigilaría muy de cerca —Brown y Callaghan habían sido, precisamente, los rivales de Wilson en la lucha por el liderazgo del *Labour*—.

Sin embargo, lo que marcaría realmente la nueva legislatura sería el estado de las finanzas públicas. Casi sin tiempo para acomodarse en su nuevo despacho, Wilson recibía del Tesoro un jarro de agua fría en forma de memorándum: a finales de año, el déficit de la balanza de pagos alcanzaría el doble de lo sugerido por él mismo en campaña<sup>451</sup>.

Esta situación obligaba a reaccionar al Gobierno británico, que acto seguido anuncia, entre otras medidas, un recargo del 15% a una amplia variedad de las importaciones; una decisión que tensará especialmente la relación con los países de la EFTA, ya que contrariaba las reglas de la organización y se había llevado a cabo sin consulta previa<sup>452</sup>. Las crecientes dificultades de la libra, además, forzarán al Ejecutivo a buscar un paquete de rescate, que acabaría llegando a finales de noviembre gracias a la intervención del presidente de EE. UU., Lyndon B. Johnson<sup>453</sup>.

Así pues, el *premier* iniciaba su andadura teniendo que afrontar la mayor crisis financiera de Reino Unido desde 1949. Un estreno que no parecía el más apropiado para poder cumplir con su anhelada revolución tecnológica y con su promesa de devolver al país al lugar que le correspondía en la escena internacional<sup>454</sup>. Poco tendría que celebrar Harold Wilson en su primera noche de fin de año como primer ministro. Seguramente, entre sus propósitos para 1965 habría evitado mencionar los grandes planes con los que había llegado recientemente al poder, conformándose con una aspiración más sencilla: sobrevivir.

### 1.3.3 ¡Wilson, tenemos un problema!: nuevos inquilinos, viejas preocupaciones

Poco a poco, a medida que se prolongan las dificultades económicas del país, Wilson va asumiendo que la supervivencia de Reino Unido y, por tanto, el mantenimiento de su influencia global no pasaba tanto por la Commonwealth como por el Mercado Común:

---

<sup>451</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 306. Salvando las distancias, esta situación podría compararse con la famosa “herencia recibida” a la que se referiría constantemente Mariano Rajoy tras suceder en la Moncloa a finales de 2011 a su rival socialista José Luis Rodríguez Zapatero.

<sup>452</sup> WALL, S.: op. cit., p. 83. En abril del 65, el recargo se reduciría al 10%.

<sup>453</sup> Recientemente elegido en las urnas por sus compatriotas, aunque venía ocupando el cargo desde el asesinato de Kennedy en noviembre del 63. Este movimiento de Johnson en favor de Harold Wilson permitirá el apoyo de los bancos centrales europeos, que acaban aportando el mayor porcentaje de los fondos recibidos por Londres. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 308.

<sup>454</sup> Wilson se presentaba como la personificación del nuevo y atractivo futuro que esperaba a su país, cuando, por el contrario, su visión del mundo estaba anclada en el pasado. Citado en GARNETT, M., MABON, S. y SMITH, R.: op. cit., p. 165.

más cercano, cohesionado y próspero que el viejo club imperial, que sin ofrecer los beneficios de antaño —aunque se siguiese dependiendo de su comida barata— continuaba suponiendo un coste excesivo para las arcas públicas<sup>455</sup>.

Desde su elección como primer ministro, Harold Wilson había tratado de adoptar un perfil bajo sobre la CEE, de tal forma que no se expusiese en público la división que este tema causaba entre los suyos ni le obligase a tomar decisiones que podrían cuestionar su liderazgo del partido<sup>456</sup>. Para el *premier*, después de tantos años en la oposición, era deseable mantener en silencio un tema con potencial destructivo para los intereses de su formación. Sin embargo, Downing Street vería progresivamente cómo la cuestión europea no se podría evitar por mucho más tiempo.

A principios del 65, ya con Michael Stewart al mando del Foreign Office<sup>457</sup>, el temor al aislamiento empieza a hacer mella en Reino Unido. Los Seis venían de cerrar en Bruselas un acuerdo trascendental en materia agrícola<sup>458</sup> y, pese a sus diferencias internas, avanzaban a pasos agigantados. Los británicos, en cambio, sumidos en una grave crisis financiera, trataban de aceptar que su patria no era la que había sido. Un proceso de asimilación que se aceleraría de forma dramática a finales de enero, tras confirmarse el fallecimiento de Winston Churchill<sup>459</sup>.

Todo ello contribuye a que el Gobierno comience a flexibilizar la política europea con la que se había presentado a los comicios de octubre, que no cerraba la puerta a reactivar la negociación con los Seis pero se negaba a dar pasos activos en ese sentido<sup>460</sup>. Ahora, sin

---

<sup>455</sup> A mediados de los sesenta las fuerzas militares británicas estaban sobredimensionadas por varios motivos. Uno de ellos era, precisamente, el esfuerzo del país por defender sus intereses en el Imperio. Otras razones serían sus compromisos con la OTAN y los costes asociados con la fuerza disuasoria. Citado en SANDERS, D.: op. cit., pp. 253-54. Como se diría en las páginas del diario *Pueblo* por esta época, parecía evidente que Reino Unido había dejado de ser imperio, estaba dejando de ser Commonwealth y estaba comenzando a ser país; una transformación que situaba al país anglosajón sobre la colcha del psiquiatra, en busca de su propia identidad. Ver *Pueblo*, 9-10-1964, p. 3.

<sup>456</sup> Cabe recordar que Harold Wilson debía su liderazgo al ala más izquierdista del partido; precisamente la facción más crítica con la Comunidad.

<sup>457</sup> Stewart sustituía en enero del 65 a Patrick Gordon-Walker, que había asumido inicialmente la dirección del Foreign Office pero se iba ahora al no conseguir un asiento en los Comunes.

<sup>458</sup> Se llegaba, por fin, a un entendimiento sobre los precios comunes de los cereales, lo que permitiría desbloquear la situación en la Ronda Kennedy, es decir, en la sexta sesión del GATT iniciada en mayo del 64 y que se extendería hasta 1967.

<sup>459</sup> El día en que acontece, Harold Macmillan escribía en su diario: “¡Inglaterra sin Winston! Parece imposible. Ni los más mayores podemos recordar una Inglaterra sin él como figura destacada”. Citado en MACMILLAN, H.: op. cit., p. 653.

<sup>460</sup> WALL, S.: op. cit., p. 88.

embargo, urgía actuar. Por mucho que las reticencias siguiesen ahí, la diligencia mostrada por los Seis en el cumplimiento de los plazos para hacer efectivo el Mercado Común amenazaba con ahondar la división política y económica de Europa occidental; una brecha que, previsiblemente, alcanzaría su clímax en 1968.

Para evitarlo, Harold Wilson —al igual que Macmillan en el verano del 56— decide recurrir a la EFTA. Utilizando el concepto de “bridge-building”, el *premier* planteaba tender puentes con los países de la CEE, de tal manera que, a través de la cooperación en diversas materias, se lograra estrechar los lazos entre ambos bloques<sup>461</sup>. Esta iniciativa, madurada en las Islas a lo largo de la primavera del 65, sería presentada a los socios de la EFTA a finales de mayo. Con una acogida variopinta —condicionada por el impacto del recargo a las importaciones, todavía vigente— Wilson saldría de Viena consiguiendo, al menos, el apoyo de los Siete para articular una posición común tras su próximo encuentro en otoño.

Más allá de su viabilidad, la apuesta por el “bridge-building” dejaba entrever un primer acercamiento de Londres hacia el continente. Una tímida pero decidida pulsión centrípeta que se pondría de manifiesto, también en aquellos días, con el acuerdo del Gobierno británico de adoptar en su país el sistema métrico decimal<sup>462</sup>.

Pero el paso hacia delante de Harold Wilson apenas tendría recorrido. En los círculos comunitarios, hacia donde se dirigía este movimiento, el recurso a la EFTA se consideraba una vieja fórmula británica que hablaba más de las dudas de Reino Unido que de su compromiso con el proyecto de integración<sup>463</sup>. No obstante, más que la falta de entusiasmo mostrada por los Seis, el verdadero golpe de gracia al “bridge-building” sería

---

<sup>461</sup> Harold Wilson explicaría su propuesta de la siguiente manera: si la EFTA se ponía una corbata verde y la CEE otra azul, ambas deberían acordar vestir una gris. Ver *The Times*, 25-05-1965, p. 12. El día antes de su reunión con el resto de líderes de la EFTA, el *premier* empleaba otras palabras: si no se podía construir un puente, harían un túnel. Ver *The Times*, 24-05-1965, p. 8.

<sup>462</sup> Downing Street cedía así a la presión de la industria, que pedía la identificación con el sistema empleado en Europa y, por lo tanto, el abandono del sistema imperial que preveía en las Islas. Por otro lado, en este mismo mes de mayo se crea la plataforma multipartidista “Britain in Europe”, lanzada oficialmente en el mes de julio. Su impulsor, Lord Gladwyn, presentaría en junio del 66 su “Campaign for a European Political Community”. Otro símbolo del estrechamiento del Canal sería el famoso Concorde, un avión supersónico de transporte de pasajeros proyectado conjuntamente por Londres y París y que, desarrollado a lo largo de los sesenta, volaría por vez primera en 1969.

<sup>463</sup> Además, al igual que en 1958, los países de la CEE sabían que perderían mucho más de lo que ganarían si permitían el acceso de la EFTA al Mercado Común. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 83.

asestado por la llamada “crisis de la silla vacía”, que durante medio año suspendería la actividad de las instituciones europeas.

El 30 de junio, ante la incapacidad del Consejo de Ministros para alcanzar un acuerdo en materia de financiación agrícola, París declaraba que la Comunidad estaba paralizada<sup>464</sup>. El Elíseo se negaba a que los fondos de la PAC dependiesen de los recursos propios de la Comisión y no de las contribuciones fijas de los Estados miembros. Un asunto que escondía un debate más profundo sobre la propia naturaleza de la CEE<sup>465</sup>. Y es que, ante la extensión de la toma de decisiones por mayoría cualificada prevista para 1966 —que, recogida en el Tratado de Roma, reforzaría el carácter supranacional del Club— De Gaulle aprovechará este *impasse* para asegurar el mantenimiento del voto por unanimidad en el Consejo sobre los temas de especial relevancia.

El estado de parálisis en Bruselas presentaba a Downing Street un nuevo escenario que adquiriría la forma de un dilema. París estaba luchando por una idea de Europa similar a la que imperaba en las Islas pero, al mismo tiempo, el boicot de los franceses podría facilitar un mayor acercamiento e incluso la adhesión de Londres a la Comunidad. No obstante, el Gobierno de Harold Wilson decide renunciar a tomar parte en la disputa y se mantiene al margen, esperando que una solución temprana en Bruselas permitiese reactivar su propuesta del “bridge-building” y las negociaciones en la Ronda Kennedy, ambas concebidas con la idea —favorecida por los anglosajones— de impulsar la liberalización comercial.

Quien sí movería ficha respecto a la cuestión europea sería Edward Heath, nuevo líder del Partido Conservador desde finales de julio<sup>466</sup>. El hijo del carpintero, que llegaba favorecido por los vientos igualitaristas de la época, ofrecerá una imagen menos elitista

---

<sup>464</sup> “Las consecuencias inmediatas de la ruptura, consumada el 1 de julio, fueron la retirada del embajador francés ante las Comunidades Europeas y la suspensión de la participación de los ministros franceses en el Consejo de la CEE”. Citado en SENANTE, H.: “La Europa de los años 60 y la política española ante la CEE”, p. 149 en FORNER, S.: *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

<sup>465</sup> El gaullismo chocaba con las pretensiones federalistas de Walter Hallstein, el primer presidente de la Comisión que, precisamente, titularía sus memorias *The Uncompleted Federal State*.

<sup>466</sup> Heath era elegido mediante un nuevo sistema de elección: ahora votaban los diputados y no una camarilla.

de los *tories*<sup>467</sup> y fortalecerá la determinación de los suyos a adherirse a la Comunidad<sup>468</sup>. En el mes de octubre, Heath bautizaba a su formación como el partido de Europa<sup>469</sup>. Michael Stewart, a cargo del Foreign Office, no estaba dispuesto a aceptar que los conservadores se apropiasen de dicha etiqueta<sup>470</sup> y en el mes de diciembre, aprovechando que la situación seguía enquistada en Bruselas, proponía a sus compañeros de gabinete la reapertura de las negociaciones con los Seis<sup>471</sup>.

Harold Wilson accede a valorar dicha posibilidad aunque a su propio ritmo, sin caer en precipitaciones. El *premier* —ayudado por los acontecimientos en Rodesia<sup>472</sup>— acababa de dar por liquidada su visión de la Commonwealth como el principal vehículo que debía satisfacer las ambiciones internacionales de Reino Unido<sup>473</sup>; y lo hacía, precisamente, al cierre del primer año en que el comercio con Europa superaba al que el país mantenía con las viejas colonias<sup>474</sup>.

Pero al político de Yorkshire no le bastaba que el argumento económico favoreciese la aproximación al Mercado Común. Habría que valorar otros aspectos antes de abrazar la causa comunitaria. Harold Wilson era primer ministro pero también líder del Partido Laborista, y de la unidad de este último dependería en buena medida su continuidad al frente de la nación. La cuestión europea, por tanto, exigía prudencia; más todavía ante su exigua mayoría en los Comunes y la proximidad de una nueva cita electoral.

El año 1966 se abriría con fumata blanca en la azotea del Berlaymont, el edificio que estaba a punto de ser inaugurado en Bruselas para albergar la sede de la Comisión Europea. En la jornada del 30 de enero, los Seis suscribían el Compromiso de

---

<sup>467</sup> Como diría Hugo Young, “no hacía falta ser un ricachón para dirigir el partido de los ricachones”. Citado en YOUNG, H.: *Margaret Thatcher*, ABC, Barcelona, 2005, p. 68. Los conservadores encontrarían en Heath a su propio Wilson; no solo por tener la misma edad, sino más bien por compartir un origen humilde.

<sup>468</sup> Miguel Hueta recordaba que la cuestión europea había sido un tema marginal en su elección como líder, lo que no quitaba que el proyecto europeo fuese para Heath prácticamente un dogma de fe. Citado en HUETA, M.: op. cit., p. 21.

<sup>469</sup> Ver *The Times*, 14-10-1965, p. 8.

<sup>470</sup> Tampoco el Ministerio de Asuntos Económicos liderado por George Brown, favorable a la entrada.

<sup>471</sup> Citado en WALL, S.: op. cit., p. 109.

<sup>472</sup> En noviembre del 65, la Rodesia segregacionista de Ian Smith declaraba unilateralmente la independencia y, por tanto, el fin de la soberanía británica. El *premier* se verá impotente ante este movimiento y, más tarde, fracasarán las sanciones contra el régimen de Smith.

<sup>473</sup> Los propios países de la Commonwealth rechazaban esta idea. De hecho, ya venían tratando de ampliar sus relaciones comerciales, a menudo dando prioridad a los intercambios con Washington o con Moscú. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 317.

<sup>474</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 443.

Luxemburgo, un acuerdo político sin estatus legal que reconocía el derecho a discrepar y, por ende, garantizaba que el procedimiento de la mayoría cualificada no se aplicaría cuando estuviesen en juego los intereses vitales de algún Estado miembro<sup>475</sup>.

Para el ministro de Exteriores holandés, Joseph Luns, la solución alcanzada impedía hablar de ganadores y perdedores<sup>476</sup>. Sin embargo, el futuro acabaría mostrando que el intergubernamentalismo había sido el claro vencedor. En cualquier caso, la Comunidad volvía a funcionar, sin tiempo que perder ante la necesidad de dejar zanjada la cuestión de la PAC, paso previo para hacer realidad el mercado único de los bienes agrícolas e industriales.

El tiempo también apremiaba al otro lado del Canal. El último día de febrero, Harold Wilson anunciaba elecciones anticipadas en Reino Unido para el 31 de marzo. Con esta convocatoria, el mandatario inglés —todavía popular entre el electorado, que valoraba especialmente cómo había logrado mantener la unidad del Partido Laborista pese a su escasa mayoría en Westminster— esperaba conseguir apoyo suficiente para poder cumplir con su promesa de adaptar a Reino Unido a los nuevos tiempos<sup>477</sup>. Un proyecto de modernización en el que ya parecía incluirse la posibilidad de entrar en el Mercado Común.

Así lo confirmaría el propio *premier* a mediados de marzo en Bristol. Aun con la boca pequeña y estableciendo ciertas condiciones<sup>478</sup>, Wilson reconocía que su país estaba preparado para iniciar discusiones informales con los Seis sobre la adhesión de Reino Unido a la familia comunitaria. Una declaración de intenciones —pronunciada por el *premier* con voz ronca, a causa de un resfriado<sup>479</sup>— que, además de neutralizar la carta

---

<sup>475</sup> El año 1965 significó, para el futuro próximo al menos, que la CEE avanzaría como una entidad de Estados independientes o no avanzaría en absoluto. Citado en URWIN, D.: op. cit., p. 130.

<sup>476</sup> Ver *The Times*, 31-1-1966, p. 8.

<sup>477</sup> Cabe recordar que el PIB de Reino Unido en el periodo 1960-65 había crecido un 3,3% de media, mientras que otros miembros de la OCDE lo habían hecho a más del 5%. Citado en ROOSA, R.: “Where is Britain Heading?” en *Foreign Affairs*, nº 3, vol. 46, abril 1968, p. 508.

<sup>478</sup> Las condiciones ahora eran menos específicas y más flexibles, aunque se mantiene como prioridad la defensa de los intereses de la Commonwealth.

<sup>479</sup> Ver *The Times*, 19-3-1966, p. 8. Alguien podría decir, jocosamente, que el virus que acompañó a Harold Wilson durante estos días podría haber sido inoculado por quienes, contrarios a la entrada de Londres en la Comunidad, deseaban que el *premier* no pronunciase dichas palabras.

européista de Edward Heath en plena campaña electoral<sup>480</sup>, trataba de mostrar que para el Gobierno laborista la incorporación a Europa ya no era tanto una cuestión de principio como de detalle sobre las condiciones<sup>481</sup>. Así pues, a diferencia de lo acontecido en octubre del 64, ahora todo hacía presagiar que, más allá del color político del vencedor, Bruselas recibiría tarde o temprano una nueva solicitud procedente de las Islas.

Finalmente, los electores británicos apostarían por la continuidad. Después de quinientos días ejerciendo de equilibrista en Downing Street, Harold Wilson iniciaba ahora una segunda etapa de gobierno con poder real, ya que esta vez la mayoría del *Labour* rozaba la centena<sup>482</sup>. En la renovación de su equipo, el *premier* decide incluir una suerte de “ministro para Europa” que confía en George Thomson<sup>483</sup>.

La primera tarea de este último, emprendida desde el mes de mayo, sería sondear formalmente las posibilidades de que Reino Unido participase en la Comunidad, trasladando el deseo del Gobierno británico de adherirse al Club y de hacerlo desde el

---

<sup>480</sup> A diferencia de lo acontecido en las elecciones del 64, en estos comicios el Mercado Común se había convertido en un tema importante, gracias sobre todo a la insistencia de Heath. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 318.

<sup>481</sup> Así lo confirmaba su manifiesto, que exponía que Londres estaba preparada para entrar en la CEE si se protegían ciertos intereses esenciales de Reino Unido y de la Commonwealth. Además, se presentaba a los *tories* como capaces de entrar sin condiciones ni salvaguardas. Ver “Time for Decision”, programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de 1966. Consultado en: <http://labourmanifesto.com/1966/1966-labour-manifesto.shtml> (25-4-2021, 9:47). John W. Young apunta que, incluso a la luz de los archivos desclasificados de Downing Street, resulta difícil conocer exactamente la razón por la cual Wilson empezó a mostrar mayor disposición a entrar en la Comunidad. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 84.

<sup>482</sup> Poco le duraría a Harold Wilson el favor de la opinión pública; sobre todo por cuestiones económicas. A principios del 67 los *tories* se ponían en primer lugar y en el 68 su ventaja sería tan grande que parecía imposible que el laborismo se pudiese recuperar. Citado en PELLING, H.: op. cit., p. 139. Como ha señalado Steve Richards, la luna de miel de Harold Wilson —que venía disfrutando desde su elección como líder del laborismo en el año 63— se acabaría de forma dramática tras estos comicios. Citado en RICHARDS, S.: *The Prime Ministers: Reflections on Leadership from Wilson to May*, Londres, Atlantic Books London, 2019, p. 31. Resulta curiosa la reacción de *Pueblo* a la reelección de Wilson: era momento de poner en valor el triunfo sin ambages del socialismo en las Islas y acabar con la habitual práctica de minimizar los éxitos del socialismo contemporáneo en Europa, puesto que este había evolucionado —abandonando la vía revolucionaria— y ahora formaba parte del juego político. Ver *Pueblo*, 4-4-1966, p. 3. *La Vanguardia Española*, por su parte, ponía el foco en el cambio que —comparable al de 1945— habría de producirse en las Islas a raíz de estos comicios: “De la misma manera que el pueblo británico, en 1945, estimó que la tremenda encrucijada posbélica habían de resolverla los laboristas, también ha estimado mejor ahora que sean los laboristas quienes en la encrucijada actual adopten la difícil decisión exigida de un pueblo que poseía el mayor imperio colonial del mundo y ha quedado prácticamente reducido al pequeño territorio de las islas”. Ver *La Vanguardia Española*, 2-4-1966, p. 5.

<sup>483</sup> Su función se verá respaldada por George Brown, que también recibe responsabilidades especiales en las relaciones con Europa. Para los observadores de la época, ello no hacía más que reforzar el acercamiento de Londres a la Comunidad. En su primer discurso sobre las relaciones con Europa, pronunciado en Estocolmo a principios de mayo, Brown diría con una rotundidad inédita en el Gobierno de Wilson que Reino Unido quería ser miembro de la CEE.

respeto a sus reglas básicas<sup>484</sup>. En esta fase exploratoria, los anglosajones querían tener más detalles acerca de los términos de la entrada y, sobre todo, tomar el pulso a la opinión de los franceses<sup>485</sup>, habida cuenta de que el camino a Bruselas tendría que pasar ineludiblemente por París.

A lo largo de estas semanas, la labor del ministro laborista se verá perjudicada por la situación de la CEE, que hasta finales de julio dedicaría todos sus esfuerzos a resolver, de una vez por todas, la cuestión agrícola. Ello no es óbice para que, una vez finiquitada su gira diplomática, Thomson concluyese que, de las famosas cinco condiciones señaladas por Gaitskell en octubre del 62, solo dos mantuviesen su vigencia como verdaderos obstáculos a una hipotética entrada: por un lado, las garantías para la agricultura doméstica y, por otro, las salvaguardas para la Commonwealth.

Presumiblemente, la niebla se iba disipando en el Canal, empujada también por el reconocimiento, cada vez mayor en las Islas, de que Reino Unido era un país europeo y de que su futuro se encontraba en una Europa unida<sup>486</sup>.

Por aquel entonces, Harold Wilson, más allá de cual fuera su opinión personal, trataba de no adherirse con excesivo entusiasmo a esta corriente de pensamiento. El *premier*, a quien no le era ajena la controversia que seguía generando la cuestión comunitaria en su partido, trataba de situarse en la imparcialidad —cuando no en la ambigüedad— a sabiendas de que cualquier movimiento hacia los Seis debería ir respaldado por análisis rigurosos y argumentos sólidos, de tal forma que se lograra acallar la oposición de los más críticos<sup>487</sup>. Todo ello explica que, a instancias de Downing Street, Whitehall viniese estudiando desde la primavera las implicaciones de la adhesión.

---

<sup>484</sup> No obstante, lo haría sin que el Gobierno británico hubiese aceptado formalmente el Tratado de Roma.

<sup>485</sup> Que, recientemente, habían vuelto a colocarse en el foco de la atención general tras la decisión del presidente De Gaulle de retirar a su país de la estructura militar integrada de la OTAN. Londres tenía un doble dilema: ¿debía tratar de ganarse al general o presionarlo acercándose al resto de Estados miembros? Y, por otro lado, ¿sería mejor esperar a que De Gaulle abandonase su cargo o, por el contrario, tratar de convencerlo sin más dilación?

<sup>486</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 321.

<sup>487</sup> Para ello, Whitehall se encargará de estudiar las implicaciones de la entrada, con unos resultados que irían saliendo a la luz durante este mismo verano. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 119. En el mes de agosto, O'Neill —jefe de la delegación británica en las Comunidades desde 1963— publica un informe titulado "How to get into the Common Market", en el que advierte de que las dificultades y el precio de la entrada aumentarían a medida que pasase el tiempo y Reino Unido siguiese estando fuera. Citado en YOUNG, H.: op. cit., pp. 189-90.

Mientras se valoraba el acercamiento a la Europa de los Seis, y con el ambiente festivo todavía latente en el *Labour* tras su reelección, los británicos presenciaban la mayor huelga en las Islas desde la guerra, que había precipitado la declaración del estado de emergencia. Esta vez, los marineros se habían plantado a mediados de mayo exigiendo mejoras salariales y la reducción de la jornada laboral. El parón se acabaría extendiendo durante mes y medio, tiempo suficiente para poner en la picota a la economía británica, ya de por sí lastrada por la falta de productividad y el déficit en la balanza de pagos.

De hecho, este episodio —que produciría grietas en la relación del Gobierno con su propio partido y con los sindicatos— contribuiría a ejercer presión sobre la libra, que en el mes de julio sucumbe y desata una nueva crisis, exponiendo de forma dramática la debilidad de la economía anglosajona. Era la tercera vez que ocurría en tan solo dos años<sup>488</sup>.

Este evento —que obliga al Gobierno de Wilson a aplicar un paquete de medidas deflacionistas y austeras sin precedentes<sup>489</sup>— logra reforzar la causa de quienes venían insistiendo en la necesidad de adherirse al proyecto europeo para salvar la economía nacional. Por mucho que julio se acabase cerrando con la victoria de Inglaterra en la Copa Mundial de fútbol, el país de la *Union Jack* parecía tener poco que celebrar. Especialmente los defensores más acérrimos del programa laborista, que si en el año 64 habían visto frustradas sus esperanzas por el estado de la balanza de pagos, ahora contemplaban impotentes cómo la situación de la esterlina dificultaba el cumplimiento de las promesas por parte del Gobierno.

#### 1.3.4 Huele a solicitud

Downing Street necesitaba una alternativa a su fallida política económica y la respuesta más obvia procedía del otro lado del Canal: Europa, y su mercado de 250 millones de

---

<sup>488</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 322.

<sup>489</sup> Entre otras cosas, se congelarán los salarios durante seis meses, dotándose para ello el Gobierno de poderes coercitivos. Una decisión muy criticada por los sindicatos y que causará controversia durante el resto de la legislatura, al igual que el intento de revisar las relaciones industriales —plasmado en el documento “In Place of Strife” de principios del 69—.

personas, ofrecía un nuevo horizonte<sup>490</sup>; el cambio radical que necesitaba el Gobierno para dar a luz al nuevo Reino Unido. No es casualidad que, a partir de ahora, Harold Wilson empezase a mostrar con menor reparo su simpatía por el Mercado Común. La solicitud estaba ganando *momentum*.

Prueba de ello sería la elección de George Brown, ya en agosto, como nuevo ministro de Exteriores; precisamente él, que había sido uno de los primeros miembros del gabinete en apostar por el acercamiento de Londres a la familia comunitaria<sup>491</sup>. Brown, que abandonaba sin brillo la cartera de Asuntos Económicos<sup>492</sup>, tenía en adelante la oportunidad de encontrar en Bruselas el estímulo que no había logrado proporcionar a la economía doméstica con su Plan Nacional del año 65<sup>493</sup>.

El siguiente paso adelante en la ruta hacia Bruselas llegaría en otoño, una vez finalizados los estudios encargados a Whitehall sobre el impacto que tendría en las Islas la entrada en la CEE. El sábado 22 de octubre<sup>494</sup>, Harold Wilson convocaba a su gabinete en la casa de campo de Chequers para abordar conjuntamente la cuestión europea<sup>495</sup>.

Esta reunión especial, en la que se trataba de debatir las ventajas e inconvenientes de una eventual participación en la Comunidad, pondría de manifiesto las dificultades de los allí presentes para valorar si merecía la pena pagar el precio; es decir, si en términos generales Reino Unido acabaría saliendo beneficiado con la adhesión<sup>496</sup>.

---

<sup>490</sup> WALL, S.: *Reluctant European: Britain and the European Union from 1945 to Brexit*, Oxford, Oxford University Press, 2020, p. 72.

<sup>491</sup> El otro había sido, precisamente, Michael Stewart, a quien ahora sucedía en el Foreign Office.

<sup>492</sup> Prueba de ello es que el Ministerio de Asuntos Económicos, que lideraba desde su creación en 1964, acabaría desapareciendo en el año 69.

<sup>493</sup> Entre otras cosas, debido a las protestas de la clase trabajadora, contrarias a que se quisiese contener la inflación limitando sueldos y precios.

<sup>494</sup> El día después de producirse el desastre de la localidad galesa de Aberfan, en la que un desprendimiento se llevaría la vida de 144 personas, la mayoría de ellas niños.

<sup>495</sup> Para Stephen Wall, posiblemente la reunión más importante del Gobierno laborista en su progresivo acercamiento hacia la solicitud a la CEE. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 136. Tres días antes, la oficina del gabinete difundía una nota conjunta del ministro de Exteriores y del primer secretario de Estado sobre Reino Unido y Europa, con el objetivo de ser debatida en el encuentro de Chequers. Con fecha del 18 de octubre, los dos autores entendían que la única opción sobre la mesa era la entrada en la CEE y que esta debía perseguirse más pronto que tarde. De hecho, instaban a aprovechar la primera oportunidad que se presentase para hacer un movimiento decisivo en dicha dirección. Eso sí, ambos pedían resolver las diferencias internas porque no podrían mostrarse dudas: era esencial convencer a los socios comunitarios de que el Gobierno laborista iba en serio. TNA: CAB 134/2705.

<sup>496</sup> WALL, S.: op. cit., p. 143.

Ante las dudas planteadas, el encuentro concluiría con la sugerencia del *premier* de priorizar el fortalecimiento de la economía doméstica —cuya debilidad podría menoscabar la capacidad de negociación de Londres en una hipotética discusión con los Seis— y, mientras tanto, ir estudiando posibles alternativas a la Comunidad<sup>497</sup>, a la vez que se tratase de descubrir las condiciones que harían posible la integración de los británicos en la familia comunitaria<sup>498</sup>. De esto último se encargaría el tándem Wilson-Brown, que iniciaría a principios de año una misión exploratoria por el continente<sup>499</sup>.

Poco después, el 10 de noviembre, con un gabinete dividido pero que había dado luz verde al plan de acción del jefe del Ejecutivo<sup>500</sup>, el propio Harold Wilson presentaba ante los Comunes su nueva política hacia la Comunidad, incluyendo un guiño a los continentales para demostrarles que su valoración de la entrada iba en serio: “We mean business”, sentenciaba<sup>501</sup>. Unas semanas después, a principios de diciembre, eran sus socios de la EFTA los que —al igual que habían hecho en julio del 61 a instancias de

---

<sup>497</sup> El objetivo era tratar de evitar la ausencia de un plan b, tal y como le había ocurrido al Gobierno de Harold Macmillan tras el veto del general De Gaulle en enero del 63. De esta manera, se decide valorar la posibilidad de establecer un área atlántica de libre comercio y la opción de que Reino Unido fuese por su cuenta de forma independiente —una idea conocida como “Go it alone” o “Abstention”—; dos alternativas que no tardarán en ser descartadas. Algunos autores como Paul Einzig —que exponía sus ideas en su libro *The case against joining the Common Market* (1971)— entendían que para que Londres recuperase su grandeza nacional debía apostar por revivir la Commonwealth o por unir a los países de habla inglesa en un área de libre comercio.

<sup>498</sup> WALL, S.: op. cit., p. 144. Harold Wilson recordaba que, por aquel entonces, la posibilidad de solicitar la entrada a la CEE se había reforzado en su mente, aunque se preguntaba en qué términos y, por otro lado, cuál sería la reacción de los Seis. De ahí que, en contra de la opinión de algunos de sus compañeros de gabinete, considerase imposible tomar una decisión sin establecer más contactos y al máximo nivel. Citado en WILSON, H.: *The Labour Government, 1964-1970: A Personal Record*, Londres, Wedenfeld and Nicolson & Michael Joseph, 1971, p. 293. Para Melissa Pine, los primeros tres años del Gobierno de Wilson se podrían entender como el reconocimiento final de la pérdida del Imperio y del estatus de poder mundial tras una larga batalla del país por aferrarse a su rol mundial. Citado en PINE, M.: *Pursuing Britain's membership of the European Community*, Londres, Tauris Academic Studies, 2007, p. 7.

<sup>499</sup> Para calmar a sus compañeros más escépticos, Harold Wilson insistiría en que la gira por el continente no comprometía a nada y en que todavía no se había tomado una decisión sobre la entrada; una cuestión que, en cualquier caso, tendría que ser tomada por el gabinete en última instancia. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 73. En la reunión del gabinete del 1 de noviembre, el jefe del Foreign Office mostraría su preferencia por que Londres hiciese una declaración de intenciones sobre su disposición a firmar el Tratado de Roma, aunque aceptaba la posición más prudente del *premier*, partidario de poner condiciones previas —esto es, encontrar satisfacción a las demandas de Reino Unido sobre el movimiento de capitales y la PAC, las dos principales preocupaciones identificadas por el gabinete en su encuentro de Chequers—. TNA: CAB 128/41/53.

<sup>500</sup> Así ocurría en su reunión del día anterior, el 9 de noviembre. TNA: CAB 128/41/55.

<sup>501</sup> Ver *The Times*, 11-11-1966, p. 1. Unas palabras que el mandatario inglés volvería a repetir en numerosas ocasiones.

Harold Macmillan— avalaban el plan de Downing Street de sondear si existían las condiciones para que la futura negociación en Bruselas resultase fructífera<sup>502</sup>.

La gira del *premier* y de su ministro de Exteriores —conocida como “The Probe”— daría comienzo a mediados de enero de 1967 y se extendería hasta principios de marzo. Durante estas semanas, conforme avanzaba dicho *tour*, la pregunta ya no sería tanto si el Gobierno laborista apostaría por solicitar la entrada sino cuándo y cómo lo haría. Sí era evidente, en cambio, que ningún obstáculo parecía insuperable salvo aquel representado por el general De Gaulle<sup>503</sup>, que seguía viendo la alianza de Londres con Washington como el mayor freno a la entrada de los británicos en la Europa independiente que anhelaba construir<sup>504</sup>. A estas alturas, el presidente francés era menos popular que antaño y estaba llegando al final de su vida política, pero no es menos cierto que todavía tenía capacidad para imponer su criterio sobre el resto de Estados miembros<sup>505</sup>.

En cualquier caso, en la jornada del 9 de marzo —a las pocas horas de concluir en tierras luxemburguesas la gira por el continente— Harold Wilson y George Brown daban fe a los suyos de sus encuentros bilaterales con los vecinos comunitarios<sup>506</sup>, aunque habría que esperar al 21 del mismo mes para que el gabinete iniciase la serie de debates que deberían llevarle a tomar una decisión final<sup>507</sup>.

---

<sup>502</sup> Además, el 28 de abril de 1967, los países de la EFTA publicaban un comunicado en el que aseguraban que la solicitud británica no contrariaba la Convención de Estocolmo.

<sup>503</sup> Harold Wilson se había entrevistado con él a finales de enero y, pese a la variedad de interpretaciones, en las Islas reinaba la sensación de que la postura del general seguía siendo la misma, por mucho que De Gaulle hubiese reconocido un ligero cambio, para bien, respecto al Reino Unido de Harold Macmillan. El propio Wilson reconocía en sus memorias que, al término del encuentro con el presidente francés, no sabía qué conclusiones extraer del mismo. Citado en WILSON, H.: op. cit., p. 341.

<sup>504</sup> Por esta época, la guerra en Vietnam, los problemas con la balanza de pagos, la mejora del clima en las relaciones Este-Oeste y las políticas del general De Gaulle estaban contribuyendo a aumentar la presión sobre el Congreso norteamericano para reducir el número de tropas estadounidenses en Europa. Citado en LUNDESTAD, G.: op. cit., p. 80.

<sup>505</sup> De hecho, como diría J. W. Young, tras el veto del 63, la “crisis de la silla vacía” y la salida de Francia de la OTAN, los llamados “Friendly Five” eran reacios a provocar una nueva crisis con De Gaulle a propósito de la participación de Reino Unido. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 90. Además, Alemania había cambiado recientemente de Gobierno tras la dimisión de Ludwig Erhard, llegando Kiesinger con la mejora de las relaciones con París como una de sus principales prioridades. Así pues, el nuevo canciller — que formará la primera gran coalición de la RFA con Willy Brandt— mostrará menor disposición a presionar a París por la entrada de Londres.

<sup>506</sup> WALL, S.: op. cit., p. 172.

<sup>507</sup> WALL, S.: op. cit., p. 174. Durante el periodo que va desde el final de la gira hasta la decisión definitiva, Harold Wilson reconocía estar ansioso por no causar la impresión entre sus compañeros de que su decisión llegaba de forma precipitada o sin haber examinado ni discutido cualquier cuestión relevante. Asimismo, tampoco quería que creyesen que era un hecho consumado; una suerte de imposición. Por otra parte, el *premier* consideraba casi como un milagro que no hubiese dimisiones en caso de que se acordase finalmente solicitar la entrada a la CEE. Citado en WILSON, H.: op. cit., p. 387.

A lo largo de estas jornadas, las discusiones se centrarán, básicamente, en las razones políticas y económicas que justificarían o no la activación del artículo 237 del Tratado de Roma. En términos políticos, la participación en la CEE parecía favorable, ya que la presencia de los británicos neutralizaría el peso que, presumiblemente, Bonn ganaría en la Europa pos-De Gaulle. Además, Reino Unido podría influir en la evolución de la Comunidad y resultar más atractiva para los estadounidenses, afianzando su papel como interlocutor preferente de Washington<sup>508</sup>. Por el contrario, la confusión sería mayor desde el punto de vista económico. Si bien se daba por descontado que la balanza de pagos sufriría con la entrada —al menos en un primer momento— también se advertía que el mantenimiento de la exclusión tendría un precio. Dicho de otra manera, todos sabían que, dada la mayor competitividad del Mercado Común, la adhesión sería un reto histórico para Londres, pero unos lo veían como una oportunidad y otros como un riesgo<sup>509</sup>.

El veredicto final acabaría llegando el 2 de mayo<sup>510</sup>, cuando la balanza se decanta por los partidarios de abrazar la causa europeísta. Esa misma tarde, el primer ministro británico anunciaba en los Comunes que su Gobierno solicitaría la entrada a la CEE<sup>511</sup>, esperando que las conversaciones se iniciasen cuanto antes —preferiblemente en otoño—. Para ello, el jefe del Ejecutivo reducía el alcance de la negociación a varios temas que consideraba prioritarios, mostrando su disposición a que el resto de cuestiones fuesen abordadas una vez dentro<sup>512</sup>. Además, a diferencia de la moción *tory* aprobada en agosto de 1961, esta vez el Gobierno laborista no pedía el mandato parlamentario para explorar el mérito de

---

<sup>508</sup> La Casa Blanca seguía presionando a Londres para que entrase en la CEE aunque la *special relationship* no pasase por su mejor momento, en buena medida por la cuestión de Vietnam, ya que Harold Wilson había decidido apoyar diplomáticamente y no con tropas el esfuerzo bélico estadounidense.

<sup>509</sup> Entre estos últimos se encontraban aquellos que ponían especial atención en el impacto de la entrada en la Commonwealth y en el sector agrícola nacional, dos cuestiones que seguían preocupando a muchos en las Islas aunque ahora fuesen menos controvertidas que antaño. El tema de la soberanía, por otra parte, seguiría ocupando un segundo plano, ya que la presencia del general De Gaulle había moderado el espíritu supranacional de la Comunidad.

<sup>510</sup> Con el apoyo de todo el gabinete salvo Richard Marsh, ministro de Energía, y Barbara Castle, responsable de la cartera de Transporte. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 201.

<sup>511</sup> Y, por ende, a la CECA y a la EURATOM. Una vez más, la solicitud británica será acompañada por la de Irlanda, Dinamarca y Noruega.

<sup>512</sup> Wilson señalaba el funcionamiento y los efectos de la PAC, el impacto de la financiación agrícola sobre el presupuesto del país y su balanza de pagos, algunos problemas concretos de la Commonwealth —principalmente, acuerdos comerciales con Nueva Zelanda y los países productores de azúcar— el movimiento de capitales del Mercado Común al resto del mundo y, por último, la libertad de Reino Unido de mantener sus políticas sobre desarrollo regional y regeneración. Ver *The Times*, 3-5-1967, p. 1.

una posible adhesión sino para entrar directamente en la Comunidad<sup>513</sup>; un acontecimiento que, para el político de Yorkshire, representaría un “momento decisivo en la historia”<sup>514</sup>.

Finalmente, el 10 de mayo, después de tres jornadas de debate y con la mayoría más amplia jamás vista en la trayectoria del parlamentarismo británico<sup>515</sup>, Harold Wilson obtenía el aval de la Cámara.

### 1.3.5 De nuevo rumbo a Bruselas y, de nuevo, el “non, merci” de París

Así pues, cumplidos casi seis años desde la primera solicitud enviada a Bruselas por los conservadores, Londres volvía a llamar a la puerta de las instituciones europeas. Esta vez lo hacía el laborismo de Harold Wilson, tras una *volte-face* motivada por la creciente sensación de que no había alternativa al Mercado Común<sup>516</sup>, que ahora parecía ofrecer aquello que la Commonwealth ya no proporcionaba y que nunca se había esperado encontrar en la EFTA<sup>517</sup>: el estímulo a la modernización de la economía doméstica y el mantenimiento del rol mundial de Reino Unido<sup>518</sup>.

Para ello, el *premier* contaba con el apoyo incontestable de la clase política —junto al del mundo empresarial, de los sindicatos y de los principales periódicos<sup>519</sup>— y, en menor grado, con el respaldo general de la ciudadanía<sup>520</sup>. Esta última, a la espera de conocer con más detalle las consecuencias prácticas de la entrada, venía mostrando en los últimos

---

<sup>513</sup> Una solicitud incondicional con la que se trataba de demostrar, sobre todo a los franceses, que el Gobierno británico iba en serio con la solicitud, de tal forma que fuese más difícil criticar su supuesta falta de compromiso con el proyecto europeo.

<sup>514</sup> Palabras que pronunciaría a través de la televisión el día 8 de mayo. Ver *The Times*, 9-5-1967, p. 1.

<sup>515</sup> WALL, S.: op. cit., p. 292. El resultado sería 488 votos favorables frente a 62 en contra. El propio Wilson se encargaba de recordar este hecho en sus memorias. Ver WILSON, H.: op. cit., p. 390.

<sup>516</sup> Cabe recordar que apenas unos años antes, en 1962, Harold Wilson había mostrado su disconformidad con el Tratado de Roma por ser “antiplanificación”. Citado en KITZINGER, U.: *Diplomacy and Persuasion: How Britain Joined the Common Market*, Londres, Thames & Hudson, 1973, p. 279.

<sup>517</sup> Por mucho que esta organización completase con éxito el último día de 1966 su propósito de reducir a cero las aduanas a los intercambios de bienes industriales entre sus miembros.

<sup>518</sup> De hecho, el principal argumento de Harold Wilson en el debate final sobre la solicitud sería —al igual que ocurrió con Harold Macmillan en su día— mantener la voz de Londres en la escena internacional. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 94. Como dice Stephen Wall, en los cálculos del Gobierno británico pesaban más las ventajas políticas de la participación en la CEE que la incertidumbre económica. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 230.

<sup>519</sup> A excepción del *Daily Express*. Citado en LIEBER, R. J.: *British Politics and European Unity: Parties, Elites and Pressure Groups*, Berkeley, University of California Press, 1970, p. 261.

<sup>520</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 197.

meses mayor desconfianza hacia el mérito de la entrada en el Mercado Común; principalmente porque se consideraba que agravaría el tema de la inflación<sup>521</sup>, un problema que venía arrastrando el país en los últimos tiempos.

No obstante, la suerte de la solicitud no dependería tanto de la consistencia de la aprobación nacional como de la opinión del Elíseo. Con una celeridad y un grado de brusquedad inesperados, el 16 de mayo De Gaulle reaccionaba a la solicitud británica recuperando, a grandes rasgos, las palabras que había pronunciado en enero de 1963: no había espacio para Londres en la Comunidad de los Seis; no, al menos, mientras siguiese sin mostrarse plenamente europea. Como premio de consolación, el presidente galo volvía a ofrecer la asociación al Gobierno británico; una alternativa que este último enseguida descartaría<sup>522</sup>.

En la prensa anglosajona, el mensaje del general se interpretaba como un segundo veto —conocido como el “veto de terciopelo”— aunque Harold Wilson se resistía a reconocerlo como tal: su país no aceptaría un no por respuesta. Una posición que el *premier* seguiría manteniendo en los próximos meses a pesar de no producirse ningún avance tras su visita a Versalles en la segunda quincena de junio.

Habría que esperar a la vuelta del verano para que la Comisión Europea emitiese su opinión formal sobre la solicitud británica. En su escrito, el Ejecutivo comunitario apostaba por el inicio rápido de las negociaciones, aunque no escondía las dificultades que planteaba la entrada para la economía británica ni la posibilidad de que estas fuesen importadas por la Comunidad<sup>523</sup>.

Los franceses tenían la coartada perfecta: no se oponían en principio a la participación de Reino Unido pero, antes de contemplarla, los británicos debían equilibrar su balanza de pagos y hacer de la libra una moneda puramente nacional, como la del resto de Estados miembros; es decir, la esterlina tenía que abandonar su papel como reserva

---

<sup>521</sup> Curiosamente, esta tendencia se produciría a la par que descendía la popularidad del *premier*. Citado en SPENCE, J.: “Movements in the public mood: 1961-75”, p. 23 en HOINVILLE y G. JOWELL, R.: op. cit.

<sup>522</sup> Resulta interesante apuntar que, al igual que los franceses ofrecían a Londres la opción de asociarse a la CEE como en su día plantearon a Macmillan, los británicos volvían a amenazar ahora con retirar sus tropas del Rin, una carta —la de la seguridad— que también había jugado el Gobierno *tory* durante las negociaciones sobre la adhesión en Bruselas.

<sup>523</sup> Ver *The Times*, 5-10-1967, p. 6.

internacional<sup>524</sup>. Un argumento que los “Friendly Five” también suscribirían, ya que la exposición de la libra a influencias externas podría suponer un freno a los planes de la CEE de ir acercándose hacia la unión monetaria<sup>525</sup>.

Al poco de recibir este informe desde el continente, y mientras se esperaba la respuesta formal de los Seis sobre la solicitud, una espiral de acontecimientos domésticos y externos obligaba al equipo de Wilson a devaluar la libra un 14,3%<sup>526</sup>. Una decisión que había tratado de evitar desde su llegada al poder en 1964, no solo porque todavía se recordaba la autoría laborista de la última devaluación —dictaminada por el Gobierno de Attlee en el 49— sino porque suponía un duro golpe a su deseo de preservar los últimos vestigios de la posición británica como poder mundial<sup>527</sup>. Además, la devaluación arruinaba definitivamente las promesas del *Labour* y, al tiempo que se llevaba por delante al *chancellor*<sup>528</sup>, exponía de forma dramática la debilidad de la libra y los desequilibrios de la economía nacional. Era el 18 de noviembre de 1967.

Al día siguiente, a través de un mensaje televisado que le perseguiría hasta el final de sus días, Harold Wilson trataba de tranquilizar a sus compatriotas asegurando que no notarían la devaluación en sus bolsillos. Sin embargo, la pérdida de valor de la esterlina supondría un aumento de los precios en las Islas e iría acompañada de un paquete de medidas impopulares que no empezaría a dar sus frutos hasta finales del año 69, cuando se lograría estabilizar la balanza de pagos.

Por lo pronto, quien no padecería el impacto de la devaluación sería De Gaulle, que mantendría inalterable su rechazo a la solicitud británica pese a ver como sus vecinos empezaban a poner su casa en orden, tal y como se le venía pidiendo últimamente desde

---

<sup>524</sup> Así lo hacía llegar el ministro de Exteriores francés, Couve de Murville, en la reunión del Consejo de Ministros en Luxemburgo a finales de octubre. Además, el jefe del Quai d’Orsay comparaba el caso actual de Reino Unido con el de Francia, que había tenido que tomar medidas económicas drásticas antes de adentrarse en el Mercado Común. Ver *The Times*, 24-10-1967, p. 1.

<sup>525</sup> La idea de la unión monetaria se puede encontrar tan pronto como 1961 en el Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa organizado y presidido por Jean Monnet. Citado en FORSTER, A.: *Britain and the Maastricht negotiations*, Basingstoke, Macmillan, 1999, p. 47.

<sup>526</sup> La paridad con el dólar se baja de 2,80 a 2,40.

<sup>527</sup> Si Suez había derribado las ilusiones imperiales de Reino Unido, esta devaluación le forzaría a realinear sus ambiciones internacionales con su geografía europea. Citado en STEPHENS, P.: op. cit., p. 156.

<sup>528</sup> Al igual que las medidas de julio del 66 habían supuesto el fracaso de la política económica de George Brown, la devaluación significaba ahora la derrota de Callaghan, que será sustituido por un Roy Jenkins que parecía brillar como ministro del Interior. Citado en PELLING, H.: op. cit., p. 142. Callaghan asumiría, en adelante, la cartera de Jenkins.

el otro lado del Canal<sup>529</sup>. El día 27, el presidente francés —para alegría de los detractores del Club en las Islas— confirmaba lo que parecía inevitable: el segundo veto de París a la entrada de Londres en la Comunidad; esta vez sin dejar que comenzasen siquiera las negociaciones.

De acuerdo con De Gaulle, el Mercado Común no podía absorber una excepción tan monumental como la que representaba el país anglosajón. Reino Unido había cambiado, sí, pero todavía no lo suficiente<sup>530</sup>. De hecho, a ojos del general, eran los británicos los que se volvían a vetar a sí mismos al no mostrarse tan europeos como se esperaba de ellos.

Esta visión sería rechazada por el resto de Estados miembros, partidarios de ampliar la Comunidad. No obstante, el Consejo de Ministros de la CEE —reunido los días 18 y 19 de diciembre— pondría de manifiesto que el sí de los Cinco sería insuficiente sin el *oui* de los franceses. Con un claro efecto *déjà vu*, 1967 se cerraba tal y como se había abierto el año 1963: en el tablero comunitario, Londres seguía en situación de fuera de juego.

### 1.3.6 Segundo *impasse*

El Gobierno británico había recorrido un largo trayecto hasta decidirse a llamar a la puerta del MC. No obstante, muchos se preguntaban ahora si se había hecho en el momento preciso, habida cuenta de que la oposición del Elíseo era de sobra conocida<sup>531</sup>. Sea como fuere, Harold Wilson iba a tener dificultades para saborear los dulces navideños, ya que despedía el año con una doble humillación: en cuestión de semanas había sufrido primero la devaluación y luego el rechazo de París.

En la Europa de los Seis, en cambio, 1967 se despedía con mejores sensaciones, a pesar de la disputa en torno a la ampliación. Es cierto que la tensión sobre el modelo político

---

<sup>529</sup> Como señalaba Morgan, el declive general de Reino Unido en su balanza de pagos y en su posición comercial hacía que su poder de negociación fuese ahora mucho más débil que seis años antes. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 272.

<sup>530</sup> Ver *The Times*, 28-11-1967, p. 1.

<sup>531</sup> Para ganarse al presidente francés, Harold Wilson había insistido en que la entrada de Londres permitiría reforzar la unidad de Europa y armar un bloque industrial-tecnológico potente frente a Washington y Moscú. De acuerdo con J. W. Young, Wilson sobreestimó ampliamente su capacidad para manipular a De Gaulle tal y como había hecho con su gabinete, pero el general nunca le dio razón alguna para creer que la solicitud triunfaría. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 96.

comunitario seguía ahí, mostrando las dificultades para conciliar la pulsión confederal del gaullismo con los postulados supranacionales. Pero, pese a ello, la voluntad de avanzar en conjunto seguía imponiéndose. De hecho, el Mercado Común cerraba el año de su décimo aniversario habiendo concluido con éxito y de manera conjunta las negociaciones de la Ronda Kennedy<sup>532</sup>, casi a la par que se fusionaban los Ejecutivos de las tres Comunidades Europeas —CECA, CEE y EURATOM—<sup>533</sup>. Además, en cuestión de meses entraría en vigor la unión aduanera, mucho antes de lo previsto en el Tratado fundacional.

La vitalidad del proyecto europeo sería, precisamente, la que llevaría al Gobierno de Harold Wilson a no retirar la candidatura de su país a formar parte de la familia comunitaria<sup>534</sup>. A diferencia de lo acontecido en 1963, Londres apostaba por mantener la solicitud sobre la mesa, de tal forma que esta se retomase en cuanto las circunstancias fuesen más favorables. Si de la ciudadanía británica dependiese, es probable que la decisión tomada hubiese sido la contraria, ya que el nuevo veto de Francia había vuelto a poner a la opinión pública en contra de las instituciones europeas<sup>535</sup>. No obstante, Londres había definido un camino y, ante la falta de alternativas creíbles, estaba decidida a no dar un paso atrás ni a explorar nuevas rutas que la alejasen de Bruselas.

En adelante, Harold Wilson —que, en la medida de lo posible, tratará de mantener la política europea al margen de su gabinete<sup>536</sup>— trabajaría por asegurar un contacto estrecho con la CEE y, especialmente, con los “Friendly Five”: si se le había negado la participación como miembro de pleno derecho —algo que para los anglosajones contrariaba la letra del Tratado de Roma, que reconocía el carácter abierto de la

---

<sup>532</sup> Después de tres años de negociaciones, esta nueva ronda del GATT llegaba a su fin a mediados de mayo de 1967.

<sup>533</sup> La fusión se produjo, formalmente, el 1 de julio, tal y como contemplaba el tratado firmado en Bruselas en abril de 1965.

<sup>534</sup> Como decía Judt, pese a la sombra del general De Gaulle, la Comunidad había adquirido un aura de inevitabilidad a finales de su primera década de existencia que hizo que otros Estados europeos empezaran a hacer cola para entrar. Citado JUDT, T.: op. cit., p. 453.

<sup>535</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 97. Por su parte, el evento organizado por el Movimiento Europeo en febrero del 68 en el Albert Hall de Londres demostraría que los líderes de los tres principales partidos británicos, así como las altas esferas del mundo empresarial y sindical del país estaban unidos por la entrada de Reino Unido en la CEE a pesar del veto del general De Gaulle. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 337.

<sup>536</sup> El *premier* recurre a los comités para abordar este asunto, consciente de la falta de consenso que generaba el acercamiento a la Comunidad en su Gobierno y en línea con su forma de hacer política —confiando en solo unos pocos—. Citado en PINE, M.: op. cit., p. 176.

Comunidad— al menos debía integrarse *de facto* para no descolgarse del progreso de los Seis.

Al otro lado del Canal, los británicos tenían en los países del Benelux a sus mejores aliados, ya que estos últimos deseaban que su adhesión actuase como contrapeso tanto al pretendido liderazgo de la Francia del general De Gaulle como al eje franco-alemán<sup>537</sup>. De hecho, de ellos partiría, a principios de 1968, la primera propuesta para relanzar las relaciones con los cuatro solicitantes: un foro permanente de consultas en materia política y económica<sup>538</sup>.

Los franceses, creyendo que dicha iniciativa concedía un peso excesivo a las naciones candidatas en los asuntos de la Comunidad, reaccionarían ofreciendo, en connivencia con Alemania, algún tipo de acuerdo en materia industrial y agrícola<sup>539</sup>. A medio camino entre ambos planteamientos se encontraría la idea de los italianos, que contribuían al debate con su propio memorándum. Sin embargo, ninguna propuesta lograría obtener el apoyo unánime de los Seis, que recibirían la primavera de 1968 sin ser capaces de consensuar una postura común.

Por aquel entonces, Reino Unido, con Michael Stewart de vuelta en el Foreign Office<sup>540</sup>, trataba de asimilar que Bonn<sup>541</sup> no iba a sacrificar su alianza con París por la ampliación y que el resto de Estados miembros, pese a sus esfuerzos, carecían de fuerza suficiente para imponer su propio criterio. Más que el poderío de Francia para hacer valer su opinión, lo que realmente mantenía unidos a los Seis pese a las discrepancias sobre la candidatura de Londres era que ninguno estaba interesado en la destrucción del Mercado Común. Y, contra ello, poco podían hacer los británicos.

---

<sup>537</sup> SENANTE, H.: “La Europa de los años 60 y la política española ante la CEE”, p. 146 en FORNER, S.: op. cit.

<sup>538</sup> En octubre del mismo año, el ministro de Exteriores belga, Pierre Hermel, plantearía en el marco de la UEO sin éxito —gracias, una vez más, al rechazo de París— un acuerdo intergubernamental que cubriese distintas áreas de cooperación europea, algunas de las cuales apenas habían sido tratadas en la Comunidad.

<sup>539</sup> De Gaulle y Kiesinger presentaban esta alternativa en una declaración conjunta al término de su encuentro celebrado a mediados de febrero.

<sup>540</sup> Tras la dimisión de George Brown a mediados de marzo del 68, habiendo amenazado con hacerlo en anteriores ocasiones.

<sup>541</sup> O, mejor dicho, Kiesinger, ya que Brandt —ministro de Exteriores, además de vicescanciller— era más favorable a la entrada de Londres, tal y como había demostrado en la reunión de los Seis a finales de febrero, cuando se ganó las críticas de los franceses por su intento de conciliar las tres propuestas planteadas sobre el vínculo de la Comunidad con los cuatro Estados solicitantes.

Sin embargo, de forma inesperada y casi imperceptible, la suerte de la solicitud británica empezaría a tomar un nuevo rumbo a raíz de los eventos de “Mayo del 68”, que se extenderían por todo el planeta pero dejarían una especial impronta en París<sup>542</sup>. Una parte de la juventud —hija del *baby boom* de posguerra, que había infantilizado la cara de Europa en los últimos tiempos— se rebelaba contra el corsé heredado de sus progenitores y exigía una sociedad con la que pudiese sentirse más identificada; un grito de malestar que, al conectar con el descontento de muchos trabajadores, acabaría desatando huelgas a lo largo y ancho del país.

Este amago revolucionario —que ya se venía cociendo durante años pero que alcanzaría ahora el punto de ebullición— instalaría a Francia temporalmente en la inestabilidad política, lo que obligaba a Londres a seguir muy de cerca el desarrollo de los acontecimientos en su país vecino, a sabiendas de que cualquier alteración podría influir en la suerte de su solicitud.

A corto plazo, la salida electoral planteada por De Gaulle —que optaba por disolver la Asamblea Nacional tras negarse a dimitir— acabaría beneficiando al gaullismo, que en los comicios de junio lograba aglutinar el voto de aquellos que pedían la vuelta al orden. Sin embargo, el presidente francés se había comprometido a llevar a cabo una reforma constitucional; una promesa que le acabaría apartando del Elíseo casi un año después, cuando sus compatriotas rechazaban por la vía del referéndum su proyecto de cambio. Con esta decisión, los franceses acabarían facilitando lo que los británicos habían sido incapaces de conseguir por sí mismos desde el año 61: el aflojamiento de la postura del Elíseo respecto a la ampliación de la Europa de los Seis.

No obstante, en el verano de 1968 nada parecía presagiar la caída del general, aunque la creciente debilidad del franco no tardaría en poner al Elíseo y a la propia Comunidad en apuros<sup>543</sup>. Por aquel entonces, la solicitud británica seguía esperando su momento en Bruselas con una calma tensa. Londres no cejaba en su empeño por mantenerse a rebufo

---

<sup>542</sup> Reino Unido tuvo su propio “Mayo del 68” en el mes de marzo, a raíz de las protestas contra EE. UU. por su papel en la Guerra de Vietnam.

<sup>543</sup> Hacia finales de año los Seis tendría que hacer frente a una crisis financiera que expondría las consecuencias de tener una unión aduanera sin una moneda común.

del Mercado Común, pero sabía que el contacto directo sería imposible mientras De Gaulle estuviese en el poder<sup>544</sup>. Y ello a pesar de que Reino Unido estaba dando pasos resueltos hacia la europeización que le pedían los franceses.

Así se había demostrado a principios de año, con el anuncio de Harold Wilson de que, en un plazo de cuatro años, serían retiradas las tropas nacionales situadas al este de Suez<sup>545</sup>. Esta medida, incluida en el programa de recortes exigido por la reciente devaluación, significaba la renuncia de la vieja *Britannia* a su rol global; el reconocimiento de su incapacidad para retener lo que durante tanto tiempo había sido suyo<sup>546</sup>. En adelante, los británicos tendrían sus defensas mejor equipadas en Europa occidental.

Por otro lado, el proceso de europeización volvería a mostrar su vigencia en las Islas antes de finalizar el año: una semana después de que se uniesen el Foreign Office y la Commonwealth Office en una sola entidad<sup>547</sup>, Harold Wilson aceptaba públicamente la adhesión de su país al Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa, liderado por Jean Monnet<sup>548</sup>. Ninguno de estos gestos simbólicos conmovió al general De Gaulle, como tampoco lo había conseguido la invasión de Checoslovaquia por parte de los tanques soviéticos en el mes de agosto<sup>549</sup>. La unidad política de Europa occidental tendría que seguir esperando.

Universitat d'Alacant

---

<sup>544</sup> Tras los comicios de junio del 68 en Francia, Georges Pompidou abandona el cargo de primer ministro en beneficio de Couve de Murville, quien a su vez cede su cartera de Exteriores a Michel Debré. Este último, a diferencia de su predecesor, no insistirá tanto en el obstáculo que suponía el estado de la economía británica para su entrada en la CEE como en la necesidad de consolidar previamente la Comunidad antes de contemplar la ampliación. Así pues, aunque los motivos del rechazo francés eran siempre diversos, se había producido un giro evidente en el discurso del Quai d'Orsay.

<sup>545</sup> Es decir, se anunciaba la retirada de Malasia, Singapur y del Golfo Pérsico, de tal forma que, a excepción de Hong Kong, la presencia británica más oriental se localizaría en Chipre. Por otro lado, este mismo año, por medio de los Acuerdos de Basilea, Reino Unido abandonaba en la práctica el rol de la libra como reserva y, por ende, el área de la esterlina. De acuerdo con Philip Stephens, la retirada del este de Suez sería la última expresión dolorosa de la continua tensión entre el poder económico menguante y las fantasías posimperiales. Citado en STEPHENS, P.: op. cit., p. 160.

<sup>546</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 283. Esta decisión no tendría buena acogida en Washington, resentido por la falta de apoyo del Gobierno de Wilson en Vietnam.

<sup>547</sup> El 18 de octubre se hacía efectiva esta decisión, que parecía más una absorción del Foreign Office que una verdadera unión entre ambas.

<sup>548</sup> Un movimiento que ganaba simbolismo al ser el único país que se adhería a la organización sin formar parte de la CEE. Unos días más tarde, en un discurso pronunciado en la conferencia del instituto de investigación The Federal Trust, George Brown reconocía que odiaba la frase "going into Europe" porque su país nunca había dejado de estar en Europa, al menos desde los tiempos de Boadicea, ya que Reino Unido siempre había sido necesario para tratar de hacer que las cosas funcionasen en el continente. HAEU: UWK/NS/DOC-12.

<sup>549</sup> La intervención soviética daría inicio a la doctrina Brezhnev —sucesor de Khrushchev— que, basada en la soberanía limitada, ahondaría la crisis de la autoridad moral de Moscú y de su socialismo en Occidente.

Reino Unido cerraría el año 68 tal y como lo había empezado, con una economía en plena convalecencia; un estado que seguía lastrando el atractivo de su integración al otro lado del Canal. La vieja potencia victoriana tendría dificultades para reconocerse en la etiqueta que, en estos momentos, identificaba a Reino Unido como el enfermo de Europa<sup>550</sup>. Además, los vientos de la contestación también venían soplando con fuerza sobre las costas británicas, contribuyendo a destejer las costuras que habían asegurado la cohesión social de antaño<sup>551</sup>: tensión racial<sup>552</sup>, auge del nacionalismo regional, estallido de la violencia en el Ulster<sup>553</sup>, enconamiento de los conflictos laborales<sup>554</sup>, etc. No debe extrañar que, en estos últimos meses, se sucediesen los rumores de complots contra el Gobierno de Harold Wilson<sup>555</sup>, incapaz de asegurar la gobernabilidad de un país desmoralizado y en plena transformación.

A principios de 1969, la entrada de Reino Unido en el Mercado Común se complicaría todavía más a raíz de un famoso desencuentro entre Londres y París: el llamado “Soames affaire”<sup>556</sup>.

En el mes de febrero, el general De Gaulle, en una clara muestra de su antipatía hacia el proyecto europeo, planteaba a Christopher Soames —embajador británico en la capital francesa— no solo la reducción de la CEE a un área de asociación económica en la que

---

<sup>550</sup> Valga como ejemplo el siguiente dato estadístico: entre 1958 y 1968 los ingresos reales en Reino Unido aumentaron un 38%, mientras que en la CEE lo harían un 75%. Citado en GEDDES, A.: *The European Union and British politics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2004, p. 69.

<sup>551</sup> Durante la segunda mitad de los sesenta, Europa, tanto al este como al oeste, presenció la mayor etapa de turbulencia política desde el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 215.

<sup>552</sup> La primera revuelta racial en Reino Unido se había producido en el verano de 1958. Sin embargo, diez años más tarde, la cuestión migratoria volvía al centro del debate público. Precisamente, en abril del 68, el diputado tory Enoch Powell pronunciaba su famoso y controvertido discurso en el que pedía el endurecimiento de los controles a la inmigración. La sombra de sus palabras le acompañaría el resto de su carrera política.

<sup>553</sup> Además de la violencia ejercida por el Ejército Republicano Irlandés (IRA), entre 1970-72 también cometería atentados la guerrilla anarco-comunista Brigada Iracunda —Angry Brigade en inglés—.

<sup>554</sup> A principios de 1969, el Gobierno británico trataría de revisar las relaciones industriales —sin éxito— con su propuesta “In Place of Strife”, que básicamente proponía transformar la negociación colectiva, de tal manera que no paralizase el país con continuas huelgas; es decir, que se estableciese un periodo de conciliación obligatorio antes de poder iniciarse una huelga.

<sup>555</sup> Se hablaba incluso de que Harold Wilson podría haber sido un agente secreto ruso, cuestión que investigaría el MI5 —el servicio de inteligencia de Reino Unido—.

<sup>556</sup> Ver WALL, S.: op. cit., pp. 319-331. Un evento que sería seguido por la retirada de París del consejo ministerial de la UEO, en señal de protesta por la idea planteada por Londres de usarlo como fórum para discusiones políticas. Citado en YOUNG, S.: *Terms of entry: Britain's Negotiations with the European Community, 1970-1972*, Londres, Heinemann, 1973, pp. 4-5.

Londres pudiese participar, sino también la creación de un bloque político-militar europeo independiente de la OTAN. Los británicos, incumpliendo la petición del presidente francés de mantenerlo inicialmente en secreto, lo filtrarían al resto de Estados miembros y más tarde a la prensa, desatando la ira en Francia.

La posibilidad de actualizar la *entente cordiale* daba paso, en cuestión de horas, a una nueva batalla dialéctica contra la “pérfida Albión”. En este ambiente de desconfianza, la participación de Londres en la Europa de los Seis parecía más remota que nunca.

### 1.3.7 “¡Goodbye, De Gaulle!; ¡Hello, Europe!”

Sin embargo, un par de meses después se producía un nuevo giro en los acontecimientos; todo un clímax en la historia de las relaciones entre Reino Unido y el proceso de construcción europea. El 27 de abril, los franceses escribían el epitafio político del general De Gaulle al votar en contra de la reforma constitucional planteada por su Gobierno. Siguiendo lo prometido, De Gaulle asumía la derrota y abandonaba la presidencia de la Quinta República.

De la noche a la mañana, el mayor obstáculo a la integración de Londres en la familia comunitaria había sido apartado. Sin embargo, la reacción inicial en Downing Street sería comedida: se podía sentir cierto alivio pero resultaba inoportuno dejarse llevar por las expectativas. En cualquier caso, no era momento de apurar los plazos. La marcha del general no necesariamente tenía que suponer el fin de la resistencia del Elíseo a la incorporación de los británicos al Club. Y, además, el periodo electoral que se abría en el continente, primero en la propia Francia y a la vuelta del verano en la RFA, aconsejaban cierta prudencia.

Los resultados de ambos comicios acabarían justificando las esperanzas de quienes aspiraban a ver ampliada la Europa de los Seis. La llegada al poder de Georges Pompidou —el delfín del general De Gaulle— y, poco después, de Willy Brandt —al frente de una coalición liderada, por vez primera desde la guerra, por los socialdemócratas— permitiría a Londres encontrar mayor receptividad en ambos países.

Por un lado, el nuevo inquilino del Elíseo entendía que la entrada de los británicos podría contribuir a neutralizar el creciente poderío de los germanos; un contrapeso que se volvería más necesario tras la elección de Brandt como canciller —firme partidario de que su país se acercase a Moscú<sup>557</sup>— y tras la devaluación del franco en agosto del 69, que reflejaba el debilitamiento de la Francia pos-De Gaulle. Respecto a Brandt, su llegada a la presidencia de la RFA garantizaba que el nuevo Gobierno alemán se mostraría más abierto a la incorporación de Reino Unido, habida cuenta de que el entusiasmo de su líder por la ampliación era mucho más acusado que el de su predecesor, el democristiano Kiesinger.

Ante este panorama, Downing Street no esconde su deseo de iniciar las negociaciones cuanto antes<sup>558</sup>. Ahora bien, Harold Wilson se verá obligado a moderar su entusiasmo y a combinar su deseo de entrar con la exigencia de hacerlo con ciertas condiciones<sup>559</sup>, no solo por la cercanía de una nueva cita electoral en las Islas sino también por el deterioro que venía arrastrando la causa europeísta entre sus conciudadanos: los anglosajones querían, sobre todo, tener claro cuánto les iba a costar la integración.

Un sondeo publicado por el *Daily Telegraph* en el mes de septiembre indicaba que solo el 26% de los encuestados apoyaba la entrada, frente al 57% que defendía la opción contraria<sup>560</sup>. Curiosamente, justo cuando estaba más cerca que nunca la entrada de Reino Unido en la Comunidad, más dubitativos se mostraban los británicos sobre el beneficio

---

<sup>557</sup> Willy Brandt sería, precisamente, quien iniciase tras su llegada al poder la llamada “Ostpolitik”, en un intento por normalizar las relaciones con los países de Europa del Este.

<sup>558</sup> El corresponsal de *La Vanguardia Española* en Londres recuperaba en esta época un comentario que decía lo siguiente: “Después del largo purgatorio impuesto por De Gaulle, parece que ya están abiertas las puertas del paraíso comunitario”. Citado en *La Vanguardia Española*, 7-5-1969, p. 21.

<sup>559</sup> De hecho, en la conferencia anual laborista, celebrada en octubre en la ciudad de Brighton, el partido aprobaba la solicitud a la CEE pero, para acallar a los rebeldes, incluía la garantía de que se salvaguardase la balanza de pagos y el coste de vida de los británicos. Ver *The Times*, 3-10-1969, p. 1. Por su parte, los *tories* —que celebraban su encuentro en la misma ciudad pocos días después— mantendrían su apoyo a la solicitud pero no directamente a la entrada; opción, esta última, que Edward Heath tendría mayores problemas para sacar adelante. Ver *The Times*, 10-10-1969, p. 1. El propio Heath publicaría este mismo mes una pieza en la revista *Foreign Affairs*, reconociendo que, en estos momentos, Reino Unido tenía menor capacidad que en años anteriores para asumir las obligaciones de la integración si no se alcanzaban algunos acuerdos especiales. Citado en HEATH, E.: “Realism in British foreign policy” en *Foreign Affairs*, nº 1, vol. 48, octubre 1969, pp. 41-42.

<sup>560</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 349. Stephen Wall hace referencia a una encuesta de marzo del 69, según la cual un 19% de los británicos eran favorables a la entrada de su país en la Comunidad, mientras que en los Estados miembros el apoyo alcanzaba, de media, el 64%. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 356. No debe extrañar, por tanto, que este mismo año naciese la plataforma “Campaign for an Independent Britain”.

de dicho anclaje, preocupados por su impacto sobre las arcas nacionales, ya de por sí debilitadas.

Menos dudas tendría ahora la Comisión Europea, que a principios de octubre presentaba su opinión revisada sobre la solicitud de los Estados candidatos. A diferencia de su valoración del año 67, esta vez las conclusiones eran más favorables para los intereses británicos, lo cual reafirmaba su juicio previo: las negociaciones debían iniciarse tan pronto como fuera posible<sup>561</sup>. Sin embargo, los franceses no permitirían que se empezase a abordar la ampliación sin antes dejar resuelta, de forma definitiva, la financiación de la PAC, cuyo periodo transitorio se consumaba a finales de año, tal y como recogía el Tratado fundacional. La mayor flexibilidad del Elíseo respecto al crecimiento de la familia comunitaria tenía un precio.

Durante los días 1 y 2 de diciembre, la ciudad holandesa de La Haya sería testigo de la capacidad del proyecto europeo para avanzar cuando existía voluntad política genuina entre sus miembros<sup>562</sup>. Esta cumbre se aseguraba un lugar especial en los anales de la construcción europea al presenciar el triunfo de la fórmula “realización/conclusión-profundización-ampliación”, patrocinada por los franceses.

En primer lugar, París conseguía que se completase el Mercado Común asegurando una regulación financiera definitiva en materia agrícola. Por otro lado, se acordaba discutir una serie de medidas para fortalecer la Comunidad, destacando entre ellas la mayor cooperación en el ámbito económico y monetario, habida cuenta de las tensiones que estaba padeciendo el sistema de Bretton Woods<sup>563</sup>. Y, por último, los Seis daban la bienvenida a una Europa ampliada, sin ofrecer una fecha concreta pero comprometiéndose a adoptar a corto plazo una postura común que activase el inicio de las negociaciones<sup>564</sup>.

---

<sup>561</sup> Ver *The Times*, 3-10-1969, p. 1.

<sup>562</sup> Así lo entendería el ministro de Exteriores alemán, Walter Scheel, que al término de la cumbre ponía en valor que se hubiese acordado en tanto poco tiempo un comunicado conjunto final tan largo. Ver *The Times*, 3-12-1969, p. 5.

<sup>563</sup> De aquí surgiría el llamado Plan Werner, aprobado por el Consejo de Ministros de la CEE en 1971. Un documento que no lograría despegar por la inestabilidad económica y monetaria a nivel internacional.

<sup>564</sup> Según lo acordado en esta cumbre —no por la letra del comunicado final sino por la palabra dada por Pompidou a Brandt— a mediados de 1970 se reabrirían las negociaciones con Londres. Citado en PINE, M.: op. cit., p. 152.

En pocas palabras, Francia aseguraba los fondos agrícolas, el resto obtenía la ampliación y, todos ellos, en conjunto, celebraban el relanzamiento del proyecto europeo para afrontar con mayores garantías la entrada en la nueva década —que daría paso, oficialmente, a la fase definitiva del Mercado Común, tras los doce años de transición previstos en Roma—.

Con cierta perspectiva, la reunión de La Haya acabaría teniendo una doble lectura en Reino Unido. Es verdad que el ensanchamiento de la Pequeña Europa parecía cada vez más cercano pero, al mismo tiempo, el nuevo sistema de financiación de la PAC —definido tres semanas después, justo antes del parón navideño<sup>565</sup>— acabaría generando en las Islas incontables quebraderos de cabeza: presumiblemente, Londres se convertiría en contribuyente neto —junto a Bonn, quedando el resto de miembros como beneficiarios<sup>566</sup>— de un presupuesto que, dedicado en buena medida a la agricultura —en contra de los intereses británicos— sería cubierto en adelante con recursos propios de la Comunidad, que adquiriría progresivamente autonomía financiera al suprimirse las transferencias nacionales directas<sup>567</sup>.

Aunque resultaba difícil calcular su verdadero impacto, los británicos sabían que para ellos, que no habían podido influir directamente en su diseño, el coste sería elevado<sup>568</sup>. Sin embargo, este era el precio que tenían que pagar en un principio a cambio de que se abordase la ampliación: un peaje —para algunos, más bien, una suerte de impuesto revolucionario— presentado por los Seis como parte del acervo comunitario y que, como tal, Londres debía aceptar si quería acceder al Club.

---

<sup>565</sup> El 22 de diciembre, el Consejo de Ministros de la CEE acordaba que, a partir del año 75, el Mercado Común dependería de los recursos propios de la Comunidad para cubrir el presupuesto, que estarían compuestos por gravámenes agrícolas, tasas aduaneras y una parte del IVA. Ver *The Times*, 23-12-1969, p. 3.

<sup>566</sup> WALL, S.: *The Official History of Britain and the European Community, Vol. III: The Tiger Unleashed, 1975-1985*, Londres, Routledge, 2019, p. 3.

<sup>567</sup> Para ello resultaría clave la Decisión del Consejo del 21 de abril de 1970 —y el Tratado de Luxemburgo firmado al día siguiente— que para Daniel Strasser ha constituido una etapa capital en la historia presupuestaria de la Comunidad Europea. Citado en STRASSER, D.: *La Hacienda de Europa: el derecho presupuestario y financiero de las Comunidades Europeas*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1993, p. 32. De las contribuciones directas de los Estados miembros en base a sus PIB relativos se pasa a la financiación vía impuestos agrícolas, aranceles aduaneros e IVA. Citado en BJORN, H. y HIX, S.: *Sistema político de la Unión Europea*, Madrid, McGraw-Hill, 2012, p. 226. Habría que esperar al año 1980 para que se alcanzase el primer presupuesto con recursos enteramente propios. FERNÁNDEZ, D.: *Fundamentos económicos de la Unión Europea*, Madrid, Thomson, 2007, p. 194.

<sup>568</sup> Además, aquellos que más criticaban en las Islas la adhesión de su país al Mercado Común verán en el nuevo arreglo presupuestario una señal evidente de la pujanza de la idea federal en la CEE, lo que sería confirmado por la cesión de ciertas responsabilidades en la materia al Parlamento Europeo.

La preocupación de los británicos por el coste de la entrada no haría más que aumentar con la entrada en el nuevo año. El 10 de febrero de 1970, Harold Wilson reconocía en los Comunes que el impacto económico de pertenecer al Mercado Común había sido actualizado al alza<sup>569</sup>. Aún así, el *premier* insistía en que, dado que se desconocían los términos de la entrada, no tenía sentido frenar el inicio de las negociaciones. Ahora bien, uno de los objetivos prioritarios de la delegación británica en Bruselas sería, indudablemente, asegurar una contribución justa; una causa legítima, a ojos de los británicos, por el menor crecimiento de la economía doméstica en los últimos años en comparación con la de los Seis<sup>570</sup>. Por todo ello, no debe extrañar que en el mes de abril el apoyo de los anglosajones a la participación en la Comunidad se redujese al 19%<sup>571</sup>.

A pesar de ello, el desencanto de la opinión pública no cambiaría los planes de Downing Street, que ese mismo mes, mientras desarrollaba su posición negociadora, presentaba al equipo negociador que defendería los intereses de la nación en las discusiones con los Seis. Poco después, a principios de mayo, el Consejo de Ministros de la CEE fijaba el 30 de junio como fecha para la ceremonia inaugural de las negociaciones. Todo parecía estar listo para que comenzase el asalto final entre Londres y Bruselas. Después de dos años esperando su momento, la solicitud británica —y la del resto de países que estaban a la cola— conseguía situarse, por fin, al frente de la agenda comunitaria.

Sin embargo, el 29 de mayo, a petición del *premier*, la reina Isabel II disolvía el Parlamento británico, abriendo oficialmente la campaña electoral que precedería a los

---

<sup>569</sup> Así lo recogía el Libro Blanco que presentaba ante la Cámara, titulado “Britain and the European Communities: An Economic Assessment”. Este documento aseguraba que la entrada golpearía la balanza de pagos y que los precios podrían subir hasta un 26% en las Islas. De ahí que, tras su publicación, algunos creyesen que el entusiasmo de Wilson por la entrada se había enfriado. No obstante, parecía más bien un movimiento táctico de Downing Street para presionar a los Seis ante la apertura inminente de las negociaciones. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 90.

<sup>570</sup> Entre 1950 y 1970 la economía de Reino Unido creció la mitad que la de sus vecinos de Europa occidental. Citado en KAVANAGH, D.: op. cit., p. 16. Otra estadística: entre los años 1960-70 el Producto Nacional Bruto de los Seis aumentó de media un 4,2% al año frente al 2,3 en Reino Unido. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 41. Tal y como advierten Crafts y Woodward, aunque el crecimiento de la economía británica en los cincuenta y sesenta fue impresionante de acuerdo a sus propios registros históricos, fue desoladoramente pobre respecto al de otros países. Citado en CRAFTS, N. F. R. y WOODWARD, N. W. C.: op. cit., p. 8. Además, si ahora el PNB de Reino Unido estaba muy por debajo del de Alemania y Francia, se esperaba que al final de la década de los setenta el PNB del país galo doblase el de los británicos. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 384.

<sup>571</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 223. Previamente, justo después de publicarse el Libro Blanco sobre el impacto económico de la entrada, el apoyo había descendido al 22%. Citado en SPENCE, J.: “Movements in the public mood: 1961-75”, p. 27 en HOINVILLE y G. JOWELL, R.: op. cit.

comicios del 18 de junio. Con la convocatoria de elecciones anticipadas, Harold Wilson trataba de capitalizar la mejora que venía registrando la balanza de pagos<sup>572</sup> —tras el duro reajuste que había seguido a la devaluación— y, al verse favorecido por las encuestas frente a una oposición endeble, esperaba que el mayor optimismo hiciese olvidar al electorado las dificultades que venía arrastrando su Gobierno desde 1964 para cumplir con sus promesas.

Es cierto que, desde su llegada al poder, el país se había transformado profundamente, acompañando el cambio de la sociedad británica —y, especialmente, de los más jóvenes, en plena revisión del sistema de valores heredado— con una serie de medidas legislativas que aspiraban a convertir a Reino Unido en un país más abierto y civilizado<sup>573</sup>. Empero, la reforma económica estaba todavía pendiente. Y ahora le correspondía decidir a los electores si, por tercera vez consecutiva, confiarían dicha tarea al laborismo que representaba Harold Wilson<sup>574</sup>: una rama del partido más pragmática que doctrinaria, y que aspiraba a consolidar su formación como una máquina electoral al estilo del Partido Demócrata estadounidense.

Curiosamente, Europa sería la gran ausente de la campaña. La prudencia reinaba en los manifiestos de los dos principales partidos, que defendían la entrada solo si las condiciones satisfacían los intereses nacionales<sup>575</sup>. Dado que existía cierto consenso en Westminster sobre el acercamiento a los Seis, no había lugar al debate, a pesar del creciente desagrado que generaba la entrada entre la ciudadanía<sup>576</sup>.

---

<sup>572</sup> La misma que había permitido a Roy Jenkins presentar en abril unos presupuestos menos duros que los de los dos años anteriores.

<sup>573</sup> Durante este periodo, se liberalizan, entre otras, las leyes sobre el aborto, la homosexualidad, la pena capital, la censura y el divorcio. Y, además, se aprueba una ley que criminaliza la discriminación racial y prohíbe la incitación al odio racial. Citado en BLACK, J.: op. cit., p. 139.

<sup>574</sup> Algunos se referían al gabinete de Harold Wilson como un Gobierno de coalición, tratando de enfatizar la diversidad de ramas del laborismo que acogía en su seno.

<sup>575</sup> A diferencia del manifiesto del 66, los *tories* ya no hablaban de entrar sino de negociar la entrada. Ver “A Better Tomorrow”, programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de 1970. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/1970/1970-conservative-manifesto.shtml> (5-5-2021, 8:53). Cabe recordar que, en marzo del 69, el diputado *tory* Enoch Powell había hecho una intervención pública pidiendo que su país retirase la solicitud al Mercado Común. Era la primera figura de relevancia del Partido Conservador que se oponía al consenso de la formación sobre la política hacia la Comunidad, lo que obligaba a Heath a extremar la precaución para preservar la unidad de la formación que lideraba.

<sup>576</sup> En estos momentos, la gente sabía poco sobre la CEE, no veía la política europea como una prioridad en la acción del Gobierno y, aunque por lo general era contraria a la entrada, se resignaban ante la posibilidad de que su país se acabase uniendo. Citado en SPENCE, J.: “Movements in the public mood: 1961-75”, p. 28 en HOINVILLE y G. JOWELL, R.: op. cit.

Ello explica que, unos meses antes, el diputado conservador Bruce Campbell hubiese propuesto la celebración de un referéndum en el que los británicos pudiesen expresar su opinión sobre la participación en la Comunidad, ya que quienes se oponían a ella no tenían forma de canalizar políticamente su rechazo en estas elecciones<sup>577</sup>. A estas alturas, en la nación que más presumía de su democracia representativa —y, por tanto, de la soberanía de Westminster— ninguna formación avalaba la consulta popular, por mucho que coincidiesen en valorar la adhesión al Club como un punto de inflexión en la historia del país.

Por lo pronto, los electores seguían teniendo la última palabra sobre quien merecía residir en Downing Street. Y, contra todo pronóstico, sería Heath quien se haría con las llaves del poder<sup>578</sup>. El carisma de Harold Wilson se veía superado por la seriedad del nuevo *premier*, que pese a alcanzar la cima con un currículum extraordinario y un programa innovador<sup>579</sup> tendría por delante una legislatura traumática, sombría y breve<sup>580</sup>.

Eso sí, haciendo gala de su habilidad en la navegación, Edward Heath sería recordado como el primer ministro que acabó poniendo el rumbo del país hacia las costas

---

<sup>577</sup> La propuesta de Campbell no prosperaría en los Comunes. Ver *The Times*, 11-12-1969, p. 6. Tras los comicios de 1970, la cuestión europea volvería a ser un campo de batalla partidista. Los defensores del referéndum sobre la entrada en la Comunidad se van organizando pero siguen siendo una minoría. A principios de este año, precisamente, nace la plataforma “Common Market Safeguards Campaign”, que tratará de contrarrestar al “British Council for the European Movement”. La primera de ellas publicaría un documento de apenas quince páginas titulado “The truth about the Common Market, 1971-2”. Entre los argumentos esgrimidos para defender el rechazo a la entrada se hablaba del Mercado Común como una organización autoritaria, que probablemente derivaría en un Estado federal, de modo que una independencia política genuina resultaría incompatible con la participación en ella. Además, se advertía que una vez dentro no habría forma legal ni pacífica de abandonarla. HAEU: UWK/NS/DOC-39.

<sup>578</sup> Con una mayoría de 31, si se le sumaban los escaños de los unionistas. Algunos observadores consideraban que los laboristas se habían visto perjudicados en las urnas por no haber movilizado al electorado. Al plantear una campaña alejada de la polémica, el *Labour* habría fomentado la apatía entre sus votantes. Otras voces apuntaban la posibilidad de que el electorado hubiese pensado que para hacer política conservadora ya estaban los *tories*. Pippa Norris ha señalado que a partir de estos comicios se acaba la era del dominio bipartidista iniciada en 1945 y se abre la era del declive bipartidista, extendida al menos hasta 1992. Este último periodo se caracteriza por la volatilidad del votante y las olas irregulares de apoyo a terceros partidos. Citado en NORRIS, P.: *Electoral change in Britain since 1945*, Oxford, Blackwell Publishers, 1997, p. 17. La propia autora recoge la siguiente estadística: entre 1945 y 1970 la cuota del voto entre los dos principales partidos alcanzaría de media el 91,5%, mientras que entre 1970 y 1992 no superaría el 77%. Citado en NORRIS, P.: op. cit., p. 36.

<sup>579</sup> A principios de 1970, en la reunión de los conservadores en Selsdon Park, se acordaban cinco temas como ejes centrales de la política *tory*: recorte de impuestos, reforma sindical, ley y orden, control migratorio y pensiones más altas para los mayores de ochenta años. Ver *The Times*, 2-2-1970, p. 1. Un encuentro que acabarían recordándole al nuevo *premier* sus propios compañeros de partido, al entender que su gestión contrariaba los principios acordados en aquel entonces.

<sup>580</sup> RICHARDS, S.: op. cit., p. 66. La legislatura de Heath no podría comenzar con peor pie. En el mes de julio, fallecía una de las figuras más importantes del nuevo Gobierno, el *chancellor* Iain Macleod.

continentales. Es cierto que el Gobierno saliente había dejado el terreno preparado<sup>581</sup>. Pero, previamente, él mismo se había encargado de abrir el camino como jefe de la delegación británica durante las negociaciones de los años 61-63. Un esfuerzo —más valorado, si cabe, por las dificultades de lidiar con una Comunidad todavía en plena construcción— que le había merecido el Premio Carlomagno y la etiqueta de “Sr. Europa”. Como diría Hugo Young, Heath era, sin duda alguna, el padre del Reino Unido europeo<sup>582</sup>.

### 1.3.8 El “sí quiero” de Heath

Así pues, casi sin tiempo para saborear la victoria, Edward Heath cogía el testigo de su predecesor y permitía que, tal y como estaba previsto, el 30 de junio tuviese lugar en Luxemburgo el comienzo solemne de las negociaciones<sup>583</sup>. Como diría el *ex premier* conservador, Douglas-Home —de nuevo a cargo del Foreign Office— se había acabado la retórica: llegaba la hora de la verdad<sup>584</sup>.

Apenas unas semanas más tarde, el 21 de julio, la delegación británica liderada por Anthony Barber —pronto sustituido por Geoffrey Rippon<sup>585</sup>— se presentaba en el barrio europeo de Bruselas<sup>586</sup> para afrontar su primera sesión de trabajo, consciente de la ardua tarea que tenía por delante para poder cumplir con los plazos marcados por Downing Street: el próximo verano, las preocupaciones fundamentales de los británicos deberían estar resueltas; un sentido de urgencia que también sería palpable entre los Seis. De ahí que los grandes temas quedasen definidos desde muy pronto: el acceso del azúcar

---

<sup>581</sup> De hecho, el Gobierno entrante de Heath utilizaría la solicitud de su predecesor para reiniciar las negociaciones con los Seis. Autores como Melissa Pine —en su obra ya citada— o Uwe Kitzinger —en *The Second Try* (1968)— han tratado de poner en valor tanto la solicitud de Harold Wilson como su persistencia pese al veto y todo el trabajo hecho hasta su salida de Downing Street, sin los cuales no se podría entender el éxito final de la empresa comunitaria llevada a cabo desde Reino Unido.

<sup>582</sup> Simbólicamente, Heath se crio teniendo enfrente la costa francesa y, más tarde, participaría en la liberación de Amberes. Además, estaría presente en los juicios de Núremberg contra el régimen nazi de Hitler. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 216.

<sup>583</sup> Para una exposición detallada de las negociaciones ver O’NEILL, C.: *Britain’s Entry into the European Community, Report on the Negotiations of 1970-72*, Londres, Whitehall History Publishing, 2000.

<sup>584</sup> *The Times*, 1-7-1970, p. 4.

<sup>585</sup> Tras la muerte del *chancellor* Iain Macleod, Heath entrega el 11 de Downing Street a Anthony Barber, que asume su nuevo cargo el 28 de julio.

<sup>586</sup> En esta ocasión, las negociaciones tendrían lugar tanto en Bruselas como en Luxemburgo.

procedente de la Commonwealth, las exportaciones de Nueva Zelanda y las finanzas comunitarias —incluyendo la PAC—<sup>587</sup>.

Ahora bien, más allá de los aspectos técnicos, para los británicos el fondo de la cuestión descansaba en una pregunta elemental: ¿merecería la pena pagar un precio alto por la entrada? Por ahora, pocos lo creían<sup>588</sup>. No obstante, el Gobierno de Heath, consciente del carácter volátil de la opinión pública respecto a Europa, esperaba que unas negociaciones rápidas y exitosas, seguidas de una campaña en defensa de los términos acordados, lograsen persuadir a la ciudadanía del mérito de la adhesión. Además, Downing Street también estaba obligado a convencer a los miembros del Parlamento británico, donde los *tories* tenían una magra mayoría. Por todo ello, la delegación anglosajona enfrentaría las discusiones con la mirada puesta en el continente pero, sobre todo, en las Islas.

A diferencia de lo ocurrido en la época de Harold Macmillan, las conversaciones sobre el anclaje de los británicos en el club comunitario fluirán ahora con mayor dinamismo, dominando desde el principio un espíritu constructivo. Al margen de las vicisitudes inherentes a toda negociación —motivadas, en buena medida, por las dificultades de los Seis para articular una posición común— parecía existir voluntad en ambas partes por alcanzar un acuerdo que alumbrase una Comunidad ampliada y, por tanto, una Europa más unida.

Este clima favorable al otro lado del Canal contrastaba con un ambiente más crispado en suelo anglosajón. A la vuelta del verano de 1970, con las negociaciones todavía en fase temprana, tanto el Partido Conservador como el Partido Laborista comprobaban en sus respectivos congresos anuales la fuerza del sector crítico con el Mercado Común. De las cuarenta mociones presentadas en la conferencia *tory* sobre la cuestión europea, una de ellas rechazaba la entrada y diecisiete expresaban sus reservas<sup>589</sup>. En el *Labour*, por su parte, el Comité Ejecutivo Nacional sufría para sacar adelante su política de esperar a

---

<sup>587</sup> Los británicos aceptan desde el principio tanto la política agrícola como los acuerdos financieros alcanzados por los Seis entre diciembre del 69 y abril del 70. Por otro lado, tal y como recuerda Simon Z. Young, en las cuestiones más importantes los Seis iniciarían las negociaciones desde una posición de fuerza —a diferencia de lo ocurrido anteriormente— ya que ahora podían exigir que los países candidatos aceptasen el sistema comunitario, ahora ya establecido. Citado en YOUNG, S.: op. cit., p. 11.

<sup>588</sup> Un sondeo publicado por el *Daily Mail* en octubre de 1970 mostraba que un 24% de los encuestados eran favorables a la entrada frente a un 61% que se pronunciaba en contra. Ver *The Times*, 13-11-1970, p. 10.

<sup>589</sup> Ver *The Times*, 17-9-1970, p. 4.

conocer los términos antes de emitir un juicio final sobre los mismos<sup>590</sup>. Efectivamente, los anti-MC eran un movimiento sin partido<sup>591</sup>. Coincidiendo prácticamente con el fallecimiento del general De Gaulle —año y medio después de abandonar el Elíseo— parecía claro que esta vez la sombra del veto estaría en el propio Reino Unido<sup>592</sup>.

El año 1971 iniciaba su andadura consciente de las expectativas que tenían puestas en él aquellos que aspiraban a presenciar el *élargissement* de la Comunidad. No obstante, habría que esperar a la primavera para que las discusiones comenzasen a alcanzar su clímax, justo a tiempo para cumplir con el calendario previsto: los principales cabos debían estar atados antes del parón estival.

No por casualidad, a principios de abril Edward Heath —tratando de dar el impulso definitivo a las negociaciones— se reunía con el canciller alemán, Willy Brandt, y mes y medio más tarde hacía lo propio con el presidente francés, Georges Pompidou, en una cumbre que acabaría siendo vista como el principal hito de la negociación<sup>593</sup>.

Es cierto que durante los días previos a esta reunión la incertidumbre ya se venía evaporando en Bruselas, donde las conversaciones parecían progresar a otro ritmo. De hecho, el jefe de la delegación anglosajona había reconocido que, si no el verde, se había encendido el ámbar en el camino de Londres hacia el Mercado Común<sup>594</sup>. Pero la buena sintonía entre ambos líderes y la sinceridad del europeísmo del *premier* serían fundamentales para que, gracias al acuerdo alcanzado, se avanzase con mayor velocidad justo cuando se encaraba la recta final. En la misma sala donde De Gaulle había

---

<sup>590</sup> Una resolución del Sindicato de Trabajadores Generales y de Transporte —rechazada por la mínima— ponía tantas condiciones a la entrada que, en la práctica, la hacían imposible. Pese a ello, los anti-MC lograrían el compromiso de ser consultados sobre las condiciones finales; muy probablemente a través de una conferencia especial. Ver *The Times*, 1-10-1970, p. 1. La posición aprobada ahora por el laborismo sería muy similar a la adoptada en su día por Hugh Gaitskell ante la negociación solicitada por el Gobierno de Harold Macmillan.

<sup>591</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 351. Solo los liberales estaban claramente a favor de la entrada en la CEE.

<sup>592</sup> Georges Pompidou reaccionó diciendo que Francia quedaba viuda. De acuerdo con Benjamin Grob-Fitzgibbon, Pompidou era ahora, a ojos de los británicos, una viuda dispuesta a ser cortejada. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 341.

<sup>593</sup> Para Alex May, seguramente el mayor triunfo diplomático de Edward Heath. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 50.

<sup>594</sup> *La Vanguardia Española*, 14-5-1971, p. 3. Este mismo día, el propio *The Times* señalaba desde su espacio editorial que, por vez primera, los británicos habían empezado a creer que la entrada iba a ocurrir. Ver *The Times*, 14-5-1971, p. 17.

pronunciado su primer veto en enero del 63<sup>595</sup>, los dos mandatarios confirmaban ahora el éxito de sus conversaciones y, por ende, el paso de gigante hacia la Europa ampliada. El principal objetivo político de Heath parecía estar al alcance de la mano.

Un mes más tarde, en la jornada del 23 de junio, las discusiones llegaban a su fin en la ciudad de Luxemburgo: las puertas del Mercado Común se abrían para recibir a Reino Unido<sup>596</sup>. Curiosamente, ello acontecía el mismo día que los británicos votarían, cuarenta y cinco años después, a favor de abandonar el proyecto europeo. Tras un año en la mesa de negociaciones, Downing Street tenía ya los términos con los que trataría de amarrar las Islas al continente. Para que ello sucediese, faltaba el consentimiento ineludible de Westminster.

Teóricamente, el *Labour* había acordado esperar a conocer en detalle las condiciones de la entrada para adoptar una posición oficial al respecto. No obstante, el tiempo de espera mientras se desarrollaban las negociaciones no conseguiría acallar la voz del sector más euroescéptico —fundamentalmente el ala izquierda del *Labour*, reforzada tras la reciente derrota en las urnas— que no dejaría de presionar para que su formación acabase rechazando la política europea del Gobierno *tory*<sup>597</sup>.

James Callaghan, uno de los hombres fuertes del laborismo —y serio candidato a disputar el liderazgo a Harold Wilson— no tardaría en recoger el guante lanzado por la corriente antimercadista, aunque ello implicase vulnerar la política de “esperar y ver” acordada por su propio partido. A finales de mayo, apenas unos días después de que el tándem Heath-Pompidou resucitase en París la *entente cordiale*, el político de Portsmouth, posicionándose antes de tiempo, pronunciaba un discurso que certificaba el enfriamiento de su entusiasmo por la construcción europea.

---

<sup>595</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 237.

<sup>596</sup> A principios de junio se había llegado a un acuerdo sobre el azúcar de la Commonwealth. Ahora, en el encuentro final, se resuelve la cuestión de Nueva Zelanda y el tema de la contribución financiera. Respecto a la PAC y, en concreto, a la política pesquera, el acuerdo definitivo acabaría llegando a finales de año. Para un resumen de los términos finales acordados ver *The Times*, 24-6-1971, p. 7.

<sup>597</sup> En enero de 1971, más de una centena de diputados laboristas firmaban una moción oponiéndose a la entrada en los términos previstos. Cabe recordar que, para muchos miembros del laborismo, la derrota de 1970 demostraba que el electorado había castigado el acercamiento de Wilson al centro, por lo que el *Labour* debía reafirmar su condición de partido socialista.

En su opinión, la adhesión a una CEE dominada por Francia acabaría con la identidad nacional de los británicos<sup>598</sup>. Con su ya célebre “non, merci beaucoup”<sup>599</sup>, Callaghan se negaba a respaldar los términos que los conservadores llevasen a sede parlamentaria. De esta forma, el futuro *premier* se presentaba ante los suyos como una figura de consenso que podría ejercer de puente entre las distintas familias y sensibilidades del partido<sup>600</sup>.

Harold Wilson tenía que reaccionar<sup>601</sup>. En juego estaba la unidad del Partido Laborista —es decir, su elegibilidad como alternativa de gobierno— y, con toda probabilidad, su supervivencia como líder del socialismo anglosajón.

Una vez publicado el Libro Blanco del Gobierno con las condiciones alcanzadas en el continente<sup>602</sup> —según Downing Street, justas y razonables<sup>603</sup>— Wilson aprovechaba la conferencia especial del *Labour*, celebrada diez días más tarde, para oponerse al acuerdo negociado con los Seis<sup>604</sup>. Una postura que le permitía ser coherente con su apuesta previa por la entrada<sup>605</sup> —que seguía sin cuestionar, para tranquilidad del sector europeísta liderado por el *deputy leader*, Roy Jenkins— y, al mismo tiempo, no fallar a quienes venían reclamando dureza contra los *tories*<sup>606</sup>, ya fuera por el convencimiento de que los

---

<sup>598</sup> Ver *The Times*, 26-5-1971, p. 5.

<sup>599</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 359.

<sup>600</sup> Entiéndase por familias el Comité Ejecutivo Nacional, los diputados laboristas, las bases y los sindicatos.

<sup>601</sup> Además de James Callaghan, otras figuras importantes del partido como Denis Healey o Tony Crosland también se habían manifestado en la primavera del 71 en contra de la participación en la CEE. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 415. Por otro lado, el Comité Ejecutivo Nacional estaba virando hacia la izquierda y los sindicatos no perdonaban al ex *premier*, Harold Wilson, su intento de reducir su poder.

<sup>602</sup> Este documento, que alcanza las 20.000 palabras, reconoce que con la entrada aumentaría el precio de los alimentos y que el comercio con la Commonwealth saldría dañado. Por el contrario, la adhesión conllevaría, entre otras, ganancias en el ámbito tecnológico, el refuerzo de la voz de Reino Unido en el mundo y una mejora de la economía doméstica. Además, tratan de contenerse miedos comunes, como la pérdida de soberanía. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 105.

<sup>603</sup> Ver *The Times*, 8-7-1971, p. 1. Roy Denman, miembro distinguido del equipo negociador británico, diría años después que el objetivo de la delegación anglosajona era asegurar unos términos de entrada aceptables y que, en cierto sentido, estos eran irrelevantes: ningún tripulante del Titanic habría dicho “solo cogeré un bote salvavidas si está correctamente fregado, bien pintado y equipado con provisiones adecuadas de comida y bebida”. Citado en DENMAN, R.: op. cit., p. 233.

<sup>604</sup> Estas son las alegaciones del ex *premier* que justificaban su oposición: falta de claridad acerca del impacto de la entrada en la balanza de pagos, falta de protección frente a los movimientos de capital, falta de salvaguardas para los productores de azúcar de la Commonwealth y, por último, carencia de garantías a largo plazo para el comercio de Nueva Zelanda. Ver *The Times*, 19-7-1971, p. 5.

<sup>605</sup> Al fin y al cabo, tal y como recuerda Melissa Pine, el Gobierno de Heath había aprovechado el equipo negociador, los documentos de la negociación y el calendario establecidos por el Gobierno de Harold Wilson antes de abandonar Downing Street. Citado en PINE, M.: op. cit., p. 1. Andrew Adonis opina que, de haber ganado Wilson las elecciones de 1970, Reino Unido se habría adherido con unos términos y un *timing* similares a los de Heath. Citado en ADONIS, A.: op. cit., p. 83.

<sup>606</sup> David Owen llega a decir que, sin el discurso de James Callaghan del mes de mayo, seguramente Harold Wilson no se hubiese tenido que mostrar contrario a los términos de la negociación. Citado en OWEN, D.: “James Callaghan”, p. 115 en ADONIS, A.: op. cit.

términos eran inasumibles o por el deseo de instrumentalizar la cuestión europea para desestabilizar al Gobierno de Heath —vulnerable ya de por sí por su menguante popularidad—<sup>607</sup>.

El 28 de julio, el órgano rector del Partido Laborista ratificaba la posición expresada por su líder: con dieciséis votos a favor y seis en contra, el Comité Ejecutivo Nacional hacía oficial el rechazo del *Labour* al acuerdo de adhesión negociado por los conservadores<sup>608</sup>.

En el mes de agosto, mientras Downing Street se entretenía haciendo cálculos sobre la suerte que correría su acuerdo con los Seis en la votación definitiva establecida para otoño, el presidente de EE. UU., Richard Nixon, ponía fin de forma unilateral a la convertibilidad del dólar en oro<sup>609</sup>. Con esta decisión, el sistema de cambio fijo establecido en Bretton Woods en 1944 —que giraba en torno a la moneda estadounidense, que actuaba como referencia— estaba muerto: era el principio de los tipos flotantes<sup>610</sup>. En adelante, se abre un periodo de incertidumbre que resultará fatal para las economías de la Europa capitalista, que en los últimos años ya venían mostrando señales de enfriamiento.

Así pues, justo cuando Reino Unido —léase el “enfermo de Europa”— buscaba aprovecharse de la buena salud del Mercado Común tratando de adherirse al mismo, el proyecto europeo entraba en terreno pantanoso arrastrado por el *shock* procedente del

---

<sup>607</sup> El Libro Blanco publicado por el Partido Laborista a finales de agosto sobre el acuerdo Londres-CEE llegaría a plantear la convocatoria electoral como posible salida para conocer la opinión de la ciudadanía británica. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 417. En el documento de referencia presentado por el NEC ante la conferencia del partido en octubre —titulado “The United Kingdom and the European Communities”— se recogían unas palabras de Ralf Dahrendorf —miembro de la Comisión— en las páginas del *Die Zeit* como prueba de que Mr. Rippon había fracasado a la hora de negociar los puntos más importantes. De acuerdo con este, las negociaciones sobre la entrada de Reino Unido no podrían haber triunfado si el Consejo de Ministros hubiese tomado parte en la negociación y considerado los problemas políticos reales en juego. TNA: PREM 15/352.

<sup>608</sup> Los sindicatos, agrupados bajo las siglas del TUC —Trade Union Congress, en inglés— también votarían ese mismo día en contra de las condiciones de entrada negociadas por los *tories* en el continente. Ver *The Times*, 29-7-1971, p. 1.

<sup>609</sup> La debilidad del dólar —evidente en la década anterior, tanto por el aumento de la competencia mundial como por el creciente endeudamiento de Washington— había llevado al aumento del precio del oro, hasta tal punto que Nixon se verá obligado a suspender la convertibilidad para evitar males mayores. Además, dentro de este paquete económico, Nixon también incluía la devaluación y el recargo del 10% en los productos importados. No por casualidad, en 1971 EE. UU. tenía por primera vez en décadas un déficit en su balanza de pagos y en su balanza comercial.

<sup>610</sup> El llamado Club de los Diez trataría de salvar el sistema de Bretton Woods con una serie de medidas alcanzadas en diciembre del 71 —el famoso Acuerdo Smithsoniano— pero sus esfuerzos no tardarían en verse frustrados.

Atlántico. Al menos, el anuncio de Nixon serviría como primera prueba de fuego para la Europa ampliada, que al tratar de coordinar su respuesta conseguiría adelantar, si bien *de facto*, la participación de los británicos en la Comunidad<sup>611</sup>.

Para satisfacción del gabinete de Heath, este acceso anticipado se vería reforzado por la recuperación del apoyo social en las Islas a la entrada, que en verano lograba alcanzar la fuerza de quienes se oponían a ella<sup>612</sup>. Un cambio de tendencia que permitía al Gobierno afrontar con mayores garantías —o, al menos, con confianza renovada— las pocas semanas que restaban para la votación en Westminster.

No obstante, lo que realmente tranquilizaría a Downing Street sería la división del Partido Laborista. A principios de octubre, en su conferencia anual, el *Labour* confirmaba —con más de cuatro millones de diferencia— su rechazo a la participación en la Comunidad según los términos planteados por los *tories*<sup>613</sup>. Una decisión que llevaría al sector europeísta —que superaba la media centena de diputados— a proclamarse en rebeldía, manifestando su intención de votar a favor de la política europea gubernamental. Saltándose la disciplina de voto<sup>614</sup>, este grupo sería el que, en última instancia, facilitaría la tarea del *premier*, incapaz de asegurarse por sí mismo la aprobación parlamentaria al no contar con la fidelidad de los suyos<sup>615</sup>.

Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

---

<sup>611</sup> Nixon, que había llegado a la Casa Blanca tras su victoria en las elecciones del 68, será quien cuestione realmente la idea de que a Washington le compensaba pagar el precio económico de una Europa unida si su integración política era cada vez más estrecha. Además, sus prioridades estarán en otras latitudes: búsqueda de una distensión con Moscú, fin al conflicto en Vietnam, apertura a China, etc. Citado en LUNDESTAD, G.: op. cit., p. 97. Este distanciamiento sería mutuo tras la llegada de Heath a Downing Street, ya que el *premier* estaba más atraído por el continente que por el Atlántico, lo que probaba el hecho de que no le gustase hablar de *special relationship*.

<sup>612</sup> Un equilibrio que se mantendría hasta el año 73, cuando Reino Unido se convertía oficialmente en Estado miembro. Citado en SPENCE, J.: “Movements in the public mood: 1961-75”, p. 29 en HOINVILLE y G. JOWELL, R.: op. cit. Resulta interesante traer a colación un trabajo de Gilbert Millat en el que analiza veintinueve libros de texto publicados entre 1961 y 1971 en Reino Unido para acercarse al modo en que se han presentado las relaciones entre el país anglosajón y la Comunidad a lo largo de dicho periodo.

<sup>613</sup> Ver *The Times*, 5-10-1971, p. 6.

<sup>614</sup> A diferencia de los diputados *tories* —a quienes Heath permitiría, a última hora, votar en contra del Gobierno— el Partido Laborista impondría la disciplina de voto.

<sup>615</sup> A mediados de octubre, los *tories* aprobaban en su conferencia anual la política del Gobierno hacia la Comunidad por una mayoría incontestable pero, tal y como señala Alex May, ello decía más de la lealtad del Partido Conservador que de la dimensión del apoyo a la entrada en el Mercado Común. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 51.

Finalmente, el 28 de octubre, tras unas sesiones de debate largas e intensas<sup>616</sup>, la Cámara de los Comunes aprobaba la idea —que no el hecho— de convertir a Reino Unido en un nuevo Estado miembro de la CEE sobre la base de las condiciones negociadas<sup>617</sup>.

Antes de dirigirse a los medios para expresar su primera reacción, Heath acudía a su salón privado de Downing Street para tocar, acompañado de sus colegas más cercanos, un preludio de Bach en su clavicordio<sup>618</sup>. Un hecho que probaba, una vez más, que el carácter idealista de su europeísmo le erigía en una *rara avis* en las Islas<sup>619</sup>. Como diría Stephen Wall, si Harold Wilson era un europeo de cabeza, Heath era un europeo de cabeza y de corazón<sup>620</sup>.

Así pues, entre el alivio y la euforia, Heath celebraba que la votación hubiese puesto fin a diez años de debate<sup>621</sup>. Sin embargo, Westminster aún no había dicho su última palabra. Si Reino Unido quería formar parte de la familia comunitaria a partir de 1973 no bastaba con una mera declaración de principio. El Parlamento británico debía completar el proceso dando soporte legal a la adhesión. Para ello, el gabinete liderado por Ted Heath dedicaría lo que restaba de año a preparar la llamada European Communities Bill, que tratará de simplificar al máximo para hacer más fácil su tramitación.

El comienzo de 1972 sería un mal augurio de lo que depararía el futuro al Gobierno de Heath, que apenas dos años más tarde abandonaría el poder con un récord de huelgas y de estados de emergencia<sup>622</sup>. El 9 de enero se iniciaba la primera huelga nacional del

---

<sup>616</sup> Al extenderse durante seis días se convertía en el mayor debate presenciado en Westminster desde la guerra. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 108. El mismo autor señala que aunque Heath fue acusado por el *Labour* de obtener unas condiciones pobres para Reino Unido, en aquel momento parecían razonables, sobre todo porque el país era un suplicante que arrastraba dos solicitudes fracasadas. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 105.

<sup>617</sup> Y lo hacía pese a la mayor rebelión sufrida por un Gobierno conservador desde mayo de 1940, ya que el voto contrario alcanzaba un quinto de sus diputados. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 362. Finalmente, la mayoría del Gobierno sería de 112. La política de Downing Street es rechazada por 39 *tories*, mientras que 2 deciden abstenerse. Por su parte, votan a favor 69 diputados laboristas y se abstienen 20. Por su parte, en la Cámara de los Lores la mayoría sería más evidente: 451 frente a 58. Ver *The Times*, 29-10-1971, p. 1.

<sup>618</sup> HEATH, E.: op. cit., pp. 381.

<sup>619</sup> Probablemente, Ted Heath fue el único *premier* que compartió la visión de los Seis de que el destino de la Comunidad podría ser una federación. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 3.

<sup>620</sup> WALL, S.: op. cit., p. 2.

<sup>621</sup> WALL, S.: op. cit., p. 420. Al día siguiente, desde las páginas de *Arriba*, J. L. Gómez Tello reaccionaba diciendo que Reino Unido había dejado de ser una isla en una semana que, ironías de la historia, había comenzado con el aniversario de Trafalgar y terminaba con el de la batalla de Azincourt. Ver *Arriba*, 29-10-1971, p. 10.

<sup>622</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 317.

carbón desde la fallida de 1926. Bajo la amenaza de apagón, los mineros reclamaban una subida salarial justa; demanda que acabarían consiguiendo seis semanas más tarde, volviendo reforzados a sus puestos de trabajo.

Esta derrota gubernamental, sumada al recuerdo de dos polémicos rescates<sup>623</sup> y al intento posterior de buscar una estrategia industrial corporativa, lastraría la autoridad y la credibilidad del *premier* —incluso entre los suyos— ya que se había presentado a los comicios de 1970 con un programa antiolecionista. El viraje de Heath —conocido en las Islas como *U-turn*— evitaría que el moribundo “consenso de posguerra” recibiese el golpe de gracia; una tarea que correspondería a la próxima líder del Partido Conservador<sup>624</sup>.

La crisis del carbón no impediría que el 22 de enero fuese para Heath uno de los días más felices de su vida<sup>625</sup>. Esa jornada, el *premier* se presentaba en Bruselas para firmar el Tratado de Adhesión de Reino Unido a la CEE<sup>626</sup>. A falta de que se aprobase en Londres el proyecto de ley que debía adaptar la legislación nacional a las exigencias legales del Mercado Común, la Europa de los Seis parecía tener los días contados<sup>627</sup>.

Sin embargo, la situación en las Islas no permitía a Downing Street caer en la autocomplacencia. Con el sector de la minería sublevado y la tasa de desempleo alcanzando cifras nunca vistas desde el fatídico invierno de 1947<sup>628</sup>, enero se cerraba con el agravamiento de la cuestión del Ulster tras el controvertido “Bloody Sunday”. El día 30, una protesta pacífica en la ciudad norirlandesa de Derry acababa con la muerte de más de una docena de civiles, algunos de ellos menores.

---

<sup>623</sup> En la primera mitad de 1971, y en contra de lo defendido previamente, Heath decidía el rescate de la compañía Rolls-Royce y el de los astilleros Upper Clyde. Dos decisiones que muchos de los suyos no le perdonarían.

<sup>624</sup> Como diría por aquel entonces un alto funcionario británico, “no se podía disparar a Papa Noel” —en referencia a la más que probable impopularidad que supondría cuestionar el consenso de posguerra—. Citado en KAVANAGH, D.: op. cit., p. 133.

<sup>625</sup> Así lo reconoce el propio Heath, que señala otros dos días en los que sintió la máxima satisfacción: al término de las conversaciones con Pompidou en mayo del 71 y, posteriormente, tras la aprobación de los Comunes del acuerdo negociado con los Seis en el mes de octubre. Citado en HEATH, E.: op. cit., pp. 732.

<sup>626</sup> De forma simbólica, Harold Wilson rechazaba la invitación del *premier* a presenciar la ceremonia en la capital belga.

<sup>627</sup> Al día siguiente, desde las páginas del diario *Arriba*, Manuel Blanco Tobío recordaba que no se podía negar a la Europa de los Diez la categoría de superpotencia comercial; ahora bien, no se podía decir lo mismo de ella a nivel político y militar, dos ámbitos en los que todavía estaba muy verde. Ver *Arriba*, 23-1-1972, p. 13.

<sup>628</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 369.

Si desde el año 69 se habían estacionado tropas sobre el terreno, a raíz de este acontecimiento el Gobierno de Londres —a través del *direct rule*— decidía asumir durante un tiempo las funciones de Stormont, lo que no hará más que avivar el conflicto<sup>629</sup>. Ciertamente, era el país entero el que parecía ingobernable.

Esta sensación ampliamente extendida de impotencia y de desintegración sería, precisamente, la que complicaría la aprobación de la European Communities Bill en Westminster. El 17 de febrero, con el Gobierno de Heath en sus horas más bajas desde su llegada al poder en junio de 1970, el proyecto de ley superaba su primera prueba por ocho votos de diferencia. Una mayoría suficiente para que siguiese adelante su tramitación parlamentaria pero que no bastaba para restablecer la autoridad de Heath, que había amenazado con dimitir si no obtenía el respaldo de la Cámara y, pese a ello, solo lograría aferrarse al puesto gracias al voto favorable de los seis diputados liberales.

Cinco meses más tarde, en su tercera lectura, la European Communities Bill volvía a otorgar una victoria pírrica a Downing Street<sup>630</sup>. Pero, esta vez, el proyecto de ley quedaba definitivamente aprobado, dejando el camino expedito para el consentimiento de los Lores y la sanción real del Tratado de Adhesión. Pese al suspense de última hora, la entrada de los británicos en la Europa comunitaria estaba garantizada.

Tal y como se había puesto de manifiesto en esta primera mitad del año tanto en los debates como en las votaciones parlamentarias, los términos de entrada de los *tories* —por muy criticados que fueran por la oposición— no eran tan relevantes para el juicio global de los diputados como sus instintos viscerales en defensa o en contra de la participación en la Comunidad. Para unos, la única vía para reafirmar el lugar que ocupaba el país en el mundo; para otros, una cesión excesiva de soberanía ante las dudas

---

<sup>629</sup> Tras la independencia de Irlanda en 1922, Reino Unido se quedó con los seis condados del norte de la isla, donde se concentraba una mayoría protestante partidaria de mantener su fidelidad a Londres. Además, junto a una minoría católica que permanece en esta región, aparece un contingente de nacionalistas irlandeses defensores de la unificación, que desde finales de los sesenta recurrirán a la acción directa. Como diría Morgan, Irlanda del Norte era una provincia resentida, dividida y económicamente en declive, vista por la mayoría de los británicos como una zona relegada e incomprensible, y solo marginalmente una parte de Reino Unido. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 336.

<sup>630</sup> Si en febrero el resultado había sido 309-301, en esta ocasión era 301-284. Ver *The Times*, 18-2-1972, p. 7 y *The Times*, 14-7-1972, p. 8.

que generaban sus potenciales beneficios<sup>631</sup>. Un choque de sensibilidades especialmente acusado en las filas del *Labour*, incapaz de adoptar una postura de consenso que permitiese disimular sus profundas diferencias internas.

Ello explica que Harold Wilson, tratando de ofrecer una salida salomónica, cediese a finales de marzo y aceptase como política del partido el referéndum sobre la CEE<sup>632</sup>: ya que no nos podemos poner de acuerdo, que decida el pueblo por nosotros.

Con este viraje, el líder laborista conseguiría instaurar una cierta tregua entre los suyos, tratando de redirigir el foco hacia el Gobierno, al que no dejará de atacar por su aparente reticencia a consultar a la nación<sup>633</sup>. No obstante, Europa seguiría siendo un quebradero de cabeza para Wilson. De hecho, en la conferencia anual del partido —celebrada en Blackpool a principios de octubre— el político de Yorkshire llegaría a amenazar con la dimisión si se decidía cerrar la puerta al Mercado Común; una pulsión antimercadista que, si bien por un margen muy estrecho, lograría contener<sup>634</sup>.

Poco después, durante los días 18 y 19 de octubre, tenía lugar la primera cumbre de la Europa ampliada; esto es, de la Europa de los Nueve —los seis fundadores más los tres países entrantes del norte: Dinamarca, Irlanda y Reino Unido, ya que los noruegos habían

---

<sup>631</sup> WALL, S.: op. cit., p. 426.

<sup>632</sup> El 14 de marzo, el diputado *tory* Neil Marten había presentado una enmienda a la European Communities Bill, proponiendo una consulta popular antes de la entrada. El laborista Tony Benn, que ya la venía contemplando —influido por su compañero Douglas Jay— vuelve a elevar la cuestión al gabinete, que la rechaza. No obstante, Pompidou anunciaba a las pocas horas que los franceses serían consultados sobre la ampliación de la Comunidad —votación que tendría lugar el 23 de abril—. Además, en el Ulster habría una especie de consulta sobre la permanencia en Reino Unido. Todo ello no hace sino presionar al equipo de Wilson, que acabará cambiando de su postura. Tras esta decisión, Roy Jenkins anuncia su dimisión. Por otro lado, cabe recordar que el resto de países candidatos celebraron una consulta para ratificar su adhesión al Mercado Común.

<sup>633</sup> SAUNDERS, R.: op. cit., 2018, p. 78. Muchos recordarían a Edward Heath las palabras que el *premier* había pronunciado en la campaña de los comicios de 1970: en los países candidatos a adherirse a la CEE, la entrada debía contar con el apoyo total de la gente y del Parlamento. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 239. Ciertamente, en lo que a la participación en la CEE se refiere, Downing Street había presentado al pueblo anglosajón una respuesta y no una pregunta. Algo en absoluto inusual en cuestiones de política internacional. Citado en TRATT, J.: op. cit., p. 196. Kaiser recuerda que la élite gobernante del Partido Conservador —y, en menor medida, los diputados *tories*— ha tendido a asumir la política exterior como si fuese de su propiedad, dando por descontado el apoyo de una ciudadanía no interesada y que se deja guiar. Citado en KAISER, W.: op. cit., p. 208. Como dice John Ramsden, Heath consiguió que su país entrase en la CEE pero fue incapaz de hacer sentir europeos a los británicos. Citado en “Edward Heath”, conferencia de John Ramsden organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 21-3-2006. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-edward-heath> (10-5-2021, 13:32).

<sup>634</sup> Ver *The Times*, 5-10-1972, p. 6.

rechazado recientemente su participación<sup>635</sup>—. De esta manera, los líderes comunitarios se anticipaban al estreno oficial de la nueva Europa, establecido para el 1 de enero de 1973. Y lo hacían en un ambiente distendido que, pese a las habituales discrepancias, facilitaría el alcance de conclusiones satisfactorias para todas las partes.

Principalmente, en su intento por crear una zona de estabilidad monetaria que rehuyese de los vaivenes del sistema monetario internacional, los Nueve mostraban su determinación a avanzar hacia la segunda fase de la unión económica y monetaria prevista en el Plan Werner<sup>636</sup>. La primera se había completado la pasada primavera con la creación de la llamada “serpiente en el túnel”: un mecanismo de fluctuación concertada de las monedas nacionales dentro de unos márgenes estrechos con respecto al dólar<sup>637</sup> que, en última instancia, debía desembocar en un escenario —correspondiente a la tercera y última fase, prevista para 1980— en el que se estableciese un tipo de cambio fijo entre ellas y, presumiblemente, una moneda común.

La delegación británica en París accedía a respaldar este paso adelante en la cooperación económica y monetaria<sup>638</sup> a pesar de que su participación en la *snake* —a la que se había sumado en mayo de forma voluntaria, al no ser todavía un Estado miembro de pleno derecho— apenas había durado siete semanas. El 23 de junio, la presión especulativa sobre la libra —reflejo de la desconfianza que generaba la economía británica en los mercados— obligaba al Gobierno anglosajón a dejar flotar su moneda, retirándose temporalmente de la banda de fluctuación europea<sup>639</sup>.

---

<sup>635</sup> Así lo habían decidido en un referéndum celebrado el 25 de septiembre, rechazando la entrada el 53,5% de los votantes.

<sup>636</sup> Esta segunda fase, que estipulaba la liberalización del movimiento de capitales, debía empezar el 1 de enero de 1974. Cabe recordar que el Plan Werner era el producto resultante del encargo hecho por los socios comunitarios a finales del 69 en la reunión de La Haya, donde habían expresado su deseo de fortalecer la cooperación monetaria.

<sup>637</sup> Las monedas europeas podían oscilar entre sí dentro de una banda del  $\pm 2,25$ ; el mismo margen que debía mantener cada una de ellas respecto al dólar.

<sup>638</sup> Un apoyo que, posteriormente, acabaría lamentando la sucesora de Edward Heath al frente del Partido Conservador, Margaret Thatcher. Ver THATCHER, M.: *The Downing Street Years*, Harper Collins, 1993, p. 741.

<sup>639</sup> Londres iría posponiendo su regreso a este mecanismo a pesar de reiterar su deseo de que la salida fuese temporal.

Con una libra revalorizada a raíz de la devaluación del dólar en diciembre del 71<sup>640</sup>, Londres esperaba que la flotación hiciese caer el valor de su moneda por debajo de los artificiales márgenes comunitarios, de tal forma que la esterlina alcanzase una paridad más baja que la hiciese más competitiva frente al resto. Este acto de afirmación de la independencia monetaria de Londres generaría recelos al otro lado del Canal —y especialmente en Francia, principal defensora de las paridades fijas— donde algunos interpretarían este movimiento como un anticipo de la actitud particularista que adoptaría Reino Unido en cuanto ingresase al Club.

No obstante, el apoyo de los anglosajones a la continuidad del Plan Werner no sería gratuito. A cambio, Heath exigía —y conseguía— que la Comunidad se dotase de una política regional que contase con su correspondiente fondo de desarrollo financiado por las arcas comunitarias. Con este acuerdo de principio —que habría que concretar— Downing Street esperaba tener un argumento de peso en la campaña que se estaba preparando en las Islas para convencer a la ciudadanía —y, especialmente, a quienes residían en las regiones industriales más deprimidas del país— de los beneficios reales del Mercado Común<sup>641</sup>.

Antes de volver de París, Heath declaraba que el resultado de la reunión había sido magnífico<sup>642</sup>. En su intervención no se encontraba ninguna referencia al hecho de que, por vez primera en una cumbre comunitaria, se hubiese proclamado la intención de alcanzar una Unión Europea en 1980. Cualquiera que fuese el verdadero significado<sup>643</sup> de este concepto, la omisión deliberada del *premier*, a escasas semanas de atravesar el umbral hacia la CEE, probaba que no quería avivar las reticencias de los anglosajones a continentalizarse. Realmente, en tanto que la Comunidad estaba todavía por definir, los

---

<sup>640</sup> Acordada en la reunión del Club de los Diez en el Smithsonian Institute de Washington, en un intento por revivir el sistema de Bretton Woods realineando los tipos de cambio.

<sup>641</sup> Prueba de la importancia otorgada por el Gobierno de Heath a esta materia sería el nombramiento de George Thomson como comisario de Política Regional —que, junto a Christopher Soames, serían los dos primeros comisarios británicos enviados a Bruselas—. El *premier* esperaba que la política regional devolviese a Reino Unido una parte de lo que le quitaba la PAC, a la que el presupuesto comunitario dedicaba la mayoría de sus fondos sin que los británicos se beneficiasen especialmente de ello.

<sup>642</sup> Ver *The Times*, 21-10-1972, p. 6.

<sup>643</sup> Como indica Derek Urwin, el comunicado final de la reunión podría entenderse, antes que nada, como una declaración retórica con escaso compromiso real. El concepto de Unión Europea llevaba un tiempo en circulación pero esta era la primera vez que se aplicaba específicamente a la CEE. Citado en URWIN, D.: op. cit., p. 159.

británicos no sabían exactamente a dónde iban a entrar. Lo que sí se sabía era cómo entraría buena parte de ellos: con el pie izquierdo.



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

## CAPÍTULO 2: REINO UNIDO COMO ESTADO MIEMBRO

### 2.1 De la entrada al Tratado de Maastricht

#### 2.1.1 Un estreno sin brillo

El Gobierno de Edward Heath daba la bienvenida al año 1973 desplegando su campaña “Fanfare for Europe”, a través de la cual esperaba endulzar un momento histórico que, para muchos en las Islas, no merecía celebración alguna<sup>1</sup>.

De hecho, pese al ambiente festivo impulsado desde Downing Street, los británicos recibirían la entrada en la CEE con más resignación que entusiasmo<sup>2</sup>. Una sensación que, en los próximos meses, no se lograría mitigar, ya que el estreno de la aventura comunitaria coincidiría con la primera gran crisis de Europa occidental —y del mundo entero— desde la última guerra.

Fatalidades del destino, el matrimonio entre Londres y Bruselas —por el que Heath tanto había luchado— se formalizaba en una época de particular convulsión en el escenario internacional, que dejaría a los recién casados sin su correspondiente luna de miel y al pueblo anglosajón preguntándose dónde estaban los beneficios de su participación en el Club.

Los primeros pasos de Reino Unido como Estado miembro —coincidiendo con el arranque de la Comisión Ortolí<sup>3</sup>— estarían marcados por la cuestión monetaria, que seguía situada en lo alto de la agenda comunitaria ante la persistente debilidad del dólar —devaluado una vez más a mediados de febrero—. El desorden imperante en los mercados obligaría al *premier* a intensificar las conversaciones con Pompidou y Brandt, tratando de conciliar sus reservas hacia la unión económica y monetaria (UEM) —que, a

---

<sup>1</sup> Para Robert Saunders, esta campaña se podría considerar como un fracaso, ya que los eventos celebrados a lo largo de dos semanas atrajeron a poca gente y el Gobierno fue acusado de dilapidar 350.000 libras de dinero público. Citado en SAUNDERS, R.: op. cit., p. 7.

<sup>2</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 317. El propio autor señala la ausencia de regocijo ante lo que representaba, indudablemente, un cambio histórico en el rol mundial de Reino Unido. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., pp. 339-340.

<sup>3</sup> En alusión al nuevo presidente de la Comisión Europea, el francés François-Xavier Ortolí, que mantendría el cargo hasta enero del 77.

su modo de ver, debía ir precedida por la convergencia económica de los Nueve— con su deseo de mostrarse como un socio creíble y constructivo.

Ante todo, Heath pretendía ganar tiempo al esperado regreso de la libra a la flotación conjunta, ya que una decisión precipitada podría condicionar la suerte del programa que su Gobierno estaba implementando en casa para combatir la inflación. Además, el líder *tory* quería asegurarse de que el diseño del Fondo Europeo de Desarrollo Regional respondiese a los intereses nacionales, de tal forma que pudiese mostrar a sus conciudadanos que, más allá de las imperfecciones de la CEE, el carácter abierto de la misma permitía transformarla desde dentro, lo que debía servir como estímulo para adoptar un papel activo en los asuntos comunitarios<sup>4</sup>.

Sin embargo, el primer año de los británicos en la Europa de los Nueve no sería recordado por las virtudes del proyecto europeo sino por sus sombras, que quedarían expuestas en otoño a raíz de un *shock* externo procedente de Oriente Próximo; otra de las regiones en las que se jugaba la Guerra Fría.

La escalada de las tensiones que se venía advirtiendo en los últimos meses entre Israel y los países árabes acabaría precipitando, a principios de octubre, el ataque a los israelíes por parte de Egipto y Siria, que aspiraban a recuperar los territorios perdidos en el año 67. Era el inicio de la conocida como Guerra del Yom Kippur, que apenas duraría tres semanas. Sin embargo, su impacto tendría mayor alcance, hasta el punto de marcar un punto de inflexión en la historia de la economía internacional, que parecía adentrarse en una nueva era más global a la vez que más inestable.

Por un lado, los principales productores de petróleo<sup>5</sup> decretaban, en medio del conflicto, un embargo contra los estadounidenses —extendido después a otras naciones identificadas con la causa hebrea— y, junto al recorte de su producción, incrementaban el precio del crudo, poniendo fin al suministro regular, abundante y barato que había

---

<sup>4</sup> Así lo reconocería el propio Heath en la conferencia anual del partido, llegando a declarar que el carácter isleño de los británicos era, seguramente, menos útil que en el pasado. Ver *The Times*, 15-10-1973, p. 6.

<sup>5</sup> Estos países ya venían reclamando compensaciones por el impacto de la devaluación del dólar sobre sus exportaciones, cuyo valor se fijaba en esta moneda.

hecho posible el *boom* económico de posguerra en Europa occidental<sup>6</sup>. Con este paquete de medidas, el mundo árabe tomaba como rehén al mundo industrializado que, literalmente, se quedaba sin energía suficiente para mantener sus niveles de prosperidad previos. En adelante, el enfriamiento de las economías occidentales —que ya se venía percibiendo en los últimos años— no haría más que acelerarse, trayendo consigo un aumento de la inflación y del desempleo que, además de poner fin a una larga etapa de marcado optimismo, obligaría a realizar cambios estructurales.

Además, el conflicto árabe-israelí daría el golpe de gracia a la alianza atlántica, que llevaba un tiempo lastrada por la creciente desconfianza entre sus miembros<sup>7</sup> y ahora era incapaz de ofrecer una respuesta conjunta. Washington lamentaba la falta de apoyo de sus socios —y, particularmente, de Londres<sup>8</sup>— en un momento tan crítico, mientras que al otro lado del Atlántico los europeos se negaban a secundar a los americanos, al entender que una vez más parecían actuar por su cuenta, siendo capaces de comprometer la seguridad de sus aliados sin consultarlos previamente<sup>9</sup>. 1973 no sería, por tanto, el “Año de Europa”, tal y como había proclamado la Administración Nixon —pronto defenestrada a causa del escándalo Watergate— en su intento por revitalizar la OTAN<sup>10</sup>; una recuperación que solo empezaría a vislumbrarse meses después.

Pero la Guerra del Yom Kippur y la subsiguiente crisis energética también expondrían la falta de solidaridad en el seno de la CEE, desigualmente afectada por los recortes de crudo. Por su mayor cercanía a la causa árabe, Londres y París saldrían menos perjudicadas que Ámsterdam o Bonn, que liderarían la indignación que generaba en distintas capitales la falta de cooperación del tándem franco-británico, reticente a adoptar

---

<sup>6</sup> Como consecuencia directa de los cortes de suministro impuestos por los productores árabes de petróleo el coste del barril pasó en un año de 2,70 a 9,76\$. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 262.

<sup>7</sup> Sobre todo porque EE. UU. venía acercándose a Moscú; un movimiento bienvenido en Europa occidental pero que generaba ciertos recelos por la posibilidad de verse afectados por sus acuerdos bilaterales.

<sup>8</sup> Washington consideraba que, en la cuestión árabe-israelí, el Gobierno británico se había acercado demasiado a la opinión de París. Ciertamente, la crisis en el Cercano Oriente había llegado justo cuando el equipo de Heath estaba tratando de mostrar sus credenciales europeístas y de consolidar la relación de su país con Francia. Además, era conocida la especial importancia que el *premier* otorgaba a la unidad europea, algo que, en última instancia, podía hacer menos robusta la *special relationship*.

<sup>9</sup> A finales de octubre, Washington activaba la alerta nuclear sin consultarlo previamente con sus aliados occidentales.

<sup>10</sup> El secretario de Estado de EE. UU., Henry Kissinger, sería el encargado de presentar la idea en abril, mostrando el interés de su país por elaborar una nueva Carta del Atlántico ante la visita que, presumiblemente, Nixon haría al continente a finales de año. La respuesta de los socios europeos a esta iniciativa sería fría y lenta.

una posición común entre los Nueve que pudiese arriesgar el suministro de “oro negro” que seguía llegando a sus respectivos territorios desde Oriente<sup>11</sup>.

Además, el Gobierno de Heath se negaba a comprometer el petróleo que, tarde o temprano, empezaría a brotar del mar del Norte; una postura que, al obstruir el avance conjunto en materia energética, le costaría al *premier* el acuerdo que ansiaba obtener a finales de año sobre política regional. Este fracaso quedaría plasmado a mediados de diciembre en Copenhague, donde los líderes europeos apenas se pondrían de acuerdo para institucionalizar el aumento de sus encuentros anuales<sup>12</sup>.

Así pues, la Europa ampliada cerraba su primer año de existencia sonrojada por su manifiesta falta de unidad, que deslegitimaba la idea de Unión Europea proyectada en París un año antes. Además, la crisis desatada por el petróleo no tardaría en volver obsoleto el calendario sobre la UEM —además de dar la puntilla al instrumento de la serpiente<sup>13</sup>— concentrándose ahora todos los esfuerzos en atajar las crecientes dificultades de las economías domésticas.

De hecho, ya en el mes de noviembre, la reactivación de la disputa con los mineros — que, descontentos con su nómina, se negaban a trabajar horas extraordinarias— y la incertidumbre generada por el contencioso energético con los árabes habían obligado al Gobierno de Heath a declarar el estado de emergencia —el quinto de la legislatura—; una medida que le otorgaba mayores poderes para tratar de garantizar la prestación de servicios esenciales ante la posibilidad de que, en los meses de invierno venideros, escaseasen las fuentes de energía.

De esta forma, Downing Street trataba de afianzar su autoridad y, con ella, su política estrella de control de precios y salarios, afectada por los recientes eventos internacionales —que estaban revalorizando el coste de las materias primas— y especialmente

---

<sup>11</sup> Aún así, los Nueve emitirían un comunicado conjunto a principios de noviembre sobre el conflicto en Oriente Próximo para tratar de poner fin al embargo de crudo; una declaración que suscitaría problemas con Washington, al considerarla demasiado cercana al interés de los árabes.

<sup>12</sup> Para Ted Heath, esta había sido, sin ninguna duda, la peor cumbre de su carrera. Citado en HEATH, E.: op. cit., p. 393.

<sup>13</sup> A principios de 1974, Francia decidía salir de la serpiente monetaria, dejando en evidencia las dificultades de este mecanismo —ahora herido de muerte— para lograr enlazar el valor de las monedas de los países comunitarios.

cuestionada en las Islas por la industria minera, que presionaba por ajustar sus emolumentos al ritmo al que se estaba encareciendo la vida. Un mes más tarde, el 13 de diciembre, con el objetivo de racionalizar la energía, el *premier* anunciaba la imposición de la semana laboral de tres días y, entre otras decisiones, se ordenaba la reducción de la velocidad máxima en las carreteras a cincuenta millas por hora. Efectivamente, el país parecía avanzar a paso de tortuga<sup>14</sup>.

Así se pondría de manifiesto a principios de febrero del 74, cuando se hacía público que el déficit de la balanza de pagos de Reino Unido había registrado el peor dato de su historia<sup>15</sup>. Heath había llegado a Downing Street prometiendo un mejor mañana pero, a estas alturas, la economía no parecía progresar y la fuerza sindical seguía complicando la acción gubernamental. Dado que el panorama se mostraba desalentador y que el desafío de los mineros amenazaba con desestabilizar al Gobierno —incapaz de evitar la convocatoria de una huelga nacional— Edward Heath disolvía el Parlamento y convocaba elecciones para el 28 de febrero. De acuerdo con la retórica *tory*, había que decidir quién debía gobernar el país: el Parlamento o los sindicatos. La oposición, en cambio, insistiría en que este era un falso dilema empleado por los conservadores para esconder su gestión de los últimos años<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Entre 1961 y 1974 el PIB per cápita en la Comunidad había crecido un 215% frente al 88% de Reino Unido. Citado en la publicación *online* ya mencionada de R. Saunders en el Mile End Institute Blog. Stephen Wall, por su parte, cita un informe en el que se recoge que durante 1960 y 1973 la tasa media de crecimiento de Reino Unido había sido la más baja de los Nueve. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 24.

<sup>15</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 349.

<sup>16</sup> El diario *The Times* llegaría a decir en campaña que el tema de las elecciones no era cómo hacer más próspero al país sino cómo lograr que este sobreviviese. Ver *The Times*, 23-2-1974, p. 15. En España, Jesús Suevos volvería a escribir en las páginas de *Arriba* sobre la particularidad de la política británica, a la que admiraba por saber eludir los “graves inconvenientes disgregadores de la democracia liberal”; prudencia que, hasta la fecha, había impuesto un bipartidismo que no era más que un partido único con dos alas que permitía evitar la ruptura de la unidad nacional. No obstante, había que ver que ocurriría en estos comicios con el previsible ascenso liberal, puesto que “la ruptura del bipartidismo clásico supondría para la Gran Bretaña una catástrofe mayor que todas las huelgas y devaluaciones habidas y por haber”. Ver *Arriba*, 28-2-1974. Unos años antes, el mismo autor había abordado este asunto en el mismo diario, recuperando unas palabras de Ortega y Gasset, quien consideraba que los partidos políticos anglosajones no eran tanto esto y lo otro, sino un poco más o menos de esto y lo otro. Ver *Arriba*, 11-10-1959, p. 31. Una idea similar a la expresada a propósito de estos comicios en *Ya* por José Luis de Simón Tobalina: “¡Así da gusto jugar a la democracia, cuando las diferencias que separan son, principalmente, de ritmo y de matiz! Hoy todavía se puede decir que la democracia inglesa es ejemplar”. Ver *Ya*, 27-2-1974, p. 6. *ABC*, por su parte, proclamaba en su editorial que Reino Unido había perdido casi del todo los diez lustros de ventaja histórica que llevaba a los demás pueblos de Europa, de modo que sus problemas internos se encuadraban ahora en el mismo “síndrome de insuficiencias” que atenazaba a sus vecinos: “el presente suyo ya no es mañana de los otros, o solo lo es en medida mínima. De ahí, entre otras razones, la radical ahistoricidad del empeño laborista en romper amarras con la CEE”, en caso de que esta no se aviniese a reconsiderar los términos de la adhesión. Ver *ABC*, 27-2-1974, p. 19. Ahora bien, el diario de los Luca de Tena seguiría apelando a la prudencia y al

Sea como fuere, los británicos acabarían emitiendo en las urnas un veredicto confuso que establecería en Westminster el primer *hung parliament* desde 1929<sup>17</sup>. Como ganador del voto popular, Heath trataría de conseguir apoyos de otras formaciones para hacerse con la mayoría que sus compatriotas le habían negado, pero su incapacidad para lograrlo acabaría precipitando la vuelta de Harold Wilson a Downing Street —que había obtenido más escaños— si bien con una aritmética parlamentaria que hacía prever la cercanía de nuevas elecciones.

### 2.1.2 El regreso del *Labour*: renegociación y referéndum como salida a su debate interno

Heath no sería el único en lamentar este desenlace. Al otro lado del Canal se temía que el regreso del *Labour* prolongase el estado de parálisis en el que se había instalado el proyecto europeo desde el pasado otoño. Al y fin al cabo, los de Harold Wilson se habían presentado a los comicios con la promesa de renegociar los términos con los que Reino Unido había accedido a la Comunidad, comprometiéndose a someter a votación popular —que acabaría adoptando la forma del referéndum— el hipotético resultado que se obtuviese en Bruselas<sup>18</sup>.

Con esta política, el líder socialista trataba de mantener unidos a los suyos, especialmente divididos desde las pasadas elecciones de 1970; una tarea que el propio Wilson acabaría

---

saber hacer de la democracia británica para remontar la crisis que atravesaba el país. Ver *ABC*, 5-3-1974, p. 22.

<sup>17</sup> Para Vernon Bogdanor, estas elecciones son fundamentales en tanto en cuanto marcan la línea divisoria entre el triunfo del consenso de posguerra y su final. Citado en “Britain in the 20<sup>th</sup> Century: The Collapse of the Post-war Settlement, 1964-1979”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Britain in the Twentieth Century: Progress and Decline”, 13-3-2012. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/britain-in-the-20th-century-the-collapse-of-the-postwar-settlement-1964-1979> (26-5-2021, 16:14). Además, el mismo autor tiene una ponencia sobre estos comicios: “The General Election, February 1974”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College, 20-1-2015. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/the-general-election-february-1974> (26-5-2021, 16:19).

<sup>18</sup> En esta ocasión, el manifiesto laborista hablaba de una consulta a través de nuevas elecciones o por la vía del referéndum, prometiendo perseguir en Bruselas la reforma de la PAC, el establecimiento de unos métodos de financiación más justos y mayores salvaguardas para la Commonwealth y los países en desarrollo, además de tratar de resistir la UEM, la cesión de ciertos poderes —en materia regional, industrial y fiscal— y la armonización del IVA, de tal forma que se evitase gravar artículos de primera necesidad. Ver “Let us work together: Labour’s way out of the crisis”, programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de febrero de 1974. Consultado en: <http://www.labour-party.org.uk/manifestos/1974/Feb/1974-feb-labour-manifesto.shtml> (26-5-2021, 10:22). Tal y como señalaba Lord Beloff, esta era una política de calculada ambigüedad, ya que las dos facciones del partido entendían de manera distinta el concepto renegociación. Citado en BELOFF, M.: op. cit., p. 79.

identificando como la más difícil de su trayectoria al mando del Partido Laborista<sup>19</sup>. Para los *tories*, en cambio, la renegociación debía ser un objetivo perpetuo; un esfuerzo constante por acercar la Comunidad al interés nacional sin necesidad de cuestionar la participación en el Club<sup>20</sup>.

No obstante, la prominencia de la cuestión europea durante la campaña electoral<sup>21</sup> pondría de manifiesto que las Islas no acababan de encontrarse del todo cómodas con la iniciativa continental. Apenas un año después de su entrada, el pueblo anglosajón seguía esperando los beneficios de formar parte de la Comunidad, a la que se relacionaba, principalmente, con el encarecimiento de la cesta de la compra<sup>22</sup>. Edward Heath había metido a Reino Unido en el Mercado Común; ahora le correspondería a Harold Wilson meter a los británicos.

Si, como decía Walter Scheel —ministro de Exteriores y futuro presidente de la RFA— la CEE presentaba en estos momentos una “imagen fea”, la apertura de un nuevo frente en Londres —que incluía la posibilidad de que el proyecto europeo sufriese su primera desmembración— amenazaba con desfigurar su rostro hasta el punto de hacerla irreconocible<sup>23</sup>.

Ciertamente, la Europa de los Nueve, ya de por sí ahogada por la continuidad de los problemas económicos y monetarios, se estaba jugando su propia supervivencia. Pero, aunque todos deseaban solventar cuanto antes el encaje de los anglosajones, la

---

<sup>19</sup> Wilson señala, concretamente, las dificultades para gestionar la cuestión europea en su partido durante el periodo en la oposición (1970-74). Citado en WILSON, H.: *The Labour Government, 1974-1976: Final term*, Londres, Wedenfeld and Nicolson & Michael Joseph, 1979, p. 51.

<sup>20</sup> Así lo recogerían en su propio programa electoral para estos comicios. Ver “Firm action for a fair Britain”, programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de febrero de 1974. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/1974/Feb/february-1974-conservative-manifesto.shtml> (26-5-2021, 10:28). En esta misma línea se expresaría Christopher Soames, en un discurso pronunciado en Londres el 2 de mayo del 74: un proceso largo de negociación —o, mejor dicho, un proceso perpetuo de negociación y renegociación de las políticas comunitarias— no solo era inevitable sino esencial para la supervivencia, el crecimiento y el éxito de la Comunidad. HAEU: UWK/NS-56.

<sup>21</sup> A ello contribuiría, sobre todo, un discurso del conservador Enoch Powell en el que, tratando de desviar el debate de la campaña hacia la cuestión europea, instaba indirectamente a votar a su rival laborista para que el pueblo se pudiese pronunciar sobre la CEE.

<sup>22</sup> No obstante, el aumento de las materias primas a nivel mundial desde finales del 73 contribuiría a reforzar el planteamiento de Edward Heath, que venía insistiendo en que la participación de su país en el Mercado Común no explicaba por sí misma el nivel de inflación existente en las Islas.

<sup>23</sup> Ver *La Vanguardia Española*, 15-1-1974, p. 19.

renegociación tendría que esperar: ni Bruselas ni Londres estaban en condiciones de adentrarse en las discusiones.

Por un lado, la primavera del 74 llegaría al corazón de Europa con vientos de cambio en las altas esferas, abriendo un pequeño paréntesis en la actividad comunitaria y en la capacidad de actuación del eje franco-alemán, del que dependería en última instancia la suerte del acomodo perseguido desde Downing Street. En Francia, Pompidou fallecía sin un sucesor claro —que acabaría siendo Giscard d’Estaing— mientras que en Alemania Occidental Willy Brandt presentaba su dimisión por un escándalo sobre espionaje —siendo sustituido por Helmut Schmidt—.

Por otra parte, la debilidad del nuevo Gobierno en minoría encabezado por Wilson obligaba al político de Yorkshire a tratar de fortalecer su mandato antes de centrar sus esfuerzos en el continente, de donde no llegarían concesiones mientras no hubiese un interlocutor sólido al otro lado del Canal.

Aún así, el *premier* iría preparando el terreno, a sabiendas de que más pronto que tarde debería llamar a las urnas. Uno de sus primeros movimientos será situar a James Callaghan como ministro de Exteriores, delegando en él la renegociación con Bruselas y, por tanto, haciéndole corresponsable del resultado final de la misma<sup>24</sup>. Como diría Anthony King, la adhesión al Mercado Común era para ambos como levantarse un lunes por la mañana: algo que uno debía hacer aunque no resultase excitante<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Tal y como recoge James Callaghan en sus memorias, accedía al Foreign Office habiendo criticado al Gobierno de Heath en campaña por prestar excesiva atención a las relaciones con Europa. De ahí que, desde su nueva posición, Callaghan creyese llegado el momento de cultivar las relaciones con el resto del mundo. Citado en CALLAGHAN, J.: *Time and Chance*, Londres, Collins, 1987, p. 296. Pese a ello, su primera tarea de importancia estaría relacionada con la CEE, buscando un nuevo encaje que mereciese el apoyo popular.

<sup>25</sup> KING, A.: *Britain Says Yes: The 1975 Referendum on the Common Market*, Washington, American Enterprise Institute, 1977, p. 73. Sobre el tándem Wilson-Callaghan, Saunders indica que ninguno se describiría instintivamente como europeo. Wilson tenía un apego especial por la Commonwealth, mientras que Callaghan era un atlantista entusiasmado por el mar abierto. Citado en SAUNDERS, R.: op. cit., 2018, p. 81. El propio Callaghan señalaba que, por aquel entonces, no compartía la convicción de los pro-MC de que la entrada en la Comunidad supondría una mejora notable para la economía nacional pero tampoco se identificaba con aquellos que consideraban que la participación arruinaría al país. Citado en CALLAGHAN, J.: op. cit., p. 305.

Aún así, ningún Gobierno —y tampoco el de Wilson— se embarcaría en una negociación con el fin de fracasar en el alcance de sus propósitos<sup>26</sup>. El objetivo último de los negociadores británicos sería, por tanto, obtener un acuerdo exitoso<sup>27</sup>, por mucho que algunos como el propio Callaghan tratasen de evitar pronunciarse hasta conocer el resultado final. Eso sí, el Ejecutivo laborista mantendría abierta la opción de recomendar la salida a sus compatriotas si no se alcanzaba una solución satisfactoria; una postura explicada, en buena medida, por el deseo de contrarrestar la fuerza del sector euroescéptico del *Labour*, cuya presión obligaba a adoptar un cierto neutralismo<sup>28</sup>.

El nuevo jefe del Foreign Office no tardaría en presentar las demandas que Reino Unido llevaría a la mesa de negociaciones. Con un tono deliberadamente áspero<sup>29</sup> —tratando de mostrar a sus colegas comunitarios la determinación del Gobierno laborista a cumplir con la política europea plasmada en su manifiesto— Callaghan pedía el 1 de abril en Luxemburgo una revisión sustancial de las condiciones con las que su país había accedido al Club<sup>30</sup>, de tal forma que se consiguiese el aval de los británicos y, por ende, fuese preservada la Europa de los Nueve.

---

<sup>26</sup> WALL, S.: op. cit., p. 512.

<sup>27</sup> No obstante, habría que esperar a mediados de mayo para localizar en los archivos consultados por Stephen Wall la primera ocasión en la que aparece la disposición del *premier* a recomendar el voto afirmativo al pueblo británico si se alcanzaba un acuerdo con el resto de socios. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 528. El principal asesor político de Downing Street en el periodo 1974-79, Bernard Donoghue, reconocería años después que, desde el inicio y hasta el final de la renegociación, en ningún momento supo si el *premier* estaba por la permanencia o por la salida. Así lo expone en el documental “Harold Wilson: British Prime Minister; 1964-70 and 1974-76”, emitido por la BBC el 24 de mayo de 1995 a propósito del fallecimiento de Wilson. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=WjTyFeAslpE&t=670s> (31-5-2021, 9:29).

<sup>28</sup> La mayoría del gabinete estaba a favor de la participación de Reino Unido en la Comunidad o la veía con buenos ojos sin descartar otras opciones. Una minoría, en absoluto despreciable, era contraria al Mercado Común y estaba dispuesta a presionar y a hacer oír su postura. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 516. De acuerdo con Robert Saunders, las sospechas del ala izquierda del laborismo hacia la construcción europea se basaban en cuatro preocupaciones fundamentales: era un club capitalista, suponía una traición a la Commonwealth, resultaba dañina para países más pobres y estaba mermando las arcas nacionales. Citado en SAUNDERS, R.: op. cit., 2018, p. 377.

<sup>29</sup> Estrategia similar a la seguida por Theresa May en su discurso de Lancaster House de enero de 2017, por medio del cual presentaba —con una severidad que más tarde relajaría— los objetivos de su Gobierno en la negociación del *brexít*, decidido por los británicos en el referéndum de junio del año anterior.

<sup>30</sup> Siguiendo las palabras del propio Callaghan, no pedían caridad sino un acuerdo justo, mostrando su disposición a negociar de buena fe, así como su deseo de que el éxito de la renegociación permitiese la permanencia en la Comunidad. Ahora bien, los británicos se guardaban la posibilidad de solicitar un cambio en los tratados si así lo consideraban oportuno; una opción que no tardarían en dejar de lado, para tranquilidad de sus socios. Ver *The Times*, 2-4-1974, p. 5. Para su lectura íntegra: [https://www.cvce.eu/content/publication/1999/1/1/49bcefb2-4a53-4fbd-a33b-144e566699e4/publishable\\_en.pdf](https://www.cvce.eu/content/publication/1999/1/1/49bcefb2-4a53-4fbd-a33b-144e566699e4/publishable_en.pdf) (26-5-2021, 21:13).

Apenas dos meses después, el 4 de junio, el propio Callaghan regresaba a tierras luxemburguesas para presentar de forma más detallada —y, esta vez, más conciliadora, para disgusto del sector anti-MC— la lista de temas que su Gobierno aspiraba a abordar en la renegociación. Serían cuatro los asuntos fundamentales: la reducción de la contribución británica al presupuesto común —que mostraría ser el más delicado de todos— cambios en la PAC, mejoras en materia comercial y de ayuda respecto a la Commonwealth y los países en desarrollo y, por último, ciertas garantías para preservar el control de la política regional e industrial, claves para que el crecimiento de Reino Unido se equiparase al de la media comunitaria<sup>31</sup>.

De esta manera, el Gobierno de Harold Wilson dejaba el camino expedito para el inicio de las discusiones, a la espera de que los electores británicos le concediesen una mayor fortaleza en Westminster que se hiciese notar en el pulso mantenido con la Comunidad. Por lo pronto, Downing Street parecía tener motivos para congratularse, habida cuenta de que el apoyo de la opinión pública a su política de renegociación aumentaría durante el verano<sup>32</sup>. Impulsado por esa tendencia favorable, el *premier* anunciaba tras el parón estival la convocaría de elecciones generales para el 10 de octubre.

Tras una campaña de cierta apatía, el líder del *Labour* lograría sumar dieciocho nuevos asientos; más por la aversión del electorado a volver a los conflictos industriales de los años de Heath —que la izquierda esperaba resolver con su propuesta del contrato social— que por las promesas del laborismo sobre Europa<sup>33</sup>, que se vanagloriaba de ser el único de los principales partidos que dejaba el futuro comunitario de Reino Unido en manos de la ciudadanía<sup>34</sup>. En cualquier caso, la mejora sería insuficiente, ya que el Gobierno se quedaba con una mayoría de tres escaños que hipotecaría su legislatura.

---

<sup>31</sup> Ver *The Times*, 5-6-1974, p. 5.

<sup>32</sup> En el mes de octubre, más de dos tercios de los encuestados respaldarían la política del Gobierno de renegociación. Citado en SPENCE, J.: “Movements in the public mood: 1961-75”, p. 33 en HOINVILLE y G. JOWELL, R.: op. cit.

<sup>33</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 128.

<sup>34</sup> El Partido Laborista se presentaba a estos comicios con un manifiesto que, sobre la cuestión europea, redirigía al de febrero, que había sido la base de lo que se estaba negociando en Bruselas. Eso sí, ahora prometía que en un plazo de un año tras la jornada electoral el pueblo británico tendría la última palabra. Ver “Britain Will Win With Labour”, programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de octubre de 1974. Consultado en: <http://www.labour-party.org.uk/manifestos/1974/Oct/1974-oct-labour-manifesto.shtml> (28-5-2021, 8:10).

Aún así, Wilson y los suyos se podían presentar ahora en Bruselas con un mandato renovado, permitiendo que, en adelante, la renegociación tomase otro cariz. Downing Street esperaba que la cumbre de la CEE en París a finales de año —con la que se aspiraba a reactivar el proyecto europeo— acelerase la llegada de un acuerdo que, como tarde, se debía cerrar a principios de la primavera del 75.

Efectivamente, tal y como diría el diario *The Times*, de la reunión de la Europa de los Nueve en la capital francesa durante los días 9 y 10 de diciembre acabaría saliendo un calcetín navideño cargado de regalos modestos para todo el mundo<sup>35</sup>.

A Harold Wilson —quizá por su buen comportamiento, ya que había demostrado que su objetivo no era tanto conseguir grandes cambios sino una reinterpretación de las condiciones negociadas por Heath<sup>36</sup>— le correspondía un principio de acuerdo sobre un mecanismo corrector que, presumiblemente, aliviaría la aportación de Londres a las arcas comunitarias<sup>37</sup>. No obstante, el *premier* regresaría a las Islas insistiendo en que, pese al avance en el ámbito presupuestario, su Gobierno seguiría trabajando por encontrar una solución global, que incluyese el resto de temas recogidos en el manifiesto del partido. En caso de lograrlo, Downing Street recomendaría la permanencia en el Mercado Común<sup>38</sup>.

A cambio de la nueva fórmula conseguida en París, Wilson accedía a que el comunicado final de los Nueve contemplase, entre otras, la celebración de elecciones directas al

---

<sup>35</sup> Ver *The Times*, 12-12-1974, p. 15.

<sup>36</sup> Como señala Benjamin Grob-Fitzgibbon, los líderes continentales presentes en París fueron testigos de aquello que los *tories* venían recriminando al Partido Laborista: el Gobierno de Wilson no tenía intención de dejar la Comunidad ni de enmendar de forma sustancial sus términos; simplemente, estaba jugando con Europa para apaciguar a sus miembros más euroescépticos. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 388. Stephen Wall también cree que, en buena medida, la consulta popular sobre Europa era un instrumento del Gobierno para tratar de acabar con las divisiones internas en el laborismo. No obstante, este autor puntualiza que esas diferencias eran, al mismo tiempo, un fiel reflejo de la opinión de una ciudadanía dividida. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 211.

<sup>37</sup> A finales de octubre la Comisión había publicado su informe sobre el presupuesto comunitario: la cuestión más espinosa de las discusiones. Para satisfacción de los británicos, partidarios de que la contribución fuese proporcional a la capacidad económica de los países miembros, el documento reconocía la existencia de un desajuste en la aportación de Londres. El texto recogía que la cuota de Reino Unido en el presupuesto común superaría su parte en el PNB de la Comunidad en 1977 y que su tasa de crecimiento económico hasta el 78 sería mucho más baja que la media comunitaria. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 551.

<sup>38</sup> En su reunión del 5 de diciembre, el *premier* reconocería por vez primera ante los miembros de su gabinete que, de triunfar la renegociación, estaría dispuesto a recomendar el voto afirmativo a sus conciudadanos. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 563.

Parlamento Europeo tan pronto como fuera posible<sup>39</sup>, la vigencia del objetivo de lograr la UEM, y el reconocimiento de que, para mejorar el funcionamiento de la Comunidad, sería deseable renunciar a la práctica de que todas las decisiones se tomaran por unanimidad. Además, se encargaba al primer ministro belga, Leo Tindemans, la elaboración de un informe que diese contenido al concepto de Unión Europea proclamado en octubre del 72<sup>40</sup>.

Estos compromisos permitían a la CEE despedir el año con mejor sabor de boca —dejando atrás buena parte del pesimismo que la había acompañado en los últimos tiempos— a la vez que daban munición al sector anti-MC del Partido Laborista —dentro del cual se encontraban miembros del propio Gobierno— que tratará de hacerse notar con más fuerza al entender que su líder había pagado un precio inasumible por un mecanismo corrector que presentaba muchas dudas<sup>41</sup>.

Precisamente, la presión interna de los ministros euroescépticos conseguiría que, a principios de 1975, Harold Wilson concediese a su gabinete el derecho a disentir de la recomendación que Downing Street haría pública en cuanto finalizase la renegociación. Junto a este anuncio, el *premier* hacía oficial que la consulta se realizaría por la vía del referéndum<sup>42</sup>, que tendría lugar antes de finales de junio.

Una encuesta publicada por aquel entonces reflejaba que una ligera mayoría del pueblo anglosajón prefería salir que permanecer en el Mercado Común. Ahora bien, si el país obtenía unas nuevas condiciones respaldadas por el Gobierno la victoria del voto afirmativo parecía garantizada<sup>43</sup>.

---

<sup>39</sup> Aunque, en este apartado, se registra la reserva temporal de Reino Unido, lo que no es óbice para que, al igual que el resto de países, se tuviese que aprobar en las Islas la legislación doméstica necesaria para garantizar que los comicios podrían tener lugar en 1978.

<sup>40</sup> Además, también se establecía el Fondo Europeo de Desarrollo Regional —que, para muchos en las Islas, se quedaba corto— y la celebración de tres reuniones anuales del Consejo Europeo. Ver *The Times*, 12-12-1974, p. 5.

<sup>41</sup> Ya en el mes de noviembre, durante la conferencia anual del *Labour*, salía adelante una resolución de emergencia procedente del ala izquierda del partido, que dejaba en evidencia al Gobierno de Wilson, criticando su actitud negociadora en Bruselas y exigiéndole mayores garantías en diversos ámbitos. Ver *The Times*, 30-11-1974, p. 4.

<sup>42</sup> Hasta ese momento no se había confirmado que la consulta adoptaría la forma del referéndum. WILSON, H.: op. cit., 1979, p. 99.

<sup>43</sup> Así lo recogía una encuesta de Gallup publicada en el mes de febrero. Citado en una publicación online de Roger Mortimore en *The Conversation* del 21 de junio de 2016. Disponible en: <https://theconversation.com/polling-history-40-years-of-british-views-on-in-or-out-of-europe-61250> (28-5-2021, 17:09).

En el continente nadie deseaba perder a un integrante y, mucho menos, a Reino Unido, de modo que los Nueve trabajarían por llegar a la próxima cumbre —que se celebraría a mediados de marzo en Dublín— con una solución que lograra anclar definitivamente a los británicos en la CEE y permitiera redirigir la actividad comunitaria hacia otros asuntos.

Unas semanas antes de que llegase la cita clave en tierras irlandesas, el Partido Conservador —que atravesaba una fase de manifiesta desmoralización<sup>44</sup>— se las ingeniaba para deshacerse de Edward Heath, que sería sustituido por una señora de Grantham que muchos desconocían<sup>45</sup>. Se trataba de Margaret Thatcher<sup>46</sup>. Con ella, los *tories* irían abandonando el conservadurismo *one-nation* dominante en las últimas tres décadas, poniendo fin al predominio de los valores colectivistas en detrimento de la rama *whig*-neoliberal, que se desmarcaría progresivamente del consenso de posguerra —al que culpaba del declive actual de la nación<sup>47</sup>— llevando por bandera el monetarismo y la liberalización económica<sup>48</sup>.

---

<sup>44</sup> Por aquel entonces, *The Spectator* —la revista portavoz del conservadurismo anglosajón por excelencia— consideraba que, a lo largo de una generación, el Partido Conservador nunca se había mostrado tan perdido y falto de rumbo como durante el liderazgo de Heath tras las elecciones de febrero del 74. Ver *The Spectator*, 15-2-1975, p. 1.

<sup>45</sup> La formación conservadora llegaría a cambiar las reglas del partido para poder retar el liderazgo de Heath, ya que hasta ese momento él era el único que podía cuestionar su propia posición al frente del partido. Margaret Thatcher alcanzaba el liderazgo *tory* tras haber ocupado la cartera de Educación y Ciencia durante la legislatura 1970-74 de Heath, habiendo accedido por vez primera a los Comunes en los comicios del 59.

<sup>46</sup> La gente no era consciente de que estaba presenciando un hito en la historia política de Reino Unido, tan significativo como la victoria laborista en 1945. Citado en MCSMITH, A.: *No Such Thing as Society: A History of Britain in the 1980s*, Londres, Constable, 2011, p. 11.

<sup>47</sup> Como dice Morgan, para una parte de la derecha durante los años setenta y ochenta, los arquitectos de la victoria en 1945 eran, realmente, los enterradores de la nación. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 10. Steve Richards recuerda que, hasta su victoria electoral en 1979, Margaret Thatcher trataría de gestionar con prudencia el cambio radical que quería impulsar en su partido. Prueba de ello sería la inclusión de aliados de Heath —seguidores del *one-nation toryism*— en su equipo, tanto en la oposición como en su primer Gobierno. Citado en RICHARDS, S.: op. cit., p. 161. Aún así, la elección de Peter Thorneycroft como nuevo presidente del partido simbolizaría esa ruptura con el pasado, ya que, a principios de 1958, el entonces *chancellor* había dimitido ante la falta de apoyo de los suyos a su política de controlar la inflación reduciendo la masa monetaria —un evento que lo convertiría en todo un mártir de los monetaristas que ahora estaban ganado fuerza—.

<sup>48</sup> Lo que se acabaría conociendo como *thatcherismo* existía en cierta forma antes de que ella lo abrazase. Como diría Middlemas, ella fue ejecutora más que autora. Citado en “Margaret Thatcher”, conferencia de Keith Middlemas organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 25-4-2006. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-thatcher> (30-5-2021, 11:18). En este sentido, Tony Judt apuntaba que “todas las revoluciones políticas de relevancia van precedidas de una transformación del panorama intelectual”. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 773.

Mientras la escuadra *tory* emprendía su proceso de transformación, Harold Wilson trataba de asegurar un acuerdo final con sus colegas comunitarios, que acabaría llegando en el tiempo y la forma previstos. El 11 de marzo —el mismo día de su cincuenta y nueve cumpleaños— el *premier* regresaba del Consejo Europeo de Dublín<sup>49</sup> con la satisfacción de haber hecho los deberes<sup>50</sup>. Aunque luego reconocería que no había conseguido todo lo que hubiese deseado, el líder laborista creía que las mejoras eran suficientes para determinar que el resultado de la renegociación ofrecía a los británicos un *new deal* en Europa<sup>51</sup>.

Al margen de que esta interpretación estuviese o no justificada<sup>52</sup>, Wilson tendría más facilidades para venderla en los Comunes —donde la recomendación gubernamental sería

---

<sup>49</sup> El primer encuentro formal que se producía tras la institucionalización de las cumbres de los líderes comunitarios decidida en París a finales de 1974. El objetivo principal era combatir la sensación de que la CEE no estaba respondiendo a la velocidad requerida para hacer frente a los nuevos retos. Con el paso de los años se produciría la constitucionalización del Consejo Europeo, que se convertiría en una institución de pleno derecho con el Tratado de Lisboa —firmado en 2007 y en vigor desde 2009—. Tal y como señalaba Urwin, su emergencia confirmaba que la Comunidad se había vuelto, sobre todo, una organización intergubernamental, pese a sus evidentes rasgos supranacionales. Citado en URWIN, D.: op. cit., p. 175.

<sup>50</sup> Sobre la fórmula presupuestaria —que contemplaba un mecanismo corrector aplicable durante siete años y de carácter general— el tiempo demostraría que Londres no se había beneficiado de ella, ya que nunca reuniría las condiciones requeridas para verse favorecida. Citado en STRASSER, D.: op. cit., p. 194. Sobre Nueva Zelanda, Londres obtiene un compromiso que, si bien menos ambicioso de lo deseado, acabaría siendo aceptado por el Gobierno neozelandés. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 576. Además, la delegación anglosajona lograría extraer una declaración que salvaguardaba la capacidad de su país para perseguir una política regional e industrial efectivas. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 118. Por otra parte, el primer Convenio Lomé —firmado a finales de febrero entre la CEE y los países de África, el Caribe y el Pacífico— dotaría de mayor acceso comercial y de ayudas a países en desarrollo, atendiendo otra de las demandas del Gobierno británico.

<sup>51</sup> Así se titularía, precisamente, el documento publicado por el Gobierno para recomendar la permanencia en la campaña del referéndum: “Britain’s New Deal in Europe”. Este panfleto sería distribuido a todos los hogares, junto a las declaraciones de las dos plataformas contendientes: “Why you should vote yes” —de “Britain in Europe”— y “Why you should vote no” —a cargo de la “National Referendum Campaign”—. Sobre el documento gubernamental, Stephen Wall apunta que no se trataba de un análisis objetivo, ya que trataba de defender la permanencia en la CEE y, pese a hacerlo con argumentos veraces, no decía toda la verdad. Por ejemplo, se omite la cuestión de la Unión Europea, así como el objetivo de avanzar hacia la UEM. Por mucho que fueran abstracciones, el Gobierno británico se había comprometido con ellas en la cumbre europea diciembre. Citado en WALL, S.: op. cit., p. 586. Sea como fuere, lo que está claro es que el panfleto carecía de pasión. En el prólogo del mismo se reconocía que el Gobierno no había conseguido todo lo que hubiese querido pero que tampoco había aspirado a ello, aunque se defendía que los términos de los *tories* se habían visto mejorados con cambios sustanciales por el bien del país, de la Commonwealth y de los propios Seis. Ya en las páginas internas, sobre las consecuencias de decir que sí a la permanencia, el primer punto decía que dentro o fuera los próximos años serían difíciles para Reino Unido —citando la crisis del petróleo y los altos precios mundiales— aunque quedándose en la Comunidad el país le haría frente con mayor fortaleza. TNA: PREM 16/407.

<sup>52</sup> Algunos autores como Andrew Adonis —en su obra ya citada, pp. 85-86— niegan que la renegociación fuese una farsa. Otros como Roy Jenkins, en cambio, creen que fue un ejercicio fundamentalmente cosmético. Citado en JENKINS, R.: *A Life at the Centre*, Londres, Palgrave Macmillan, 1991, p. 494. Por otro lado, Andrew Geddes —también en su libro citado con anterioridad, p. 76— considera que, a través de la renegociación, Reino Unido consiguió poco que no pudiese obtener a través de los cauces ordinarios que ofrecía la propia Comunidad. Mientras que Hugo Young, por su parte —obra citada de 1998, p. 281—

respaldada por una mayoría holgada<sup>53</sup>— que en su propio partido<sup>54</sup>. Si dentro de su gabinete el sí a Europa sería rechazado por siete de sus veintitrés miembros<sup>55</sup>, en la conferencia especial del *Labour* sobre la cuestión europea —celebrada a finales de abril— la victoria de los rebeldes sería incontestable, saliendo triunfadora la opción de salir de la Comunidad. No obstante, la última decisión estaría en manos del pueblo británico, que según las encuestas se estaba decantando cada vez con más fuerza por la permanencia<sup>56</sup>.

Una vez iniciada la campaña, la lucha por el voto enfrentaría a las plataformas “Britain in Europe” —de carácter centrista y apoyada por el mundo de los negocios, casi toda la prensa y la Iglesia anglicana<sup>57</sup>— y, en representación de quienes rechazaban continuar en el Mercado Común, la “National Referendum Campaign”, esta última con el hándicap de ser dirigida por *amateurs*, presentar grandes diferencias ideológicas entre sus integrantes —con algunas figuras controvertidas, como Enoch Powell o el socialista Tony Benn<sup>58</sup>— y contar con muchos menos fondos<sup>59</sup>.

---

entiende que, más allá del alcance real de lo acordado, lo verdaderamente importante era la impresión de que lo logrado era suficiente.

<sup>53</sup> Así acontecía el 9 de abril, con 396 votos favorables y 170 en contra. Ver *The Times*, 10-4-1975, p. 1. Forster recordaría que entre 1974 y 1975 más de un tercio del Labour en el Parlamento era contrario a los términos renegociados para permanecer en la CEE. Citado en FORSTER, A.: *Euroscepticism in Contemporary British Politics: Opposition to Europe in the Conservative and Labour Parties Since 1945*, Londres, Routledge, 2002, pp. 131.

<sup>54</sup> En este mismo mes de marzo, Harold Wilson presentaba en sede parlamentaria el informe sobre la renegociación: “Membership of the European Community”. Entre las consideraciones finales se decía que, a través de la participación en la Comunidad, Reino Unido tenía mayor capacidad para mejorar y proteger sus intereses nacionales —esa era, al fin y al cabo, la esencia de la soberanía—. Además, su membresía no había hecho más que comenzar, de modo que el país estaba en condiciones de jugar un papel clave en el desarrollo de una CEE que se había mostrado como una organización flexible. HAEU: UWK/NS-32.

<sup>55</sup> Ello no impediría que, con una mayoría de 9, saliese adelante la propuesta de Wilson. Ver *The Times*, 19-3-1975, p. 1.

<sup>56</sup> Desde el mes de febrero hasta el día de la votación los sondeos registrarían el liderazgo del sí, pasando de tener una ventaja de 8 puntos en febrero a alcanzar los 34 a finales de mayo. Citado en BUTLER, D. y KITZINGER, U.: *The 1975 referendum*, Londres, Macmillan Press, 1976, p. 194.

<sup>57</sup> Que en el mes de mayo habían donado a “Britain in Europe” casi 1,5 millones de libras, mientras que su rival, la “National Referendum Campaign”, solo lograría obtener 250.000 libras en donaciones. Citado en una pieza de Jan-Henrik Meyer titulada “The 1975 referendum on Britain’s continued membership in the EEC”, recogida en los fondos digitales de la web del Centro Virtual del Conocimiento sobre Europa. Disponible en:

[https://www.cvce.eu/content/publication/2005/10/19/eb67b6cf-33ef-4f79-9510-b6fab56d2509/publishable\\_en.pdf](https://www.cvce.eu/content/publication/2005/10/19/eb67b6cf-33ef-4f79-9510-b6fab56d2509/publishable_en.pdf) (30-5-2021, 12:13).

<sup>58</sup> Para Powell, el antieuropeísmo era una forma de reivindicar un proyecto político centrado en el resurgimiento de la nación inglesa. Para Benn, una manera de legitimar su idea de convertir a Reino Unido en un país socialista e independiente. Citado en GIFFORD, C.: op. cit., p. 10. Además, esta plataforma aglutinaba a personalidades y formaciones sin un alto grado de aceptación, situándose el protestante del Ulster Ian Paisley entre las primeras y el Partido Comunista y el Frente Nacional entre las segundas.

<sup>59</sup> Esto lleva a Robert Saunders a decir que fue una de las batallas más desiguales en la historia electoral de Reino Unido. Citado en SAUNDERS, R.: op. cit., 2018, p. 131. Del gasto total de ambas plataformas, el porcentaje que representó la subvención del Gobierno supuso el 94% en el caso de la “National Referendum

Los líderes de los dos principales partidos —que, junto a los liberales, defenderían la opción del *remain*— se situarían en un segundo plano<sup>60</sup>, cediendo el protagonismo a otras personalidades de renombre como Roy Jenkins o Edward Heath, unidos ahora en defensa de la causa europeísta —que ambos entendían como parte intrínseca de su forma de vida— pese a pertenecer a formaciones rivales<sup>61</sup>. En un tiempo de evidente crisis política y económica<sup>62</sup> —cuestión que dominaría la campaña— este espíritu de solidaridad interpartidista presente en “Britain in Europe” sería ampliamente aplaudido<sup>63</sup>.

### 2.1.3 El “sí quiero” del pueblo británico: un punto de inflexión aparente

Efectivamente, el 5 de junio, en lo que sería el primer referéndum en la historia del país —un instrumento del que muchos recelaban en las Islas, apegados a la práctica secular de la democracia representativa<sup>64</sup>— un 67,2% de los votantes apostaba por seguir las indicaciones del *establishment*, confirmando el triunfo de este último en su intento por presentar la continuidad en la CEE como la mejor vía hacia el futuro y a los anti-MC como representantes de un pasado caduco<sup>65</sup>.

---

Campaign”, mientras que en “Britain in Europe” apenas alcanzaría el 8%. Citado en WALL, S.: op. cit., pp. 580-81.

<sup>60</sup> A dos días del referéndum, el periodista Michael Charlton —entrevistando a Margaret Thatcher en su programa “Newsday”— dedicaba su primera pregunta al supuesto europeísmo poco entusiasta de la líder tory, lo que probaría el hecho de que solo hubiese dedicado un gran discurso en campaña a la cuestión europea. Maggie lo negaba de plano. Para ver la entrevista íntegra: <https://www.youtube.com/watch?v=zT3rx4RqhOU> (30-5-2021, 12:54).

<sup>61</sup> Jenkins era el presidente de “Britain in Europe” y Heath uno de sus vicepresidentes. Resulta interesante una pieza de Patrick Cosgrave en *The Spectator* en la que alertaba a Margaret Thatcher de que cuanto mayor era el europeísmo de un miembro tory, mayores posibilidades existían de que dudase sobre su lealtad hacia la nueva líder del partido. Ver *The Spectator*, 14-6-1975, p. 709.

<sup>62</sup> De acuerdo con Wilson, entre los comicios de octubre del 74 y el verano del 75 su Gobierno sufriría una presión frenética y exigente como nunca antes había visto en los últimos treinta años, debido a la intensidad de los problemas económicos que atravesaba el país. Citado en WILSON, H.: op. cit., 1979, pp. 85-86. Valga un solo dato: entre enero del 73 y diciembre del 74 la bolsa de Londres —especialmente sacudida por la caída generalizada en el mercado de valores— perdería el 73% de su valor. Citado en O’MALLEY, C.: *Bonds Without borders: A History of the Eurobond Market*, Chichester, Wiley, 2015, p. 54.

<sup>63</sup> SAUNDERS, R.: op. cit., 2018, p. 370.

<sup>64</sup> En su primer gran actuación en los Comunes, Margaret Thatcher suscribiría las palabras de Clement Attlee, que se había referido a los referéndums como artefactos al servicio de dictadores y demagogos. Para consultar su intervención: <https://www.margaretthatcher.org/document/102649> (31-5-21, 19:51).

<sup>65</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., pp. 366.

Así pues, de forma tan inequívoca como desapegada<sup>66</sup> —al haber más temor por salir que deseo de permanecer en Europa<sup>67</sup>— el pueblo británico reafirmaba la condición de Reino Unido como Estado miembro<sup>68</sup>. Para Harold Wilson, el resultado significaba el fin de catorce años de disputa nacional<sup>69</sup>. Aunque el tiempo probaría el excesivo optimismo de esta valoración —puesto que la cuestión europea seguiría generando controversia en las Islas— el resultado de la consulta legitimaba, con dos años y medio de retraso, la entrada de los británicos en el Mercado Común.

En adelante, además de reconducir la delicada situación de la economía doméstica<sup>70</sup>, el Gobierno anglosajón tenía la tarea de hacer funcionar la participación de su país en la Comunidad y de encontrar, al fin, su lugar en Europa<sup>71</sup>.

---

<sup>66</sup> BUTLER, D. y Kitzinger, U.: op. cit., p. 280.

<sup>67</sup> Bogdanor señala que las razones negativas —como el miedo por la situación del país o a facilitar el gobierno a figuras políticas divisivas— tuvieron más peso en el resultado final. Citado en BOGDANOR, V.: op. cit., 2020, p. 76. Este mismo autor pronunció una conferencia sobre esta consulta que llevaba por título “The Referendum on Europe, 1975”. Fue organizada por el Gresham College y tuvo lugar el 15 de abril de 2014. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/the-referendum-on-europe-1975> (31-5-2021, 16:08). Cabe recordar que, en el momento de tener lugar la consulta, Reino Unido todavía padecía las consecuencias del *shock* en el precio del petróleo, la inflación había superado el 20% y el desempleo estaba en aumento; una sensación de inseguridad nacional reforzada por la campaña desplegada por el IRA en Irlanda del Norte. Es decir, los británicos no estaban como para asumir riesgos. Citado en STEPHENS, P.: op. cit., p. 184.

<sup>68</sup> Para *The Guardian*, una decisión entusiasta. Ver *The Guardian*, 7-6-1975, p. 10. También para *The Times*, que entendía que era un buen comienzo para encarar los grandes problemas que debía afrontar el país. Ver *The Times*, 7-6-1975, p. 13. “¡Europeos!”, titulaba el *Daily Express*, que abría su editorial diciendo que Reino Unido, tras la votación, pertenecía a Europa de forma decidida e irrevocable. Ver *Daily Express*, 7-6-1975, p. 10.

<sup>69</sup> La participación alcanzaría el 64,5%. Solo las islas Shetland y las Hébridias Exteriores votarían por el no. Ver *The Times*, 7-6-1975, p. 1. El propio Wilson hablaría en sus memorias de su satisfacción por el hecho de que un tema que había amenazado varias veces durante trece años con destruir el Partido Laborista se resolviese de forma limpia y definitiva. WILSON, H.: op. cit., 1979, p. 109.

<sup>70</sup> La publicación progresista *New Statesman* pedía a Wilson, antes de conocerse los resultados del referéndum, que no utilizase una hipotética victoria en la consulta para destruir las disidencias e imponer la conformidad con sus ideas en el partido. Es decir, ante los retos del futuro, esperaba una reacción mesurada y no que se aprovechara la coyuntura para neutralizar al ala izquierda del partido. Ver *New Statesman*, 6-6-1975, p. 1.

<sup>71</sup> CROWSON, N. J.: op. cit., p. 103. De hecho, el diario *The Times* mostraría su decepción por el hecho de que durante la campaña del referéndum el debate se centrara demasiado en lo que Europa podía hacer por los británicos y muy poco en lo que estos podrían hacer por Europa. Ver *The Times*, 5-6-1975, p. 15. Por su parte, *The Daily Telegraph* consideraba que era el momento de que Reino Unido se lanzase de forma incondicional a la mejora de la Comunidad en colaboración con sus socios. Ver *The Daily Telegraph*, 7-6-1975, p. 14. El *Daily Mail* —que hablaba del resultado como la victoria más aplastante en la historia política de Reino Unido— sentenciaba que Reino Unido se había deshecho de su Imperio y elegido un nuevo rol. Ver *Daily Mail*, 7-6-1975, pp. 6-7. Del mismo modo, el periódico *The Sun* abría en primera página con “Ahora todos somos europeos. Asegurémonos de que somos buenos europeos”. Ver *The Sun*, 7-6-1975, p. 1.

Uno de los primeros movimientos de Downing Street sería ordenar a los eurodiputados laboristas que ocupasen su asiento en el Parlamento Europeo, que habían dejado vacante desde la adhesión<sup>72</sup>. Poco después, a mediados de julio, Harold Wilson acudía a Bruselas con el objetivo de transmitir al resto de líderes el total compromiso de su país con la Europa de los Nueve. Ahora bien, el pragmatismo iba a seguir guiando la actuación de Londres en el continente, donde trataría de defender con el mismo ímpetu de siempre sus intereses nacionales.

Así pues, más allá de que la victoria en el referéndum hubiese permitido abrir un nuevo capítulo en la historia de las relaciones entre Reino Unido y sus socios comunitarios, la trama seguiría siendo la misma<sup>73</sup>. Al fin y al cabo, aunque el Gobierno británico procurase abordar los asuntos comunitarios con una actitud renovada y más positiva, sus viejos objetivos para con Europa se mantenían en plena forma<sup>74</sup>. Básicamente, Londres deseaba extraer lo máximo a nivel comercial —sin comprometer la competitividad doméstica— pagando el menor precio posible por su participación —para lo que trataría de seguir revisando en su beneficio el presupuesto comunitario— y resistiendo cualquier avance hacia el supranacionalismo —lo que no sería óbice para reforzar la cooperación en distintos ámbitos de particular interés—.

Esto último se demostraría a principios de diciembre en el Consejo Europeo de Roma, cuando Harold Wilson se desmarcaba del acuerdo de convocar elecciones al Parlamento Europeo para mayo o junio de 1978, pidiendo más tiempo antes de que su país adoptase una posición al respecto<sup>75</sup>. El *premier* temía reabrir viejas heridas, consciente de que cualquier cuestionamiento de la soberanía nacional podría generar fuertes resistencias en casa, donde el compromiso de su Gobierno y del público en general con la construcción europea seguía siendo muy endeble<sup>76</sup>.

---

<sup>72</sup> Hasta ahora, los eurodiputados eran elegidos por los propios parlamentos nacionales.

<sup>73</sup> Para Stephen Wall, resulta impactante el punto hasta el cual el resultado del referéndum no trajo consigo ningún pensamiento nuevo, diferente o positivo sobre la naturaleza de la CEE y el lugar de Reino Unido en él. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 23.

<sup>74</sup> Y los perdedores del referéndum sobre Europa no tardarían en volver a movilizarse, formando a finales de 1975 el llamado “Common Market Safeguards Committee”.

<sup>75</sup> Dinamarca también mostraría sus reservas sobre esta cuestión. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: [https://www.consilium.europa.eu/media/20809/1975\\_december\\_rome\\_\\_eng\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20809/1975_december_rome__eng_.pdf) (31-5-2021, 20:19). Cabe destacar que en esta cumbre Harold Wilson, tras una intensa disputa con sus socios, vio frustrado su deseo de tener representación propia en la conferencia que se celebraría a los pocos días en París sobre la cuestión energética.

<sup>76</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 367.

Igual de endeble parecía, al cierre de 1975, la posición de Wilson al frente del país, que mostraba signos evidentes de cansancio. Por un lado, la condición económica de Reino Unido seguía sin mejorar, a pesar de las perspectivas que ofrecía el petróleo del mar del Norte<sup>77</sup>. El contrato social propuesto por el *Labour* para mantener bajo control los incrementos salariales había resultado un fiasco, aunque desde finales de verano los sindicatos venían ofreciendo cierta esperanza al acceder a limitar sus demandas para no desangrar la economía nacional y, de ese modo, evitar servir en bandeja el liderazgo de la nación a Margaret Thatcher —en plena consolidación de su poder y decidida a aplicar su proyecto antisocialista<sup>78</sup>—.

Por otro lado, el Gobierno había llevado a Westminster en noviembre el debate sobre la *devolution*<sup>79</sup>, que —añadido al problema del Ulster, que seguía recrudeciéndose— contribuiría a extender el desconcierto y la sensación de ruptura en las Islas, al poner en cuestionamiento el tradicional modelo unionista de Reino Unido. Ciertamente, no eran tiempos fáciles en la vieja *Britannia*.

El debate de los británicos sobre el estado de la nación y su rol a desempeñar en Bruselas coincidiría con la reflexión interna de la Europa de los Nueve —a la que Grecia había llamado recientemente a la puerta<sup>80</sup>— que aguardaba desde finales del 74 las conclusiones del Informe Tindemans, publicadas el 7 de enero de 1976.

Para la tranquilidad de Londres, el texto final rehuía del idealismo —planteando, en cambio, un avance gradual— aunque contenía aspectos concretos que sí podrían inquietar

---

<sup>77</sup> En el mes de noviembre se iniciaba la explotación del yacimiento petrolífero más importante de los descubiertos hasta la fecha en el mar del Norte. Durante el periodo 1973-80, un tercio del crecimiento de Reino Unido estaría vinculado a la extracción de petróleo. A principios de los ochenta, Londres se convertiría en un exportador neto de crudo. Citado en HANSEN, D.: op. cit., p. 452.

<sup>78</sup> De acuerdo con Morgan, parecía que, ahora sí, los sindicatos empezaban a tomar consciencia de las consecuencias que los incrementos salariales tenían sobre el empleo y la inflación. MORGAN, K. O.: op. cit., p. 378.

<sup>79</sup> Una cuestión pendiente, sobre todo, desde los últimos comicios, que habían vuelto a confirmar el avance del nacionalismo en Gales y, con más fuerza todavía, en Escocia. Finalmente, este debate no acabaría produciendo cambios sustanciales en la relación con las naciones celtas.

<sup>80</sup> El país heleno había solicitado la entrada en la Comunidad en junio del 75, pocos días después de ratificar la Constitución que marcaba el paso de la dictadura a la democracia. No sería hasta finales de enero de 1976 cuando la Comisión emitiría su opinión formal: adhesión bienvenida pero, al mismo tiempo, prudencia por cuestiones políticas —léase problemas con Turquía y Chipre— y por las dificultades económico-financieras.

a los británicos, como hacer de la toma de decisiones por mayoría cualificada la práctica habitual en el Consejo de Ministros —restando poder de veto a los Gobiernos nacionales— o la propuesta de que los Estados miembros más fuertes avanzasen con mayor rapidez hacia la UEM —lo que podría redundar en una Europa de dos velocidades<sup>81</sup>—.

Al otro lado del canal de la Mancha, el comienzo del año estaría marcado por la dimisión de Harold Wilson, que cogería por sorpresa a propios y extraños a pesar de que había sido largamente premeditada por el político de Yorkshire<sup>82</sup>. El primer intercambio de impresiones entre los líderes europeos sobre el Informe Tindemans sería, precisamente, el último Consejo Europeo de Wilson. Apenas unos días más tarde, el 5 de abril, James Callaghan —como candidato que representaba la continuidad y bajo el impulso de su alta estima popular<sup>83</sup>— era elegido por los suyos como el nuevo *premier*<sup>84</sup>, heredando una situación económica extremadamente complicada y una creciente debilidad parlamentaria que, además de relegar la cuestión europea a un segundo plano, haría más difícil todavía su principal tarea de devolver a Reino Unido a la senda del éxito y la competitividad.

Para gestionar la política exterior, Jim se decantaba por Anthony Crosland<sup>85</sup>. Este último sería el encargado de que, de una vez por todas —y con la vista puesta en la presidencia del Consejo que su país estrenaría durante la primera mitad de 1977— Reino Unido

---

<sup>81</sup> Ver *The Times*, 8-1-1976, p. 1.

<sup>82</sup> Wilson anunciaba su decisión el 16 de marzo. En retrospectiva, Barbara Castle —compañera de gabinete del político de Yorkshire— diría que sin su salida el Partido Laborista no hubiese perdido las elecciones de 1979 y que, por tanto, Margaret Thatcher no hubiese alcanzado nunca el poder. Así lo expone en el documental ya citado sobre los años de Harold Wilson al frente del Gobierno. Por otro lado, para Jeremy Black, a consecuencia del analfabetismo económico de las políticas de Wilson, los años 1974-76 fueron el periodo en que Reino Unido estuvo más cerca de presenciar la caída del capitalismo. Citado en BLACK, J.: op. cit., p. 145. Steve Richards, por su parte, pone en valor que habiendo sido el líder de un partido ingobernable hubiese logrado vencer en tres elecciones generales. Así lo expone en el primer capítulo dedicado a Harold Wilson dentro de su serie “Leadership Reflections”, emitido el 12 de febrero de 2017 por el canal BBC Parliament. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=AGnJ7pjWcIQ&list=PLqyrs2FHVEavSN51T-WtZPIBUDhSOvbvr&index=23> (1-6-2021, 10:10).

<sup>83</sup> El diario *The Times* llegaría a decir que era difícil recordar a algún primer ministro que llegase al poder con tanta simpatía nacional y con tan poca gente hostil hacia su persona. Ver *The Times*, 6-4-1976, p. 17.

<sup>84</sup> Tal y como reconocería el propio Callaghan en sus memorias, llegar al 10 de Downing Street era un sueño de la infancia hecho realidad. Citado en CALLAGHAN, J.: op. cit., p. 394.

<sup>85</sup> El nuevo *premier* justificaba la elección de Crosland en vez de Roy Jenkins —su sucesor natural como ministro de Exteriores— por estar menos comprometido con el proyecto europeo que el segundo, de tal manera que no levantaría tantas sospechas cuando llegase el momento de tomar decisiones que vincularían a Reino Unido de forma más estrecha con la CEE. Citado en CALLAGHAN, J.: op. cit., p. 399.

presentase una posición coherente en la Comunidad. Un cometido sobre el que el nuevo jefe del Foreign Office trabajaría en los próximos meses, tratando de resolver una contradicción que, *a priori*, parecía insalvable: el deseo de ser un buen europeo sin que ello generase controversia en las Islas.

A lo largo de la primavera, la tibia acogida del pasaporte europeo<sup>86</sup> —con riñas incluidas por el lugar que debía ocupar el escudo real respecto al distintivo comunitario<sup>87</sup>— así como las dificultades que encontrarían en Westminster ciertas directivas comunitarias en materia de armonización —que debían ser aprobadas durante la fase de transición, al ser parte del proceso de adaptación a la normativa del Mercado Común— recordarían a Tony Crosland que, a pesar del aplastante sí a Europa del año anterior, la clase política británica seguía teniendo la piel muy fina respecto a todo aquello que procediese del continente.

A la par que el ministerio de Exteriores trataba de solventar el embrollo que planteaba la política europea de Londres, Downing Street apostaba por ir tejiendo alianzas con los principales socios comunitarios, de tal forma que Reino Unido ganase influencia en la Europa de los Nueve.

Además de cultivar la conexión que ya existía entre Callaghan y el canciller alemán, Helmut Schmidt, uno de sus primeros propósitos sería acercarse a la Francia de Giscard, con la que el Gobierno de Callaghan acordaría en el mes de junio la celebración de encuentros anuales para abordar en conjunto los asuntos de actualidad y, en particular, aquellos relacionados con la construcción europea.

Pese a que la renovación de la *entente cordiale* tendría poco recorrido, esta bocanada de aire fresco a las relaciones bilaterales contribuiría a que, a mediados de julio, la delegación anglosajona regresase muy satisfecha del Consejo Europeo de Bruselas. No solo se había atendido su demanda de obtener más asientos en el futuro Parlamento Europeo<sup>88</sup> —sobre cuya elección Londres seguía sin pronunciarse— sino que el laborista

---

<sup>86</sup> Propuesto por los alemanes inicialmente en septiembre del 74.

<sup>87</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 39.

<sup>88</sup> Fijados ahora en 81, al igual que Alemania, Francia e Italia.

Roy Jenkins —hasta entonces, ministro del Interior— había obtenido el respaldo del resto de líderes para convertirse en el próximo presidente de la Comisión<sup>89</sup>.

Sin duda alguna, la primera cumbre europea de Callaghan parecía un buen comienzo, ya que volvía de la capital comunitaria no con promesas grandilocuentes sino con resultados concretos —pragmatismo del que gustaban en las Islas—.

Sin embargo, la verdadera preocupación del *premier* había estado en la política nacional desde el principio de su mandato. A la vuelta del verano, el continuo deterioro de la economía doméstica —reflejado en el descenso imparable del valor de la libra— le llevaba a anunciar en plena conferencia laborista el fin del keynesianismo en Reino Unido<sup>90</sup>. Poniendo al país por encima de su partido, el viejo sindicalista sentenciaba que ya no era posible salir de una recesión estimulando el gasto público: si se quería recuperar la confianza internacional, el país debía solicitar la ayuda del FMI; un salvavidas que solo llegaría con ciertas condiciones<sup>91</sup>.

Pese al rechazo de sus correligionarios —que se negaban a que el *Labour* aplicase políticas monetaristas, contrarias a sus principios— Callaghan trataría de asegurar durante lo que restaba de año que su gabinete accediese a cumplir con las exigencias planteadas por el ente financiero sin que ello abriese una crisis de Gobierno.

A mediados de diciembre, Denis Healey anunciaba en los Comunes que, a cambio del mayor préstamo concedido por el FMI hasta la fecha<sup>92</sup>, el Gobierno británico recortaría el gasto público durante los siguientes dos años y aumentarían los impuestos indirectos<sup>93</sup>. Si una parte de los diputados laboristas reaccionaba exigiendo la dimisión del *chancellor* —al que se acusaba de herejía— la bancada conservadora pedía lo propio al entender que

---

<sup>89</sup> El 22 de enero, en una reunión ordinaria, Harold Wilson —entonces todavía *premier*— había planteado esta posibilidad a Jenkins, que lo rechaza en un primer momento, pero poco después vira y muestra su disposición. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, pp. 16-17.

<sup>90</sup> No por casualidad, este año el Premio Nobel de Economía recaería en Milton Friedman, habiéndolo ganando Hayek en el 74. Sin duda alguna, ello probaba que las ideas monetaristas estaban arraigando.

<sup>91</sup> Ver *The Times*, 29-9-1976, p. 1.

<sup>92</sup> “The IMF Crisis, 1976”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Political Crisis Since 1945”, 19-1-2016. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/the-imf-crisis-1976> (2-6-2021, 20:19).

<sup>93</sup> Incluyendo la venta de acciones del Estado en la compañía petrolera BP. Ver *The Times*, 16-12-1976, p. 1.

este había tardado demasiado en aplicar la política que ellos mismos venían defendiendo<sup>94</sup>.

Con todo, Callaghan lograría preservar la unidad de su equipo de gobierno —así como devolver cierta estabilidad a la economía británica— aunque no podría evitar que se extendiese por las Islas la sensación de vulnerabilidad nacional, al haber vivido otro episodio humillante<sup>95</sup>.

Así pues, Reino Unido se preparaba para asumir la presidencia del Consejo de Ministros después de haber sufrido su peor crisis desde 1973<sup>96</sup>; la misma que seguía lastrando al proyecto europeo, cuyos integrantes acusaban todavía las secuelas de la última recesión. Durante los primeros seis meses del año 77, un país que seguía cuestionando la utilidad del proyecto europeo para su nación<sup>97</sup> y que estaba dirigido por un Gobierno con dudosas credenciales europeístas cogería el timón de una Comunidad necesitada de energía. Además, a partir del 6 de enero —y durante, al menos, cuatro años— iniciaría su mandato la Comisión Jenkins, la primera con un británico al frente. El reto no era menor.

No debe sorprender, por tanto, que los objetivos de la presidencia británica fuesen bastante modestos, por mucho que, en su discurso inaugural ante la Asamblea en Luxemburgo, Anthony Crosland decidiese ampliar su mirada y abordar el futuro del proyecto europeo a medio plazo.

De acuerdo con sus palabras, se debían revisar determinadas políticas sectoriales —como la pesquera, la agrícola o la energética— combatir el desempleo —tratando de avanzar

---

<sup>94</sup> En el mes de octubre, el Partido Conservador había presentado su declaración política a través del documento “The Right Approach”. Para su consulta íntegra: <https://www.margaretthatcher.org/document/109439> (2-6-2021, 20:42). Previamente, a mediados de septiembre, Margaret Thatcher escribía en una pieza para *The Sun* que Reino Unido había estado en declive desde que los derechos y las libertades de los individuos habían sido cercenados por el creciente poder del Estado. Para ella, la grandeza del país estaba en su gente y no en sus Gobiernos. De ahí que la líder *tory* concluyese diciendo que, con ella, Reino Unido podría recuperar su grandeza, ya que la liberaría redirigiendo el poder de decisión al ciudadano de a pie. Para su lectura íntegra: <https://www.margaretthatcher.org/document/102838> (2-6-2021, 20:54).

<sup>95</sup> La tendencia económica del país en las últimas décadas respecto a sus vecinos también podría parecer una afrenta en las Islas. Entre 1954 y 1977 el PIB de Alemania había crecido un 310% y el de Francia un 297%, mientras que en Reino Unido solo había aumentado un 75%. Citado en MCSMITH, A.: op. cit., p. 12.

<sup>96</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 383.

<sup>97</sup> Así lo recogía una encuesta de Gallup en enero del 77. Para un 35% la pertenencia favorecía a su país; para un 41% le perjudicaba. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 401.

hacia la convergencia económica de los Nueve— otorgar un rol adecuado al Parlamento Europeo, extender la influencia de la Comunidad en el exterior y, por último, apoyar la ampliación —a la que, además de Grecia, aspiraría desde marzo Portugal y, cuatro meses más tarde, España—.

Además, a nivel particular, Londres esperaba, por un lado, evitar problemas en casa sobre las elecciones directas al Parlamento Europeo —rechazadas por el *Labour*, a pesar de que Callaghan se hubiese comprometido a poner todo su empeño en que se celebrasen a mediados del 78— y, por otro, conseguir que el Joint European Torus —organización propuesta por el Ejecutivo comunitario para investigar en conjunto la fusión nuclear— se ubicase en suelo inglés<sup>98</sup>.

Pero más allá del cumplimiento de alguna de estas aspiraciones, lo que realmente marcaría la presidencia británica —además de la muerte repentina de Anthony Crosland, a quien sustituiría el joven europeísta David Owen— sería la llamada Guerra del Asiento, que centraría toda la atención mediática durante el mes de marzo.

Ante el encuentro del G-7 que se celebraría en Londres en mayo, los Nueve eran incapaces de acordar si el presidente de la Comisión, Roy Jenkins, debía ser invitado. El conflicto enfrentaba, sobre todo, a la Francia de Giscard —que se negaba de plano— con los socios más pequeños, que al no tener representación en el G-7 entendían que la presencia de Jenkins aseguraría la defensa de sus intereses. Para no empañar el veinte aniversario de los Tratados de Roma —y poder atender a otros temas de mayor relevancia— la disputa quedaría resuelta a finales de marzo con una solución intermedia: el jefe del Ejecutivo comunitario estaría en la cumbre, pero solo participaría cuando se trataran determinadas materias<sup>99</sup>.

---

<sup>98</sup> Este último propósito se acabaría logrando, si bien una vez terminada la presidencia británica. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, pp. 64-65 y *The Times*, 14-1-1977, p. 7. Si estos eran los objetivos de la presidencia británica, los del Gobierno laborista serían los siguientes —tal y como expondría el propio Callaghan al secretario general del *Labour*—: mantener la autoridad de los Estados sin incrementar los poderes del Parlamento Europeo, enfatizar la necesidad de los Gobiernos nacionales de perseguir sus propios objetivos económicos, regionales e industriales y reformar el procedimiento presupuestario. Citado en GEDDES, A.: op. cit., p. 77.

<sup>99</sup> No debe extrañar que, como primera conclusión tras la cumbre, Roy Jenkins anotase en su diario el inmenso alivio que le producía el fin de la misma. Citado en JENKINS, R.: *European Diary, 1977-1981*, Londres, Bloomsbury Reader, 2012, p. 97.

La Guerra del Asiento acabaría mostrándose como la cuestión más espinosa durante la presidencia británica. Para el Gobierno de Callaghan, sin embargo, el tema de mayor complejidad respecto a Europa durante estos meses sería el de los comicios al Parlamento Europeo<sup>100</sup>, que en las Islas seguían planteando muchas dudas: tanto el principio en sí como el método de elección y el *timing*.

Callaghan debía actuar de componedor, a sabiendas de que estaba en juego tanto la propia supervivencia de su gabinete —que integraba a figuras que, por la naturaleza constitucional del asunto, eran contrarias a las elecciones europeas— como la continuidad de su Gobierno —apoyado desde marzo por los liberales que, a cambio de garantizarle la mayoría en la cámara, exigían la introducción del sistema electoral proporcional—. Además, el político de Portsmouth era consciente de que su país se jugaba su credibilidad como Estado miembro, lo que obligaba a llevar a Westminster cuanto antes la Assembly Elections Bill, de tal forma que su aprobación permitiese celebrar en 1978 la primera elección de los eurodiputados por sufragio universal.

Finalmente, el *premier* resolvería la ecuación tratando de salvar la cara en todos los frentes. En primer lugar, depositaba la ley en los Comunes antes de culminar la presidencia europea de Reino Unido, enviando a sus socios una señal de sus buenas intenciones. Por otro lado, incluía en ella el sistema de representación proporcional demandado por el Partido Liberal. Y, por último, concedía a sus compañeros de filas la libertad de voto<sup>101</sup>. Una fórmula salomónica que permitiría respirar a Callaghan pero que, en cuestión de meses, acabaría ahogando definitivamente toda esperanza de convocar los comicios en 1978. Y es que, a finales de diciembre, el rechazo de los Comunes a la representación proporcional —en absoluto inesperado— obligaba a dilatar la aprobación parlamentaria de la Assembly Elections Bill, arrastrando al resto de socios —que no esconderán su decepción— a postergar para 1979 la celebración de los comicios.

Así pues, la primera presidencia europea de Reino Unido se cerraba el 30 de junio sin pena ni gloria. Atrás quedaba un semestre que no solo no había conseguido ningún avance sustancial hacia la unidad europea, si no que había vuelto a mostrar, a propósito de las elecciones directas, el potencial destructivo de la cuestión comunitaria en suelo británico,

---

<sup>100</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 70.

<sup>101</sup> Para conocer con más detalle este episodio ver WALL, S.: op. cit., 2019, pp. 75-84.

donde el *Labour* seguía exhibiendo su determinación a poner en aprietos a su propio Gobierno si creía cuestionada la soberanía nacional.

Por lo tanto, después de seis meses al frente del Consejo de Ministros, ni la imagen de Londres había mejorado en la Comunidad<sup>102</sup> ni la de esta había salido reforzada en las Islas. Así lo probaba una encuesta presentada en el programa “Tonight” de la BBC el mismo día en que se cerraba el mandato europeo del Gobierno anglosajón: de haber un nuevo referéndum sobre Europa, el 47% votaría por la salida frente a un 38% que lo haría por la permanencia<sup>103</sup>.

Una buena fotografía del estado en que se encontraba la Europa de los Nueve en el verano de 1977 la ofrecería las palabras de Leo Tindemans, el autor del último plan que aspiraba a reavivar la construcción europea. Si ya a finales del 76 el primer ministro belga expresaba su frustración por el entierro *de facto* de su informe<sup>104</sup>, ahora —justo cuando su país cogía el testigo de la presidencia europea— sentenciaba que, en la CEE, casi todo estaba bloqueado<sup>105</sup>. Para colmo, la Europa del Mediterráneo presionaba por incorporarse a una Comunidad que, desde la primera ampliación del 73, parecía incapaz de progresar al ritmo de antaño. Sin duda, el Mercado Común necesitaba un impulso.

Así lo entendería el propio Roy Jenkins. Curiosamente él, un británico, sería quien en este preciso instante tomaría conciencia de que había llegado la hora de avanzar y de que el estímulo debía proceder del relanzamiento de la UEM<sup>106</sup>: un viejo objetivo que, últimamente, solo conservaba su vigencia en la retórica de los más europeístas.

El jefe del Berlaymont, que parecía haber encontrado la iniciativa que debía dar sentido a su presidencia, esperaría hasta otoño para presentar en público su propuesta, utilizando como escenario el Instituto Europeo de Florencia. Sin plantear una fecha concreta y

---

<sup>102</sup> El comportamiento de algunos ministros británicos como John Silkin —al frente de Agricultura— había generado cierta irritación en el resto de socios, al entender que Londres había perseguido el interés nacional sobre el común —al que toda presidencia debía tender—.

<sup>103</sup> El 15% restante se mostraban indecisos. Ver *The Times*, 1-7-1977, p. 8. En agosto, otro sondeo —esta vez a cargo del Instituto Nacional de Opinión Pública— recogía que desde el pasado mes de enero el rechazo a la Comunidad se había incrementado un 10% en las Islas, donde ahora solo un tercio se mostraba conforme con la permanencia. Ver *La Vanguardia Española*, 14-8-1977, p. 13.

<sup>104</sup> *The Times*, 29-11-1976, p. 1.

<sup>105</sup> *La Vanguardia Española*, 3-7-1977, p. 19.

<sup>106</sup> Así lo reconocía Roy Jenkins en sus diarios, para el que su idea no era original pero sí audaz. Citado en JENKINS, R.: op. cit., 2012, p. 7.

precedido por un periodo de coordinación previa, Jenkins creía llegado el momento de dar un gran salto adelante en el proceso de integración: la adopción de la moneda única y la centralización de la política monetaria debían ser la respuesta a la difícil situación que llevaba tiempo atravesando la Comunidad, de tal forma que esta recuperase la senda del crecimiento económico<sup>107</sup>.

Este discurso sería acogido con entusiasmo en Italia y en los Estados miembros más pequeños, además de tener una recepción positiva tanto en París como en Bonn<sup>108</sup>. En Reino Unido, en cambio, la proposición de su compatriota no parecía llegar en el momento más oportuno.

Desde el final de la presidencia europea, Callaghan se había esforzado por abortar la posibilidad de que, ante la conferencia anual del *Labour* en octubre, la militancia — alentada por el Comité Ejecutivo Nacional, dominado por el ala izquierda del partido— volviese a cuestionar la permanencia en la CEE. Una hipotética apuesta por la salida, en contra de la opinión de su líder, podría resultar fatal para el éxito de la coalición con los liberales y, sobre todo, para la futura reelección del *premier*. Por ello, a finales de septiembre, Callaghan decidía exponer la política europea que debía guiar al laborismo: desde dentro, y con una actitud constructiva, los suyos debían trabajar por cambiar aquellos aspectos de la Comunidad que no beneficiasen a Reino Unido<sup>109</sup>.

Con esta ofensiva, el político de Portsmouth acabaría logrando su cometido, ya que en el congreso de la formación en Brighton no saldría adelante ni la salida ni la celebración de un nuevo referéndum. Al otro lado del Canal se celebraba que Callaghan hubiese conseguido frenar la oposición categórica del *Labour* al Mercado Común pero, al mismo tiempo, se lamentaba que la idea de Europa proyectada por el *premier* en su declaración —laxa y minimalista— distase tanto de la visión más ambiciosa que, en términos generales, compartía el resto. Especial irritación causaría la referencia a la ampliación de

---

<sup>107</sup> *The Times*, 28-10-1977, p. 1.

<sup>108</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 145.

<sup>109</sup> El *premier* hacía esta exposición en una carta dirigida al secretario general del Partido Laborista. En concreto, Callaghan hablaba de seis elementos que merecían una atención prioritaria: el mantenimiento de la autoridad de los Gobiernos y los parlamentos nacionales, el control democrático de la actividad comunitaria, el reconocimiento de que las políticas comunes debían ir de la mano de los objetivos económicos, industriales y regionales de cada país, la reforma de la PAC, una política energética compatible con los intereses nacionales y, por último, la ampliación. Ver *The Times*, 1-10-1977, p. 3.

la Comunidad, ya que el líder laborista sugería fomentarla para debilitar el carácter supranacional de la misma. Como diría el ministro de Exteriores alemán, Herr Genscher, el objetivo de los británicos parecía que era pertenecer a Europa y socavarla al mismo tiempo<sup>110</sup>.

La propuesta de Roy Jenkins, por tanto, se colaba en este contexto de renovada desconfianza entre Londres y sus socios comunitarios —enturbado más todavía a mediados de diciembre, tras confirmarse el aplazamiento de las europeas por la incapacidad de Westminster para aprobar a tiempo la Assembly Elections Bill—. Si Callaghan había propuesto a los suyos permanecer en la Comunidad para reformarla radicalmente, la iniciativa de su compañero de filas —ahora al mando del Ejecutivo comunitario— apuntaba también a una transformación sustancial de la CEE, si bien en la dirección opuesta a la Europa confederal perseguida por el *premier*. Justo cuando la economía anglosajona empezaba a mostrar signos de recuperación, el ideal europeísta también parecía reponerse. El año entrante —el quinto de Reino Unido en la familia comunitaria— acabaría mostrando el verdadero alcance de lo que, hasta la fecha, eran solo tendencias.

Por lo pronto, la llegada de 1978 no traería consigo un ambiente renovado a la relación entre Londres y sus vecinos continentales. La reanudación de viejas riñas familiares sobre pesca y agricultura —dos asuntos cuya comunitarización seguía incomodando en las Islas— haría que, a la vuelta del parón navideño, volviesen a resurgir las acusaciones de egoísmo contra los británicos, lo que acabaría obligando a intervenir a David Owen.

A principios de febrero, el jefe del Foreign Office —recordando la particularidad de su país como nación isleña— llamaba a los suyos desde Bruselas a no ceder ante las críticas de los puristas, que deseaban mantener intacta la Comunidad como si la Europa de los Nueve no fuese diferente a la original<sup>111</sup>. Unas palabras que demostraban que, realmente, la renegociación que había precedido al referéndum del 75 no se había agotado con el voto afirmativo del pueblo anglosajón, sino que formaba parte del ADN de Reino Unido como Estado miembro.

---

<sup>110</sup> *The Times*, 10-10-1977, p. 1.

<sup>111</sup> *The Times*, 7-2-1978, p. 1.

No obstante, la disputa sobre las políticas sectoriales quedaría relegada a un segundo plano en cuanto la idea planteada por Roy Jenkins el pasado otoño en Florencia empezaba a tomar forma. Para ello resultaría clave la figura del canciller alemán, Helmut Schmidt, que el 28 de febrero comunicaba al presidente de la Comisión su compromiso con el proyecto de integración monetaria europea<sup>112</sup>: si Jenkins había plantado la semilla, Schmidt se encargaría de que de ella brotase un instrumento eficiente.

La adhesión del Gobierno germano se debía, en buena medida, al declive del valor del dólar, que obligaba a atajar la depreciación del marco. Bonn estaba interesada en situar su moneda en una zona de estabilidad monetaria que, por un lado, redujese su volatilidad y, por otro, mejorase el rendimiento comercial del país<sup>113</sup>. De ahí que, ante las carencias mostradas por la serpiente lanzada en la primavera del 72<sup>114</sup>, Schmidt aspirase a revigorizar este mecanismo, complementando las viejas bandas de fluctuación —que se acabarían ampliando— con la puesta en común de una parte de las reservas de cada país —un fondo que actuaría como crédito para aquellos con más dificultades— y otorgando un papel esencial a la unidad de cuenta europea —el llamado ECU, que, con un valor establecido por la media ponderada de las monedas nacionales, sería la que operaría respecto al dólar, pudiendo convertirse a largo plazo en la moneda única de la Comunidad<sup>115</sup>—.

Apenas dos semanas después de reunirse con Jenkins, Schmidt presentaba su plan a Callaghan<sup>116</sup>, haciendo lo propio con Giscard una vez que este superaba con éxito el escollo de las elecciones legislativas en Francia y justo antes del Consejo Europeo que se celebraría en Copenhague a principios de abril, en lo que sería la primera toma de contacto de los Nueve con el proyecto de reforma monetaria.

Tras el encuentro en tierras dinamarquesas, la propuesta del canciller socialdemócrata se convertiría en una iniciativa franco-alemana, ya que el presidente galo —tratando de

---

<sup>112</sup> Roy Jenkins recordaría 1978 como el mejor de sus cuatro años al frente de la Comisión por haber sido el de la creación del Sistema Monetario Europeo. Citado en JENKINS, R.: op. cit., 2012, p. 209.

<sup>113</sup> Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 123.

<sup>114</sup> En la actualidad solo seguía funcionando en Alemania, Bélgica, Dinamarca, Holanda y Luxemburgo.

<sup>115</sup> Previsiblemente, la disciplina común que contemplaba este sistema estimularía la convergencia de las políticas económicas domésticas. Citado en STORY, J.: op. cit., p. 44. No obstante, Urwin señala que —a diferencia del Informe Werner— Schmidt, Jenkins y Giscard no veían el SME como, ante todo, un instrumento para la unión política. Citado en URWIN, D.: op. cit., pp. 182-83.

<sup>116</sup> En su encuentro del día 12 de marzo. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, pp. 108.

seguir de cerca al país vecino, con una economía cada vez más poderosa— mostraba su conformidad con la emergencia de una especie de Bretton Woods europeo que fortaleciese la unidad de la CEE. De esta manera, el tándem Schmidt-Giscard parecía emular a la pareja Brandt-Pompidou, impulsora en su día de la serpiente.

No obstante, habría que esperar a la siguiente reunión de los jefes de Estado y de Gobierno —la última antes del parón estival— para que se confirmase el primer paso adelante de la Comunidad en materia monetaria desde el *shock* producido por la crisis del petróleo. En la reunión celebrada en Bremen durante los días 6 y 7 de julio, los líderes comunitarios encargaban a los ministros de Finanzas la elaboración detallada del nuevo plan antes de tomar una decisión definitiva en la cumbre de Bruselas de diciembre. El objetivo era que, de haber acuerdo, el nuevo Sistema Monetario Europeo (SME) empezase a funcionar a principios de 1979<sup>117</sup>.

Callaghan había accedido en Bremen a que se concretase el diseño del futuro SME pero, hasta la fecha, el *premier* no había escondido sus reservas hacia el mismo. El líder laborista coincidía con sus socios comunitarios en la necesidad de alcanzar un escenario de estabilidad monetaria pero —haciendo gala de su marcado atlantismo— creía más deseable avanzar en conjunto con Washington que como un bloque independiente, de tal forma que se lograra encontrar una solución global al desorden del mercado mundial de divisas. Por otro lado, dada la debilidad parlamentaria del Gobierno, así como el estado de la economía doméstica y la actitud anti-MC de una parte considerable del *Labour* y de la opinión pública, Downing Street veía demasiado arriesgado, al menos a corto plazo, la participación de Reino Unido en la iniciativa ahora patrocinada por Bonn y París<sup>118</sup>.

Además, dado que la actual legislatura expiraba en octubre del 79, la cercanía de unos nuevos comicios obligaba al *premier* a extremar la prudencia ante un tema tan sensible como la UEM. Ciertamente, el Gobierno de Callaghan hubiese tenido serias dificultades para vender a sus compatriotas lo que muchos habrían interpretado como la entrega del

---

<sup>117</sup> *The Times*, 8-7-1978, p. 1.

<sup>118</sup> Así lo entiende J. W. Young, para quien no debería sorprender que Callaghan hubiese tratado de evitar cualquier controversia sobre Europa, habida cuenta de su propia visión hacia la CEE, la situación económica del país y la precaria posición de su Gobierno en el Parlamento. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 121.

control de la libra al Bundesbank, ya que el nuevo sistema giraría en torno al marco y obligaría a atender las decisiones que se tomaran desde Frankfurt<sup>119</sup>.

Precisamente en esta época —verano de 1978— se venían intensificando los rumores en las Islas sobre una posible llamada anticipada a las urnas, ya que Callaghan podría tratar de rentabilizar su popularidad entre el electorado, que valoraba, sobre todo, la ligera mejora de la economía a raíz de la intervención del FMI —que había salvado al país de la quiebra— y el retroceso de la conflictividad laboral —gracias al pacto con las fuerzas sindicales—.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, el *premier* se acabaría decantando por agotar su mandato; una decisión que se mostraría fatal. Y es que, tras el anuncio —a finales de julio— de que los aumentos salariales se limitarían al 5% durante los siguientes doce meses, los sindicatos —al igual que las bases del Partido Laborista— se rebelarían contra el Gobierno de Callaghan, dando por concluida su especial relación, al ser incapaces de sostener por más tiempo su política económica. En consecuencia, las disputas industriales no tardarían en masificarse, anticipando lo que, ya durante el invierno, sería el peor conflicto industrial del país desde 1926<sup>120</sup>.

Así pues, mientras Reino Unido se encaminaba hacia la parálisis nacional, el SME terminaba de perfeccionarse, con la sensación —ahora más evidente que nunca— de que Londres no se uniría. No obstante, a principios de diciembre, en la reunión de Bruselas que debía dar luz al nuevo sistema, los británicos se cuidarían de dejar la puerta entreabierta: no aceptarían el nuevo régimen en su totalidad pero sí una parte del mismo; es decir, se adherirían al SME pero obviarían su componente esencial: el Mecanismo Europeo de Cambio<sup>121</sup>.

---

<sup>119</sup> Moravcsik apunta que en el debate sobre el SME que se produjo en Reino Unido a lo largo de 1978 el mayor argumento en contra de la participación, apuntado tanto por análisis económicos privados como públicos, era que dicho acuerdo impondría una carga asimétrica en los países que contasen con una moneda débil, conduciendo a severas restricciones en materia de crecimiento y gasto público. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 276.

<sup>120</sup> *The Daily Telegraph*, 23-1-1979, p. 1.

<sup>121</sup> Esta estrategia procedía de una idea de Michael Butler, el alto representante del Ministerio de Exteriores a cargo de las cuestiones comunitarias. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, pp. 123.

Con esta estrategia, Londres trataba de preservar la libre flotación de la libra al tiempo que ponía un pie en la integración monetaria, a sabiendas de que no hacerlo podría comprometer su posición en la Comunidad, perdiendo influencia respecto al eje franco-alemán<sup>122</sup>. Una decisión que, en cualquier caso, revelaba abiertamente los recelos de la vieja *Britannia* para vincular su destino al de sus socios comunitarios<sup>123</sup>.

La incorporación parcial de los británicos, la entrada tardía de Italia e Irlanda —que, tratando de obtener ciertas salvaguardas, se acabarían sumando días después de celebrarse el Consejo Europeo de Bruselas— y las demandas de última hora de Francia —preocupada por las consecuencias del nuevo acuerdo en materia agrícola— empañarían el nacimiento del SME que, pese a todo, entraría en vigor en marzo del 79, apenas unos meses más tarde de lo previsto<sup>124</sup>.

Si en el debate comunitario se retomaba la idea de una Europa a dos velocidades —al confirmarse, a propósito del nuevo acuerdo monetario, que la Europa de los Nueve no progresaba de forma conjunta— en las Islas poca gente parecía preocupada por la posibilidad de que, con su autoexclusión a medias del SME, Reino Unido se situase en el carril más lento de la Comunidad<sup>125</sup>. A estas alturas, el verdadero temor de los británicos era, sencillamente, que su país no lograra volver a ponerse en marcha, ya que —como diría Andrew Marr— el llamado “invierno del descontento” —durante el cual se multiplicarían las huelgas por doquier— parecía mostrar que el declive de Reino Unido era terminal<sup>126</sup>.

Exagerado o no, lo cierto es que, a ojos del pueblo anglosajón, las Islas parecían ingobernables. Una situación similar a la que había apartado del poder a Edward Heath

---

<sup>122</sup> Aún así, Stephen Wall considera que, al no integrarse totalmente en el SME, Londres perdería la que, a la postre, sería su última oportunidad para liderar la Comunidad junto a París y Bonn. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 62.

<sup>123</sup> La opinión de la City y del mundo de los negocios era, en el mejor de los casos, poco entusiasta. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 89.

<sup>124</sup> Dadas sus dificultades económicas, Italia iniciaría su andadura con unos márgenes de fluctuación distintos al resto. En retrospectiva, Dysvik señala que, aunque el SME se vería como un éxito relativo, no sería un sistema muy estable. Citado en DYSVIK, V.: “The road to Maastricht. Dynamic and formative forces in the EMU process”, Arena, documento de trabajo 2/97, febrero de 1997, Oslo, p. 43.

<sup>125</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 125.

<sup>126</sup> Así lo expone en el cuarto capítulo —titulado “Revolution”— de su documental “History of Modern Britain”, emitido por la BBC en el año 2007. Muchos exagerarían lo acontecido en las Islas durante el invierno del 78-79 pero nadie lo minusvaloraría. Isaac Kramnick se llegaba a preguntar “Is Britain dying?” en su obra de 1979 con el mismo título.

cinco inviernos antes, con la particularidad de que, en esta ocasión, era un viejo sindicalista el que se veía superado por la actuación de los sindicatos —que, por otro lado, alcanzaban nuevas cotas de impopularidad<sup>127</sup>—.

La posición de Callaghan era insostenible, ya que desde finales del pasado verano —cuando se había puesto fin al pacto con el Partido Liberal— lideraba un Gobierno en minoría sin apenas capacidad de maniobra y extremadamente vulnerable en Westminster. Así, en marzo de 1979, acorralado por la cuestión de la *devolution*<sup>128</sup> —que le arrebataría el apoyo clave de los nacionalistas escoceses en los Comunes— la oposición, comandada por Margaret Thatcher, presentaba una moción de censura contra el *premier* que, incapaz de superarla —por un voto de diferencia— se vería obligado a disolver el Parlamento y a convocar elecciones para el 3 de mayo<sup>129</sup>.

#### 2.1.4 Llega la revolución: Margaret Thatcher y su dinero

Los comicios tendrían lugar bien entrada la primavera pero la campaña electoral estaría dominada por lo acontecido durante los meses invernales —relegando a un segundo plano las cuestiones de política exterior—. Pese a ello, y a alguna metedura de pata de Callaghan por el camino<sup>130</sup>, el *premier* llegaba a la cita con las urnas manteniendo su popularidad; estima que no bastaría para convencer a sus compatriotas de que —tal y como llevaría por título el manifiesto laborista— la vía del *Labour* era la mejor<sup>131</sup>. Para el pueblo anglosajón, no lo sería ahora ni durante los próximos dieciocho años —once de ellos bajo la batuta de Margaret Thatcher— cuando, poco antes de entrar en el nuevo milenio, Tony

---

<sup>127</sup> KAVANAGH, D.: op. cit., p. 131.

<sup>128</sup> A principios de marzo se había consultado a galeses y escoceses sobre su apoyo a los proyectos de autonomía limitada planteados por el Gobierno de Callaghan. En Gales saldría rechazado por una amplia mayoría, mientras que en Escocia se impondrían los partidarios del nuevo encaje en Reino Unido. El problema fue que el sí de los escoceses no obtuvo el umbral del 40% convenido, de modo que la relación Londres-Edimburgo —para enfado de los nacionalistas escoceses— parecía quedar en una situación de *stand-by*.

<sup>129</sup> Desde la década de los veinte no se había visto la expulsión de un primer ministro británico a cargo de la Cámara de los Comunes.

<sup>130</sup> A Callaghan le perseguiría el tan célebre como falseado “Crisis, ¿what crisis?” que habría pronunciado a su vuelta de un viaje del Caribe en pleno “invierno del descontento”. Unas palabras que los *tories* tratarían de explotar durante la campaña electoral, con el famoso *spot* de la empresa Saatchi&Saatchi. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=VOTYvzAHzwo> (8-6-2021, 9:05).

<sup>131</sup> El título original del manifiesto del Partido Laborista en estos comicios sería “The *Labour* Way is the Better Way”. Aún así, resulta pertinente destacar que la candidatura de James Callaghan recibiría ahora más votos que la de Harold Wilson en las pasadas elecciones. El propio Callaghan lo recuerda en sus memorias, diciendo que el Gobierno laborista del periodo 1974-79 no tenía motivos para sentirse avergonzado y sí, en cambio, muchos para sentirse orgulloso. Citado en CALLAGHAN, J.: op. cit., p. 564.

Blair lograría poner fin a la larga travesía por el desierto que ahora iniciaba el Partido Laborista.

Así pues, tras cuatro años como líder *tory* y respaldada por una mayoría de 43 diputados en Westminster, la niña que había nacido encima de la tienda de ultramarinos regentada por su padre en Grantham asumía, a la edad de 53 años, la dirección de Reino Unido; la primera vez que lo hacía una mujer<sup>132</sup>.

Aunque el verdadero alcance del thatcherismo era entonces una incógnita, la victoria de *Maggie* ya era interpretada por los observadores de la época como el fin de un antiguo régimen en las Islas<sup>133</sup>, aquel relacionado con el corporativismo, los programas de gasto keynesianos, los subsidios al bienestar y el poder sindical. Centrando su atención en el refuerzo de la autoridad del Estado y en la liberalización de la economía<sup>134</sup> —además de priorizar el control de la inflación sobre la reducción del desempleo<sup>135</sup>— la Dama de

---

<sup>132</sup> Para *The Guardian*, más allá de que fuese una figura controvertida y de la suerte que corriese su política económica, tanto su capacidad para unir al Partido Conservador como su victoria frente a Callaghan a pesar de su género le merecían ya un lugar en la historia. Citado en una publicación *online* del diario *The Guardian* del 2 de junio de 2011. Disponible en:

<https://www.theguardian.com/theguardian/from-the-archive-blog/2011/jun/02/guardian190-thatcher-is-pm-1979> (8-6-2021, 13:30).

<sup>133</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 437. Como diría Bogdanor, no solo fue el fin de un Gobierno sino el fin de una era. Citado en “The General Election, 1979”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Six General Elections”, 10-3-2015. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/the-general-election-1979> (8-6-2021, 13:19). Para *La Vanguardia*, los comicios británicos eran un buen ejemplo de que Europa —tras la crisis económica de los setenta— tendría que elegir entre la lógica del socialismo o la de la economía de mercado, aunque el diario llamase a restablecer una “justa proporción” entre ambos. Ver *La Vanguardia*, 5-5-1979, p. 5. En general, la prensa española ponía en valor la llegada al poder de quien era la primera jefa de Gobierno en el continente.

<sup>134</sup> Thatcher rechazaba el consenso de posguerra, tal y como había hecho Enoch Powell en su día y, más recientemente, Keith Joseph desde el Institute of Economic Affairs, clave en el proyecto de la líder *tory* al prepararle el terreno. En la serie documental “Tory, tory, tory” se habla de este centro como la guardia pretoriana intelectual del thatcherismo. Disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=TgSSoYCM00A&t=1s> (8-6-2021, 11:47). La rama *whig*-neoliberal del Partido Conservador —ahora dominante— beberá del pensamiento de Hayek y Friedman y se apoyará en una amalgama de centros e institutos que, pese a sus diferencias, promoverán ideas similares, muchos de ellos buscando inspiración en EE. UU. Siguiendo a José Francisco Fernández, ello explicaría que en sus discursos recurriese, principalmente, a la Inglaterra mercantil de los siglos XVI y XVII, durante los cuales había surgido el individualismo protestante que conectaba directamente con sus ideas económicas. Citado en FERNÁNDEZ, J. M.: *El thatcherismo. Historia y análisis de una época*, Universidad de Almería, Almería, 1999, p. 164.

<sup>135</sup> De hecho, si a su llegada al poder en mayo del 79 el desempleo registraba 1,1 millones de parados —un número impactante para cualquiera que recordase la estabilidad económica de los sesenta— esta cifra nunca sería mejorada durante los once años que Margaret Thatcher sería *premier*. Citado en MCSMITH, A.: op. cit., p. 30.

Hierro<sup>136</sup> trataría de devolver a sus conciudadanos el orgullo nacional que, a su llegada a Downing Street, se mostraba herido<sup>137</sup>. De acuerdo con la nueva *premier*, la vieja *Britannia* podía ser grande de nuevo<sup>138</sup>.

Al otro lado del Canal, el regreso de los conservadores —con Lord Carrington al mando del Foreign Office— se recibía con cierto entusiasmo. Al fin y al cabo, los *tories* se habían presentado a estos comicios con un manifiesto que reflejaba el interés del partido por diferenciarse del *Labour*, tratando de mostrarse más comprometidos con el éxito de la Comunidad y culpando al anterior Gobierno de no haber sabido aprovechar las oportunidades que ofrecía la pertenencia al Mercado Común<sup>139</sup>. No obstante, Thatcher traía consigo un estilo de confrontación —propio de quien buscaba ganar el argumento más que alcanzar compromisos— que, unido a su patriotismo y a su europeísmo descafeinado<sup>140</sup>, aconsejaban no descorchar, por lo pronto, las botellas de champán en los pasillos del Berlaymont<sup>141</sup>.

Ya lo diría la propia primera ministra una semana después de su triunfo en las urnas: su Gobierno no sería fácil en la mesa de negociaciones comunitaria<sup>142</sup>. Y es que, por mucho

---

<sup>136</sup> Este apelativo —que Maggie tomaría siempre como un cumplido— surgiría en la URSS para referirse al estilo duro de Thatcher años antes de que esta llegase al 10 de Downing Street.

<sup>137</sup> En un artículo de investigación reciente, Kenneth O. Morgan se acerca a la década de los setenta —la época más sombría desde 1945 de acuerdo con el imaginario popular anglosajón— para ponerla en perspectiva, tratando de recuperar los elementos que hubo de estabilidad y progreso. Ver MORGAN, K. O.: “Britain in the Seventies – Our Unfinest Hour?” en *Revue Française de Civilisation Britannique* [online], n° 22, 2017.

<sup>138</sup> Un eslogan muy parecido —por no decir idéntico— al empleado por Ronald Reagan en 1980 y, más recientemente, por Donald Trump en sus campañas para alcanzar la presidencia de EE. UU.

<sup>139</sup> Ver el programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de mayo de 1979. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/1979/1979-conservative-manifesto.shtml> (8-6-2021, 12:36).

<sup>140</sup> Sobre la posición de Margaret Thatcher hacia la CEE, Christopher Soames le diría a Hugo Young que era una agnóstica que seguía yendo a la Iglesia. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 311. Para Morgan, Maggie era agnóstica más que atea. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 454. Para Wall, para ella la CEE era valiosa porque reforzaba la democracia en Europa y ofrecía un vehículo útil para la cooperación entre Estados. No obstante, la *premier* no contemplaba la unión política en el futuro y la noción de compromiso respecto a aquello que veía de interés nacional le era totalmente ajena. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 179.

<sup>141</sup> Roger Liddle señala que, una vez en Downing Street, su manera de lidiar con Europa sería defender sin reservas el interés nacional. Para ella, la participación en el proyecto europeo era un juego de suma cero en el que aquellos que eran más duros extrañan los mejores resultados: lo importante era lo que funcionaba de vuelta en las Islas. Citado en LIDDLE, R.: *The Europe dilemma. Britain and the drama of EU integration*, I. B. Tauris, Londres, 2014, p. 10. Roy Jenkins, entonces presidente de la Comisión, recordaba que la llegada de Thatcher parecía que ayudaría a las relaciones de Londres con el resto de la Comunidad. Sin embargo, sus esperanzas de que Reino Unido se volviese mucho más *communautaire* se verían pronto frustradas. La líder *tory* no entraría en Europa como un pato al agua. Citado en JENKINS, R.: op. cit., 2012, p. 409.

<sup>142</sup> Así lo expresaría la *premier* durante la cena de honor a Schmidt, a propósito de la visita del canciller a Downing Street el 10 de mayo. Ver *The Daily Telegraph*, 11-5-1979, p. 36.

que la revolución thatcherista se limitase al plano doméstico, la nueva dirigente estaba igual de decidida a cuestionar el *status quo* del proyecto europeo allí donde estuviese en juego el interés de Reino Unido<sup>143</sup>. En buena medida, *Maggie* juzgaría la Comunidad por lo que esta pudiese contribuir a los objetivos de su política nacional<sup>144</sup>. En plena campaña de las elecciones al Parlamento Europeo —que se celebrarían entre los días 7 y 10 de junio, registrándose en las Islas el menor porcentaje de voto de los Nueve<sup>145</sup>— la *premier* sentenciaría que en Europa, al igual que en Reino Unido, los conservadores eran el partido de la convicción<sup>146</sup>.

Así pues, en el momento de alcanzar el poder, Thatcher creía compatible la mejora de la relación entre su país y sus socios comunitarios con la defensa a ultranza del interés nacional en las instituciones<sup>147</sup>. Estaba por ver si ello escondía o no una contradicción.

La primera oportunidad para comprobarlo llegaría poco después de que la Dama de Hierro se mudase a Downing Street. Advertida por la Oficina del Gabinete sobre la necesidad de revisar el creciente coste de la factura comunitaria<sup>148</sup>, la dirigente conservadora decidiría asumir como propia la cuestión presupuestaria<sup>149</sup>: una causa que no solo sería popular en las Islas, sino que conectaba directamente con su política de

---

<sup>143</sup> Margaret Thatcher no accedería a Downing Street con un entendimiento profundo de los asuntos de política exterior. No obstante, las convicciones, la claridad y la obstinación que llevaría con ella a la hora de gestionar las cuestiones domésticas le ayudarían a construir un perfil internacional destacado. Citado en GARNETT, M., MABON, S. y SMITH, R.: op. cit., p. 205.

<sup>144</sup> Citado en POWELL, C.: “Margaret Thatcher”, p. 137 en ADONIS, A.: op. cit. Por aquel entonces, Thatcher recuerda que valoraba que la Comunidad fuese una fuerza en pro de la libertad pero, al mismo tiempo, era consciente de la existencia de una tendencia contraria —intervencionista, proteccionista y, a la larga, federalista—. Dos visiones de Europa que se irían diferenciando con claridad con el paso de los años. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 741.

<sup>145</sup> Para explicarlo, muchos observadores harían referencia al cansancio de los ciudadanos británicos, que mostraría su apatía por haber coincidido en un corto espacio de tiempo diferentes consultas. En cuanto a los resultados, los conservadores conseguirían una mayoría aplastante. En sus memorias, el ex *premier* Edward Heath reconocería haberse sentido consternado por la falta de esfuerzo de los tres partidos principales a la hora de hacer campaña, ya que las elecciones directas al Parlamento Europeo eran uno de los mayores logros tras siglos de guerra. Citado en HEATH, E.: op. cit., p. 696.

<sup>146</sup> Así lo expondría el 2 de junio ante la marcha “Youth for Europe” organizada en Birmingham. Para ver su discurso íntegro: <https://www.margaretthatcher.org/document/104088> (9-6-2021, 7:55).

<sup>147</sup> MAY, A.: op. cit., p. 68.

<sup>148</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 137. Michael Butler, entonces representante permanente de Reino Unido en la CEE, recordaba que, en su primer encuentro con Margaret Thatcher tras su elección para tratar los temas que estaban sobre la mesa, la cuestión presupuestaria no se encontraba entre ellos. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 6.

<sup>149</sup> Como diría Miguel Hueta, “Thatcher no tuvo ningún problema en abordar la cuestión de frente y sin ningún tipo de disimulos, e incluso en llegar a convertirla en el centro de toda la política europea británica hasta que fue resuelto”. Citado en HUETA, M.: op. cit., p. 40. Aún así, Geddes recuerda que durante la primera legislatura —al igual que en la segunda— la cuestión europea no estaría entre los asuntos más importantes del Gobierno de Margaret Thatcher. Citado en GEDDES, A.: op. cit., p. 79.

recorte del gasto. Aunque sería ella quien iniciase la disputa, su predecesor, James Callaghan, ya había planteado el problema a mediados de marzo en París —en el que sería su último Consejo Europeo como *premier*— calificando como intolerable que Reino Unido estuviese a punto de convertirse en el mayor contribuyente a las arcas comunitarias<sup>150</sup>.

Dispuesta a colocar su demanda en la agenda comunitaria, Thatcher aprovechará su primera cumbre europea —celebrada en Estrasburgo a finales de junio— para presentar su caso: habida cuenta del estado de la economía doméstica<sup>151</sup> y del insuficiente retorno que su país obtenía del presupuesto común, los británicos debían pagar menos por participar en la Comunidad. Dicho de otra manera, el cálculo de las aportaciones nacionales debería estar directamente relacionado con el PIB de cada Estado miembro.

La primera ministra esperaba que insistiendo, por un lado, en la actitud más positiva de su Gobierno respecto a un laborismo habituado a amenazar con la salida y, por otro, en la necesidad de atajar este problema para mejorar la imagen del Mercado Común en las Islas, sus colegas accediesen a atender su reivindicación. Además, Thatcher haría hincapié en que le amparaba la garantía dada por la Comisión a Reino Unido en 1970 —mientras se negociaba su adhesión— de que, si se producía una situación inaceptable respecto a su contribución, habría que aplicar medidas correctivas<sup>152</sup>.

---

<sup>150</sup> *The Daily Telegraph*, 13-3-1979, p. 9. Realmente, Callaghan había iniciado su batalla por la revisión presupuestaria en noviembre del 78, utilizando el tradicional Lord Mayor's Banquet en el Guildhall como altavoz. De acuerdo con Alex May, la cantidad en juego era lo suficientemente grande como para causar preocupación pero no tanto como a veces se sugería, ya que el déficit de un millón de libras proyectado para 1979-80 equivalía a poco más del 1% del total del gasto público de Reino Unido o un décimo de su presupuesto en defensa. MAY, A.: op. cit., p. 69. En el año 79 Londres estaba pagando el doble que Francia, que tenía un PIB mayor y era, junto a Alemania, contribuyente neto en la Comunidad. Además, la prosperidad relativa de Reino Unido respecto a la de sus vecinos había caído desde el 73. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., pp. 90-91.

<sup>151</sup> Si durante el periodo 1951-73 la economía británica había crecido un 2,3% de media, durante los años 1973-79 lo haría al 0,7%. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 426.

<sup>152</sup> En retrospectiva, Johannes Lindner considera que el tema de la contribución neta adquirió una importancia política y un valor simbólico que excedía su verdadera relevancia a nivel financiero. Y es que, al centrar la atención en el supuesto enemigo común, se conseguía unir a los votantes en una sociedad ya dividida de por sí, así como superar las diferencias internas de los principales partidos. Además, esta cuestión permitía a los diferentes Gobiernos perseguir la doble estrategia de, por un lado, estar en la Comunidad —una participación que resultaba interesante para la economía anglosajona— y, por otro, hurtar a ambos extremos del espectro político los ataques populistas contra la permanencia de Londres en la familia comunitaria. Citado en LINDNER, J.: *Conflict and Change in EU Budgetary Politics*, Nueva York, Routledge, 2006, p. 374.

Finalmente, y a pesar de las dificultades encontradas, la líder *tory* saldría de tierras alsacianas satisfecha con el acuerdo de encargar un estudio sobre la situación presupuestaria a la Comisión, que plantearía propuestas concretas de cara al próximo Consejo Europeo —que tendría lugar en Dublín a finales de noviembre— una vez fuesen consultados los ministros de Economía y Finanzas de los Nueve<sup>153</sup>.

El calor del verano no haría sino aumentar la temperatura del contencioso entre Londres y el resto de capitales. A principios de septiembre, el reconocimiento por parte del Ejecutivo comunitario de que, efectivamente, existía un desequilibrio en la contribución de Londres y de que ello representaba un problema serio para toda la Comunidad<sup>154</sup> no haría sino reforzar la causa del Gobierno anglosajón, que redoblaría sus esfuerzos para conseguir que en Dublín se encontrase una solución y no un mero parche al contencioso presupuestario. De no producirse el avance esperado, Downing Street ya estaba valorando distintas vías alternativas como forma de presionar al resto, ya fuese cerrando el grifo de su contribución a la caja común o bloqueando el progreso de la Comunidad en diversas áreas<sup>155</sup>.

No obstante, no eran pocos quienes, desde el otro lado del Canal, expresaban su frustración por el comportamiento de los británicos y, especialmente, de Margaret Thatcher. Por mucho que la *premier* se siguiese autoproclamando una firme defensora del ideal europeo<sup>156</sup>, parecía que, a la hora de la verdad, los *tories* seguían haciendo de Reino Unido un socio incómodo en la Comunidad; ya no solo porque mantuviesen una postura férrea en las negociaciones sobre la política pesquera o la PAC —que, por aquel entonces, absorbía tres cuartos del presupuesto comunitario y su coste seguía creciendo— sino porque daba la impresión de que, al situar la cuestión presupuestaria en el centro de su política europea, trataban de renegociar uno de los temas ya renegociados por los

---

<sup>153</sup> *The Daily Telegraph*, 23-6-1979, p. 6.

<sup>154</sup> *The Daily Telegraph*, 6-9-1979, p. 5.

<sup>155</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 155.

<sup>156</sup> Por ejemplo, en un discurso pronunciado en Luxemburgo en el mes de octubre y que se haría célebre en las Islas por las declaraciones de la *premier* sobre la cuestión presupuestaria —al decir que no haría de hermana Bountiful ante sus socios; esto es, que no esperasen ningún acto de solidaridad por su parte— la líder *tory* hablaría de la Comunidad como un concepto noble que encarnaba los ideales de libertad y que estaba destinada a darle a estos últimos una fuerza renovada.

Para ver su discurso íntegro: <https://www.margaretthatcher.org/document/104149> (10-6-2021, 9:08).

laboristas durante el periodo 1974-75<sup>157</sup> que, a su vez, era una revisión del acuerdo con el que Heath había incorporado a su país a la familia comunitaria.

Además, nadie parecía dispuesto a ofrecer concesiones a un Gobierno que mientras se mantuviese al margen del Mecanismo Europeo de Cambio seguiría poniendo de manifiesto su falta de compromiso con la unidad europea<sup>158</sup>. Para los más europeístas, si los británicos querían ver mejorado su balance con la CEE, podrían empezar por reorientar su comercio hacia sus socios europeos, habida cuenta de que las reglas financieras penalizaban el comercio con terceros.

Con este escenario de fondo se llegaría a la cumbre de Dublín, celebrada durante los días 29 y 30 de noviembre. A pesar de las advertencias de algunos de que el ritmo pausado de la Comunidad exigía cautela, la primera ministra británica cruzaba el mar de Irlanda decidida a hacer el viaje de vuelta con un acuerdo bajo el brazo<sup>159</sup>.

Sin embargo, Thatcher no encontraría la suerte en el país del trébol. Básicamente, la cuantía del reembolso que se le ofrecía le parecía insuficiente —350 millones de libras para el periodo 1980-81, un tercio de lo que ella solicitaba<sup>160</sup>— y, en cualquier caso, no estaba dispuesta a aceptar un remedio temporal, ya que quería que el nuevo acuerdo durase tanto como el propio problema.

De modo que, tras un duro enfrentamiento con el tándem Schmidt-Giscard —del que su relación ya no se recuperaría— la Dama de Hierro abandonaba el Consejo Europeo

---

<sup>157</sup> El deseo de Londres de revisar el mecanismo conseguido por el Gobierno de Wilson por aquel entonces probaba la inutilidad del mismo.

<sup>158</sup> Más allá de algunos gestos, como el depósito de un porcentaje de las reservas nacionales en el Fondo Europeo de Cooperación Monetaria, Thatcher tardaría más de una década en revertir la decisión del Gobierno de Callaghan de mantener a su país al margen del ERM. Y ello a pesar de que, reaccionando a esta decisión en diciembre del 78, *Maggie* había dicho que era un día triste para Europa. Ver *The Times*, 7-12-1979, p. 1.

<sup>159</sup> Así lo expresaría la propia Thatcher en la reunión del gabinete previa a esta cumbre, aun evitando revelar qué acción tomaría en caso de que fracasase en su propósito. Además, la *premier* compartía con los suyos su percepción de que los socios comunitarios aún no habían asumido la seriedad de las intenciones de Londres. Aunque cabía evitar que los *tories* fuesen vistos como un partido antieuropeo, los allí presentes concluían que, por cuestiones de política doméstica —y dado que el *status quo* en esta cuestión era indefendible— habría que mantener la firmeza ante Bruselas. TNA: CAB 128/66/23. En vísperas de la cumbre en suelo irlandés, el corresponsal de *ABC* en las Islas, Alfonso Barra, apuntaba —con reconocido dramatismo— que sería ahora cuando realmente empezase la negociación sobre el ingreso de Reino Unido en la Comunidad. Ver *ABC*, 29-11-1979, p. 17.

<sup>160</sup> La oferta de sus socios dejaba la contribución neta de Reino Unido para dicho periodo en 650 millones de libras. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 163.

lanzando un ultimátum: o se encontraba una solución que atendiese sus demandas de cara a la próxima reunión de los Nueve o no dudaría en precipitar una crisis en la CEE: Reino Unido solo estaba pidiendo que se le devolviese su dinero<sup>161</sup>. Unas palabras técnicamente inexactas —ya que los fondos formaban parte de los recursos propios de la Comunidad<sup>162</sup>— y políticamente provocativas<sup>163</sup>, que simbolizaban la primera batalla — tras la escaramuza de Estrasburgo— de una guerra presupuestaria que se extendería hasta el verano de 1984<sup>164</sup>.

Aunque la dirigente conservadora había asegurado en la capital irlandesa que salir de la Comunidad no era una opción, al cierre del año la distancia entre las Islas y el continente parecía agrandarse, apenas medio año después del regreso a Downing Street del que, en teoría, era el partido de Europa y, en la práctica, actuaba como el partido que luchaba por los intereses nacionales en contra del resto de Europa.

Esto incomodaba a algunos *tories* —que veían con recelo la estrategia empleada por Thatcher en las instituciones— y, al mismo tiempo, envalentonará a muchos miembros del Partido Laborista —en pleno proceso de radicalización tras la derrota electoral de mayo<sup>165</sup>— que ante el fracaso de la cumbre de Dublín intensificarán su campaña por

---

<sup>161</sup> *The Times*, 1-12-1979, p. 1. El famoso “I want my money back” —un claro ejemplo de la llamada “diplomacia de megáfono”— resonaría a lo largo y ancho del continente hasta el cierre del contencioso presupuestario en el año 84 e incluso más allá, siendo recordada todavía en la actualidad. Para Wall, esta sería la frase pronunciada por un primer ministro británico que mayor indignación causaría en Europa durante los años que Reino Unido participó en la integración europea. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 266. Como diría el periodista David Wood desde Dublín, Thatcher mostró en la conferencia de prensa cómo convertir una derrota internacional en una victoria política personal. *The Times*, 1-12-1979, p. 4. En este sentido, cabe traer a colación unas palabras del político alemán Martin Schulz —presidente del Parlamento Europeo en el periodo 2012-17— que llegaría a referirse a las cumbres de los jefes de Estado y de Gobierno como “montajes de teatro preparados para el mercado de la opinión nacional”. Citado en SCHULZ, M.: *Europa: la última oportunidad*, RBA, Barcelona, 2013, p. 82. Para Luis Foix, Thatcher había hablado mucho pero escuchado poco en Dublín: “Nunca se pensó que la presencia de Gran Bretaña en Europa sería cómoda. Ni tampoco fácil. Pero si no se resuelve este escollo de la contribución al presupuesto su presencia puede resultar imposible”, advertía. Ver *La Vanguardia Española*, 2-12-1979, p. 21.

<sup>162</sup> De acuerdo con Roy Jenkins, Thatcher tenía coraje y determinación para ganar pero, al mismo tiempo, carecía de un buen entendimiento de los argumentos en su contra —léase la teoría o teología, según se quiera, de los recursos propios—. Citado en JENKINS, R.: op. cit., 2012, pp. 583-84.

<sup>163</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 285.

<sup>164</sup> Como indica Morgan, la experiencia de Margaret Thatcher en política exterior era escasa y sus respuestas en un primer momento eran simples y superficiales. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 453.

<sup>165</sup> Al momento de abandonar el poder en mayo del 79, el Partido Laborista había gobernado más de diez de los últimos catorce años con el dominio de su ala de centro-derecha. Para la rama más izquierdista del partido, esta última habría sido la culpable de la derrota ante los conservadores, por lo que creían llegado su momento; máxime al comprobar que, tal y como había demostrado Thatcher, se podía ganar abandonando el centro del espectro político. Citado en SMITH, G.: op. cit., p. 925.

reforzar la postura anti-CEE de su formación, a pesar de que ello supusiese un claro desafío al liderazgo James Callaghan, cada vez más cuestionado<sup>166</sup>.

Así pues, justo cuando se ponía fin a la transición de Reino Unido como Estado miembro, los años setenta se agotaban con la sensación de que el vínculo entre la vieja *Britannia* y el proyecto europeo seguía resultando difícil de soldar. En buena medida porque, tal y como demostraba el contencioso presupuestario, Londres no acababa de aceptar las reglas de la Comunidad, que respondían al interés de los seis países fundadores que las habían establecido antes de su acceso al Club.

Además, en las Islas se seguía esperando por los prometidos réditos del Mercado Común —de los que sí habían disfrutado los continentales— al haber coincidido su adhesión en el 73 con el *shock* del petróleo, del que la Europa de los Nueve todavía no se había recuperado<sup>167</sup>. Pese al deseo conjunto de recuperar el aliento con la entrada en la nueva década, una incipiente segunda crisis petrolera —gestada a raíz del triunfo de la revolución iraní en febrero del 79— hacía presagiar que el relanzamiento definitivo de la construcción europea aún tardaría en llegar<sup>168</sup>.

Los años ochenta en Reino Unido estarían asociados a la figura de Margaret Thatcher, que además de poner nombre a una ideología<sup>169</sup> —que señalaría el camino del neoliberalismo al resto<sup>170</sup>— lo haría también a una década, de forma que el 1 de enero de 1980 se habría correspondido en las Islas con el 3 de mayo de 1979, el inicio de la era

---

<sup>166</sup> A finales de diciembre, el Comité Ejecutivo Nacional aprobaba una resolución que pedía no pagar impuesto alguno a la CEE y dejar de acudir a las reuniones ministeriales, además de solicitar que se valorase el estudio de opciones como la retirada de la Comunidad. *The Times*, 20-12-1979, p. 1.

<sup>167</sup> Resulta interesante traer a colación un dato aportado por Tony Judt: Reino Unido creció durante los setenta un 1,5%, una buena tasa a nivel histórico pero no comparable a la que había tenido lugar en el periodo 1950-73, durante el cual el crecimiento medio superaba el 3%. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 662.

<sup>168</sup> Entre 1979 y 1981 el precio del petróleo se triplicaría de nuevo, alcanzando diez veces el precio al que se había situado en el 73. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 273.

<sup>169</sup> La única *premier* del siglo XX que daría su nombre a una ideología: el thatcherismo. Citado en “Thatcherism, 1979-1990”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Britain in the Twentieth Century: Progress and Decline”, 24-4-2012. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/britain-in-the-20th-century-thatcherism-1979-1990> (11-6-2021, 10:28).

<sup>170</sup> Para Tony Judt, “es bastante irónico que esto ocurriera precisamente en el Reino Unido, porque la economía británica, aunque muy regulada, quizá fuera la menos ‘planificada’ de Europa”. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 776. El giro hacia formas de economía neoliberal se generalizaría a mediados de los ochenta, independientemente del color del partido gobernante. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 293.

Thatcher. De igual forma, su sombra también estaría presente a lo largo de toda la década en la Comunidad.

Tras el *impasse* de Dublín, la “British Budgetary Question” (BBQ) —que en los pasillos del Berlaymont se conocería como la “Bloody British Question”— mantendría en suspensión la actividad de la CEE, dominando la agenda comunitaria durante la primera mitad del año a pesar de que urgiese atender otros temas fundamentales como la recesión económica, el desempleo, el encarecimiento del petróleo o la emergencia de la llamada Segunda Guerra Fría, que pondría fin a la distensión con Moscú a raíz de la reciente invasión soviética de Afganistán<sup>171</sup>. Para los británicos —y, en cierta medida, para los demás Estados miembros, si bien a regañadientes— todo parecía secundario mientras esta cuestión no fuese resuelta<sup>172</sup>.

A la primera reunión del año de los jefes de Estado y de Gobierno —celebrada en Luxemburgo a finales de abril— se llegaría sin grandes avances. La negativa de Thatcher a aceptar en el Gran Ducado alguna de las ofertas que se le pondrían sobre la mesa abocaría a la cumbre a un nuevo fracaso, desatando la furia del resto de líderes.

Decididos a no volver a repetir la misma escena y a dedicar el próximo Consejo Europeo a otros temas, la solución acabaría llegando el 30 de mayo, tras una reunión maratoniana en Bruselas de los ministros de Exteriores de los Nueve, seguida por un enfrentamiento entre el jefe del Foreign Office, Lord Carrington, y la propia *premier*, que acabaría cediendo ante la amenaza de dimisión del primero, para quien el paquete acordado —un mecanismo temporal aplicable al periodo 1980-82 a cambio de acceder al aumento de los precios agrícolas— era lo máximo que su país podría obtener sin provocar una crisis importante en la Comunidad<sup>173</sup>.

---

<sup>171</sup> Esta última se había concretado, principalmente, en diversos acuerdos entre Washington y Moscú en materia nuclear y en la celebración de la Conferencia de Helsinki en 1975, en la que se aceptarían oficialmente las divisiones políticas de posguerra, asegurando la integridad territorial de dichos Estados. Curiosamente, este acuerdo tan celebrado por la Unión Soviética se acabaría volviendo en su contra, al haberse reconocido los derechos de las personas y los pueblos.

<sup>172</sup> JENKINS, R.: op. cit., 2012, p. 603.

<sup>173</sup> Así lo expresaría Lord Carrington al presentar a sus compañeros de gabinete, en su reunión del 2 de junio, los resultados de las negociaciones. En este mismo encuentro, Margaret Thatcher intervendría para confirmar que su equipo apoyaba la visión del Foreign Office, aunque el paquete final fuese menos ambicioso de lo deseado. CAB 128/67/21. Por otro lado, cabe recordar que en la negociación de este acuerdo Carrington estaría acompañado de Ian Gilmour, en calidad de Lord Privy Seal.

Más allá del mérito del acuerdo para los intereses de Reino Unido —que, en un principio, parecía mejorar ligeramente el reembolso ofrecido a los británicos un mes antes en tierras luxemburguesas<sup>174</sup>, aunque las cifras finales eran todavía una incógnita<sup>175</sup>— lo más importante, en términos generales, era que el texto final exponía el compromiso de los Nueve con la búsqueda de cambios estructurales en el presupuesto de la Comunidad, que a corto-medio plazo sería incapaz de asumir el creciente coste de la PAC y tendría que acomodarse a la llegada de nuevos miembros<sup>176</sup>.

La comunitarización del problema sería lo que, en adelante, reforzaría la posición negociadora del Gobierno anglosajón, que aprovechará cada oportunidad para insistir —de acuerdo con el objetivo marcado por la líder *tory* desde el principio— en su deseo de alcanzar una solución definitiva a los problemas que planteaba su aportación a las arcas comunes.

Por lo pronto, el acuerdo de Bruselas suponía una suerte de alto el fuego en la disputa entre Londres y el resto de capitales, después de casi un año mediatizando la actividad comunitaria. Con la entrada en el verano de 1980 —justo cuando Reino Unido se convertía en un país exportador neto de crudo<sup>177</sup>— Downing Street esperaba sacar petróleo también de su pertenencia al Mercado Común, lo que pasaba, principalmente, por normalizar las relaciones con el eje franco-alemán, erosionadas por el contencioso presupuestario.

Por primera vez desde su llegada al poder, el Gobierno de Margaret Thatcher parecía decidido a cumplir con su promesa de explotar las posibilidades que ofrecía la Comunidad, tratando de calmar las aguas con un tono más constructivo y menos estridente<sup>178</sup>. Ello explica que, hacia finales de septiembre, la Dama de Hierro

---

<sup>174</sup> *The Times*, 31-5-1980, p. 1 y YOUNG, J. W.: op. cit., p. 131. Para Roy Jenkins, en Bruselas se trató de disfrazar prácticamente el mismo acuerdo de Luxemburgo de un modo algo diferente. Es decir, a raíz del fracaso del último Consejo Europeo se habría iniciado una operación cosmética para desbloquear la situación salvando la cara de Thatcher y, al mismo tiempo, sin abusar de la generosidad de Schmidt y el resto. Citado en JENKINS, R.: op. cit., 2012, p. 605.

<sup>175</sup> En buena medida porque la cantidad del reembolso en el tercer año —1982— no se había cuantificado todavía.

<sup>176</sup> Para consultar las conclusiones de esta reunión del Consejo:

[http://aei.pitt.edu/1365/1/UK\\_budget\\_decision\\_OJ\\_C158\\_80.pdf](http://aei.pitt.edu/1365/1/UK_budget_decision_OJ_C158_80.pdf) (12-6-2021, 9:56).

<sup>177</sup> BUTLER, D. y BUTLER, G.: op. cit., p. 379.

<sup>178</sup> De acuerdo con Crowson, el tono de los ataques de la *premier* no se dirigía solamente al liderazgo de la Comunidad sino también al electorado británico. Al optar por un acercamiento nacionalista, la retórica

pronunciase el que sería —de acuerdo con Stephen Wall— su discurso más europeísta como *premier*<sup>179</sup>.

El renovado espíritu comunitario del Gobierno *tory* —que no tardaría en desinflarse— coincidía con una época en la que su política económica estaba más cuestionada que nunca en las Islas. Las cifras disparadas de paro e inflación<sup>180</sup>, junto a la revaluación de la libra —al convertirse en petrodívida— estaban poniendo en la picota el proyecto *thatcherista*, al que no le sonreían las encuestas<sup>181</sup>.

No obstante, en la conferencia del Partido Conservador celebrada en octubre, la líder de Grantham advertía de que no cambiaría su hoja de ruta. Con su famoso “the Lady is not for turning”, la Dama de Hierro trataba de demostrar que el fin justificaba los medios y que, por tanto, su receta —por dañina que fuera a corto plazo— acabaría sacando al país de su larga estancia en la unidad de cuidados intensivos<sup>182</sup>. Quizá el ciudadano medio fuese más escéptico pero, al menos, apreciaba que, después de tantos años de desgobierno, la firmeza pareciese haber regresado a Downing Street<sup>183</sup>.

Mientras los conservadores —tratando de preservar su unidad bajo la figura de Margaret Thatcher— aseguraban que, a pesar de las críticas, no modificarían el rumbo de su actuación política, el Partido Laborista confirmaba su viraje a la izquierda en su propia reunión anual, apostando oficialmente por el fin de la educación privada, el desarme nuclear unilateral, la abolición de la Cámara de los Lores y, para disgusto de Bruselas, la

---

europea de Thatcher trataba de exculparle de algunos de los males domésticos de Reino Unido, de tal forma que se mitigase la profunda impopularidad de su Gobierno por aquel entonces. Citado en CROWSON, N. J.: op. cit., p. 110.

<sup>179</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 181. En su intervención, que tendría lugar en Burdeos, Thatcher diría que la *entente cordiale* gozaba de buena salud. Ver *The Times*, 20-9-1980, p. 1.

<sup>180</sup> En mayo de este año, la inflación había alcanzado el 21,9%, la mayor cifra de la posguerra. El desempleo, por su parte, alcanzaría los dos millones en noviembre, habiendo sido de 1.288.000 a la altura de las elecciones del 79. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 412.

<sup>181</sup> En palabras de Morgan, un Gobierno elegido para recortar el gasto público y reducir la inflación como base para la recuperación económica había logrado —o, al menos, eso decían las cifras— exactamente lo contrario. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 446.

<sup>182</sup> Si, al asumir el liderazgo *tory* en 1975, los laboristas habían acusado a Margaret Thatcher de ser igual que Heath pero con tetas, ahora los *thatcheristas* respondían que, efectivamente, la *premier* era como Heath pero con huevos —ya que, a diferencia de su predecesor, la Dama de Hierro no modificaría su programa político pese a las críticas recibidas—. Citado en “Edward Heath”, conferencia de John Ramsden organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 21-3-2006. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-edward-heath> (13-6-2021, 13:51).

<sup>183</sup> Tal y como señala Judt, la *premier* sabía que su principal baza política era su testarudez. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 781.

salida del Mercado Común<sup>184</sup>. Si el azul *tory* se había vuelto más azul con Thatcher, el rojo del *Labour* era ahora más rojo con Callaghan, muy a su pesar.

Precisamente, la incomodidad del líder laborista con el giro de su formación sería uno de los motivos por los cuales, acto seguido — justo antes de iniciarse el nuevo curso político— anunciaría su dimisión<sup>185</sup>. Para disgusto del sector moderado —una parte del cual decidiría abandonar el partido— su puesto recaería en Michael Foot<sup>186</sup>. Dos días después de su elección, el nuevo jefe del laborismo se rompía el tobillo tras una caída<sup>187</sup>; todo un símbolo del tropiezo que sufriría el socialismo británico bajo su mandato.

La llegada de Foot al frente del Partido Laborista revalorizaría la figura de Thatcher en la Europa de los Nueve, habida cuenta de que la alternativa a la Dama de Hierro sería un Gobierno abiertamente contrario a la participación en la CEE. Si, de esta manera, la *premier* veía incrementado su peso en la mesa comunitaria, la elección de Ronald Reagan como nuevo presidente de EE. UU. por estas mismas fechas —en sustitución del demócrata Carter, incapaz de resolver la crisis económica y los desafíos internacionales del país— acabaría elevando su estatura política —y la de Reino Unido<sup>188</sup>— a nivel mundial, ya que el tándem Reagan-Thatcher —tan concienciado con la necesidad de contrarrestar la amenaza soviética como con las virtudes del neoliberalismo<sup>189</sup>— mostraría su particular sintonía a lo largo de la década<sup>190</sup>.

Con la entrada en 1981, la Comunidad daba la bienvenida a Grecia —y, con ella, a la Europa de los Diez— así como a una nueva Comisión, ahora a cargo del liberal

---

<sup>184</sup> *The Spectator*, 20-12-1980, p. 4. La moción que pedía la inclusión de la salida de la CEE en el siguiente manifiesto electoral del partido saldría adelante por casi tres millones de votos de diferencia. Ver *The Times*, 2-10-1980, p. 4.

<sup>185</sup> Conocida a principios de octubre pero hecha pública el día 15. En retrospectiva, David Owen ha señalado que James Callaghan, en lo que a Europa se refiere, evolucionó desde el agnosticismo de posguerra, pasando por el escepticismo de 1970 hasta el apoyo pragmático ya como primer ministro. Una vez retirado, el político de Portsmouth acabaría el recorrido mostrando una postura entusiasta hacia el proyecto europeo. Citado en OWEN, D.: “James Callaghan”, pp. 131-32 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>186</sup> El propio Roy Jenkins reconocía que desde este día en adelante no dudaría de que se produciría una ruptura considerable en el Partido Laborista. Citado en JENKINS, R.: op. cit., 2012, p. 608.

<sup>187</sup> *The Times*, 13-11-1980, p. 1.

<sup>188</sup> De la misma forma que, a nivel doméstico, el radicalismo thatcherista buscaba reducir el rol del Estado y recrear una cultura empresarial, en política exterior aspiraba a acabar con quince años de decreciente implicación global y de menor estatus internacional. Citado en SANDERS, D.: op. cit., p. 196.

<sup>189</sup> En su discurso inaugural, a finales de enero del 81, Reagan pronunciaría sus celebres palabras de que el Gobierno no era la solución sino el problema. Ver *The Times*, 21-1-1981, p. 6.

<sup>190</sup> Valga como prueba un detalle apuntado por Hugo Young: “Reagan era el único líder al que la señora Thatcher saludaba siempre con un beso”. Citado en YOUNG, H.: op. cit., 2005, p. 214.

luxemburgués Gaston Thorn<sup>191</sup>. Quizá el hecho mismo de la ampliación —aunque se conociese de antemano— sería la noticia más destacada del año en las instituciones, prueba de que la actividad comunitaria apenas traería novedades de especial trascendencia durante los siguientes 365 días.

Desde el acuerdo presupuestario temporal obtenido la pasada primavera, el Gobierno anglosajón había tratado de acercarse a los asuntos comunitarios con una actitud más positiva. Gracias a ello, algunos observadores de la época habían llegado a resucitar la idea de un posible directorio europeo comandado por Londres, París y Bonn.

Sin embargo, la normalización de sus relaciones no acabaría de producirse, ya que en los primeros meses del año 81 se pondrían en evidencia —a propósito de la reapertura de viejos temas en Bruselas, como la política pesquera o la PAC— las mismas diferencias de siempre<sup>192</sup>. Esta vez con el agravante de que, a la habitual renuencia de Downing Street a hacer concesiones que pudiesen jugar en su contra en casa, se unía la proximidad de las elecciones presidenciales en Francia, que se venía traduciendo en un endurecimiento de la posición negociadora de Giscard —que, para sorpresa de muchos, acabaría siendo apartado del Elíseo en el mes de mayo tras la victoria del socialista François Mitterrand, que llegaba con un programa económico que despertaba recelos entre sus vecinos—.

Durante todo este tiempo, la prometida reestructuración del presupuesto comunitario — que debía zanjar la reivindicación de Londres y, al mismo tiempo, garantizar la supervivencia económica de la Europa del futuro, lo que pasaba por revisar la PAC e impulsar nuevas políticas— seguiría presente en el debate de las instituciones, aunque no sería hasta la segunda mitad del año cuando, bajo el impulso de la presidencia británica del Consejo —la segunda de su historia— la cuestión volvería a ocupar el centro de la agenda europea.

De hecho, este sería el comienzo de la segunda campaña del Gobierno de Thatcher —tras la iniciada en Estrasburgo en junio del 79— para conseguir un arreglo duradero que,

---

<sup>191</sup> La Comisión Thorn extendería su mandato hasta enero del 85.

<sup>192</sup> Además de las disputas sobre la fijación anual de los precios agrícolas y de la discusión sobre las importaciones de mantequilla procedentes de Nueva Zelanda, Londres seguiría chocando con París en materia de pesca, que ahora también generaba problemas con Bonn por la negativa de los británicos a facilitar un acuerdo pesquero con Canadá por el que Schmidt tenía particular interés.

garantizando el principio de equidad, solventase el rompecabezas financiero<sup>193</sup>. Empero, al ostentar el asiento presidencial entre los meses de julio y diciembre, Downing Street tendría que adoptar un talante conciliador, a pesar de ser el país más interesado en resolver, de una vez por todas y cuanto antes, el contencioso presupuestario, ya que a partir del año 82 volvería a reinar la incertidumbre sobre la cuantía de su contribución.

El 1 de julio arrancaba la presidencia europea de Reino Unido y lo hacía impulsada por las propuestas que unos días antes de su estreno —cumpliendo con el llamado “mandato de mayo”<sup>194</sup>— había presentado la Comisión. Este documento —que tendría una buena acogida en las Islas— sería la base de las discusiones que, a la vuelta del verano, debían guiar a los Diez hacia un acuerdo final, que todos esperaban tener listo antes de concluir el año.

Sin embargo, y pese al denodado empeño de los británicos, la Europa de los Diez se mostraría incapaz de reconciliar las diversas posturas enfrentadas en la mesa de negociaciones: ni los países contribuyentes ni los beneficiarios estaban dispuestos a dar un paso en falso sin antes dejar bien atados sus intereses.

Así se pondría de manifiesto en el Consejo Europeo de Londres —reunido los días 26 y 27 de noviembre— la cita clave del semestre de la que, presumiblemente, debía emanar un nuevo y definitivo acuerdo presupuestario. Si bien Margaret Thatcher evitaría hablar de fracaso al término de esta reunión<sup>195</sup>, los líderes europeos se verían obligados a dejar la última bala en manos de sus ministros de Exteriores, que en su encuentro a mediados de diciembre —y para decepción de muchos— tampoco serían capaces de lograr un entendimiento.

Así pues, la presidencia británica se cerraba sin apenas avances en lo que, sin duda alguna, representaba su principal prioridad: asegurar la reestructuración del presupuesto común. Después de seis meses, lo máximo que se había alcanzado era devolver la pelota al tejado

---

<sup>193</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 203.

<sup>194</sup> De acuerdo con el llamado “mandato de mayo” —que hacía alusión al acuerdo alcanzado por los Nueve el 30 de mayo del 80— el Consejo había solicitado a la Comisión que realizase un informe que incluyese propuestas sobre cambios estructurales que solucionasen el problema presupuestario desde el año 82 en adelante.

<sup>195</sup> *The Times*, 28-11-1981, p. 1.

del Berlaymont con un encargo más preciso: plantear propuestas revisadas sobre aquellos temas que estaban impidiendo alcanzar el consenso<sup>196</sup>. De esta manera, al Gobierno anglosajón le quedaba el consuelo de que quizá había contribuido a poner los cimientos del futuro acuerdo.

Donde Downing Street no encontraría consuelo alguno sería en la política nacional, ya que a lo largo del año 81 la crisis económica golpearía a Reino Unido con especial crudeza, llegando a trasladarse la contestación a las calles<sup>197</sup>. La boda real entre el príncipe de Gales y Diana Spencer en el mes de julio no actuaría sino como un mero paréntesis de necesaria evasión en un país que, hacia el final del verano, registraría los peores datos de desempleo desde la década de los treinta<sup>198</sup>.

De ahí que, a mediados de septiembre, la Dama de Hierro llevase a cabo la primera remodelación de su gabinete; no para dar marcha atrás, sino para asegurarse de la implementación de su programa de gobierno<sup>199</sup>. Y es que, pese a llegar al ecuador de la legislatura en otoño como la primera ministra más impopular de todos los tiempos<sup>200</sup>, Thatcher seguía advirtiendo que no cambiaría por el mero hecho de ganar popularidad.

---

<sup>196</sup> Cuatro temas fundamentales: el régimen lechero, la agricultura mediterránea, cómo vincular el porcentaje del gasto agrícola al desarrollo del presupuesto general y cómo asegurar que ningún miembro llegase a una situación inaceptable como resultado de los acuerdos presupuestarios. Ver *The Times*, 17-12-1981, p. 1.

<sup>197</sup> Por su controvertido carácter austero, el presupuesto presentado en el mes de marzo por el *chancellor*, Geoffrey Howe, no había contribuido a atajar el malestar social. De acuerdo con Morgan, este sería el presupuesto más decididamente anti-keynesiano de la era contemporánea en Reino Unido. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 447. Por otro lado, y para tomar cierta perspectiva sobre la evolución de la economía británica en los últimos años, cabe recuperar un dato apuntado por Jeremy Black: entre 1960 y 1981 el crecimiento anual del PIB de Reino Unido había estado por debajo del registrado por el resto de países de la OCDE. Citado en BLACK, J.: op. cit., p. 36.

<sup>198</sup> A finales de agosto la cifra de desempleados superaba los tres millones. Así lo expone Andrew Marr en el cuarto capítulo —ya citado— de su documental “History of Modern Britain”.

<sup>199</sup> Se iban los famosos “wets” de la era Heath como Christopher Soames, Mark Carlisle e Ian Gilmour, además de enviar a James Prior desde Empleo a Irlanda del Norte. Por el contrario, en el nuevo equipo emergían figuras como Nigel Lawson, Nicholas Ridley o Norman Tebbit, considerados como “dries” por su mayor cercanía a las ideas de la *premier*. El último de este grupo, que asumía la cartera de Empleo, sería uno de los cambios más comentados. Pocas semanas después de su nombramiento, Tebbit comentaría en los Comunes —desatando la polémica— que su padre había estado en paro durante los difíciles años treinta y en vez de manifestarse decidió coger la bici para encontrar empleo. Ver *The Times*, 16-10-1981, p. 4.

<sup>200</sup> O, al menos, desde que existían datos al respecto. *Maggie*, en cambio, no salía tan malparada al ser menor la estima del electorado hacia el laborista Michael Foot, quien a su vez era el líder de la oposición más impopular desde que existían registros. Ver *The Times*, 9-10-1981, p. 11. Ya en el mes de diciembre se publicaba una encuesta de Gallup que concluía que Thatcher se había convertido en la inquilina de Downing Street más impopular desde la II Guerra Mundial. Citado en una publicación *online* de la agencia United Press International. Disponible en: <https://www.upi.com/Archives/1981/12/18/Mrs-Thatcher-called-Britains-most-unpopular-leader-since-WW-II/7728377499600/> (15-6-2021, 9:29).

De acuerdo con la *premier*, el éxito estaba cerca, de modo que no había que tirar la toalla<sup>201</sup>.

Después de dos años y medio en el poder, el tiempo se le estaba agotando a Margaret Thatcher. Si bien, a estas alturas, el Partido Laborista de Foot<sup>202</sup> no parecía una alternativa seria de gobierno, la emergencia vertiginosa del Partido Socialdemócrata (SDP) —una formación de nuevo cuño que surgía en el seno del propio laborismo para combatir las políticas de los *tories* desde una plataforma moderada y decididamente europeísta<sup>203</sup>— amenazaba no solo con dar el *sorpasso* al *Labour* sino con poner en serios aprietos a los conservadores. Todo ello contribuye a explicar que el diario *The Guardian* creyese llegado el momento de escribir el obituario de la Dama de Hierro<sup>204</sup>. Sin embargo, el año entrante —1982— no traería su muerte sino, más bien, su resurrección.

Pero antes de que ello ocurriera, la propia Margaret Thatcher se encargaría de clausurar en Estrasburgo el turno de su país en la presidencia rotatoria del Consejo. La *premier* aprovechaba su discurso para recuperar la figura de Edmund Burke, poniendo en valor el cambio como forma de preservar lo existente. Con estas palabras, la dirigente inglesa no estaba suscribiendo el plan germano-italiano presentado unas semanas antes por Hans-Dietrich Genscher y Emilio Colombo para relanzar la unidad europea —que mencionaría de forma puntual— sino instando a poner al día el presupuesto comunitario<sup>205</sup>. Una vez más, el traje presidencial vestido por los británicos durante los últimos seis meses no los había reconvertido a la fe europeísta. Y un año más, las disputas financieras seguían paralizando a la Comunidad, a cuyos miembros aún tardarían en salirle las cuentas.

---

<sup>201</sup> Así lo expresaría la *premier* en la conferencia anual del Partido Conservador, en la que comprobará de forma inédita el rechazo de muchos de los suyos. Ver *The Times*, 17-10-1981, p. 1.

<sup>202</sup> En su conferencia otoñal de este año, el *Labour* respaldaba la política de abandonar la Comunidad sin referéndum previo en caso de hacerse con el poder.

<sup>203</sup> Moderación y europeísmo era lo que, de acuerdo con sus fundadores, faltaba en el actual Partido Laborista. El SDP estaría liderado por la llamada “The Gang of Four”, en referencia a Jenkins, Williams, Rogers y Owen —todos ellos ex ministros—. Los orígenes de esta formación habría que buscarlos en una declaración del 7 de junio de 1980 —en la que habían insinuado la posibilidad de abandonar el partido— y, más recientemente, en la Declaración de Limehouse del mes de enero. De acuerdo con Steve Richards, sabían de lo que estaban en contra pero estaban menos seguros de lo que defendían en conjunto. Así lo expone en el segundo capítulo, titulado “Formation of the SDP”, dentro de su serie “Turning Points – Unscripted Reflections”, emitido el 8 de noviembre de 2017 por el canal BBC Parliament. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Khi76eYvqIk&list=PLqyrs2FHVEavSN51T-WtZPIBUDhSOvbvr&index=3> (15-6-2021, 12:00).

<sup>204</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 282.

<sup>205</sup> Para ver su discurso íntegro: <https://www.margaretthatcher.org/document/104763> (15-6-2021, 17:10).

1982 llegaba de la misma forma que se había marchado el año anterior: con el foco de la atención mundial en la República Popular de Polonia, donde el Gobierno nacional había decretado la ley marcial para tratar de contrarrestar la creciente oposición social al régimen comunista; un preludio de lo que ocurriría al término de la década en Europa del Este. No obstante, los asuntos comunitarios —y, en concreto, la cuestión presupuestaria— seguirían dominando la agenda del Foreign Office. Liberados de las ataduras que llevaba consigo la responsabilidad de la presidencia europea, y mientras comprobaban cómo a principios de año seguían colapsadas las negociaciones sobre la reforma del presupuesto, los británicos retomaban el análisis de los instrumentos que tenían a su disposición para tratar de forzar un acuerdo.

El reembolso de este año estaba todavía por determinar y, aunque urgía concretarlo, siempre quedaría la opción de calcularlo en base a lo convenido en mayo de 1980. No obstante, el objetivo del Gobierno *tory* seguía siendo alcanzar una fórmula permanente que pusiese fin a sus reivindicaciones; de lo contrario —y como si de un búmeran se tratase— estas siempre acabarían regresando, contribuyendo a agudizar el desgaste que ya venía acusando la relación entre Londres y el resto de capitales.

En la mesa de negociaciones comunitaria nadie cuestionaba la desventaja que suponía para los anglosajones el actual diseño del presupuesto común. El *quid* de la cuestión estaba en la forma de enmendar dicho perjuicio, ya que si los británicos reducían sus pagos alguien tendría que incrementarlos, justo en una época en la que, quien más, quien menos se estaba viendo afectado por las dificultades económicas; una situación delicada que reducía el margen de maniobra de los Gobiernos nacionales.

Para acelerar la búsqueda de una solución, el Gobierno de Thatcher decidiría, a principios de febrero, vincular la cuestión presupuestaria con la PAC: Reino Unido bloquearía la fijación de los precios agrícolas —que debería determinarse durante la primavera— mientras no se le ofreciese un arreglo satisfactorio sobre su contribución<sup>206</sup>.

Aunque legalmente las decisiones en materia agrícola se debían tomar mediante votación por mayoría —lo que hacía inútil el veto de un único país— los británicos entendían que

---

<sup>206</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 217.

Francia no se atrevería a cuestionar la práctica habitual del consenso, ya que los galos habían sido, precisamente, quienes habían conseguido establecer en 1966 el Compromiso de Luxemburgo, por el cual un Estado miembro podía exigir el voto por unanimidad si consideraba que estaban en juego intereses vitales para los suyos.

Pero la amenaza de los británicos no lograría amedrantar a los franceses, que mostrarían su enfado por lo que consideraban un chantaje inaceptable. Liderando la opinión de la mayoría de Estados miembros, París desechaba cualquier posibilidad de que se hiciese depender la aprobación de los precios agrícolas de la satisfacción del reembolso esperado por los británicos.

El endurecimiento de la posición francesa se mostraría con toda claridad en la cumbre europea de finales de marzo en Bruselas. Restando brillo a la celebración del veinticinco aniversario de la Comunidad, Mitterrand echaba por la borda la propuesta presentada conjuntamente por la Comisión y la presidencia belga para avanzar en la resolución de la BBQ. De acuerdo con el jefe del Elíseo, la oferta era demasiado ventajosa para los británicos y, en cualquier caso, eran estos los que debían dar el primer paso formalizando el acuerdo sobre los precios agrícolas. Poco después, Gaston Thorn lamentaría que se estuviese imponiendo la Europa de los contables<sup>207</sup>. Ciertamente, el choque entre Londres y París parecía garantizado.

Lo que nadie podía prever era que, horas más tarde, la Junta Militar argentina invadiría y ocuparía las Islas Malvinas, en posesión de Reino Unido desde 1833; un movimiento que, por el mismo hecho de producirse, le costaría el puesto a Lord Carrington, que presentaba su dimisión apenas tres días después —quedando el entonces líder de los Comunes, Francis Pym, al mando del Foreign Office—. Margaret Thatcher, consciente del peligro que corría de convertirse en la siguiente víctima política, decide ir a por todas: la Dama de Hierro sabía que se estaba jugando algo más que la recuperación de unas islas —desconocidas por muchos de sus compatriotas—<sup>208</sup>.

---

<sup>207</sup> *The Times*, 19-3-1982, p. 1.

<sup>208</sup> Entre ellos, su propio marido, que tendría que recurrir al atlas al iniciarse la crisis. Citado en THATCHER, C.: *A Swim-on Part in the Goldfish Bowl*, Londres, Headline, 2008, p. 106.

La crisis de las Malvinas alteraría de forma decisiva el devenir de los acontecimientos en la Comunidad. Tratando de alcanzar una solución pacífica, Londres obtenía el apoyo unánime e inmediato de sus socios europeos, que respaldaban las sanciones contra Argentina para forzar su retirada de las Islas.

Este acto de solidaridad<sup>209</sup> flexibilizará la postura de los británicos en la mesa de negociaciones comunitaria, donde el resto de socios aceleran el acuerdo en materia agrícola, que urgía sacar adelante para evitar una nueva crisis interna. El 18 de mayo, en la reunión del Consejo de Agricultura —y con la connivencia de la Comisión y la presidencia belga— se decidía obviar el veto de Londres —que invocaba, sin éxito, el Compromiso de Luxemburgo, al entender que estaban en juego intereses vitales para su país— y, tras llamar a la votación, se lograba desbloquear el paquete sobre los precios agrícolas<sup>210</sup>.

De esta forma, se ponía fin a una tradición de dieciséis años que garantizaba el derecho a disentir. Lo que para los británicos era una afrenta sin precedentes —al violarse uno de los principios por los cuales había decidido entrar en el Mercado Común— para muchos de sus socios era un acto totalmente justificado, al considerar que el único objetivo de Londres era mantener como rehén a la Comunidad mientras no se resolviese la cuestión presupuestaria<sup>211</sup>.

Sea como fuere, esta disputa reabriría el debate sobre la fortaleza del vínculo entre las Islas y el continente<sup>212</sup>. Para el diario *The Times* no había duda de que se trataba de la crisis más seria en la relación Londres-CEE desde su entrada en 1973<sup>213</sup>. Pero, con la mirada puesta en el Atlántico Sur —y ante la necesidad de mantener el apoyo de sus aliados comunitarios— el Gobierno anglosajón no se podía permitir luchar en otro frente. De hecho, el 21 de mayo las tropas británicas ponían pie en las Malvinas. Pocos días

---

<sup>209</sup> El apoyo a las sanciones contra Argentina generaba problemas en países como Italia e Irlanda: en el primero por sus lazos con la nación sudamericana; en el segundo por su habitual neutralismo.

<sup>210</sup> Solo Grecia y Dinamarca se posicionarían con Reino Unido al decidir abstenerse de la votación.

<sup>211</sup> Antes de producirse esta situación, la invocación del Compromiso de Luxemburgo por alguno de los Estados miembros siempre se había traducido en un veto al tema en cuestión. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 232.

<sup>212</sup> Por estas fechas, el ministro de Exteriores galo, Claude Cheysson, llegaría a decir que Reino Unido y Francia no hablaban de la misma Comunidad. Citado en TAYLOR, P.: *The limits of European integration*, Londres, Croom Helm, 1983, pp. 240-41.

<sup>213</sup> *The Times*, 20-5-1982, p. 15.

después, mientras Reino Unido estaba en guerra, Francis Pym dejaba cerrado en Bruselas el reembolso que le correspondía a su país del año presente, con la promesa de que, antes del mes de diciembre, la Comisión trabajaría por ofrecer una solución a largo plazo<sup>214</sup>.

Así pues, de no haber sido por la osadía de la Junta Militar argentina, es probable que la crisis de la Europa de los Diez —abierta a raíz de lo ocurrido en el Consejo de Agricultura a mediados de mayo— hubiese sido más profunda, con consecuencias imprevisibles respecto a la participación de los británicos en la Comunidad<sup>215</sup>.

Sin la guerra de las Malvinas, la historia también hubiese sido muy distinta para el futuro político de Margaret Thatcher, que —una vez confirmada la rendición de los argentinos a mediados de junio— lograba convertir la humillación que podría haber supuesto la invasión para su Gobierno en una suerte de salvavidas<sup>216</sup>. Gracias a su determinación al frente del país —en una guerra que era popular en las Islas— la Dama de Hierro lograba su primera victoria clara de la legislatura, esfumándose los rumores previos sobre su posible relevo y acallando a quienes poco antes la habían dado por muerta. En el verano de 1982, Margaret Thatcher anunciaba con grandilocuencia que Reino Unido había dejado de ser una nación en retirada<sup>217</sup>.

---

<sup>214</sup> *The Times*, 26-5-1982, p. 1.

<sup>215</sup> De acuerdo con Stephen Wall, de no haber sido por el dominio de la cuestión de las Malvinas, es concebible que el Gobierno fuese arrastrado hacia la suspensión de los pagos a la Comunidad, lo que no solo hubiese complicado el apoyo de sus socios europeos respecto a la cuestión de las Malvinas, sino que habría puesto a Reino Unido en un rumbo de colisión potencialmente terminal con la CEE. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 224-25.

<sup>216</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 422. La crisis de las Malvinas duraría dos meses y medio, concentrándose los enfrentamientos más serios en seis semanas. El número de víctimas alcanzaría la cifra de 155 en el caso británico y de 649 en el bando contrario. Citado en MCSMITH, A.: op. cit., p. 129. Cabe recordar que el evento central y más controvertido de la contienda sería el hundimiento del *Belgrano* el día 2 de mayo por parte de los británicos, ejecutado a pesar de estar fuera de la zona de exclusión y en retirada.

<sup>217</sup> Así lo expondría en un discurso pronunciado a principios de julio. Para su lectura íntegra: <https://www.margaretthatcher.org/document/104989> (17-6-2021, 11:25). En sus memorias, la *premier* reconocía que las once semanas que había durado la guerra en las Malvinas habían sido el recuerdo más nítido de su paso por Downing Street. En su opinión, el impacto del conflicto en la autoestima y el prestigio mundial de Reino Unido había sido enorme, ya que hasta entonces su país había sido visto —tanto por aliados como por enemigos— como una nación sin la voluntad ni la capacidad para defender sus intereses, tanto en época de paz como de guerra. En adelante, en todos los sitios que visitaría tras la conflagración, el nombre de su país significaría algo más de lo que había significado previamente. THATCHER, M.: op. cit., p. 173. Tal y como señala Smith, la esencia del *thatcherismo* —por encima de su apego a cualquier principio político o dogma económico particulares— era una resistencia instintiva al declive nacional. Citado en la pieza ya mencionada de Geoffrey Smith para *Foreign Affairs*, p. 924.

Tras el parón estival, e influido por el talante conciliador de Francis Pym, el Gobierno británico trataría de poner fin al periodo de confrontación con sus socios comunitarios, lanzando una campaña para mejorar la imagen de su país en el continente<sup>218</sup>. Uno de los principales objetivos era facilitar el acuerdo —todavía pendiente— sobre la reforma presupuestaria, al que Downing Street seguía otorgando la máxima prioridad.

Londres era consciente de que este era un asunto potencialmente divisivo para los Diez y que, dada la complejidad de su naturaleza, consumía demasiado tiempo y energía, por lo que apremiaba poner fin a la negociación anual de acuerdos parciales que —de acuerdo con la conocida expresión— eran pan para hoy y hambre para mañana. De ser así, el Gobierno *tory* insistía en que Reino Unido tendría el camino despejado para poder explotar al máximo su participación en la Comunidad; un nuevo escenario que contribuiría a hacer más atractivo el proyecto europeo a ojos del pueblo anglosajón, al que tanto los sindicatos como los laboristas seguían tratando de convencer del mérito de abandonarlo, mostrando como prueba tanto lo acontecido en mayo en el Consejo de Agricultura como la falta de una solución definitiva al coste que tenían que soportar sus compatriotas por la participación en el Mercado Común<sup>219</sup>.

Todo esto se lo trasladaría Margaret Thatcher al nuevo canciller alemán, Helmut Kohl, con el que se reuniría en octubre; el mismo mes en el que el líder democristiano se hacía con el poder tras la salida de los liberales de la coalición que sustentaba al Gobierno de Schmidt.

Con la vista puesta en los comicios de principios de marzo —con los que Kohl esperaba legitimar su nueva posición— era evidente que Bonn trataría de evitar durante los próximos meses cualquier movimiento en aquellas áreas comunitarias de especial sensibilidad, como la cuestión presupuestaria. Sin embargo, tanto su condición de contribuyente neto —que lo hacía más proclive a empatizar con las reivindicaciones de Londres— como su turno en la presidencia del Consejo durante el primer semestre de 1983, aconsejaban al Gobierno de Thatcher a ser prudente —manteniendo, en la medida

---

<sup>218</sup> *The Times*, 11-9-1982, p. 4.

<sup>219</sup> Un promedio de dieciocho sondeos realizados a los británicos durante el periodo 1972-82 señalaba que para el 37% de los encuestados la pertenencia a la CEE era mala, para el 33% una buena cosa y para el 23% ni buena ni mala. Citado en BELL, P. M. H.: *France and Britain, 1940-84: the long separation*, Longman, Harlow, 1997, p. 235.

de lo posible, el tono amable que venía exhibiendo en la Comunidad— y a permanecer cerca de los germanos, habida cuenta de que el apoyo de estos sería fundamental para satisfacer sus objetivos tras las elecciones presidenciales en territorio teutón.

El ambiente electoral en la RFA hacía presagiar que las nuevas propuestas presentadas por la Comisión a mediados de noviembre en materia presupuestaria —justo a tiempo para cumplir con la fecha prometida a los británicos la pasada primavera— no tendrían demasiado recorrido a corto plazo<sup>220</sup>. Lo que no era de esperar era que, antes de terminar el año, el Parlamento Europeo fuese capaz de acelerar el debate sobre la reforma presupuestaria.

A mediados de diciembre, la Eurocámara —con cierto ánimo de autoafirmación— rechazaba el presupuesto suplementario de 1982, que era, precisamente, el que incluía el reembolso ofrecido a Londres en mayo. Lo que podría ser un problema acabaría siendo una ayuda para Reino Unido. Es cierto que, debido a este contratiempo, el reintegro de la deuda en la cuenta británica se retrasaría varios meses. No obstante, los eurodiputados conseguirían que, a la vuelta de las Navidades, tanto la Comisión como el Consejo intensificasen sus esfuerzos para reformar el presupuesto, ya que se negaban a aceptar la práctica de corregir los desajustes presupuestarios con pagos *ad hoc* como los ofrecidos a Reino Unido en los últimos tiempos.

Así pues, mientras la vieja Britannia cumplía una década en la Comunidad —con la sensación general de que había poco que celebrar<sup>221</sup>— iba medrando el consenso en la Europa de los Diez sobre la necesidad de colocar en el centro de la agenda comunitaria la revisión estructural del presupuesto común; una vieja tarea que, pese a ser perseguida desde mayo de 1980, no había avanzado al ritmo que se esperaba. Parecía que los vientos soplaban a favor de los británicos.

---

<sup>220</sup> El Ejecutivo comunitario reconocía la necesidad de establecer un nuevo sistema presupuestario, así como la persistencia y la necesidad de resolver dentro de este último la cuestión británica —ofreciendo, sobre esto último, una solución para los años 83-84 y extensible al 85—. Ver *The Times*, 17-11-1982, p. 6.

<sup>221</sup> Para Stephen George, estos primeros años de Londres en el proyecto europeo fueron una década estéril. Citado en GEORGE, S.: *Britain and European integration since 1945*, Oxford, Blackwell, 1991, p. 23. En un evento organizado por el Conservative Group for Europe para conmemorar los diez años de Reino Unido en la CEE, Margaret Thatcher lamentaría que su país siguiese gastando energía política en si Londres debía estar o no en la Comunidad. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 18.

Empero, con la entrada en el año 83, el rumor sobre un posible adelanto electoral empezaría a sonar con fuerza en las Islas, ya que se creía que Downing Street podría tratar de aprovechar, por un lado, la creciente popularidad de Margaret Thatcher —evidente a raíz de la guerra de las Malvinas— y, por otro, la mejora de la economía doméstica —en particular, las cifras de inflación y crecimiento<sup>222</sup>—.

Ello explicaría que el Gobierno *tory* transmitiese mayor nerviosismo<sup>223</sup> y empezase a priorizar la obtención de un acuerdo sobre el reembolso que se le concedería este año, ya que la reforma general del presupuesto comunitario —además de requerir más tiempo— plantearía la necesidad de aumentar los recursos propios de la Comunidad para hacer frente a la ampliación, a las nuevas políticas y al coste ascendente de la PAC; una idea que, al obligar a pagar más a los Estados miembros, jugaría en favor del *Labour* en caso de que se optase por la convocatoria electoral.

Una vez confirmada la reelección de Kohl como canciller, el Gobierno anglosajón redoblaría sus esfuerzos para dejar cerrado cuanto antes el *rebate* que percibiría su país en 1983. Ello, unido al 75% que se había logrado reducir la factura comunitaria desde el 79, se creía que serviría para contrarrestar el ataque del Partido Laborista, resuelto a hacer campaña por la salida de la CEE en cuanto los *tories* decidiesen llamar a las urnas.

Para no dar munición al laborismo, los líderes aprovecharían su reunión en Bruselas durante los días 21 y 22 de marzo para —atendiendo la súplica elevada por la Dama de Hierro— encargar a la Comisión la elaboración de propuestas sobre la aportación de Reino Unido con carácter de urgencia<sup>224</sup>.

Londres esperaba que se llegase con el acuerdo avanzado al Consejo Europeo de Stuttgart —establecido para el 6 y 7 de junio— donde los jefes de Estado y de Gobierno apenas tendrían que ratificar su conformidad. Sin embargo, a mediados de mayo, Margaret Thatcher confirmaba los rumores previos al anunciar la celebración de elecciones

---

<sup>222</sup> En 1983 el crecimiento de Reino Unido se acercaba al 4%, una tasa mucho mayor que cualquiera de las registradas desde los años sesenta. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 427.

<sup>223</sup> A principios de marzo, en un encuentro con los eurodiputados *tories* celebrado en Downing Street, Margaret Thatcher llegaba a amenazar con suspender parte de la aportación de su país a las arcas comunitarias si no se resolvía la cuestión del reembolso antes del parón estival. Ver *The Times*, 2-3-1983, p. 6.

<sup>224</sup> *The Times*, 23-3-1983, p. 1.

generales en la jornada del 9 de junio, pocas horas después de la cumbre comunitaria. Ante la imprevisibilidad del resultado de esta reunión y el temor a que un desenlace contrario a los intereses de Reino Unido fuese aprovechado en plena campaña por el *Labour* de Foot, la presidencia germana decidiría aplazar la cita hasta que se aclarase la situación política en las Islas.

Finalmente, y cumpliendo con las expectativas, los electores británicos apostarían por la continuidad, ampliando a 144 la mayoría de los *tories*; una cifra inédita desde el año 45<sup>225</sup> que parecía justificar la decisión de Downing Street de adelantar los comicios<sup>226</sup>. El Partido Laborista, por su parte, recibía un severo correctivo al obtener sus peores resultados desde 1918<sup>227</sup>, aunque lograba evitar el *sorpasso* de la Alianza liberal<sup>228</sup>. Por la radicalidad de sus propuestas —como el desarme nuclear unilateral, especialmente controvertido durante la campaña— el diputado laborista Gerald Kaufman se referiría al programa electoral de su formación como la nota de suicidio más larga de la historia<sup>229</sup>.

Ciertamente, el socialismo democrático de Michael Foot tenía los días contados, al igual que la oposición del *Labour* a la continuidad de Reino Unido en el proceso de integración europea; una postura que sería matizada a partir de otoño, coincidiendo con la elección de Neil Kinnock como nuevo jefe del laborismo, que trataría de capitanear el viraje de los suyos hacia el centro<sup>230</sup>.

---

<sup>225</sup> AUDICKAS, L., CRACKNELL, R. y LOFT, P.: op. cit., p. 7. No obstante, los *tories* lograrían medio millón de votos menos que en los comicios del 79, siendo sus resultados especialmente bajos en Escocia y el norte de Inglaterra.

<sup>226</sup> Para *ABC*, la victoria de *Maggie* representaba el triunfo del buen sentido y era para toda Europa “la confirmación de un poderoso elemento de estabilidad y de audacia política”. Ver *ABC*, 10-6-1983, p. 13. Si este diario titulaba su editorial “La victoria conservadora”, *La Vanguardia* y *El País* reaccionaban con mayor frialdad: “Thatcher, cinco años más” y “El Reino Unido, sin alternativas”, respectivamente. Ver *La Vanguardia*, 11-6-1983, p. 7 y *El País*, 11-6-1983, p. 10.

<sup>227</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 466.

<sup>228</sup> Formada por el Partido Liberal y el recién creado SDP. La Alianza logra acercarse al Partido Laborista en porcentaje de votos pero no en escaños. Por otro lado, Jenkins dimitirá al frente del SDP al conseguir menor apoyo del esperado en los comicios.

<sup>229</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 428. Para Ken Livingstone, la peor campaña de un partido importante en una democracia occidental en el mundo posterior a la guerra. Citado en MCSMITH, A.: op. cit., p. 294. Respecto a la CEE, el programa del *Labour* señalaba que la participación en el proyecto europeo era uno de los mayores obstáculos a la ejecución de las políticas radicales y socialistas con las que esperaban revivir la economía doméstica. Ver “New Hope for Britain”, programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de junio de 1983. Consultado en: <http://www.labour-party.org.uk/manifestos/1983/1983-labour-manifesto.shtml> (22-6-2021, 9:58).

<sup>230</sup> Horas después de su elección como nuevo líder —lo que tendría lugar el día 2 de octubre— el Partido Laborista convertía en una opción —y ya no en una certeza— la salida de Londres del proyecto europeo en caso de regresar al poder. Citado en BUTLER, D. y BUTLER, G.: op. cit., p. 472. Este viraje viene explicado por diversos factores, como la deserción de algunos miembros del partido al SDP, el propio

Margaret Thatcher, en cambio, estaba de dulce. La dirigente conservadora saboreaba una victoria incontestable que, debido a su perfil presidencialista, parecía acercar a Reino Unido hacia una monarquía dual<sup>231</sup>. Mientras que en el plano doméstico la Dama de Hierro pisaría el acelerador de su programa revolucionario<sup>232</sup> —en una segunda legislatura que, desprovista de los titubeos previos y favorecida por el notable avance de la economía, acabaría mostrando los principales rasgos del ideario thatcherista<sup>233</sup>— en el ámbito internacional la reelección de la *premier* conseguiría realzar su figura, presentándose con renovada energía en la mesa de negociaciones comunitaria<sup>234</sup>.

La ciudad de Stuttgart sería testigo de ello entre los días 17 y 19 de junio. Tal y como estaba previsto, los líderes europeos retomaban en tierras germanas las discusiones que los comicios británicos habían dejado temporalmente en suspenso: en juego estaba el *rebate* de Londres para el año 83 y, ante todo, la propia supervivencia de la Comunidad, que se encaminaba hacia la bancarrota al no ser capaz de hacer frente al continuo incremento de los gastos comunitarios, lo que obligaba a Bruselas a pedir más dinero a los Estados miembros.

No sin dificultades, Thatcher haría valer el reciente espaldarazo de las urnas —así como la habilidad diplomática de Helmut Kohl— para extraer de sus socios un nuevo

---

cambio de postura de los sindicatos —hacia el apoyo a la integración— el fracaso del socialismo en la Francia de Mitterrand, el europeísmo al que se acogen figuras clave del partido o la necesidad de adoptar unas ideas más pragmáticas y centristas para ganar atractivo a nivel electoral. Citado en BULMER, S.: “New Labour, New European Policy? Blair, Brown and Utilitarian Supranationalism” en *Parliamentary Affairs*, nº 4, vol. 61, 2008, p. 598. Para Roger Liddle, la conversión europea del *Labour* fue una parte crucial del mayor viraje ideológico producido en la historia del partido. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 38.

<sup>231</sup> A propósito de la victoria de Margaret Thatcher en estos comicios, José María de Areilza, desde las páginas de el diario *El País*, recuperaba este argumento sostenido por Conor Cruise O’Brien durante la campaña. Para ver esta pieza: [https://elpais.com/diario/1983/06/11/internacional/424130405\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1983/06/11/internacional/424130405_850215.html) (7/11/2021, 17:14).

<sup>232</sup> Así lo expone Andrew Marr en el cuarto capítulo —ya citado— de su documental “History of Modern Britain”. El nuevo gabinete de la *premier* reflejaría este nuevo impulso reformista, al incrementar la presencia de figuras próximas al thatcherismo.

<sup>233</sup> Evidente, sobre todo, en la privatización de industrias y servicios públicos. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 468. También en la reducción del gasto público y de los impuestos personales, patrocinados por el nuevo *chancellor* Nigel Lawson.

<sup>234</sup> En su programa electoral, los *tories* se mostraban convencidos de haber cumplido su promesa de hacer de la participación en la Comunidad un éxito. Además, trataban de ubicarse en una posición intermedia, desmarcándose tanto de la salida defendida por el laborismo como del rechazo de los liberales a permanecer sin levantar demasiado la voz. Ver “The Challenge of Our Times”, programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de junio de 1983. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/1983/1983-conservative-manifesto.shtml> (22-6-2021, 10:10).

reembolso; esta vez de 437 millones de libras<sup>235</sup>. A cambio, y en buena parte para no quedar aislados, los británicos accedían a suscribir el plan Genscher-Colombo sobre el futuro de la unidad europea, en el que se venía trabajando desde su presentación inicial en noviembre del 81 y que, entre otras, contemplaba una mayor coordinación en política exterior, más poder para el Parlamento Europeo y un nuevo impulso a la UEM<sup>236</sup>.

Este era el tipo de iniciativas que impacientaban a Margaret Thatcher<sup>237</sup> —que las consideraba como actos de fe de escasa utilidad práctica— pero, antes de poner su rúbrica, la *premier* se había asegurado de que, por un lado, el lenguaje de la declaración respetase su idea de Europa y de que, por otro, esta no tuviese carácter vinculante<sup>238</sup>. Aún así, el texto respaldado marcaba un camino que muchos acabarían tomando como base de futuros acuerdos.

Con todo, la clave de esta cumbre sería el compromiso de los Diez a resolver antes de finalizar el año —con la mirada puesta en el Consejo Europeo de diciembre en Atenas— tres problemas interrelacionados que llevaban tiempo impidiendo avanzar a la Comunidad: el arreglo de la contribución británica, la imperiosa necesidad de incrementar los recursos propios y la demora de la Europa de los Doce<sup>239</sup>.

Precisamente, el Gobierno de Thatcher expresaría en Stuttgart su nueva postura; la misma que defendería en adelante hasta la firma, un año después, del paquete final. A cambio de una solución permanente —y no temporal, como preferían algunos— que vinculase las aportaciones de cada país con su prosperidad relativa, Londres estaba dispuesta a aprobar el aumento de los fondos comunitarios —esto es, a elevar el techo del 1% que, hasta la fecha, la Comunidad absorbía de las recaudaciones nacionales en concepto de IVA— siempre y cuando ese incremento fuese limitado y no se destinase de forma descontrolada a la PAC.

---

<sup>235</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 254. Una vez más, este reintegro acabaría siendo congelado durante un tiempo por el Parlamento Europeo.

<sup>236</sup> Para consultar la Declaración Solemne sobre la Unión Europea: [http://aei.pitt.edu/1788/1/stuttgart\\_declaration\\_1983.pdf](http://aei.pitt.edu/1788/1/stuttgart_declaration_1983.pdf) (22-6-2021, 13:33).

<sup>237</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 171.

<sup>238</sup> La insistencia de los británicos había impedido que este texto recibiese el nombre de Acta —quedando el de Declaración Solemne, menos ambicioso—. Por otro lado, Londres se veía satisfecho por hablarse de Unión Europea como proceso y no como objetivo. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 172.

<sup>239</sup> MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 349.

Dado que dicha reforma requería unanimidad<sup>240</sup> —y que, sin esta última, la Europa de los Diez tendría dificultades para sobrevivir, al entrar en quiebra— los británicos eran conscientes de que tenían en sus manos la llave para desbloquear el futuro del proyecto europeo; una posición de fuerza que acrecentaba la esperanza en las Islas a que, definitivamente, se pusiese punto y final al contencioso presupuestario —que era tan antiguo como la trayectoria de Reino Unido en el Club—.

Sin tiempo que perder, las negociaciones que debían devolver el dinamismo a la Europa comunitaria se iniciarían durante el verano, aunque se llegaría a la cumbre de Atenas, a principios de diciembre, con avances bastante modestos. La falta de un mínimo común denominador sumada a la escasa disposición de Mitterrand a pactar —con la idea, quizá, de retrasar el acuerdo unos meses, ya bajo la presidencia francesa del Consejo— abonarían la cita al fracaso. Los líderes europeos estaban jugando con fuego, ya que el mantenimiento del bloqueo en la capital helena amenazaba con convertir a la CEE en una ruina similar a las que se localizaban en la acrópolis ateniense.

Margaret Thatcher no escondía su frustración por lo acontecido en Atenas pero sabía que el tiempo jugaba a su favor, ya que la Comunidad avanzaba de forma inexorable hacia la insolvencia; una situación de máxima emergencia que obligaba a alcanzar en los próximos meses un compromiso sobre el paquete presupuestario si se quería evitar la quiebra<sup>241</sup>. Así pues, en el crepúsculo del año 1983, la línea entre la muerte y el resurgimiento de la construcción europea era muy delgada.

Con la entrada en 1984, la presidencia europea pasaba a manos de los franceses, que estarían al frente del Consejo durante los siguientes seis meses. La idea del Elíseo era alcanzar un acuerdo a lo largo de este semestre, de tal forma que Mitterrand —cuya popularidad se estaba resintiendo en tierras galas— pudiese sacar rédito político del mismo, erigiéndose ante sus compatriotas y el mundo entero como un hombre de Estado. Ello explica que, desde finales de enero, París se esforzase por acelerar la voluntad

---

<sup>240</sup> Además de requerir la ratificación de todos los parlamentos nacionales.

<sup>241</sup> THATCHER, M.: op. cit., p. 338. La Dama de Hierro seguía amenazando con suspender los fondos comprometidos con Bruselas en caso de que no se ofreciese una solución satisfactoria a su reivindicación presupuestaria.

política de los Diez organizando encuentros bilaterales de primer nivel con todos los Estados miembros<sup>242</sup>.

En un principio, se esperaba que el acuerdo emergiese durante el primer Consejo Europeo del año, que se celebraría en Bruselas hacia finales de marzo —y que muchos presentaban ya como la reunión del todo o nada—. De no ser así, se temía que la campaña de las elecciones al Parlamento Europeo —previstas para mediados de junio— expusiese con mayor descaro las diferencias entre los socios, así como su incapacidad para poner fin a las riñas internas; un ambiente que resultaría dañino para la reputación del proyecto europeo, por mucho que pudiese interesar en determinadas capitales.

Con todo, Bruselas acabaría siendo un nuevo Atenas. Por segunda vez consecutiva, los jefes de Estado y de Gobierno se mostraban incapaces de cumplir con la tarea que se habían encomendado en Stuttgart el pasado mes de junio. No obstante, al término de la cumbre, tanto Thatcher como Mitterrand —dos de los principales protagonistas y, a su vez, dos de los máximos responsables de la prolongación del desencuentro— se resistían a tirar la toalla y trataban de calmar los ánimos: si para la *premier* el desenlace de la reunión había sido decepcionante pero no fatal, el político francés insistía en seguir con las discusiones al considerar que la Europa de los Diez todavía no estaba muerta<sup>243</sup>.

Ciertamente, la reunión de Bruselas no había dado los frutos esperados pero su celebración no había sido en balde. La falta de un acuerdo al término de la misma nublabo el hecho de que, tras dos jornadas de intenso debate, la solución estaba más cerca que al inicio del encuentro. Aún así, con los comicios europeos en el horizonte —los segundos por elección directa— las negociaciones no se retomarían verdaderamente hasta después de la cita con las urnas; una ocasión que sería aprovechada por el electorado británico —o, mejor dicho, por el 32% que decidió no abstenerse<sup>244</sup>— para otorgar un cierto respiro

---

<sup>242</sup> Precisamente, el primero de ellos sería una reunión entre Margaret Thatcher y el presidente de la República francesa, prueba evidente de que, a ojos de París, las posibilidades de éxito del futuro acuerdo pasaban por Londres. Ambos mandatarios volverían a encontrarse a principios de marzo, antes del Consejo Europeo de Bruselas.

<sup>243</sup> *The Times*, 21-3-1984, p. 1.

<sup>244</sup> La baja participación —que en las Islas registraría una cifra similar a la del año 79— sería generalizada. De ahí que el presidente de la Comisión Europea, Gaston Thorn, entendiese que los resultados eran una catástrofe para Europa. Ver *The Times*, 19-6-1984, p. 1.

al *Labour* de Kinnock que, pese a ganar quince asientos, no podía impedir una nueva victoria conservadora<sup>245</sup>.

Apenas una semana después de conocerse la nueva composición de la Eurocámara —y ya en el tiempo de descuento de la presidencia francesa— los dirigentes comunitarios tendrían una cita con la historia en Fontainebleau. Reunidos durante los días 25 y 26 de junio en esta ciudad al sur de París, los Diez ponían fin a sus diferencias y lograban alcanzar un acuerdo sobre la financiación interna de la Comunidad<sup>246</sup>.

Según lo pactado, los británicos obtenían su famoso cheque —un reembolso permanente del 66% de su aportación<sup>247</sup>— la Comunidad se dotaba de mayores recursos —al elevarse un 0,4% el techo de lo que podría percibir en concepto de IVA a partir de 1986— y la Europa de los Doce daba un paso de gigante —ya que se fijaba el 30 de septiembre como fecha máxima para culminar las negociaciones sobre la adhesión de España y Portugal<sup>248</sup>—.

### 2.1.5 Se exporta la revolución: Margaret Thatcher y su mercado único

---

<sup>245</sup> Los conservadores se quedaban con 45 asientos frente a los 32 del Partido Laborista. Ver *The Times*, 19-6-1984, p. 4.

<sup>246</sup> El día previo al inicio de la cumbre, Luis F. Fidalgo, desde las páginas de *El País*, hablaba sobre la urgencia de sacar a la Comunidad de la actual arterioesclerosis en la que se encontraba, ya que la cuestión presupuestaria había dejado a la Europa de los Diez en un “estado de vida vegetativa” en el que apenas se podían tomar decisiones de futuro. Consulta: [https://elpais.com/diario/1984/06/24/internacional/456876007\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/06/24/internacional/456876007_850215.html) (24-11-2021, 16:08).

<sup>247</sup> Este retorno se mediría por la diferencia entre lo aportado en IVA y el gasto asignado. Además, duraría tanto como lo hiciese el nuevo techo del 1,4%. Para Charles Powell, la obtención del cheque sería la más obvia de las victorias de los británicos en la Comunidad bajo el liderazgo de la *premier*. Citado en POWELL, C.: “Margaret Thatcher”, p. 139 en ADONIS, A.: op. cit. Daniel Strasser, por su parte, recordaba que hasta Fontainebleau las soluciones al problema británico habían sido numerosas y a menudo ingeniosas, pero poco satisfactorias. Citado en STRASSER, D.: op. cit., p. 193. Por su parte, el ex *premier* James Callaghan reconocería el mérito de la nueva fórmula obtenida por Thatcher en Fontainebleau pero, al mismo tiempo, lamentaría que la Dama de Hierro insistiese en que había asegurado una victoria que los laboristas no habían logrado. De acuerdo con el político de Portsmouth, la líder *tory* tenía mucho terreno ganado gracias a la renegociación del periodo 74-75 comandada por el *Labour* antes de celebrarse el referéndum sobre la permanencia en la Comunidad. Citado en CALLAGHAN, J.: op. cit., p. 324.

<sup>248</sup> Ello explica que la prensa española dedicase una especial atención a esta cumbre, llegando a pedir algunas voces —como las de Barra y Quiñonero— que España tomase ejemplo del contencioso presupuestario: no solo para imitar la firmeza de Thatcher ante sus socios, sino para evitar concesiones precipitadas durante las negociaciones de adhesión que luego, una vez dentro, serían difíciles de revisar. Ver *ABC*, 27-6-1984, p. 72. No obstante, cabe señalar, por otro lado, que el plazo fijado en Fontainebleau respecto a la ampliación se acabaría incumpliendo, ya que las negociaciones se extenderían medio año más de lo previsto.

Indudablemente, y para regocijo de François Mitterrand —aclamado por su habilidad para dirigir con éxito la fase más crítica de esta operación de rescate del Mercado Común— el proyecto europeo volvía a cobrar vida, ya que se le dotaba de la base financiera necesaria para afrontar el futuro con mayores garantías.

Precisamente, el ánimo de relanzar la CEE —un deseo evidente, al menos, desde la aprobación del plan Genscher-Colombo un año antes en Stuttgart<sup>249</sup>— sería el que llevaría a los jefes de Estado y de Gobierno a acordar en Fontainebleau el establecimiento de dos comités *ad hoc* que, conformados por representantes de los Diez, deberían valorar el futuro de la integración europea: uno estudiaría cómo mejorar el funcionamiento institucional de la Comunidad —el llamado Comité Spaak II<sup>250</sup>, que acabaría presidiendo el irlandés James Dooge— y otro —encabezado por Pietro Adonnino y referido a la Europa de los ciudadanos— se centraría en promover la identidad e imagen de la misma ante los propios europeos y el resto del mundo<sup>251</sup>. Después de tantos años de parálisis, la Europa comunitaria parecía que empezaba a despegar<sup>252</sup>.

Si bien lo acordado en Fontainebleau sería acogido con cierta frialdad en las Islas<sup>253</sup> — pese a la satisfacción mostrada por el equipo de Margaret Thatcher— esta última también deseaba mirar hacia delante y dejar a un lado el contencioso presupuestario, que le había acompañado desde su ascenso al poder en 1979 y llevaba una década minando la relación

---

<sup>249</sup> Y puesto de manifiesto también en febrero del 84, cuando el Parlamento Europeo decidía aprobar el borrador del llamado Plan Spinelli, un proyecto de tratado sobre una Unión Europea federal.

<sup>250</sup> Por el deseo expreso de los Diez de que se asemejase al grupo de trabajo establecido en Mesina en el año 55 y que, a la postre, daría lugar al Mercado Común.

<sup>251</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20673/1984\\_june\\_-\\_fontainebleau\\_\\_eng\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20673/1984_june_-_fontainebleau__eng_.pdf) (24-6-2021, 8:45).

<sup>252</sup> Tal y como diría la propia *premier* en sus memorias, es a partir de este momento cuando se modifica el ambiente en la Comunidad. En adelante, las disputas ya no serían sobre cuestiones tácticas o temporales sino sobre la dirección futura de la CEE y su relación con el resto del mundo, que estaba cambiando demasiado deprisa. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 727.

<sup>253</sup> En general, este acuerdo no sería recibido con entusiasmo en la prensa británica, tanto por la fórmula como por la cantidad pactada. Además, se cuestionaba su aparente temporalidad —al estar vigente solo mientras no hubiese que volver a revisar el aumento de los recursos propios— y se lamentaba que se hubiese dejado irresuelta la cuestión de cómo controlar el gasto de la PAC. Para *The Daily Telegraph* el acuerdo estaba lejos de ser perfecto para los intereses de Londres y, además, creía que la batalla presupuestaria continuaría. Ver *The Daily Telegraph*, 27-6-1984, p. 12. Por su parte, para *The Times* la solución era aceptable pero no ideal. Ver *The Times*, 27-6-1984, p. 11. El *Daily Express*, con una visión más amplia, creía que lo más importante no era la cantidad del cheque sino la voluntad mostrada por todos para alcanzar una solución. Ver *The Daily Express*, 27-6-1984, p. 8. Por otro lado, las revistas *New Statesman* y *The Spectator* se mostraban críticas con la *premier*: la primera por haber gastado tanto capital político en Europa habiendo podido firmar años antes el mismo acuerdo; la segunda por haber accedido a aumentar los recursos comunitarios para dedicarlos a las mismas políticas de siempre —léase a la PAC—. Ver *New Statesman*, 29-6-1984, p. 3 y *The Spectator*, 30-6-1984, p. 5.

de Reino Unido con sus vecinos<sup>254</sup>, contribuyendo a extender por el continente —gracias, en buena medida, al estilo bronco de la Dama de Hierro— una imagen que presentaba a este país como un socio avaro y carente de espíritu comunitario<sup>255</sup>.

Hasta la fecha, la dirigente *tory* había tratado de contrarrestar esta percepción insistiendo en que su firmeza ante la BBQ era una prueba de su europeísmo, al entender que si lograba eliminar el sentimiento de injusticia que reinaba en las Islas sobre el coste de la participación —que se creía excesivo— sus compatriotas se encontrarían más cómodos dentro la familia comunitaria, lo que, en última instancia, permitiría a su Gobierno adoptar una política europea más positiva.

Así pues, ahora que la cuestión presupuestaria parecía resuelta —pese a los escollos que todavía quedaban por el camino y que no se resolverían hasta bien entrado el otoño<sup>256</sup>— el Gobierno *tory* debía mostrar la veracidad de su anterior argumento, lo que pasaba por exhibir una actitud más constructiva hacia los asuntos comunitarios<sup>257</sup>. Tal y como señalaría el diario *The Guardian*, Reino Unido había entrado en un periodo de prueba<sup>258</sup>.

---

<sup>254</sup> Milward recordaba que uno de los objetivos de Londres al entrar en la CEE había sido el de mejorar su balanza de pagos, de modo que no debía sorprender que los primeros años tras la adhesión estuviesen marcados por el esfuerzo continuado de los británicos por modificar el sistema de financiación de la Comunidad. Citado en MILWARD, A.: “El Reino Unido y la Unión Europea”, p. 93 en FORNER, S. y SENANTE, H.: op. cit.

<sup>255</sup> En palabras de Stephen Wall, la negociación presupuestaria dividió a la CEE como nunca antes, deterioró la relación de la *premier* con el resto de líderes y llevó a alguno de ellos a concluir que Reino Unido era un mal europeo. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 17. De ahí que la revista *The Economist* concluyese tras Fontainebleau que la principal fortaleza de Margaret Thatcher a la hora de diseñar la política exterior de Londres era su principal debilidad: ella misma. Ver *The Economist*, 30-6-1984, p. 15.

<sup>256</sup> Hacia finales de año, y después de numerosas y complejas negociaciones, los Diez llegarían a un acuerdo sobre el control del gasto de la Comunidad —incluida la PAC, tal y como quería Londres—. A cambio de ello —y de desbloquearse el reembolso de los británicos correspondiente al año 83— Reino Unido accedía a pagar su parte del sobrecoste del presupuesto comunitario de 1984, ya que hasta el 86 la Comunidad no podría contar con los recursos extra acordados en Fontainebleau para dotarla de mayor potencial financiero. Por otro lado, respecto al cheque británico, cabe señalar que el concepto básico del reembolso ha permanecido intacto desde su concepción hasta la salida del Reino Unido de la UE, aunque se hayan producido cambios en la forma de calcularlo al verse alterados los métodos del Club para aumentar sus ingresos. Citado en KEEP, M.: “The UK’s contribution to the EU Budget”, House of Commons Library, documento de trabajo nº CBP7886, 23 de marzo de 2018, p. 12.

<sup>257</sup> En la reunión del gabinete posterior a la cumbre de Fontainebleau —en la que Thatcher calificaría el acuerdo como muy razonable y el jefe del Foreign Office se referiría al protagonismo de Francia y Alemania, junto a Reino Unido, en la resolución final del conflicto— el equipo de la *premier* hablaría de la buena oportunidad que se presentaba en adelante para hablar sobre el tipo de Comunidad deseado por Londres y no sobre la participación de esta en la misma. Concretamente, había que convencer a la gente tanto en casa como fuera de que el mercado único, no solo en bienes sino también en servicios, ayudaría a crear trabajos. TNA: CAB 128/79/24.

<sup>258</sup> *The Guardian*, 27-6-1984, p. 10.

Consciente de ello —y sin tiempo que perder— la delegación anglosajona aprovecharía el propio Consejo Europeo de Fontainebleau para lanzar la que —de acuerdo con Stephen Wall— sería la declaración sobre política europea más exhaustiva de todas las formuladas desde Londres<sup>259</sup>. Distribuyendo entre sus socios el documento “Europe—The Future”, el Gobierno británico daba a conocer su visión sobre el camino que debía seguir el proyecto europeo<sup>260</sup>.

Básicamente, la idea principal de los británicos era perfeccionar el Mercado Común, de modo que este se convirtiese en un verdadero mercado único, que incluyese tanto bienes como servicios y estuviese libre de todas las barreras no arancelarias que, hasta la fecha, estaban restando dinamismo al comercio interior entre los Estados miembros y, en consecuencia, limitando su potencial como fuente de prosperidad para poder competir con EE. UU. y Japón<sup>261</sup>. Esta aspiración no solo conectaba con el proyecto de liberalización económica que venía implementando el Gobierno de Thatcher en las Islas —ahora con mayor empeño— sino que bebía directamente del libre comercio amparado por el Tratado de Roma; coherencia que permitiría a los anglosajones presentar su propuesta con el conveniente envoltorio *communautaire*.

Pese a ello, Londres tendría problemas desde el principio para hacer valer sus ideas en las discusiones que se irían sucediendo a raíz de Fontainebleau en los dos comités establecidos para estudiar la dirección que debía tomar la Comunidad. Tanto en el Comité Dooge —a cargo de la reforma institucional— como en el Comité Adonnino —al que le correspondía abordar la Europa de los ciudadanos— el acercamiento pragmático y minimalista de los británicos se encontraría en minoría<sup>262</sup>.

---

<sup>259</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 173.

<sup>260</sup> Con una visión desarrollada a lo largo de veintisiete puntos, en las conclusiones se recogía como primer objetivo el fortalecimiento de la democracia y el refuerzo de la estabilidad política en Europa. En segundo lugar aparecía la realización del mercado único, mientras que como último objetivo aparecía aumentar la conciencia de lo que unía a los ciudadanos. HAEU: HW-25.

<sup>261</sup> Además, el documento británico también contemplaba, entre otras, mayor cooperación en la política exterior, medioambiental y tecnológica. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 137. Como diría el *Daily Mail*, había que probar si realmente la CEE era un fracaso, tal y como creían algunos en las Islas. Ello pasaba por aprovechar la oportunidad y, tras Fontainebleau, conseguir que el Mercado Común hiciese honor a su nombre. Ver *Daily Mail*, 27-6-1984, p. 6.

<sup>262</sup> Así pues, a pesar de que Londres parecía haber adoptado un papel más constructivo tras la cumbre de Fontainebleau, su actitud hacia Europa seguiría siendo tan práctica y gradual como siempre. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 487.

Por su mayor significación política, el grupo de trabajo liderado por Dooge recibiría más atención. En él no tardaría en ponerse en evidencia la confrontación de dos posturas bien diferenciadas: una dominante, liderada por la Alemania de Kohl, que —para reforzar el anclaje de su país a Occidente— suscribía la necesidad de perfeccionar el Mercado Común pero apostaba por dar un salto adelante en la integración, aunque para ello hubiese que redactar un nuevo tratado<sup>263</sup>; y otra minoritaria, defendida por Reino Unido, que era más cauta y prefería centrarse en mejorar lo existente. En pocas palabras, todos coincidían en dirigir la vista hacia el futuro pero no existía consenso sobre el alcance de dicha mirada; si los más ambiciosos recurrían a los prismáticos, los más prudentes optaban por la lupa.

Downing Street temía verse arrastrada por el creciente apetito integracionista que se percibía en la Comunidad y que se traducía, entre otras, en la posibilidad de dotar de mayores poderes al Parlamento Europeo o de extender la toma de decisiones por mayoría cualificada; dos propuestas que, al cuestionar la soberanía nacional, tendrían serias dificultades para contar con el beneplácito de Westminster. No obstante, y dado que París se estaba acercando a las tesis germanas, Londres temía quedarse descolgada y que ello facilitase la creación de una Europa a dos velocidades, justo ahora que el repliegue de la cuestión presupuestaria le ofrecía la oportunidad de mejorar su imagen al otro lado del Canal.

Ello explicaría la ofensiva lanzada en octubre por el ministro de Exteriores, Geoffrey Howe, quien trataría de exhibir las credenciales europeístas de los suyos y, al mismo tiempo, orientar el debate comunitario hacia el terreno que les interesaba, esperando borrar la impresión de que, en las discusiones sobre el futuro de la Comunidad, Reino Unido se estaba limitando a nadar a contracorriente. Si a mediados de mes Howe expresaba en Bonn el compromiso profundo e irreversible de su país con la unidad europea<sup>264</sup>, diez días después mostraba la disposición del Foreign Office a reforzar la cooperación política con sus socios comunitarios en el ámbito de la política exterior. De

---

<sup>263</sup> Pese a sus diferencias sobre el futuro de Europa —que París contemplaba con menores expectativas, al ser más reacia a avanzar por la senda de la unión política— el Elíseo se situaría cerca de Bonn. Esta alianza quedaría reflejada en septiembre del 84, cuando Kohl y Mitterrand se daban la mano en Verdún como símbolo de una nueva proyección de sus relaciones hacia una mayor cooperación comunitaria.

<sup>264</sup> Con estas palabras, Howe respondía al discurso pronunciado por Kohl unos meses antes en Oxford, en el que había pedido a sus socios que mostrasen el mismo compromiso que él, como canciller de la RFA, podía asegurarles. Ver *The Times*, 18-10-1984, p. 1.

esta manera, los británicos trataban de demostrar que —al igual que sucedía con su idea de completar el Mercado Común— no hacía falta recurrir a la reforma de los tratados para conseguir avances significativos en la CEE<sup>265</sup>.

Con este pulso se llegaría a la última cumbre del año. A principios de diciembre, en el Consejo Europeo de Dublín —celebrado bajo estrictas medidas de seguridad, por el reciente intento de asesinato de Margaret Thatcher, perpetrado por el IRA<sup>266</sup>— los Diez se limitaban a dar acuse de recibo de los informes provisionales presentados por el equipo de Dooge y Adonnino, a quienes instaba a concluir su trabajo antes de la próxima cumbre, que tendría lugar durante el próximo mes de marzo en Bruselas<sup>267</sup>. Reservándose cualquier valoración sobre ambos documentos, los líderes comunitarios dejaban en evidencia que seguían siendo incapaces de consensuar el diseño que debía tener el porvenir de la construcción europea. Eso sí, con el año 84 a punto de consumirse, el boceto más ambicioso era el que parecía llevar ventaja<sup>268</sup>.

En medio de esta encrucijada, una nueva Comisión se instalaba en el Berlaymont con la entrada en el nuevo año. El 6 de enero de 1985, Jacques Delors se hacía con el mando del Ejecutivo comunitario gracias al acuerdo franco-alemán del pasado verano y a la venia de los británicos, que valoraban la reputación internacional que se había ganado el político parisino —considerado como la cara aceptable del socialismo francés<sup>269</sup>— tras guiar a la Francia de Mitterrand hacia la senda del rigor presupuestario<sup>270</sup>. A cambio, Londres se aseguraba el nombramiento de Lord Cockfield como vicepresidente y comisario de

---

<sup>265</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 296.

<sup>266</sup> El 12 de octubre el IRA atentaba en el hotel de Brighton donde se alojaba la *premier* durante la conferencia anual del Partido Conservador. El ataque se cobraría cinco vidas.

<sup>267</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20660/1984\\_december\\_-\\_dublin\\_\\_eng\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20660/1984_december_-_dublin__eng_.pdf) (26-6-2021, 13:35).

<sup>268</sup> Valga como ejemplo el hecho de que el informe provisional del Comité Dooge contemplase dar pasos audaces de carácter supranacional. Ver *La Vanguardia*, 5-12-1984, p. 35. O, por otro lado, que el presidente saliente de la Comisión, Gaston Thorn, dijese en su discurso de despedida que una Comunidad de diez o doce miembros no se podía gestionar por consenso. Ver *The Times*, 13-12-1984, p. 6. Todo esto no sería óbice para que, en la jornada del 10 de diciembre, Howe pusiese en valor en la cena anual de la prensa berlinesa el proyecto de integración europea: un modelo que, a diferencia del concierto europeo que había imperado durante buena parte del siglo XIX y principios del XX, era constructivo —no defensivo— estaba relacionado con la fuerza colectiva —no con el poder individual— y buscaba el interés de todos sus miembros —y no de uno de ellos—. HAEU: HW-25.

<sup>269</sup> *The Times*, 2-1-1985, p. 4.

<sup>270</sup> Jacques Delors abandonaba su cargo como ministro de Economía y Finanzas en julio del 84, después de que trascendiese su candidatura a presidir la Comisión Europea. En su discurso inaugural como presidente del Ejecutivo, Delors mostraba su sensibilidad por el momento histórico que atravesaba el proyecto europeo. En su opinión, lo que estaba en juego era la supervivencia o el declive. Ver *La Vanguardia*, 8-1-1985, p. 3.

Mercado Interior, una posición clave para poder hacer realidad el mercado único ansiado por el Gobierno de Thatcher<sup>271</sup>.

Al otro lado del Canal, Downing Street daba la bienvenida a 1985 con la satisfacción de presenciar el agotamiento de la huelga minera, declarada un año antes por el líder sindicalista Arthur Scargill y que había abierto un enfrentamiento encarnizado entre el Gobierno y los sindicatos, dejando imágenes de violencia inéditas en las Islas en lo que iba de siglo<sup>272</sup>. Con el fin de la huelga —confirmada a principios de marzo— *Maggie* lograba triunfar allí donde sus predecesores habían fracasado, en un momento en el que Reino Unido avanzaba de forma decidida hacia la desindustrialización, un fenómeno que estaba contribuyendo a mermar el poder sindical y a dejar sin su *raison d'être* a las regiones industriales del país<sup>273</sup>.

No obstante, ahora que se alcanzaba el ecuador de la década, la renovada fortaleza de la economía doméstica estaba volviendo obsoleta la imagen que mostraba a Reino Unido como el enfermo de Europa<sup>274</sup>. Por primera vez desde su adhesión, Londres tenía la posibilidad de erigirse en un modelo económico para sus socios<sup>275</sup>.

Haciendo valer esta oportunidad, el Gobierno de Thatcher celebraría que a finales de marzo, en el Consejo Europeo de Bruselas —el mismo que dejaría resuelta la entrada de España y Portugal a la CEE<sup>276</sup>— saliese adelante su receta para la reactivación europea: los Diez marcaban el año 92 como fecha tope para hacer efectivo el mercado único —un

---

<sup>271</sup> Cockfield llegaba como un exitoso hombre de negocios y antiguo miembro del gabinete de Thatcher. En retrospectiva, Michael Pallister, representante permanente de Reino Unido en la Comunidad entre los años 73-75, consideraba que Cockfield representaba la génesis del Acta Única en lo que a Reino Unido se refería; sin él esta no hubiese salido adelante a mitad de los ochenta. HAEU: MID-2.

<sup>272</sup> Valga como ejemplo el choque que se produjo entre los huelguistas y las fuerzas policiales en Orgreave el 18 de junio de 1984. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 283. En un principio, Scargill había convocado la huelga en señal de protesta contra el cierre de minas y por un aumento del sueldo base.

<sup>273</sup> Margaret Thatcher identificaría a los sindicatos como “the enemy within”. Citado en MCSMITH, A.: op. cit., p. 163. Dennis Kavanagh ha señalado que el estilo del liderazgo de la Dama de Hierro funcionaba mejor en una situación de crisis, ya que identificaba un objetivo impopular y, dada su determinación en contra del mismo, la opinión pública tendía a movilizarse hacia su causa. Citado en KAVANAGH, D.: op. cit., p. 278.

<sup>274</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 489.

<sup>275</sup> A la altura de 1985, Reino Unido ya había implementado muchas de las reformas que luego serían propuestas por la Comisión para hacer realidad el mercado único, incluyendo la liberalización de capitales, la desregulación de servicios o la simplificación de los procedimientos aduaneros. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 319.

<sup>276</sup> El 12 de junio, España y Portugal firmaban la entrada en la CEE con un doble acto celebrado en Madrid y en Lisboa. Como diría Tony Judt, “parecía que la geografía había triunfado sobre la historia”. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 759.

objetivo que contaba con el firme compromiso de Jacques Delors— y encargaban a Lord Cockfield un Libro Blanco que detallase el programa de acción que debía llevar a su realización; un tarea en absoluto sencilla, habida cuenta de que comprendía cientos de medidas para acabar con los controles de aduanas, capitales y divisas<sup>277</sup>.

Menor sería la influencia de los británicos en el debate sobre la reforma institucional, ya que el informe definitivo del Comité Dooge —comentado por los líderes comunitarios por vez primera en esta reunión— pondría de manifiesto que, efectivamente, la mayoría de los Estados miembros se decantaba por convertir en norma general la toma de decisiones por mayoría cualificada<sup>278</sup>; una idea que generaba controversia en Reino Unido, al que tanto Dinamarca como Grecia acompañaban en su oposición. No obstante, no había nada decidido: en adelante se abría una fase de discusión entre los Diez con la vista puesta en la cumbre de Milán —que tendría lugar los días 28 y 29 de junio— donde se esperaba que se alcanzasen conclusiones finales<sup>279</sup>.

Durante estos tres meses, Londres trataría de situar sus ideas sobre el futuro de la Comunidad en una posición adelantada en la carrera hacia Milán. Desde una óptica constructiva, el Gobierno de Thatcher quería asegurar el cumplimiento de los compromisos sobre el mercado único, así como formalizar el refuerzo de la cooperación en los asuntos de política exterior. Por otro lado, y asumiendo un rol más obstruccionista, el gabinete *tory* aspiraba a preservar la unanimidad en la medida de lo posible y a evitar la cesión de competencias significativas al Parlamento Europeo, de tal forma que se evadiese la reforma de los tratados —principal línea roja para el Gobierno británico—.

Sin embargo, aunque se llegaría a Milán sin nada resuelto, la delegación británica se encontraría en fuera de juego antes incluso de que comenzase la reunión en la ciudad lombarda. En una maniobra controvertida, Kohl y Mitterrand circulaban horas antes de

---

<sup>277</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 139. Este Libro Blanco —que llevará por título “Completing the Internal Market”— sería presentado a finales de junio en el Consejo Europeo de Milán. En relación con este último, cabe hacer referencia a un informe elaborado por Paolo Cecchini —respaldado por el propio Cockfield— en el que se analizan las implicaciones de la fragmentación de los doce mercados, así como lo que supondría la realización del mercado común. Una de las conclusiones de este estudio sería que la construcción europea no era una panacea pero fuera de ella no había ninguna salida realista. Citado en CECCHINI, P.: *Europa 1992: una apuesta de futuro*, Madrid, Alianza, 1988, p. 18.

<sup>278</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 301. Para consultar este informe: [http://aei.pitt.edu/997/1/Dooge\\_final\\_report.pdf](http://aei.pitt.edu/997/1/Dooge_final_report.pdf) (29-6-2021, 8:04).

<sup>279</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: [https://www.consilium.europa.eu/media/20653/1985\\_march\\_-\\_brussels\\_\\_eng\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20653/1985_march_-_brussels__eng_.pdf) (28-6-2021, 12:57).

la cumbre un documento conjunto que, pese a su similitud con un texto compartido previamente por los británicos sobre cooperación política, era presentado como un producto exclusivamente franco-alemán. Para mayor confusión, la propuesta iba encabezada por un título grandilocuente que no se correspondía con el verdadero alcance de su contenido<sup>280</sup>. Aunque esta iniciativa sería reprobada en los pasillos comunitarios, su mero lanzamiento probaba que, una vez más, Bonn se decantaba por París como socio preferente en detrimento de Londres, que parecía quedar en un segundo plano<sup>281</sup>.

No obstante, el gesto que realmente molestaría al Gobierno anglosajón llegaría de la mano del primer ministro italiano, Bettino Craxi. En su calidad de presidente del Consejo, el político milanés rompía la práctica habitual de la toma de decisiones por consenso y, ante la incapacidad para lograr la aprobación unánime de la reforma de los tratados —que contaba con el apoyo de todos salvo Atenas, Copenhague y Londres— decidía recurrir al voto mayoritario para sacar adelante la convocatoria de una Conferencia Intergubernamental (CIG). En palabras del portavoz de Margaret Thatcher, Bernard Ingham, la escala Richter se quedaba pequeña para medir la furia de la *premier* tras el desenlace final del Consejo Europeo<sup>282</sup>.

Así pues, Londres conseguía que la Comunidad avanzase decidida hacia el mercado único pero se veía arrastrada a participar en el debate sobre la reforma del Tratado de Roma; un escenario que querría haber evitado. En cierta manera, la sombra de Messina volvía a las Islas, ya que —al igual que en el año 55— los británicos eran invitados a tomar parte en una negociación en la que, *a priori*, no estaban interesados. Sin embargo, Reino Unido era ahora un Estado miembro, de modo que no podía ausentarse de las conversaciones si no quería ver comprometida su posición en la Comunidad<sup>283</sup>.

---

<sup>280</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 84.

<sup>281</sup> Para algunos observadores de la época, el objetivo de este movimiento franco-germano sería mostrar cierta unidad tras varios desencuentros recientes entre ambos países, evitando al mismo tiempo que Londres volviese a marcar el ritmo de los acontecimientos tras la obtención del cheque en Fontainebleau.

<sup>282</sup> *The Times*, 1-7-1985, p. 1. Stephen Wall señala que se estaba empezando a abrir una brecha entre el 10 de Downing Street y el Foreign Office, dadas las reservas de este último acerca de las tácticas empleadas por la *premier* —como exponer el aislamiento de Londres en Milán en vez de aceptar la CIG al saber que, hiciese lo que hiciese, esta saldría adelante— y, más profundamente, sobre si tanto su percepción de los socios europeos como su juicio sobre los intereses de Reino Unido en Europa eran acertados. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 59. *Maggie*, por su parte, a propósito de la disposición de Howe a ceder, lamentaba en sus memorias que cuanto más avanzaba la Comunidad hacia una mayor centralización, más influyente se volvía el Foreign Office en Whitehall. Citado en THATCHER, M.: op. cit., pp. 550-51.

<sup>283</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 140.

Ello explica que, después de la cita en Milán, la Dama de Hierro no tardase en relajar sus palabras hacia la CEE<sup>284</sup> y que, a finales de julio, Geoffrey Howe aceptase en Bruselas el establecimiento de la CIG<sup>285</sup>, que tendría lugar durante el otoño —alternándose el trabajo ordinario de los funcionarios con reuniones periódicas de los ministros de Exteriores— y que debería concluir a principios de diciembre en la cumbre de los jefes de Estado y de Gobierno en Luxemburgo; justo antes de que comenzase a andar la Europa de los Doce.

Desde un principio, el objetivo del Foreign Office ante la CIG no sería otro que obtener un resultado con el que su país pudiese vivir —léase un paquete final modesto—. Además, pese a que la unanimidad era requerida para aprobar cualquier enmienda —toda una garantía para Londres, que lo veía como su mejor arma— la delegación anglosajona debía evitar que una escalada de tensión en la mesa de negociaciones pudiese romper las relaciones con sus socios<sup>286</sup>.

Con ese fin, Londres decidiría mantener un perfil bajo, habida cuenta de que su posición era sobradamente conocida<sup>287</sup>. Básicamente, los británicos seguían defendiendo la creación de un mercado interior genuino para el año 92 —aunque, a raíz del Libro Blanco presentado por Lord Cockfield en Milán, se planteaban la extensión de la toma de decisiones por mayoría cualificada allí donde fuera necesario para no entorpecer la realización del mercado único— una mayor cooperación en el ámbito de la política exterior y que, de reforzarse el papel del Parlamento Europeo, el Consejo siguiese teniendo la última palabra<sup>288</sup>.

---

<sup>284</sup> La *premier* llegaría a decir en los Comunes que no había tanta diferencia entre los Estados miembros como podría parecer tras lo ocurrido en Milán. Ver *The Times*, 3-7-1985, p. 2.

<sup>285</sup> *The Times*, 23-7-1985, p. 7.

<sup>286</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 313.

<sup>287</sup> Para Jim Buller, tras lo acontecido en la cumbre de Milán, Reino Unido pasó de un acercamiento cooperativo a otro más reactivo; una actitud que le acabaría otorgando cierto éxito final. Citado en BULLER, J.: *National Statecraft and European Integration. The Conservative Government and the European Union, 1979-1997*, Londres, Pinter, 2000, p. 103. Moravcsik, por su parte, indicaba que durante estas negociaciones *Maggie* confesaría a uno de sus asesores más cercanos en asuntos comunitarios que, de no haber sido por su condición de *premier*, habría adoptado una posición más marcadamente antieuropea, pero estaba limitada por la visión de sus compañeros de filas en Westminster y del mundo de los negocios. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 325.

<sup>288</sup> Otras posiciones de los británicos eran resistir la enmienda a los tratados en materia monetaria y evitar el voto por mayoría cualificada para las cuestiones impositivas.

Empujado por el talante conciliador de la presidencia luxemburguesa, el viento otoñal soplaría a favor de los intereses anglosajones, al imponerse en las discusiones el pragmatismo sobre la ambición de los más europeístas. Esta tendencia acabaría siendo confirmada a principios de diciembre, en la cumbre que —poco antes de cumplirse tres meses del arranque de la conferencia— debía poner punto y final a la primera revisión sustancial del Tratado de Roma.

Reunidos en Luxemburgo los días 2 y 3 de diciembre, los líderes europeos alcanzaban un acuerdo que, por su carácter limitado, sería considerado en las Islas como un compromiso sensato, dado que —tal y como destacaría el diario *The Times* tras la cumbre— el mayor avance se producía, precisamente, en el área que Reino Unido más deseaba: en adelante, los Diez acordaban que, para que nadie pudiese obstaculizar la creación de un mercado interior sin fronteras —que debía ser una realidad antes de concluir el año 92, garantizando la libertad de movimiento de bienes, servicios, capitales y personas— el Consejo tomaría las decisiones por mayoría cualificada<sup>289</sup>.

Aparentemente, el Gobierno británico había logrado asegurar sus principales objetivos sin haber hecho grandes concesiones<sup>290</sup>. La propia Margaret Thatcher valoraría el resultado de Luxemburgo como un compromiso razonable<sup>291</sup> y apenas tendría problemas para ratificar el acuerdo en Westminster<sup>292</sup>.

No obstante, la llamada Acta Única Europea (AUE) acabaría causando controversia al otro lado del Canal en los años venideros: no solo por las discrepancias que surgirían a la

---

<sup>289</sup> *The Times*, 6-12-1985, p. 17.

<sup>290</sup> WALL, S.: op. cit., 2019, p. 327. Se lograba, entre otras, mayor cooperación en política exterior y que el Consejo de Ministros siguiese teniendo la última palabra pese a que la opinión del Parlamento Europeo tuviese en adelante más valor si obtenía mayoría absoluta. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: [https://www.consilium.europa.eu/media/20429/1985\\_diciembre\\_-\\_luxemburgo\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20429/1985_diciembre_-_luxemburgo__es_.pdf) (29-6-2021, 13:38).

<sup>291</sup> *Hansard*, 5-12-1985. Disponible en:

<https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1985/dec/05/european-council-luxembourg> (29-6-2021, 16:28). En la primera reunión del gabinete tras la celebración de esta cumbre, el ministro de Exteriores —que haría hincapié ante sus compañeros en que el acuerdo incluía cambios que eran deseables para completar el mercado único— hablaría de un cierre de la CIG muy satisfactorio, asegurando que su país había conseguido sus principales objetivos. Además, en este encuentro se destacaría que, a pesar de la retórica del Consejo Europeo de Milán, la mayoría de los Estados miembros habían acabado reconociendo la realidad y, por tanto, mostrándose favorables a un paquete modesto. TNA: CAB 128/81/35.

<sup>292</sup> A pesar del rechazo del *Labour* y de algunos rebeldes *tories*. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 73. Como recuerda Moravcsik, los análisis de Whitehall calificaron el resultado de Luxemburgo como un éxito en todos los puntos que eran de especial importancia para Londres, mientras que la *premier* aclamó el acuerdo como claro y decisivo. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 368.

hora de interpretar determinadas salvaguardas incluidas a instancias de los británicos — como la referida a la libre circulación de personas<sup>293</sup> o a la política social<sup>294</sup>, que generaban especial inquietud en Londres<sup>295</sup>— sino porque la Comisión Delors —con el beneplácito de algunos Estados miembros— acabaría aprovechando la inclusión de la cooperación económica y monetaria en el tratado —una vieja aspiración que Downing Street accedía a incorporar ahora en el texto fundacional con cierta ingenuidad— para llevar a cabo su idea de avanzar en esta área si se quería conformar un auténtico mercado único capaz de competir con economías como la estadounidense o la japonesa<sup>296</sup>.

Es decir, si para la Dama de Hierro el Acta Única representaba el apogeo del proyecto europeo —al consagrar el thatcherismo a escala comunitaria— para otros, como el jefe del Berlaymont, sería una vía hacia una meta más elevada<sup>297</sup>.

Así pues, aunque Luxemburgo lograría poner un poco de dulce al mal sabor de boca que había dejado en las Islas la cumbre de Milán, la aparente victoria del planteamiento minimalista en el proceso de enmienda del Tratado de Roma se convertiría, con el tiempo, en una referencia fundamental para quienes, en diciembre del 85, creían que la reforma se había quedado corta<sup>298</sup>. Paradójicamente —y aunque todavía no fuese evidente en esta época— en vez de erigirse como el principal freno a la profundización de la unidad europea, Thatcher acabaría siendo una de sus mayores artífices<sup>299</sup>.

---

<sup>293</sup> Por medio del artículo 8A, Reino Unido creía protegido su derecho a controlar la inmigración de países terceros pero el Tribunal de Justicia comunitario dictaminaría a favor de quienes veían la CEE como una zona libre de fronteras para cualquiera que, procedente de terceros países, cumpliera con los requisitos de entrada al poner pie en suelo comunitario. Cabe recordar que justo este año, a mediados de junio, los países del Benelux junto a Francia y la RFA firmaban el acuerdo de Schengen, por el cual convenían, entre otras, la eliminación progresiva de los controles en sus fronteras interiores.

<sup>294</sup> Recogida en el artículo 21. De reconocerse la cooperación estrecha se pasaba ahora a otorgar ciertos poderes a la Comisión para proponer legislación. De ahí vendrá la directiva sobre el tiempo de trabajo, que más tarde traería problemas tanto a John Major como a Tony Blair.

<sup>295</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, pp. 180-81.

<sup>296</sup> Tal y como diría Andrew Geddes, para el Gobierno británico el mercado único era un fin en sí mismo y no un medio para lograr un fin. Citado en GEDDES, A.: op. cit., p. 137.

<sup>297</sup> Margaret Thatcher creía, por aquel entonces, que la Comunidad se había vuelto a poner en marcha al concentrarse en su rol como gran mercado. Sin embargo, el problema fue —de acuerdo con la *premier*— que los nuevos poderes otorgados a la CEE no harían sino acrecentar su apetito. Esto último sería lo que llevaría a *Maggie* a reconocer que había errado en su interpretación sobre las consecuencias del AUE pero, aún así, considera que se hizo lo correcto al firmar la revisión del Tratado de Roma. Citado en THATCHER, M.: op. cit., pp. 556-57.

<sup>298</sup> Como diría Derek Urwin, el Acta Única no era un documento revolucionario, en tanto en cuanto recogía el Mercado Común establecido en Roma. No obstante, sus propuestas sobre el cambio institucional sí tenían potencial revolucionario. Citado en URWIN, D.: op. cit., pp. 230-31.

<sup>299</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 332. En diciembre del 85 nadie en el Gobierno en Londres esperaba que el proyecto de la moneda única cogería tanta velocidad como acabaría haciendo ni que, en el año 91 en

A la caída del año 1985, la celebración del día de Europa —que había tenido lugar, por vez primera, el pasado 9 de mayo— parecía cobrar mayor significado. No era para menos. El AUE —acompañada de su producto estrella: el mercado único— llegaba como un regalo navideño anticipado para tratar de paliar la euroesclerosis que venía agarrotando a la Comunidad desde principios de los setenta. Una apuesta firme por el libre mercado justo cuando, desde la pasada primavera, la URSS de Gorbachov avanzaba a golpe de *perestroika* hacia la apertura de su economía<sup>300</sup>, generando un viento de cambio que, como diría Ian Kershaw, pronto se convertiría en huracán<sup>301</sup>. Ciertamente, el telón de acero se volvía más endeble en una época en la que el capitalismo parecía gozar de buena salud a lo largo y ancho del continente europeo.

Con la entrada en 1986 nacía la Europa de los Doce, haciendo oficial la tercera ampliación de la Comunidad, que veía reforzado su componente mediterráneo con la entrada de España y Portugal, recientemente incorporados al mundo de las democracias. No obstante, su acogida coincidiría con un inicio de año inesperadamente convulso en la familia comunitaria.

En las Islas, un escándalo sobre la venta de la compañía de helicópteros Westland —que escondía un pulso entre Thatcher y su ministro de Defensa, el europeísta Michael Heseltine, partidario de vender la empresa a un consorcio europeo y no al licitador americano, como quería la *premier*— pondría en apuros al Gobierno *tory*, llevándose por delante a dos miembros de su gabinete —entre ellos, el propio Heseltine<sup>302</sup>— y dejando tocada a la Dama de Hierro, tras verse salpicada por una controvertida filtración. Mientras tanto, al otro lado del mar del Norte, la oposición del Parlamento danés al paquete

---

Maastricht, su país tuviese que hacer frente a una elección existencial. Citado en WALL, S.: op. cit., 2019, p. 330.

<sup>300</sup> A la muerte de Brezhnev en el 82 le habían seguido dos líderes enfermos y mayores: Andropov y Chernenko. Todos coincidían en la necesidad de otro tipo de liderazgo y, en marzo del 85, Gorbachov se convertía en el nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. En el mes de noviembre, Reagan y Gorbachov se reunirían en Ginebra, donde se retomarían las conversaciones bilaterales sobre armas, interrumpidas desde el año 83.

<sup>301</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 353. Más todavía al complementar la *perestroika* con la *glásnost*, una política de apertura institucional —que tendría más sentido, si cabe, tras el desastre de Chernóbil en abril del 86— que generaría reticencias en la clase gobernante de los países satélites al sentir cuestionada su autoridad.

<sup>302</sup> La otra víctima política sería Leon Brittan, ministro de Comercio e Industria, que con su dimisión asumía la responsabilidad de que se hubiese filtrado una carta confidencial en la que Heseltine salía perjudicado a propósito de la venta de Westland.

acordado en Luxemburgo dejaba en el aire la firma a doce del AUE, ya que el primer ministro, Poul Schlüter, optaba por poner en manos de sus compatriotas la suerte de la reforma, al convocar un referéndum para finales de febrero.

Antes de conocerse el resultado, la mayoría de Estados miembros decidiría seguir adelante con el proceso: el *impasse* en tierras nórdicas no podía pausar el futuro de la Comunidad. Así, el 17 de febrero nueve países rubricaban el AUE en Luxemburgo, en una ceremonia deslucida por la ausencia de Dinamarca —además de Grecia e Italia, que preferían conocer el desenlace de la consulta antes de suscribir el borrador del Acta—<sup>303</sup>.

Habría que esperar al último día del mes para que, a las pocas horas de confirmarse el *ja* mayoritario de los daneses, el AUE contase con la firma de los Doce —esta vez tras un acto exprés en La Haya—. En adelante, la pelota estaría en el tejado de los parlamentos nacionales, a quienes correspondía ratificar la primera gran reforma del Tratado de Roma; un proceso que se iría completando con éxito a lo largo del año en todos los Estados miembros salvo en Irlanda, donde un recurso de inconstitucionalidad —seguido por una consulta popular— obligaría a retrasar medio año la entrada en vigor del Acta Única, efectiva desde el 1 de julio del 87.

La relativa sencillez con la que, en la primavera del 86, el Gobierno británico lograría superar el trámite parlamentario del AUE —a pesar de las voces que alertaban del peligro que suponía el sacrificio del derecho de veto<sup>304</sup>— parecía mostrar que, trece años después de su adhesión, Reino Unido empezaba a sentirse cómodo con su participación en el proyecto europeo. Ciertamente, el reembolso conseguido en Fontainebleau, la apuesta conjunta por el mercado único o la reciente ampliación ibérica habían contribuido a normalizar la presencia de Londres en la familia comunitaria, en la que ya se hacía sentir su impronta. Como diría la *premier* a finales de año, ahora ya no se hablaba en las Islas

---

<sup>303</sup> El Gobierno heleno explicaba su ausencia por su deseo de no presionar a la ciudadanía danesa —que tendría que emitir su opinión en las urnas diez días después— mientras que los italianos querían expresar su crítica a que el paquete alcanzado en Luxemburgo no hubiese sido más ambicioso. Ver *The Guardian*, 18-2-1986, p. 6.

<sup>304</sup> Tratando de acallarlas, Geoffrey Howe describiría esta crítica en los Comunes como “espantosas fantasías constitucionales” que podían servir para aterrorizar a los niños pero no a él. Ver *The Guardian*, 24-4-1986, p. 25.

de si debían pertenecer o no a la Comunidad, sino de cómo podían mejorar su funcionamiento<sup>305</sup>.

Esta situación se veía favorecida por el hecho de que las aguas estuviesen más calmadas en la propia Comunidad que, impulsada por el espíritu de Luxemburgo, caminaba con otro ánimo —a pesar de los problemas socio-económicos que seguía arrastrando—. El izado de la bandera europea ante el Berlaymont en el mes de mayo, arrojando por vez primera al resto de enseñas nacionales, sería todo un símbolo de este nuevo contexto. Ello explica que el primer Consejo Europeo del año, celebrado en La Haya a finales de junio —a los pocos días de producirse la mano de Dios de Maradona en el Mundial de México— fuese valorado por algunos comentaristas como un encuentro tranquilo; o, si se prefiere, una cumbre de transición, tal y como reconocería el presidente del Gobierno español, el socialista Felipe González<sup>306</sup>.

La segunda parte del año, en la que Reino Unido asumiría por tercera vez el asiento presidencial del Consejo de la CEE, seguiría la misma tónica<sup>307</sup>. El Gobierno de Thatcher trataría de adoptar un perfil bajo, rehuyendo de aquellos temas que pudiesen causar controversia entre los socios comunitarios y diesen lugar a titulares de prensa histriónicos. Con ese fin, los británicos decidirían centrar el mensaje de su presidencia, sobre todo, en un objetivo que pocos podrían cuestionar —aunque los más pobres empezasen a poner el acento en complementarlo con la cohesión, contemplada en el AUE—: la necesidad de intensificar la demolición de las barreras al comercio interior, de tal manera que el mercado único fuese una realidad en 1992<sup>308</sup>.

---

<sup>305</sup> Estas palabras serían pronunciadas por Thatcher en el mes de diciembre ante el Parlamento Europeo. Para consultar su intervención: <https://www.margaretthatcher.org/document/106534> (1-7-2012, 10:29).

<sup>306</sup> *La Vanguardia*, 28-6-1986, p. 4. La reunión estaría mediatizada por los disturbios que estaba generando la segregación racial en Sudáfrica, que llevaría a los líderes europeos a debatir las posibles sanciones contra el Gobierno de Pretoria.

<sup>307</sup> Para un análisis más detallado sobre la tercera presidencia británica del Consejo: WALLACE, H.: “The British Presidency of the European Community’s Council of Ministers: The Opportunity to Persuade” en *International Affairs*, nº 4, vol. 62, 1986, pp. 583–599.

<sup>308</sup> Negocios y empleo, terrorismo, drogas o salud serían otros de los temas que establecería la presidencia británica como prioritarios. A propósito de este semestre, Hellen Wallace escribía “The British presidency of the European Community’s Council of Ministers”. En esta pieza, la autora concluía que aunque el Gobierno británico se encontraba ahora más cómodo en la mesa comunitaria, todavía tenía que demostrar su capacidad para ser efectivo desde el asiento presidencial a la hora de acercar a la Comunidad hacia posiciones comunes. HAEU: HW-25.

Así pues, durante el segundo semestre del 86, la Dama de Hierro y los suyos se mostrarían especialmente activos en su campaña para tratar de convencer a los continentales de que el crecimiento económico pasaba por instalar en los Doce una cultura empresarial<sup>309</sup>. Este mismo otoño, el gabinete *tory* volvería a demostrar que predicaba con el ejemplo: el 27 de octubre —en una fecha que se conocería como la jornada del *big bang*— la desregulación llegaba a la Bolsa de Londres y nacía la actual City. Indudablemente, estaba emergiendo una nueva economía en el país que había hecho de su industria —ahora en evidente retroceso— su principal fuente de grandeza<sup>310</sup>.

La cumbre celebrada en Londres a principios de diciembre —el evento más destacado del semestre— sería un fiel reflejo del modo en que la presidencia británica había enfocado desde el principio su tarea al frente del Consejo. La agenda de la reunión —encabezada, entre otros asuntos, por el mercado único— dejaría en un segundo plano cuestiones que, pese a la necesidad de ser atajadas, estaban condenadas a causar división entre los Doce, como la reforma agrícola, el problema de la financiación comunitaria o los temas referidos a la política exterior. Como se diría en el diario *The Guardian*, los defectos de la Comunidad habían sido educadamente ignorados en la ciudad del Támesis<sup>311</sup>.

Este acercamiento —no exento de críticas— explicaría que la monotonía fuese la nota dominante del segundo y último Consejo Europeo del año, en el que los Doce confirmarían la renovación de *monsieur* Delors por dos años más; justo ahora que empezaba a ser evidente el enfriamiento de la relación entre el jefe del Ejecutivo comunitario y la Dama de Hierro<sup>312</sup>.

---

<sup>309</sup> De ahí que John Gillingham rescatase una cita de Dani Rodrik en la que este último se refería a *Maggie* como la única empresaria política de su generación. Citado en GILLINGHAM, J.: *The EU: An Obituary*, Londres, Verso, 2016, p. 77. Como recogería el diario *The German Tribune* en su portada del 17 de agosto, por esta época los británicos eran vistos como tan buenos europeos como los franceses o los alemanes. Para muchos, el pensamiento económico de libre comercio del Partido Conservador suponía un rayo de esperanza, ya que el proverbial pragmatismo de los británicos podría ayudar a resolver muchos de los problemas más graves de la Comunidad. HAEU: HW-25.

<sup>310</sup> Como diría Marr, tras el famoso *big bang* la clase de súper ricos del mundo de los negocios no dejaría de aumentar en la capital británica. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 381. Se acababan las comisiones fijas, las restricciones a la capacidad comercial y el comercio cara a cara. En definitiva, la Bolsa de Londres se volvía más libre e internacional.

<sup>311</sup> *The Guardian*, 4-12-1986, p. 6. Cabe señalar que la celebración de elecciones legislativas en la RFA en enero del 87 —los últimos comicios antes de la reunificación— sería otro factor importante a la hora de explicar la especial prudencia mostrada por los Doce en esta reunión.

<sup>312</sup> En la rueda de prensa posterior a la cumbre, el periodista Alan Osborne lanzaría una pregunta a la *premier* —acompañada por Jacques Delors— tras exponer el sentimiento de que en la reunión se habían evitado algunos de los temas más importantes que debía afrontar la CEE. La reacción de ambos mandatarios dejaría en evidencia las dificultades que atravesaba su relación. Para consultar sus palabras:

En un principio, el 1 de enero de 1987 estaba marcado en el calendario de la CEE como un día de júbilo; una preparación ideal para festejar, ya en el mes de marzo, el treinta aniversario de los Tratados de Roma. Sin embargo, la fecha en la que, *a priori*, se debía celebrar la entrada en vigor del AUE tendría que ser pospuesta para el verano, una vez que los irlandeses —con su apoyo mayoritario al acuerdo cerrado en diciembre del 85 en Luxemburgo— decidían subirse al carro en el que le esperaban impacientes el resto de socios; y es que, sin la requerida unanimidad, la reforma no hubiese podido echar a andar<sup>313</sup>.

Mientras tanto, la Comisión Delors —al mismo tiempo que peleaba por eludir un enfrentamiento comercial con EE. UU.— trataba de encontrar, desde el inicio del año, la fórmula que lograra espantar el fantasma de la insolvencia, presente una vez más en el seno de la Comunidad por el creciente gasto agrícola —cuestión, esta última, que el AUE había pasado por alto—. Dado que se había alcanzado el nuevo techo establecido en Fontainebleau en el año 84 —cuando se decidía aumentar el IVA atribuible a la CEE del 1 al 1,4%— el riesgo de quiebra amenazaba con arruinar los planes de futuro de la Europa de los Doce.

No obstante, el sonido creciente de los tambores que anunciaban guerra electoral en Reino Unido hacía recomendable postergar la elevación del debate al máximo nivel hasta que se aclarara la situación política en las Islas, dado que el incremento de los fondos comunitarios defendido por Delors —una idea que causaba especial controversia en suelo británico— podría hacer resurgir viejas disputas y acarrear consecuencias imprevisibles, máxime cuando la cita con las urnas al otro lado del Canal parecía estar a la vuelta de la esquina.

---

<https://www.margarethatcher.org/document/106530> (2-7-2021, 8:40). La Dama de Hierro escribiría en sus memorias que, aunque por aquel entonces no era consciente de ello —habría que esperar a sus últimos días en Downing Street— sería durante su segunda legislatura como *premier* cuando la Comunidad cambiaría su dirección de forma sutil pero decidida: de ser un club de Estados soberanos que cooperaban libremente, abierto al libre comercio y con escasas regulaciones pasaría a ser una organización entregada al estatismo y al centralismo. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 536.

<sup>313</sup> En abril —se conocía la decisión del Tribunal Supremo irlandés de declarar inconstitucional el Acta Única, al entender que podría poner en peligro la neutralidad del país por las disposiciones que incluía en materia de política exterior —recogidas en el título tercero—. Tras conocerse este fallo, el Gobierno de Dublín optaría por la vía del referéndum para aprobar el AUE, tal y como acabaría sucediendo tras conocerse el veredicto del pueblo irlandés en la consulta del 26 de mayo.

De acuerdo con lo previsto, Margaret Thatcher anunciaba en la segunda semana de mayo la convocatoria de elecciones anticipadas para el 11 de junio. Con las predicciones económicas todavía mostrando signos alentadores<sup>314</sup>, los sondeos de su lado<sup>315</sup> —aunque el resultado final no pareciese tan evidente como en la contienda del 83— y animada por la buena actuación de los *tories* en los últimos comicios municipales —a costa de una oposición todavía dividida entre el *Labour* y la Alianza liberal— la Dama de Hierro decidía someter ocho años de thatcherismo a votación popular, la última mitad de los cuales había traído consigo una transformación del país especialmente acusada<sup>316</sup>. La vieja *Britannia* transmitía ahora una imagen de fortaleza nacional muy alejada de la fragilidad con la que era identificaba a la llegada de Thatcher en el año 79, aunque la revolución de la Nueva Derecha británica estaba dejando muchas víctimas por el camino.

Finalmente, y por primera vez desde el año 1832, *Maggie* lograría anotarse un *hat-trick* al conseguir su tercera victoria consecutiva en unas elecciones generales<sup>317</sup>. Eso sí, su mayor número de votos respecto a los comicios del 83 no se traduciría en una ampliación de la mayoría *tory*, que sufría un ligero retroceso aunque se mantuviese por encima de la centena<sup>318</sup>. El *Labour*, por su parte, salía reforzado de las urnas al mejorar considerablemente sus últimos resultados. La mayor credibilidad del laborismo bajo el liderazgo de Kinnock le permitía resistir la amenaza liberal<sup>319</sup>, pero se mostraba todavía insuficiente para desbancar a la actual *premier*, cuyo gobierno alcanzaría en este

---

<sup>314</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 490. La inflación seguía estando controlada, el desempleo por fin a la baja, la producción mejoraba, las expectativas del mundo de los negocios se encontraban al alza y los salarios reales iban en aumento. Ver *The Guardian*, 12-5-1987, p. 25.

<sup>315</sup> De acuerdo con las últimas diez encuestas realizadas a nivel nacional, el Partido Conservador recibiría el 41,7% de los votos, el *Labour* el 30,4% y la Alianza el 25,5%. Ver *The New York Times*, 12-5-1987, p. 1.

<sup>316</sup> Ello se debía, entre otras, al programa de venta de viviendas oficiales a sus propios inquilinos —que aspiraba a hacer realidad la famosa democracia de propietarios— a la reforma de los sindicatos, a la privatización de industrias y de servicios públicos —que daría lugar al llamado capitalismo popular, al extenderse la compra de acciones entre la ciudadanía— o al recorte de los impuestos personales.

<sup>317</sup> La propia Margaret Thatcher titularía “Hat Trick” el capítulo de sus memorias dedicado a la elección. Ver THATCHER, M.: op. cit., p. 560. Para *ABC*, un voto racional, “prueba admirable de vitalidad política que los ingleses nos ofrecen cada cierto tiempo en una trayectoria secular de sensatez y patriotismo”, de la que España, entregada al fraccionamiento y a los particularismos en vez de buscar Gobiernos fuertes con amplio respaldo social, debería aprender. Ver *ABC* 13-6-1987, p. 15. *La Vanguardia*, por su parte, no dedicaría ningún editorial a los comicios en las Islas tras conocerse los resultados. Sí lo haría unos días antes para destacar que la principal lección de la campaña había sido la recuperación del laborismo de Kinnock. Ver *La Vanguardia*, 9-6-1987, p. 6. “Thatcher repite”, reaccionaría *El País*, que creía clave en el resultado la sensación imperante de que Reino Unido estaba recuperando su prosperidad, a pesar del evidente abandono en cuestiones esenciales, como educación y sanidad. Ver *El País*, 13-6-1987, p. 10.

<sup>318</sup> BUTLER, D. y BUTLER, G.: op. cit., p. 219.

<sup>319</sup> En marzo del 88 se unirían el Partido Liberal y el SDP, adoptando en octubre del año siguiente el nombre que mantienen en la actualidad: Liberal Demócratas.

momento su máximo apogeo. Y es que, pese a la determinación de la Dama de Hierro a reactivar su particular cruzada tras los resultados obtenidos, la realidad —y, sobre todo, el empeoramiento de la economía— iría demostrando que también había límites para ella<sup>320</sup>.

#### 2.1.6 Colisión y fatiga revolucionaria: Margaret Thatcher y su soberanía

La campaña electoral en territorio anglosajón había generado sentimientos contradictorios en los socios comunitarios; desconcertados, por un lado, por la poca atención que se había dedicado al futuro de la Comunidad pero aliviados, al mismo tiempo, por el hecho de que Bruselas no se hubiese colado en el centro de la disputa<sup>321</sup>. No obstante, apenas dos semanas después de la reelección de Thatcher —y justo antes del parón estival— la capital comunitaria volvería a ser testigo del aislamiento de la *premier*.

A propósito de la crisis presupuestaria, que correspondía atajar tras el cierre de la cita electoral en Reino Unido, la Dama de Hierro —toda una veterana en las riñas internas que atenazaban de forma periódica a la Comunidad— abandonaba la cumbre de los Doce desmarcándose de las conclusiones suscritas por el resto de Estados miembros, basadas en el documento presentado en el mes de febrero por la Comisión Delors. Este último contemplaba, entre otras medidas, la revisión a la baja del porcentaje que representaba la PAC en el gasto total de la CEE, la duplicación de los fondos estructurales para el año 92 —de tal forma que se ayudase a las regiones menos desarrolladas— y la modificación del

---

<sup>320</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 491-92. Como diría John W. Young, el milagro económico de Reino Unido de mitad de los ochenta se acabaría convirtiendo en un *boom* insostenible. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 144. No obstante, como diría Philip Stephens, la victoria de Thatcher en las urnas reforzaba su visión de que era tanto indispensable como invencible. Citado en STEPHENS, P.: op. cit., p. 255.

<sup>321</sup> Ver *The Guardian*, 3-6-1987, p. 5. En su programa electoral, los *tories* se vanagloriaban de haber sacado a Reino Unido de los márgenes de la Comunidad para situarlo en el centro de la misma. Además, ponían especial énfasis en la obtención del cheque en el año 84. Ver “The Next Moves Forward”, programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de junio de 1987. Consultado en <http://www.conservativemanifesto.com/1987/1987-conservative-manifesto.shtml> (3-7-2021, 13:06). El *Labour*, por su parte, dejaba atrás su apuesta por la salida de la CEE —presente en el último manifiesto electoral— y hablaba ahora de trabajar de forma constructiva con el resto de socios comunitarios para promover la expansión económica y combatir el desempleo, aunque rechazase, entre otras, que la Comunidad interfiriese en sus planes para la recuperación nacional. Ver “Britain Will Win”, programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de junio de 1987. Consultado en: <http://www.labour-party.org.uk/manifestos/1987/1987-labour-manifesto.shtml> (3-7-2021, 13:07).

sistema de recursos propios introduciendo una nueva fuente de financiación vinculada con el Producto Nacional Bruto de cada país<sup>322</sup>.

Dado que la sombra de la recesión económica empezaba a aparecer en el horizonte de algunos Estados miembros<sup>323</sup>, la dirigente conservadora —temerosa de un posible contagio en las Islas— no estaba dispuesta a permitir un aumento de los fondos comunitarios a cualquier precio: la solución no pasaba únicamente por gastar más, sino mejor y, en cualquier caso, el foco de la discusión debía centrarse en la forma de acelerar la llegada del mercado único<sup>324</sup>.

Ante la falta de consenso evidenciada en el Consejo Europeo de Bruselas, el espíritu de Luxemburgo —que había hecho posible el Acta Única— parecía herido de muerte. Y es que el debate sobre la reforma del presupuesto escondía otro —mucho más profundo y cada vez más visible— sobre la dirección que debía tomar la Comunidad.

Justo ahora que el AUE entraba en vigor, Londres se mostraba como un miembro satisfecho<sup>325</sup>, mientras que otras capitales —respaldadas por el creciente protagonismo de la Comisión<sup>326</sup>— manifestaban un mayor apetito integracionista. Dicho de otra

---

<sup>322</sup> Ver *La Vanguardia*, 19-2-1987, p. 57. La propuesta de la Comisión se titularía “Llevar a buen término el Acta Única: una nueva frontera para Europa”, siendo conocida más tarde como “Paquete de medidas Delors I”. Precisamente, el presidente del Ejecutivo comunitario sería quien presentase este informe en la jornada del 18 de febrero al Parlamento Europeo, que daría su aprobación al texto pocas semanas después. Para su lectura íntegra: [https://www.cvce.eu/en/obj/commission\\_communication\\_making\\_a\\_success\\_of\\_the\\_single\\_act\\_a\\_new\\_fronter\\_for\\_europe\\_15\\_february\\_1987-en-33e71653-4e5f-4882-8786-ae6c18139da8.html](https://www.cvce.eu/en/obj/commission_communication_making_a_success_of_the_single_act_a_new_fronter_for_europe_15_february_1987-en-33e71653-4e5f-4882-8786-ae6c18139da8.html) (5-7-2021, 11:12).

<sup>323</sup> Así lo pondría en evidencia el informe bianual de la OCDE, publicado a los pocos días de celebrarse los comicios en Reino Unido. Ver *The Guardian*, 23-6-1987, p. 29.

<sup>324</sup> Como diría la *premier* al término del Consejo Europeo, querer aumentar los recursos de la CEE sin cambiar el sistema sería como tratar de llenar una bañera sin poner el tapón. Ver *La Vanguardia*, 30-6-1987, p. 65. Por otro lado, cabe recordar que, desde ahora y hasta febrero del 88, la Dama de Hierro y el primer ministro francés, Jacques Chirac, se enfrentarán por el rechazo de la primera a gravar un impuesto comunitario a los aceites y las grasas. Este conflicto llevaría a Thatcher a hacer las siguientes declaraciones en otoño del 87 en las páginas de *Der Spiegel*: “Creo tanto en la Comunidad que acepto cualquier acusación de ser una alborotadora. No, no soy rara; simplemente quiero que la CEE funcione”. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 75.

<sup>325</sup> EVANS, G. y MENON, A.: *Brexit and British Politics*, Cambridge, Polity, 2017, p. 4. Para Nicholas SOWELS, este sería, seguramente, el punto culminante de la participación de Reino Unido en la familia comunitaria. Citado en SOWELS, N.: “From the ‘Thatcherisation of Europe’ to Brexit” en *Française de Civilisation Britannique* [online], nº XXIV-4, 2019, p. 2. Como diría Hueta, a partir de este momento “el AUE empezaría a verse como el momento de la traición de Europa, el punto decisivo en el que Bruselas había empezado a desbrozar el camino federalista”. Citado en HUETA, M.: op. cit., p. 45.

<sup>326</sup> Como indicaba Stanley Henig, el programa del mercado único lleva implícito una enorme cantidad de trabajo técnico que se traduciría en una plétora de medidas legislativas. Ello devolvería a la Comisión Europea al centro de la escena comunitaria, seguramente por primera vez desde la crisis de mitad de los

manera, si para la *premier* el AUE debía ser una mera reafirmación del Mercado Común —una meta que, al ser coherente con los principios del *thatcherismo*, estaba dispuesta a perseguir llevando la voz cantante— para muchos de sus homólogos comunitarios la vía del mercado único debía llevar hacia la Unión Europea —un concepto, este último, que seguía produciendo urticaria en las Islas, donde empezará a extenderse el término euroescepticismo—<sup>327</sup>.

La tensión entre estos dos modelos mantendría congelada la reforma presupuestaria durante los meses siguientes. Pese a la necesidad de alcanzar un acuerdo para evitar que la CEE entrase en bancarrota, los líderes europeos serían incapaces de encontrar una fórmula de consenso en la última cumbre del año, celebrada a principios de diciembre en Copenhague.

Con un resultado cercano al desastre —o, al menos, así lo consideraría el primer ministro danés, Poul Schlüter, a quien correspondía la presidencia<sup>328</sup>— los Doce decidían emplazarse a una reunión extraordinaria a principios de año, de la cual tendría que salir un compromiso si se quería eludir la posibilidad de que, en la segunda mitad de 1988, la Comunidad fuese incapaz de hacer frente a sus obligaciones financieras.

Cumpliendo con el refrán, a la tercera iría la vencida. Tras el fracaso de las cumbres de Bruselas y Copenhague, los líderes comunitarios —capitaneados por Kohl, dado que su país ocupaba la presidencia europea— regresarían a la capital belga a mediados de febrero para, esta vez sí, zanjar el contencioso presupuestario. Básicamente, Londres conseguía mantener sus pagos compensatorios y se aseguraba la reducción de la cuota que representaba la partida agrícola respecto al gasto total, si bien accedía a que se duplicasen

---

sesenta. Citado en HENIG, S.: op. cit., p. 77. En este sentido, Wall recuerda que tras la cumbre de Luxemburgo a finales del 85 —que habría dejado con mal sabor de boca al presidente del Ejecutivo comunitario por su falta de ambición— el propio Delors haría circular por el Berlaymont un documento interno en el que se daban instrucciones para que los funcionarios aprovecharan al máximo la flexibilidad que otorgaban las provisiones sobre el voto por mayoría recogidas en el nuevo tratado. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 72. Así pues, “lo que se había presentado como un programa de desregulación nacional fue también un ejercicio de regulación comunitaria, detallada e intervencionista”. Citado en AREILZA, J. M.: “El Reino Unido en la Unión Europea” en *Política Exterior*, nº 51, vol. 10, mayo-junio 1996, p. 101.

<sup>327</sup> De ahí que el mejor ejemplo sobre la participación positiva de Reino Unido en la CEE se acabase convirtiendo en el principio del distanciamiento entre Londres y el continente. Citado en GARNETT, M., MABON, S. y SMITH, R.: op. cit., p. 238.

<sup>328</sup> Ver *The Guardian*, 7-12-1987, p. 1. El único acuerdo alcanzado en esta reunión sería la decisión de los Doce de apoyar el acuerdo sobre misiles de alcance corto e intermedio alcanzado entre Washington y Moscú —el llamado Tratado INF, firmado horas después de la cumbre europea por Reagan y Gorbachov—.

los fondos estructurales para el año 93 y a que se dotase de mayor capacidad financiera a la Comunidad, que a partir de ahora contaría con un cuarto recurso propio vinculado a la riqueza de cada Estado miembro<sup>329</sup>.

De esta forma, la cumbre de urgencia de los dirigentes comunitarios cumplía con su cometido —léase asegurar la reforma estructural de la CEE— y dejaba allanado el terreno para que, en adelante, los Doce concentrasen todos sus esfuerzos en la consecución del mercado único.

Aprovechando el viento de cola, no tardaría en aparecer en el debate comunitario la vieja aspiración de avanzar hacia la UEM —recogida en el preámbulo del AUE— ya que en muchas capitales —al igual que en el propio Berlaymont— se creía que sin estabilidad monetaria sería imposible conformar un mercado verdaderamente integrado. Además, si el objetivo último del *single market* era dinamizar el comercio interno, parecía razonable que los intercambios se realizasen con una misma moneda, lo que obligaría a contar con una autoridad monetaria única —muy del gusto de la Francia de Mitterrand—.

El reto no era menor, dado que planteaba un salto adelante que entraba de lleno en el pantanoso terreno de la soberanía. Ello explica que, a la hora de ahondar en los detalles —como, por ejemplo, el grado de independencia que debería tener el hipotético banco central— aflorasen las diferencias entre los Doce. No obstante, los germanos —que habían situado el refuerzo del SME como una de las prioridades de su presidencia<sup>330</sup>— decidirían tomar el guante y trasladar la discusión al Consejo Europeo de finales de junio en Hannover, donde se esperaba que la cooperación monetaria fuese el asunto estrella.

Al otro lado del Canal, Downing Street no se sentía cómoda con el nuevo cariz que estaba tomando el debate sobre el mercado único, al considerar que se estaba yendo demasiado lejos. De acuerdo con su razonamiento, dado que el objetivo último era desregular y no armonizar, la UEM era del todo innecesaria. Si la Dama de Hierro seguía resistiéndose a incorporar la libra al Mecanismo Europeo de Cambio del SME —lo que supondría acabar con la libre flotación de la esterlina— más lejano parecía que la *premier* accediese a

---

<sup>329</sup> *La Vanguardia*, 14-2-1988, p. 68.

<sup>330</sup> *La Vanguardia*, 3-1-1988, p. 3.

contemplar la creación de un banco central europeo, que dejaría a Londres sin capacidad de decidir su propia política monetaria.

Además, este creciente ímpetu intervencionista conectaba de manera directa con las advertencias que, por esta misma época, empezaban a llegar desde Whitehall, alertando de que Bruselas —llevando a cabo una práctica de dudosa legalidad— estaba utilizando el mercado único como caballo de Troya para extender la legislación comunitaria a áreas —como la política social— sobre las que, *a priori*, el AUE mantenía el derecho de veto. De esta manera, los británicos no tenían capacidad para oponerse a determinadas directivas que se convertían en ley sin necesidad de contar con su consentimiento<sup>331</sup>.

Así pues, a medida que avanzaba la primavera, más se enfriaba el ánimo europeísta de Margaret Thatcher, que no tardaría en cargar contra la supuesta “ingeniería social” de la Comisión Delors, a la que afeará su excesivo celo regulador<sup>332</sup>. No obstante, en la cuestión monetaria, la líder *tory* no contaba con el pleno respaldo de dos figuras claves de su gabinete: tanto Nigel Lawson como Geoffrey Howe —el *chancellor* y el jefe del Foreign Office, respectivamente— eran partidarios de que su país participase por completo en el SME<sup>333</sup> y, asimismo, temían que, si se decidía mantener a Reino Unido al margen de las discusiones sobre la UEM, su país perdiese toda posibilidad de influir en el diseño de un proceso al que quizá tuviesen que adherirse más tarde, ya sin capacidad para hacerlo de acuerdo con sus propios términos.

Con este ambiente de trasfondo se llegaría a la cumbre de Hannover, celebrada durante los días 27 y 28 de junio, poco después de que François Mitterrand confirmase su reelección como presidente de la República francesa. Tanto este último como Helmut Kohl serían quienes, en aras de mejorar la cooperación monetaria, pondrían sobre la mesa

---

<sup>331</sup> *The Guardian*, 4-5-1988, p. 6.

<sup>332</sup> De hecho, por aquel entonces se hablaba de que Lord Cockfield pudiese ser reemplazado dada la crispación de Downing Street por su insistencia en la armonización del IVA, a la que el Gobierno británico se oponía.

<sup>333</sup> El debate sobre la entrada de la libra en el Mecanismo Europeo de Cambio del SME siempre había estado latente en el Gobierno británico, que se planteaba si ello podría servir para estabilizar el valor de la esterlina y para combatir la inflación. Estas discusiones no impedirían que, durante el periodo 1987-88, Lawson siguiese el valor del marco para dar estabilidad a la libra y avanzar hacia el Mecanismo Europeo de Cambio. Como recuerda Moravcsik, el éxito del SME llevó al Gobierno de Londres a considerar de forma periódica la participación en el Mecanismo Europeo de Cambio; una política apoyada de forma casi unánime desde mediados de los ochenta por el mundo de los negocios y los ministros económicos del país. Citado en MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 282.

ante el resto de líderes la idea de reforzar el SME y de dar pasos hacia lo que podría acabar desembocando en una unión monetaria total, con una moneda única y un banco central europeo<sup>334</sup>.

Consciente de que, en lo relativo a la iniciativa franco-germana, su país caminaba a contracorriente, Margaret Thatcher acabaría accediendo a que se estudiasen los medios para alcanzar la realización progresiva de la UEM, lo que en ningún caso significaba su conversión a la misma<sup>335</sup>.

De hecho, si la *premier* aceptaba el establecimiento de un comité *ad hoc*—presidido por Jacques Delors, al que justo ahora se renovaba su mandato al frente de la Comisión<sup>336</sup>—era, precisamente, por el perfil de sus integrantes —en su mayoría, gobernadores de los bancos centrales nacionales<sup>337</sup>— lo que hacía pensar a la Dama de Hierro que el informe final del llamado Comité Delors —que debía ser presentado en el plazo de un año, antes del Consejo Europeo de Madrid— se acercaría a los intereses británicos —léase poner el freno a la UEM—<sup>338</sup>. No debería sorprender, por tanto, que la líder conservadora declarase al término de la reunión que no creía probable que en algún momento de su vida fuese a ver un banco central europeo y que, por tanto, no entendía que algunos se molestasen en discutir sobre ello<sup>339</sup>.

Sea como fuere, coincidiendo con la llegada del verano de 1988, la capital de Baja Sajonia presenciaba la entrada del proyecto europeo en aguas desconocidas. Los Doce, a la vez que confirmaban que el avance hacia el mercado interior había entrado en un punto de no

---

<sup>334</sup> Cabe recordar que a Bonn le atraía la UEM, entre otras cosas, por los costes que estaban causando las fluctuaciones del dólar.

<sup>335</sup> La líder *tory* volvería a insistir en Hannover en que rechazaba acabar con la libre flotación de la libra.

<sup>336</sup> Para Jim Buller, que Londres accediese a que este comité fuese dirigido por Delors probaba la falta de atención que Whitehall estaba prestando a este asunto en dicho momento. Citado en BULLER, J.: op. cit., p. 132.

<sup>337</sup> También participarían en dicho comité dos miembros de la Comisión y tres personalidades seleccionadas por los Doce.

<sup>338</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20602/1988\\_junio\\_-\\_hannover\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20602/1988_junio_-_hannover__es_.pdf) (7-7-2021, 10:02).

Thatcher conseguía el dudoso logro de que no se hiciese referencia expresa al banco central europeo.

<sup>339</sup> *The Guardian*, 29-6-1988, p. 20. En sus memorias, la Dama de Hierro diría que, en esta época, la posición de su Gobierno era que el informe final del Comité Delors fuese un texto descriptivo y no prescriptivo. Además, esperaban que se dejase claro que la UEM no era necesaria para la realización del mercado único y que se entrase de lleno en todas las implicaciones de la UEM en lo referido a la transferencia de poder y autoridad desde las instituciones nacionales hacia una burocracia central. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 708.

retorno, ponían rumbo hacia la UEM, aun sin la misma seguridad de que esta decisión fuese irreversible. Por lo pronto, uno de sus tripulantes —el que portaba el pasaporte británico— alertaba de la tempestad que habrían de afrontar si se continuaba por la nueva ruta, y —aunque se mantenía a bordo— se encontraba cada vez más inquieto por la insistencia de algunos de sus colegas en navegar también hacia la Europa social; un destino que el socio anglosajón no estaba dispuesto a contemplar.

Este desencuentro entre Londres y los europeístas más ambiciosos se pondría en evidencia, de forma paradigmática, en septiembre. El día 8, Jacques Delors —que dos meses antes había hablado abiertamente de la Comisión como embrión de un gobierno europeo, causando revuelo al otro lado del Canal<sup>340</sup>— decidía participar en el congreso de los sindicatos británicos en Bournemouth, ofreciendo un discurso sobre las bondades de incorporar la dimensión social al mercado único de la CEE<sup>341</sup>. Un acontecimiento sin precedentes que no pasaría desapercibido en Downing Street, que lo interpretaría como una provocación<sup>342</sup>: el presidente del Ejecutivo comunitario había cruzado el Rubicón<sup>343</sup>.

La respuesta de la Dama de Hierro no se haría esperar. Aprovechando las palabras que debía pronunciar en su visita al Colegio de Europa en Brujas el día 20 del mismo mes, la dirigente conservadora —influida por el hecho de que el jefe del Berlaymont hubiese sido recibido por las *trade unions* como “frère Jacques”— adoptaría un tono más agresivo del previsto a la hora de exponer su visión liberal de la construcción europea<sup>344</sup>.

---

<sup>340</sup> Asegurando que en el plazo de diez años el 80% de las decisiones sobre política económica y social serían tomadas por la Comunidad. Ver *The Guardian*, 7-7-1988, p. 21.

<sup>341</sup> Íbidem. Resulta interesante rescatar el momento en el que, durante el Consejo Europeo de Hannover, Delors había hablado de dar más prioridad al diálogo con las fuerzas sindicales; una idea que *Maggie* rechazaría por considerarla anticuada. Ver *The Guardian*, 28-6-1988, p. 20. Seguramente, lo que mereció a Delors el apoyo del TUC sería no solo la determinación del Ejecutivo comunitario a avanzar en el ámbito social, sino también el interés de este en contrarrestar la visión del Gobierno británico de que el mercado único era una iniciativa meramente comercial. Citado en EDWARDS, G.: “Britain and Europe”, p. 217 en STORY, J.: op. cit.

<sup>342</sup> En alusión a Delors, Margaret Thatcher diría en sus memorias que sería ahora, durante el verano del 88, cuando el jefe del Berlaymont se olvidaría de su labor como funcionario y empezaría a erigirse como un auténtico portavoz político a favor del federalismo. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 742.

<sup>343</sup> El pragmatismo de sus años previos como primera ministra dio paso a la convicción de que cualquier paso adelante en la integración ya no sería compatible con la soberanía de Reino Unido. Citado en POWELL, C.: “Margaret Thatcher”, p. 141 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>344</sup> Para el *Daily Telegraph*, las palabras de Thatcher significaban una ofensiva inoportuna, ya que las preocupaciones y reservas especiales de Reino Unido sobre el grado de integración que era viable o deseable se podrían haber expresado con un discurso en el que hubiese menos “no, porque” y más “sí, pero”. Ver *The Daily Telegraph*, 22-9-1988, p. 12.

Pese a reconocer que el destino de su país estaba en Europa como parte integrante de la Comunidad, la *premier* sentenciaría que su Gobierno no había hecho retroceder las fronteras del Estado en Reino Unido solo para ver cómo se volvían a imponer ahora a escala europea, con un superestado ejerciendo un nuevo dominio desde Bruselas<sup>345</sup>. Así pues, de representar una oportunidad para exportar el thatcherismo, la CEE era ahora retratada como una amenaza para este, ya que estaría adoptando tics socialistas, corporativistas y autoritarios<sup>346</sup>.

Como diría Andrew Adonis, si la postura proeuropea del *Labour* había nacido en Bournemouth —aunque el viraje de Kinnock hubiese sido previo<sup>347</sup>— el euroescepticismo contemporáneo surgiría en Brujas<sup>348</sup>, abriendo una herida en el Partido Conservador —en forma de batalla ideológica— que ya no dejaría de sangrar<sup>349</sup>. Dentro de las filas *tories*, aquellos que llevaban décadas excluidos del partido por su oposición a la integración europea se crearán ahora legitimados para hacer oír su causa<sup>350</sup>, mientras que quienes cuestionaban el acercamiento de la *premier* a la cuestión europea recordarían este discurso como uno más de los motivos que acabarían justificando el desafío posterior al liderazgo de la Dama de Hierro<sup>351</sup>.

Así pues, en el otoño del 88, el laborismo —en pleno viraje hacia el centro— se encontraba cada vez más cómodo con el espacio social europeo al que aspiraban muchos

---

<sup>345</sup> Para ver su discurso íntegro: <https://www.margareththatcher.org/document/107332> (7-7-2021, 16:28). Al día siguiente de pronunciar sus palabras en Brujas, la Dama de Hierro repetiría su argumento en Luxemburgo, refiriéndose a un hipotético gobierno europeo centralizado como una pesadilla. Para ver este discurso en su totalidad: <https://www.margareththatcher.org/document/107333> (7-7-2021, 16:34).

<sup>346</sup> FORSTER, A.: op. cit., p. 30.

<sup>347</sup> Por ejemplo, a principios de febrero del 88, el líder del Partido Laborista confirmaba en Bruselas que su formación abandonaba la opción de salir de la Comunidad. Ver *The Guardian*, 4-2-1988, p. 7. Poco antes, en diciembre del año anterior, Kinnock mostraba su deseo de suscribir el manifiesto que los socialistas europeos presentasen de cara a las elecciones al Parlamento Europeo del 89. Ver *The Guardian*, 17-12-1987, p. 2.

<sup>348</sup> ADONIS, A.: op. cit., p. 174. Para Benjamin Grob-Fitzgibbon, este sería uno de los virajes más memorables en la historia política de Reino Unido durante el siglo XX. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 444. En cuanto al impacto mediático de Brujas, Oliver Daddow puntualiza que algunos sectores de la prensa británica ya habían endurecido su tono hacia la CEE años antes de producirse este discurso. Citado en DADDOW, O.: “The UK Media and ‘Europe’: From Permissive Consensus to Destructive Dissent” en *International Affairs*, nº 6, vol. 88, 2012, p. 1232.

<sup>349</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 353.

<sup>350</sup> GEDDES, A.: op. cit., p. 186. Tras este discurso surgirá el llamado Grupo de Brujas en las filas *tories*.

<sup>351</sup> FERNÁNDEZ, J. M.: op. cit., p. 97. El jefe del Foreign Office, Geoffrey Howe, diría en retrospectiva que este fue, seguramente, el momento a partir del cual empezaría a cristalizarse el conflicto de lealtad que llevaba tiempo generándole problemas. Citado en HOWE, G.: *Conflict of Loyalty*, Londres, Macmillan, 1994, p. 538.

de sus colegas continentales. Una tendencia que se confirmaría a principios de octubre en su congreso anual, en el que triunfaría la apuesta de Kinnock por abrazar la socialdemocracia<sup>352</sup>.

Por su parte, Margaret Thatcher, que seguía a la cabeza en todas las encuestas a pesar del incipiente deterioro de la economía doméstica<sup>353</sup>, reforzaba sus apelaciones al individuo como centro de su acción de gobierno —justo un año después de haber declarado que la sociedad no existía<sup>354</sup>— al tiempo que —molesta con la deriva política del Mercado Común— se ponía los ropajes del gaullismo para abanderar la Europa de las patrias: las diferencias entre países no debían ser vistas como un obstáculo a eliminar, sino como una ventaja a aprovechar<sup>355</sup>.

No obstante, la corriente parecía ir en contra de la visión de la *premier*, que observaba cómo, por ahora, sus palabras de Brujas no habían detenido el deseo mayoritario de avanzar en la integración. Así se pondría de manifiesto en el último Consejo Europeo del año —celebrado en la isla griega de Rodas durante los días 2 y 3 de diciembre— en el que, a la espera del informe final sobre la UEM y de manera un tanto imprecisa, los líderes europeos renovaban su compromiso con la dimensión social y la armonización fiscal del mercado único<sup>356</sup>.

En las semanas previas a esta cita, el Foreign Office había tratado de enfriar la disputa con Delors, de tal manera que se lograra minimizar el evidente aislamiento de la Dama de Hierro, que podría jugar en contra de los intereses de Reino Unido tanto en la cumbre europea —que concluiría sin grandes novedades— como, sobre todo, en el debate que —a partir de la próxima primavera— seguiría a la publicación del trabajo del Comité Delors.

---

<sup>352</sup> El *Labour* se pronuncia, entre otras, en contra de las nacionalizaciones y a favor de la economía mixta. Ver *La Vanguardia*, 4-10-1988, p. 13.

<sup>353</sup> *La Vanguardia*, 11-10-1988, p. 16.

<sup>354</sup> Por el contrario, sí había hombres y mujeres, así como familias. Estas famosas palabras serían pronunciadas por la *premier* en una entrevista para *Woman's Own* publicada en septiembre del 87. Para ver sus declaraciones íntegras: <https://www.margareththatcher.org/document/106689> (8-7-2021, 10:19).

<sup>355</sup> Así se lo diría la propia Thatcher al periodista Felipe Sahagún, en una entrevista concedida a Televisión Española a propósito de su visita oficial a España, que comenzaría el 22 de septiembre. Preguntada sobre la posibilidad de que la libra entrara en el Mecanismo Europeo de Cambio y de que Londres aceptara un banco central europeo, la *premier* diría lo siguiente: “no intentemos correr antes de empezar a andar”. Para su visionado íntegro: <https://www.rtve.es/alacarta/videos/en-portada/portada-entrevista-margaret-thatcher/1760333/> (8-7-2021, 10:30).

<sup>356</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: [https://www.consilium.europa.eu/media/20593/1988\\_dicembre\\_-\\_rodas\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20593/1988_dicembre_-_rodas__es_.pdf) (8-7-2021, 11:56).

Pese a ello, el año 89 heredaría el creciente distanciamiento del Gobierno de Thatcher de la familia comunitaria.

Así pues, Londres entraba en 1989 emergiendo, una vez más, como el socio extraño de la Comunidad, al tiempo que perdía el entusiasmo por el mercado único —a estas alturas, completado en un 50%<sup>357</sup>— a sabiendas de que, con toda probabilidad, este no llegaría de la forma esperada en el momento de firmarse el Acta Única.

Banco central, derechos laborales, estándares medioambientales, tipos de IVA, fronteras interiores, Unión Europea... Eran muchas las cuestiones abordadas por los Doce en las que Downing Street no se encontraba cómoda. Ciertamente —y con un claro efecto *déjà vu*— parecía que, por momentos, los británicos habían recurrido a la vieja práctica de tratar de limitar la cooperación europea al ámbito estrictamente comercial. Pero ahora su país era un miembro más del Club y nada le era ajeno, por mucho que en algunos temas tendiese a arrastrarse.

Así pues, lo quisiera o no, el Gobierno anglosajón tendría que enfrentarse al informe del Comité Delors, que el 17 de abril —poniendo fin a casi diez meses de trabajo y coincidiendo con el inicio de las protestas de la plaza de Tiananmén, en Beijing— presentaba el llamado Plan Delors. De acuerdo con este —y al igual que el Plan Werner, lanzado en 1970— se necesitaban tres fases para alcanzar la UEM: en la primera de ellas se esperaba que todas las monedas se adhiriesen al Mecanismo Europeo de Cambio —que acababa de cumplir una década de funcionamiento— y en las dos últimas se requería la reforma de los tratados. A grandes rasgos, la idea era progresar desde la coordinación económica y monetaria hasta la adopción de la moneda común a través de la transferencia gradual de competencias a un banco central europeo<sup>358</sup>.

Para sorpresa de Margaret Thatcher, el comité de sabios —a pesar de incluir al presidente del todopoderoso Bundesbank, así como al gobernador del Banco de Inglaterra, Robin Leigh-Pemberton— acordaba por unanimidad el establecimiento de la misma institución que la *premier* había descartado de antemano por considerarla tan indeseable como

---

<sup>357</sup> Así lo haría saber Lord Cockfield en noviembre del 88, el mismo que no tardaría en ser sustituido al llegar la nueva Comisión —también liderada por Delors— con la entrada en el nuevo año.

<sup>358</sup> *La Vanguardia*, 16-4-1989, p. 69.

ilusoria. Ello explica, en buena medida, que el *chancellor* Nigel Lawson —favorable al SME pero contrario a la UEM— reaccionase anunciando que su país no aceptaría lo que, para él y sus compañeros de gabinete, equivaldría a suscribir la creación de los Estados Unidos de Europa<sup>359</sup>.

En verdad, el Plan Delors era condicional, en tanto en cuanto necesitaba que existiese voluntad política entre los Doce para no convertirse en papel mojado. Por otro lado, también era un texto prudente, ya que no escondía las dificultades del proceso hacia la UEM —poniendo especial énfasis en la convergencia como paso previo— dejaba abiertas algunas cuestiones —como el modo de controlar a la hipotética autoridad monetaria común— y evitaba fijar un calendario para desarrollar los objetivos planteados. Además, el recuerdo del fallido Plan Werner —que había proyectado la UEM para 1980— actuaba como recordatorio de que, aunque el contexto actual pareciese más favorable, siempre cabía la posibilidad de que se enfriase el deseo de avanzar en este ámbito.

Sea como fuere, el Plan Delors era percibido como una amenaza en Downing Street, al igual que la Carta Social que presentaría la Comisión en el mes de mayo, con la que se pretendía dar una cara más humana a la llegada del mercado único en 1992. Este documento distaba de ser radical, ya que se limitaba a establecer unas condiciones mínimas en materia educativa, laboral y de seguridad social fácilmente asumibles por los Doce. No obstante, la posibilidad de que en el futuro se extendiese su alcance convencería a *Maggie* a mostrar su rechazo, al entender que podría poner en riesgo la competitividad de la economía británica<sup>360</sup>. En unas declaraciones para el *Daily Mail*, la *premier* llegaría a decir que la filosofía de la Europa social era una reversión de las ideas marxistas y de la lucha de clases<sup>361</sup>.

Esta retórica punzante —que la *premier* venía exhibiendo con mayor ligereza desde su discurso de Brujas— estaría presente en la campaña del Partido Conservador para las

---

<sup>359</sup> *The Guardian*, 18-4-1989, p. 20. Debido en parte a la susceptibilidad británica, la Comunidad procedería con precaución en el ámbito de la UEM tras la publicación del Plan Delors. El estímulo para acelerar las negociaciones en base a dicho informe procedería de acontecimientos políticos imprevistos: el colapso del comunismo en el Este y el proceso de reunificación alemana tras noviembre del 89. Citado en DYSON, K. y FEATHERSTONE, K.: *The Road to Maastricht: Negotiating Economic and Monetary Union*, Oxford, Oxford University Press, 1999, p. 4.

<sup>360</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 145.

<sup>361</sup> *The Guardian*, 16-6-1989, p. 23.

elecciones europeas, que tendrían lugar durante los días 15 y 18 de junio. Con un tono más patriotero que de costumbre —que empezaba a resultar inaceptable para los *tories* más europeístas, liderados por Michael Heseltine<sup>362</sup>, y que hacía parecer al *Labour* más cercano a la Comunidad— el otrora autoproclamado partido de Europa aconsejaba el voto a su formación a todo aquel que no quisiese vivir sometido a Bruselas<sup>363</sup>.

Los laboristas, en cambio, planteaban la cita con las urnas como un referéndum sobre la década que acababa de cumplir Margaret Thatcher en Downing Street; una estrategia que acabaría mostrándose exitosa. Y es que, por primera vez desde octubre del 74, el Partido Laborista lograría batir a su máximo rival en una contienda nacional, destruyendo de un plumazo el mito de que la Dama de Hierro era invencible<sup>364</sup>.

La *premier* era consciente de que la mala actuación de los *tories* en las europeas —registrando su peor resultado del siglo<sup>365</sup>— no haría sino alentar a todos aquellos que querían debilitar su figura y ver rectificada su política hacia la Comunidad<sup>366</sup>; una presión que llegaría tanto desde su propio partido como, por supuesto, desde las filas del laborismo, que ahora tratará de abrir un segundo frente al otro lado del Canal para combatir al Gobierno de Thatcher desde las instituciones comunitarias<sup>367</sup>.

Ciertamente, Europa se estaba convirtiendo en el talón de Aquiles de la dirigente de Grantham, que —con una posición mermada— no se podía permitir una ruptura en el Consejo Europeo de Madrid, que tendría lugar unos días más tarde para que los Doce se pronunciasen sobre el Plan Delors. París y Bonn ya habían hecho público su respaldo al mismo —poniéndose al volante de la iniciativa<sup>368</sup>— y, pese a las diferencias que seguía

---

<sup>362</sup> Heseltine había publicado recientemente el libro *The Challenge of Europe: Through 1992 and Beyond*.

<sup>363</sup> Literalmente, el lema era el siguiente: “If you don’t vote Conservative next Thursday, you’ll live on a diet of Brussels”. Citado en MCSMITH, A.: op. cit., p. 326.

<sup>364</sup> Los laboristas sumaban 13 nuevos asientos a costa de los *tories*, que se veían relegados a la segunda posición. Una vez más, y con mucha diferencia, la participación más baja volvía a corresponderle a Reino Unido. En esta ocasión, acudían a las urnas menos votantes que la mitad de la media comunitaria. Ver *The Guardian*, 19-6-1989, p. 2. Para el *Labour*, este resultado fue la culminación de un periodo de quince años reposicionando al partido en el tema de la participación de Reino Unido en la Comunidad. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 111.

<sup>365</sup> *The Guardian*, 20-6-1989, p. 6.

<sup>366</sup> THATCHER, M.: op. cit., p. 750.

<sup>367</sup> En cuestión de horas tras conocerse los resultados de las europeas, el Partido Laborista decidía acabar con el liderazgo anti-CEE de su formación en el Parlamento Europeo. Ver *The Guardian*, 21-6-1989, p. 5.

<sup>368</sup> Como señala Julio Pecharromán, “en los gobiernos de Berlín y París había consenso en dar por cerrada la etapa funcionalista de ‘pequeños pasos’, abierta con la Declaración Schuman, e ir a una formulación

planteando la UEM entre los Estados miembros, parecía evidente que Londres quedaría aislada si decidía desmarcarse, tal y como ocurriría en materia social con el rechazo exclusivo de los anglosajones a la Carta Social elevada por la Comisión a los líderes comunitarios<sup>369</sup>.

Es por ello que, en las horas previas a la cumbre, tanto Howe como Lawson amenazarían a su jefa con la dimisión si esta no se decidía por la entrada de la libra en el Mecanismo Europeo de Cambio<sup>370</sup>; un tema que preocupaba cada vez más en las Islas, dada la creciente vulnerabilidad de la estrategia monetarista doméstica y la posibilidad de que el anclaje de la esterlina a la banda de fluctuación conjunta del SME lograra estabilizarla.

El ultimátum del tándem Howe-Lawson surtiría efecto, ya que Margaret Thatcher acabaría accediendo en la cita comunitaria a que su país se adhiriese al Mecanismo Europeo de Cambio, si bien con algunas condiciones<sup>371</sup> y sin establecer una fecha concreta. De esta forma, la líder *tory* daba luz verde al inicio de la primera fase del Plan Delors —la menos controvertida de las tres— que, siguiendo la recomendación del informe, comenzaría un año después: el 1 de julio del 90. Una vez llegado ese momento, los Doce se comprometían a lanzar una nueva CIG —cuya convocatoria los británicos, por sí mismos, no podían evitar— para abordar las dos siguientes fases, que al suponer importantes transferencias de soberanía necesitarían ser maduradas con mayor mimo<sup>372</sup>.

Al término de la cumbre, la Dama de Hierro haría especial hincapié en que este paso adelante no implicaba el compromiso de su país con la UEM, ya que Downing Street seguía considerando el informe del Comité Delors como una más de las distintas opciones existentes para fortalecer la cooperación monetaria entre los Doce<sup>373</sup>. Esta idea chocaba de pleno con la de otras capitales, que entendían que si un país decidía entrar en la primera fase de la UEM —tal y como había hecho Londres— estaba aceptando su participación en el resto del camino.

---

global de la integración europea”. Citado en PECHARROMÁN, J.: *Historia de la integración europea*, UNED, 2011, p. 189.

<sup>369</sup> También conocida como Carta comunitaria de derechos sociales fundamentales, cuyo rechazo por parte de los británicos la reducía, temporalmente, a una mera declaración de intenciones.

<sup>370</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 190.

<sup>371</sup> Como el descenso de la inflación o la eliminación de los controles al cambio de divisas.

<sup>372</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20585/1989\\_junio\\_-\\_madrid\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20585/1989_junio_-_madrid__es_.pdf) (11-7-2021, 17:18).

<sup>373</sup> *The Guardian*, 28-6-1989, p. 1.

Sea como fuere, el Gobierno de Thatcher lograba ganar tiempo en Madrid, ya que las decisiones importantes sobre la UEM se dejaban para más adelante. No obstante, y a pesar de que la discusión entre los Doce no había hecho más que comenzar, la dirección del proyecto europeo sería ya clara a raíz de esta reunión en tierras ibéricas. El Plan Delors había marcado una ruta y una clara mayoría estaba dispuesta a perseguirla.

Si unos pocos años atrás las referencias al europesimismo eran un lugar común, ahora empezaba a ser habitual que se hablase del renacimiento de Europa. Ciertamente, la CEE volvía a ganar fuerza como polo de atracción, con el mercado único como principal reclamo. En buena medida, ello explica que, a mediados de julio, Austria solicitase formalmente su adhesión a la familia comunitaria<sup>374</sup>; precisamente allí donde, un par de meses después, el telón de acero empezaría a fracturarse de forma irreversible<sup>375</sup>.

Al igual que la URSS, Margaret Thatcher se estaba volviendo políticamente mortal<sup>376</sup>. Si el 24 de julio decidía llevar a cabo una remodelación amplia de su gabinete —de la que John Major emergería como posible heredero del thatcherismo, al sustituir a Geoffrey Howe en el Foreign Office<sup>377</sup>— a finales de octubre era el *chancellor* Nigel Lawson —un peso pesado del gabinete— el que desencadenaba un nuevo *reshuffle* tras presentar su dimisión por las discrepancias sobre la política económica del Gobierno y la excesiva influencia en la misma de Alan Walters, el principal asesor económico de la *premier*. John Major, casi sin tiempo para terminar su mudanza al Ministerio de Exteriores, era trasladado al 11 de Downing Street en sustitución de Lawson, cediendo la llave del Foreign Office al europeísta Douglas Hurd.

Al igual que había ocurrido a principios de 1986 con la crisis de Gobierno que siguió al caso Westland, la cuestión europea aparecía en el trasfondo de ambas remodelaciones.

---

<sup>374</sup> En julio de 1990 lo harían Chipre y Malta.

<sup>375</sup> El factor desencadenante sería la decisión de las autoridades húngaras —tomada el 11 de septiembre— de abrir la frontera con su vecino austriaco.

<sup>376</sup> Como señala Wall, el contraste entre 1979 y 1989 era impresionante: de ser combativa y terca pero abierta y cercana, pasó a mostrarse cansada y cerrada a los consejos procedentes del exterior. Su política hacia Europa no fue sino un síntoma más del comportamiento que la enemistó con un sector del Partido Conservador y que llevó a los diputados *tories* a ver peligrar su escaño. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 85.

<sup>377</sup> Howe asume el título de Deputy Prime Minister, cargo que abandonará poco más de un año después. Para Stephen Wall, su destitución fue un acto de venganza de *Maggie* por lo ocurrido en Madrid respecto al Mecanismo Europeo de Cambio. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 191.

En esta ocasión, el motivo principal eran las diferencias sobre la cooperación monetaria a nivel comunitario; un tema especialmente sensible en el gabinete de la Dama de Hierro. Tanto Howe como Lawson habían forzado a la líder *tory* a pronunciarse en la cumbre de Madrid a favor del Mecanismo Europeo de Cambio, pero en los meses inmediatamente posteriores —al dilatarse la entrada de la esterlina— seguía habiendo muchas dudas sobre el verdadero alcance de su conversión; un escenario cada vez más difícil de sostener por el empeoramiento de la economía nacional, que hacía necesario tomar medidas si se quería estabilizar la libra.

Para lograrlo, el nuevo tándem Major-Hurd creía conveniente no postergar más la incorporación de la libra a los márgenes de fluctuación establecidos por el SME —una política que el *Labour* asumiría en esta misma época<sup>378</sup>—. De ahí que, con el otoño del 89 ya avanzado, ambos acordasen adoptar una política más flexible hacia la Comunidad, acompañándola de un tono más positivo para tratar de hacer valer los intereses de Reino Unido en la mesa de negociaciones comunitaria<sup>379</sup>.

Con el ánimo de mostrarse activos en el debate sobre la UEM —y cumpliendo con la promesa de *Maggie* de presentar una alternativa al trayecto diseñado por el Comité Delors— el Tesoro británico publicaba a principios de noviembre su propio plan para reforzar la cooperación monetaria entre los Doce; un perfeccionamiento de la idea que Nigel Lawson había planteado a sus homólogos de la CEE a mediados de septiembre en la localidad francesa de Antibes: la libre competición de las divisas nacionales, también conocida como “competing currency”.

Esta propuesta —que, a ojos de Londres, tenía la virtud de promover la cooperación monetaria preservando la autonomía nacional— era un reflejo del enfoque evolutivo defendido por el Gobierno anglosajón, que consideraba suficiente la primera fase proyectada en el Plan Delors para alcanzar una UEM informal.

---

<sup>378</sup> Gracias al impulso de John Smith, *chancellor* en la sombra, y su segundo, Gordon Brown. De esta forma, los laboristas accedían a la entrada de la esterlina en el Mecanismo Europeo de Cambio si se daban una serie de condiciones y, al mismo tiempo, rechazaban —al igual que los *tories*— la participación de su país en la segunda y tercera fase de la UEM planteada por el Comité Delors.

<sup>379</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 146.

No obstante, a diferencia de lo ocurrido durante los años setenta —cuando los acontecimientos echarían por tierra las directrices del Plan Werner— el contexto parecía ahora más propicio<sup>380</sup> y la voluntad política más sólida para lograr el avance de la construcción europea en este ámbito, de modo que la mayoría de Estados miembros rechazaría de inmediato la oferta *made in Britain*, al interpretarla como un intento de Londres de sabotear la realización completa de la UEM.

Hasta la fecha, los Doce venían dando pasos para cumplir con el calendario previsto en Madrid y, de este modo, alcanzar la primera fase del Plan Delors el próximo mes de julio, al mismo tiempo que tenían la vista puesta en el Consejo Europeo de Estrasburgo — establecido para el mes de diciembre— donde se debía juzgar si el progreso había sido suficiente para que se iniciase la discusión sobre los cambios necesarios para acomodar la UEM al Tratado de Roma.

Pero el camino a la ciudad alsaciana tendría una parada imprevista en suelo germano. En la jornada del 9 de noviembre, se precipitaba la caída del Muro de Berlín y, con ella, el colapso de la URSS, devolviendo las cuestiones sobre defensa y seguridad —claves durante la posguerra— a lo alto de la agenda comunitaria. Más de cuatro décadas después, y de la noche a la mañana, esta revolución geopolítica<sup>381</sup> parecía volver obsoleto el concepto de Guerra Fría.

Pocos cuestionaban en Europa occidental el derecho de los alemanes a reunificarse — consagrado en la Ley Fundamental de la RFA del 49— lo que no impedía que fuesen muchos quienes contemplasen este evento con preocupación, a pesar de la insistencia de Helmut Kohl en que la RFA seguía comprometida con el fortalecimiento de la unidad europea. Así lo expresaría el 22 de noviembre el propio canciller ante el Parlamento Europeo: una Alemania libre y unida solo era concebible en una Europa libre y unida<sup>382</sup>.

---

<sup>380</sup> Entre otras cosas, por la expansión macroeconómica de finales de los ochenta; sobre todo en el periodo 1988-90, durante el cual el ritmo de crecimiento sería mayor que la media de toda la década. Citado en DYSON, K. y FEATHERSTONE, K.: op. cit., pp. 752-53.

<sup>381</sup> BAUN, M.: *An Imperfect Union: the Maastricht Treaty and the New Politics of European Integration*, Oxford, Westview, 1996, p. 2.

<sup>382</sup> *The Guardian*, 23-11-1989, p. 8.

En las Islas, Margaret Thatcher —que nunca había escondido su aversión por el comunismo— recibía con entusiasmo la desmembración del bloque soviético —y, por ende, la incipiente independencia de los países de Europa Central y del Este— pero no así la idea de una Alemania reunificada. En su opinión —marcada por el recuerdo bélico de su adolescencia— lo prioritario era salvaguardar la estabilidad y la seguridad de Europa; un objetivo condenado al fracaso si se permitía dar rienda suelta a la expansión del antiguo poder prusiano.

No obstante, para su desgracia, incluso la Casa Blanca —ocupada desde principios de año por el republicano George H. W. Bush— se acabaría desmarcando de la línea adoptada por Downing Street, que se quedaba aislada. Esto no haría sino agrandar la lista de motivos de aquellos que venían criticando a la *premier* por haber perdido el tacto con la realidad. Y es que, a nivel doméstico, la economía se encaminaba hacia la recesión mientras que el tan famoso como polémico *poll tax* —un impuesto local recién introducido, que obligaba a la ciudadanía a contribuir por igual— hacía más hondas las dificultades electorales de la formación conservadora<sup>383</sup>.

No debe sorprender, por tanto, que la Dama de Hierro tuviese que afrontar a principios de diciembre el primer cuestionamiento de su liderazgo al frente del Partido Conservador. Una prueba que superaría con solvencia, aunque Anthony Meyer —el diputado *tory* que había decidido retarla— conseguiría que casi sesenta diputados optasen por retirar el apoyo a su jefa<sup>384</sup>. Thatcher seguía siendo una figura despótica, respetada, quizá temida, pero raramente observada con afecto<sup>385</sup>. Este era un primer aviso de los suyos. El hierro del que estaba hecha la dirigente de Grantham empezaba a derretirse.

El que no mostraría signos de debilidad sería el proyecto de integración europea, y ello a pesar de que el esperado acelerón de la Comunidad contrastaba con la prudencia que, *a priori*, exigía la eventual reunificación de Alemania. El Gobierno de Londres creía que el actual contexto —al obligar a Bonn a prestar especial atención a los asuntos domésticos— podría convertir a esta en una aliada para frenar la profundización de la CEE, pero este análisis se mostraría erróneo.

---

<sup>383</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 146.

<sup>384</sup> *La Vanguardia*, 6-12-1989, p. 7.

<sup>385</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 503.

En el Consejo Europeo de Estrasburgo, reunido los días 8 y 9 de diciembre, la Francia de Mitterrand —que desde la caída del Muro se venía mostrando muy activa a nivel diplomático para tratar de influir en el diseño de la futura Europa y calmar su temor al resurgimiento germano<sup>386</sup>— conseguía que Helmut Kohl renovase su apoyo al plan de acción preestablecido, accediendo a fijar una fecha para el inicio de la CIG sobre la UEM —que debía producirse antes de concluir el año 1990—. A cambio, el líder de la RFA obtenía una declaración de los Doce reconociendo la libre autodeterminación del pueblo alemán para recuperar su unidad<sup>387</sup>.

De esta forma, el ritmo y la dirección de la construcción europea defendidos por Margaret Thatcher eran ignorados por el resto de líderes, decididos a poner sordina a las reivindicaciones de la *premier*, partidaria de dejar a un lado el debate sobre la UEM y la Carta Social —que volvía a rechazar en esta reunión<sup>388</sup>— mientras no se completase el mercado único y se aclarase la situación en la parte oriental del recién derrumbado telón de acero.

Así pues, mientras los dirigentes comunitarios se congratulaban por el salto adelante hacia las dos últimas fases del Plan Delors, la Dama de Hierro abandonaba Estrasburgo con la sensación de que, una vez más, la Comunidad se estaba precipitando. Como consuelo, la líder *tory* sabía que la CIG —al abordar un tema delicado en un momento histórico tan particular— podría extenderse en el tiempo y que, en cualquier caso, su país tendría capacidad para vetar cualquier decisión que se tomase en la misma —si bien el resto siempre podría optar por alcanzar un acuerdo al margen de la CEE—.

---

<sup>386</sup> Una prueba de ello sería la cumbre de emergencia de los Doce celebrada en París el 18 de noviembre, con la que Mitterrand trataba de adelantarse a los acontecimientos, mostrando su negativa a que la CEE quedase a merced de lo que Washington y Moscú decidiesen conjuntamente sobre Europa.

<sup>387</sup> Eso sí, siempre de forma pacífica y democrática, respetando los acuerdos y tratados —incluyendo el Acta Final de Helsinki— en un contexto de diálogo y cooperación Este-Oeste y en la perspectiva de la integración europea. Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20576/1989\\_diciembre\\_-\\_estrasburgo\\_\\_es\\_\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20576/1989_diciembre_-_estrasburgo__es__.pdf)

(13-7-2021, 12:08). Ello chocaba con las palabras de *Maggie*, que había declarado que la reunificación alemana no estaría en la agenda de la cumbre. Ver *The Observer*, 10-12-1989, p. 1.

<sup>388</sup> Con la oposición exclusiva de Londres bastaba para que la Carta Social no tuviese fuerza legal en la CEE. No obstante, la Comisión advertía de que buscaría vías alternativas para su aplicación. Por otro lado, resulta interesante mencionar una encuesta de Gallup para *The Daily Telegraph* según la cual el 65% de los británicos era favorable a la adopción de la Carta Social. Ver *La Vanguardia*, 10-12-1989, p. 4.

Pocos contemporáneos podrían haber previsto a principios de 1989 que despedirían el año con el Muro de Berlín fracturado y el mapa de Europa en plena reconfiguración. Seguramente, tampoco lo habría imaginado el periodista Alexander Boris de Pfeffel Johnson —más conocido como Boris Johnson— que había llegado a Bruselas esa misma primavera como corresponsal del *Daily Telegraph* y que, tres décadas después, accedería al 10 de Downing Street para certificar la salida de Reino Unido de la familia europea<sup>389</sup>.

Precisamente, en sus primeros meses en la capital comunitaria, el joven cronista sería testigo de cómo se empezaba a abonar el terreno para que la CEE se transformase en Unión Europea, ya que serían muchas las voces que presionarían para que el avance hacia las dos últimas fases del Plan Delors —decidido en Estrasburgo— fuese acompañado de la unión política<sup>390</sup>; un término que generaba ansiedad a la vez que desconfianza al norte del canal de la Mancha, donde la Dama de Hierro —abrumada por la velocidad a la que se sucedían los acontecimientos en el continente— disfrutaba de sus últimas Navidades como líder de la nación.

Con el cambio de año, el ritmo en el corazón de Europa no decrecería. De hecho, el creciente colapso de la RDA unido al fervor popular por la unión de las dos Alemanias convencerían al canciller democristiano de la necesidad de apurar los plazos. Una vez celebradas las elecciones en Alemania Oriental en el mes de marzo —con la victoria incontestable de los socios de Kohl, que prometían a los ciudadanos del Este la adopción del marco occidental y una rápida reunificación— el camino hacia la unidad sería corto y sin apenas curvas<sup>391</sup>.

A estas alturas, Margaret Thatcher ya había aceptado lo que parecía inevitable<sup>392</sup>. Así, mientras su país tomaba parte desde febrero en las conversaciones que debían devolver a la futura Alemania su plena soberanía —perdida tras la II Guerra Mundial<sup>393</sup>— la *premier*

---

<sup>389</sup> Boris Johnson permanecería durante cinco años en Bruselas y no sería hasta el año 2001 cuando obtendría un asiento en Westminster.

<sup>390</sup> El 12 de diciembre, por ejemplo, Jacques Delors pedía ante el Parlamento Europeo la convocatoria de una segunda CIG para abordar la unión política.

<sup>391</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 379.

<sup>392</sup> El 7 de febrero Reino Unido se declaraba por primera vez favorable a la reunificación. Ver *La Vanguardia*, 8-2-1990, p. 6.

<sup>393</sup> La llamada conferencia “dos más cuatro”, en la que tomaban parte —junto a la RFA y la RDA— Reino Unido, Francia, EE. UU. y la URSS.

insistía en que la transición hacia la reunificación fuese tranquila y en que el nuevo país estuviese vinculado tanto a la OTAN como a la CEE.

Del mismo modo, François Mitterrand —que compartía con la Dama de Hierro sus recelos hacia el poderío germano— empezaba a asumir que su vecino recobraría la unidad, aunque, en este caso, el presidente francés ponía un precio a su bendición: acompañar la reunificación alemana con la unificación europea. Kohl, interesado en que su país continuase anclado a Occidente, estaba dispuesto a pagar ese peaje. Al fin y al cabo, el canciller entendía que la profundización de la unidad europea podría contribuir a relajar las tensiones desatadas tras la caída del Muro y a atajar, al mismo tiempo, cualquier tendencia revisionista procedente del nacionalismo alemán<sup>394</sup>.

Así pues, el 19 de abril se evaporarían las tiranteces que venía mostrando la relación Kohl-Mitterrand desde el pasado mes de noviembre, en buena medida por la inquietud que causaba en el Elíseo el fin de una Alemania dividida y la posibilidad de que Bonn se desviase de la senda comunitaria, a pesar de lo acordado en Estrasburgo.

En una carta conjunta —que expresaba el sentir del Berlaymont y de otros países— ambos mandatarios hacían pública su estrategia de cara a la próxima cumbre de los Doce, que se celebraría en Dublín a finales de junio: los líderes comunitarios debían convocar una segunda CIG para abordar la unión política —que incluía asuntos como el aumento del poder de la Comisión y del Parlamento Europeo o el fortalecimiento de la cooperación en el ámbito exterior y defensivo— al tiempo que se estudiaban las dos últimas fases de la UEM, de tal forma que la Comunidad completase su profundización el 1 de enero de 1993<sup>395</sup>. A escasos días de cumplirse el cuarenta aniversario de la Declaración Schuman, el eje franco-alemán volvía a ponerse al frente de la integración europea<sup>396</sup>.

Londres reaccionaría con incredulidad. Si ya se conocían las reservas del Gobierno de Thatcher a la UEM, no era de extrañar que este último mostrase su total oposición a la reforma institucional de la Comunidad, a sabiendas de que ello podría traducirse en el

---

<sup>394</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 373.

<sup>395</sup> *La Vanguardia*, 20-4-1990, p. 6.

<sup>396</sup> Como recordaría Tony Judt, si el mecanismo que iniciaba la andadura hacia la Unión Europea se había activado en el año 87 con en el Acta Única, lo que realmente impulsaría este proyecto sería el fin de la Guerra Fría. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 1021.

refuerzo de la centralización y, por tanto, en un menor protagonismo de Westminster. En palabras de la *premier*, no era el momento de despistarse con “cosas esotéricas”<sup>397</sup>.

Así lo creía también el ministro de Exteriores, Douglas Hurd, para quien había otras prioridades en la agenda comunitaria. No obstante, a las pocas horas de conocerse la propuesta de la pareja París-Bonn, el jefe del Foreign Office anunciaría que, de aprobarse en Dublín una nueva CIG, su país no dejaría la silla vacía<sup>398</sup>. Con estas palabras, Hurd acreditaba su empeño en que, pese a las diferencias con sus socios, Reino Unido no se descolgase del debate comunitario.

En esta misma línea de querer mostrar una actitud activa y de eludir en la medida de lo posible la exclusión, el Tesoro británico venía trabajando en una propuesta alternativa a las dos últimas fases del Plan Delors, de tal forma que se evitase la moneda única, los tipos de cambio fijos y el banco central; un escenario que, en las Islas, se creía que iría cargado de convulsiones.

Para evitarlo, y tratando de convencer a sus socios de que era preferible tomar una vía más corta y segura, el 11 de Downing Street lanzaría la iniciativa del “ecu fuerte” o “hard ecu”, presentado públicamente el 20 de junio —la semana previa a la cumbre de Dublín—. La idea era que esta divisa, administrada por un Fondo Monetario Europeo, coexistiese con las monedas nacionales de los doce Estados miembros, compitiendo con ellas sin posibilidad de ser devaluada, lo que debía fomentar la convergencia de las políticas económicas y monetarias. Lo interesante de este planteamiento era que, si bien en un principio el “ecu fuerte” sería una moneda común —o paralela, si se quiere— cabía la posibilidad de que, de forma libre, se acabase convirtiendo en una moneda única<sup>399</sup>.

Nadie podía negar que este plan sonase mejor que la anterior propuesta del Exchequer, ya que el “hard ecu” era una versión evolucionada del “competing currency” inicial. El problema era que la oferta británica llegaba a destiempo —cuando una clara mayoría de países apostaba por llevar el Plan Delors hasta sus últimas consecuencias— y envuelta en dudas, ya que el propio Gobierno anglosajón difería sobre el verdadero significado de su

---

<sup>397</sup> *The Guardian*, 20-4-1990, p. 1.

<sup>398</sup> *The Observer*, 22-4-1990, p. 11.

<sup>399</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 103 y WALL, S.: op. cit., 2020, p. 192.

proposición<sup>400</sup>. Todo ello explicaría que la ruta alternativa planteada por el equipo de Major apenas fuese considerada por sus homólogos comunitarios, aunque Londres la mantendría sobre la mesa de cara al inicio de la CIG que debía ultimar los trabajos sobre la UEM.

Precisamente, en la reunión del Consejo Europeo —celebrada en tierras irlandesas durante los días 25 y 26 de junio— se fijaría la fecha para el arranque de dicha CIG: el próximo 13 de diciembre. Un día más tarde iniciaría su andadura una segunda CIG que, discurriendo en paralelo, debía definir el contenido —hasta ahora ambiguo— del proceso para la unión política. De esta forma, los Doce suscribían la propuesta franco-alemana del mes de abril, coincidiendo también en la necesidad de que ambas conferencias concluyesen con celeridad su tarea a fin de que los Estados miembros pudiesen ratificar sus resultados antes de finalizar el año 1992, coincidiendo con la realización del mercado único<sup>401</sup>.

En la misma semana en que se citaba el Consejo Europeo en Dublín —donde la Europa de los Doce se comprometía a estudiar el mayor salto adelante de la historia de la Comunidad— las dos Alemanias se situaban a las puertas de la reunificación al entrar en vigor su unión monetaria, que en la práctica era una absorción de la RDA por su vecino occidental, cuya divisa sería a partir de ahora la única de curso legal en ambos territorios. A pesar de que Bonn decidiese establecer un tipo de cambio 1:1 —y de que, en adelante, no dudase en endeudarse para enviar enormes transferencias de dinero a la zona oriental— el *shock* económico —por no hablar del psicológico— sería muy profundo: un precio tan caro como inevitable si lo que se quería era recuperar la unidad perdida más de cuatro décadas atrás.

Esta última acabaría llegando apenas tres meses después. En la jornada del 3 de octubre nacía la Alemania reunificada, y lo hacía —con la aquiescencia de Gorbachov, que había ofrecido cooperación a cambio de ayuda financiera— dentro del marco de la CEE y de la OTAN. La RDA se disolvía y, con ella, la división de Europa. Eran tiempos de

---

<sup>400</sup> De hecho, el “hard ecu” se había planteado con la intención de conciliar las inquietudes de los miembros del gabinete más thatcheristas con las de aquellos más cercanos a Europa.

<sup>401</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20559/1990\\_junio\\_-\\_dublin\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20559/1990_junio_-_dublin__es_.pdf) (14-7-2021, 16:56).

celebración, por mucho que los fuegos artificiales no consiguiesen calmar la inquietud que reinaba en el Bundesbank, donde preocupaban las consecuencias de la reunificación para la economía de la nueva Alemania.

Donde también preocupaba el estado de la economía era en Reino Unido, que presentaba una tasa de inflación al alza —que alcanzaba ahora la mayor cifra en ocho años<sup>402</sup>— y una libra débil, acercándose cada vez más el fantasma de la recesión<sup>403</sup>.

Ello explica que el 5 de octubre —48 horas después de consumarse la unión germana— el Gobierno de Margaret Thatcher —poniendo fin a un culebrón que lo había perseguido desde su llegada al poder en 1979— anunciase la entrada de la esterlina en el Mecanismo Europeo de Cambio<sup>404</sup>. Con esta decisión, Londres esperaba que la disciplina del SME actuase como medida antiinflacionista —y que su éxito le permitiese evitar la adopción de políticas más drásticas e impopulares— aunque la mayoría de los analistas especializados de la época veía como un error que la esterlina accediese con un tipo fijado al 2,95% respecto al marco alemán —un valor demasiado alto y, por tanto, difícil de sostener<sup>405</sup>—.

Sea como fuere, la aparente victoria del sector europeísta de los *tories* se acabaría convirtiendo en una de sus derrotas más dramáticas, ya que la esterlina no aguantaría ni dos años dentro del Mecanismo Europeo de Cambio. Pero, por lo pronto, el hecho de que la Dama de Hierro hubiese accedido a tomar una decisión de tanta trascendencia pese a sus enormes recelos hacia la misma ponía de manifiesto que Europa seguía siendo la causa más bochornosa de la debilidad mostrada por su gabinete<sup>406</sup>, en el que la balanza era ahora favorable a la adhesión completa al SME<sup>407</sup>. Ciertamente, la claudicación de la

---

<sup>402</sup> En el mes de septiembre la inflación alcanzaba el 10,9%.

<sup>403</sup> MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 423.

<sup>404</sup> En el momento de hacerlo, solo la moneda portuguesa y la griega estarían fuera de este mecanismo, convirtiéndose, por tanto, en la décima divisa que accedía al mismo. De acuerdo con Margaret Thatcher, la incorporación de la libra había sido decidida en la reunión que mantuvo con John Major el pasado 13 de junio, aunque el momento oportuno de hacerlo había quedado abierto. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 722. De esta forma, se ponía fin a la política de Downing Street de entrar “a su debido momento”; una frase —convertida en mantra— que algunos interpretaban como una forma de decir que jamás se produciría.

<sup>405</sup> Para Keith Middlemas, la entrada se produjo en el momento equivocado, de la forma incorrecta y con a un tipo de cambio inadecuado. Citado en “Margaret Thatcher”, conferencia ya mencionada de Keith Middlemas. Para Hugo Young, la participación plena en el SME no llegaba cuando más convenía a nivel económico, sino cuando había colapsado la resistencia a la misma. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 366.

<sup>406</sup> MORGAN, K. O.: op. cit., p. 505.

<sup>407</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 192.

Dama de Hierro —una anomalía en su trayectoria— sería el principio de su final<sup>408</sup>. Antes de llegar el invierno, Margaret Thatcher ya estaría fuera de Downing Street.

La segunda mitad de octubre sería fatídica para la *premier*. A los pocos días de soplar las velas por su 65 cumpleaños, los electores de Eastbourne —una localidad situada en la costa sur de Inglaterra— aguaban la fiesta a la jefa de los conservadores, que veía cómo su partido entraba en pánico al ser derrotado por los liberales. Con el *Labour* dominando las encuestas<sup>409</sup>, la amenaza de un descalabro *tory* en las próximas generales —cuya convocatoria ya se veía en el horizonte— parecía más cerca que nunca, por mucho que en la conferencia del Partido Conservador —celebrada unos días antes— se despidiese a su líder al grito de “ten more years”<sup>410</sup>.

Pero, antes de terminar el mes, la dirigente de Grantham cavaría su propia tumba al enfrentarse a sus socios comunitarios en Roma. La presidencia italiana —tratando de dar brillo a su semestre al frente del Consejo y de mantener vivo el *momentum* hacia la UEM— había decidido plantear en la cumbre especial de los días 27 y 28 de octubre que los Doce pusiesen fecha a la segunda fase del Plan Delors, que preveía la creación de un sistema europeo de bancos centrales como paso previo a la instauración de una divisa común. Esta idea parecía del todo inoportuna en las Islas, al entender que dicha cuestión sería abordada a partir de diciembre en la CIG. Una vez más, el Gobierno británico prefería que se hablase de otros temas que consideraba más urgentes, como la situación en Kuwait —invadido a principios de agosto por el Irak de Sadam Huseín— las negociaciones en el marco del GATT o el futuro de la URSS.

Sin embargo, antes incluso de que se iniciase el encuentro de los mandatarios europeos, no había duda de que una clara mayoría suscribiría la propuesta de los italianos, de modo que el conflicto con Londres estaba servido. Efectivamente, el Consejo Europeo de Roma establecía enero de 1994 como punto de partida de la segunda fase del Plan Delors. Margaret Thatcher —que dudaba de que sus socios fuesen conscientes de lo que acarrearía dicha decisión— se levantaba de la mesa de negociaciones sin apoyar el texto final

---

<sup>408</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 367.

<sup>409</sup> A principios de octubre, el diario *The Guardian* publicaba una encuesta que situaba al *Labour* trece puntos por delante de los *tories*. Ver *The Guardian*, 2-10-1990, p. 8.

<sup>410</sup> *La Vanguardia*, 13-10-1990, p. 8.

redactado por la presidencia italiana, que acabaría reflejando la visión particular de los británicos al ir cargado de puntualizaciones, tanto en el apartado sobre la UEM como en el dedicado a la unión política<sup>411</sup>.

La Dama de Hierro no escondía su furia. Ella creía que con el reciente gesto de adherir la esterlina al Mecanismo Europeo de Cambio la propuesta alternativa de su Gobierno en materia monetaria —el citado “hard ecu”— merecería una mayor consideración por parte de sus socios y, especialmente, por Alemania<sup>412</sup>. Pero nada más lejos de la realidad. Tras el avance proclamado en las cumbres de Madrid, Estrasburgo y Dublín, el camino hacia la Unión Europea —incluyendo la moneda única gestionada por un banco central— volvía a mostrarse imparable en Roma.

Thatcher podía ceder en la cuestión concreta del SME pero jamás lo haría respecto al proceso general de la UEM, que el ministro británico de Comercio e Industria, Nicholas Ridley —uno de sus hombres más cercanos— había definido el pasado mes de julio como la vía de la Alemania reunificada para apoderarse de Europa; unas declaraciones que, pese a expresar en público lo que muchos de sus compañeros decían por lo bajini, le acabarían costando el puesto<sup>413</sup>. Es probable que la *premier* también hubiese suscrito las palabras de Ridley. En cualquier caso, de lo que no había duda era del rechazo de *Maggie* a plantear en Westminster la sustitución de la libra por una moneda única europea, ya que —en su opinión— la divisa nacional era la expresión de soberanía más poderosa que un país podía tener<sup>414</sup>.

48 horas después de que finalizase la cumbre, la Dama de Hierro volvía a dejar en evidencia su oposición a que Reino Unido cediese más cuotas de poder a las instituciones comunitarias. Esta vez utilizando como megáfono la Cámara de los Comunes y expresando su rechazo con una triple negativa —expresada en su célebre “no, no, no”—

---

<sup>411</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20550/1990\\_octubre\\_-\\_roma\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20550/1990_octubre_-_roma__es_.pdf) (15-7-2021, 13:00). Por primera vez en la historia de la Comunidad, una delegación rechazaba aceptar las conclusiones tal y como habían sido redactadas por la presidencia y se guardaba formalmente su posición sobre el tema de la UEM y de la unión política. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 193.

<sup>412</sup> DUFF, A., PINDER, J. y PRYCE, R.: *Maastricht and Beyond: Building a European Union*, Londres, Routledge, 1994, p. 43.

<sup>413</sup> *La Vanguardia*, 15-7-1990, p. 7.

<sup>414</sup> *The Guardian*, 29-10-1990, p. 1.

que quedaría para la posteridad<sup>415</sup>. Pero la suya ya no era la voz del éxito, sino de la debilidad. La dirigente de Grantham no era popular<sup>416</sup>, las cifras económicas no acompañaban, estaba en conflicto con su partido y se encontraba aislada en la Comunidad.

Para muchos, como el vice primer ministro Geoffrey Howe —que decidía ahora abandonar el Gobierno, ante su incapacidad para seguir apoyando a la *premier*<sup>417</sup>— el liderazgo de su jefa era más un lastre que un activo para garantizar no solo la reelección de los *tories* sino también la defensa de los intereses de Reino Unido<sup>418</sup>.

No lo decía cualquiera, sino la persona que —junto a la propia Thatcher— más había hecho por aplicar el thatcherismo en las Islas y el único superviviente que quedaba del primer gabinete de 1979<sup>419</sup>. De ahí que su discurso de despedida pronunciado en los Comunes el 13 de noviembre —en el que se referiría a la actitud de la *premier* hacia la CEE como un riesgo para el futuro de la nación<sup>420</sup>— precipitase el desafío al liderazgo de la Dama de Hierro; el segundo en menos de un año<sup>421</sup>. Esta vez, sin embargo, la victoria de esta sería insuficiente para evitar una segunda vuelta, a la que la dirigente conservadora decidiría no presentarse<sup>422</sup>.

---

<sup>415</sup> Para ver su discurso íntegro:

<https://publications.parliament.uk/pa/cm/198990/cmhansrd/1990-10-30/Debate-1.html> (30-5-2021, 9:54).

<sup>416</sup> De acuerdo con una encuesta de Gallup publicada por el *Daily Telegraph* a principios de abril, Margaret Thatcher era la primera ministra menos popular en las Islas desde el inicio de las encuestas medio siglo atrás. Ver *The Guardian*, 6-4-1990, p. 1.

<sup>417</sup> Para ver su carta de despedida íntegra: <https://www.margaretthatcher.org/document/108236> (16-7-2021, 10:35). Esta misiva muestra con claridad sus diferencias respecto al rol que debía jugar Reino Unido en Europa. Este mismo día —1 de noviembre— el diario *The Sun* publicaba su famosa portada con el titular “Up Yours Delors”, mostrando su desprecio hacia el presidente de la Comisión.

<sup>418</sup> En sus memorias, Thatcher diría que, por aquel entonces, la distancia entre ella y Howe era tanto un asunto de antipatía personal como de diferencias políticas. En cierto sentido, la *premier* se sentía liberada con su marcha pero, al mismo tiempo, sabía que tendría un coste político para ella. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 834.

<sup>419</sup> MCSMITH, A.: op. cit., pp. 329-30.

<sup>420</sup> Para acercarse a la idea de Europa de la Dama de Hierro: KERIKMÄE, T. y TROITIÑO, D.: “Margaret Thatcher: ¿precursora del brexit o europeísta ambigua?” en *Historia y Política*, nº 42, 2019, pp. 331-356.

<sup>421</sup> Ante la lucha por el liderazgo, la *premier* escribía en las páginas del *Financial Times* un artículo sobre su visión hacia Europa, que resumía en dos palabras: libre —tanto en lo político como en lo económico— y abierta. Al mismo tiempo, *Maggie* afirmaba hacia el final de esta pieza que el futuro de Reino Unido residía en la Comunidad: no en sus márgenes sino en el centro de la misma. Ver *Financial Times*, 19-11-1990, p. 17.

<sup>422</sup> Por una diferencia de cuatro votos respecto a la candidatura de Michael Heseltine, Thatcher anunciaba dos días más tarde de producirse dicho enfrentamiento —que había tenido lugar el día 20— su retirada de la carrera por el liderazgo del Partido Conservador, al tiempo que Heseltine, Hurd y Major anunciaban su candidatura para enfrentarse en la segunda vuelta.

Entre lágrimas, Margaret Thatcher abandonaba el cargo el día 28: satisfecha por sus más de once años al frente del Gobierno pero, al mismo tiempo, decepcionada por la forma en que se iba. Ciertamente, a *Maggie* no la habían echado los electores, sino sus propios compañeros de filas, que ahora —aun a costa de abrir una guerra civil en el partido— se fijaban más en sus ojos de Calígula que en sus labios de Marilyn Monroe<sup>423</sup>. Este sentimiento de traición nunca le abandonaría; ni a ella ni a sus simpatizantes, que en adelante tratarían de hacer justicia a lo que considerarían como un asesinato político, motivado en buena medida por el refuerzo de su euroescepticismo<sup>424</sup>.

Indudablemente, las ideas thatcheristas estaban muy vivas y el capitalismo popular seguiría de actualidad en la vieja *Britannia*. Además, por muy controvertido que fuese el legado económico de la Dama de Hierro<sup>425</sup>, ninguno de sus sucesores se atrevería a deshacerlo<sup>426</sup>. Tampoco los Gobiernos comandados por el *Labour*; un partido que hasta la caída de Thatcher venía jugando, en cierta medida, un papel de enemigo ausente<sup>427</sup> y que solo conseguiría hacerse con el poder —unos años más tarde— en cuanto decidió acercarse al thatcherismo<sup>428</sup>. Sea como fuere, la misma convicción que había llevado a la líder *tory* al 10 de Downing Street la acabaría apartando ahora de él<sup>429</sup>, aunque con ella, al menos, Reino Unido había dejado de parecer ingobernable<sup>430</sup>.

---

<sup>423</sup> Una comparación que había hecho en su día François Mitterrand. Citado en YOUNG, H.: op. cit., 2005, p. 292.

<sup>424</sup> Como recuerda Richards, Margaret Thatcher sería la primera *premier* que caería a causa de Europa. Citado en RICHARDS, S.: op. cit., p. 182.

<sup>425</sup> Para Hansen, en lo que al crecimiento económico se refiere, los resultados del experimento thatcherista son difusos. Citado en HANSEN, D.: op. cit., p. 453. Morgan creía que, pese a hablarse del milagro británico con Thatcher, los viejos problemas seguirían allí tras su marcha. De hecho, señalaba que la aparente recuperación del periodo 1983-87 dependía en buena medida de las finanzas, del mundo bancario y de los créditos, más que en un resurgimiento real de la industria o de las manufacturas. Citado en MORGAN, K. O.: op. cit., p. 512.

<sup>426</sup> MCSMITH, A.: op. cit., p. 10.

<sup>427</sup> YOUNG, H.: op. cit., 2005, p. 376.

<sup>428</sup> Para Tony Judt, Thatcher pudo haber destruido el Partido Conservador pero, sin duda alguna, salvó y resucitó al *Labour*. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 787. De acuerdo con esta idea, Tony Blair —líder laborista desde 1994— se habría limitado a recoger los frutos del trabajo realizado previamente por la dirigente de Grantham. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 789.

<sup>429</sup> Como diría Hugo Young, “su intención era no ser una política de consenso y, en eso, logró su objetivo”. Este logro sería, precisamente, el que le impediría triunfar en la Comunidad; un proyecto basado, fundamentalmente, en las alianzas y los consensos. Citado en YOUNG, H.: op. cit., 2005, p. 355. Para José Francisco Fernández, la ruptura con la naturaleza impersonal y colegiada del Gobierno británico —tomando decisiones, muchas veces, sin consensuarlas con los suyos— habría llevado a Maggie a ejercer un liderazgo en tiempos de paz comparable al de un líder en tiempos de guerra. Citado en FERNÁNDEZ, J. M.: op. cit., p. 25. Geoffrey Edwards señala que la mayor convicción mostrada por Thatcher hacia el final de su mandato se debió a una necesidad política, ya que el acercamiento del *Labour* hacia el centro del espectro político tras los comicios del 87 animó a la *premier* a virar más todavía a la derecha. Citado en EDWARDS, G.: “Britain and Europe”, p. 214 en STORY, J.: op. cit.

<sup>430</sup> BLACK, J.: op. cit., p. 168.

Así pues, como diría de manera premonitoria Ian Richardson —representando a Francis Urquhart en la serie *House of Cards*, estrenada en las Islas diez días antes de la salida de *Maggie*— nada duraba para siempre; incluso el reinado más longevo y resplandeciente llegaba a su fin en algún momento. Si la hija del comerciante había transformado la nación a su voluntad<sup>431</sup>, ahora le correspondía ceder el testigo en contra de su deseo<sup>432</sup>.

### 2.1.7 Major, el componedor: sobrevivir a Maastricht

Pasando del 11 al 10 de Downing Street, John Major —el protegido político de la Dama de Hierro, que no había ido a la universidad y sabía lo que era estar en el paro— sería el elegido para tomar su relevo, ya que la mayoría de los diputados *tories* valoraban su perfil conciliador, al ser cercano a la ex *premier* y, al mismo tiempo, capaz de tratar con quienes criticaban a esta desde dentro del partido<sup>433</sup>. Es decir, Major generaba mayor consenso en las filas conservadoras que Michael Heseltine o Douglas Hurd, a quienes el hasta entonces *chancellor* lograría imponerse en la lucha por el liderazgo del Partido Conservador y, por ende, de la nación<sup>434</sup>.

El nuevo *premier* heredaba una economía debilitada —si bien con mayor potencial que antaño, tras las reformas estructurales acometidas desde el 79— y dos tareas domésticas urgentes: rectificar el controvertido *poll tax* y atender la creciente preocupación social por el deterioro de los servicios públicos —especialmente en materia sanitaria y educativa, a las que se prometería destinar mayores recursos—. Además, en el ámbito exterior, el conflicto del Golfo seguía estando de rabiosa actualidad, mientras que más cerca —al otro lado del Canal— se esperaba que el Gobierno británico entrante<sup>435</sup> tratase

---

<sup>431</sup> Estas serían las palabras que aparecerían grabadas en una medalla que Margaret Thatcher recibiría de manos del presidente George H. W. Bush en su visita a EE. UU., ya como ex *premier*. Citado en YOUNG, H.: op. cit., 2005, p. 349.

<sup>432</sup> El día en que abandonaba el poder, Thatcher acudía a su estudio de Downing Street para comprobar que había recogido todas sus cosas. Para su sorpresa, su llave ya no permitía el acceso al mismo. Citado en THATCHER, M.: op. cit., p. 861.

<sup>433</sup> BALE, T.: *The Conservative Party: From Thatcher to Cameron*, Cambridge, Polity, 2011, p. 33.

<sup>434</sup> Major vencería en la elección del 27 de noviembre sin la necesaria mayoría absoluta. No obstante, sus dos oponentes —en aras de preservar la unidad *tory*— se retirarían de la carrera para evitar una tercera vuelta, permitiendo así el nombramiento de John Major como nuevo *premier*.

<sup>435</sup> Que presidiría a partir de ahora el europeísta Chris Patten.

de limar asperezas con sus socios comunitarios, cuya relación con Londres se había visto perjudicada por los continuos roces con Margaret Thatcher<sup>436</sup>.

Así pues, John Major representaba, *a priori*, un thatcherismo de rostro humano: la esencia de su política seguiría manteniéndose firme —una continuidad que vigilaría muy de cerca el ala derecha de los *tories*— pero el acercamiento y la presentación de la misma cambiarían<sup>437</sup>, de tal forma que se lograra mejorar la imagen del partido entre el electorado. Si en las Islas se pondría ahora el foco en la cohesión social, el principal objetivo en la Comunidad sería rectificar el aislamiento de Reino Unido, adoptando un perfil más cooperativo.

Con este propósito se presentaría Major en Roma a mediados de diciembre, en lo que sería su debut en el Consejo Europeo<sup>438</sup>; un encuentro que coincidiría con la inauguración de las dos CIG sobre la UEM y la unión política. En la campaña previa a su elección, el *premier* había prometido a los suyos que se opondría a la moneda única y que no pediría a Westminster que cediese más soberanía a las instituciones comunitarias<sup>439</sup>. Sin embargo, ello no sería óbice para que, una vez en la capital italiana —y después de haber confirmado la participación de Londres en ambas conferencias— el político inglés — conocido por su visión pragmática del proyecto europeo<sup>440</sup> — expresase su deseo de tomar parte, de forma constructiva, en la edificación de la nueva Europa<sup>441</sup>.

Con esta ambivalencia estratégica, Major buscaba confirmar la nueva actitud de Londres ante sus colegas comunitarios y, al mismo tiempo, armonizar las diferentes sensibilidades existentes en el seno de su partido, de tal manera que se lograra preservar su unidad y se

---

<sup>436</sup> Desde el principio, los comentaristas de la época tendrían dificultades para ubicar a John Major o bien en el bando de los euroescépticos o bien en el de los eurófilos; algo que, quizá, le convertía en el sucesor ideal de la Dama de Hierro. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: *Reluctant Europeans: Britain and European Integration, 1945-98*, Harlow, Longman, 2000, p. 275.

<sup>437</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 109.

<sup>438</sup> Unos días antes, el *Labour* firmaba una declaración conjunta con otros partidos socialistas europeos suscribiendo una postura común ante las dos CIG, contemplando entre otras el apoyo a la UEM — condicionada a que hubiese convergencia económica previa— y el aumento del poder del Parlamento Europeo y del Consejo. Ver *The Guardian*, 11-12-1990, p. 6.

<sup>439</sup> *The Guardian*, 29-11-1990, p. 4.

<sup>440</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 203. Así se define el propio *premier* en sus memorias. Citado en MAJOR, J.: *John Major: The Autobiography*, Nueva York, Harper Collins Publishers, 1999, p. 265.

<sup>441</sup> *The Guardian*, 15-12-1990, p. 6.

evitasen nuevas víctimas en el seno del conservadurismo anglosajón a causa de la cuestión europea<sup>442</sup>.

En la previa a la cumbre de los Doce —y justo después de que el Gobierno de coalición de la antigua RFA, liderado por Kohl, consiguiese salir reelegido en los primeros comicios de la Alemania reunificada— París y Bonn volvían a presentar de antemano la posición que adoptarían conjuntamente en la mesa comunitaria. A grandes rasgos, el eje franco-alemán apostaba por reforzar el poder institucional de la CEE y por alcanzar una política de defensa común<sup>443</sup>. Estas dos cuestiones serían, precisamente, las que acabarían dominando el debate en la CIG encargada de la unión política, que el 15 de diciembre — en la jornada de clausura de la reunión de los líderes europeos— se ponía en marcha sin el progreso que, hasta la fecha, venía mostrando el avance hacia la UEM, que ahora comenzaba su propia conferencia de forma paralela con unos objetivos más concretos y coherentes.

Pese a la divergencia de opiniones sobre el diseño de la Europa del futuro, la presidencia italiana cerraría el Consejo Europeo de Roma con unas conclusiones que pudiesen ser asumidas por todos, de tal forma que, ante el inicio de las dos CIG, se lanzase un claro mensaje de unidad, alejado de la división que había evidenciado el aislamiento de la Dama de Hierro en la última cumbre. Así pues, con un acuerdo frágil por su carácter genérico —rubricado justo allí donde había nacido la CEE— los líderes de los Doce daban paso al debate más profundo de su historia sobre la reforma de los tratados, que debía producirse con celeridad para permitir la ratificación de sus conclusiones antes de terminar el año 92, coincidiendo con la entrada en vigor del mercado único<sup>444</sup>.

De esta forma concluía el primer año de la década de los noventa, que se despedía con el nacimiento de la World Wide Web, un paso transcendental hacia la realización de la aldea

---

<sup>442</sup> Como diría Alasdair Blair, Major se erigió como un gestor del partido y no como un líder activista. Citado en BLAIR, A.: *Britain and the Negotiation of the Maastricht Treaty*, Aldershot, Ashgate, 1999, p. 113. En palabras de Boris Johnson, tras el líder guerrero, el hombre de paz: tras Churchill, Attlee; tras Calígula, Claudio. Tras la que dividía, el que sanaba —en referencia a Thatcher y su sucesor—. Ver *The Spectator*, 23-7-1994, p. 16.

<sup>443</sup> En la carta se pedía más poder para el Parlamento Europeo, la institucionalización del Consejo Europeo, el aumento de las competencias de la Comisión y la ampliación de la toma de decisiones por mayoría en el Consejo de Ministros —así como en el propio Consejo Europeo—. Ver *The Guardian*, 8-12-1990, p. 1.

<sup>444</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre —en concreto, la primera parte, que es la que nos compete—: [https://www.consilium.europa.eu/media/20533/1990\\_diciembre\\_-\\_roma\\_\\_es\\_\\_part\\_i.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20533/1990_diciembre_-_roma__es__part_i.pdf) (18-7-2021, 17:08).

global contemplada por McLuhan. 1991, por su parte, presenciara las primeras guerras televisadas: a la guerra del Golfo —finalizada el 28 de febrero, tras la intervención de una coalición liderada por EE. UU.— le seguiría poco después el conflicto en Yugoslavia, que impactaría de forma particularmente notable en los telespectadores europeos, conmocionados al ver tanta sangre en su propio continente a las puertas del siglo XXI. Por otro lado, 1991 sería también el año en el que se alcanzaría el pico en el apoyo del pueblo anglosajón a la permanencia en la familia comunitaria, justo cuando la Europa de los Doce se disponía a dar el mayor salto adelante de toda su trayectoria<sup>445</sup>.

Ciertamente, cualquier Gobierno en las Islas hubiese tenido dificultades a la hora de participar en una negociación sobre la reforma de los tratados que aspirase a crear una moneda única y a establecer una unión política<sup>446</sup>. No obstante, si alguien parecía capacitado para gestionarlo con éxito ese era John Major, dispuesto a tender puentes tanto en su partido como en la Comunidad. El líder *tory* —que, desde un principio, trataría de mejorar la relación con París y Bonn para proteger con mayores garantías los intereses nacionales— afrontaría las dos CIG con la idea de aprovechar al máximo las ventajas que podía ofrecer la participación en la CEE y, al mismo tiempo, minimizar las concesiones que le correspondería hacer a su país, de tal forma que Westminster pudiese asumir el acuerdo final<sup>447</sup>.

Así pues, con las elecciones emergiendo en el horizonte y los *tories* divididos en torno a Europa, el equipo de John Major encararía las discusiones en Bruselas con un ojo puesto en la política doméstica, a sabiendas de que un resultado controvertido podría acabar de romper la unidad de los conservadores, desbaratando sus opciones de lograr en las urnas su cuarta victoria consecutiva<sup>448</sup>.

Por lo general, la actividad de las dos CIG se desarrollaría con el trabajo semanal de los representantes permanentes, acompañado por las reuniones mensuales a nivel ministerial, que se acabarían intensificando según se acercaba el Consejo Europeo de diciembre en

---

<sup>445</sup> El porcentaje de apoyo alcanzaba el 63%. Citado en VAUGHNE, M.: “Leaving the EU”, House of Commons Library, documento de investigación 13/42, 1 de julio de 2013, p. 4.

<sup>446</sup> FORSTER, A.: op. cit., p. 21.

<sup>447</sup> MAJOR, J.: op. cit., p. 581.

<sup>448</sup> Esta es precisamente la tesis del libro ya citado de Anthony Forster: la posición del Gobierno británico y sus éxitos en las CIG durante el periodo 1990-91 solo pueden ser entendidas en conexión directa con el contexto político doméstico. Citado en FORSTER, A.: op. cit., p. 2.

Maastricht, donde se esperaba que los líderes comunitarios diesen su aprobación final a las conclusiones alcanzadas en ambas conferencias.

John Major reservaría su protagonismo para esta última fase de las discusiones, aunque a mediados de marzo sería objeto de la atención mediática al acudir a Alemania para poner de manifiesto su deseo de que Reino Unido estuviese en el corazón de Europa<sup>449</sup>; unas palabras que, tanto propios como extraños, interpretarían —con cierta exageración<sup>450</sup>— como la prueba paradigmática del *rapprochement* que venía dominando la política europea del nuevo Gobierno desde su llegada al poder.

La postura de Reino Unido sería bastante clara desde el principio, aunque Downing Street decidiría no presentar un Libro Blanco de cara a las negociaciones<sup>451</sup>; una decisión que probaba el deseo del *premier* de no atarse las manos de partida, ni ante sus colegas europeos ni ante sus compañeros de filas.

Sobre la unión política, Londres no cerraba la puerta a incrementar el poder del Parlamento Europeo —aunque de forma limitada<sup>452</sup>, en línea con su idea de evitar una excesiva centralización y de consagrar el principio de subsidiariedad— no estaba dispuesta a otorgar un rol defensivo a la CEE —si bien accedería a estrechar la cooperación en el ámbito de la UEO, siempre bajo el paraguas de la OTAN<sup>453</sup>— y se negaba a comprometerse con la Carta Social —una posición en la que Michael Howard, a cargo de Empleo, se mostraría inflexible—.

---

<sup>449</sup> *The Guardian*, 12-3-1991, p. 8.

<sup>450</sup> Así lo entendería el propio John Major, que reconoce que se equivocó al pensar que no estaba diciendo nada nuevo: pocos sentimientos habían causado tantos estragos o habían sido tan tergiversados en la historia política reciente de Reino Unido. Citado en MAJOR, J.: op. cit., p. 269.

<sup>451</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 155. El Gobierno de Londres no ofreció a los negociadores británicos un paquete completo de instrucciones tácticas, sino que más bien les trasladó sus preferencias generales, que indicaban aquello sobre lo que estaba en contra y no cómo se podrían obtener sus objetivos. Citado en BLAIR, A.: op. cit., p. 203.

<sup>452</sup> Londres, por ejemplo, sí veía con buenos ojos que el Parlamento Europeo recibiese nuevas competencias para fiscalizar el trabajo de la Comisión.

<sup>453</sup> Así lo sugerirían unas palabras pronunciadas por Douglas Hurd el 19 de febrero, con las que el jefe del Foreign Office parecía mostrarse abierto a que la UEO asumiese más responsabilidades para ser más autosuficiente. Ver *The Guardian*, 20-2-1991, p. 10. Ya en octubre, Reino Unido lanzaría una declaración conjunta con Italia en la que se apostaba por reforzar el pilar europeo de la alianza atlántica, planteando la creación de una fuerza de reacción rápida bajo la UEO. En este documento, Londres aceptaba por primera vez que la unión política implicaba una perspectiva a largo plazo de una política común de defensa. Citado en CORBETT, R.: op. cit., p. 47.

Por su parte, en la CIG sobre la UEM, la delegación anglosajona —aceptando que no podría frenar el deseo mayoritario de alcanzarla y renunciando, gradualmente, a su propuesta del “hard ecu”— trataría de asegurarse la posibilidad de acceder a las últimas fases de la misma por decisión propia —a través de la fórmula del *opt-out*—<sup>454</sup>.

A mediados de abril —tras cuatro meses de intensas negociaciones— la presidencia luxemburguesa publicaba un primer borrador del tratado que, aunque incluía algunos puntos controvertidos para Londres<sup>455</sup>, respetaba la estructura de las tres columnas preferida por los británicos. De acuerdo con este diseño, tanto la política exterior y de seguridad como los asuntos de justicia e interior permanecerían bajo control de los Estados miembros, quedando el primer pilar para todo aquello que fuese competencia de la Comunidad.

Ya en el mes de junio —y antes de que se celebrase el Consejo Europeo de Luxemburgo— se presentaría una nueva versión de dicho borrador que, aun manteniendo el sistema de los tres pilares y sin suscitar grandes objeciones en Downing Street<sup>456</sup>, incluía una mención expresa a la vocación federal de la Comunidad, del todo inaceptable para Londres. Esta referencia encendería las alarmas en las Islas, ya que —a pesar de tener connotaciones dispares entre los Doce— nunca antes se había utilizado en el vocabulario oficial de la construcción europea, lo que podría dar alas a aquellos que —como la Dama de Hierro— no cejaban en su afán por denunciar las supuestas ambiciones imperiales de la CEE<sup>457</sup>. Empero, la incorporación de la “F-word” —siguiendo el término

---

<sup>454</sup> De la misma forma que no debía permitirse que un país frenase el deseo de otros de avanzar hacia la UEM, tampoco esa mayoría podría obligar a dicho país a comprometerse con la misma. Jacques Delors apoyaría esta idea en el mes de mayo. Citado en DUFF, A., PINDER, J. y PRYCE, R.: op. cit., p. 46. Sobre la posición de Washington hacia la UEM, Geir Lundestad señalaba que, indudablemente, una unión monetaria ayudaría a las empresas americanas establecidas dentro de la CEE y aliviaría enormemente el fastidioso problema de las devaluaciones competitivas, aunque también podría amenazar el rol central del dólar en las finanzas internacionales. De ahí que EE. UU. —que adoptaría un perfil bajo— no se opusiese a la UEM por considerarla inevitable y, en cierta medida, deseable. Citado en LUNDESTAD, G.: op. cit., p. 117.

<sup>455</sup> Como el establecimiento —en algunos casos— de la toma de decisiones por mayoría cualificada en el ámbito de la política exterior y de seguridad común.

<sup>456</sup> Además del objetivo federal, en las Islas no gustaban las propuestas sobre la ciudadanía europea ni sobre la política social, incluyendo la toma de decisiones por mayoría cualificada. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 208.

<sup>457</sup> Valga como ejemplo el discurso pronunciado por Margaret Thatcher en Chicago la noche del 17 de junio. Ver *The Guardian*, 18-6-1991, p. 6.

empleado en la jerga periodística<sup>458</sup>— no sería un punto importante de la negociación, aunque formaría parte del juego de la misma y no estaría exenta de polémicas<sup>459</sup>.

Con todo, el Gran Ducado dejaba que las cuestiones más complejas —como la defensa europea, la política social, la extensión del voto por mayoría o la asunción de nuevos poderes por parte del Parlamento Europeo— fuesen abordadas por la presidencia entrante de los Países Bajos<sup>460</sup>; una decisión que permitiría a John Major cumplir con su intención de reservarse la última palabra para más adelante, de tal forma que se evitase crear tensiones innecesarias en las Islas que pudiesen debilitar la posición negociadora de su Gobierno justo cuando se aproximaba la hora de la verdad.

Así pues, en el verano de 1991 —dominado por los conflictos surgidos a raíz de la desintegración de Yugoslavia, a la par que se agudizaba el colapso de la URSS y el Gobierno de Major presentaba su Carta de los Ciudadanos para tratar de mejorar los servicios públicos<sup>461</sup>— la Europa de los Doce contaba con un acuerdo base para encarar la última y decisiva mitad del año, que debería concluir de forma exitosa en la reunión que celebrarían los jefes de Estado y de Gobierno en la ciudad de Maastricht.

Pero el inicio de esta recta final no ofrecería una perspectiva muy halagüeña. Tras el parón estival —y para sorpresa de muchos— la presidencia holandesa decidía circular un nuevo proyecto de tratado que difería en buena medida del borrador vigente hasta la fecha, alegando que —tal y como habían convenido los líderes comunitarios en la última cumbre— la propuesta de Luxemburgo no era más que un texto base para proseguir con las negociaciones<sup>462</sup>. La nueva versión —mucho más ambiciosa— ponía fin a la estructura en forma de templo sustentada por un pilar comunitario y dos

---

<sup>458</sup> FRIEND, J. W.: “Nationalism and national consciousness in France, Germany and Britain: the year of Maastricht” en *History of European Ideas*, nº 2, vol. 18, 1994, p. 196.

<sup>459</sup> BLAIR, A.: op. cit., p. 79 y CORBETT, R.: *The Treaty of Maastricht: From Conception to Ratification: A Comprehensive Reference Guide*, Harlow, Longman, 1993, p. 38.

<sup>460</sup> LAURSEN, F. y VANHOONACKER, S.: “The Intergovernmental Conference on Political Union. Institutional Reforms, New Policies and International Identity of the European Community”, documento de investigación del European Institute of Public Administration de Maastricht, Dordrecht, Martinus Nijhoff Publishers, 1992, p. 17.

<sup>461</sup> De acuerdo con Andrew Marr, se establecían una serie de medidas para mejorar los estándares de los servicios públicos —cuestionarios, clasificaciones para fomentar la competitividad, inspecciones, premios, etc.— lo que acabaría creando mayor burocracia y centralización. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 340.

<sup>462</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/media/20524/1991\\_junio\\_-\\_luxemburgo\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20524/1991_junio_-_luxemburgo__es_.pdf) (20-7-2021, 8:46).

intergubernamentales, apostando, en cambio, por un diseño unitario que reservaba a las instituciones todos los temas clave, incluida la política exterior y de seguridad. Además, el Parlamento Europeo era dotado de mayores responsabilidades<sup>463</sup>.

Poco duraría sobre la mesa el controvertido planteamiento neerlandés, ya que —al margen de que pudiese gustar más o menos en según qué capitales— la mayoría de los Doce se oponía a suscribir un cambio tan radical<sup>464</sup>. Así pues, en cuestión de días los holandeses retiraban su borrador, aunque su acometida federal no sería de balde, en tanto en cuanto contribuiría a avivar la discusión a menos de diez semanas para que se celebrase la cumbre definitiva.

Dado que se acercaba la hora de los compromisos, el sector thatcherista del Partido Conservador trataría de atizar el debate en las Islas<sup>465</sup>, erigiéndose como una suerte de oposición a su propio Gobierno al entender que tanto este último como el *Labour* —con un europeísmo de escaso recorrido— apenas estaban mostrando interés por abordar en profundidad la cuestión europea en Westminster, pervirtiendo la esencia de la democracia parlamentaria. De acuerdo con su pensamiento, la integración europea había alcanzado su tope con el AUE, de modo que cualquier avance sustancial que se acordase en las próximas semanas sería considerado como una cesión de soberanía inadmisibile.

Con esta idea de trasfondo, hacia finales de noviembre —justo cuando se cumplía un año del golpe interno contra la Dama de Hierro— el otrora presidente de los *tories*, Norman Tebbit —contando con el aliento de *Maggie*<sup>466</sup> y animado por una encuesta reciente publicada en el diario *The Sunday Times*<sup>467</sup>— aprovecharía la decisión de John Major de

---

<sup>463</sup> *The Guardian*, 25-9-1991, p. 2.

<sup>464</sup> Así lo expresarían los ministros de Exteriores de la CEE en su reunión del 30 de septiembre, de tal forma que esta jornada pasaría a ser conocida como el Lunes Negro. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 126. Habría que esperar al 8 de noviembre para que la presidencia holandesa presentase una nueva versión.

<sup>465</sup> Por su parte, Alan Sked decidía crear en el mes de noviembre la formación política Anti-Federalist League, partidaria de una asociación y no de una Unión Europea. Este sería el embrión del Partido de la Independencia de Reino Unido —más conocido como UKIP, por sus siglas en inglés— fundado en septiembre del 93.

<sup>466</sup> La Dama de Hierro creía que sería necesario recurrir a la consulta popular si todos los partidos decidían apoyar la moneda única. Ver *The Guardian*, 21-11-1991, p. 1. Curiosamente, la ex *premier* —en su día contraria a la celebración del referéndum sobre Europa de 1975— haría alusión a la dictadura electiva mencionada por Lord Hailsham en uno de sus discursos para justificar su postura. Ver *The Guardian*, 21-11-1991, p. 8.

<sup>467</sup> De acuerdo con esta —realizada por MORI— el 56% de las personas encuestadas querían un referéndum sobre lo que se decidiese en Maastricht, mientras que un 54% se decantaban por votar en contra de la moneda única. Ver *The Guardian*, 25-11-1991, p. 1. Otra encuesta de MORI, publicada unos días más tarde

exponer ante los Comunes sus objetivos de cara a la cumbre de Maastricht para exigir la convocatoria de un referéndum en cuanto se conociese el acuerdo final<sup>468</sup>. Paddy Ashdown, el jefe de los liberales, también se sumaría a esta demanda; en su caso, con la idea de que un hipotético apoyo popular lograra fortalecer el papel de Reino Unido en la Comunidad.

Con todo, el *premier* descartaría de plano la celebración de una consulta, lamentando que la creciente presión del ala derecha de su partido pudiese minar su posición negociadora en Maastricht. Aún así, el dirigente de Surrey —que había reiterado en sede parlamentaria su deseo de que Reino Unido ejerciese de líder en la CEE<sup>469</sup>— acudiría a la ciudad del Mosa con el respaldo mayoritario de la cámara a sus principales propósitos: eliminar la referencia a la vocación federal, no comprometerse con la moneda única<sup>470</sup>, rechazar la comunitarización de la política social, establecer el principio de subsidiariedad, reforzar el control sobre la actividad de la Comisión así como el poder del Tribunal de Justicia europeo para garantizar el cumplimiento de la ley y, por último, mantener tanto la política exterior y de seguridad como los asuntos de justicia e interior en manos de los Estados miembros<sup>471</sup>.

La Europa de los Doce se daría cita en Maastricht durante los días 9 y 10 de diciembre con las negociaciones sobre la UEM prácticamente finalizadas<sup>472</sup>, mientras que, en lo referido a la unión política, los líderes comunitarios tendrían que acabar de cerrar el paquete final. Ello explica que la primera jornada de la reunión se centrara en la UEM y

---

por el diario *The Times*, confirmaba que la mayoría quería una consulta sobre la moneda única para votar en contra de ella. No obstante, ello no impedía que el apoyo al proyecto europeo entre los británicos alcanzase su mayor pico desde el año 75: casi siete de cada diez creían que era muy o suficientemente importante que Reino Unido estrechase sus vínculos con la Comunidad. Ver *The Times*, 7-12-1991, p. 4.

<sup>468</sup> *The Guardian*, 22-11-1991, p. 8. En la actualidad, se sigue acusando al ex *premier* Edward Heath por haber ocultado deliberadamente en su día la verdadera naturaleza política del Tratado de Roma. Para los más euroescépticos, ello habría invalidado la consulta del año 75, ya que supuestamente se habría engañado a los británicos a conciencia.

<sup>469</sup> *The Guardian*, 21-11-1991, p. 8.

<sup>470</sup> Como dice Stephen Wall, tanto ahora como a lo largo de toda la década sería políticamente inconcebible que un Gobierno británico abrazase la moneda única, al igual que en los cincuenta hubiese hecho lo propio con la CECA. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 200.

<sup>471</sup> Para ver el texto de la moción en su integridad:

<https://publications.parliament.uk/pa/cm199192/cmhansrd/1991-11-20/Debate-1.html> (20-7-2021, 13:28). El Gobierno conseguiría una mayoría de 101, con solo seis diputados *tories* votando en contra. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 459.

<sup>472</sup> A principios de diciembre, solo quedaban cuatro grandes cuestiones pendientes de ser solventadas: los términos de la cláusula del *opt-out* para Reino Unido, ciertos aspectos de la transición a la tercera fase, el tema de la cohesión y algunos asuntos de carácter institucional. Citado en DUFF, A., PINDER, J. y PRYCE, R.: op. cit., p. 46.

que el acuerdo sobre la unión política —alcanzado en medio del habitual dramatismo— no llegase hasta el último segundo<sup>473</sup>.

En cuanto a la UEM, los Doce acordaban el establecimiento de la moneda única —y, por ende, del banco central europeo— para el año 97 o 99; un último paso que llegaba más tarde de lo previsto pero que, en cualquier caso, aseguraba el carácter irreversible del proceso. Esta decisión confirmaba la impotencia de Londres para frenar la tercera fase del Plan Delors, aunque los británicos obtenían —por medio de un protocolo vinculante— total libertad para decidir su acceso a la misma<sup>474</sup>. Además, la delegación anglosajona celebraba —al igual que el Bundesbank— que se fijasen criterios de convergencia estrictos para quienes aspirasen a adoptar la nueva divisa<sup>475</sup>.

Respecto a la unión política, Reino Unido lograba que prevaleciese la estructura en forma de templo, según la cual se establecía un nuevo marco jurídico para la cooperación intergubernamental tanto en materia de política exterior y seguridad como en asuntos de justicia e interior, que —de acuerdo con las tesis anglosajonas— permanecían al margen de los tratados. Asimismo, el rol de la UEO salía reforzado sin que se cuestionase la primacía de la OTAN, el Parlamento Europeo veía frustradas sus esperanzas de contar con nuevas atribuciones de calado y, en lo referente al capítulo social —incluido en el tratado en forma de protocolo— este no sería aplicable en las Islas<sup>476</sup>. Además, tres

---

<sup>473</sup> LAURSEN, F. y VANHOONACKER, S.: op. cit., p. 20. Como señalan Moreno y Núñez, las posiciones con las que llegaron las delegaciones nacionales a Maastricht eran muy distantes: “Alemania, Francia y España, apoyados por el Benelux, Italia, Grecia y Portugal, habían hecho público su compromiso con una evolución federal de la Comunidad, pero Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda rechazaban nuevas cesiones de soberanía”. Citado en MORENO, A. y NÚÑEZ, V.: *Historia de la construcción europea desde 1945*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, p. 182.

<sup>474</sup> Tal y como señalaba Stephen George, la llegada de la moneda única tenía un componente más destructivo que el capítulo social para los conservadores, ya que implicaba la pérdida de soberanía y, al mismo tiempo, una oportunidad económica para el mundo de los negocios. ¿Por qué? Precisamente porque los *tories* eran el partido de la nación y a la vez del capitalismo. Citado en GEORGE, S.: “Britain: Anatomy of a Eurosceptic state” en *Journal of European Integration*, nº1, vol. 22, p. 29. Cabe indicar que el Gobierno británico llegaba a Maastricht con la idea de que la cláusula de exención sobre la UEM fuese de carácter general, aunque finalmente tendría que aceptar que solo se concediese a su país.

<sup>475</sup> Los indicadores tendrían que ver con la inflación, los tipos de interés a largo plazo, el déficit público y la deuda pública. Ver *La Vanguardia*, 11-12-1991, p. 7.

<sup>476</sup> Si bien, tal y como indica John W. Young, esta cláusula podía ser burlada de diferentes maneras: a través de los fallos del Tribunal de Justicia europeo, por medio de decisiones para implementar el mercado único y, de forma más significativa, apelando a las medidas de salud y seguridad recogidas en el AUE. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., pp. 164-65.

principios se hacían un hueco a partir de ahora en el lenguaje de la construcción europea: ciudadanía<sup>477</sup>, cohesión y subsidiariedad; esta última muy del agrado de Londres.

Una vez terminada la negociación, John Major recurriría al argot tenístico para mostrar su felicidad por el resultado obtenido: “juego, set y partido” para la escuadra anglosajona<sup>478</sup>. Como diría el propio *premier* en su autobiografía, su hazaña en Maastricht habría sido el equivalente moderno de un *triumphus* romano<sup>479</sup>. Ni el triunfalismo del líder conservador ni su cálida recepción en las Islas<sup>480</sup> hacían presagiar que el pacto sellado en los Países Bajos acabaría dando tantos quebraderos de cabeza al 10 de Downing Street<sup>481</sup>.

Y es que, además de que las mayores críticas a las conclusiones alcanzadas en tierras neerlandesas procederían en un primer momento de los países más europeístas —al

---

<sup>477</sup> Como recuerda David Gowland, en algunos círculos la palabra “ciudadano” todavía evocaba algunos recuerdos desagradables de la Francia revolucionaria de finales del siglo XVIII. Citado en GOWLAND, D.: op. cit., p. 23.

<sup>478</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 433.

<sup>479</sup> MAJOR, J.: op. cit., p. 288.

<sup>480</sup> El *Daily Mail* interpretaría el acuerdo de Maastricht como una victoria de Major por *knock-out* y, al día siguiente, dedicaría su editorial al asunto con el título “Bueno para Europa y genial para Reino Unido”. Ver *Daily Mail*, 11-12-1991, p. 1 y *Daily Mail*, 12-12-1991, p. 6. Para el *Daily Telegraph* los *tories* debían estar agradecidos por la labor de su líder en los Países Bajos, ya que gracias a su tacto, encanto, dominio del detalle, determinación y habilidad negociadora, Major había extraído un resultado que su predecesora no habría ni imaginado poder alcanzar. Ver *The Daily Telegraph*, 12-12-1991, p. 20. También el *Daily Express* interpretaba el acuerdo como una victoria de Major y creía que se había conseguido un buen resultado para Reino Unido, entre otras cosas por haber sido consagrada una Europa más realista. Ver *The Daily Express*, 11-12-1991, p. 1 y *The Daily Express*, 11-12-1991, p. 8. El diario *The Guardian*, por su parte, ponía el foco en el histórico paso hacia delante de la unidad europea, que Londres acompañaba pero desde el carril lento. Ya en el espacio editorial, esta cabecera destacaba que Reino Unido era querido en la Comunidad pero, al mismo tiempo, este seguía siendo diferente en ella. Ver *The Guardian*, 11-12-1991, p. 1 y *The Guardian*, 11-12-1991, p. 20. *The Economist* entendía que el éxito en Maastricht no solo había disipado el miedo a la división de los *tories* por Europa, sino que había contribuido a elevar la estatura de Major y a estimular la confianza en sí mismo en un momento crítico. Ver *The Economist*, 14-12-1991, p. 29. Por su parte, la revista *The Spectator* creía que la pregunta más oportuna era si el Tratado de Maastricht tenía algún sentido. Ver *The Spectator*, 14-12-1991, p. 5.

<sup>481</sup> Para Juan Tapia, el entonces director del diario *La Vanguardia*, debido a las cláusulas de exención conseguidas por Londres la naciente UE salía de esta cumbre como una unión de once más uno. Ver *La Vanguardia*, 11-12-1991, p. 2. En la prensa española de la época, si bien periódicos como *El País* o *La Vanguardia* mostrarían su apoyo sin fisuras a la Europa de Maastricht, *ABC* adoptaría una posición muy cercana a la de Reino Unido —tanto antes como después de la cumbre en tierras holandesas— al entender que la integración federal diseñada llegaba demasiado rápido, ya que trataba de establecer por decreto una realidad que carecía de bases firmes para hacer efectiva una empresa de tanta envergadura. De ahí que, aun reconociendo la importancia de la fecha para el proyecto europeo, cargase contra los “eurofrenéticos” y “euromaximalistas” por priorizar el idealismo sobre la realidad práctica. De acuerdo con su visión, el Club debía evolucionar con pragmatismo, al ritmo del sentir popular. Ver *ABC*, 8-12-1991, p. 21. De hecho, *ABC* acabaría instando al Gobierno de Felipe González —al que acusaría de “despotismo sin ilustrar” por la falta de información ofrecida a la ciudadanía sobre el nuevo texto— a que convocase una consulta para que los españoles se pronunciasen sobre la Europa consagrada en Maastricht —que, en su opinión, era una Europa socialista dominada por el centralismo, el secretismo y la burocracia—.

entender que la reforma se había quedado corta, para satisfacción del grupo minimalista encabezado por Reino Unido<sup>482</sup>— Major regresaba a casa habiendo cumplido con todo lo que había prometido en los Comunes un par de semanas antes; un éxito que le permitiría obtener —justo antes de las vacaciones de Navidad— el respaldo de los Comunes al Tratado de Maastricht, con tan solo siete *tories* votando en contra y tres decantándose por la abstención<sup>483</sup>.

Ahora bien, esta no sería la última palabra de la cámara sobre el también llamado Tratado de la Unión Europea. Por paradójico que pudiese parecer, una cosa era obtener la bendición parlamentaria a los resultados de la cumbre y otra muy distinta que esos mismos diputados accediesen a introducir la legislación necesaria para hacerlos realidad.

Que John Major había defendido con notable habilidad la soberanía de la vieja *Britannia* en los Países Bajos era indudable; más controvertido resultaba valorar si realmente había logrado proteger los intereses de su país con tanta efectividad<sup>484</sup>. Sea como fuere, Maastricht veía nacer a la Unión Europea (UE), que había estado casi dos décadas en gestación. Lo quisiera o no, Reino Unido era uno de sus progenitores, aunque el resto de socios —a cambio de que este facilitase la concepción— le permitían desentenderse completamente de la política social y, de forma provisional, de la UEM<sup>485</sup> —cuyos defectos generaban más dudas en el Gobierno anglosajón que la anterior—.

De esta manera, el “nuevo comienzo” del proyecto europeo —del que se hablaría en el continente a raíz de Maastricht, por ser considerado el principio de la senda federal<sup>486</sup>— llevaría implícito un ensanchamiento del canal de la Mancha, ya que —con sus dos cláusulas de exención— Londres se desmarcaba del *acquis communautaire*<sup>487</sup>. Una

---

<sup>482</sup> CORBETT, R.: op. cit., p. 64. Aún así, Jonathan Story ha señalado que las concesiones hechas por todos hacían que nadie estuviese satisfecho con el resultado y, al mismo tiempo, que todos pudiesen atribuirse una victoria parcial. Citado en STORY, J.: op. cit., p. 502.

<sup>483</sup> GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 460.

<sup>484</sup> WESTER, R.: “The United Kingdom and European Political Union”, p. 201 en LAURSEN, F. y VANHOONACKER, S.: op. cit.

<sup>485</sup> MORAVCSIK, A.: op. cit., p. 417.

<sup>486</sup> El Gobierno de Londres venía hablando constantemente de 1992 y de la realización del mercado único en vez de hacerlo de 1993 y de un nuevo comienzo, poniendo su atención de forma casi exclusiva en la dimensión comercial. Citado en EDWARDS, G.: “Britain and Europe”, p. 222 en STORY, J.: op. cit.

<sup>487</sup> Citado en HENIG, S.: op. cit., p. 92. El Partido Laborista criticaría el acuerdo de Maastricht, precisamente, por las dos exenciones ofrecidas a Reino Unido, a las que atacaría por representar, en su opinión, la mentalidad *opt-out* del Gobierno de John Major. Ver *The Guardian*, 21-5-1992, p. 6.

autoexclusión lamentada por los británicos con pedigrí europeísta, que entendían que se había consagrado la Europa a dos velocidades, tantas veces vituperada en las Islas. Por su parte, para las voces más críticas con la integración, los *opt-out* no hacían sino poner de relieve el peligro que suponía la totalidad del tratado<sup>488</sup>. Pese a ello, la sensación más extendida al término del año era que Maastricht había transformado a John Major en un estadista de talla internacional y, al mismo tiempo, en un líder capaz de gestionar con éxito las diferencias de su partido respecto a Europa<sup>489</sup>.

Así pues, 1991 se despedía presenciando el avance hacia una unión más estrecha de la Europa de los Doce —con el eje franco-alemán como fuerza motriz<sup>490</sup>— justo cuando la URSS certificaba su liquidación<sup>491</sup> —y, con ella, la de Gorbachov— y al mismo tiempo que Yugoslavia se seguía desangrando y los ciudadanos de Europa Central y del Este trataban de asimilar el vuelco que estaba suponiendo para sus vidas la transición hacia el capitalismo. Ciertamente, el continente europeo estaba en plena ebullición.

## 2.2 Del Tratado de Maastricht al *brexit*

### 2.2.1 Major, el débil: sobrevivir a las heridas de Maastricht

1992 fue bautizado por la reina Isabel II como *annus horribilis* para la familia real británica<sup>492</sup>. Por motivos muy diferentes, Jacques Delors reconocía al término del mismo que él también había soñado con un año diferente<sup>493</sup>. Y es que, en palabras de Walter Goldstein, se suponía que el año 92 marcaría un punto de inflexión místico en la gloria de Europa; un viaje hacia lo desconocido, como en 1492<sup>494</sup>. Pero, contra todo pronóstico,

---

<sup>488</sup> Citado en MAY, A.: op. cit., p. 82. Los dos *opt-out* también molestarían a los laboristas y a los liberales, cuyos líderes eran favorables a que su país suscribiese todo el tratado. De esta manera, ambos partidos serían capaces —más tarde— de causar un daño enorme al Gobierno durante el trámite legislativo de dicho tratado, sin que ello pareciese significar que hubiesen abandonado su apoyo general a lo acordado por los Doce en tierras holandesas. Citado en BAKER, D., GAMBLE, A. y LUDLAM, S.: “The Parliamentary Siege of Maastricht 1993: Conservative Divisions and British Ratification” en *Parliamentary Affairs*, nº 1, vol. 47, 1994, p. 38.

<sup>489</sup> BLAIR, A.: op. cit., p. 196.

<sup>490</sup> BAUN, M.: op. cit., p. 5.

<sup>491</sup> El 8 de diciembre nacía la Comunidad de Estados Independientes (CEI), conformada inicialmente por Rusia, Ucrania y Bielorrusia. El día 25 del mismo mes, Gorbachov dimitía como presidente, llegando el turno de Boris Yeltsin y su programa de reforma económica.

<sup>492</sup> Entre otros eventos desafortunados, durante este año se produce la separación de sus hijos Carlos y Andrés.

<sup>493</sup> *La Vanguardia*, 10-12-1992, p. 6.

<sup>494</sup> GOLDSTEIN, W.: “Europe after Maastricht” en *Foreign Affairs*, nº 5, vol. 71, invierno 1992-93, p. 122.

la Europa de Maastricht resultaría más fácil de firmar por los líderes de los Doce que de ratificar por los parlamentos nacionales. Nadie podría vaticinar en el momento de su rúbrica —reservada para un acto solemne celebrado en la propia ciudad de Maastricht el 7 de febrero— que harían falta casi dos años para su entrada en vigor, puesto que el nuevo tratado solo sería una realidad desde noviembre del 93<sup>495</sup>.

Por lo pronto, la naciente UE recibiría el nuevo año con el orgullo y la tranquilidad de haber hecho los deberes, lo que le permitía redirigir su atención hacia otros asuntos más corrientes, como las perspectivas financieras de la Comunidad para el resto de la década —recogidas en el llamado Paquete Delors II— la puesta a punto del mercado único —que debía ser efectivo a partir del 93— o la creación del Espacio Económico Europeo —que se acabaría produciendo en el mes de mayo, extendiendo el *single market* a los países de la EFTA para conformar el mayor mercado común del mundo<sup>496</sup>—.

En las Islas, el Gobierno de John Major —al que todavía le duraba su satisfacción por lo acordado entre los Doce en diciembre— se preparaba para enfrentarse por primera vez a las urnas, dedicando todos sus esfuerzos durante los primeros meses del año a lograr la cuarta victoria consecutiva de los *tories*, que esta vez planteaba muchas dudas: pese a que la popularidad del *premier* había aumentado desde su llegada al poder —favorecido, entre otras, por su actuación en la guerra del Golfo y por el abandono del *poll tax*— el *Labour* de Neil Kinnock seguía liderando las encuestas<sup>497</sup>.

Con la recesión todavía presente en las Islas, el líder conservador plantearía una campaña muy personalista, tratando de desmarcarse de los excesos del *thatcherismo* —insistiendo en su idea de construir una sociedad de oportunidades, compasiva<sup>498</sup>— y, al mismo tiempo, jugando la carta de la competencia frente a los laboristas, como si sus casi trece años apartados del poder los inhabilitasen para gobernar. Europa apenas tendría presencia en la contienda —al ser una cuestión que convenía esquivar a las dos principales

---

<sup>495</sup> En Reino Unido, tras la firma de Maastricht surgirían veintisiete organizaciones al margen del Parlamento para oponerse a la ratificación del nuevo tratado y hacer campaña por un referéndum sobre este, sobre la moneda única o sobre ambos. Esta sería una de las mayores movilizaciones públicas sobre un tema concreto desde 1945. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, p. 133.

<sup>496</sup> *La Vanguardia*, 3-5-1992, p. 71. Este acuerdo entraría en vigor el 1 de enero de 1994.

<sup>497</sup> El día previo al anuncio de la convocatoria electoral, una encuesta de ICM para *The Guardian* recogía que el Partido Laborista superaba en tres puntos a los *tories*. Ver *The Guardian*, 11-3-1992, p. 1.

<sup>498</sup> Para Andrew Marr, parecía un ensayo prematuro del lenguaje que usaría más tarde el Nuevo Laborismo de Tony Blair. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 334.

formaciones, en las que convergían sensibilidades dispares<sup>499</sup>— aunque el gran ausente sería el entusiasmo popular. Tal y como observaría John Simpson en las jornadas previas a la consulta, no parecía existir entre el electorado un gran deseo de virar hacia el *Labour*, como tampoco de mantener a los *tories* en el trono<sup>500</sup>.

Finalmente, el pueblo anglosajón apostaría por el *status quo* en la jornada del 10 de abril<sup>501</sup>. De esta manera, John Major se aferraba *in extremis* a su sillón de Downing Street, ahora con la legitimidad que le concedía el respaldo popular<sup>502</sup>. Pese a suponer todo un éxito —habida cuenta de que, en un principio, el viento no parecía soplar a favor del *premier*— su victoria tendría un sabor agrídulce: la mayoría de los suyos apenas superaba la veintena, lo que dejaba al dirigente de Surrey en una posición de evidente fragilidad<sup>503</sup>.

---

<sup>499</sup> Además, en líneas generales y pese a sus diferencias, ambos partidos apoyaban el Tratado de Maastricht, como también los liberales. Dentro del manifiesto del Partido Conservador, el capítulo sobre la Comunidad había identificado a los *tories* como el partido de Reino Unido en Europa durante los últimos treinta años. Habían discutido cuando había sido necesario, pero su visión no había sufrido cambios. Así, la formación conservadora se vanagloriaba de haber situado a su país en el corazón de Europa, erigiéndose como un socio sólido y respetado. Ver el programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de abril de 1992. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/1992/1992-conservative-manifesto.shtml> (22-7-2021, 16:05).

<sup>500</sup> *The Spectator*, 4-4-1992, p. 4. La opinión de Simpson coincidía con los resultados de una encuesta realizada en el mes de marzo por la empresa ICM para *The Guardian*, en la que quedaba reflejada la creciente desilusión de los electores, que acogían con desapego e incluso indiferencia la disputa verbal entre las dos principales formaciones nacionales. Ver *The Guardian*, 12-3-1992, p. 1.

<sup>501</sup> El día antes de celebrarse los comicios, el diario *The Sun* publicaría su famosa portada en la que pedía con sorna que, en caso de ganar Kinnock, la última persona en abandonar Reino Unido apagase la luz.

<sup>502</sup> En España, *ABC* se posicionaría apoyando expresamente al candidato *tory*, aunque reconocería que este había perdido la campaña ante el “socialismo convenientemente pasteurizado” de Kinnock. De hecho, el diario conservador destacaba que ahora la lucha ya no tenía lugar entre dos modelos de sociedad diferentes —uno colectivista y el otro liberal— sino sobre cuestiones concretas. Ver *ABC*, 9-4-1992, p. 19. Una vez conocidos el desenlace electoral, el decano de la prensa española celebraba que —en una nueva lección procedente de las Islas— la derecha liberal hubiese ganado afirmando sus propias verdades frente al llamado socialismo liberal, menos claro y sincero. Para *La Vanguardia* el resultado era una victoria personal de Major, quien representaba “el punto medio que la mayoría buscaba: ni entusiasta thatcherista ni converso como Kinnock”. Ver *La Vanguardia*, 11-4-1992, p. 18. Para *El País*, por su parte, el éxito de Major en las urnas se explicaba por el hecho de que fuese el hombre de la calle con el que se identificaba la gente corriente. Además, esta cabecera recuperaba las palabras de un político laborista, que comparaba a los británicos con un transatlántico porque tardaban mucho en cambiar de rumbo. Ver *El País*, 11-4-1992, p. 12.

<sup>503</sup> Máxime al ir erosionándose dicha mayoría con derrotas en *by-elections*, deserciones, suspensiones a varios diputados e incluso fallecimientos, como el de Iain Mills en enero del 97. Aun así, cabe destacar que en estos comicios, por primera vez en la historia de Reino Unido un partido superaba los catorce millones de votos en unas generales. Así lo recoge la Oficina de Información del Parlamento británico en un documento que se puede consultar en el siguiente enlace:

<https://www.parliament.uk/globalassets/documents/commons-information-office/m13.pdf> (22-7-2021, 17:05). Por primera vez desde el 73, los euroescépticos *tories* tenían capacidad para perturbar y, en última instancia, derrotar a su propio Gobierno si votaban con la oposición. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, p. 93.

Para colmo, a su exigua ventaja se sumaba la entrada en los Comunes de una nueva hornada de diputados conservadores con gran carga ideológica<sup>504</sup>, dispuestos a poner en apuros a su propio Gobierno si su causa así lo justificaba<sup>505</sup>. De este modo, si tras la caída de la Dama de Hierro Major había accedido al liderazgo *tory* en régimen de libertad condicional —dado que el ala derecha del partido no le permitiría desviarse del *thatcherismo*<sup>506</sup>— ahora ponía medio pie en prisión. Así pues, como diría Steve Richards, las semillas de la tragedia de Major —que no tardaría en precipitarse— serían sembradas en el mismo momento de su triunfo<sup>507</sup>.

La primera demostración llegaría a las pocas semanas de la reelección del *premier*, a propósito del trámite parlamentario de aquellas enmiendas que debían ser aprobadas en Westminster para que el Tratado de Maastricht se incorporase a la ley doméstica<sup>508</sup>. Este debate debía haberse producido con anterioridad, pero John Major había preferido aplazarlo hasta que se aclarase la situación política en las Islas. Una decisión que resultaría fatal.

El día 21 de mayo —apenas unas jornadas después de que Thatcher volviese a cargar públicamente contra la Europa de Maastricht, reavivando su particular cruzada<sup>509</sup>— veintidós diputados *tories* votaban en contra de la European Communities (Amendment) Bill. Aunque la mayoría gubernamental seguía siendo muy cómoda, el número de

---

<sup>504</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 137. De acuerdo con Anthony Forster, esta sería la armada *thatcherista* que la Dama de Hierro nunca había tenido durante sus años en el 10 de Downing Street. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, p. 93.

<sup>505</sup> Stephen Wall recuerda que cuando felicitó al primer ministro por su victoria, este le contestó que, en verdad, sus problemas no habían hecho más que comenzar. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 213. Como diría Chris Patten, el sector eurófobo del conservadurismo británico priorizaría la ideología sobre el país e incluso el dogma sobre la evidencia. Citado en PATTEN, C.: “John Major”, p. 162 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>506</sup> FORSTER, A.: op. cit., p. 26.

<sup>507</sup> RICHARDS, S.: op. cit., p. 200. Además, aunque en términos generales el Partido Laborista apoyaba el Tratado de Maastricht, este no dudaría en matizar su posición en determinados momentos para tratar de poner en aprietos al Gobierno conservador.

<sup>508</sup> Básicamente, se necesitaba incorporar las partes del tratado que modificasen lo estipulado en la European Communities Act del 72, así como modificar la European Elections Act del 78 —dado el aumento de los poderes del Parlamento Europeo—. Citado en CORBETT, R.: op. cit., p. 68.

<sup>509</sup> La Dama de Hierro comparaba la arquitectura del Berlaymont con la arquitectura política de la Comunidad, ya que, en su opinión, ambas estaban imbuidas del espíritu del “yesterday’s future”; es decir, la CEE estaba anticuada y debía renovarse o morir. Para ver su discurso íntegro: <https://www.margarethatcher.org/document/108296> (23-7-2021, 8:59). Unos días antes, la reina Isabel II intervenía por primera vez en la sede del Parlamento Europeo en Estrasburgo. Para consultar una versión editada del discurso ver *The Guardian*, 13-5-1992, p. 8.

rebeldes se había triplicado respecto a la última votación de diciembre<sup>510</sup>. En principio, la fuerza de este sector crítico parecía insuficiente para derrotar al Gobierno, pero bastaba para avergonzarlo<sup>511</sup>.

No obstante, un evento externo —que entraría en las Islas por el mar del Norte con la fuerza de un tsunami— daría alas a la causa euroescéptica, dejando en *shock* a toda la Comunidad<sup>512</sup>. En la jornada del 2 de junio, y por menos de 50.000 votos de diferencia, los daneses votaban en contra del acuerdo de Maastricht, que contaba con el respaldo mayoritario del *establishment* del país nórdico; un golpe al proyecto de integración equiparable al sufrido en el año 54 con el rechazo de Francia a la CED<sup>513</sup>. Más allá de los motivos que se escondían detrás del rechazo, la mayoría de las capitales comunitarias reaccionarían con un mensaje similar: podría realizarse algún un ajuste —sobre todo porque la aprobación del tratado requería unanimidad— pero el paso atrás era inconcebible<sup>514</sup>.

Así lo entendía también el Gobierno de Major, que no vacilaría a la hora de reafirmar su apoyo a lo acordado por los Doce en tierras neerlandesas. Pese a ello —y con el objetivo de limitar los daños— Downing Street se vería obligado a poner en suspenso la ratificación del tratado en Westminster, a la espera de que se despejase el *impasse* en el que cinco millones de personas habían situado a una familia que superaba los 350<sup>515</sup>.

Ciertamente, la corriente empezaba a ser favorable para quienes venían criticando la evolución de la unidad europea en las Islas, que ahora se sentirán con mayor legitimidad

---

<sup>510</sup> Resultado: 336-92. Ver *The Guardian*, 22-5-1992, p. 1.

<sup>511</sup> De hecho, esta era la mayor revuelta de los conservadores en torno a Europa desde el debate sobre la entrada de Reino Unido en la Comunidad, celebrado apenas dos décadas antes. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 280.

<sup>512</sup> Nunca antes en la historia de la Comunidad un país había sido incapaz de ratificar un tratado europeo. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 153.

<sup>513</sup> DUFF, A., PINDER, J. y PRYCE, R.: op. cit., p. 54. Para un acercamiento más profundo: CARLSEN, H. N., MEYER, N. I. y ROSS, J. T.: *Cuando un 'no' es un 'sí'. Dinamarca y el Tratado de Maastricht*, Bilbao, Bakeaz, 1993.

<sup>514</sup> Como diría Lord Beloff, si para los eurófilos entusiastas Maastricht significaba el fin del principio, en poco tiempo parecería más bien el principio del final. Citado en BELOFF, M.: op. cit., p. 111.

<sup>515</sup> Tal y como apuntaría el corresponsal de *La Vanguardia* en Londres, Valentí Puig, el rechazo de los daneses reforzaba la estrategia del *premier* de cooperación intergubernamental pero, al mismo tiempo, le situaba ante el campo de minas seguramente más mortífero de su biografía política. Ver *La Vanguardia*, 4-6-1992, p. 33.

para pedir una consulta en Reino Unido<sup>516</sup>. Margaret Thatcher —a punto de convertirse en baronesa— pedía brindar por los daneses, dado que habían salvado la soberanía de Reino Unido al obstaculizar el camino hacia la UE<sup>517</sup>. El diputado *tory*, Tony Marlow, iría un poco más lejos que la ex *premier*, llegando a plantear que el 2 de junio fuese declarado festivo en toda Europa para celebrar el día del pueblo, de la democracia o, si se prefería, del Estado nación<sup>518</sup>.

Eran tiempos de gran incertidumbre en la Comunidad. Y es que, tras el “nej” de los daneses, François Mitterrand —jugándose su reputación política— decidía convocar una consulta sobre el tratado en su país, añadiendo más dudas al futuro de los Doce. De poco serviría el sí de los irlandeses a la UE en la jornada del 18 de junio, por mucho que el *taoiseach*, Albert Reynolds, proclamase desde Dublín que el amplio respaldo otorgado por sus compatriotas había hecho resucitar a la UE<sup>519</sup>. Tampoco los líderes comunitarios — en su primer encuentro tras el referéndum danés, celebrado en Lisboa antes de concluir el mes de junio— lograrían disipar las dudas sobre el futuro del proyecto europeo, a pesar de insistir en la solidez de su compromiso con la Europa de Maastricht.

Eso sí, a escasos días de que Reino Unido asumiese la presidencia europea<sup>520</sup>, el concepto subsidiariedad empezaba a estar en boca de todos —convirtiéndose en una suerte de

---

<sup>516</sup> De acuerdo con una encuesta del Eurobarómetro publicada a mediados de mayo, el 63% de los británicos creía que el acuerdo de Maastricht era bueno para la CEE y un 55% que también lo era para su país. Más preocupante parecía otro dato: el 43% se hubiese mostrado indiferente si la Comunidad hubiese sido abolida. Ver *The Guardian*, 16-5-1992, p. 3. A raíz de lo ocurrido en tierras danesas surgirá en las Islas el llamado Fresh Start Group, cuyo primer objetivo será oponerse a la ratificación parlamentaria de Maastricht. Una de las ideas más importantes en el rechazo a Maastricht era que las ventajas económicas nunca podrían justificar el sacrificio de la soberanía nacional. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, p. 91.

<sup>517</sup> *The Guardian*, 29-6-1992, p. 1. En sus memorias, John Major señala a Margaret Thatcher como la culpable de que la tarea de asegurar la unidad del partido en el trámite parlamentario del Tratado de Maastricht pasase de ser difícil a prácticamente imposible. Citado en MAJOR, J.: op. cit., pp. 350-51.

<sup>518</sup> *The Guardian*, 4-6-1992, p. 2.

<sup>519</sup> Un 68,7% votaba a favor con una participación del 57%. Ver *La Vanguardia*, 20-6-1992, p. 3.

<sup>520</sup> A propósito de esta, el ministerio de Exteriores británico publicaba el documento “The UK Presidency of the European Community: 1 July-31 December 1992”, que comenzaba con un saludo inicial de John Major, quien, entre otras, decía las siguientes palabras: “Para nosotros, en Reino Unido, Europa es parte de nuestras vidas. Como isla, algunas de nuestras tradiciones son diferentes, pero nuestra historia y nuestra cultura están íntimamente ligadas a las de otras naciones europeas”. Ya en su discurso de apertura de la presidencia —pronunciado el 7 de septiembre en el Queen Elisabeth II Conference Centre— John Major ponía en valor el celo del poder legislativo en Reino Unido a la hora de valorar la ratificación del Tratado de Maastricht, un método que consideraba más efectivo que la vía del referéndum porque se centraba en el texto y lo estudiaba al milímetro. Por otro lado, tras lo sucedido en Dinamarca, creía que estaba emergiendo lo que los políticos británicos habían tenido siempre muy en cuenta: la necesidad de llevar con ellos a la propia nación. Por ello, el *premier* creía que los padres fundadores habían menospreciado la durabilidad del interés propio y de la identidad y el orgullo nacionales. Para Major, la lección de Maastricht era que

palabra fetiche— lo que probaba que, tras el tropezón en Dinamarca, los jefes de Estado y de Gobierno reconocían —con mayor o menor sinceridad— que, seguramente, la Comunidad se había alejado en exceso de la ciudadanía al concentrar demasiado poder en el Berlaymont.

De esta manera, las llamadas de John Major en la cumbre de Lisboa a construir una Europa menos intrusiva<sup>521</sup> ya no eran tanto una nueva muestra del particularismo británico como la expresión de un sentimiento extendido entre los Doce: si se quería contar con el apoyo de la opinión pública y completar con éxito la ratificación de Maastricht —una tarea dificultada por la crisis que ahora atravesaba la economía mundial, que había disparado las tasas de paro y el déficit público<sup>522</sup>— la emergente UE debía tener un rostro más humano y familiar<sup>523</sup>.

Con todo, el temor a que, a la vuelta del parón estival, los franceses propinasen un segundo golpe a la Europa de Maastricht —del que, con toda probabilidad, esta no se recuperaría— unido a la debilidad del dólar —que arrastraba a la baja el valor de otras divisas— y a los tipos altos en Alemania —con los que el Bundesbank trataba de contener los efectos del coste de la reunificación— conformaban un cóctel con alto potencial explosivo en los mercados financieros.

Esta agitación ya se estaba traduciendo en el debilitamiento de algunas monedas —como la esterlina— adscritas al Mecanismo Europeo de Cambio, blanco de críticas de los euroescépticos anglosajones, para quienes el anclaje de la libra a la banda de fluctuación conjunta —al obligar al Banco de Inglaterra a seguir la política monetaria restrictiva del Bundesbank si se quería mantener el *pound* ligado al marco— estaba prolongando la salida de la recesión de la economía británica. De ahí que Norman Tebbit bautizase al

---

había que trabajar juntos pero que no hacía falta recurrir siempre a leyes comunitarias. Eso era precisamente lo que recogía el tratado y, por tanto, había que ratificarlo. HAEU: HW-49.

<sup>521</sup> *The Guardian*, 26-6-1992, p. 10.

<sup>522</sup> PECHARROMÁN, J.: op. cit., p. 194.

<sup>523</sup> Resulta curioso que, pese a ello, Jacques Delors —protagonista del creciente poder del ejecutivo de la CEE— saliese reelegido como presidente de la Comisión en esta cumbre, viendo ampliado su mandato hasta el año 94. Precisamente, el Consejo Europeo aprobaría en Lisboa la propuesta de Jacques Delors de que la Comisión llevase a cabo un análisis sobre las leyes comunitarias futuras y pasadas para ver si estas estaban o no justificadas, en línea con el objetivo de tomar las decisiones desde el nivel de gobierno más adecuado y no, por defecto, desde las instancias comunitarias. Ver *The Guardian*, 29-6-1992, p. 12.

ERM —las siglas en inglés de lo que en español sería el MEC— como el Eternal Recession Mechanism<sup>524</sup>.

Si, tras lo ocurrido en Dinamarca, Downing Street vería frustrada su intención de impulsar la ampliación de la Comunidad durante su semestre al frente del Consejo —obligándole a tratar de asegurar primero la profundización de los Doce— lo acontecido al regreso de las vacaciones de verano marcaría no solo la presidencia europea de Reino Unido, sino la legislatura del Gobierno de Major e incluso la visión de los británicos hacia la construcción europea.

En la jornada del 16 de septiembre, la sucesión de grandes movimientos especulativos contra la libra —a la que contribuirían unas declaraciones del presidente del Bundesbank, que desataría la furia en capitales como Londres por insinuar que sería necesario reajustar las paridades de las monedas adscritas al SME<sup>525</sup>— obligaría al *chancellor*, Norman Lamont, a subir los tipos de interés y al Banco de Inglaterra a emplear sus reservas para comprar libras<sup>526</sup>, ambos con el objetivo de estabilizar la divisa nacional.

Incapaces de detener el pánico en los mercados y de mantener el valor de la esterlina en la banda de fluctuación conjunta, la moneda británica —al igual que la lira italiana— se veía forzada al día siguiente a abandonar el Mecanismo Europeo de Cambio<sup>527</sup>; un evento humillante —conocido como el Miércoles Negro— que costaría digerir en la vieja *Britannia*<sup>528</sup> y que llevaría a John Major a redactar una carta de dimisión que, finalmente, no sería entregada a la reina Isabel II<sup>529</sup>.

---

<sup>524</sup> Citado en una publicación *online* del diario *The Sun* del 1 de noviembre de 2015. Disponible en: <https://www.thesun.co.uk/archives/politics/116590/europes-dream-it-crumbled-and-died/> (23-7-2021, 14:53).

<sup>525</sup> *La Vanguardia*, 17-9-1992, p. 60. La falta de cooperación de Helmut Kohl en las horas más críticas —léase no forzar una baja de tipos— dañaría las relaciones entre este y su homólogo anglosajón.

<sup>526</sup> La salida del Mecanismo Europeo de Cambio le costaría, al menos, tres billones de libras a Reino Unido, con los que trataría de contener —sin éxito— la caída de la libra. Citado en KERSHAW, I.: *op. cit.*, p. 436.

<sup>527</sup> La peseta española, por su parte, sería devaluada.

<sup>528</sup> De acuerdo con el propio *premier*, toda una calamidad política y económica. Citado en MAJOR, J.: *op. cit.*, p. 312.

<sup>529</sup> *The Times*, 10-2-2005, p. 1.

Más allá de quienes fuesen los responsables de la tormenta monetaria<sup>530</sup>, con la salida de la libra del Mecanismo Europeo de Cambio —en el que, desde hacía casi dos años, Downing Street venía confiando el control de la inflación doméstica— el Gobierno de John Major se quedaba sin política económica de un plumazo, poniendo en entredicho la imagen que presentaba a los *tories* como gestores competentes de la economía<sup>531</sup>.

Además de perder credibilidad entre el electorado<sup>532</sup> —que los conservadores ya no recuperarían durante el resto de legislatura<sup>533</sup>— el grueso de la prensa anglosajona empezaría a revisar, a raíz de este acontecimiento, su aceptación inicial —aunque a regañadientes— de lo acordado en Maastricht<sup>534</sup>, poniéndose fin al mismo tiempo al consenso permisivo que, desde finales de los años cincuenta, se venía observando en sus páginas en lo relativo a la participación de Reino Unido en la construcción europea<sup>535</sup>. Esta ruptura no podría entenderse sin el papel desempeñado por el todopoderoso magnate de la comunicación, Rupert Murdoch, que ahora retiraría su apoyo al *premier*, ridiculizado con frecuencia desde entonces en las páginas de importantes cabeceras nacionales<sup>536</sup>.

---

<sup>530</sup> La falta de controles a la especulación —en la que George Soros jugaría un papel importante— el valor demasiado elevado con el que la libra se había adherido a la banda del SME, el comportamiento de Alemania y, en concreto, del Bundesbank —cuya bajada de tipos antes de producirse la crisis monetaria se mostraría insuficiente— etc. Sea como fuere, lo que estaba claro es que, una vez más, Reino Unido se había unido a una institución europea cuando sus mejores años estaban llegando a su fin. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 147.

<sup>531</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 215. Hasta el Miércoles Negro, los conservadores no habían sufrido un fracaso en materia de política económica equiparable a los reveses laboristas de 1947, 1967, 1976 y 1979. Citado en HEPPELL, T.: *From Winston Churchill to David Cameron*, Londres, Bloomsbury, 2014, p. 172.

<sup>532</sup> En este sentido, Jeremy Black puntualiza que no es que el pueblo anglosajón entendiese el Mecanismo Europeo de Cambio o conociese las implicaciones de la salida del mismo para la política británica. Sencillamente, les bastaba con saber por la prensa que aquello significaba un fracaso con mayúsculas del Gobierno. Citado en BLACK, J.: op. cit., p. 221.

<sup>533</sup> De ahí que John W. Young dijese que el Miércoles Negro acabaría siendo conocido como el punto de inflexión del mandato de John Major. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 161.

<sup>534</sup> WILKES, G. y WRING, D.: op. cit., p. 198.

<sup>535</sup> WILKES, G. y WRING, D.: op. cit., p. 188. De ahí que Aurora Pavón escribiese desde las páginas de *ABC* que si obtener el *oui* para Maastricht había sido costosísimo, conseguir un *yes* sería todavía mucho más difícil. Ver *ABC*, 22-9-1992, p. 26.

<sup>536</sup> El ascenso del imperio de Murdoch y, particularmente, su estilo a la hora de informar es una explicación esencial —o, quizá, la explicación esencial— para entender la desviación mediática desde el consenso permisivo hacia la disidencia destructiva en lo que a las relaciones entre Reino Unido y Europa se refiere. Citado en DADDOW, O.: op. cit., pp. 1235-36. No se debe olvidar que es ahora, en los noventa, cuando se evidencia la competitividad mediática por la abundancia de medios, mientras que la política se populariza a la vez que se desideologiza.

Si alguien disfrutaría del llamado Miércoles Negro en las Islas ese sería el sector euroescéptico —que prefería hablar de Miércoles Blanco<sup>537</sup>— no solo porque llevaba tiempo exigiendo la vuelta de la esterlina a la libre flotación, sino porque en cuestión de horas Francia se pronunciaría sobre el Tratado de Maastricht y cabía la posibilidad de que la crisis del SME —en tanto en cuanto había dejado en evidencia las fallas de la cooperación monetaria europea— pudiese minar la confianza de los franceses en la naciente UE. Seguramente, incluso algunos defensores del proyecto europeo en suelo anglosajón suspiraban —en secreto— por una derrota del europeísmo en el país vecino, de tal forma que se pusiese fin al culebrón en el que se había convertido la aprobación del nuevo tratado en Westminster<sup>538</sup>.

Finalmente, la Europa de Maastricht recibiría un tímido espaldarazo el 20 de septiembre en tierras galas. Con el voto afirmativo del 51,05% de las papeletas escrutadas<sup>539</sup>, el *petit oui* registrado en Francia —la nación madre de la integración europea— permitía seguir adelante con el proceso de ratificación, aunque no lograba disipar las dudas que venían acompañando al proyecto de la UE. Una vez conocidos los resultados, el primer ministro británico —en nombre de la presidencia europea ostentada por su país— anunciaba la celebración de una cumbre extraordinaria para el mes de octubre, con el objetivo de formalizar el renovado compromiso de los Doce con el salto adelante hacia la unidad europea acordado en diciembre del 91.

Esta reunión acabaría teniendo lugar a mediados de octubre en Birmingham, donde se abordaría, entre otras, la solución al problema danés —que mantenía parada la Maastricht Bill en Westminster— la cuestión de la subsidiariedad —con la que se pretendía facilitar la aprobación del tratado allí donde todavía estaba pendiente— y la reforma del Mecanismo Europeo de Cambio —al que, por ahora y mientras se trataba de atajar la caída del valor de la esterlina, Londres no tenía intención de regresar—<sup>540</sup>. Este encuentro

---

<sup>537</sup> Citado en “John Major”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 21-6-2007. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-john-major> (25-7-2021, 21:25).

<sup>538</sup> Sobre la posibilidad de que el pueblo francés se pronunciase en contra del Gobierno socialista en la consulta como voto de castigo, Giscard recurriría en campaña a la parábola del matrimonio, según la cual en el momento de contraer matrimonio una pareja no respondía de forma negativa porque le pareciese antipático quien oficiase la ceremonia.

<sup>539</sup> Con una participación situada en el 69,68%. Ver *La Vanguardia*, 22-9-1992, p. 8.

<sup>540</sup> El principal logro de este encuentro sería un acuerdo en materia de subsidiariedad, recogido en el primer anexo de las conclusiones, titulado “Una Comunidad cercana a sus ciudadanos”. En él se reafirmaba el

serviría como paso intermedio hacia el Consejo Europeo de diciembre en Edimburgo, en el que los líderes europeos deberían trascender el campo de la retórica para ofrecer soluciones concretas a los problemas que habían puesto en un brete a la Comunidad.

A principios de noviembre, justo el día después de que el demócrata Bill Clinton fuese elegido como nuevo presidente de EE. UU. —devolviendo la fe europeísta a la Casa Blanca, que apoyaría tanto la profundización como la ampliación de la familia comunitaria— John Major salvaba por los pelos una derrota de su Gobierno en la cámara baja. A cambio de que se reabriese la ratificación de Maastricht en Westminster —que el *premier* conseguía sacar adelante por tres votos, gracias al apoyo de los liberales— Downing Street accedía a que la tercera lectura —esto es, la votación final— no se produjese hasta que se celebrase el segundo referéndum en Dinamarca<sup>541</sup>; un retraso que complacía a los parlamentarios más críticos con la UE, esperanzados con la posibilidad de que un nuevo rechazo de los daneses acabase con la Europa de Maastricht e hiciese innecesario el pronunciamiento de los Comunes.

Esta nueva rebelión —que contaba ya con veintiséis diputados— no podía sorprender a nadie, habida cuenta de que unas semanas antes, en la conferencia anual del Partido Conservador, se había escenificado el fin de la tradicional deferencia de los *tories* hacia su líder<sup>542</sup>, que era objeto de numerosas críticas por lo ocurrido el Miércoles Negro y presenciaba cómo el discurso de Norman Tebbit —un ataque directo al Tratado de Maastricht— recibía una de las ovaciones más sonadas<sup>543</sup>.

Curiosamente, el ala euroescéptica —que empezaba a actuar como un partido propio— estaba llevando a los *tories* hacia la ingobernabilidad en el mismo momento en el que el

---

compromiso de los Doce con el tratado pero a la vez se reconocía que no se podía avanzar sin el apoyo de la ciudadanía, por lo que cabía atender sus demandas. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: [https://www.consilium.europa.eu/media/20497/1992\\_octubre\\_-\\_birmingham\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20497/1992_octubre_-_birmingham__es_.pdf) (11-7-2021, 17:18).

<sup>541</sup> *The Guardian*, 5-11-1992, p. 1.

<sup>542</sup> En general, las conferencias del Partido Conservador habían sido manifestaciones de lealtad. Los activistas acudían para rendir tributo al Gobierno y al primer ministro. Sin embargo, la reunión *tory* del 92 se parecería más a los congresos del Partido Laborista de finales de los setenta y de la década de los ochenta. Citado en RICHARDS, S.: op. cit., p. 209.

<sup>543</sup> *The Guardian*, 7-10-1992, p. 1. La mayoría de los asistentes entusiasmados con las palabras de Tebbit coincidirían con el editorial de la revista *The Spectator* publicado recientemente: a los ejemplos clásicos del sistema de creencias —como la magia, la astrología o el marxismo— se podía añadir ahora el eurofederalismo, que merecía ser condenado por tratar de avanzar gradualmente hacia un estadio de unidad definitiva. Ver *The Spectator*, 26-9-1992, p. 5.

nuevo líder del *Labour*, John Smith —que había sustituido a Kinnock el pasado 18 de julio<sup>544</sup>— trataba de liquidar el poder de otro sector poderoso —en este caso, el sindical— que estaba lastrando la capacidad del laborismo para presentarse ante los electores como un partido moderno y preparado para asumir el gobierno de la nación.

Con este contexto de trasfondo —y apenas unas horas después de que se hiciese pública la separación del heredero a la corona británica, el príncipe Carlos, y *Lady Di*<sup>545</sup>— se llegaría al Consejo Europeo de Edimburgo, celebrado durante los días 11 y 12 de diciembre en el Palacio de Holyroodhouse. John Major acudía a tierras escocesas con sed de victoria, a sabiendas de que, por un lado, tanto su valoración personal como la de su partido se estaban resintiendo en las Islas<sup>546</sup> y, por otro, de que la agitada presidencia europea de Reino Unido necesitaba un final feliz; un desenlace que se vería favorecido por el hecho de que nadie en la Comunidad se podía permitir un fracaso.

La capital de Escocia sería testigo del mejor John Major. Con retrospectiva, esta cumbre sería el momento más álgido de su compromiso con la unidad europea<sup>547</sup>, ya que su talante conciliador resultaría clave para que los líderes comunitarios regresasen a sus países con la satisfacción de haber cumplido con la tarea —en absoluto menor— que les había sido encomendada<sup>548</sup>.

Los daneses —gracias, en parte, a la insistencia de Londres en que sin ellos no habría UE, saliendo al paso de quienes abogaban por avanzar hacia lo acordado en Maastricht con o sin Dinamarca— obtenían un estatus especial con el que los Doce trataban de ganarse su

---

<sup>544</sup> Los nueve años de Neil Kinnock al frente del *Labour* salvarían al partido del desastre al que le había llevado previamente Michael Foot. Con Kinnock, los laboristas crecerían desde los 209 diputados de 1983 hasta los 271 del 92. Además, Kinnock lograría neutralizar a la Alianza y haría mucho por modernizar el partido para devolverlo al gobierno, siendo su primera gran decisión el fin de la política de retirada de la CEE. Citado en SELDON, A.: *Blair*, Londres, The Free Press, 2004, p. 110. Tras su salida del liderazgo laborista, Kinnock no tardaría en convertirse en comisario europeo.

<sup>545</sup> John Major lo anunciaba en la Cámara de los Comunes el día 9 de diciembre, aunque el divorcio no llegaría hasta el año 1996.

<sup>546</sup> Así lo recogía una encuesta de ICM publicada dos días antes del inicio de la cumbre en las páginas del diario *The Guardian*. Ver *The Guardian*, 9-12-1992, p. 1.

<sup>547</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 154. El propio Stephen Wall recordaría que, al término de la reunión, el *premier* se llevaría una ovación de la delegación británica, puesto que la cumbre había sido un *tour de force* de la presidencia. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 219-20. Como diría John Major en su autobiografía, aparte de la cumbre de Maastricht, esta sería la cita comunitaria más exitosa de todas en las que participaría como *premier*, mostrándose orgulloso por haberle correspondido presidirla. Citado en MAJOR, J.: op. cit., p. 371.

<sup>548</sup> De hecho, para los enviados especiales de *La Vanguardia*, la cumbre de Edimburgo era la más difícil y compleja de la historia de la Comunidad. Ver *La Vanguardia*, 11-12-1992, p. 4.

apoyo en el referéndum que tendría lugar la próxima primavera en el país nórdico. La fórmula alcanzada —similar a las cláusulas de exención concedidas a Reino Unido en Maastricht— consistía, básicamente, en dos *opt-out*: Copenhague no tendría la obligación de adoptar la moneda única ni de tomar parte en la política de defensa europea<sup>549</sup>.

Dado que la solución de la cuestión danesa —sin duda, el tema más importante del encuentro— mejoraba la perspectiva de una pronta ratificación del Tratado de la UE y que los Doce lograban consensuar la financiación de la Comunidad para el periodo 1993-99<sup>550</sup> —tras el enfrentamiento entre Felipe González, adalid de los países menos desarrollados, y John Major, que además de representar la voz de la austeridad insistía en mantener intacto el famoso cheque británico<sup>551</sup>— el Consejo Europeo accedía a desbloquear el inicio de las conversaciones con Austria, Suecia y Finlandia —además de Noruega, en cuanto estuviese listo el dictamen de la Comisión sobre su candidatura— para proceder —tal y como venía exigiendo la delegación anglosajona— a la ampliación de la familia comunitaria<sup>552</sup>.

Siguiendo las palabras pronunciadas por John Major al término de la cumbre, con este acuerdo los jefes de Estado y de Gobierno resolvían el cubo de Rubik que se les había puesto sobre la mesa al inicio de las discusiones en Edimburgo<sup>553</sup>. El encaje de las piezas no suponía la salvación de la Europa de Maastricht —negociada hacía ahora un año— pero, al menos, otorgaba a esta una nueva oportunidad para sobrevivir<sup>554</sup>. Si todo procedía de acuerdo con lo esperado en las instituciones, el próximo verano —tras el sí de los

---

<sup>549</sup> Estas cláusulas se incluían en una Decisión vinculante para todos pero que no requería la ratificación parlamentaria.

<sup>550</sup> Con unos límites máximos en lo referido a los recursos propios que se irían incrementando gradualmente a partir del año 95 —tanto en el 93 como en el 94 el gasto se congelaría— hasta alcanzar en 1999 el 1,27% del PNB de los Doce, lo que suponía la dotación de recursos suficientes al fondo destinado a la cohesión y la práctica duplicación de los fondos estructurales para los próximos siete años. Ver *La Vanguardia*, 13-12-1992, p. 4.

<sup>551</sup> Al dar fe de su actuación en Edimburgo ante los Comunes, el *premier* aseguraría que el cheque británico se mantendría inalterable el resto de la década, de modo que su continuidad estaba garantizada. Para ver su discurso íntegro:

<https://johnmajorarchive.org.uk/1992/12/14/mr-majors-commons-statement-on-the-1992-european-council-in-edinburgh-14-december-1992/> (27-7-2021, 18:04).

<sup>552</sup> También se alcanzarían acuerdos en otros ámbitos como el de la subsidiariedad, saliendo adelante un paquete de medidas para revertir la centralización de la Comisión. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: [https://www.consilium.europa.eu/media/20489/1992\\_diciembre\\_-\\_edimburgo\\_\\_es\\_.pdf](https://www.consilium.europa.eu/media/20489/1992_diciembre_-_edimburgo__es_.pdf) (27-7-2021, 12:14).

<sup>553</sup> *The Observer*, 13-12-1992, p. 1.

<sup>554</sup> DUFF, A., PINDER, J. y PRYCE, R.: op. cit., p. 57.

daneses y, acto seguido, de Westminster— la UE echaría a andar, aunque lo haría tocada por todas las convulsiones que se habrían sucedido durante su prolongado parto<sup>555</sup>.

1993 se abría de una manera “muy británica” en la Europa de los Doce, justo cuando se cumplía el veinte aniversario de la participación de Reino Unido en el proyecto europeo. Si el 1 de enero entraba en vigor el mercado único, por el que Thatcher y los suyos tanto habían apostado desde mediados de los ochenta —aunque ahora creyesen que se había pervertido su idea original al trascender el ámbito puramente comercial— un mes más tarde —cuatro, en el caso de Noruega<sup>556</sup>— se iniciaban las conversaciones para integrar a austriacos, suecos y finlandeses en la familia comunitaria; otra de las reivindicaciones habituales de Londres, que priorizaba la ampliación de la Comunidad sobre su profundización, a la que el Tratado de Maastricht había dedicado una atención casi exclusiva<sup>557</sup>.

Sin embargo, este comienzo —que, *a priori*, debía producir un efecto balsámico en las Islas— no lograría relajar el ánimo de los euroescépticos anglosajones, dispuestos a hacer todo lo que estuviese en su mano para frustrar el nacimiento de la UE<sup>558</sup>. A la espera de que algún evento externo pudiese hacer el trabajo por ellos —como el segundo referéndum en Dinamarca, fijado para la primavera— los rebeldes *tories* recibirían la reactivación de la Maastricht Bill en Westminster —a la vuelta del receso de Navidad— intensificando su campaña en favor de una consulta nacional sobre la UE<sup>559</sup> y, al mismo tiempo, acercándose a la oposición laborista para apoyar cualquier enmienda que —aun

---

<sup>555</sup> Por primera vez, había evidencia clara de que existían reacciones similares a la integración en diferentes países. Además, lo novedoso era la reunión de los euroescépticos más allá de las fronteras nacionales. Citado en BELOFF, M.: op. cit., p. 133.

<sup>556</sup> Que iniciaba el diálogo con Bruselas sobre su adhesión el 5 de abril.

<sup>557</sup> Tal y como señala Baun, Maastricht dio prioridad a Europa occidental y relegó la ampliación, dejando prácticamente de lado a Europa del Este. De acuerdo con la retórica más extendida, ello estaba justificado porque solo una Comunidad más profunda podría servir de base para una más amplia. Citado en BAUN, M.: op. cit., p. 157. Para Tony Judt, Maastricht fue la última zona de exclusión burocrática, dado que establecía rígidos requisitos —como los referidos a la adopción de la moneda única o la obligación de asumir un *acquis communautaire* cada vez más abultado— que dificultaba la entrada de nuevos países. Citado en JUDT, T.: op. cit., p. 1027.

<sup>558</sup> Como diría Stephen Wall, la mayoría de este sector estaba más interesado en la integridad de su batalla antieuropea que en la supervivencia de su propio Gobierno. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 138.

<sup>559</sup> En la jornada del 17 de enero, la plataforma “Campaign for a British Referendum” —creada por disidentes *tories* en julio del año anterior— organizaba una manifestación en el centro de Londres —que reuniría a cerca de un millar de personas— para solicitar al Gobierno británico un referéndum sobre el Tratado de Maastricht. Ver *The Guardian*, 18-1-1993, p. 6.

yendo en contra de sus principios ideológicos, como la rectificación del *opt-out* en material social— pudiese forzar a Downing Street a abandonar la totalidad del tratado.

Así pues, durante la primera mitad del año, el acomodo a la legislación nacional de lo acordado por los Doce en Maastricht volvería a convertirse en una tortura para el Gobierno de Major.

Pese a ello, y gracias al apoyo del *Labour*, el *premier* conseguiría frustrar —primero en los Comunes y, más tarde, en los Lores, para decepción de la baronesa Thatcher<sup>560</sup>— la posibilidad de que el pueblo británico fuese consultado sobre el nuevo tratado. Además, en la jornada del 18 de mayo, la causa europeísta recibiría un espaldarazo vital procedente de Dinamarca. El apoyo mayoritario de los daneses a su versión adaptada de Maastricht<sup>561</sup> —conseguida cinco meses antes en Edimburgo— desbarataba la opción de que —tal y como anhelaban los euroescépticos anglosajones— la UE colapsase antes de llegar a Westminster, de manera que toda la atención se redirigía ahora al país de la *Union Jack*: el único que faltaba por dar su permiso para que, oficialmente, la CEE se transformase en UE<sup>562</sup>.

Para el ministro de exteriores danés, Niels Helveg Petersen, el veredicto de sus compatriotas llevaba implícito un mensaje para los *tories* anti-Maastricht: habían perdido la batalla de Reino Unido en suelo nórdico<sup>563</sup>. Efectivamente, al día siguiente de conocerse los resultados del referéndum en Dinamarca —y después de 210 horas de debate<sup>564</sup>— la Cámara de los Comunes aprobaba definitivamente la Maastricht Bill<sup>565</sup>. Sin embargo, el grupo de los eurocríticos conservadores —que ahora alcanzaba una cifra inédita de 41 diputados— no se rendiría y, con un as todavía en la manga, estaba decidido a morir matando.

---

<sup>560</sup> En su intervención del 7 de junio en los Lores, la Dama de Hierro advertía de que era una vergüenza que, pese al alcance de los poderes cedidos, no se ofreciese la oportunidad de votar a los británicos. Para ver su discurso íntegro: <https://www.margarethatcher.org/document/108314> (28-7-2021, 12:48). Si la enmienda que contemplaba la convocatoria de un referéndum sería rechazada en el mes de abril en la cámara baja, a mediados de julio ocurriría lo propio en la cámara alta.

<sup>561</sup> Con un 56,8% de votos favorables. Ver *La Vanguardia*, 19-5-1993, p. 3.

<sup>562</sup> Si bien todavía estaba pendiente que el Tribunal Constitucional de Alemania se pronunciase sobre la legalidad de algunas cuestiones del tratado.

<sup>563</sup> *The Guardian*, 19-5-1993, p. 1.

<sup>564</sup> *The Guardian*, 21-5-1993, p. 7.

<sup>565</sup> Gracias a la abstención decretada por el Partido Laborista. Resultado final de la votación en tercera lectura: 292-112. Ver *The Guardian*, 21-5-1993, p. 22.

El 22 de julio, 48 horas después de que los Lores mostrasen su conformidad con la llamada *European Communities (Amendment) Bill*, la cámara baja se reunía para pronunciarse sobre una enmienda laborista que había quedado pendiente y en la que se solicitaba que, antes de cerrarse el proceso de ratificación, Reino Unido renunciase al *opt-out* de la Carta Social<sup>566</sup>. El *premier* solo lograría superar la votación gracias al voto de calidad de la *speaker* de los Comunes, Betty Boothroyd, que deshacía el empate a 317. Sin embargo, minutos más tarde —en una moción con la que John Major pretendía poner punto y final al debate<sup>567</sup>— el dirigente *tory* salía derrotado por 8 votos<sup>568</sup>. Si en la primera votación quince de sus colegas se aliaban con el *Labour* con el único objetivo de mantener viva su cruzada contra Maastricht —aunque ello significase respaldar el capítulo social que tanto deploraban— en la segunda y última de ellas eran veintitrés los diputados *tories* que votaban en contra de su propio Gobierno<sup>569</sup>.

Encolerizado, Major recurriría a la que, a la postre, sería la última maniobra de su gabinete en el proceso de ratificación de Maastricht. El político inglés decidía plantear una moción de confianza, vinculando su continuidad a la aprobación definitiva del tratado: si perdía la votación, habría elecciones en otoño, con el hándicap de que el panorama se presentaba sombrío para los intereses de la derecha anglosajona; si la ganaba, el líder *tory* seguiría residiendo en el 10 de Downing Street, los eurorrebelde mantendrían su asiento y los Comunes aceptarían el nacimiento de la UE en los términos negociados en su día por el *premier*. Esta vez, todos los rebeldes *tories* —salvo Rupert Allason, que decidiría ausentarse— se pondrían del lado de su jefe de filas para evitar hacerse el *harakiri*<sup>570</sup>.

---

<sup>566</sup> La principal crítica del *Labour* al paquete negociado por Major en diciembre del 91.

<sup>567</sup> En esta moción, el Gobierno pedía el respaldo de la Cámara de los Comunes a su política de *opt-out*.

<sup>568</sup> Resultado final: 324-316. *The Guardian*, 23-7-1993, p. 1.

<sup>569</sup> Íbidem. De acuerdo con Baker, Gamble y Ludlam, la derrota más dañina de las sufridas en los Comunes por un Gobierno conservador en el siglo XX. Citado en BAKER, D., GAMBLE, A. y LUDLAM, S.: op. cit., p. 47.

<sup>570</sup> Resultado final: 339-299. Mayoría de 40 para el Gobierno. Ver *The Guardian*, 24-7-1993, p. 1. Por estas fechas, Europa empezaba a ser una cuestión de conciencia, en la que la lealtad a una idea era más importante que la lealtad al partido. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, p. 84. Si nos fijamos en la prensa española —y, en concreto, en los diarios *ABC*, *El País* y *La Vanguardia*— desde la cita de Maastricht hasta el fin de la ratificación en Westminster se puede observar una misma lógica en la importancia otorgada a cada evento: la cumbre de Maastricht merece una cobertura amplia y regular. Esta desciende con las elecciones en Reino Unido y, más todavía, con el referéndum en Dinamarca, que solo despiertan cierto interés tras conocerse los resultados. La tendencia a la baja cambia drásticamente con la crisis del SME y, especialmente, con la consulta en Francia, donde se alcanza el clímax. El Consejo Europeo en Edimburgo seguirá recibiendo una atención especial pero menor, desinflándose después con el cierre en Westminster. Citado en TENORIO, J. C.: “Crónica de una ratificación atragantada: el accidentado sí de Reino Unido a Maastricht desde la óptica de la prensa española” en *Historia Actual Online*, nº 53, febrero 2021, p. 54.

Con la amenaza de la destrucción mutua asegurada, el dirigente conservador lograba poner fin a la odisea que había supuesto la ratificación del Tratado de Maastricht en las Islas<sup>571</sup>, a falta de que la Corte Suprema se pronunciase sobre un recurso de inconstitucionalidad planteado a última hora por el barón William Rees-Mogg. Eso sí, tras lo sucedido en los últimos meses con la Maastricht Bill en sede parlamentaria, el liderazgo de Major quedaba seriamente cuestionado y la herida abierta por Europa en el Partido Conservador más infecta que nunca, gracias, sobre todo, a la deslealtad de aquellos a los que el *premier* se referiría ahora como bastardos<sup>572</sup>.

Eran muchos quienes, en el verano de 1993, se preguntaban cuánto duraría el dirigente de Surrey al frente de la nación e incluso si los *tories* serían capaces de frenar el vertiginoso deterioro de su imagen entre la ciudadanía<sup>573</sup>. Por lo pronto, John Major era, con diferencia, el primer ministro menos popular en las Islas desde que existían registros<sup>574</sup>. Ello probaba el escaso impacto que había tenido la remodelación ministerial de finales de mayo, a la que el *premier* había recurrido, en buena medida, para tratar de responder al varapalo electoral sufrido por los suyos a principios de dicho mes<sup>575</sup>. El principal damnificado de esta crisis había sido el *chancellor*, Norman Lamont —máximo responsable del Miércoles Negro— que se despediría en la cámara baja con una frase lapidaria: el Gobierno de Major daba la impresión de estar en el cargo pero no en el poder<sup>576</sup>.

Con todo, en la jornada del 2 de agosto la Corte Suprema —al pronunciarse en contra del recurso de Rees-Mogg— taponaba definitivamente el desangramiento de los *tories* por el acuerdo de Maastricht. De esta forma, Reino Unido ratificaba finalmente el Tratado de la

---

<sup>571</sup> BAKER, D., GAMBLE, A. y LUDLAM, S.: op. cit., p. 44. Como diría John Major, con la salvación de Maastricht se ponía fin a un año de cruenta guerra de trincheras en los Comunes. Citado en MAJOR, J.: op. cit., p. 342.

<sup>572</sup> Esta palabra sería empleada por John Major ante las cámaras de ITN una vez terminada la votación, pensando que la grabación de su entrevista se había detenido. Ver *The Observer*, 25-7-1993, p. 1.

<sup>573</sup> El *Daily Telegraph*, por ejemplo, creía llegado el momento de que los *tories* se planteasen si querían continuar gobernando o suicidarse políticamente; opción, esta última, que supondría con toda probabilidad estar fuera del gobierno durante una década. Ver *The Daily Telegraph*, 24-7-1993, p. 14.

<sup>574</sup> BAKER, D., GAMBLE, A. y LUDLAM, S.: op. cit., p. 37.

<sup>575</sup> En la jornada del 6 de mayo, los *tories* sufrían una derrota humillante en la *by-election* de Newbury —asiento que venían ocupando desde hacía décadas— y también salían derrotados en los comicios locales que tendrían lugar tanto en Inglaterra como en Gales.

<sup>576</sup> *La Vanguardia*, 10-6-1993, p. 3.

UE, que quedaba a la espera del fallo del Constitucional alemán para certificar su entrada en vigor. Así pues, casi veinte meses después del famoso “juego, set y partido” proclamado por Major en la ciudad del Mosa, los británicos se incorporaban a la nueva fase de la construcción europea<sup>577</sup>.

Caprichos de la historia, ese mismo día el Mecanismo Europeo de Cambio —pieza clave de la UEM contemplada en Maastricht— sufría una nueva crisis: sus miembros seguían pagando la reunificación alemana, que imponía unos tipos altos difíciles de sostener. Esta vez, la decisión de ampliar la banda de fluctuación suponía el virtual agotamiento de un sistema que había estado vigente desde el año 79.

Este evento ponía en cuestión tanto los plazos como los objetivos económico-monetarios recogidos en el nuevo tratado<sup>578</sup> e, indirectamente, parecía reforzar el argumento de Londres, que desde el pasado otoño se venía desmarcando de los márgenes comunes y ahora, al ser la economía que más crecía de la Comunidad —lo que contribuía a extender por las Islas la idea de que la UEM era perjudicial para el país<sup>579</sup>— se creía legitimada para aleccionar a sus socios, llegando a desempolvar la propuesta del “hard ecu” como alternativa a la moneda única —que, de acuerdo con las tesis anglosajonas, la realidad económica obligaba a abandonar—.

Más allá de la capacidad de Reino Unido para dominar el debate en materia monetaria, lo cierto es que, con la aprobación de Maastricht superada, Downing Street revisaría el futuro de su política europea para tratar de aglutinar en una misma estrategia las distintas sensibilidades que convivían en el Partido Conservador<sup>580</sup>.

---

<sup>577</sup> Aunque, acto seguido, la tormenta sobre Europa se calmaría ligeramente, la cuestión de la membresía en la UE seguiría siendo un incordio para el Partido Conservador durante los años venideros. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 123.

<sup>578</sup> Para Norman Lamont, significaba directamente el fin de la unión monetaria en Europa. Ver *The Guardian*, 3-8-1993, p. 1.

<sup>579</sup> De ahí que, tras lo acontecido el Miércoles Negro, Reino Unido pareciese más lejos que nunca de la UEM. Citado en DYSON, K. y FEATHERSTONE, K.: op. cit., p. 686. Como diría el propio John Major en retrospectiva, el Miércoles Negro convertiría un cuarto de siglo de incomodidad en un rechazo rotundo de cualquier implicación más profunda en Europa. Citado en MAJOR, J.: op. cit., p. 352.

<sup>580</sup> A raíz de Maastricht, los argumentos de los euroescépticos se volverían más sofisticados, al hacerse más evidente tanto la naturaleza como las implicaciones de la participación en el proyecto europeo. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, p. 137.

Fruto de esta reflexión —y a medio camino entre el oportunismo y la convicción— aparecería, a la vuelta del verano, un artículo de John Major en las páginas de la revista *The Economist*. En él, Major mostraba un cierto viraje de su retórica hacia el campo euroescéptico, aunque la esencia de su mensaje no fuese tan novedosa. Para el *premier*, las dificultades encontradas por el Tratado de Maastricht en los Estados miembros durante el proceso de ratificación obligaban a los Doce a abandonar la vieja agenda —dominada por un peligroso deseo de uniformidad— y a sustituirla por otra menos ilusoria y, por tanto, más cercana a los intereses reales de la ciudadanía europea<sup>581</sup>.

Con esta pieza, el Gobierno anglosajón dejaba claro que, en adelante, trataría de hacer valer en la mesa de negociaciones comunitaria cuatro temas fundamentales: la ampliación<sup>582</sup>, la descentralización del poder, el mayor desarrollo del libre comercio y la mejora de la competitividad<sup>583</sup>.

Un par de semanas después, la actualización de la política de Downing Street llegaba a la esfera doméstica. En la conferencia del Partido Conservador, el dirigente de Surrey —con la misma idea de calmar al ala derecha y lograr cierta unidad— llamaba a recuperar los valores tradicionales; un mensaje confuso que, al hacer referencia a la moralidad, acabaría jugando en contra de la formación *tory*, a la que se afearía su hipocresía por los distintos escándalos que la salpicarían durante el resto de la legislatura<sup>584</sup>.

Así pues, mientras Downing Street trataba de calmar las aguas internas reafirmando que su partido había vuelto a las raíces del thatcherismo —que todavía no contaba con un candidato potente que pudiese cuestionar el liderazgo de John Major<sup>585</sup>— la Europa de

---

<sup>581</sup> Para ver su discurso íntegro:

<https://johnmajorarchive.org.uk/1993/09/25/mr-major-article-on-the-european-union-25-september-1993/> (29-7-2021, 16:23). Esto es, precisamente, lo que lleva a algunos autores a hablar de la “deconstrucción” de Europa, como reacción —en buena medida— a los obstáculos encontrados por Maastricht en su proceso de ratificación. Citado en COHEN-TANUGI, L.: “The end of Europe?” en *Foreign Affairs*, nº 6, vol. 84, noviembre-diciembre 2005, p. 60.

<sup>582</sup> En el Consejo Europeo de Copenhague, celebrado hacia finales del pasado mes de junio, se confirmaba el deseo de que Austria, Finlandia, Noruega y Suecia formasen parte de la UE a partir de 1995. Además, se establecían determinadas condiciones políticas y económicas para la entrada de los países de Europa central y del este. Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

<https://www.consilium.europa.eu/media/21221/72925.pdf> (30-7-2021, 9:42).

<sup>583</sup> YOUNG, J. W.: op. cit., p. 163.

<sup>584</sup> Adulterios, corruptelas, la venta de armas a Irak engañando al Parlamento, etc. Citado en MARR, A.: op. cit., pp. 349-50.

<sup>585</sup> El nombre más repetido era el de Michael Portillo, pero se creía que todavía no estaba preparado para asumir una responsabilidad tan grande.

los Doce —en plena crisis económica y marcada por el descontento social— recibía sin ánimo festivo el alumbramiento de la UE, que entraba en vigor el 1 de noviembre tras conocerse el fallo favorable del Tribunal Constitucional alemán.

A estas alturas, el mandato de Major —pese a la mejora de los indicadores económicos— mostraba signos de agotamiento cuando, realmente, no había hecho más que comenzar. De la misma forma, la UE daba ahora sus primeros pasos pero, en verdad, llevaba tiempo estando en boca de todos<sup>586</sup>. Lo cierto es que, a propósito de Maastricht, habían ocurrido muchas cosas en poco tiempo, de modo que todo parecía envejecer demasiado deprisa. No obstante, si la incertidumbre era compartida en ambas orillas del Canal, el modo de superarla difería. Mientras Londres pedía prudencia, recetando su acercamiento minimalista a la integración para combatir los males comunitarios, la mayoría de sus socios apostaba por dar rienda suelta a sus instintos europeístas y atajar las dudas desde el fortalecimiento de la unidad<sup>587</sup>.

Así se pondría de manifiesto en el Consejo Europeo celebrado el 29 de octubre en Bruselas, en el que los líderes europeos —reunidos de forma extraordinaria para dar la bienvenida a la UE— confirmaban el inicio de la segunda fase de la UEM en el primer día de 1994 —tal y como recogía el nuevo tratado— fijando en Fráncfort la sede del Instituto Monetario Europeo, el embrión del banco central que debería velar por la coordinación de las políticas económicas y monetarias de los Doce<sup>588</sup>. Si en esta cumbre se apuntalaba el fin, en la de diciembre —la quincuagésima— se abordarían los medios: para el año 94, los Estados miembros debían centrarse, sobre todo, en la reducción del paro y del déficit si querían mantener vivo el sueño de la UEM<sup>589</sup>.

---

<sup>586</sup> En este sentido, resulta interesante recuperar una reflexión de Héctor Borrat, quien señalaría que a raíz de Maastricht los periódicos transnacionales —aquellos con circulación notoria y permanente en dos o más Estados— “esparcieron, profundizaron y renovaron las informaciones sobre los procesos de integración, e implantaron la CE en la agenda pública no como un tema entre otros, de actualidad pasajera, sino como un temario autónomo, continuo y de larga duración, que ocupa un rango prioritario en esta agenda”. Citado en BORRAT, H.: *Facer Europa: os periódicos, protagonistas pos-Maastricht*, Santiago de Compostela, Lea, 1997, p. 155.

<sup>587</sup> Al igual que tras lo ocurrido el Miércoles Negro, los Estados miembros comprometidos con la UEM reaccionarían a la nueva crisis del Mecanismo Europeo de Cambio sacando la conclusión de que solo la realización completa de la UEM podría asegurar la estabilidad financiera, mientras que en Reino Unido la reflexión extraída sería totalmente opuesta. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 83.

<sup>588</sup> *La Vanguardia*, 30-10-1993, p. 4.

<sup>589</sup> *La Vanguardia*, 11-12-1993, p. 4.

De esta forma, la naciente UE observaba cómo, pese a todo, la voluntad de sus progenitores de hacerla realidad seguía intacta al cierre de 1993. Estos dedicarían las vacaciones de Navidad a reflexionar en torno al Libro Blanco que había presentado recientemente la Comisión Delors sobre crecimiento, competitividad y empleo. Un debate que también interesaba en las Islas, a pesar de que la idea de avanzar hacia la UEM seguía generando muchas reticencias: no solo por cuestiones ideológicas, sino por el temor a que su éxito supusiese, en la práctica, la instauración de una Europa a dos velocidades, con Londres en el carril más lento.

Por lo pronto, Downing Street encontraba cierto sosiego en el hecho de que la economía anglosajona seguía creciendo por encima de la de sus vecinos; una satisfacción que se vería acompañada, antes de concluir el año, por la llegada anticipada de dos regalos navideños en la jornada del 15 de diciembre: mientras se firmaba en Ginebra un nuevo acuerdo del GATT —que ponía fin a la Ronda de Uruguay: la mayor apertura de mercados de la historia<sup>590</sup>— Londres y Dublín abrían la puerta a una paz duradera en el Ulster con una declaración conjunta que resultaría clave para el desarrollo del Acuerdo de Viernes Santo del 98<sup>591</sup>. Un buen final para despedir un año que había dado demasiados problemas al equipo de Major.

Sin embargo, el respiro duraría poco en el 10 de Downing Street. A principios de 1994, una serie de escándalos sexuales salpicaban al Gobierno de John Major, que veía mermada su credibilidad al contradecir con sus propios actos su política del “back to basics”, presentada unos meses antes como receta para la regeneración nacional. Esta incoherencia —que volvería a ponerse de manifiesto en otoño, al producirse nuevos episodios de la inmoralidad *tory*— lograría empañar la noticia —conocida hacia finales de enero— de que la economía británica se estaba adentrando en una fase de consolidación<sup>592</sup>. Aunque, efectivamente, el país de la *Union Jack* había sido el primero de los Doce en salir de la recesión, los quince años de dominio conservador estaban

---

<sup>590</sup> *La Vanguardia*, 15-12-1993, p. 56. Tras este acuerdo, el 1 de enero de 1995 nacía la Organización Mundial del Comercio.

<sup>591</sup> En esta declaración se aceptaba la unión del norte y el sur si había voluntad de que ello sucediese. Ver *La Vanguardia*, 16-12-1993, p. 3. En agosto del 94, el IRA declaraba un alto el fuego. No obstante, el trabajo sería finalizado por Tony Blair, ya que con él se lograría salvar las diferencias entre el republicanismo y el unionismo del Ulster.

<sup>592</sup> El 21 de enero la Oficina Central de Estadísticas confirmaba que en el año 93 la economía británica había crecido un 2%. Ello contrastaba con el retroceso del 0,6 registrado en el año 92 y del 2,2% durante 1991. Ver *La Vanguardia*, 22-1-1994, p. 46.

pasando factura tanto a los *tories* como al país isleño, que parecían caminar sin un rumbo claro.

Mientras tanto, la Unión —que daba la bienvenida a la segunda fase de la UEM y a la entrada en vigor del Espacio Económico Europeo<sup>593</sup>— empezaba a preparar el terreno para la revisión de Maastricht, que de acuerdo con el propio tratado debía abordarse en el año 96.

La idea que rondaba por algunas capitales de extender el voto por mayoría cualificada, de conceder más poder al Parlamento Europeo o de avanzar hacia la defensa común generaba inquietud en las Islas y, especialmente, en el sector euroescéptico del Partido Conservador, que —a escasos meses de celebrarse las elecciones europeas— amenazaba con volver a la carga cuando su formación aún no se había recuperado de las heridas abiertas durante el nacimiento de la UE. El mensaje de esta facción era claro: la integración europea había llegado a su límite y, por tanto, cualquier intento de retomar su profundización tendría que ser resistido.

Dado su estado permanente de provisionalidad —fruto de su menguante mayoría parlamentaria, ya escasa de por sí— John Major no se podía permitir obviar a sus colegas eurorrebelde si quería mantenerse en el poder, aunque tampoco debía ceder en exceso si deseaba preservar su promesa de situar a Reino Unido en el corazón de Europa<sup>594</sup>. La búsqueda de este difícil equilibrio llevaría a Londres a protagonizar en el mes de marzo —junto a España— una desafortunada disputa con sus socios comunitarios, tras negarse a aceptar que, con la entrada de nuevos miembros —esperada para el primer día de 1995— se viesen alterados los votos requeridos en el Consejo para bloquear una decisión.

De esta forma, el principal adalid de la ampliación hacía peligrar el crecimiento de la familia comunitaria, ya que el rechazo del Gobierno anglosajón a modificar la minoría de bloqueo —presentándose en las Islas como el garante de los intereses de Reino Unido

---

<sup>593</sup> Al mismo tiempo entraba en vigor el tratado de libre comercio acordado en el año 92 entre Canadá, EE. UU. y México, conocido por sus siglas como TLCAN —NAFTA, en inglés—.

<sup>594</sup> Como diría Helen Wallace, poner a Reino Unido en el corazón de Europa requeriría que Europa estuviese en el corazón de los británicos. Citado en WALLACE, H.: “Britain Out on a Limb?” en *Political Quarterly*, n° 1, vol. 66, enero 1995, p. 47.

frente a una oposición acostumbrada a decir que sí a todo en las instituciones<sup>595</sup> — ponía en suspenso la recta final de las negociaciones con los países candidatos, quienes temían que este evento pudiese condicionar no solo el *timing* de la adhesión sino el apoyo de sus conciudadanos a la misma, que tendrían que pronunciarse próximamente en una consulta popular. Pese a todo, la delegación británica acabaría sucumbiendo —a cambio de una concesión menor<sup>596</sup>— y, antes de finalizar el mes, ponía su firma en el llamado Compromiso de Ioannina, con el que se cerraban las negociaciones sobre la ampliación.

Para el ala eurocrítica de los *tories*, la cesión de los suyos en tierras helenas resultaba intolerable, hasta tal punto que, por vez primera, un diputado conservador se atrevía a pedir en los Comunes la dimisión de John Major, tildando de antipatriótica su gestión de una crisis que, paradójicamente, había propiciado —con cierta torpeza— su propio Gobierno<sup>597</sup>.

El dirigente de Surrey estaba en la cuerda floja. Así se encargarían de demostrárselo sus propios compatriotas, que unas semanas más tarde —a principios de mayo— castigaban a los conservadores en los comicios locales. La siguiente prueba llegaría apenas un mes más tarde, en las cuartas elecciones a la Eurocámara, además de cinco *by-elections*. Un nuevo fracaso podría acabar definitivamente con el mandato de Major, y los presagios no eran en absoluto halagüeños.

La campaña de las europeas comenzaría de forma dramática. El 12 de mayo, John Smith fallecía de forma repentina, dejando vacante hasta verano el liderazgo del Partido Laborista, que se quedaba huérfano ante la convocatoria electoral. Tras una semana de obligada tregua, la batalla política regresaría a las Islas. En adelante, los *tories* centrarían su mensaje en la defensa del derecho de veto en la mesa comunitaria y en su oposición a una Europa federal, mientras que tanto los laboristas como los liberales insistirían en acusarles de querer meter a Reino Unido en la segunda división de la UE.

---

<sup>595</sup> Ante las críticas de la bancada laborista, John Major acusaría a John Smith de ser el hombre que gustaba decir sí a todo en Europa; “Monsieur Oui, el secuaz de Bruselas”. Ver *The Guardian*, 23-3-1994, p. 11.

<sup>596</sup> Londres obtenía la posibilidad de recurrir al Tribunal de Justicia comunitario cuando considerase que fuese vulnerable la práctica recogida en el Compromiso de Ioannina de redoblar los esfuerzos antes de aprobar un acuerdo del Consejo si se constataba la suma de entre 23 y 26 votos opuestos a dicha decisión. Ver *La Vanguardia*, 31-3-1994, p. 5.

<sup>597</sup> *La Vanguardia*, 30-3-1994, p. 11.

El último día de mayo, el primer ministro británico pronunciaba el que, a la postre, sería su discurso más sonado de la campaña: cada Estado miembro debía avanzar a su ritmo en una Europa ampliada y basada en alianzas puntuales; pretender que la Unión actuase en todo con una sola voz era una idea indeseable, propia del pensamiento socialista<sup>598</sup>. Con estas palabras —que serían contradichas de forma inmediata por algunos miembros del gabinete, temerosos de que la susodicha “Europa a la carta” cuestionase el compromiso de Londres con el proyecto europeo— John Major probaba una vez más la actitud eminentemente crítica con la que había decidido afrontar la campaña<sup>599</sup>; una estrategia que, según se acercaba la cita con las urnas, parecía estar ayudando a remontar —aunque de forma limitada— las malas expectativas electorales del partido gobernante<sup>600</sup>.

Sea como fuere, y a pesar de registrar el menor porcentaje de voto desde la llegada del sufragio universal<sup>601</sup>, la derrota de los *tories* —tanto en las europeas<sup>602</sup> como en las elecciones parciales celebradas en la misma jornada— no sería tan estrepitosa como se había previsto, permitiendo resucitar a John Major —que seguía beneficiándose de no tener un sustituto evidente entre los suyos— e incluso llevar a la derecha británica a declarar que su formación había tocado techo y que, por tanto, se abría una etapa de recuperación<sup>603</sup>.

Este ambiente explicaría que, apenas dos semanas más tarde —en el Consejo Europeo de Corfú— John Major no dudase en vetar la candidatura del primer ministro belga, Jean Luc Dehaene, que —avalado por el eje franco-alemán, al que muchos criticarían por tratar de imponer a su propio aspirante— se postulaba como sustituto del presidente saliente

---

<sup>598</sup> *The Guardian*, 1-6-1994, p. 2.

<sup>599</sup> El 7 de septiembre, a raíz de la publicación de un documento de la CDU alemana sobre el futuro de la construcción europea, John Major se proclamaba en Leiden contrario a una Europa a dos velocidades, en las que un núcleo duro liderase el carril más rápido. Para ver su intervención íntegra: <https://johnmajorarchive.org.uk/1994/09/07/mr-majors-speech-in-leiden-7-september-1994-2/> (7/11/2021, 23:14). Estas palabras parecían difíciles de conciliar con su discurso de campaña del mes de mayo, aunque para el *premier* no hubiese tal contradicción: una cosa era no querer participar y otra muy distinta que a uno le impidiesen estar presente. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 456.

<sup>600</sup> *La Vanguardia*, 9-6-1994, p. 7.

<sup>601</sup> BALE, T.: op. cit., p. 49.

<sup>602</sup> Los *tories* pasaban de 32 asientos a 18, los laboristas ganaban 13 —situándose en 62— y los liberales —al obtener dos escaños— lograban enviar representación a la Eurocámara por primera vez en su historia. Ver *La Vanguardia*, 14-6-1994, p. 8.

<sup>603</sup> *The Guardian*, 13-6-1994, p. 1.

de la Comisión, Jacques Delors<sup>604</sup>. El mandatario británico alegaba que el federalismo de Dehaene imposibilitaba que este contase con el apoyo de su país<sup>605</sup>, de modo que, rompiendo la necesaria unanimidad, la negativa de Major obligaba a convocar una reunión extraordinaria para mediados de julio, de la que debería emerger una figura de consenso.

Curiosamente, el elegido acabaría siendo el primer ministro luxemburgués, Jacques Santer, un hombre cercano a las ideas políticas de Dehaene. Pese a ello, John Major se congratulaba de que Reino Unido hubiese forzado a los Doce a encontrar una solución alternativa.

Precisamente, a los pocos días de conocerse al sustituto de Delors, el Partido Laborista encontraba recambio para John Smith. El elegido sería Tony Blair, que el 21 de julio asumía el liderazgo del *Labour* con la venia de Gordon Brown<sup>606</sup>, su mentor y antiguo compañero de oficina que, a pesar de ser uno de los pesos pesados del laborismo, había ido perdiendo popularidad entre los suyos<sup>607</sup>.

La principal prioridad de Blair hasta que tuviese que enfrentarse a las urnas era clara: su formación debía convertirse en un partido de gobierno. De ahí que, en adelante, el político escocés se esforzase por convencer tanto a la prensa como al electorado de que en todos los temas clave —léase impuestos, sindicatos y patriotismo— se podía confiar en el *New Labour*<sup>608</sup>. Para ello, el equipo de Blair elaboraría un proyecto modernizador, dejándose

---

<sup>604</sup> En la terna también estaban el primer ministro holandés, Ruud Lubbers, y Leon Brittan, el comisario británico respaldado por Londres. Este tema mediatizaría la cumbre de Corfú, en la que, entre otras, Austria, Finlandia, Noruega y Suecia firmarían sus Actas de Adhesión a la UE.

<sup>605</sup> El *premier* diría que su rechazo no se debía a cuestiones personales sino ideológicas, ya que Dehaene representaba la tradición de un Estado grande e intervencionista. Ver *The Observer*, 26-6-1994, p. 1.

<sup>606</sup> A través del tan célebre como controvertido “pacto de Granita”, por el cual Blair —a cambio del apoyo de Brown— habría prometido a este otorgarle plenos poderes en un hipotético Gobierno laborista así como cederle el testigo como *premier* en cierto momento.

<sup>607</sup> Como diría Andrew Marr, de forma paulatina pero perceptible, el tándem Brown-Blair se fue convirtiendo en Blair-Brown, lo que ya se haría explícito a las pocas horas de morir Smith. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 348. En el momento en que Blair se enteró del fallecimiento de Smith, se dio cuenta de que se había estado preparando mentalmente para ese día durante varios meses. Tras el *shock* y la tristeza iniciales, Blair sabía que presentaría su candidatura para liderar el Partido Laborista. Citado en SELDON, A.: op. cit., p. 179.

<sup>608</sup> SELDON, A.: op. cit., p. 238.

influir por los Nuevos Demócratas de Bill Clinton y reservando a Europa un papel central<sup>609</sup>.

John Major había tratado de anticiparse a la elección de Tony Blair con una ligera remodelación de su Gobierno<sup>610</sup> pero, a la llegada de este, los problemas del Partido Conservador eran ya terminales<sup>611</sup>. Si los *tories* se mostraban ensimismados y caminaban hacia la autodestrucción por sus cuitas internas, el Nuevo Laborismo estaba determinado a abrirse al exterior para ganarse el apoyo de una mayoría social, llegando incluso a asumir como propias algunas ideas de sus rivales conservadores: un viraje que acabaría resultando fatal para los intereses de la formación gobernante.

El estado de guerra civil en el que se encontraba el Partido Conservador se haría patente en las últimas semanas del año, cuando el Gobierno de John Major —con una mayoría reducida a catorce— sufría una rebelión en los Comunes a propósito de la European Communities (Financial) Bill<sup>612</sup> —decidiendo apartar a los ocho diputados que habían decidido romper la disciplina de partido<sup>613</sup>— y, unos días más tarde, perdía una votación sobre el aumento del IVA a los combustibles que le obligaba a reestructurar los presupuestos.

Así pues, tanto la división de los *tories* —especialmente acusada en la cuestión europea<sup>614</sup>— como la incapacidad del equipo de Major para legislar —acentuada, más todavía, tras la derrota sin paliativos en las elecciones parciales de Dudley West,

---

<sup>609</sup> Tony Blair había votado por la permanencia en la CEE en el referéndum del 75, aunque luego —desde su entrada en los Comunes en el año 83— no dudaría en priorizar la fidelidad a su partido sobre su visión de Europa.

<sup>610</sup> La reforma se producía el 20 de julio, el día antes de la elección de Blair. Con ella, el dirigente de Surrey aspiraba a dar aire un fresco a los suyos, entregando a Michael Portillo la cartera de Empleo y —aprovechando sus dotes comunicativas— colocando a Jeremy Hanley en la presidencia. Ver *La Vanguardia*, 21-6-1994, p. 3.

<sup>611</sup> BALE, T.: op. cit., p. 364.

<sup>612</sup> A propósito de una moción presentada por la oposición, en la que se pedía rechazar el aumento de la contribución británica acordado por el Gobierno de Major en la cumbre de Edimburgo, celebrada en diciembre del 92. El *premier* había vuelto a amenazar con su dimisión y la subsiguiente convocatoria de elecciones si sus compañeros no respetaban el sentido del voto establecido por su partido. Aún así, ocho diputados *tories* se acabarían rebelando, quedándose sin sus credenciales hasta el mes de abril.

<sup>613</sup> Los llamados “whipless eight”, a los que se sumaría un noveno por decisión propia.

<sup>614</sup> En sus memorias, John Major diría que, por estas fechas, los euroescépticos *tories* creían que la hostilidad hacia Europa devolvería la popularidad a su partido. Sin embargo, la realidad demostraría que dicha actitud convencería al electorado de que los conservadores estaban más divididos que nunca. Citado en MAJOR, J.: op. cit., p. 593. Para Helen Wallace, en vez de situar a Reino Unido en el corazón de Europa —tal y como había prometido el *premier* a su llegada a Downing Street— el Gobierno de Major parecía estar aislando a su país en la UE. Citado en WALLACE, H.: op. cit., p. 46.

celebradas a mediados de diciembre— sumada al fenómeno Blair —que lideraba las encuestas con cifras récord<sup>615</sup>— explicaría que, al cierre de 1994, casi dos tercios de los británicos pidiesen la convocatoria de elecciones anticipadas<sup>616</sup>, demostrando que ni la recuperación económica —ahora también palpable en el continente— ni el avance de la paz en el Ulster<sup>617</sup> bastaban para que John Major se sintiese a salvo en Downing Street.

Al otro lado del Canal se seguía con cierta inquietud el estado de la política británica; sobre todo desde que, en la conferencia *tory* de octubre, el ex *chancellor* Norman Lamont —muy activo desde su salida del Gobierno— plantease la posibilidad de que Reino Unido abandonase la UE: la primera vez que lo hacía en público una figura importante del partido<sup>618</sup>. Es cierto que John Major reaccionaría diciendo que en el mundo actual su país no podía permitirse el aislacionismo<sup>619</sup> pero, antes de concluir el año, el *premier* dejaba abierta la puerta —al tiempo que lo hacía el *Labour*— a que, a su debido momento, el pueblo anglosajón se pronunciase sobre el proyecto europeo en un referéndum<sup>620</sup>.

Con todo, en la recta final del año la actividad comunitaria se dedicaría, en gran parte, a confeccionar la lista de nombres y cargos que compondrían la Comisión Santer, que debía iniciar su mandato a principios de 1995, poniendo fin a una década protagonizada en Bruselas por un nombre propio: Jacques Delors.

El jefe saliente del Berlaymont se despedía viendo cómo los líderes comunitarios —reunidos los días 9 y 10 de diciembre en la ciudad alemana de Essen— además de renovar su compromiso con el Libro Blanco sobre crecimiento, competitividad y empleo elaborado por su equipo, accedían a que se empezase a preparar la integración progresiva

---

<sup>615</sup> BALE, T.: op. cit., p. 50.

<sup>616</sup> *The Observer*, 11-12-1994, p. 1.

<sup>617</sup> Este mismo otoño el Gobierno británico daba luz verde al inicio de las negociaciones con el Sinn Fein —el brazo político del IRA— tras abrir las fronteras entre las dos Irlandas.

<sup>618</sup> Norman Lamont no creía que, por aquel entonces, Reino Unido tuviese motivos para unirse a la UE si no fuese miembro de la misma. Ver *The Guardian*, 12-10-1994, p. 6.

<sup>619</sup> *The Guardian*, 15-10-1994, p. 11.

<sup>620</sup> Aún así, el *premier* puntualizaría que no tendría sentido hacerlo hasta que no se conociesen los términos de la revisión del Tratado de Maastricht, que deberían ser debatidos en 1996. Ver *The Guardian*, 14-12-1994, p. 8. De esta forma, John Major confirmaba lo que ya se venía observando en sus declaraciones desde hacía un tiempo. En el mes de mayo, por ejemplo, ya no suscribía ni descartaba la posibilidad de que se convocase una consulta sobre la UE en las Islas. Ver *La Vanguardia*, 11-5-1994, p. 6. Por otro lado, cabe recordar que justo en estas fechas nacía el Referendum Party con la vista puesta en las próximas generales, defendiendo la consulta sobre determinados aspectos de la relación entre Londres y Bruselas. De acuerdo con una encuesta publicada por aquel entonces, el 70% de los británicos quería una consulta antes de que su país accediese a una mayor integración de la UE. Ver *The Observer*, 11-12-1994, p. 1.

de Europa central y oriental<sup>621</sup> y, al mismo tiempo, confirmaban la inclusión de Chipre y Malta en la próxima ampliación<sup>622</sup>.

De esta forma, la UE corría el peligro —bendito peligro, para muchos— de que, en un futuro no muy lejano, sus miembros no cupiesen en la foto de familia. Lo que estaba asegurado es que, por ahora, los noruegos no aparecerían en ella, ya que —en contra del veredicto de austriacos, finlandeses y suecos— el país vikingo había decidido rechazar su participación en el Club<sup>623</sup>.

Así pues, haciéndose efectiva la quinta ampliación, 1995 daba la bienvenida a la Europa de los Quince, guiada desde el 25 de enero por la Comisión Santer. La Unión estaba de estreno pero el debate comunitario seguía el viejo patrón, manteniéndose las tensiones entre aquellos que —como la Alemania de Kohl, recientemente ratificado como canciller— querían aprovechar el llamado Maastricht II para dar un nuevo salto adelante en la integración y quienes creían —coincidiendo con las tesis británicas— que la revisión del tratado debía ser abordada desde la prudencia. Es decir, si para unos Europa estaba todavía por hacer, para otros —los menos— Europa estaba casi hecha.

A finales de enero, John Major justificaba su acercamiento minimalista asegurando que la fiebre europeísta había descendido en los Estados miembros, de modo que la UE del futuro debía ser más variable y no un monolito centralista<sup>624</sup>. Con estas palabras, el *premier* trataba de orientar la discusión hacia el terreno que interesaba a su Gobierno, aunque la división de este último en torno a Europa —reflejado, en estas fechas, en las declaraciones contradictorias de Kenneth Clarke y Michael Portillo sobre la moneda única— restaba nitidez y, por tanto, credibilidad al mensaje que llegaba al otro lado del Canal procedente de Londres<sup>625</sup>.

---

<sup>621</sup> Hungría había solicitado su adhesión a la UE el pasado 31 de marzo, haciendo lo propio Polonia en la jornada del 5 de abril. Ya en 1995, lo hacían Rumanía y Eslovaquia en junio, Letonia en octubre, Estonia en el mes de noviembre y Lituania y Bulgaria en diciembre. En 1996, por su parte, le tocaba el turno a la República Checa y a Eslovenia.

<sup>622</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/21194/essen-consejo-europeo.pdf> (4-8-2021, 17:15).

<sup>623</sup> Así ocurría en la consulta del 28 de noviembre. Por su parte, el sí de Austria se había producido el 12 de junio, el de Finlandia el 16 de octubre y el de Suecia el 13 de noviembre.

<sup>624</sup> *La Vanguardia*, 30-1-1995, p. 5.

<sup>625</sup> Durante los meses previos al inicio de la CIG, los euroescépticos centrarían su atención en la moneda única y, en concreto, en la posibilidad de celebrar una consulta sobre ella. Algo que resultaba irónico,

Ello explica que se empezase a rumorear la posibilidad de que la CIG sobre la reforma de la Unión —que debía iniciarse en el 96— se extendiese más allá de las elecciones generales en Reino Unido —que, como tarde, se celebrarían en mayo del 97—. De esta forma, si los *tories* salían reelegidos podrían afrontar la recta final de las negociaciones con menor presión, mientras que si, por el contrario, el pueblo británico apostaba por Tony Blair, el resto de socios contaría con un interlocutor mucho más atractivo, ya que el Nuevo Laborismo situaba la construcción europea en el centro de su proyecto político, aspirando a reemplazar el supuesto aislacionismo de los *tories* en la mesa comunitaria por una política de “participación constructiva”<sup>626</sup>.

Precisamente, el *Labour* de Blair —al presentar en febrero una moción contra la política europea del Gobierno, que Downing Street lograría salvar tras presentar la votación, una vez más, como una cuestión de confianza— obligaría a John Major a exponer ante los Comunes su visión de futuro sobre la UE y el papel que Londres debía jugar en ella.

Básicamente, el *premier* apostaba por la política de “esperar y ver” respecto a la moneda única, al entender que, a estas alturas, era imposible anticipar las consecuencias de su adopción —que, por otra parte, aún no estaba garantizada, ya que el calendario de la UEM presentaba muchas dudas<sup>627</sup>—. Ahora bien, Major no descartaba la opción de que los británicos fuesen consultados sobre el abandono de la libra si su Gobierno llegase a recomendarlo, habida cuenta de que esta sería la decisión económica más importante del siglo para la vieja *Britannia*<sup>628</sup>. Por otro lado —y con la vista puesta en la CIG— el dirigente *tory* volvía a hacer una defensa férrea del derecho de veto sobre aquellas

---

habida cuenta de que la UEM no estaba incluida en la agenda. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., pp. 298-99.

<sup>626</sup> Así lo expresaría Tony Blair el 5 de abril en un discurso pronunciado en Chatham House. Para el líder laborista, Europa era la única ruta a través de la cual Reino Unido podía ejercer su poder e influencia. Ver *The Guardian*, 6-4-1995, p. 6. De acuerdo con la interpretación del Nuevo Laborismo, la historia de Reino Unido podría ser fácilmente contada como parte de la historia europea y no tanto como la historia isleña defendida por los euroescépticos nacionalistas. Citado en DADDOW, O.: *New Labour and The European Union: Blair and Brown's Logic of History*, Manchester, Manchester University Press, 2011, p. 3.

<sup>627</sup> Por estas fechas, reinaba la sensación en las distintas capitales comunitarias de que los esfuerzos para cumplir con los criterios de Maastricht —objetivos arbitrarios para un plazo también arbitrario— estaban contribuyendo a ahondar la recesión y a dificultar la recuperación. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 302.

<sup>628</sup> *The Guardian*, 2-3-1995, p. 6. Además, en una entrevista concedida a David Frost a principios de enero, el *premier* sugería que, en caso de que en la CIG se decidiese extender el voto por mayoría cualificada, el acuerdo podría ser sometido a referéndum en las Islas. Ver *The Guardian*, 9-1-1995, p. 24.

cuestiones que afectasen de forma más directa a la soberanía nacional, rechazaba ceder las competencias sobre los controles fronterizos<sup>629</sup> y, por último, planteaba la reformulación de la política agraria a la luz de la ampliación de la UE<sup>630</sup>.

Sin embargo, el equilibrismo de Major —que trataba de situarse a medio camino entre las ideas de los euroescépticos y las de los más europeístas, enfrentados también por cuestiones domésticas— no lograría calmar los ánimos de los suyos y, en concreto, del ala derecha del partido, que continuaría dando pábulo a las voces que venían hablando de un posible recambio en Downing Street<sup>631</sup>.

Tony Blair, que seguía dominando las encuestas con una ventaja indiscutible y venía de enmendar la famosa cláusula IV de los estatutos del *Labour* —poniendo fin al compromiso de su formación con las nacionalizaciones, curiosamente unas semanas antes de fallecer Harold Wilson<sup>632</sup>— se podía permitir sentenciar en sede parlamentaria que mientras él lideraba su partido, John Major se limitaba a seguir al suyo<sup>633</sup>.

El *premier* no tardaría en dar la razón al jefe de la oposición y, menos de dos meses después, trataría de poner remedio a su falta de autoridad. Cansado de las zancadillas internas, el dirigente de Surrey dimitía el 22 de junio como líder del Partido Conservador. Una apuesta arriesgada con la que el inquilino de Downing Street instaba a sus críticos a disputarle la jefatura para, en caso de superar el reto, acallarlos hasta las próximas generales: “it is time to put up or shut up”, sentenciaría Major en su discurso de renuncia<sup>634</sup>.

---

<sup>629</sup> En la jornada del 26 de marzo entraba en vigor el Acuerdo de Schengen, suscrito por el Benelux, Francia, Alemania, España y Portugal. En adelante se irían uniendo más países, siendo Austria el primero en firmarlo —en agosto del mismo año—.

<sup>630</sup> *La Vanguardia*, 2-3-1995, p. 4.

<sup>631</sup> A la altura de los años 95-96, los euroescépticos eran mayoría en el gabinete. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 295.

<sup>632</sup> El día de su muerte, el 24 de mayo, la BBC emitía un documental —mencionado con anterioridad— a modo de obituario. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=WjTyFeAslpE> (5-8-2021, 13:11).

<sup>633</sup> Para ver su intervención íntegra: <https://johnmajorarchive.org.uk/1995/04/25/pmqt-25-april-1995/> (5-8-2021, 13:02).

<sup>634</sup> En español, esta frase podría ser traducida así: “Es hora de dar la cara o callarse”. Para ver su discurso íntegro: <https://johnmajorarchive.org.uk/1995/06/22/mr-major-resignation-speech-22-june-1995/> (5-8-2021, 13:41).

La jugada le acabaría saliendo bien al *premier*, que el 4 de julio era reelegido por los suyos tras superar el desafío de John Redwood, que había decidido dar la batalla en representación del sector más liberal y euroescéptico del partido<sup>635</sup>. No obstante, Major vencía pero no convencía: aunque hubiese logrado evitar una segunda vuelta, había ganado más votos de lo temido pero menos de lo deseado<sup>636</sup>.

En cualquier caso, a las pocas horas de conocerse el resultado el dirigente de Surrey anunciaba un amplio reajuste ministerial, premiando a quienes le habían mostrado su fidelidad —como Michael Heseltine, que se convertía en número dos al ser nombrado vice primer ministro— y ascendiendo al líder de los eurocríticos, Michael Portillo, que pese a su promoción recibía la cartera de Defensa para evitar que utilizase su nuevo puesto como megáfono de su ideología. Además, con la entrega de la política exterior a Malcolm Rifkind, el *premier* trataba de dar continuidad a la gestión de Douglas Hurd al frente del Foreign Office<sup>637</sup>.

John Major se podía permitir disfrutar del parón estival, ya que, pese a seguir encabezando un Gobierno débil, su última maniobra para tratar de silenciar a sus detractores había resultado exitosa. No obstante, que el político de Surrey lograra sobrevivir no quería decir que la causa euroescéptica hubiese sido purgada del partido<sup>638</sup>.

Así se demostraría en la conferencia *tory* del mes de octubre. Desde Blackpool, Michael Portillo izaba la bandera del nacionalismo para tratar de unir al partido en torno a ella y, al mismo tiempo, contrarrestar la creciente amenaza que representaba Tony Blair. Centrando su discurso en la defensa europea —que, presumiblemente, sería uno de los temas clave de la revisión de Maastricht— el político anglo-español acusaba al *Labour*

---

<sup>635</sup> Redwood, que trabajaba de forma muy estrecha con el *think tank* Conservative 2000, fue quien aportó mucha de la munición intelectual contra la UEM y Maastricht, incluyendo un Libro Blanco alternativo de cara a la próxima CIG. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 296.

<sup>636</sup> BALE, T.: op. cit., p. 58. El resultado final de la votación sería: 218-89, con 8 abstenciones y 12 votos nulos. De esta forma, Major se imponía con el 66% de los votos. Ver *La Vanguardia*, 5-7-1995, p. 3.

<sup>637</sup> Una de las principales preocupaciones de Rifkind sería elaborar un Libro Blanco con la posición negociadora de Reino Unido ante la CIG del próximo año. En su primera comparecencia pública ya se podía advertir el pensamiento que imbuiría dicho documento: el nuevo jefe de Exteriores creía en una UE compuesta de Estados-nación, cuya fortaleza estaba en su diversidad y no en la búsqueda estéril de la uniformidad. Ver *The Guardian*, 7-7-1995, p. 14.

<sup>638</sup> Una encuesta llevada a cabo entre abril y junio del 95 publicada en *Political Quarterly* daría cuenta de la fuerza del euroescéptico entre los conservadores al señalar que alrededor del 56% de los diputados *tories* querían pasar una ley que reconociese la supremacía de Westminster sobre la legislación comunitaria. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 398.

de entregarse a la Europa federal e instaba a los suyos a resistir, haciendo suyo el lema del *Special Air Service*: quien se atrevía, ganaba<sup>639</sup>.

Ese mismo lema se lo aplicarían los partidarios de la integración económico-monetaria de la UE en la cumbre de Madrid, celebrada a mediados de diciembre. Pese a las dudas de los meses previos e impulsados por la reciente reactivación del eje franco-alemán<sup>640</sup> —que parecía haberse resentido tras la llegada del conservador Jacques Chirac al Elíseo en primavera— los líderes comunitarios renovaban su confianza tanto en los criterios de convergencia como en el calendario de la UEM establecidos en Maastricht. De esta forma, se confirmaba el 1 de enero de 1999 como fecha de nacimiento de la moneda única —oficialmente bautizada como euro— que debía sustituir a las divisas nacionales desde el año 2000. Además, lo antes posible a lo largo del 98 debía decidirse la lista de países que conformarían la eurozona en un primer momento.

Pese a que la Europa de los Quince se resistía a frenar el ritmo hacia la UEM —o, lo que es lo mismo, hacia la unión política— en las Islas existían serias dudas de que este proceso llegase a buen puerto. De hecho, en países como Francia ya se estaban percibiendo las dificultades para conciliar el cumplimiento de lo acordado en Maastricht —que imponía unos criterios muy estrictos para acceder a la moneda única— con la preservación de la paz social. De ahí que, por lo pronto, Downing Street apostase por mantenerse a la espera, tratando de ganar tiempo para, a su debido momento, hacer o no uso de su *opt-in*.

Respecto a la CIG que debía abordar la reforma del Tratado de la Unión, el Consejo Europeo acordaba en la capital de España que su estreno tuviese lugar el próximo 29 de marzo en Turín, aunque la falta de consenso impedía otorgarle un mandato determinado<sup>641</sup>. Lo que sí se sabía de antemano era que Londres actuaría en la mesa de negociaciones como el principal freno a la profundización de la UE, ya que —tal y como había adelantado John Major en la reunión anual de los *tories*— el acercamiento a una Europa federal sería política y constitucionalmente inaceptable para la vieja *Britannia*<sup>642</sup>.

---

<sup>639</sup> *The Guardian*, 11-10-1995, p. 1.

<sup>640</sup> Escenificada en la cumbre bilateral París-Berlín celebrada el 7 de diciembre en Baden-Baden.

<sup>641</sup> De hecho, los Quince se limitaban a acoger con satisfacción e interés el informe que habían encargado al Grupo de Reflexión para preparar la CIG, creyendo que era una buena base para encararla. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/21173/madrid-consejo-europeo.pdf> (6-8-2021, 12:52).

<sup>642</sup> *The Guardian*, 14-10-1995, p. 6.

A nivel doméstico, el dirigente conservador cerraba el año 95 menos cuestionado entre los suyos después de haber superado en julio el desafío a su liderazgo. No obstante, el transfuguismo de dos diputados *tories*<sup>643</sup> —que, en la práctica, rebajaba la mayoría gubernamental a tres— hacía prever que a lo largo de 1996 Major encabezaría un Gobierno en minoría.

Ciertamente, la legislatura se le estaba haciendo demasiado larga al mandatario de Surrey, pero aún así —y de forma un tanto paradójica— lo que este necesitaba era tiempo si quería tener posibilidades de optar a la reelección. Dado que una anticipación electoral jugaría en beneficio de Tony Blair —al que los *tories* seguían presentando como un lobo con piel de cordero— el *premier* tenía en mente exprimir al máximo su mandato para poder recoger los frutos del esperado fortalecimiento de la economía doméstica, así como de la reducción impositiva anunciada recientemente para tratar de seducir al electorado.

Pero si ya de por sí el reto parecía inalcanzable, su consecución se alejaría por la dificultad del Partido Conservador —y, en concreto, del ala derecha— para cerrar filas en torno a su líder. En los primeros compases del año 96, Margaret Thatcher volvía a ser el foco de la atención mediática al cuestionar públicamente la gestión de su sucesor, advirtiendo de que la salvación de los *tories* —y, por tanto, la respuesta a la amenaza laborista— pasaba por no desviarse del *thatcherismo*: el camino hacia el centro llevaría a la formación conservadora a la autodestrucción<sup>644</sup>.

Por bienintencionadas que fueran, estas palabras suponían un duro golpe a la imagen de unidad perseguida desde Downing Street, que poco después sufría un nuevo contratiempo al conocerse el salto de Peter Thurnham a la bancada de los independientes<sup>645</sup>. Por si fuera poco, en cuestión de semanas —coincidiendo, curiosamente, con la fecha de cumpleaños

---

<sup>643</sup> Si en octubre —y en un salto inédito— Alan Howarth se iba al *Labour*, a finales de diciembre Emma Nicholson se pasaba a los liberales.

<sup>644</sup> *The Guardian*, 12-1-1996, p. 1.

<sup>645</sup> Este movimiento, unido a una nueva derrota de los *tories* en una *by-election* celebrada a mediados de abril, reduciría a uno la mayoría del Gobierno en Westminster. Por otro lado, a principios de mayo tenía lugar elecciones locales en el corazón de Inglaterra —presentadas como el último ensayo antes de los comicios— y el resultado sería desalentador para los intereses de la formación gobernante, ya que recibía el 27% de los votos: tan solo un punto por encima de los liberales y dieciséis por debajo del *Labour*. Nunca antes en la historia de Reino Unido un partido había logrado doblegar una desventaja tan amplia a tan solo un año de los comicios. Ver *La Vanguardia*, 4-5-1996, p. 3.

de John Major— tendría lugar la inauguración de la CIG que debía revisar el Tratado de Maastricht, de modo que —con un Tony Blair erigido como *premier in waiting*— el sector euroescéptico de los *tories* aprovecharía la coyuntura para forzar a John Major a adoptar una postura menos flexible hacia la Unión, con la creencia de que ello mejoraría las perspectivas del partido ante unos comicios que ya se asomaban en el horizonte.

Antes de que arrancase la negociación de los Quince en Turín —y, en parte, como respuesta a la presión de los eurorrebelde— el Gobierno de Major daría a conocer la estrategia que guiaría la actuación de la delegación británica en las discusiones, recogiénola en un documento titulado “A Partnership of Nations”, presentado el 12 de marzo por Malcolm Rifkind en la cámara baja. La idea básica de este Libro Blanco expresaba la apuesta de Reino Unido por una UE que acomodase las diferencias entre sus miembros y respetase la integridad de estos como Estados-nación<sup>646</sup>.

Con este planteamiento de trasfondo, Reino Unido acudiría a la mesa comunitaria con los siguientes objetivos: no debilitar la toma de decisiones en el Consejo por unanimidad —apostando, además, por un mayor peso del voto de los países grandes— afianzar la subsidiariedad, no extender los poderes del Parlamento Europeo, mantener la estructura de los pilares consagrada en Maastricht —esto es, preservar el carácter intergubernamental de la política exterior y de seguridad común, así como de la cooperación en el ámbito de la justicia y los asuntos de interior— limitar la actuación del Tribunal de Justicia de la UE en determinados aspectos y, por último, acabar con el uso de directivas sobre salud y seguridad para sortear el *opt-out* que eximía a Londres de la Europa social<sup>647</sup> —un propósito que cobraría mayor fuerza desde mediados de noviembre, tras conocerse el rechazo de la Corte de Luxemburgo a un recurso presentado por el Gobierno británico contra la aplicación de la Directiva de Tiempo de Trabajo en las Islas—<sup>648</sup>.

---

<sup>646</sup> *The Guardian*, 13-3-1996, p. 11. El 14 de julio, el diario *La Vanguardia* publicaba una pieza firmada por el propio John Major, en la que —bajo el título “El futuro de Europa”— el *premier* exponía su visión sobre la dirección que debía tomar el proyecto europeo. Ver *La Vanguardia*, 14-7-1996, p. 27.

<sup>647</sup> A estas alturas, la política social de la UE se había convertido en un símbolo de la resistencia thatcherista a los efectos indirectos de la integración europea en la época posterior a la llegada del mercado único. Citado en GEDDES, A.: op. cit., p. 141. En enero de este año, John Major se referiría al capítulo social como un impuesto europeo al trabajo. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 287.

<sup>648</sup> *Hansard*, 12-3-1996. Disponible en:

<https://publications.parliament.uk/pa/cm/199596/cmhansrd/vo960312/debtext/60312-05.htm> (9-8-2021, 10:44).

El contenido de este Libro Blanco —así como la tibia reacción del *Labour* al mismo, temeroso de ser identificado como un lacayo de Bruselas<sup>649</sup>— ponía de manifiesto que, en el país de la *Union Jack* —a diferencia de lo que ocurría en el resto de capitales— la CIG era contemplada como una amenaza más que como una oportunidad.

Ciertamente, el Gobierno de Major se encontraba acorralado entre el euroescepticismo de muchos de los suyos —que alertaban del fin de Reino Unido como país independiente ante la emergencia de la Europa federal— y la necesidad de seguir de cerca el impulso integracionista patrocinado por el eje franco-alemán, de tal manera que Londres no perdiese influencia en las instituciones. Una situación tan incómoda como difícil de gestionar para Downing Street, que de puertas hacia fuera trataría de rebajar la importancia de Maastricht II, cruzando los dedos para que esta reforma pasase lo más desapercibida posible en las Islas.

Curiosamente, el Gobierno anglosajón conseguiría que la actividad inicial de la CIG se situase en un segundo plano; el problema sería que su lugar central lo ocuparía un contencioso protagonizado por él mismo y que se acabaría convirtiendo en el mayor colapso de las relaciones entre Londres y sus socios desde su adhesión en 1973<sup>650</sup>.

La crisis se precipitaría el 20 de marzo, a raíz de que el ministro de Sanidad inglés, Stephen Dorrell, anunciase la posible vinculación entre la Encefalopatía Espongiforme Bovina —BSE, por sus siglas en inglés— y la enfermedad cerebral humana de Creutzfeldt-Jakob. Dicho de otra manera, la ingesta de carne procedente del ganado bovino británico, en tanto que afectada por la enfermedad de las “vacas locas”, podría dañar la salud de quienes la consumiesen.

El caso no era nuevo, pero será ahora cuando se tome conciencia de su verdadero alcance<sup>651</sup>. El día 27 —después de que numerosos países suspendiesen de forma unilateral su importación y dos días antes de que se iniciase la CIG en Turín— la Comisión Europea

---

<sup>649</sup> Este mismo mes, más de cincuenta diputados laboristas firmaban la declaración “Europe Isn’t Working”, en la que instaban a su líder a rechazar la participación de su país en la moneda única. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 287.

<sup>650</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 462.

<sup>651</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 221.

prohibía las exportaciones mundiales de carne de vacuno de Reino Unido y, acto seguido, el Comité Veterinario Permanente de la UE extendía la prohibición a otros productos derivados. Estas decisiones desatarían la ira al otro lado del Canal, al entender que el Berlaymont se había excedido en su mandato<sup>652</sup> —confirmándose su supuesto afán intervencionista— y que, además, estaba actuando sin suficientes evidencias científicas —y, por tanto, viéndose arrastrada por motivos eminentemente políticos—.

Desde entonces y hasta mediados de junio, el *premier* lucharía por frenar el veto de Bruselas, llegando a adoptar el 21 de mayo<sup>653</sup> una política de no cooperación para forzar a la Comisión Europea a levantar la prohibición. En la práctica, esta medida suponía boicotear las votaciones que requiriesen unanimidad en el Consejo, así como el avance de los trabajos en la CIG<sup>654</sup>.

Esta declaración de guerra sería aclamada en Westminster por la derecha euroescéptica, tanto política como mediática<sup>655</sup>; los más pragmáticos, en cambio, lamentaban que se hubiese llegado tan lejos y el *Labour*, mientras tanto, trataba de medir sus críticas para que no se cuestionase su patriotismo<sup>656</sup>. En el continente, por su parte, dominaban el enfado y la resignación, ya que una vez más —y apenas unas semanas después de que el Gobierno *tory* confirmase que, de salir reelegido en las próximas elecciones y creer oportuna la adopción de la moneda única, sometería la decisión a consulta popular<sup>657</sup>—

---

<sup>652</sup> A pesar de que la Comisión fuese la responsable de la gestión y seguridad del mercado de alimentación comunitario.

<sup>653</sup> Justo el día después de que el Comité Veterinario Permanente rechazase el levantamiento parcial de la prohibición planteado por el Berlaymont.

<sup>654</sup> *La Vanguardia*, 22-5-1996, p. 3. De acuerdo con Philip Stephens, la absurdidad de esta estrategia fue evidente casi desde su anuncio, ya que el embajador británico en Bruselas no tardaría en vetar medidas que habían sido iniciadas e impulsadas por el propio Gobierno de Londres. Citado en STEPHENS, P.: op. cit., p. 282.

<sup>655</sup> A raíz de esta crisis, la prensa sensacionalista británica recuperaría la narrativa que presentaba a Reino Unido luchando una nueva batalla contra el enemigo externo —en este caso, Bruselas—. Ver BROOKES, R.: “Newspapers and National Identity: the BSE/CJD Crisis and the British Press” en *Media, Culture and Society*, nº 1, vol. 21, 1999, pp. 247-63. Como diría Alex May, por momentos parecía que la prensa popular percibía la existencia de un rico campo de minas de xenofobia popular, que no dudaría en explotar para ganar posiciones en la batalla por la circulación de ejemplares. Citado en MAY, A.: op. cit., p. 92. En este sentido, cabe destacar que durante este año la Comisión Europea se plantearía establecer una unidad contra las llamadas *fake news* o noticias falsas de la prensa británica sobre la UE. Ya en junio del 95, el propio Gobierno de Londres había lanzado “Facts and Fairytales Revisited” para tratar de disipar los mitos asociados a la Unión.

<sup>656</sup> Respecto a Europa, el Partido Laborista trataba de minimizar las diferencias políticas con el Gobierno de Major, a sabiendas de que este podría utilizar su europeísmo como arma de ataque. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 45.

<sup>657</sup> El debate sobre Europa en las Islas viraba en torno a la moneda única, que quedaba al margen de la revisión de Maastricht. Con el objetivo de relajar la presión de la facción nacionalista hasta la cita electoral

los británicos volvían a hacer gala de su excepcionalidad: en las Islas, el euro parecía tan tóxico como su carne de vacuno<sup>658</sup>.

Habría que esperar al Consejo Europeo celebrado en Florencia durante los días 21 y 22 de junio para que los Quince encontrasen una solución a la *BSE crisis*<sup>659</sup>, permitiendo que la actividad comunitaria volviese a la normalidad y que, por tanto, la negociación sobre la reforma de Maastricht —que, hasta ahora, apenas había progresado— se reactivase con urgencia, de tal forma que, antes de terminar el año, el avance fuese tan decisivo que la CIG concluyese a mediados de 1997, según los plazos previstos<sup>660</sup>.

John Major regresaría de tierras florentinas cantando victoria, como si el acuerdo final sobre el tema de las “vacas locas” hubiese sido imposible sin la actuación radical de su equipo<sup>661</sup>. Más allá de que este triunfalismo estuviese justificado —lo que, a la vista de los términos del pacto, presentaba muchas dudas<sup>662</sup>— lo cierto es que la actuación del *premier* dejaría a sus colegas comunitarios preguntándose si, realmente, Londres estaba comprometida con la UE<sup>663</sup>.

Esta cuestión no parecía del todo inoportuna, ya que, a la vuelta del verano, tanto Major como Blair —que en noviembre decidía imitar la promesa *tory* de celebrar un referéndum en caso de que un hipotético Gobierno laborista llegase a aconsejar la adopción del

---

—y anticipándose al *Labour*, que no tardaría en igualar la oferta de los *tories*— el Gobierno británico haría el anuncio en la jornada del 3 de abril. Para Westlake, no hay duda de que este sería el punto de inflexión que llevaría de forma inexorable al referéndum del 23 de junio de 2016. Citado en WESTLAKE, M.: “The increasing inevitability of that referendum”, p. 9 en OUTHWAITE, W.: *Brexit: Sociological Responses*, Londres, Anthem Press, 2017. Por otro lado, cabe señalar que la propuesta de Downing Street llevaba letra pequeña —en buena medida para apaciguar al *chancellor*, K. Clarke—: la decisión de adoptar el euro sería vinculante para todo el gabinete, de tal forma que si alguien no estaba de acuerdo debía presentar su dimisión antes de hacer campaña por el no. Ver *La Vanguardia*, 4-4-1996, p. 3. La presión por la consulta se había vuelto demasiado pesada, contribuyendo a ello el apoyo de diarios como *The Times*, *The Telegraph*, el *Daily Mail* o el *Daily Express*. Citado en GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 308.

<sup>658</sup> MARR, A.: op. cit., p. 350.

<sup>659</sup> La prohibición se acabaría levantando parcialmente en el año 97 y por completo en el 99, aunque Francia —que sería denunciada por ello— mantendría unos años más el veto a la carne del ganado británico.

<sup>660</sup> Por otro lado, Londres facilitaba en esta cumbre la resolución del último bache para la creación de Europol, la agencia europea en materia policial que nacía ahora sin la participación de Reino Unido. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/21152/florencia-consejo-europeo.pdf> (9-8-2021, 16:24).

<sup>661</sup> *La Vanguardia*, 25-6-1996, p. 4.

<sup>662</sup> GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 127.

<sup>663</sup> Resulta curioso que algunos diputados *tories* se quejasen de que la BBC eligiese la Oda a la Alegría — el himno adoptado oficialmente por la CEE en el año 85— para su cobertura de la Eurocopa, que se celebraría en Inglaterra durante el mes de junio. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 499. Seguramente, estos parlamentarios estarían más tranquilos con el lema elegido por la organización: “Football comes home”.

euro<sup>664</sup>— pasarían de puntillas por la cuestión europea en el discurso con el que ambos cerrarían el último congreso de sus respectivos partidos antes de las generales<sup>665</sup>.

El jefe del laborismo —decidido a convertir a su partido en una máquina electoral al estilo de los demócratas estadounidenses, aun a costa de que el *Labour* se dejase su identidad por el camino<sup>666</sup>— no quería que un exceso de europeísmo le restase votos<sup>667</sup>. Por su parte, el dirigente *tory*, en aras de ofrecer una imagen de unidad —expresada de forma gráfica en el beso que el *premier* recibiría de la Dama de Hierro al inicio de la conferencia— necesitaba pasar por alto el asunto que más había dividido a los suyos en los últimos años<sup>668</sup>; una tarea que Major acabaría logrando, a pesar de que algunos de los suyos coqueteasen con hacer suya la demanda del Partido del Referéndum —cada vez más presente en la escena pública, gracias al carisma de su fundador, el empresario James Goldsmith— de celebrar una consulta popular en las Islas sobre la UE<sup>669</sup>.

---

<sup>664</sup> Con este movimiento, Blair quitaba un baza electoral a los *tories* y, al mismo tiempo, hacía que algunos miembros del Partido Conservador reaccionasen pidiendo que su formación se diferenciase del *Labour* rechazando directamente la adopción de la moneda única durante la próxima legislatura en caso de que Major saliese reelegido. Como diría Anthony Forster, al ser planteada la consulta se entrelazaban la arena pública y la parlamentaria, algo que los gobernantes siempre habían tratado de evitar, ya que les dejaba sin capacidad para controlar totalmente la situación. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, p. 107.

<sup>665</sup> Por estas fechas, el editor del *Daily Telegraph* escribía una pieza en la que criticaba a la clase política nacional por no explicar las bondades de la permanencia y mantenerse al margen del cambio de sentimiento palpable en la sociedad anglosajona. Para Charles Moore, el estratégico silencio de los principales partidos sobre la UE resultaba inútil, ya que Europa estaba tomando las riendas y ello no pasaba percibido a una ciudadanía que, en su mayoría, lo repudiaba: salir de la Unión parecía ahora menos aterrador que reforzar su profundización. Ver *The Daily Telegraph*, 14-11-1996, p. 30.

<sup>666</sup> Con un estilo presidencial similar al de Thatcher y muy diferente al de Major, Blair lograría convertir al laborismo en una máquina de ganar. Citado en el documental “The Rise and Fall of Tony Blair”, una obra de Andrew Rawnsley emitida el 25 de junio de 2007 por Channel 4. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=b7GUO10dLaE> (12-8-2021, 10:30).

<sup>667</sup> Esto explicaría la sorpresa de los funcionarios de Whitehall al descubrir tras los comicios que no se había establecido el pensamiento detallado de Blair —ni mucho menos sus planes— sobre el euro y la UE. Citado en SELDON, A.: op. cit., p. 245. Por otro lado, Blair tampoco quería poner en evidencia la propia división que Europa seguía generando entre los suyos, aunque los laboristas la ocultasen mejor que los *tories*.

<sup>668</sup> El propio Michael Portillo lo dejaría bien claro en la conferencia *tory*: unidad, unidad y unidad era la clave para que su partido pudiese ganar de nuevo las elecciones. Ver *La Vanguardia*, 11-10-1996, p. 4.

<sup>669</sup> La presentación de este partido a las próximas elecciones con candidatos propios en circunscripciones marginales amenazaba con arrebatar algunos asientos a los conservadores. En marzo del 97, el diputado *tory* George Gardiner se acabaría pasando a esta formación tras el veto de su partido a su candidatura para las generales. En los comicios del 97, el partido ocuparía la cuarta posición, aunque sus más de 810.000 votos no se traducen en escaños. Curiosamente, en uno de sus panfletos se podía leer lo siguiente: “unirse a la moneda única significa entrar en un autobús hecho en Maastricht, conducido por Bruselas y con destino el Cuarto Reich”. Citado en MCMANUS, M.: “Edward Heath”, p. 99 en ADONIS, A.: op. cit. Por estas fechas, no eran pocas las voces influyentes que, desde las Islas, empezaban a cuestionar la permanencia de Reino Unido en la familia comunitaria, al creer que como resultado de los cambios producidos en la economía global y de las políticas adoptadas por el Gobierno de Thatcher en los ochenta, su país tenía la oportunidad de convertirse en el Hong Kong de Europa, con un régimen de políticas que pusiese el énfasis en la desregulación, los bajos impuestos, la flexibilidad de los mercados laborales y el libre comercio y la

La cumbre de Dublín —celebrada a mediados de diciembre— cogería a Reino Unido, por tanto, en plena carrera electoral; un encuentro que, tras dos días de negociaciones, presentaría una doble cara: si bien se lograba avanzar de forma decisiva en materia monetaria —alcanzándose el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, que fijaba los criterios que debían regir las finanzas públicas de la eurozona a partir del año 99, coincidiendo con el inicio de la tercera fase de la UEM— la discusión sobre la reforma política todavía se mostraba inmadura. No obstante, y a pesar de que las cuestiones más conflictivas aún no habían sido abordadas, los líderes comunitarios mantenían vigente su compromiso con que la CIG concluyese el próximo mes de junio en Ámsterdam<sup>670</sup>.

Así pues, en la primera mitad de 1997, la fase final de la reforma de Maastricht coincidiría con la fase final de la segunda legislatura encabezada por Major, que afrontaba el nuevo año convirtiéndose en el primer Gobierno *tory* que, desde antes de la II Guerra Mundial, gobernaba en minoría<sup>671</sup>. Si la selección inglesa de fútbol se había quedado a las puertas de ganar la Eurocopa del 96 —celebrada en su propio feudo— cada vez parecía más evidente que la “manita” electoral de la derecha anglosajona —es decir, su quinta victoria consecutiva— correría la misma suerte.

Aún así, el Partido Conservador tenía cuatro meses por delante para tratar de dar la campanada y conseguir que el electorado británico se convenciese de que más valía malo conocido que bueno por conocer<sup>672</sup>; una hipótesis que iría perdiendo verosimilitud según se acercaba la cita con las urnas, dada la incapacidad del Gobierno de Major para desvincularse de nuevos escándalos<sup>673</sup>, de sonadas derrotas —como la sufrida a finales

---

inversión. Citado en GAMBLE, A.: “The European Issue in British Politics”, p. 29 en BAKER, D. & SEAWRIGHT, D.: op. cit.

<sup>670</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/21141/dublin-consejo-europeo.pdf> (10-8-2021, 17:53).

<sup>671</sup> Tras la defección de John Gort —conocida unos días antes— el Gobierno de Major perdía la mayoría al conocerse la victoria del candidato laborista en las elecciones parciales de Barnsley. Ver *The Guardian*, 13-12-1996, p. 1. Resulta curioso que el 21 de enero del 97 dos diputados *tories* tuviesen que ser transportados a Westminster en ambulancia para votar en un debate sobre la política sanitaria del Gobierno y evitar así la derrota de este. Ver *The Guardian*, 22-1-1997, p. 1.

<sup>672</sup> Esta idea se podía observar en el eslogan de los *tories* “New Labour, New Danger”. Citado en APPLEBAUM, A.: “Tony Blair and the New Left” en *Foreign Affairs*, nº2, vol. 76, marzo-abril 1997, p. 47.

<sup>673</sup> El primero de ellos saldría a la luz a principios de enero. Jerry Hayes —casado y con hijos— habría tenido un *affaire* homosexual con un menor de edad. Esta noticia dañaba al Partido Conservador por poner en entredicho su campaña en defensa de ciertos valores morales —como los familiares— y no tanto por el

de febrero por su candidato en la *by-election* de Wirral South<sup>674</sup>— y de las renovadas llamadas de un amplio sector del partido a que su líder marcara mayor distancia con el euro —consiguiendo que, a tan solo dos semanas de los comicios, el *premier* les concediese la libertad de voto si se acababa celebrando una consulta en las Islas sobre la moneda única<sup>675</sup>—.

En cierta medida, los *tories* le estaban haciendo parte de la campaña a Tony Blair; un hecho evidente, sobre todo, en la cuestión europea: gracias a la división que seguía manifestando el partido gobernante, el silencio laborista bastaba para que su política hacia la UE pareciera más consistente<sup>676</sup>. Sin embargo, por mucho que el tono del Nuevo Laborismo hacia Europa fuese más positivo y que esta generase menor disensión en el seno del partido, resultaba difícil encontrar diferencias sustanciales en el acercamiento de las dos formaciones rivales<sup>677</sup>.

El propio Tony Blair —tratando de cultivar su alianza con el magnate euroescéptico Rupert Murdoch— daría prueba de ello al declarar en las páginas del diario *The Sun* que en caso de emerger la bestia del superestado europeo no dudaría en darle muerte<sup>678</sup>. A su

---

perfil de la persona implicada, que en estos momentos no ocupaba ningún cargo gubernamental. Ver *La Vanguardia*, 7-1-1997, p. 4.

<sup>674</sup> Por primera vez, un candidato laborista se hacía con este asiento tradicionalmente conservador. Ver *The Guardian*, 28-2-1997, p. 1.

<sup>675</sup> Si en febrero Malcom Rifkind señalaba que la hostilidad hacia el euro era general en el gabinete liderado por Major, dos meses más tarde doscientos candidatos *tories* se unían para expresar públicamente su oposición a la moneda única. Ver *The Guardian*, 20-2-1997, p. 1 y *La Vanguardia*, 19-4-1997, p. 3. A finales de enero, el *premier* había llegado a decir que la entrada de su país en la tercera fase de la UEM en el año 99 le parecía “extremadamente improbable”. Ver *La Vanguardia*, 25-1-1997, p. 4.

<sup>676</sup> APPLEBAUM, A.: op. cit., p. 57. A ningún partido le pasaba desapercibido que a lo largo de la última legislatura —esto es, a raíz del Tratado de Maastricht— el euroescépticismo estaba aumentando en las Islas. Citado en HEATH, A., JOWELL, R., TAYLOR, B. y THOMSON, K.: “Euroscpticism and the Referendum Party” en *British elections & Parties Review*, nº 1, vol. 8, p. 99.

<sup>677</sup> LIDDLE, R.: op. cit., p. 64. Los programas de ambos partidos hablaban, entre otras cosas, de evitar una Europa federal, apostando en su lugar por una UE basada en una comunidad de naciones. La Carta Social, defendida por el laborismo, era la única diferencia significativa entre los dos manifiestos. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 161-62. Bache y Nugent destacan una diferencia esencial en el acercamiento del *Labour* de Blair hacia la UE: si los conservadores presentaban las negociaciones en la Unión como un juego de suma cero, Blair y los suyos preferían verlo como un juego de suma positiva en el que todos ganasen. Citado en BACHE, I. y NUGENT, N.: “Europe”, p. 532 en SELDON, A.: *Blair's Britain, 1997-2007*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007. Como decía Hugo Young, no es que Blair no criticase a la UE o a la Comisión, sino que quería establecer una atmósfera en la que las críticas no se relacionasen directamente con el antieuropeísmo. Citado en YOUNG, H.: op. cit., p. 485.

<sup>678</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 229. Estas mismas palabras serían pronunciadas por el líder laborista un día antes en Manchester, en un discurso de campaña sobre el rol de Reino Unido en el exterior. Por otro lado, el día 17 del mismo mes, Blair escribía una pieza en el diario *The Sun* titulada “Why I love the pound”. Una característica llamativa y persistente de la participación de Reino Unido en la construcción europea tiene que ver con la percepción de la integración como una espada de doble filo, representando al mismo tiempo una amenaza y una oportunidad. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit.,

vez, este parecido en la oferta política era extrapolable al ámbito doméstico<sup>679</sup>, lo cual confirmaba que el legado de Thatcher sería respetado independientemente de quien ganase el 1 de mayo<sup>680</sup>. Si la Dama de Hierro había reinventado la derecha, ahora era Blair quien —con la inestimable ayuda de Peter Mandelson<sup>681</sup>— trataba de reinventar la izquierda<sup>682</sup>.

También el proyecto europeo —ahora que celebraba su cuarenta cumpleaños— se encontraba en pleno proceso de transformación. De ahí que durante el primer semestre del 97 la presidencia holandesa tuviese clara cuál sería su principal prioridad: cerrar la reforma de Maastricht para poder abordar una nueva ampliación. Cualquier otro escenario resultaría fatal para la credibilidad de la UE, que no se podía permitir decepcionar a la larga lista de países que había llamado a sus puertas. Para evitarlo, la idea de los neerlandeses era ir perfilando las posiciones de los Quince y, una vez superado el escollo

---

p. 222. Como diría Oliver Daddow en retrospectiva, Blair sería un europeísta convencido siempre y cuando ello no amenazase las posibilidades electorales del partido, sus relaciones con sectores clave de la prensa o la armonía interna del Gobierno. Citado en DADDOW, O.: op. cit., 2011, p. 11.

<sup>679</sup> Para dejar a un lado la etiqueta que identificaba al *Labour* como el partido del gasto y los impuestos, el tándem Blair-Brown prometería a principios del 97 que, durante dos años, su Gobierno respetaría el límite de gasto fijado por los *tories* en todos los departamentos. Citado en MCSMITH, A.: op. cit., p. 292.

<sup>680</sup> No por casualidad, al poco de asumir las llaves del 10 de Downing Street, Tony Blair invitaba a Margaret Thatcher a tomar té en su antigua residencia. De acuerdo con Seldon, la Dama de Hierro fue la figura política que mayor impacto causó en Blair. Citado en SELDON, A.: op. cit., p. 441. Curiosamente, al ser preguntada en 2002 sobre su mayor éxito, *Maggie* respondería que Tony Blair y el *New Labour*, ya que habían forzado a sus oponentes a cambiar su visión. Consultado en: <https://conservativehome.blogs.com/centreright/2008/04/making-history.html> (25-10-2021, 10:18).

<sup>681</sup> Además de ser nombrado como director de campaña para los comicios del 97, Mandelson acabaría siendo una de las primeras personas identificadas como *spin doctor*, dadas sus habilidades a la hora de vender a través de los medios la idea del Nuevo Laborismo.

<sup>682</sup> Para Anna Applebaum, en el *New Labour* no había ideología ni programa, ni incluso una gran idea. Tan solo había una lista de problemas percibidos —como el impacto de la globalización, el cortoplacismo del capitalismo anglosajón, la necesidad de transformar la cultura empresarial, la reforma del bienestar, la modernización o la reforma constitucional radical— y una retórica elaborada que describía un conjunto modesto de soluciones propuestas. Citado en APPLEBAUM, A.: op. cit., p. 49. Bogdanor, por su parte, considera que John Major podría ser considerado como el padre del Nuevo Laborismo, al apostar por un *thatcherismo* de rostro humano. Citado en “John Major”, conferencia de Vernon Bogdanor organizada por el Gresham College e incluida en la serie “Leadership and Change: Prime Ministers in the Post-War World”, 21-6-2007. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/leadership-and-change-prime-ministers-in-the-post-war-world-john-major> (12-8-2021, 10:23). Simon Jenkins, en cambio, hablaría de Blair y Brown como hijos de Thatcher. Citado en KAVANAGH, D.: “The Blair premiership”, p. 14 en SELDON, A.: op. cit., 2007. Heppell matiza que el Nuevo Laborismo era más que una mera acomodación del *thatcherismo*, ya que su tercera vía combinaba la aceptación del mercado con la noción de un Estado activo y propiciador. Citado en HEPPELL, T.: op. cit., p. 170. En retrospectiva, Steve Richards se preguntaba si Tony Blair había logrado ganar en el 97 por no ser laborista. Así lo expone en el cuarto capítulo dedicado a Tony Blair dentro de su serie “Leadership Reflections”, emitido el 15 de febrero de 2017 por el canal BBC Parliament. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=nnlu3ltiWQc&list=PLqyrs2FHVEavSN51T-WtZPIBUDhSOvbvr&index=10> (12-8-2021, 10:15).

de los comicios en Reino Unido<sup>683</sup>, dar un último acelerón a las negociaciones, de tal manera que se pudiese alcanzar un acuerdo en el Consejo Europeo de Ámsterdam, fijado para mediados de junio.

### 2.2.2 *New Labour, new attitude*: Tony Blair y la “participación constructiva”

La espera hasta que se aclarase la situación política en Reino Unido concluiría el Primero de Mayo. A lo largo de esta jornada, los británicos acudían a las urnas —registrándose la participación más baja desde 1935<sup>684</sup>— para lanzar un mensaje contundente: tras dieciocho años de dominio conservador, y a pesar de los buenos indicadores económicos<sup>685</sup>, era el momento de ceder el testigo al equipo tan inexperto como prometedor del *New Labour*, que accedía al poder con una mayoría aplastante de 179 que suponía la peor derrota de los *tories* desde 1832<sup>686</sup>. La victoria de Tony Blair desprendía tanto brillo como el título de la canción que, 48 horas después de la cita electoral, convertía a Reino Unido en el ganador de Eurovisión: “Love Shine a Light”<sup>687</sup>.

---

<sup>683</sup> Era evidente que mientras no hubiese claridad en la política británica, la postura de Reino Unido se mantendría firme en la mesa de negociaciones. Ello no sería óbice para que, en los meses previos a la cita electoral, Malcom Rifkind hiciese una ruta por las capitales europeas dando a conocer la postura de su Gobierno respecto a la CIG, aunque algunos —como el entonces ministro francés de Asuntos Europeos, Michel Barnier— llegarían a acusar al jefe del Foreign Office de estar haciendo campaña en el continente. Citado en THEAKSTON, K.: *British Foreign Secretaries since 1974*, Londres, Routledge, 2004, p. 242.

<sup>684</sup> AUDICKAS, L., CRACKNELL, R. y LOFT, P.: op. cit., p. 25.

<sup>685</sup> Economía en crecimiento, desempleo descendiendo e inflación baja. En el mes de enero, el paro registrado en las Islas se situaba en el 6,5%, la cifra más baja en seis años. Ver *La Vanguardia*, 13-2-1997, p. 64. Si ahora los *tories* perdían pese a la salud de la economía doméstica, en los comicios del 92 vencían a pesar del mal estado de las arcas públicas. Por otro lado, al igual que en el año 51, el partido vencedor ganaba manteniendo vigentes las políticas del Gobierno previo.

<sup>686</sup> *The Observer*, 4-5-1997, p. 33. John W. Young recordaba que en estos comicios el Partido Conservador había registrado su peor marca desde la introducción del sufragio universal y que se podía encontrar la principal causa en las controversias en torno a Europa. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 174. Así lo entiende también Tim Bale, para quien las disputas internas sobre la cuestión europea habrían impedido a los *tories* centrarse en defender de forma sistemática lo que podría haber sido uno de sus puntos fuertes: la fuerte y sostenida recuperación económica. Citado en BALE, T.: op. cit., p. 64. De hecho, tras estos comicios, al menos tres cuartos de los *tories* con asiento en el Parlamento abrigaban alguna forma de euroescepticismo. Citado en FORSTER, A.: op. cit., 2002, pp. 129-30. En España, el diario *La Vanguardia* reaccionaba a los resultados señalando que sería injusto culpar a Major de la derrota *tory*: “Los conservadores pagan ahora los excesos, su larga permanencia en el poder y, sobre todo, su división. El electorado británico, siempre pragmático, ha vuelto a propiciar otra alternancia democrática en el poder”. Ver *La Vanguardia*, 2-5-1997, p. 18. Por su parte, *El País* hablaba de una mayoría que quería conservar los aspectos positivos del *thatcherismo* sin dejar desatendida la desigualdad que este habría contribuido a aumentar en el país. De ahí que, en adelante, Tony Blair pretendiese superarlo con otro modelo de radicalismo, antes que con otro modelo de izquierda. Ver *El País*, 2-5-1997, p. 12.

<sup>687</sup> En español se podría traducir como “Amor, haz brillar una luz”, una canción representada por la banda Katrina & The Waves.

Con Blair llegaba un aire liberal, compasivo e informal al 10 de Downing Street. El nuevo *premier* era, ante todo, una celebridad, y sus aires de renovación —recogidos en su proyecto de tercera vía<sup>688</sup>, que aspiraba a conciliar el liberalismo con el socialismo— ocuparían un lugar privilegiado en la llamada “Cool Britannia” de la época<sup>689</sup>. Este carácter refrescante era, precisamente, el que los líderes comunitarios esperaban que Blair imprimiese a su política europea<sup>690</sup>.

La primera oportunidad para comprobarlo llegaría en el Consejo Europeo de Ámsterdam, aunque el nuevo jefe del Foreign Office, Robin Cook, alentaría las esperanzas de sus socios al avanzar que Europa sería la prioridad número uno en la actuación exterior del Gobierno entrante, convencido de la necesidad de convertir a su país en un actor central del proyecto europeo<sup>691</sup>. Como muestra de esta nueva actitud —y aunque se tratase de una promesa heredada desde los tiempos de Kinnock— Reino Unido adoptaría la Carta Social de la UE en cuestión de semanas<sup>692</sup>.

Así pues, tras un primer encuentro informal en la localidad holandesa de Noordwijk —y después de que Blair defendiese ante los socialistas europeos la urgencia de reformar la Unión por la senda de su *third way*<sup>693</sup>— los jefes de Estado y de Gobierno de los Quince acudían a Ámsterdam para —si todo iba bien— dar por concluido el proceso de reforma

---

<sup>688</sup> También conocido como centro radical.

<sup>689</sup> Así lo expone Andrew Marr en el quinto capítulo —titulado “New Britannia”— de su documental “History of Modern Britain”.

<sup>690</sup> Tras los comicios, el diario *ABC* lanzaba la siguiente advertencia: “la única ventaja para Europa del cambio político en Gran Bretaña se reduce al hecho de que, por primera vez, la UE discutirá con un Gobierno británico, bien sostenido por una mayoría disciplinada sin soportar los vaivenes que las divisiones conservadoras, entre amigos y enemigos del proceso europeo, imponían a cualquier proyecto de acuerdo a la hora de las grandes decisiones”. Ver *ABC*, 3-5-1997, p. 15. Para *El País* cabía esperar algo más de europeísmo —aunque no demasiado más— por parte de Blair, y sobre todo una política europea clara, “con capacidad para pactar, y no solo para oponerse a los proyectos de integración como el último Major”. Ver *El País*, 2-5-1997, p. 12.

<sup>691</sup> Por aquel entonces, Robin Cook era considerado el hombre fuerte más euroescéptico del Partido Laborista. Estas palabras las pronunciaría el 12 de mayo, al presentar los objetivos estratégicos de su país en el exterior. Como principal representante de la izquierda del *Labour*, Cook también incluiría entre sus objetivos que la actuación del Foreign Office estuviese basada en consideraciones éticas. Ver *La Vanguardia*, 13-5-1997, p. 10. Este último propósito —que se concretaría, por ejemplo, en la incorporación de la Convención Europea de Derechos Humanos a la legislación nacional— acabaría siendo muy criticado por su supuesta aplicación selectiva.

<sup>692</sup> Así lo anunciaría el propio Cook en una entrevista concedida al diario *The Observer* al poco de confirmarse la victoria laborista y su nuevo cargo en el Foreign Office. Ver *The Observer*, 4-5-1997, p. 1.

<sup>693</sup> Ya en el manifiesto presentado por los laboristas para los comicios del 97 se hablaba de liderar la reforma de una Unión que no estaba funcionando como el país y la propia Europa necesitaban. Ver el programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de mayo de 1997. Consultado en: <http://www.labour-party.org.uk/manifestos/1997/1997-labour-manifesto.shtml> (12-8-2021, 16:43).

de Maastricht. Todo un debut para el nuevo *premier*, consciente de que su actuación sería vista con lupa<sup>694</sup>: no solo por sus socios, que ansiaban observar un cambio de actitud en la posición negociadora de Londres, sino también por sus rivales políticos domésticos, que llevaban tiempo advirtiendo de que el Nuevo Laborismo vendería el país a los continentales<sup>695</sup>.

En términos generales, el desenlace de esta cumbre sería positivo para los intereses del Gobierno británico<sup>696</sup>. Por un lado, la revisión constitucional de la Unión se quedaba corta: la reforma institucional —léase la adaptación del Club a la llegada de nuevos miembros, que era la razón de ser de la CIG— se aplazaba por la falta de entendimiento<sup>697</sup>, aunque el acuerdo sobre la ruta a seguir permitía desbloquear las negociaciones con los países candidatos; se extendía de forma modesta las competencias de la Eurocámara, así como las votaciones por mayoría cualificada en el Consejo; se aseguraba la libre circulación de personas por todo el territorio comunitario —incorporándose al tratado el Acuerdo de Schengen y cediéndose a Bruselas nuevas competencias en áreas como inmigración, asilo o visados— aunque Londres y Dublín hacían valer su carácter isleño y mantenían los controles en sus fronteras; la UEO se quedaba fuera de la Unión, si bien se creaba la figura de “míster PESC”, a cargo de la política exterior y de seguridad común; y, por último, se aprobaba el Pacto de Estabilidad y Crecimiento —acompañado de una resolución sobre el empleo para darle un barniz más social o, si se quiere, menos rigorista<sup>698</sup>—.

---

<sup>694</sup> El propio Blair escribiría en sus memorias que dado que este sería su primer acuerdo internacional no quería arruinarlo. Citado en BLAIR, T.: *A Journey*, Londres, Hutchinson, 2010, p. 176.

<sup>695</sup> En plena campaña, John Major había dicho que Blair se presentaría en Ámsterdam pisando el acelerador a fondo, dispuesto a incorporar al país a la Europa federal. Ver *La Vanguardia*, 23-4-1997, p. 8. En esta misma línea, *The Spectator* advertía en su último número antes de conocerse los resultados electorales que Tony Blair estaría en Ámsterdam a merced de funcionarios europeístas y líderes federalistas. Si se hablaba de votar al *Labour* para no perpetuar a los *tories* en el poder, lo que se conseguiría sería la vuelta al poder de, entre otros, funcionarios europeos no elegidos por el país. Ver *The Spectator*, 3-5-1997, p. 5. Como diría John W. Young, por mucho que los conservadores gustasen de presentar a Blair como un potencial traidor —capaz de sacrificar los intereses de Reino Unido en la mesa de negociaciones comunitaria— lo cierto es que la eurofilia en el laborismo distaba de ser ilimitada. Citado en YOUNG, J. W.: op. cit., p. 178. No obstante, Crowson indica que la gran mayoría de los diputados laboristas —y, sobre todo, los más jóvenes— eran no solo europeístas sino partidarios del euro. Citado en CROWSON, N. J.: op. cit., p. 132.

<sup>696</sup> BACHE, I. y NUGENT, N.: “Europe”, pp. 537-38 en SELDON, A.: op. cit., 2007.

<sup>697</sup> Básicamente, las posturas eran irreconciliables al tratar de definir el peso que cada país tendría en las votaciones del Consejo.

<sup>698</sup> No es casualidad que, desde principios de junio, Francia estuviese gobernada por un presidente conservador, Jacques Chirac, y una Asamblea de corte socialista, liderada por el nuevo primer ministro Lionel Jospin, partidario de limitar la tendencia monetarista de la UEM. Además de esta resolución, se convocaba para finales de noviembre una reunión extraordinaria centrada en el empleo, con el objetivo de establecer una estrategia común en este ámbito. Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

Si, para satisfacción de los británicos, el Tratado de Ámsterdam se quedaba lejos de cumplir con los progresos sustanciales previstos en un primer momento, el júbilo de Tony Blair a la vuelta de los Países Bajos sería doble, dado el buen sabor de boca que había dejado su debut entre sus homólogos, confirmando que, aun manteniéndose las habituales líneas rojas de Londres, el equipo laborista afrontaría los asuntos comunitarios con menor histeria que los conservadores.

Estos últimos —a escasas horas de encontrar relevo a John Major— recibirían al *premier* en las Islas afeando su triunfalismo, al entender que este se habría apropiado de un éxito que pertenecía al antiguo Gobierno, que habría dejado el trabajo casi hecho antes de su salida del poder<sup>699</sup>. Pese a ello —y ya con el thatcherista William Hague al frente de los *tories*, lo que se traduciría en el reforzamiento de su ala derecha y euroescéptica,<sup>700</sup>— el Partido Conservador llamaría a someter el nuevo tratado de la UE a consulta popular.

Más allá de la retórica política, era evidente que Tony Blair había logrado superar con solvencia su primera prueba de fuego en la mesa de negociaciones comunitaria<sup>701</sup>. No obstante, a nadie le pasaba desapercibido que la medida de su compromiso con la

---

<https://www.consilium.europa.eu/media/21130/amsterdam-consejo-europeo.pdf> (13-8-2021, 16:32).

Además, el equipo de Blair celebraba el avance en torno al contencioso pesquero que enfrentaba a su país con España. Por otro lado, y con la venia de Londres, el capítulo social se incorporaba ahora a la legislación comunitaria. Resulta curioso —a la vez que contradictorio— que, ya en los Comunes, Blair se vanagloriase de haber impedido en la cumbre que se rompiera la unanimidad en las votaciones sobre el capítulo social —recientemente incorporado por su país— con lo que habría evitado posibles daños para la economía nacional. Para ver su discurso íntegro:

[https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1997/jun/18/european-council-amsterdam#S6CV0296P0\\_19970618\\_HOC\\_258](https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1997/jun/18/european-council-amsterdam#S6CV0296P0_19970618_HOC_258) (13-8-2021, 18:07).

<sup>699</sup> De ahí que John Major, en su última aparición en el *despatch box* como líder *tory*, tildase de farsa la victoria proclamada por Blair en los Comunes. Ver *The Guardian*, 19-6-1997, p. 10.

<sup>700</sup> Tras los comicios del 97, las disputas por el liderazgo tory girarían, sobre todo, en torno a la posición de los candidatos hacia Europa. Citado en RICHARDS, S.: op. cit., p. 14. Hague alcanzaba el liderazgo del Partido Conservador a una edad temprana —36 años— y sin ser uno de los pesos pesados del *toryism* —había accedido a los Comunes en el 89 y su mayor posición sería la de ministro de Asuntos del País de Gales—. Como señala Tim Bale, Hague sería elegido, sobre todo, por el hecho de que los diputados *tories* —mayoritariamente euroescépticos, económicamente liberales pero socialmente conservadores— no tenían otra opción mejor para derrotar a Clarke y porque era el que menos enemigos tenía. Además, el mismo autor indica que, posiblemente, la cuestión más chocante sobre la batalla por el liderazgo sería el hecho de que se hablase tanto sobre Europa y el euro y tan poco sobre el porqué de la derrota electoral y la manera de que el partido trataría de afrontar el reto planteado por el *New Labour*. Citado en BALE, T.: op. cit., pp. 71-72.

<sup>701</sup> No obstante, cabe poner de manifiesto la falta de apetito evidente en la mesa de negociaciones por una reforma más radical, lo cual reflejaba una reacción general contra el Tratado de Maastricht y sus ambiciosos planes hacia una mayor integración. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 151.

integración europea estaría determinada por la posición que el nuevo inquilino de Downing Street adoptase respecto al euro.

La ambigüedad expresada en el manifiesto laborista había dado paso a la especulación tras conocerse la victoria de Blair, ya que tanto los mercados como el mundo de los negocios —que habían acogido con entusiasmo el anuncio inicial de que se concedería mayor autonomía al Banco de Inglaterra en el ámbito de la política monetaria<sup>702</sup>— exigían certidumbre: si no una fecha, al menos se esperaba una declaración de intenciones que anticipase la dirección que seguiría la política del *New Labour* hacia la nueva divisa. Empero, el mantenimiento de la indecisión gubernamental contribuiría a extender hasta el otoño los rumores sobre la posible adhesión de Londres a la moneda única.

Hasta entonces, el bagaje del Gobierno de Blair no podría ser mejor<sup>703</sup>. El nuevo alto el fuego declarado por el IRA<sup>704</sup> a principios de verano, la actuación del *premier* tras la fatídica muerte de *Lady Di*<sup>705</sup> y, ya en el mes de septiembre, el apoyo de escoceses y galeses al proyecto de descentralización del *Labour* —del que nacería en el 99 tanto el Parlamento de Edimburgo como la Asamblea de Cardiff<sup>706</sup>— no harían sino alargar la luna de miel del nuevo mandatario con sus súbditos. Blair estaba de dulce, su carácter presidencialista lograba conectar con la gente y él lo sabía: “con tan solo poner una cruz en una papeleta, el país ha nacido de nuevo”, se permitía decir en la reunión anual de su formación, entusiasmada por el hecho de que, casi veinte años después, su líder volviese a ocupar el 10 de Downing Street<sup>707</sup>.

---

<sup>702</sup> Esta decisión histórica sería hecha pública por Gordon Brown a los pocos días de asumir su nuevo cargo: “The Old Lady” manejaría los tipos, aunque el Gobierno se reservaba el derecho a fijar el objetivo de inflación. Este movimiento acercaba al Banco de Inglaterra al funcionamiento independiente de los bancos emisores exigido por Maastricht.

<sup>703</sup> Estos primeros meses del Gobierno de Blair coincidían con la entrega efectiva de Hong Kong a China, de acuerdo con lo dispuesto en el año 84. De esta forma, los dominios de Londres quedaban reducidos a islas y a avanzadillas rocosas. En la jornada del 1 de julio, el Imperio británico se quedaba sin su último aliento. Citado en GROB-FITZGIBBON, B.: op. cit., p. 460.

<sup>704</sup> Ello suponía una nueva oportunidad para retomar las negociaciones de paz tras la reanudación de las conversaciones entre el nuevo Ejecutivo británico y el Sinn Fein.

<sup>705</sup> Blair alcanzaría su mayor popularidad con el discurso pronunciado tras la muerte de Diana; una intervención histórica en la que se referiría a la princesa del pueblo como si de una santidad se tratase. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 356.

<sup>706</sup> Gales se pronunciaba a favor de la descentralización por la mínima, mientras que la semana previa lo hacía Escocia, con un apoyo más amplio y con una pregunta añadida sobre cesiones en materia impositiva. Aunque Blair fue uno de los grandes beneficiados por este resultado, la llamada *devolution* era una herencia y no una iniciativa propia del *premier*.

<sup>707</sup> *La Vanguardia*, 1-10-1997, p. 4.

Sin embargo, esta tendencia inicial —claramente favorable para el equipo de Blair— sufriría un contratiempo a finales de septiembre, cuando, a propósito de la confusión reinante en las Islas sobre la entrada de Reino Unido en la eurozona, el Nuevo Laborismo se veía obligado a afrontar la primera crisis seria de la legislatura. Esta se precipitaría por una filtración anónima publicada en el *Financial Times* acerca de la inminente incorporación del país a la tercera fase de la UEM, que haría caer el valor de la libra y expondría la división del Gobierno al respecto.

Todo ello obligaría al Ejecutivo —o, mejor dicho, al Exchequer, que creía tener la última palabra en esta materia— a acelerar su decisión final<sup>708</sup>. La presentación de esta correría a cargo de Gordon Brown, que antes de exponerla en los Comunes la adelantaría en las páginas del diario *The Times*, donde haría unas declaraciones que cogerían por sorpresa al propio *premier*, reacio a descartar cualquier opción durante el presente mandato<sup>709</sup>. Este evento —además de avergonzar a un Gobierno excesivamente preocupado por su imagen<sup>710</sup>— pondría de manifiesto la descoordinación existente entre el 10 y el 11 de Downing Street o, lo que es lo mismo, entre Blair y Brown: dos viejos amigos que, ahora y durante la próxima década, mantendrían una relación tormentosa.

Este primer enredo concluiría el 27 de octubre, cuando el *chancellor* anunciaba en sede parlamentaria que su país no se uniría al euro en la primera ola y que no habría una decisión firme hasta la próxima legislatura. Esto último posponía el veredicto hasta el año 2002, lo que daba mayor margen al laborismo para valorar la viabilidad de la divisa y, al mismo tiempo, reducía las posibilidades de que su reelección se viese perjudicada en los próximos comicios<sup>711</sup>. Además, el jefe del Tesoro —tratando de despolitizar la cuestión

---

<sup>708</sup> De acuerdo con lo acordado en Maastricht, para que un país entrase en la primera hornada —esperada para el año 99— era obligatorio que avisase antes de concluir el año 97. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 154.

<sup>709</sup> Supuestamente, la oficina del primer ministro y el Tesoro habían acordado rechazar la entrada en la primera ola —tal y como Blair y Brown habrían convenido en conjunto justo después de los comicios— pero no en la actual legislatura, que era precisamente lo que recogía el título de la entrevista de Brown publicada en el diario *The Times*. Citado en MARR, A.: op. cit., pp. 362-63 y SELDON, A.: op. cit., p. 318. Ver *La Vanguardia*, 19-10-1997, p. 13.

<sup>710</sup> Para Marr, el Nuevo Laborismo se convertiría en el partido político más obsesionado con los medios en toda la historia de Reino Unido. Citado en MARR, A.: op. cit., pp. 385-86. Liddle, por su parte, recuerda que el de Blair sería el primer Gobierno entregado al ciclo de noticias de veinticuatro horas. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 57. Antes de que terminase el año, el Gobierno de Blair tendría que afrontar una nueva crisis al ser acusado de haber eximido a la Fórmula 1 de la prohibición de anunciar tabaco tras una donación de Bernie Ecclestone al Partido Laborista.

<sup>711</sup> Así lo reconocía el propio Brown en sus memorias. Citado en BROWN, G.: *My Life, Our Times*, Londres, The Bodley Head, 2017, p. 179. Con esta decisión, el jefe del Tesoro —en principio favorable a

y de reservarse la decisión final— daba a conocer los criterios técnicos —recogidos en los famosos cinco test— que determinarían la posición definitiva del Gobierno<sup>712</sup>.

De esta forma, la política de “esperar y ver” —heredada de los *tories*, que ahora virarían hacia el rechazo directo al euro, al menos en el futuro inmediato<sup>713</sup>— daba paso a otra de “preparar y decidir”. Esta tímida evolución conectaba con la prudencia que —de acuerdo con las palabras pronunciadas por Gordon Brown al poco de asumir su nuevo cargo— debía guiar la actuación del Exchequer<sup>714</sup>, pero, al mismo tiempo, chocaba con la pretensión del Gobierno británico de ejercer el papel de líder en la Unión.

Además, dada la incertidumbre que venía acompañando a la Europa de los Quince desde la cumbre de Ámsterdam —palpable en el ambiente que rodearía la firma del nuevo tratado en octubre<sup>715</sup>— la UEM era, precisamente, el único ámbito en el que, a pesar de contar con sus propias incógnitas, el proyecto europeo avanzaba con paso firme.

A pesar de ello, y de que la economía británica cumplía con los requisitos establecidos en Maastricht para acceder a la eurozona, el desmarque de Londres volvía a dar muestras de su habitual excepcionalidad. Esta autoexclusión, además, sería recordada a lo largo del próximo semestre, al darse la paradoja de que, entre enero y junio del 98, Reino Unido tomaría el asiento presidencial justo cuando debía abordarse la puesta a punto de la tercera fase de la UEM.

---

la adopción del euro— se sumaba a la opinión mayoritaria de su ministerio. A la larga, Brown se convertiría en una especie de héroe para los euroescépticos, ya que la entrada en la eurozona hubiese complicado, con toda probabilidad, la posibilidad de que Reino Unido se acabase desvinculando de la Unión. Otros, en cambio, volverían a preguntarse si, al desentenderse de la moneda única, los británicos no habrían perdido una nueva oportunidad.

<sup>712</sup> La convergencia sostenible de los ciclos económicos, una flexibilidad suficiente, el efecto sobre la inversión, el impacto sobre los servicios financieros y los beneficios para el empleo. Ver *La Vanguardia*, 28-10-1997, p. 7. Crowson señalaba que la reacción dispar del gabinete de Blair a la declaración de Brown en los Comunes probaría la división que esta última causaría en el equipo laborista. Citado en CROWSON, N. J.: op. cit., p. 137.

<sup>713</sup> Así se plantea en la conferencia anual del Partido Conservador, durante la cual el nuevo líder, William Hague, hablaría de gran error al referirse a la entrada de la libra en el Mecanismo Europeo de Cambio. Ver *The Guardian*, 9-10-1997, p. 9.

<sup>714</sup> Ver *The Observer*, 18-5-1997, p. 31.

<sup>715</sup> Douglas Henderson, encargado de las relaciones con Europa, recibiría el mandato de poner su rúbrica al tratado en nombre de Reino Unido, en vez de hacerlo el ministro de Exteriores, Robin Cook, una figura de mayor rango.

Por mucho que Robin Cook prometiese que, desde su posición al frente del Consejo, su país trataría de dar el mejor inicio posible a la moneda única<sup>716</sup>, el rechazo categórico de Londres —antes de celebrarse la última cumbre del año— a que los integrantes del euro creasen un comité propio al margen de los Quince probaría, por un lado, su temor a quedarse fuera de la toma de decisiones y, por otro, sus dificultades para conciliar la defensa de su *opt-out* con su deseo de influir en la mesa de negociaciones comunitaria<sup>717</sup>.

Esta tensión estaría presente durante los seis meses en los que Londres lideraría el Consejo de la UE, que arrancaban el 1 de enero de 1998 coincidiendo con el veinticinco aniversario de la entrada de los anglosajones en la familia comunitaria: un evento que pasaría sin pena ni gloria en las Islas<sup>718</sup>.

Combatir esta sensación de indiferencia sería, precisamente, uno de los principales objetivos de la presidencia británica, que aspiraba a convencer a los suyos de que, a las puertas del siglo XXI, el destino de Reino Unido y el de la Unión debían de ir de la mano. Para ello, el Gobierno de Blair centraría su mensaje presidencial en la necesidad de acercar Europa a sus ciudadanos, con la creencia de que si la Unión ponía el foco en las áreas que más afectaban a la gente —léase el empleo, el medio ambiente o el crimen—

---

<sup>716</sup> Así lo expondría el jefe del Foreign Office al presentar, a principios de noviembre, la agenda de la presidencia británica. Ver *The Guardian*, 3-11-1997, p. 2.

<sup>717</sup> En la última cumbre del año —celebrada durante los días 12 y 13 de diciembre en Luxemburgo— se alcanzaría una fórmula de consenso: se creaba el Consejo del euro pero aquellos países que mantuviesen su propia divisa podrían estar presentes en las reuniones cuando fuese abordado algún tema que les afectase.

<sup>718</sup> YOUNG, H.: op. cit., p. 472. Como dato curioso, justamente a principios de enero se estrenaba la película *Titanic* en las salas de cine españolas. En la prensa española, *La Vanguardia* entendía que la presidencia británica era una buena prueba de toque para comprobar el talante del Gobierno de Blair hacia Europa y que, al mismo tiempo, representaba una oportunidad “para que Londres no cometa otra vez el error histórico de subirse al carro europeo mal y a destiempo”. Ver *La Vanguardia*, 3-1-1998, p. 14. Al hacer balance del semestre, el diario catalán certificaba el cambio de actitud observado en Londres pero recordaba que su política hacia Europa seguía siendo un misterio. Ver *La Vanguardia*, 16-6-1998, p. 24. *El País*, por su parte, esperaba que el turno presidencial de Londres contribuyese a transformar el sentir de una opinión pública todavía reticente a la integración y de asignar a su país un puesto central para cuando le correspondiese adoptar el euro y, así, reconciliarse plenamente con Europa. Ver *El País*, 2-1-1998, p. 12. Al término del semestre, el diario hacía balance: “Los conflictos entre Londres y Bruselas no se han acabado, pero han entrado en una vía de normalidad. Esta vez la presidencia británica se ha hecho con Europa, no contra Europa”. Ver *El País*, 30-6-1998, p. 14. *ABC* hablaba de un discreto balance de la presidencia británica, aunque reconocía el giro radical que el nuevo Gobierno laborista había impreso en las relaciones Londres-Bruselas: “De ser el socio euroséptico ha pasado a ser un cooperante entusiasta en el proceso de construcción”. Ver *ABC*, 19-6-1998, p. 15. Una semana más tarde, Íñigo Méndez de Vigo hacía un comentario muy interesante en las mismas páginas: “Blair es un pragmático, sabe que la única opción británica es matrimoniar con la Unión Europea y trata de convencer a sus compatriotas de lo acertado de la reflexión de Robert L. Stevenson: ‘si la gente se casara solo cuando se siente presa de amor, la mayoría moriría célibe’”. Ver *ABC*, 26-6-1998, p. 40.

el apoyo a la integración ganaría adeptos en el continente y, lo que era más importante, en suelo británico<sup>719</sup>.

Downing Street sabía que la conversión popular a la fe europeísta no se produciría de la noche a la mañana pero, por lo pronto, la presidencia europea ofrecía a Londres la oportunidad de demostrar sin dilación al resto de socios que —actuando como avanzadilla del cambio en su país— el Gobierno laborista había dejado atrás la indecisión, la vacilación y el antieuropeísmo de los *tories* para poner a Reino Unido al volante de la construcción de Europa<sup>720</sup>.

Con esa idea acogería el equipo de Blair la Conferencia Europea, celebrada el 12 de marzo en Londres —con la sonada ausencia de Turquía<sup>721</sup>— para marcar el inicio formal de las negociaciones con los países candidatos a entrar en la UE, que unos meses antes había seleccionado a seis de ellos —los más preparados— para adherirse en una primera oleada: Chipre, Eslovenia, Estonia, Hungría, Polonia y República Checa<sup>722</sup>.

Como tradicionales paladines de la ampliación, los británicos se sentían cómodos ejerciendo de anfitriones. Menos gratificante sería su posición presidencial al abordar la cuestión monetaria a principios de mayo, justo cuando se cumplía un año de la victoria del *New Labour* —con la *blairmanía* todavía en forma, tanto dentro como fuera de las

---

<sup>719</sup> Una Europa cercana a sus ciudadanos sería uno de los *leitmotiv* del Gobierno británico durante la década de Tony Blair al frente del país. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 166.

<sup>720</sup> Este sería uno de los mensajes principales que trataría de transmitir Tony Blair al presentar, a principios de diciembre, la presidencia europea de su país. Ver *La Vanguardia*, 6-12-1997, p. 7. Como diría el propio Blair en sus memorias, estaba más interesado en probar que Reino Unido había cambiado que en cambiar Europa —para lo cual, reconoce, su equipo carecía de estrategia—. Citado en BLAIR, T.: op. cit., p. 531. En un discurso pronunciado por Blair en La Haya el 20 de enero, el *premier* aseguraría que desde los últimos comicios se había producido un cambio importante en la opinión pública de Reino Unido, gracias a los resultados cosechados en el continente. Atrás había quedado el chovinismo de los años dominados por los conservadores. Ahora había confianza en las Islas; un sensación de dinamismo y aventura que hacía que la gente no temiese a Europa. De ahí que, por primera vez en mucho tiempo, existiese un consenso creciente en el país favorable a una participación constructiva en Europa. HAEU: HW-47. En este sentido, Daddow diría que el consenso proeuropeísta perseguido por el Nuevo Laborismo apenas tendría legitimidad popular, ya que, en el mejor de los casos, se apoyaba en una lectura marginal acerca del pasado de Reino Unido. Citado en DADDOW, O.: op. cit., 2011, p. 234-35.

<sup>721</sup> En señal de protesta por la decisión de los Quince de no acceder a iniciar con ella las negociaciones de adhesión, al entender que no cumplía con las condiciones políticas ni económicas.

<sup>722</sup> El 31 del mismo mes se iniciaban las negociaciones entre los Quince y los seis aspirantes. Por su parte, para Bulgaria, Eslovaquia, Letonia, Lituania y Rumanía se disponía un esquema de preadhesión que postergaba las negociaciones finales al momento en el que cumpliesen con las condiciones establecidas. Todo esto se decidiría en el Consejo Europeo de Luxemburgo, celebrado a mediados de diciembre del 97. Ver *La Vanguardia*, 14-12-1997, p. 3.

Islas<sup>723</sup>— y apenas unas semanas después de que, de una vez por todas, se iniciase el camino a la paz en el Ulster tras la firma del Acuerdo de Viernes Santo<sup>724</sup>.

Y es que la histórica reunión de los líderes comunitarios en Bruselas para ratificar el nombre de los once países que, en un primer momento, participarían en la eurozona — siendo Grecia la única excluida temporalmente por incumplimiento<sup>725</sup>— se vería empañada por una agria disputa en torno a la designación del primer presidente del Banco Central Europeo (BCE). El conflicto enfrentaba al candidato holandés, el entonces jefe del Instituto Monetario Europeo, Wim Duisenberg —que tenía el apoyo de Alemania— con el aspirante presentado por los franceses, Jean-Claude Trichet.

Solo después de arduas negociaciones y tras un acuerdo de dudosa legalidad los Quince alcanzarían un compromiso salomónico: Duisenberg asumía el cargo pero se comprometía —verbalmente, para no contravenir la letra de Maastricht— a ceder el testigo a Trichet en cuanto se introdujesen los billetes y las monedas en euros —lo que, en un principio, debía ocurrir en julio de 2002—<sup>726</sup>.

Con el proceso de ampliación al este en marcha y el avance imparable hacia la moneda única —a pesar de las sombras de última hora que deslucían su puesta a punto— la Europa de los Quince llegaría a la cumbre de Cardiff a mediados de junio con los deberes prácticamente hechos, lo que hacía presagiar que el encuentro de los jefes de Estado y de Gobierno sería anecdótico<sup>727</sup>.

---

<sup>723</sup> Quizá no tanto entre aquellos que esperaban un mayor radicalismo socialista. Además, este aniversario se vería parcialmente oscurecido por el retroceso del *Labour* en las elecciones municipales, celebradas unos días más tarde. En ellas, merece la pena destacar que los londinenses se pronunciarían a favor de recuperar el gobierno local eliminado en su día por Margaret Thatcher.

<sup>724</sup> Ratificado en el mes de mayo tanto por la República de Irlanda como por Irlanda del Norte, con un 94,39% y un 71,12% de votos afirmativos respectivamente. Ver *La Vanguardia*, 24-5-1998, p. 3. Este acuerdo dejaba atrás treinta años de violencia y más de 3000 víctimas mortales.

<sup>725</sup> Reino Unido y Dinamarca recurrían a su *opt-out* en materia monetaria, mientras que Suecia decidía permanecer al margen.

<sup>726</sup> *La Vanguardia*, 3-5-1998, p. 4. Como diría el *Daily Mail*, la imagen de dos perros luchando por un hueso difícilmente podría haber lanzado la moneda única con menos decoro. Ver *Daily Mail*, 4-5-1998, p. 8. Para el diario *The Telegraph*, lo ocurrido probaba una vez más que todo lo que tocaba Bruselas se convertía en una cuestión política. De ahí que, al igual que otras cabeceras como el *Daily Express*, defendiese mantenerse al margen del euro, ya que este era una iniciativa de carácter más político que económico. Ver *The Telegraph*, 4-5-1998, p. 19 y *Daily Express*, 2-5-1998, p. 10. Oficialmente, el BCE sustituyó el 1 de junio al Instituto Monetario Europeo y, tres días más tarde, el Eurogrupo —también conocido como Euro-11— celebraba su primera reunión.

<sup>727</sup> El día 15 de junio, coincidiendo con la primera jornada de la cumbre, Reino Unido ratificaba el Tratado de Ámsterdam.

Sin embargo, la cita en tierras galesas, de la misma forma que daría fin a la presidencia europea de Reino Unido, inauguraría la discusión sobre la llamada Agenda 2000, presentada en julio del año anterior por la Comisión Santer con el objetivo de preparar a la UE a nivel institucional y financiero para afrontar con éxito el crecimiento de la familia comunitaria. Básicamente, la disputa en Cardiff giraría en torno a la posibilidad de que se recortasen los fondos estructurales, se reestructurase la PAC y se revisase el cheque británico, quedando en evidencia la división existente entre los Quince, atrincherados en sus posiciones para tratar de perder lo menos posible en el futuro arreglo presupuestario<sup>728</sup>.

De esta forma, el semestre presidido por Londres se cerraba con bronca. No obstante, el Gobierno de Blair lograría anotarse un tanto final con la ayuda del tándem París-Berlín, que se presentaba en Cardiff —en parte, por la cercanía de los comicios en Alemania, a los que Kohl llegaba en una posición endeble— planteando que los Estados miembros asumiesen mayor poder en el juego comunitario. Que el motor de la integración europea apostase por la descentralización resultaba tan sorprendente como prometedor en las Islas, donde este giro se interpretaría como un respaldo a la idea propia —incluida entre las prioridades de la presidencia británica— de acercar la UE a la ciudadanía.

Esta nueva tendencia permitiría proclamar a Tony Blair que la Unión empezaba a moverse en la dirección adecuada<sup>729</sup> y, sirviendo como colofón al mandato presidencial de su país, le animaría a pronunciar ante el Parlamento Europeo un discurso inédito en un primer ministro británico desde los tiempos de Edward Heath: los días de Londres contra el resto estaban finiquitados<sup>730</sup>.

---

<sup>728</sup> La ampliación pondría en primer plano la insatisfacción latente en algunos Estados miembros —y, en particular, en Alemania— sobre sus respectivas aportaciones al presupuesto comunitario. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 153.

<sup>729</sup> *The Guardian*, 17-6-1998, p. 3.

<sup>730</sup> *The Guardian*, 19-6-1998, p. 17. Robin Cook, en un discurso pronunciado en Chatham House para hacer balance de la presidencia británica, pondría en valor la capacidad del *New Labour* para conseguir algo que sus predecesores nunca habían logrado: ser *communitaire* y, al mismo tiempo, buenos defensores del interés nacional. Esta intervención puede ser consultada en el archivo digital de Chatham House: “The British presidency of the EU: six months at the heart of Europe”, RIIA/8/5939.

Así pues, y a pesar de que el balance general de la presidencia fuese discutible<sup>731</sup>, el sol de verano se instalaba en el continente europeo con algunos rayos de esperanza sobre el futuro de la relación entre Londres y Bruselas<sup>732</sup>.

Curiosamente, este renovado optimismo con el que el Gobierno laborista cerraba la primera parte del año en el ámbito comunitario contrastaría con el mal sabor de boca que, a la vuelta del periodo estival, dejaría en Downing Street la noticia de que el largo idilio entre Tony Blair y sus compatriotas empezaba a mostrar los primeros síntomas de agotamiento<sup>733</sup>.

Pese a ello —o quizá por ello— el *premier* utilizaría la conferencia anual de su partido a finales de septiembre para anunciar —al estilo de su admirada Margaret Thatcher— la llegada de una nueva revolución a las Islas. La necesidad de modernizar el país y de hacerlo más competitivo —lo que pasaba, ineludiblemente, por la reforma del estado de bienestar— obligaba a tomar medidas difíciles y no necesariamente populares; máxime si se quería sortear con mayores garantías el creciente enfriamiento de la economía mundial<sup>734</sup>.

Que el flamante líder laborista empezase a poner los pies en el suelo<sup>735</sup> no quería decir que la oposición estuviese ganando terreno, ya que los conservadores —guiados por un cuestionado William Hague— seguían su particular travesía por el desierto, aferrándose a la cuestión europea para tratar de diferenciarse del *New Labour*, que le había ido dejando sin espacio en el ámbito de la política doméstica. Ello explica que, a principios de octubre, el Partido Conservador decidiese radicalizar su posición hacia la moneda única,

---

<sup>731</sup> Ver GOWLAND, D. y TURNER, A.: op. cit., p. 364, YOUNG, H.: op. cit., p. 521, YOUNG, J. W.: op. cit., pp. 181-82 y LUDLOW, P.: “The 1998 UK Presidency: A View from Brussels” en *Journal of Common Market Studies*, nº 4, vol. 36, diciembre 1998, pp. 573-83. Para conocer la cobertura de la prensa británica sobre la presidencia europea de Reino Unido: ANDERSON, PETER J. y WEYMOUTH, A.: *Insulting the Public?: The British Press and the European Union*, Harlow, Longman, 1999, pp. 113-48.

<sup>732</sup> De ahí que, en reacción a esta creciente sintonía —y, en concreto, a la supuesta determinación de Blair a adoptar el euro— el diario *The Sun* se preguntase en portada si el *premier* era el hombre más peligroso en Reino Unido. Ver *The Guardian*, 25-6-1998, p. 5.

<sup>733</sup> *The Guardian*, 9-9-1998, p. 1. De poco parecía haber servido que, a mediados de julio, el Gobierno laborista hubiese anunciado un generoso plan de inversión en materia educativa y sanitaria o que, a finales del mismo mes, el *premier* llevase a cabo la primera remodelación de su gabinete.

<sup>734</sup> *La Vanguardia*, 30-9-1998, p. 9.

<sup>735</sup> A ello también contribuiría que, a finales de octubre, se produjese la primera dimisión en el Gobierno de Blair.

confirmando que, durante la siguiente década, Reino Unido permanecería al margen de la eurozona<sup>736</sup>.

La política europea de Blair también traería novedades en otoño, aunque en este caso con el objetivo de estrechar el Canal y no de hacerlo más grande. Tratando de aprovechar la posición de privilegio que ocupaba Reino Unido en materia defensiva, el Gobierno británico se acercaría a Francia para —en un paso inédito, favorecido por la inoperancia mostrada por la UE ante situaciones como las que se venían sucediendo en los Balcanes— animar a los Quince a avanzar hacia la creación de unas fuerzas armadas propias y autónomas, de tal forma que en un futuro próximo —y haciendo uso de las disposiciones de los tratados— la Unión pudiese responder a las crisis internacionales en las que la OTAN no estuviese involucrada<sup>737</sup>.

Así se expondría en la Declaración de Saint-Malo rubricada por Blair y Chirac a principios de diciembre, con la que el Gobierno laborista aspiraba a mostrar tanto a sus socios como a sus propios ciudadanos que Londres también podía ejercer de líder en la familia comunitaria<sup>738</sup>.

Ciertamente, parecía oportuno que la vieja *Britannia* patrocinase iniciativas como esta — que realzaban su capacidad para comportarse como un buen europeo — en un momento en el que, en el debate comunitario, el reciente espíritu descentralizador del eje franco-alemán había perdido fuerza —gracias, en parte, a la victoria del socialdemócrata Gerhard Schröder en Alemania a finales de septiembre<sup>739</sup>— y ganaba impulso tanto la revisión del

---

<sup>736</sup> *La Vanguardia*, 9-10-1998, p. 10.

<sup>737</sup> La importancia otorgada por el Gobierno de Blair a la *special relationship* estaba fuera de toda duda. Así lo pondría de relieve el hecho de que, apenas un par de semanas después, Londres se uniese a Washington para lanzar —sin el aval de la ONU— una campaña de bombardeos —la llamada Operación Zorro del Desierto— contra el Irak de Sadam Huseín, acusado de incumplir sus obligaciones de desarme.

<sup>738</sup> Para la lectura íntegra de este documento:

[https://www.cvce.eu/content/publication/2008/3/31/f3cd16fb-fc37-4d52-936f-c8e9bc80f24f/publishable\\_en.pdf](https://www.cvce.eu/content/publication/2008/3/31/f3cd16fb-fc37-4d52-936f-c8e9bc80f24f/publishable_en.pdf) (21-8-2021, 21:38).

Como decía Alasdair Blair, la declaración era importante porque inyectaba un sentido de realismo a la política europea de cooperación defensiva, ya que subrayaba la necesidad de establecer estructuras más efectivas que mejorarían la capacidad de la UE para actuar en áreas que no requerían la participación de Washington. Citado en ALASDAIR, B.: *Britain and the World since 1945*, Abingdon, Routledge, 2015, p. 154.

<sup>739</sup> En un principio, la reunión informal de los líderes comunitarios establecida para finales de octubre en Austria debía abordar la cuestión de la subsidiariedad. Sin embargo, el encuentro acabaría mediatizado por otros temas, entre los que destacaría la necesidad de impulsar la economía de los Quince.

cheque británico como el tema de la armonización fiscal; dos cuestiones en las que Reino Unido se encontraba a la defensiva y en clara minoría.

Además, dado que el nacimiento del euro estaba a la vuelta de la esquina, resultaba pertinente que el gabinete laborista buscase reforzar su ofensiva europeísta para que, en caso de que llegase a recomendar el abandono de la libra, el pueblo británico lo asumiese con mayor naturalidad<sup>740</sup>. De ahí que, antes de terminar el año y como parte de esta campaña, el *premier* pidiese mayor equilibrio a la prensa anglosajona —y, en concreto, a las cabeceras marcadamente euroescépticas, que eran las más ruidosas del panorama mediático— a la hora de acercarse a los asuntos comunitarios y, sobre todo, a aquellos relacionados con la moneda única<sup>741</sup>.

Tony Blair diría adiós a 1998 desde las islas Seychelles, tratando de encontrar la relajación a pesar de que, el día previo a la Nochebuena, se hubiese quedado sin Peter Mandelson, su principal aliado en el gabinete<sup>742</sup>. En lo referente a la UE, el político de Edimburgo se podía permitir cierta desconexión: su Gobierno se encontraba cómodo con el creciente dominio de las ideas centristas entre los Quince y, además, los momentos más comprometidos estaban todavía por llegar, como el acuerdo sobre la Agenda 2000, que en la última cumbre había decidido aplazarse para la próxima primavera.

Así pues, mientras el 31 de diciembre se fijaban en Bruselas los tipos de conversión fijos e irrevocables entre las monedas de los once países que conformarían la eurozona, el líder de Reino Unido disfrutaba de su retiro en el medio del océano Índico: todo un símbolo del aislamiento de la vieja *Britannia* que, una vez más, se desmarcaba inicialmente de otro gran salto adelante en el proceso de integración europea.

---

<sup>740</sup> A finales de noviembre, un centenar de dirigentes de empresas británicas hacían público a través del *Financial Times* un manifiesto en el que presionaban al Gobierno de Blair para que su país se incorporase a la moneda única con celeridad. Ver *La Vanguardia*, 24-11-1998, p. 80.

<sup>741</sup> *La Vanguardia*, 12-12-1998, p. 13.

<sup>742</sup> Obligado a dimitir por no declarar un préstamo que había solicitado a una persona importante dentro del Tesoro para comprarse un piso. No obstante, Mandelson tardaría menos de un año en volver al equipo de Blair para, en esta ocasión, ponerse al frente de los asuntos de Irlanda del Norte.

Aún así, el Gobierno británico —y, sobre todo, su líder, Tony Blair, galardonado ahora con el Premio Carlomagno por su talante europeísta<sup>743</sup>— estaba determinado a seguir muy de cerca la evolución del euro —que presentaba como una oportunidad más que como una amenaza— lo que obligaba a ir preparando al país para que una eventual adhesión no resultase traumática. De acuerdo con las encuestas, el grueso de la opinión pública seguía prefiriendo la libra, pero estaba dispuesto a cambiar su postura si el euro resultaba exitoso<sup>744</sup>. Todo ello explica que, en febrero del 99, el *premier* anunciase ante los Comunes el llamado “national changeover plan”, que no era más que una declaración de intenciones; un cambio de velocidad y no de política: Reino Unido debía prepararse en serio para adoptar la moneda única<sup>745</sup>.

Mientras tanto, el inicio de la tercera y última fase de la UEM y, con ella, el lanzamiento oficial del euro —todo un hito en historia de la construcción europea— se veía empañado por el estallido de una crisis institucional sin precedentes en las instituciones, a raíz de que el Parlamento Europeo acusase al Ejecutivo comunitario de malversación de fondos y otras irregularidades.

A mediados de enero, Jacques Santer lograría sortear la moción de censura de los eurodiputados pero, dos meses más tarde, su equipo no lograría superar el veredicto del comité de expertos independientes creado para esclarecer lo ocurrido. El 15 de marzo —poco antes de que se celebrasen nuevas elecciones a la Eurocámara— la Comisión Santer hacía pública su dimisión en bloque.

El nuevo canciller alemán, Gerhard Schröder —aprovechando el poder extra que le confería a los suyos el asiento presidencial en la UE— no estaba dispuesto a que este contencioso hiciese peligrar el acuerdo sobre la Agenda 2000 —la prioridad número uno de la presidencia germana— a la que los Quince habían decidido dedicarle una cumbre extraordinaria en este mismo mes de marzo. De ahí que, en cuestión de días, el vacío de poder en el Berlaymont fuese cubierto con la elección del italiano Romano Prodi<sup>746</sup>, que

---

<sup>743</sup> Y también por su papel en el proceso de paz de Irlanda del Norte. La noticia se conocería en enero del 99 y Blair recibiría el premio en el mes de mayo, siguiendo la estela de otros políticos británicos como Harold Macmillan, Edward Heath y Roy Jenkins.

<sup>744</sup> *The Observer*, 6-12-1998, p. 2.

<sup>745</sup> *La Vanguardia*, 24-2-1999, p. 70.

<sup>746</sup> Además de profesor de economía, Romano Prodi había sido primer ministro de Italia entre mayo del 96 y octubre del 98.

obtendría el plácet de los líderes europeos al poco de que estos aterrizasen en Berlín para tratar de concluir las negociaciones sobre la Agenda 2000, esto es, sobre el presupuesto comunitario durante los próximos siete años.

Pero, además de abordar el nombramiento de Prodi, los jefes de Estado y de Gobierno tendrían que dedicar parte de su tiempo a la situación en Kosovo, ya que la primera jornada del encuentro coincidiría con el inicio de la intervención de la OTAN contra la República Federal de Yugoslavia —ahora reducida a Serbia y Montenegro— presidida por un Milosevic que se negaba a aceptar por todos los medios la separación de los kosovares<sup>747</sup>. Pese a ello, los Quince serían capaces de centrarse en el asunto que les había reunido y, después de un esfuerzo maratoniano, lograban consensuar el primer presupuesto del siglo XXI para la UE.

De acuerdo con Jacques Chirac, Tony Blair había logrado en la mesa de negociaciones casi todo lo que había pedido<sup>748</sup>. Ciertamente, puede que este hubiese preferido asegurar una reforma más rápida de la PAC —que, aún así, era revisada a la baja, al igual que los fondos estructurales— pero el *premier* regresaba a las Islas, tal y como había prometido, manteniendo el cheque intacto —al menos hasta la próxima ampliación del Club—<sup>749</sup>.

Sin embargo, el líder del *New Labour* no sacaría rédito electoral de esta supuesta victoria en las europeas del mes de junio, como tampoco del hecho —conocido hacia finales de abril— de que, a pesar de su creciente debilidad, la economía doméstica lograba evitar la recesión<sup>750</sup>.

La ausencia de Blair en campaña —fruto de la prioridad otorgada por Londres a la actuación en Kosovo, liderada junto a Washington y que justo ahora llegaba a su fin<sup>751</sup>—

---

<sup>747</sup> Esta operación no contaría con el respaldo de la ONU, de modo que no estaría exenta de polémicas.

<sup>748</sup> *La Vanguardia*, 27-3-1999, p. 17.

<sup>749</sup> Los grandes contribuyentes —Alemania, Suecia, Holanda y Austria— se aseguraban una reducción en el porcentaje que les correspondía financiar del reembolso británico, que en adelante tendría que ser asumido por el resto de Estados miembros. Ver *The Guardian*, 27-3-1999, p. 17.

<sup>750</sup> *La Vanguardia*, 24-4-1999, p. 68.

<sup>751</sup> En el mes de abril, Tony Blair pronunciaba un discurso en Chicago en el que exponía su filosofía basada en cinco condiciones que justificaban la intervención militar en Estados soberanos por cuestiones humanitarias. Si este año su Gobierno decidía enviar tropas a Kosovo y a Timor Oriental, al año siguiente lo haría a Sierra Leona. Estas palabras serían las que acabarían respaldando, ya en el nuevo siglo, las invasiones de Afganistán e Irak. Para Anthony Seldon, este sería sin duda el discurso más importante de su mandato. Citado en SELDON, A.: op. cit., 2007, p. 646.

sumada al nuevo sistema de elección proporcional —que anticipaba una mayor pérdida de asientos para el partido gobernante<sup>752</sup>— propinarían al *premier* su primer gran golpe en las urnas, con un laborismo que cosechaba su peor resultado en dieciséis años<sup>753</sup>. Los *tories*, que se habían movilizado en defensa de la libra bajo el lema “en Europa pero no dirigidos por ella”, serían los grandes beneficiados al doblar su número de escaños<sup>754</sup>. Además, el UKIP, que apostaba abiertamente por la salida de Reino Unido de la UE, conseguía representación por primera vez a escala nacional<sup>755</sup>.

Aunque la alta abstención exigiese cierta prudencia a la hora de valorar los resultados<sup>756</sup>, era inevitable concluir que el electorado había querido dar un toque de atención al Nuevo Laborismo. Muchos observadores de la época se preguntaban si, a la luz de lo ocurrido —esto es, el avance del euroescepticismo— el Gobierno reconsideraría su política europea y, en concreto, su acercamiento hacia la moneda única. Pero lejos de amilanarse por este traspies electoral —y quizá, en parte, para tratar de olvidarlo— el equipo de Blair prepararía un acto antes del parón estival para sacar pecho de su gestión durante los dos primeros años al frente del país. De acuerdo con el *premier*, más de la mitad del programa laborista habría sido ya satisfecho<sup>757</sup>.

A la llegada del otoño, en el congreso anual del Partido Laborista, Tony Blair dejaría claro que la política de los suyos hacia el euro —recogida en la consigna “preparar y decidir”— seguía siendo la misma, aunque no resolvería la duda principal, que era la fecha del hipotético referéndum. Un par de semanas después, cumpliendo con el cambio de ritmo anunciado por el *premier* a principios de año, se lanzaba oficialmente la campaña “Britain in Europe”, una alianza multipartidista patrocinada por el Gobierno cuyo

---

<sup>752</sup> Tal y como había sucedido a principios de mayo en las primeras elecciones parlamentarias celebradas en Escocia y Gales tras el referéndum sobre la *devolution*, que servirían como prueba de este nuevo método de elección. En ellas, el Partido Laborista lograba ser el partido más votado pero el nuevo sistema le impedía conseguir mayoría absoluta para gobernar en solitario.

<sup>753</sup> *The Guardian*, 14-6-1999, p. 1.

<sup>754</sup> Además, la plataforma Pro-Euro Conservative Party obtenía tan solo un 1,4% de los votos —en torno a las 150.000 papeletas— lo que parecía respaldar la política de Hague hacia la moneda única.

<sup>755</sup> *The Guardian*, 15-6-1999, p. 17. Uno de los asientos del UKIP sería para Nigel Farage, una figura imprescindible para analizar y comprender el *brexít* de 2016.

<sup>756</sup> La baja participación fue generalizada en los Quince, llegando a alcanzar cifras récord al superar con creces el 50%. Ver *La Vanguardia*, 14-6-1999, p. 3.

<sup>757</sup> *La Vanguardia*, 27-7-1999, p. 4.

propósito era resaltar los beneficios de la identidad europea e iniciar los preparativos para abrazar la moneda única<sup>758</sup>.

Este acelerón hacia la eurozona sería aprovechado por William Hague —henchido tras su triunfo en las europeas, aunque todavía con dificultades para consolidar su autoridad entre sus correligionarios<sup>759</sup>— para marcar distancia con el partido gobernante —a pesar de que, en muchos aspectos, hablasen un mismo lenguaje— y proclamar que los *tories* —a través de “la revolución del sentido común”— devolverían al pueblo británico el país que el *New Labour* les estaba arrebatando<sup>760</sup>. Con los conservadores, por ejemplo, la libra estaría a salvo; una idea que contrastaba con la postura oficial de la formación, que todavía no descartaba del todo una eventual adhesión a la moneda única. Como diría Tim Bale, a partir de este momento el populismo entraba en acción en las filas *tories*, viéndose reforzado a medida que se perdía la batalla ante los laboristas en el ámbito de la economía y de los servicios públicos<sup>761</sup>.

En cierta medida, Downing Street encajaba con gusto que la oposición le recriminase estar construyendo un país diferente. Ese era, al fin y al cabo, uno de los principales objetivos del Nuevo Laborismo: modernizar a la vieja *Britannia* para que pudiese encarar con mayores garantías la nueva centuria. Seguramente, uno de los mejores símbolos de esta transformación sería la imponente noria erigida en esta época frente al Palacio de Westminster para recibir al año 2000, justo cuando los Lores se hacían el *harakiri* al aceptar —a instancias del Gobierno laborista— la expulsión de la mayoría de los miembros hereditarios de la cámara.

De forma parecida, también la UE —tras la entrada en vigor del Tratado de Ámsterdam y el inicio de la Comisión Prodi— quería ser diferente y adaptarse a los nuevos tiempos. Por importante que fuese la cuestión económica —que había dado lugar a proyectos clave, como el mercado único o la UEM— la construcción europea debía ir más lejos para preservar su credibilidad. Si en la cumbre de Colonia, celebrada el pasado mes de junio,

---

<sup>758</sup> En esta plataforma coincidían, además del propio Blair, nombres como Clarke y Helseltine —en representación de los *tories*— o Charles Kennedy —el líder de los liberales— así como destacadas figuras del mundo de los negocios. Ver *La Vanguardia*, 15-10-1999, p. 7.

<sup>759</sup> Para colmo, Hague sería incapaz de deshacerse de la imagen —extendida entre la sociedad británica— que ligaba a su partido con la corrupción, ya que ahora se sucederían nuevos casos.

<sup>760</sup> *The Guardian*, 8-10-1999, p. 10.

<sup>761</sup> BALE, T.: op. cit., p. 102.

los líderes europeos se habían centrado en el avance de la política exterior y de seguridad común<sup>762</sup>, a mediados de octubre se volvían a reunir en la ciudad finlandesa de Tampere para abordar la creación de un espacio de libertad, seguridad y justicia.

No obstante, sería en diciembre, en el Consejo Europeo de Helsinki, cuando esta creciente voluntad política se mostraría en todo su esplendor. Determinados a que el frío nórdico no congelase sus planes para relanzar el Club, los jefes de Estado y de Gobierno alcanzaban un acuerdo de gran envergadura.

En el ámbito de la defensa y la seguridad —como respuesta a lo ocurrido en los Balcanes e influidos por la Declaración anglo-francesa de Saint-Malo, de la que ahora se cumplía un año— los Quince aprobaban el establecimiento de una fuerza militar de acción rápida para la prevención de conflictos y la gestión de crisis. Por otro lado, se decidía abrir las negociaciones de adhesión con los seis países que permanecían a la cola —esto es, Bulgaria, Eslovaquia, Letonia, Lituania, Malta y Rumanía— además de otorgar a Turquía la condición de candidato al ingreso si aceptaba ciertos requisitos. Y, por último, se convocaba una nueva CIG —que tendría lugar entre febrero y diciembre del 2000— para abordar la reforma institucional pendiente, de tal manera que fuese posible llevar a cabo la ampliación<sup>763</sup>.

De esta forma, los líderes de los Quince despedían el siglo XX con cierta satisfacción, conscientes de que el resultado de la cita comunitaria contribuiría a extender por las distintas capitales la sensación de que, a pesar de todas las dificultades, el proyecto europeo volvía a carburar. Una imagen que llegaría difuminada a las islas británicas, donde la última cumbre de la centuria sería recordada, sobre todo, por el contencioso con los franceses, que en las horas previas decidían mantener el boicot a las importaciones de carne de vacuno procedentes del otro lado del Canal.

Tony Blair no cedería ante la presión de aquellos que, como el sector euroescéptico de la prensa anglosajona, le instaban a declarar la guerra comercial a Francia desde Helsinki.

---

<sup>762</sup> Entre otras decisiones, en esta cumbre se nombraría a Javier Solana como nuevo “míster PESC”.

<sup>763</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

<https://www.consilium.europa.eu/media/21043/helsinki-consejo-europeo-conclusiones-de-la-presidencia.pdf> (24-8-2021, 18:51).

No obstante, estaba por ver si, con la entrada en el nuevo siglo, el *premier* sería capaz de dar la batalla por la UE en su propio territorio, a sabiendas de que el país de la *Union Jack* aún no había logrado superar su ambivalencia respecto a Europa<sup>764</sup>.

El Gobierno de Blair daría la bienvenida al año 2000 organizando una megafiesta en la Cúpula del Milenio, elevada para la ocasión junto al Támesis. Una obra arquitectónica que se acabaría mostrando tan impresionante como ruinoso, dado que en sus doce meses de vida sería incapaz de encontrar su función.

Curiosamente, este edificio se acabaría convirtiendo en el símbolo perfecto de las miserias del *New Labour*, que despediría el primer año de la centuria —quizá el más difícil de la legislatura— tratando de limitar las referencias a la tercera vía; un concepto que parecía haber perdido su magia. Al igual que el llamado “The Dome”, el Nuevo Laborismo se quedaba desnudo ante la atenta mirada del pueblo anglosajón: *a priori* ambos resultaban atractivos pero en el fondo carecían de verdadera sustancia<sup>765</sup>.

En el continente, el año 2000 estaba reservado, sobre todo, para la CIG que debía hacer posible la ampliación de la familia comunitaria; una suerte de Maastricht III. Para ello, los Quince debían retomar tres temas fundamentales que habían sido incapaces de resolver en la cumbre que, en junio del 97, alumbraría el Tratado de Ámsterdam: el peso de cada país en las votaciones del Consejo, el número total de comisarios y la posible extensión de la mayoría cualificada.

Presumiblemente, esta sería la primera CIG en la que Londres no estaría en el centro de las cuestiones más polémicas, a pesar de que el Gobierno británico se negase a otorgar valor jurídico a la Carta de Derechos Fundamentales que se estaba elaborando en paralelo

---

<sup>764</sup> Tony Blair aspiraba a que, más pronto que tarde, se pudiese fin a esta situación. Así lo reconocería en el mes de mayo, durante su discurso de recepción del Premio Carlomagno. Ver *La Vanguardia*, 14-5-1999, p. 6. Esta ambivalencia no sería óbice para que entre el año 87 y el 99 la preferencia de los británicos encuestados por Ipsos MORI se mantuviese a favor de la permanencia en el proyecto de integración europea. Citado en una publicación *online* del portal *The Conversation* del 21 de junio de 2016. Disponible en: <https://theconversation.com/polling-history-40-years-of-british-views-on-in-or-out-of-europe-61250> (25-8-2021, 13:00).

<sup>765</sup> MARR, A.: op. cit., p. 364.

y, por otro lado, mantuviese su oposición a que se cuestionase el veto en los temas más importantes<sup>766</sup>.

Aún así, el Partido Conservador haría coincidir el lanzamiento de la CIG a mediados de febrero con su campaña “Keep the Pound”, contando los días restantes —hasta los próximos comicios— para salvar, con su victoria, la moneda nacional. De acuerdo con la retórica *tory*, si el Gobierno de Blair acabaría vendiendo la libra, con el nuevo tratado — que aspiraba a construir un superestado europeo— traspasaría directamente el país, poniéndolo en manos de Bruselas. Un discurso que Tony Blair trataría de combatir a lo largo de las negociaciones insistiendo en que la UE era una oportunidad para Reino Unido y no una conspiración en su contra<sup>767</sup>.

El *premier* seguía perseverando en su propósito de mejorar la imagen de la Unión en las Islas y, de esta forma, hacer más asequible una eventual adopción de la moneda única. Dado que, por ahora, Londres no podía ejercer de líder en la cuestión monetaria — convertida, de forma progresiva, en un tabú en los pasillos de Whitehall— el mandatario británico optaría por la reforma económica —una causa que, por los resultados obtenidos en su país, se creía legitimado a abanderar— como vía para ponerse al frente del Club y demostrar a sus compatriotas el potencial del proyecto europeo.

A grandes rasgos, la idea —que contaba con la impronta evidente del *New Labour*, la huella de la España de Aznar y el respaldo de la presidencia del Consejo, en manos de Portugal— era que, en un plazo de diez años, la UE alcanzase el dinamismo de EE. UU., de tal forma que lograrse consolidar el crecimiento y la competitividad —a través de la liberalización de sectores estratégicos, la apertura a la economía del conocimiento o la modernización de los sistemas de protección social— y, de esta forma, asegurase el pleno empleo para afrontar los retos de la globalización y del cambio tecnológico, sin olvidar el riesgo de exclusión social ligado a dicha transformación<sup>768</sup>.

---

<sup>766</sup> BULMER, S.: op. cit., p. 607. Sobre la posibilidad de acabar con el veto en algunas materias, los británicos establecerían líneas rojas en los siguientes asuntos: fiscalidad, seguridad social, defensa, modificación de tratados, control fronterizo, asilo e inmigración.

<sup>767</sup> *The Guardian*, 1-7-2000, p. 5.

<sup>768</sup> *La Vanguardia*, 25-3-2000, p. 3.

Esta receta y, sobre todo, sus objetivos, recibirían el respaldo de los Quince en la cumbre celebrada los días 23 y 24 de marzo en la capital lusa; de ahí que, en adelante, se hablase de ella como Estrategia de Lisboa<sup>769</sup>. Justo cuando el Plan Schuman estaba a punto de cumplir su cincuenta aniversario la construcción europea parecía cambiar de rumbo. Eso sí, a nadie se le escapaba que el trayecto hacia el nuevo destino estaría plagado de trabas<sup>770</sup>.

Quien no esperaba entrar ahora en aguas turbulentas —y menos en su propio país— era Tony Blair, cuya ventaja respecto al partido de Hague se iría recortando de forma progresiva a raíz de su derrota en las municipales de principios de mayo<sup>771</sup>. Por mucho que el resultado no fuese extrapolable a unas generales el mensaje parecía claro: la reelección del *premier* no estaba asegurada<sup>772</sup>.

De repente, el Nuevo Laborismo ofrecía una imagen de cierto agotamiento, a pesar de que las cifras macroeconómicas estuviesen de su lado y el país hubiese ganado proyección internacional<sup>773</sup>. Para muchos, su elaborada retórica no se traducían en resultados prácticos, sobre todo en lo relativo a la mejora de los servicios públicos y a la lucha contra la delincuencia. A finales de julio, Blair tendría incluso que salir al paso de los rumores que ponían en cuestión su continuidad en el 10 de Downing Street<sup>774</sup>.

Esta espiral de debilidad del partido gobernante alcanzaría su pico máximo en septiembre, en el punto álgido de la crisis de los carburantes, la más seria desde la llegada de Blair al poder<sup>775</sup>. Su controvertida gestión de la misma desencadenaría un hecho sin precedentes

---

<sup>769</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/21032/consejo-europeo-de-lisboa-conclusiones-de-la-presidencia.pdf> (26-8-2021, 12:15).

<sup>770</sup> Tony Blair presentaría esta nueva dirección como un desmarque de la agenda de regulación social patrocinada por la CEE en la década de los ochenta. Ver *The Guardian*, 25-3-2000, p. 7.

<sup>771</sup> Una derrota doble porque el líder laborista vería cómo el izquierdista Ken Livingstone, recientemente expulsado del *Labour* por su rebeldía, se presentaba como independiente a la alcaldía de Londres y lograba arrebatarla a sus antiguos compañeros de filas.

<sup>772</sup> Ya en enero, a propósito de los mil días de Tony Blair al frente de la nación, el 51% de los británicos se mostraba descontento con su gestión, aunque el Partido Laborista sacaba veinte puntos a los *tories* en intención de voto y la popularidad de Tony Blair se situaba muy por encima de la de William Hague. Ver *La Vanguardia*, 28-1-2000, p. 6.

<sup>773</sup> Valga como ejemplo que Tony Blair sería el primer líder occidental en reunirse con Vladimir Putin, que el último día del año 99 había sido nombrado como sustituto de Boris Yeltsin en la presidencia rusa.

<sup>774</sup> *La Vanguardia*, 25-7-2000, p. 6. No por casualidad, el día 27 del mismo mes el Gobierno anunciaba una reforma inédita en el NHS, a pesar de que a principios de año ya había prometido situar a Reino Unido, en un plazo de seis años, en la media europea de gasto en sanidad.

<sup>775</sup> Motivada tras el aumento impositivo y protagonizada, sobre todo, por el sector del transporte y del campo, llegando a bloquearse refinerías y depósitos de combustible.

desde el Miércoles Negro de ocho años antes: por primera vez, los *tories* superaban a los laboristas en intención de voto<sup>776</sup>. Reino Unido se quedaba sin combustible y, con él, su propio Gobierno, de tal manera que Tony Blair decidiría entonar el *mea culpa* a finales de mes en la conferencia anual de su partido, con el deseo de taponar una herida que, de seguir sangrando, podría costarle el puesto<sup>777</sup>.

Desde una perspectiva europea, cuanto más sufriese el *New Labour* para vender la tercera vía, mayores dificultades tendría este para vender el euro, por mucho que la creciente apreciación de la libra llevase a muchos en las Islas a aconsejar la entrada en la eurozona, a la que recientemente se había decidido incorporar a Grecia. No obstante, ahora mismo la prioridad del Gobierno británico era la cumbre de Niza de finales de año, en la que se debía evitar la parálisis institucional de la UE ante el reto de su ampliación hacia el este.

Dos meses antes de que tuviese lugar la cita en la Costa Azul —y sirviendo como preparación de la misma— Tony Blair pronunciaría un discurso en Varsovia sobre el futuro del continente europeo. Sus palabras girarían en torno a una idea central: la Unión debía convertirse en un superpoder y no en un superestado. Con este mensaje, el *premier* trataba de reivindicar su vocación de liderazgo en Europa y, al mismo tiempo, apaciguar a la oposición euroescéptica<sup>778</sup>, cuyo discurso —ciertamente alarmista— había recibido el impulso inesperado del ministro de Exteriores alemán, Joschka Fischer, que veía en el horizonte —en el periodo posterior al cierre de Maastricht III— el establecimiento de una Europa federal con su propia constitución<sup>779</sup>.

Sobre esta posibilidad —que conseguiría colarse en el debate comunitario— Blair aprovecharía su *speech* en la capital polaca para dejar clara su visión: el Gobierno que encabezaba solo aceptaría una carta de competencias o, si se prefería, una declaración de principios, siempre que tuviese un carácter político y no fuese legalmente vinculante.

---

<sup>776</sup> Citado en “‘Tony Wants’: The First Blair Premiership in Historical Perspective”, conferencia de Lord Hennessy organizada por el Gresham College, 7-11-2001. Disponible en: <https://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/tony-wants-the-first-blair-premiership-in-historical-perspective> (26-8-2021, 13:09).

<sup>777</sup> *La Vanguardia*, 27-9-2000, p. 8.

<sup>778</sup> A principios de septiembre, los *tories* habían decidido presentar un documento preelectoral anticipando que, en adelante, su partido se centraría en la defensa de la libra, la soberanía y los valores nacionales. Ver *La Vanguardia*, 6-9-2000, p. 6. Apenas un mes más tarde —y aprovechando las dificultades que atravesaba el Gobierno de Blair— Hague se atrevía a pedir elecciones anticipadas: los *tories* estaban listos para gobernar. Ver *La Vanguardia*, 6-10-2000, p. 10.

<sup>779</sup> Ver *The Guardian*, 13-5-2000, p. 10.

Como novedad, el *premier* proponía la creación de una segunda cámara que, formada por representantes de los parlamentos nacionales, velase por su cumplimiento<sup>780</sup>.

Pero, por lo pronto, el futuro inmediato pasaba por Niza: sin un acuerdo sobre la reforma de las instituciones —pendiente desde hacía tres años y medio— no habría opción de avanzar en otros temas, como en el de la cuestión constitucional. Del 7 al 10 de diciembre, el mar Mediterráneo daría cobijo a un encuentro del que acabaría saliendo, para decepción de los más integracionistas, un acuerdo de mínimos que, por un lado, permitía desbloquear el proceso de ampliación<sup>781</sup> —aun a costa de una Comisión engordada y un proceso de toma de decisiones más complejo— y, por otro, servía como plataforma de arranque de un debate más amplio y profundo sobre el futuro de la UE, tal y como deseaba la delegación germana<sup>782</sup>.

La modestia del Tratado de Niza sería, precisamente, la que llevaría a Tony Blair a cantar victoria tras su regreso a las Islas: no solo se terminaban de poner las bases para hacer efectivo el ingreso de nuevos miembros —por el que los británicos tanto habían apostado— sino que se mantenía el veto en los asuntos más sensibles —como la fiscalidad o la seguridad social— y se evitaba que la Carta de Derechos Fundamentales tuviese valor jurídico<sup>783</sup>. Además, respecto a la posibilidad de que unos Estados avanzasen más que otros en determinadas materias —la llamada cooperación reforzada, que el eje franco-alemán había logrado introducir a principios de verano en las discusiones de la CIG<sup>784</sup>— Londres accedía a consagrar dicha flexibilidad en los tratados —que, en principio, veía con buenos ojos mientras se utilizase como un instrumento de refuerzo y no de exclusión— a cambio de asegurarse ciertas garantías.

---

<sup>780</sup> Para la lectura íntegra de este discurso:

[https://www.cvce.eu/en/obj/address\\_given\\_by\\_tony\\_blair\\_to\\_the\\_polish\\_stock\\_exchange\\_warsaw\\_6\\_october\\_2000-en-f8c765d9-ad33-4ce3-bfbe-7dd6d01141d7.html](https://www.cvce.eu/en/obj/address_given_by_tony_blair_to_the_polish_stock_exchange_warsaw_6_october_2000-en-f8c765d9-ad33-4ce3-bfbe-7dd6d01141d7.html) (27-8-2021, 9:26).

<sup>781</sup> Que podría iniciarse desde finales de 2002. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/20999/consejo-europeo-de-niza-conclusiones-de-la-presidencia.pdf> (27-8-2021, 13:44).

<sup>782</sup> Así lo recogería la Declaración nº 23 aneja al Tratado de Niza. Para consultar dicho texto íntegro: <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/PDF/?uri=CELEX:12001C/TXT&from=ES> (27-8-21, 13:34).

<sup>783</sup> Esta última sería reformada siete años más tarde. Aunque, por aquel entonces, Londres conseguiría un nuevo *opt-out*, en esta ocasión habría controversia jurídica respecto a dicha exención. Citado en BAR, A.: “El Reino Unido y la Unión Europea: inicio y fin de una relación atormentada” en *Teoría y Realidad Constitucional*, nº 40, 2017, pp. 155-56.

<sup>784</sup> A propósito de esta CIG, París y Berlín volverían a acercarse tras la frialdad evidenciada en su relación desde la marcha de Helmut Kohl en octubre del 98.

Para William Hague, en cambio, el hecho de que las votaciones por mayoría cualificada se extendiesen a veintitrés nuevas áreas justificaba, por sí mismo, el rechazo de los suyos a ratificar el nuevo tratado, ya que ello representaba un nuevo paso hacia el superestado europeo<sup>785</sup>.

No obstante, a ambos lados del Canal existía cierto consenso a la hora de evaluar los resultados de la CIG para los intereses de Reino Unido: a escasos meses de que se celebrasen nuevos comicios en la vieja *Britannia*, parecía evidente que ni los euroescépticos anglosajones encontrarían nuevas armas contra el Gobierno en las conclusiones de Niza ni el pueblo británico tendría motivos para abandonar su habitual indiferencia respecto a los asuntos comunitarios. Ahora bien, el tema del euro seguía ahí, con su potencial destructivo intacto. De hecho, el rechazo de los daneses a adoptar la moneda única —conocido en el referéndum de principios de otoño— no había hecho sino fortalecer la creciente oposición en las Islas al abandono de la esterlina<sup>786</sup>.

Así pues, la cuestión monetaria seguía constituyendo una patata caliente para Downing Street; máxime cuando la cita primaveral con las urnas estaba tan cercana. Eso sí, todo se veía de otra forma en la oficina del *premier* al saber que, a pesar de las dificultades de los últimos tiempos, el Gobierno laborista cerraba el año recuperando el liderazgo en las estimaciones de voto.

Esta tendencia positiva —estabilizada en una ventaja de dos cifras— se vería amenazada en enero de 2001, cuando —coincidiendo con la toma de posesión del republicano George Bush, que sustituía a Bill Clinton en la presidencia de EE. UU.— Tony Blair decidía sacrificar a Peter Mandelson para que su Gobierno no se viese salpicado por un nuevo

---

<sup>785</sup> *Hansard*, 11-12-2000. Disponible en: <https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/2000/dec/11/nice-european-council> (27-8-2021, 13:10).

<sup>786</sup> Según una encuesta de ICM para *News of the World* publicada a principios de octubre, el 34% de los británicos creía que el euro desaparecería en 2010. Ver *La Vanguardia*, 2-10-2000, p. 65. De acuerdo con otro sondeo —en este caso llevado a cabo por MORI en el mes de noviembre— solo un 18% de los encuestados era favorable a que su país adoptase la moneda única. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 164.

escándalo —el llamado “Hinduja affair”— protagonizado por el ideólogo del *New Labour*<sup>787</sup>.

De la misma forma, Downing Street tampoco quería que la cuestión europea pudiese debilitar el margen de un hipotético triunfo laborista. El equipo de Blair creía que el ciudadano medio estaba más interesado en otros temas —como el estado de los servicios públicos— pero no dudaba de que la prensa euroescéptica —al igual que los *tories*, en parte para impedir el avance del UKIP— hablaría de Europa hasta la cita electoral.

Ello explica que, a principios de febrero, al presentar las bases de su campaña, el *premier* fijase por primera vez un calendario sobre el euro, aunque mantuviese inalterada su política hacia el mismo: de salir reelegido, su Gobierno tomaría una decisión al respecto en un plazo máximo de dos años<sup>788</sup>. Además de ofrecer mayor claridad —tal y como le pedían propios y extraños— con este anuncio Blair trataba de unificar el mensaje de los suyos sobre la moneda única, consciente de que el electorado podría castigar cualquier atisbo de división interna que apareciese durante la batalla electoral.

Para William Hague, las palabras del *premier* probaban que la libra tenía los días contados<sup>789</sup>. Hague seguía tratando de aferrarse a Europa, así como a los asuntos de ley y orden —en los que, a su modo de verlo, su partido tenía las de ganar— con el deseo de que ello se tradujese en unos resultados aceptables en las urnas que le permitiesen conservar su frágil liderazgo en las filas conservadoras. De ahí que, el 4 de marzo —en un discurso pronunciado ante sus correligionarios en Harrogate— no le temblase la voz al sentenciar que, en caso de conseguir la reelección, Tony Blair convertiría a Reino

---

<sup>787</sup> Mandelson era acusado de haberse interesado por la concesión de un pasaporte británico a un magnate indio —que había contribuido a financiar la Cúpula del Milenio— y de mentir al respecto.

<sup>788</sup> *The Guardian*, 8-2-2001, p. 1. La prensa se hacía eco del anuncio de Blair el mismo día en el que se publicaba la última encuesta del Eurobarómetro, según la cual el apoyo de los británicos a la moneda única alcanzaba su punto más bajo: el 21% de los encuestados. Ver *The Guardian*, 8-2-2001, p. 10. Respecto a la visión de los propios periódicos, salvo algunas excepciones —como *The Guardian*, *The Independent*, *The Financial Times* y el *Daily Mirror*— la mayoría eran muy escépticos en su acercamiento a la UE en general y a la UEM en particular. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., pp. 157-58.

<sup>789</sup> Ya en campaña, Margaret Thatcher diría que renunciar a la libra sería una rendición. Ver *La Vanguardia*, 4-5-2001, p. 9.

Unido en un país extranjero, ya que pondría la soberanía nacional en manos de Bruselas<sup>790</sup>.

Curiosamente, esta acusación se producía mientras Blair trataba de convertir a la UE en una organización menos foránea o, si se quiere, más similar al modelo socioeconómico imperante en las Islas. Para el líder del *New Labour*, el patriotismo era eso y no el aislamiento que, en su opinión, defendían los *tories*<sup>791</sup>; un acercamiento que el partido gobernante creía pasado de moda y propio de extremistas.

Con un euro que todavía arrastraba problemas de credibilidad<sup>792</sup>, el primer ministro británico seguía insistiendo en la necesidad de impulsar la agenda liberal acordada un año antes en Lisboa, que no estaba avanzando a la velocidad deseada por Londres. Las dificultades de los Quince para pasar de la teoría a la práctica se pondrían de manifiesto hacia finales de marzo en el Consejo Europeo de Estocolmo, dominado por las reticencias de Francia —con elecciones presidenciales a la vista— a liberalizar el sector energético.

Sin embargo, la lista de prioridades de Downing Street durante la primavera estaría restringida casi en exclusiva a la política interna. Conscientes de la necesidad de combatir la apatía y el abstencionismo para no ver perjudicada su más que probable victoria, el equipo de Blair se entregaría a la tarea de convencer a los británicos de que acudiesen a las urnas y de que lo hiciesen para otorgar un nuevo mandato al *New Labour*, que en los últimos cuatro años habría probado su competencia en el ámbito de la gestión económica<sup>793</sup> y ahora quería demostrar su capacidad para llevar a cabo, entre otras, la reforma del estado de bienestar o la mejora de los servicios públicos<sup>794</sup>; dos cuestiones

---

<sup>790</sup> Con los *tories*, en cambio, se conservaría la libra y se pondría freno a la inmigración y al asilo. Ver *The Guardian*, 5-3-2001, p. 1.

<sup>791</sup> Así lo expresaría el *premier* en su discurso principal de campaña sobre Europa pronunciado el 25 de mayo en Edimburgo y también en una pieza publicada por el diario *La Vanguardia* a los pocos días de celebrarse los comicios en las Islas. Ver *The Guardian*, 26-5-2001, p. 5 y *La Vanguardia*, 10-6-2001, p. 29. En el discurso del Nuevo Laborismo sería habitual encontrar el concepto de “enlightened patriotism” —patriotismo ilustrado, en español—. Citado en DADDOW, O.: op. cit., 2011, p. 210.

<sup>792</sup> Después de la incorporación de Grecia —efectiva desde enero de 2001— los integrantes de la eurozona se ampliaban a doce.

<sup>793</sup> Las cifras hablaban por sí solas: la mejor tasa de desempleo de los últimos veinticinco años, la menor inflación en tres decenios y unos tipos de interés no tan bajos desde hacía cuarenta años. Ver *La Vanguardia*, 9-5-2001, p. 24.

<sup>794</sup> Muchos en el Partido Laborista creían que el manifiesto de los suyos del 97 había pecado de falta de detalle. Además, el propio Tony Blair sentía que durante la primera legislatura no había conseguido dejar una huella personal en la acción de su Gobierno, salvo el acuerdo sobre Irlanda del Norte. De ahí que ahora

sobre las que el Partido Conservador —centrado en la cuestión europea— parecía tener menos que decir<sup>795</sup>.

Finalmente —y después de que la crisis de la fiebre aftosa obligase a aplazar un mes su celebración— el electorado revalidaría a Tony Blair como *premier* en los comicios del 7 de junio, otorgándole una mayoría similar a la conseguida en 1997 —apenas seis escaños menos, situándose en 167<sup>796</sup>— pero sin el grado de legitimidad de entonces, dado el reducido índice de participación registrado<sup>797</sup>. La victoria del *New Labour*, en cualquier caso, volvía a ser incontestable<sup>798</sup>.

---

decidiese centrar su atención en dos asuntos fundamentales: el euro y la reforma del servicio público. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 153.

<sup>795</sup> Los *tories* —que seguían empleando el lema “En Europa pero no dirigidos por ella”— recogían en su manifiesto que, de vencer, vetarían nuevas transferencias de poder a Bruselas a través de una enmienda a la ley nacional que recogería una serie de poderes reservados en los que no podría intervenir la legislación comunitaria. Ver el programa electoral del Partido Conservador en las elecciones de junio de 2001. Consultado en: <http://www.conservativemanifesto.com/2001/2001-conservative-manifesto.shtml#world> (30-8-2021, 12:15). Los laboristas, por su parte, ponían en valor que, a diferencia de los *tories*, no negaban a los británicos la oportunidad de votar sobre la adopción de la moneda única en caso de que lo recomendasen. Ver el programa electoral del Partido Laborista en las elecciones de junio de 2001. Consultado en: <http://labourmanifesto.com/2001/2001-labour-manifesto.shtml> (30-8-2021, 12:18). Para un acercamiento al discurso mediático sobre Europa durante esta campaña: SHAW, M.: “Discourses on European Integration in the UK press: an assessment of the New Labour era”, artículo presentado en la conferencia anual de la Political Studies Association correspondiente al año 2015 y celebrada en Sheffield. Disponible en:

<https://www.psa.ac.uk/sites/default/files/conference/papers/2015/Discourses%20on%20European%20Integration%20in%20the%20UK%20Press.pdf> (30-8-2021, 13:25).

<sup>796</sup> *The Observer*, 10-6-2001, p. 72.

<sup>797</sup> Inédito desde 1918, al no superar el 60%. Ver *The Guardian*, 9-6-2001, p. 6.

<sup>798</sup> Para *ABC*, el laborismo vencía habiendo dejado de ser laborismo y adoptando, en buena medida, un ropaje conservador. De ahí que, para muchos, Blair fuese el mejor líder *tory*. Ahora bien, “también es el triunfo de un talante personal liberal, y también de la juventud y de la simpatía, y de la ‘tercera vía’, por más que se trate de una oferta algo híbrida y edulcorada”, añadía el diario. Ver *ABC*, 8-6-2001, p. 11. En la siguiente edición, la propia cabecera destacaba que el principal reclamo electoral de los *tories*, “un patriotismo algo trasnochado y una anacrónica oposición al euro”, no había sido atendido por el electorado, de modo que Blair debía avanzar en la celebración de una consulta sobre la moneda única. Ver *ABC*, 9-6-2001, p. 11. Desde las páginas de *La Vanguardia*, Luis Foix se refería a Blair como “el buen conservador”, ya que algunas publicaciones británicas, como *The Economist*, habían decidido apoyarlo abiertamente: “Está tan desconcertada la izquierda británica que son los medios conservadores y liberales quienes trazan sus programas de acción. Si Attlee, Bevin o Bevan levantaran la cabeza, no reconocerían a su partido”, sentenciaba. Ver *La Vanguardia*, 7-6-2001, p. 29. La cabecera catalana reaccionaba a los comicios con su editorial “Blair vuelve a barrer” y al día siguiente señalaba que el líder laborista tenía todo a su favor para acometer la reforma radical de los servicios públicos e impulsar el acercamiento de Londres a Europa. Ver *La Vanguardia*, 8-6-2001, p. 30 y Ver *La Vanguardia*, 9-6-2001, p. 24. En la misma línea, *El País* hablaba de “La ocasión de Blair”: “Muerto en las urnas el thatcherismo y su rechazo a Bruselas, Blair puede normalizar su país, hacia dentro y hacia afuera (...) Los *tories*, que en los dos últimos comicios han sufrido sus peores derrotas en siglo y medio, habrán de elegir bien a su próximo líder, centrar y modernizar su mensaje y dejar atrás el calamitoso thatcherismo, que tanto daño le ha hecho”. Consulta: [https://elpais.com/diario/2001/06/09/opinion/992037604\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2001/06/09/opinion/992037604_850215.html) (24-11-2021, 12:08).

Como no podía ser de otra forma, la reelección de Blair era más que bienvenida en las distintas capitales comunitarias, ya que, *a priori*, significaba la derrota del dogmatismo *tory* frente al espíritu más constructivo del actual Gobierno hacia el continente<sup>799</sup>. Sin embargo, el rechazo de los irlandeses al Tratado de Niza —que se producía el mismo día en el que sus vecinos anglosajones confirmaban la continuidad del laborismo— aguaría la fiesta de los más europeístas, conscientes de que Dublín —al igual que Copenhague durante la ratificación de Maastricht— acababa de poner en jaque a toda la UE y, con ella, a todos los países que ansiaban entrar cuanto antes en el Club.

Obligados a reaccionar con premura, los líderes de los Quince se reunirían apenas una semana después en Gotemburgo con un objetivo doble: por un lado, ofrecer una salida a Irlanda —básicamente, negociar una fórmula propia que diese respuesta a sus preocupaciones sin alterar el tratado— y, por otro, enviar una señal inequívoca de apoyo a los Estados candidatos, que tendrían que conformarse con la reafirmación del compromiso de los Quince con el carácter irreversible de la ampliación<sup>800</sup>.

Más allá de las causas que habrían guiado al pueblo irlandés a oponerse al Tratado de Niza<sup>801</sup> —el único que debía dar su consentimiento al mismo— eran muchos quienes consideraban que este golpe no hacía sino reforzar la necesidad de impulsar el debate sobre el futuro de la Unión, de tal forma que se lograra atajar la pérdida de contacto del proyecto europeo con la ciudadanía; un objetivo al que Bélgica —que asumía la presidencia rotatoria del Consejo en la segunda parte del año— estaba decidida a otorgar la máxima prioridad. Oficialmente, la reflexión ya se había iniciado a principios de marzo, pero se esperaba que a finales de año —en la cumbre de Laeken— los Quince fuesen capaces de sentar las bases de la discusión que tendría lugar en la nueva CIG de 2004, encargada de marcar el rumbo de la construcción europea.

---

<sup>799</sup> Como señala Simon Bulmer, la primera legislatura había sido un éxito incuestionable para el Gobierno de Blair en su apuesta por desarrollar una política europea constructiva. No obstante, este primer periodo se acabaría mostrando como el punto culminante de la misma. Citado en BULMER, S.: “New Labour and the European Union 1997-2007: A Constructive Partner?”, SWP Berlín, documento de trabajo, marzo 2008, p. 7.

<sup>800</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/20977/00200-r1es1.pdf> (30-8-2021, 16:55).

<sup>801</sup> Algunas de las causas apuntadas por los observadores de la época serían el temor a perder el estatuto de país neutral por el avance de la autonomía de la UE en materia defensiva y, por otro lado, el rechazo a que la llegada de nuevos Estados miembros mermase la llegada de ayuda financiera procedente de las arcas comunitarias. Sea como fuere, resulta importante destacar que el dato de participación en este referéndum no alcanzó el 35%.

Por otro lado, el no de los irlandeses —sumado al rechazo de los daneses a adoptar el euro el pasado otoño— parecía lanzar una señal de prudencia extra al Gobierno británico, consciente de que una decisión tan importante como la entrada en la eurozona sin la maduración adecuada podría llegar a poner en peligro su recién estrenada continuidad en el poder.

Sin embargo, el verdadero *shock* llegaría a la vuelta del parón estival desde el otro lado del Atlántico. En la jornada del 11 de septiembre, EE. UU. se convertía en el centro de la atención mundial al ser víctima de cuatro atentados terroristas suicidas, enseguida atribuidos al fundamentalismo islámico. La caída de las Torres Gemelas, retransmitida en directo en todo el mundo, sería el acto central de un episodio que mostraba de forma dramática que en el siglo XXI —cuyo inicio muchos situarían en este acontecimiento<sup>802</sup>— nadie podría escapar a los problemas del mundo. Si el gigante americano era vulnerable, todos lo eran.

Tras lo sucedido, el nuevo inquilino de la Casa Blanca, George Bush, recibiría el respaldo inmediato y firme de la OTAN para responder a los ataques del 11-S<sup>803</sup>, supuestamente perpetrados por Al-Qaeda desde Afganistán —gobernada por los talibanes, acusados de dar cobijo a esta organización— y con Osama bin Laden como autor intelectual. Del mismo modo, el día 21 los líderes comunitarios —reunidos en Bruselas en una cumbre extraordinaria para mostrar su solidaridad con los estadounidenses— se comprometían a participar en las acciones precisas contra el terrorismo internacional, aunque rogaban que los objetivos fuesen claros y se tejiese una coalición mundial lo más amplia posible<sup>804</sup>.

Desde el principio, Tony Blair sería el principal aliado de Bush en suelo europeo, apoyando sin fisuras la guerra contra el terror declarada por el político republicano y llevando a cabo una frenética campaña diplomática para tratar de ganar adeptos a la causa. Para el *premier*, no solo se había atacado a EE. UU. sino a todo el mundo civilizado. De ahí que, el 7 de octubre, Londres comandase junto a Washington el inicio de los

---

<sup>802</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 441.

<sup>803</sup> Por primera vez en su historia, la Alianza activaba el artículo 5 de su carta fundacional, referido a la defensa mutua.

<sup>804</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/20966/concl-bxles1.pdf> (31-8-2021, 10:25).

bombardeos sobre territorio afgano con el doble objetivo de derrocar a los talibanes y de dismantelar la red terrorista de Al-Qaeda; una operación apoyada por la UE, que la consideraba legítima —al contar con el respaldo de la ONU— aunque llamaba a evitar daños a la población civil<sup>805</sup>.

Precisamente, el drama humanitario explicaría en buena medida el enfriamiento del apoyo inicial de los británicos a la actuación en el Lejano Oriente<sup>806</sup>, que en un principio había disparado la popularidad de Tony Blair, aunque la mayoría de sus compatriotas — en línea con lo expresado por los socios continentales— no creían conveniente que la guerra se ampliase al Irak de Sadam Huseín, tal y como se venía sugiriendo desde el Pentágono<sup>807</sup>.

De esta forma, el *premier* empezaba a verse arrinconado entre la solidaridad incondicional reclamada por Bush y la prudencia propugnada por los europeos y por su propia ciudadanía. Pese a ello, el líder del *New Labour* seguía insistiendo en que Reino Unido no tenía que elegir entre EE. UU. y Europa —una disyuntiva que, en su opinión, encerraba un falso dilema— sino que debía ejercer como puente entre ambas<sup>808</sup>.

En el mes de diciembre, una vez logrado el establecimiento de una Administración provisional en Kabul —con el apoyo de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad— parecía que lo peor había terminado. Sin embargo, aquello era tan solo el principio. Por un lado, los talibanes no habían dicho la última palabra a pesar de su evidente retroceso y, por otro, tanto Osama bin Laden como muchos de sus colaboradores más cercanos seguían en paradero desconocido<sup>809</sup>.

Sea como fuere, durante la última parte del año 2001, los acontecimientos del 11-S conseguirían relegar a un segundo plano todo aquello que no estuviese relacionado con la lucha contra el terrorismo. Una de las noticias que pasarían inadvertidas sería la

---

<sup>805</sup> Así lo expresarían los líderes de los Quince en su reunión informal celebrada el 19 de octubre en Gante. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/20955/décls-gand-es1.pdf> (31-8-2021, 12:44).

<sup>806</sup> *The Guardian*, 30-10-2001, p. 1.

<sup>807</sup> *La Vanguardia*, 13-10-2001, p. 10.

<sup>808</sup> No obstante, si la política exterior del primer Gobierno de Blair se podría caracterizar como europea, el énfasis durante su segunda legislatura sería marcadamente atlantista. Citado en CROWSON, N. J.: op. cit., pp. 139-40.

<sup>809</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 446.

elección de Iain Duncan Smith —también conocido como *IDS*— como nuevo líder del Partido Conservador, sustituyendo al dimisionario Hague a las pocas horas de producirse la tragedia en suelo *yanqui*<sup>810</sup>.

Considerado como un discípulo de Margaret Thatcher, el antiguo soldado lograba imponerse a Kenneth Clarke y a Michael Portillo —el primero perjudicado por su europeísmo<sup>811</sup> y el segundo por su afán modernizador— a pesar de no tener experiencia ministerial. Uno de los primeros movimientos del político escocés sería asegurar que bajo su mandato no se adoptaría la moneda única; un gesto con el que pretendía dejar clara su posición de antemano para que, en adelante, los suyos trataran de minimizar la cuestión europea y se centrasen en aquellos asuntos que más importaban a sus conciudadanos, de tal manera que la formación *tory* fuese capaz de recuperar su atractivo entre el electorado<sup>812</sup>.

Donde no se quería dejar de hablar de Europa era en el seno de las instituciones, ya que la UE —empequeñecida tras los sucesos del 11-S, que volvían a poner de manifiesto el protagonismo incontestable de los Estados cuando tocaba afrontar cuestiones de especial sensibilidad política<sup>813</sup>— tenía una conversación pendiente consigo misma. A pesar de que el terrorismo se hubiese colado en lo alto de la agenda comunitaria, el debate sobre el futuro de la Unión debía arrancar a mediados de diciembre, en la cumbre que la presidencia belga había decidido convocar en el barrio bruselense de Laeken.

Tony Blair llegaría a la misma crecido por su reconocido liderazgo en la lucha contra el terrorismo, el cual no le había impedido pronunciar en las semanas previas el que, a la

---

<sup>810</sup> De hecho, el recuento de votos se había visto interrumpido por lo ocurrido en EE. UU. Además, se estrenaba un nuevo método de elección, en el que eran los miembros ordinarios los que, por vez primera, tenían la última palabra.

<sup>811</sup> En buena medida, el apoyo obtenido por Hague y Duncan Smith en sus respectivas batallas por el liderazgo —1997 y 2001— se podría atribuir a la idea de “cualquiera menos Clarke” extendida entre los conservadores euroescépticos, y ello a pesar de que seguramente este último habría sido más popular entre el electorado que los dos anteriores. Citado en DOREY, P.: “Towards Exit from the EU: The Conservative Party’s Increasing Euroscepticism since the 1980s” en *Politics and Governance*, n° 2, vol. 5, 2017, p. 30.

<sup>812</sup> BALE, T.: op. cit., p. 146 y CROWSON, N. J.: op. cit., p. 144. Si antes de la cita con las urnas solo una pequeña minoría veía la moneda única como una cuestión importante, tras los comicios dos tercios de los encuestados creían que los *tories* se habían centrado demasiado en ello. Citado en BALE, T.: op. cit., p. 129.

<sup>813</sup> Por más que en el Consejo Europeo de Laeken se declarase operativa la política europea común de seguridad y defensa, lo que permitiría llevar a cabo operaciones de gestión de crisis en el futuro.

postre, sería su discurso más importante de la legislatura sobre la construcción europea<sup>814</sup>. La Universidad de Birmingham sería testigo de una lección histórica más que de un discurso político: el *premier* recordaba las oportunidades perdidas en el continente por la vieja *Britannia*, que desde la salida de la última guerra —y por hacerse falsas ilusiones— había sido incapaz de captar la realidad del proyecto de integración; una tragedia que su Gobierno quería remediar<sup>815</sup>.

Con este acercamiento constructivo se presentaría Blair en el último Consejo Europeo del año, dispuesto a colocar a Reino Unido en el centro de la conversación que los Quince pretendían entablar durante los próximos meses para definir las líneas maestras que debían guiar los trabajos de la siguiente CIG.

De este encuentro en la capital comunitaria acabaría surgiendo la Declaración de Laeken, por medio de la cual se establecía una Convención que —en el plazo de un año a partir del próximo 1 de marzo— debía examinar y dar respuesta a una serie de cuestiones fundamentales, como el reparto y la definición de las competencias entre la UE y los Estados, la simplificación de los instrumentos de la Unión o el reto de aumentar la democracia, la transparencia y la eficiencia en las instituciones<sup>816</sup>; cometidos que, *a priori*, Londres podía suscribir fácilmente.

La disputa entre los Estados miembros por hacerse con la sede de las nuevas agencias comunitarias así como la polémica desatada por el nombramiento de veteranos de la política como Giscard d'Estaing para presidir la Convención —que tenía como uno de sus propósitos acercar el proyecto europeo a la juventud— no parecían un buen presagio para el éxito de la iniciativa.

En cualquier caso, la Europa de los Quince cerraba el año 2001 cumpliendo con la tarea que se había propuesto doce meses antes en Niza. En paralelo a la actividad ordinaria del

---

<sup>814</sup> COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: *Blair Unbound*, Londres, Simon & Schuster, 2007, p. 122.

<sup>815</sup> *The Guardian*, 24-11-2001, p. 9.

<sup>816</sup> El establecimiento de una Convención —conformada por un presidente, dos vicepresidentes, un representante y dos diputados nacionales de cada país, dieciséis miembros de la Eurocámara y dos representantes de la Comisión, participando los Estados candidatos en las mismas condiciones pero sin capacidad de veto sobre los Quince— bebía del modelo que se había seguido recientemente a la hora de elaborar la Carta de Derechos Fundamentales de la UE. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://www.consilium.europa.eu/media/20944/68832.pdf> (31-8-2021, 19:28).

Club, la construcción europea se abría ahora en canal para llevar a cabo un ejercicio de introspección inédito en su historia, y que debía prepararla para los desafíos del nuevo milenio, entre los que se encontraba el llamado *big bang* de la ampliación al este.

Así pues, Laeken marcaba el comienzo de un camino, aunque el destino no estuviese muy claro. La Declaración planteaba la posibilidad de que se acabase redactando una constitución para simplificar los tratados, pero esta no aparecía incluida en el mandato de la Convención. Lo que estaba claro era que algunas delegaciones, como la británica — ahora encabezada por Jack Straw, que había sustituido a Cook al frente del Foreign Office tras las elecciones<sup>817</sup>— se resistirían a que la reflexión discurriese por cauces más cercanos al idealismo que al pragmatismo.

Pese a ello, la historia había querido que 2002 fuese un año ilusionante para los más europeístas. Con su entrada en circulación, el euro sería ya una realidad a partir del 1 de enero<sup>818</sup>, mientras que el sueño de superar la división artificial de Europa estaba llamado a cumplirse durante los próximos meses, tal y como habían estipulado los Quince en la cumbre de Gotemburgo.

Ambos acontecimientos probaban que, a pesar de todo, la unidad europea seguía madurando y el Gobierno británico no quería ser un mero testigo de ello; menos todavía cuando, en el plazo de un año y medio, tendría que pronunciarse sobre la moneda única. Para mantener viva la opción de entrar, Downing Street debía conseguir que el debate comunitario discurriese por cauces atractivos para un electorado que, tradicionalmente, mostraba rechazo cuando no desinterés hacia el mismo. De ahí que, en las jornadas previas a la sesión inaugural de la Convención sobre el futuro de Europa —celebrada el 28 de febrero en Bruselas— tanto Jack Straw como Tony Blair se mostrasen especialmente activos, tratando de enganchar a su país a la reflexión que ahora se iniciaba.

Por un lado, el ministro de Exteriores quitaba hierro a la posibilidad de que de ella acabase emanando una constitución europea —a la que, en un principio, el equipo de Blair se

---

<sup>817</sup> Aunque el representante del Gobierno británico en la Convención sería Peter Hain, entonces ministro para Europa y desde la primavera de 2002 a cargo de los Asuntos del País de Gales.

<sup>818</sup> Para el diario *The Sun*, el inicio de un gran “error”. Ver *The Guardian*, 5-1-2002, p. 10.

había opuesto<sup>819</sup>— apuntando que muchas organizaciones —como el propio Partido Laborista— tenían un texto constitucional y ello no significaba que fuesen un Estado; de hecho, Reino Unido lo era y no tenía una constitución escrita. Así pues, si el documento contribuía a hacer más familiar y comprensible a la UE, bienvenido sería<sup>820</sup>.

El *premier*, por su parte, firmaba una carta conjunta con Gerhard Schröder, planteando la necesidad de hacer más dinámicas las reuniones de los líderes comunitarios —que debían dedicar mayor espacio a la dirección estratégica del Club— y de revisar la toma de decisiones en el Consejo, de tal forma que este ganase en agilidad y transparencia<sup>821</sup>.

En paralelo, el Gobierno anglosajón seguía insistiendo en la necesidad de avanzar en la Estrategia de Lisboa; sobre todo ahora que la sombra de la desaceleración empezaba a proyectarse sobre las economías europeas. La presencia de España en el asiento presidencial durante el primer semestre del año aseguraba a Londres un aliado clave en su cruzada liberal, a la que ahora se sumaría Italia. De hecho, un mes antes del Consejo Europeo de Barcelona —establecido a mediados de marzo para abordar la reforma económica— Blair y Berlusconi hacían pública una declaración urgiendo a reactivar el proceso de liberalización iniciado con la entrada en el nuevo milenio y estancado desde hacía un año tras el fiasco de la cumbre de Estocolmo.

Para satisfacción de ambos, la Estrategia de Lisboa recuperaría en la ciudad condal el pulso perdido. Ello permitiría anunciar a Tony Blair al término del encuentro que la Unión había aceptado las tesis del *New Labour*, aunque el acuerdo —centrado en la liberalización energética— suponía un avance bastante modesto<sup>822</sup>. Por cuestiones ideológicas y electoralistas, ni Francia ni Alemania —con las urnas en el horizonte— tenían la misma prisa que otros como Reino Unido en alcanzar la ansiada competitividad.

Las prisas sí lograrían generalizarse unas semanas más tarde, aunque por un motivo muy distinto. Hacia finales de abril saltaba la noticia de que el Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen había logrado pasar a la segunda vuelta en la lucha por el Elíseo. A pesar de su

---

<sup>819</sup> CROWSON, N. J.: op. cit., p. 146.

<sup>820</sup> *The Guardian*, 22-2-2002, p. 12.

<sup>821</sup> *The Guardian*, 26-2-2002, p. 16.

<sup>822</sup> *La Vanguardia*, 17-3-2002, p. 16.

derrota final ante Jacques Chirac el 5 de mayo, su ascenso confirmaba, entre otras, el avance en el seno de la UE de las posturas radicales ante la cuestión migratoria, obligando a colocar este asunto en el centro de la agenda comunitaria.

De ahí que, hacia finales de junio, la cumbre de Sevilla estuviese mediatizada por el compromiso de los Quince a luchar contra la inmigración ilegal y a reforzar las fronteras con los países terceros<sup>823</sup>. Un mensaje que relevaría a un segundo plano el acuerdo alcanzado con Dublín para que afrontase con mayores garantías el referéndum que se celebraría en otoño sobre el Tratado de Niza<sup>824</sup>. Un nuevo rechazo del pueblo irlandés retrasaría la ampliación, que a falta de resolver el capítulo sobre las ayudas agrícolas — sobre el que no se hablaría hasta después de los comicios en Alemania, el principal contribuyente— se encontraba en una fase muy avanzada.

### 2.2.3 La sombra de Irak en Downing Street: descrédito con secuelas en el Club

Durante los meses de verano la atención se dirigiría hacia el otro lado del Atlántico y, en concreto, hacia el Pentágono, donde los tambores de guerra volvían a sonar con fuerza. Después de haber identificado a Irak como el país más peligroso de los tres que componían el llamado “eje del mal”<sup>825</sup>, George Bush parecía dispuesto a abrir en suelo iraquí la segunda fase de su particular guerra contra el terror, con el pretexto de que el régimen de Sadam Huseín estaba desarrollando armas de destrucción masiva.

Tony Blair, que no había dudado en ponerse de nuevo a disposición de la Casa Blanca, trataba de convencer a Washington para que no actuase sin el respaldo de la ONU, ya que ello pondría al *premier* en una posición comprometida tanto en las Islas como en el continente. Muchos de sus compatriotas —que no tardarían en salir a las calles para mostrar su oposición a la guerra— le venían afeando que actuase como un perrito faldero de los halcones norteamericanos: una cosa era contribuir a la ofensiva contra Afganistán

---

<sup>823</sup> Los comicios locales celebrados en Reino Unido a principios de mayo también habían registrado un aumento en el apoyo a formaciones extremistas. En el caso de la vieja *Britannia*, el Partido Nacional Británico lograba alcanzar el 18% de los votos en las circunscripciones en las que se había presentado. Ver *La Vanguardia*, 3-5-2002, p. 8. De ahí que, ante el Consejo Europeo de Sevilla, Londres plantease junto a Madrid —sin éxito— que se castigase a aquellos países que no ayudasen a controlar la inmigración. Por el contrario, se decidiría incentivar a dichos Estados para que frenasen los flujos.

<sup>824</sup> Básicamente, se trataba de asegurar a los irlandeses el mantenimiento de su tradicional neutralidad.

<sup>825</sup> Formado también por Irán, Corea del Norte y los grupos terroristas islámicos. Ver *La Vanguardia*, 31-1-2002, p. 3.

por su responsabilidad en el 11-S y otra muy distinta extender la alianza bélica a otras latitudes sin la debida justificación. Una postura similar a la que mantenían países como Francia o Alemania, partidarios de agotar la vía diplomática para neutralizar la supuesta amenaza que representaba para Occidente el Gobierno de Bagdad.

Pese a ello, la retórica bélica no dejaría de crecer a ambos lados del Atlántico. El 24 de septiembre, Blair se presentaba en los Comunes con un dossier de la inteligencia británica que, supuestamente, probaba la perversidad del dictador iraquí. Para el *premier*, este documento justificaba la acción: la amenaza nuclear era real. Sin embargo, el Consejo de Seguridad de la ONU pediría más tiempo y, a través de la Resolución 1441 —aprobada el 8 de noviembre— daba una última oportunidad al Gobierno iraquí para que cumpliera con sus obligaciones en materia de desarme, que este venía obviando desde la guerra del Golfo de 1990. De lo contrario, Bagdad se exponería a serias consecuencias<sup>826</sup>.

Mientras tanto, el que se la estaba jugando era Tony Blair, que mantenía su apoyo incondicional a Bush a sabiendas de que ello podría costarle muy caro tanto en casa como en las instituciones europeas, ya que ante un eventual ataque no contaba con el apoyo mayoritario de los suyos —entre ellos, una parte considerable del *Labour*— ni con la colaboración del eje franco-alemán. Además, había pocas dudas de que, de salir adelante, la intervención en Irak podría frustrar definitivamente los planes de Londres sobre la moneda única, ya que no parecía aconsejable afrontar dos batallas al mismo tiempo; mucho menos en un momento como el actual en el que la apuesta decidida por la *special relationship* estaba consiguiendo enfriar la relación con los dos países más grandes de la eurozona.

Esto último se pondría de relieve en el Consejo Europeo celebrado en Bruselas a finales de octubre, a propósito del acuerdo que había quedado pendiente sobre la financiación de la próxima ampliación. Chirac y Schröder —que acababan de asegurarse la reelección— presentaban como un *fait accompli* ante el resto de socios el pacto que habían suscrito previamente sin contar con Londres<sup>827</sup>, que no solo era marginado por el eje franco-

---

<sup>826</sup> Para la lectura íntegra de esta resolución: [\(https://undocs.org/pdf?symbol=es/S/RES/1441\(2002\)\)](https://undocs.org/pdf?symbol=es/S/RES/1441(2002)) (6-9-2021, 17:32).

<sup>827</sup> Entre otras, se contemplaba el mantenimiento de la estructura financiera de la PAC hasta 2006 y, a partir de entonces, la congelación del gasto agrícola.

alemán —que parecía resurgir tras una época de cierto atascamiento— sino que veía cómo se complicaban dos de sus principales objetivos: la reforma de la PAC y el mantenimiento de su famoso cheque. A raíz de este evento, la relación de Tony Blair con sus homólogos francés y germano sufriría un deterioro irreparable<sup>828</sup>.

También en las Islas se empezaba a observar cierto desgaste en el vínculo entre el *premier* y el pueblo anglosajón. Blair cerraría el año teniendo que hacer frente al primer desafío sindical y a las críticas sobre la falta de progresos en la mejora de los servicios públicos. Además, la perspectiva de una guerra impopular —en un país bajo continua amenaza de atentado terrorista— presentaba un futuro especialmente confuso para el Gobierno británico.

No obstante, el *New Labour* se veía beneficiado de la ausencia de oposición política, ya que el Partido Conservador era incapaz de sacar rédito de la pérdida de fuelle del Ejecutivo laborista. En su conferencia anual —celebrada en octubre— Duncan Smith había anunciado que los *tories* estaban de vuelta<sup>829</sup>.

Sin embargo, bastaría menos de un mes para que —a propósito de una rebelión de los suyos en los Comunes, contrarios a votar en contra de que tanto homosexuales como parejas no casadas no pudiesen adoptar— IDS pronunciase su famoso “o nos unimos o morimos”<sup>830</sup>. Como diría Theresa May —en calidad de presidenta de la formación conservadora— la supervivencia *tory* pasaba por dejar de ser un partido antipático, lo que obligaba a adoptar un programa político que llegase a toda la sociedad<sup>831</sup>.

---

<sup>828</sup> Blair seguiría trabajando con el canciller pero ya nada sería igual, sobre todo a partir de 2003 tras la intervención en Irak. Tampoco se recuperaría la relación con Chirac que, por otro lado, nunca había sido demasiado fuerte. Citado en COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 126.

<sup>829</sup> *The Guardian*, 11-10-2002, p. 12. Por aquel entonces, un sondeo de YouGov para *The Telegraph* apuntaba que solo un 5% de los encuestados estaba de acuerdo con que IDS ofrecía un liderazgo fuerte y efectivo. Ver *The Spectator*, 12-10-2002, p. 6.

<sup>830</sup> *The Independent*, 6-11-2002, p. 1.

<sup>831</sup> *The Guardian*, 8-10-2002, p. 2. A principios de año, Margaret Thatcher había publicado su libro “*Statecraft: Strategies for a Changing World*”, su última intervención de calado en la vida pública. Entre otras, la Dama de Hierro cargaba contra Europa —un concepto que, en su opinión, solo era real en el plano geográfico— por ser una utopía propia de intelectuales y, además, creía llegado el momento de renegociar la relación entre Londres y Bruselas —encaminada hacia la realización de un superestado que, con los años, sería visto seguramente como el mayor disparate de la historia contemporánea— aunque no llegase a proponer la salida, al menos de forma inmediata. Ver THATCHER, M.: *Statecraft: Strategies for a Changing World*, Londres, HarperCollins, 2003, pp. 320-411 (capítulos 9 y 10). Como dirían Troitiño y Kerikmäe, “Thatcher no estaba a favor de abandonar el proyecto europeo ni a favor de la actual (y futura) Unión Europea”. Citado en RAMIRO TROITIÑO, D. y KERIKMÄE, T.: “Margaret Thatcher: ¿precursora del brexit o europeísta ambigua?” en *Historia y Política*, nº 42, 2019, p. 355. Charles Moore tiene otra

La UE cerraría el año 2002 con mejor sabor de boca. El contundente sí del pueblo irlandés a Niza había evitado el cataclismo temido por Romano Prodi<sup>832</sup>, facilitando que los Quince —reunidos en Copenhague antes de la Navidad— pusiesen fecha a su conversión en Veinticinco: el 1 de mayo de 2004 estaba previsto que la familia comunitaria diese su mayor estirón. Mientras tanto, los trabajos de la Convención —que debía hacer más eficiente al Club tras la ampliación— entraban en su fase final después de que Giscard hubiese presentado el borrador preliminar, que —a pesar de su ecuanimidad— haría sonar las alarmas en las Islas por sugerir la posibilidad de renombrar a la Unión como los Estados Unidos de Europa<sup>833</sup>.

Nada más lejos de la realidad. A propósito de Irak, el año 2003 se iba a encargar de exponer las limitaciones de la unidad europea. Desde el pasado mes de noviembre, los inspectores de la ONU se encontraban en suelo iraquí tratando de dilucidar el punto en el que se encontraba el desarme exigido al régimen de Sadam Huseín. A pesar de la falta de cooperación mostrada por Bagdad, el tándem París-Berlín seguía pidiendo tiempo a Washington, donde la paciencia era un bien escaso. De hecho, George Bush —autorizado por el Congreso a recurrir a la fuerza con o sin el apoyo de la ONU— había seguido adelante con los preparativos para la guerra, de la misma forma que —antes del parón navideño— Tony Blair había dado la orden para el despliegue de tropas.

De nada serviría que, a mediados de febrero, los británicos —en una jornada de protesta global— organizaran la mayor manifestación jamás vista en las Islas bajo el lema “no a la guerra”<sup>834</sup> ni que, unos días más tarde, el *premier* —en su nivel más bajo de popularidad<sup>835</sup>— sufriese una rebelión inédita en sus propias filas, ya que más de un centenar de diputados laboristas se oponían a avalar un ataque que creían injustificado<sup>836</sup>.

---

interpretación, y así lo expone en la siguiente pieza colgada en la web de la revista *The Spectator*: <https://www.spectator.co.uk/article/the-spectator-s-notes-9-may-2013> (8-9-2021, 21:36). Por otro lado, el debate sobre qué hubiese votado Margaret Thatcher en junio de 2016 recuerda, salvando las distancias, al generado en torno a Winston Churchill y su apuesta o no por la participación británica en el proyecto europeo de haber sido *premier* en el año 61.

<sup>832</sup> *La Vanguardia*, 18-10-2002, p. 10. El Tratado de Niza entraría en vigor el 1 de febrero de 2003.

<sup>833</sup> *The Guardian*, 29-10-2002, p. 13.

<sup>834</sup> Así lo expone Andrew Marr en el quinto capítulo —ya citado— de su documental “History of Modern Britain”.

<sup>835</sup> *La Vanguardia*, 12-2-2003, p. 9.

<sup>836</sup> *La Vanguardia*, 27-2-2003, p. 5.

Incapaz de asegurar una nueva resolución de la ONU que legitimase la ofensiva<sup>837</sup> —en buena medida por la oposición de Francia, que impedía alcanzar la requerida unanimidad en el Consejo de Seguridad— el primer ministro británico se ampararía en la Resolución 1441 para —a través de una interpretación de la misma bastante controvertida desde el punto de vista legal— conseguir el apoyo a la invasión, facilitado por su aplastante mayoría en los Comunes y por el respaldo de los *tories*, que no iban a dejar de lado a sus colegas republicanos<sup>838</sup>. Dos días más tarde, el 20 de marzo, Irak se convertía en el nuevo Afganistán y, en apenas tres semanas, la coalición encabezada por EE. UU. derrocaba al régimen de Sadam Huseín y ocupaba casi todo el país.

Entre la larga lista de consecuencias que desataría la guerra de Irak se colaría la brecha abierta en el seno de la UE, además de provocar la mayor crisis de la OTAN desde su fundación<sup>839</sup>. Supuestamente, la familia comunitaria aspiraba a desempeñar en conjunto un rol destacado en la escena internacional —al fin y al cabo, este era uno de los temas que estaba abordando la Convención— pero la cacofonía imperante en el debate previo a la intervención en Irak parecía alejar dicha posibilidad. Mientras unos habían instado a solidarizarse con Washington —como los ocho países que daban fe de su atlantismo en una carta publicada a finales de enero, incluidos algunos del Este que ya actuaban como si perteneciesen a la Unión<sup>840</sup>— otros como el recién renovado eje franco-alemán —representante de la vieja Europa, según diría con desdén el secretario de Defensa de EE. UU., Donald Rumsfeld<sup>841</sup>— habían llamado a no involucrarse en una operación que les generaba muchas reservas<sup>842</sup>.

---

<sup>837</sup> Y ello a pesar de que el 16 de marzo Blair se había reunido en las Azores con Bush y Aznar para lanzar un doble ultimátum: a Sadam Huseín para que se desarmase y a la ONU para que se decidiese a apoyar el ataque, que parecía inminente.

<sup>838</sup> El día antes de la votación, el 17 de marzo, el antiguo jefe del Foreign Office, Robin Cook —ahora líder de los Comunes— presentaba su dimisión en señal de protesta. En su opinión, no había duda de que Sadam Huseín era un dictador brutal pero era cuestionable que fuese una amenaza para Reino Unido. Además, el ataque no contaba con un amplio apoyo de la comunidad internacional. Por otro lado, Blair conseguiría el respaldo de la cámara con 412 votos a favor y 149 en contra, oponiéndose casi un centenar de diputados laboristas, muchos liberales y los nacionalistas de Gales y Escocia. Ver *La Vanguardia*, 19-3-2003, p. 10.

<sup>839</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 453-54.

<sup>840</sup> Dinamarca, España, Hungría, Italia, Polonia, Portugal, Reino Unido y República Checa.

<sup>841</sup> *La Vanguardia*, 23-1-2003, p. 7.

<sup>842</sup> Este contraste se pondría de manifiesto de forma gráfica el 17 de febrero, una vez terminada la reunión extraordinaria del Consejo Europeo en Bruselas. Si Chirac criticaba a los países del Este por su apoyo a Washington, Tony Blair hacía todo lo contrario. Ver *La Vanguardia*, 19-2-2003, p. 3.

Esta imagen de división trataría de remediarse con la foto tomada a mediados de abril en la Acrópolis de Atenas para inmortalizar la firma del Tratado de Adhesión por parte de los diez nuevos miembros. Si unos días antes había caído la principal estatua de Sadam Huseín en Bagdad —mientras los socios europeos empezaban a hablar de la posguerra para tratar de curar la herida abierta por el conflicto iraquí— ahora era el muro de Berlín el que parecía caer de forma definitiva en la cuna de la democracia<sup>843</sup>.

En su último mensaje de fin de año, Tony Blair había identificado la actividad de la Convención —a la que el *premier* todavía no había dedicado demasiado tiempo<sup>844</sup>— y el posible referéndum del euro —sobre el que su Gobierno debía pronunciarse, aunque venía perdiendo *momentum*<sup>845</sup>— como dos de las claves del curso entrante. Sin embargo, la política hacia Europa del gabinete laborista se vería salpicada desde el inicio de 2003 por el contencioso abierto en torno a Irak.

Por mucho que la Casa Blanca declarase el fin de la guerra el 1 de mayo —apenas unos días antes de que Blair cumpliera medio siglo de vida— la intervención y, sobre todo, la justificación de la misma —que todavía generaba muchas dudas en las Islas por la endeblez de las pruebas presentadas y porque seguían sin encontrarse las armas de destrucción masiva supuestamente poseídas por los iraquíes— continuaría causando problemas en casa al jefe del *New Labour*<sup>846</sup>. El daño a su reputación doméstica, unido al empeoramiento de las relaciones con París y Berlín, llevaría a su equipo a adoptar una actitud más defensiva en los asuntos comunitarios, de tal forma que se evitase avivar el descontento del electorado, que ese mismo mes le daba un primer aviso en los comicios municipales<sup>847</sup>.

---

<sup>843</sup> Así lo expondría el primer ministro griego, Costas Simitis. Ver *La Vanguardia*, 17-4-2003, p. 4.

<sup>844</sup> COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., pp. 263-64. En un principio, Blair esperaba que como resultado de la Convención saliese una visión coherente para el futuro de Europa que fuese mucho más que un área de libre comercio pero que nunca llegase a contemplar unos Estados Unidos de Europa: un híbrido constitucional singular basado en la puesta en común pragmática de soberanía, en el que distintas identidades nacionales prosperasen y los Estados miembros continuasen asumiendo un papel central. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 174.

<sup>845</sup> Convertido en una suerte de culebrón, el tema del euro vería al Blair más enigmático. Citado en COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 204. Durante el periodo 1991-2007 ninguna de las encuestas de Ipsos MORI sobre la adopción del euro registra más partidarios que detractores en las Islas. Ver: <https://theconversation.com/polling-history-40-years-of-british-views-on-in-or-out-of-europe-61250> (25-10-2021, 10:42).

<sup>846</sup> De hecho, a finales de mayo se ponía en marcha una investigación parlamentaria para valorar si el Gobierno había mentido a los Comunes a la hora de justificar el derrocamiento de Sadam Huseín.

<sup>847</sup> BULMER, S.: op. cit., marzo 2008, p. 8. Anand Menon analiza este cambio de dinámica en MENON, A.: “Leading from Behind: Britain and the European Constitutional Treaty”, *Notre Europe*, Research and

El líder de la oposición, Duncan Smith —cuya salida parecía una cuestión de tiempo<sup>848</sup>— no estaba para echar cohetes, pero los últimos resultados electorales le habían ofrecido un cierto respiro. Dado que se estaba aproximando tanto la decisión sobre el euro como la publicación del borrador final de los trabajos de la Convención, el jefe de los conservadores retomaría ahora con fuerza la cuestión europea para tratar de ganar terreno a un Gobierno en horas bajas<sup>849</sup>.

Básicamente, *IDS* se centraría en exigir a Downing Street que ampliase la consulta sobre la moneda única al proyecto de constitución europea que Giscard estaba a punto de presentar a los líderes comunitarios. Subidos a lomos de la influyente prensa euroescéptica<sup>850</sup>, los *tories* tratarían de combatir la idea de que —tal y como mantenía el Ejecutivo laborista— el futuro tratado constitucional era, en buena medida, un mero ejercicio de orden; una forma de poner en su sitio lo ya existente<sup>851</sup>. De acuerdo con el argumentario conservador, este texto supondría un antes y un después en la forma de gobernarse de la vieja *Britannia*. El Gobierno británico no solo lo negaba, sino que creía fuera de lugar el hecho mismo de que se abordase este asunto, puesto que al documento de la Convención todavía le esperaba un largo camino por delante.

Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

---

European Issues, nº 31, enero 2004. Como dice Stephen Wall, Irak supuso para el *premier* un punto de inflexión en su prestigio doméstico, así como en sus relaciones con sus colegas comunitarios. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 246.

<sup>848</sup> BALE, T.: op. cit., p. 170.

<sup>849</sup> El 10 de julio, Duncan Smith pronunciaba en Praga el que, seguramente, sería su discurso más importante sobre la UE como líder *tory*. En él, *IDS* —que trataba de reafirmar su compromiso con la nueva Europa emergente de democracias soberanas para contrarrestar la idea de que su equipo tenía una agenda oculta para salir de la Unión— pedía a los países que se iban a incorporar al Club que no temiesen a la vieja Europa —en referencia al eje franco-alemán— ni se dejasen intimidar por ella: se podía ser parte de la familia comunitaria y rechazar al mismo tiempo tanto el euro como el Tratado Constitucional. Ver *The Guardian*, 11-7-2003, p. 13.

<sup>850</sup> En estos momentos, el diario *The Sun* llegaba a decir que la constitución europea suponía la mayor amenaza a la forma de vida de los británicos desde la llegada de los normandos en 1066. Ver *The Guardian*, 17-5-2003, p. 23. Algunas publicaciones como el *Daily Mail* iniciarían ahora una campaña para que se celebrase un referéndum sobre la constitución europea. En esta época, tres de cada cuatro periódicos vendidos en Reino Unido eran extremadamente hostiles a la UE y a su proyecto constitucional. Citado en GRANT, C.: “What if the British vote no?” en *Foreign Affairs*, nº 3, vol. 84, mayo-junio 2005, p. 89.

<sup>851</sup> Así lo expresaría el máximo representante de Reino Unido en la Convención, Peter Hain, ante las cámaras de la BBC. Para leer la transcripción íntegra de la entrevista: [http://news.bbc.co.uk/2/hi/programmes/politics\\_show/3038091.stm](http://news.bbc.co.uk/2/hi/programmes/politics_show/3038091.stm) (8-9-2021, 16:59).

Lo que no podía esperar más era la decisión sobre el euro, ya que al Gobierno se le acababan los dos años que se había dado de plazo tras su reelección en junio de 2001<sup>852</sup>. Así pues, el 9 de junio Gordon Brown se presentaba en los Comunes para anunciar lo que ya era un secreto a voces: en el momento actual, no se cumplían todos los criterios que se habían establecido para determinar la recomendación de abandonar la esterlina; principalmente por las condiciones referidas a la convergencia sostenible y a la flexibilidad<sup>853</sup>.

Por mucho que tanto Blair como el *chancellor* procurasen recalcar que su rechazo no era definitivo —es decir, significaba más bien un “todavía no”— su decisión —influida, sobre todo, por la opinión del Tesoro<sup>854</sup>— parecía echar por tierra la posibilidad de que Reino Unido se uniese a la eurozona antes de las próximas elecciones, previstas para 2005<sup>855</sup>.

Apenas un par de semanas después de que Londres pusiese el freno al abandono de la libra, los líderes de los Quince —reunidos en Salónica— pisaban el acelerador para iniciar la fase constituyente, al entender que el texto presentado ahora por Giscard era una buena base para la CIG que debía abrirse en octubre<sup>856</sup>. Dirigida por los jefes de Estado y de Gobierno, se esperaba que esta conferencia concluyese lo antes posible, con tiempo

---

<sup>852</sup> En las jornadas previas al anuncio final, el ex *premier* Edward Heath instaría al Gobierno a adherirse a la eurozona, ya que rechazar la entrada sería el primero de una serie de pasos resbaladizos hacia la puerta de salida de la UE. Ver *La Vanguardia*, 31-5-2003, p. 14.

<sup>853</sup> Estos dos criterios iban ligados a aquellos relacionados con la inversión y el empleo, que dependían directamente de los anteriores. Sí se cumplía en cambio el test referido a los servicios financieros. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 244. Gordon Brown —que era consciente de las ventajas de adoptar la moneda única pero sabía, igualmente, que para hacerlo debía haber una justificación económica potente— señalaba en sus memorias que el análisis final del Tesoro sobre los cinco test ocupaba 1,5 millones de palabras recogidas en 2000 páginas que, a su vez, incluían dieciocho estudios separados, lo que hacía de este documento el mayor análisis llevado a cabo por un país sobre su posible adhesión al euro. Citado en BROWN, G.: op. cit., p. 174.

<sup>854</sup> En su autobiografía, Tony Blair —que apenas dedicaba un párrafo al tema de la participación de Reino Unido en la eurozona— negaba que la decisión de no adoptar la moneda única tuviese que ver con la oposición de Gordon Brown. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 245. Sea como fuere, durante el periodo 2002-03 Blair ya empezó a sentir que la adopción del euro no era esencial para ejercer influencia en la Unión: la ampliación estaba trasladando el poder hacia el este, lejos de Francia y Alemania, lo que ofrecía nuevas oportunidades para el liderazgo británico. Citado en COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 214.

<sup>855</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 170. No obstante, para mostrar mayor compromiso con la convergencia, el jefe del Tesoro anunciaba que el Banco de Inglaterra alinearía su objetivo de inflación con el del BCE. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 170.

<sup>856</sup> Resulta curioso que fuese un británico, John Kerr, quien —como miembro de la Convención— redactaría el Artículo I-60 sobre la retirada voluntaria de la Unión: el futuro Artículo 50 del Tratado de Lisboa.

suficiente para que la ciudadanía europea pudiese conocer el texto final de cara a las elecciones europeas, establecidas para junio de 2004<sup>857</sup>.

Aunque el proyecto de Tratado Constitucional propuesto por la Convención contase con el respaldo de la delegación anglosajona, Tony Blair —haciendo gala del tono más crítico que había adquirido la política europea de su Gobierno en los últimos tiempos— expresaría su deseo de introducir algunas enmiendas durante la CIG, aunque en términos generales lo veía con buenos ojos porque preservaba los derechos soberanos de Reino Unido. En adelante y hasta su aprobación final, el *premier* garantizaba que no pondría en riesgo el veto nacional sobre los temas más sensibles<sup>858</sup>.

Sin embargo, a estas alturas las palabras del líder laborista no sonaban con la misma autoridad de antaño, en buena medida porque el tema de Irak —que todavía dominaba el debate público— seguía mermando su credibilidad<sup>859</sup>. Esta situación no haría sino empeorar a lo largo del verano, ya que Downing Street se enzarzaría en una disputa con la BBC por difundir la idea —basada en la información aportada a la cadena pública por David Kelly, un asesor del Ministerio de Defensa— de que el Gobierno había exagerado la amenaza que representaba el régimen de Sadam Huseín. A mediados de julio, la muerte de esta fuente —tan misteriosa como repentina— abriría una crisis sin precedentes en el gabinete de Blair, que a partir de entonces no dejaría de luchar por salvar su legislatura<sup>860</sup>.

Este panorama empañaría el récord conseguido ahora por Tony Blair, que se convertía en el primer jefe de Gobierno laborista que lograba mantenerse tanto tiempo en el poder de manera continuada<sup>861</sup>. No obstante, en estos momentos ya nadie daba por descontada su continuidad<sup>862</sup>. De ahí que, en el encuentro anual del Partido Laborista —celebrado a finales de septiembre— el *premier* insistiese en que seguía siendo el mismo de siempre,

---

<sup>857</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

<https://www.consilium.europa.eu/media/20841/76282.pdf> (9-9-2021, 9:36).

<sup>858</sup> *The Guardian*, 21-6-2003, p. 2.

<sup>859</sup> Después de Irak, una de las burlas más comunes era llamarle “Bliar”, un juego de letras para que su nombre incluyese el término *liar*, que en español significa mentiroso. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 388.

<sup>860</sup> La muerte de David Kelly sería investigada acto seguido. Antes de conocerse las conclusiones de dicha investigación, Alastair Campbell —director de Comunicaciones y Estrategia del *premier*— presentaría su dimisión.

<sup>861</sup> *La Vanguardia*, 2-8-2003, p. 10.

<sup>862</sup> Por esta misma época, una encuesta publicada en el *Financial Times* recogía que la mitad de los británicos querían que Tony Blair se fuese. Ver *La Vanguardia*, 28-9-2003, p. 8.

como si el recuerdo de sus tiempos dorados pudiese reestablecer por sí mismo la conexión que ahora parecía haber perdido con sus conciudadanos<sup>863</sup>.

Quien todavía no había logrado atraer al electorado era Duncan Smith, que para muchos seguía siendo un auténtico desconocido a pesar de los dos años que llevaba al frente del Partido Conservador. Fruto de su impotencia para rentabilizar las dificultades que estaba atravesando el Gobierno, un sector del partido —determinado a acabar con las intrigas palaciegas antes de que se acercasen las generales— plantearía una moción de confianza contra *IDS*<sup>864</sup>.

Incapaz de superarla, el político escocés abandonaría el cargo a principios de noviembre, siendo sustituido de forma exprés por Michael Howard. Dado que no se podían permitir una nueva lucha por el liderazgo, los *tories* elegían directamente a Howard como un líder de transición: aunque representase a la vieja guardia thatcherista —y ello pudiese lastrar las opciones de los conservadores en las urnas— al menos era una figura respetable.

A pesar de su conocido euroescepticismo, el nuevo líder de la oposición no quería que su partido se mostrase excesivamente obsesionado por la cuestión europea<sup>865</sup>, lo cual no era óbice para que bajo su liderazgo los *tories* siguiesen defendiendo con ahínco la celebración de un referéndum sobre el tratado que se estaba redactando<sup>866</sup>. El texto elaborado por la Convención era —como diría Tony Judt— algo más que un borrador pero decididamente menos que una constitución<sup>867</sup>, motivo por el cual el Gobierno británico seguía creyendo injustificada la consulta, a pesar de que el experimento constitucional se hubiese convertido en un ejercicio de limitación de daños<sup>868</sup>. Ahora faltaba por conocer la versión definitiva, que comenzaría a perfilarse a partir del 4 de octubre, fecha en la que se inauguraría la CIG en Roma.

---

<sup>863</sup> *La Vanguardia*, 1-10-2003, p. 4. Ello explicaría que en el programa legislativo presentado por el Gobierno a finales de noviembre destacasen los asuntos socioeconómicos, con los que Downing Street esperaba ganarse de nuevo la confianza del electorado.

<sup>864</sup> La revista *The Spectator* pedía a los *tories* que terminasen de una vez por todas con el culto al asesinato, al entender que llevaba demasiado tiempo presente en el partido. Ver *The Spectator*, 1-11-2003, p. 7.

<sup>865</sup> BALE, T.: op. cit., p. 208.

<sup>866</sup> Por su parte, desde que el Gobierno había hecho pública su decisión sobre el euro, los medios británicos antieuropeos habían reorientado su atención hacia el tema del texto constitucional. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 145.

<sup>867</sup> JUDT, T.: op. cit., p. 1042.

<sup>868</sup> WALL, S.: op. cit., 2020, p. 249.

La presidencia italiana, pecando de un excesivo optimismo, esperaba que la CIG alcanzase un acuerdo antes de finalizar el año, pero no tardaría en comprobar cómo la disputa sobre el nuevo sistema de votación en el Consejo —criticado por Madrid y Varsovia, que salían perjudicadas respecto al diseño planteado en Niza— extendería las negociaciones más allá de 2003<sup>869</sup>. También parecía haber cierta ingenuidad en el hecho de que Londres decidiese acercarse ahora al eje franco-alemán<sup>870</sup>, en un intento por retomar el trilateralismo para olvidar la brecha abierta por Irak y tratar de aunar fuerzas de cara a la inminente ampliación, que amenazaba con dificultar la gestión del Club.

Por mucho que este provisional triunvirato lograra algunos avances, como en el ámbito defensivo —una de las áreas que estaban siendo abordadas en la CIG— la apuesta de Downing Street no tendría demasiado recorrido. Por un lado, el Gobierno británico no se encontraba en una posición cómoda en casa, lo que inevitablemente iba a limitar su capacidad para seguir los pasos de París y Berlín, que además mantenían una relación mucho más estrecha y compartían sus recelos hacia Londres. Por otra parte, esta operación corría el riesgo —poco después confirmado— de enfadar a aquellos países que —como la España de Aznar o la Italia de Berlusconi— no habían dudado en apoyar a Blair en la cuestión iraquí —jugándose su propio pellejo— y ahora veían cómo el *premier* les daba la espalda<sup>871</sup>.

Precisamente, los miembros más pequeños de la UE también pondrían el grito en el cielo al comprobar cómo las dos naciones más poderosas de la eurozona —que venían atravesando dificultades económicas desde el año anterior— se saltaban las reglas de rigor fiscal sin recibir la correspondiente penalización. Con cierta impotencia —dado que a nadie se le escapaba que la prosperidad de todos estaba interrelacionada— los ministros de Economía y Finanzas —incluido Gordon Brown, tradicional defensor de unas normas menos rígidas— accedían el 25 de noviembre a suspender temporalmente el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, de tal manera que Francia y Alemania no fuesen

---

<sup>869</sup> La falta de acuerdo se confirmaría en la última cumbre del año, celebrada en Bruselas durante los días 12 y 13 de diciembre.

<sup>870</sup> El primer encuentro a tres con este renovado espíritu colaborativo se produciría el 20 de septiembre.

<sup>871</sup> De hecho, en febrero de 2004, España e Italia —junto a Estonia, Holanda, Polonia y Portugal— publicaban una carta conjunta en la previa a una nueva reunión entre Blair, Chirac y Schröder. Aunque tanto la misiva como el encuentro trilateral estuviesen centradas en cuestiones económicas, el gesto de los primeros —anticipándose a la cumbre de los tres más grandes del Club— escondía su temor a que se estuviese gestando un núcleo duro en la Unión sin su presencia.

expedientados por sus elevados déficits y tuviesen cierto margen para avanzar hacia la recuperación.

Que el incumplimiento de las normas de la eurozona saliese gratis —coincidiendo con el cambio de titular en la presidencia del BCE, en adelante en manos de Jean-Claude Trichet<sup>872</sup>— que los suecos hubiesen rechazado en septiembre la adopción de la moneda única y que, unos meses antes, Reino Unido hubiese postergado indefinidamente la celebración de una consulta sobre el euro parecía justificar que el 2003 fuese considerado un *annus horribilis* para la UEM, que veía seriamente dañada su reputación.

Tony Blair también despedía un año especialmente difícil. Por mucho que su valoración personal hubiese mejorado desde principios de otoño, la mitad de los británicos se disponían a celebrar la Navidad creyendo que, en el plazo de un año, el *premier* estaría fuera de Downing Street<sup>873</sup>. Y ello a pesar de que el 13 de diciembre se hubiese logrado capturar a Sadam Huseín. Para Blair, esta noticia significaba que la sombra del dictador se separaba definitivamente del pueblo iraquí<sup>874</sup>. A él, en cambio, la sombra de Irak le acompañaría hasta sus últimos días.

El líder laborista llegaría a jugarse la dimisión nada más comenzar 2005. Durante dos días de cierto drama, el *premier* lograba sacar adelante su proyecto de reforma universitaria —evitando una moción de confianza por tan solo cinco votos<sup>875</sup>— y, no sin controversia, era exonerado horas más tarde del caso Kelly, que el juez Lord Hutton venía investigando desde el pasado verano. De ahí que, a pesar de contar con nuevas magulladuras, Tony Blair consiguiese salir a flote en el estreno del nuevo año.

La Unión buscaba correr esa misma suerte. El Club atravesaba un momento crítico y necesitaba ofrecer una sensación de cierto resurgimiento —máxime ante la cercanía de las elecciones a la Eurocámara— lo que pasaba inevitablemente por ir resolviendo los desafíos que planteaba la mayor ampliación de su historia, que se produciría oficialmente el 1 de mayo, fecha inaugural de la Europa de los Veinticinco.

---

<sup>872</sup> Así lo confirmarían los líderes europeos en su reunión de mediados de octubre, permitiendo que el 1 de noviembre Trichet se pusiese al frente del BCE sustituyendo a Wim Duisenberg.

<sup>873</sup> *The Guardian*, 17-12-2003, p. 10.

<sup>874</sup> *La Vanguardia*, 15-12-2003, p. 7.

<sup>875</sup> *La Vanguardia*, 28-1-2004, p. 3.

Por un lado, urgía atender la cuestión presupuestaria; esto es, cómo se iba a financiar la nueva UE. Ya en el mes de febrero —y después de recibir la presión inicial de Reino Unido y otros cinco países, que llamaban a recortar el gasto comunitario<sup>876</sup>— la Comisión presentaba su propuesta para el periodo 2007-13, dando el disparo inicial de una batalla que se presentaba larga. Entre sus planteamientos, el Berlaymont incluía la revisión del cheque británico, motivo por el cual Gordon Brown se erigiría desde este preciso instante como una de las principales voces críticas contra el plan diseñado por el equipo de Prodi<sup>877</sup>.

Por otro lado, seguía pendiente el acuerdo sobre el nuevo tratado, concebido como la armadura institucional necesaria para la Europa ampliada. Un evento trágico se encargaría de transformar el ambiente de bloqueo reinante desde la última cumbre de diciembre. Los atentados del 11 de marzo en cuatro trenes de la red de Cercanías de Madrid<sup>878</sup> — perpetrados por el terrorismo islamista, que se llevaba por delante la vida de casi doscientas personas— seguidos, tres días más tarde, por la victoria del socialista José Luis Rodríguez Zapatero —partidario de retirar a las tropas españolas enviadas a Irak por Aznar, así como de acercar a su país al eje franco-alemán— darían un vuelco de 360° a las negociaciones en la CIG, ya que el nuevo inquilino de la Moncloa mostraría mayor disposición a acabar con la resistencia mantenida hasta la fecha por su predecesor, disconforme con el sistema de votación del Consejo.

Este giro copernicano se pondría de manifiesto a finales de marzo. En una cumbre mediatizada por la lucha antiterrorista y las muestras de solidaridad hacia el pueblo español, los líderes comunitarios llamaban a la reanudación de las discusiones en el seno de la CIG para que, como tarde, se consiguiese alcanzar un acuerdo en el próximo Consejo Europeo de junio<sup>879</sup>.

---

<sup>876</sup> *La Vanguardia*, 16-12-2003, p. 11.

<sup>877</sup> *The Independent*, 11-2-2004, p. 19. De acuerdo con Stephen Wall, Brown era favorable a la UE en tanto en cuanto reconocía que en ella residía el interés económico crucial de su país. Sin embargo, el *chancellor* no tenía paciencia ni con la estructura institucional ni con las normas diplomáticas de la vida comunitaria. Además, parecía que mostrando continuamente que luchaba por Reino Unido en las instituciones probaría ante el votante británico que su país extraía beneficios notables. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 241.

<sup>878</sup> Apenas unos días antes de que se cumpliera el primer aniversario de la invasión a Irak, respaldada por el Gobierno popular de José María Aznar, que trataría de confundir a la opinión pública sobre la autoría de los atentados para que su formación no se viese perjudicada en la cita del 14 de marzo con las urnas.

<sup>879</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-9048-2004-INIT/es/pdf> (14-9-2021, 11:00).

El hecho de que la versión definitiva del Tratado Constitucional estuviese más cerca, unido a la proximidad de la cita europea con las urnas, llevaría a Michel Howard a iniciar a principios de abril una campaña exigiendo al Gobierno laborista la celebración de una consulta sobre el nuevo tratado, que para su partido representaba el punto culminante de un Estado federal<sup>880</sup>.

Ciertamente, el texto que estaba a punto de ser rematado por la CIG no contemplaba la cesión de importantes parcelas de poder. Sin embargo, la mera utilización del término “constitución” en el título bastaba para levantar ampollas en la vieja *Britannia*, donde se produciría un terremoto político a propósito de esta cuestión<sup>881</sup>. De ahí que el gabinete liderado por Blair, que ya venía suavizando su rechazo inicial al referéndum, acabase cediendo antes de terminar el mes.

El 20 de abril —y para sorpresa de muchos, incluido Jacques Chirac, que se sentiría traicionado por su homólogo anglosajón y no tardaría en convocar una consulta en su propio país<sup>882</sup>— el *premier* accedía a atender la demanda de la oposición y decidía dar la última palabra a la ciudadanía, de tal manera que sus rivales no pudiesen reprocharle que actuase al margen de la opinión de sus compatriotas —que, en principio, parecía contraria al nuevo tratado<sup>883</sup>—.

Así pues, y aunque la fecha fuese todavía un enigma<sup>884</sup>, era indudable que, de no ser sacrificado antes por otros Estados miembros, el Tratado Constitucional tendría que

---

<sup>880</sup> Ya que, según el argumentario *tory*, contemplaba entre otras la figura de un presidente y de un ministro de Exteriores propio, además de conformar un sistema legal que incorporaba los atributos de un Estado. Ver *The Independent*, 3-4-2004, p. 25. Para Howard, colocar la cuestión europea de nuevo en el centro de la batalla política no estaba exento de riesgos, ya que ello podría mostrar sus propias divisiones y ahuyentar de nuevo a unos votantes que —más allá de la opinión que les mereciese el Tratado Constitucional, así como la celebración de una consulta al respecto— estaban más preocupados por otros temas. De hecho, el pasado 12 de febrero el líder de los *tories* había pronunciado un discurso en Berlín que, aun confirmando sus credenciales euroescépticas, mostraba al mismo tiempo una posición más pragmática hacia la Unión; una visión euroescéptica pero positiva basada en el lema “vive y deja vivir”, ya que apostaba por una Europa flexible, de geometría variable. Para consultar el discurso íntegro de Michael Howard: <https://www.theguardian.com/politics/2004/feb/12/conservatives.uk> (15-9-2021, 10:00).

<sup>881</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 207.

<sup>882</sup> WALL, S.: op. cit., 2008, p. 176.

<sup>883</sup> Un sondeo de ICM para *News of the World*, publicado durante estos días, recogía que solo el 25% de los encuestados creía —frente a un 50% con la opinión contraria— que su país debía firmar el texto constitucional. Ver *The Independent*, 26-4-2004, p. 12.

<sup>884</sup> En principio, dado que en 2005 se celebrarían elecciones generales y que durante la segunda mitad del año Reino Unido ostentaría la presidencia de la UE, se esperaba que la consulta tuviese lugar en 2006.

recibir el visto bueno del pueblo británico para ser ratificado en las Islas. Con este *U-turn*, que decía más de la debilidad gubernamental que de su fortaleza, Downing Street trataba de privar a los conservadores de su principal arma para las europeas, de tal forma que ello redujese las opciones de que el Partido Laborista sufriese un descalabro electoral<sup>885</sup>.

Donde no cedería el Gobierno anglosajón sería en el tema de la inmigración procedente de los países del este recién adheridos a la UE. A pesar de las llamadas de los *tories* y de un sector importante de la prensa a imitar los acuerdos de transición implementados por la mayoría de Estados miembros<sup>886</sup> —de tal forma que se limitase la libertad de movimiento de los nuevos ciudadanos comunitarios— Downing Street minimizaba el supuesto peligro de avalancha y se reafirmaba en su política de puertas abiertas; una decisión que se acabaría volviendo en su contra por precipitar un flujo migratorio de una magnitud inesperada<sup>887</sup>.

Igual de desatinados se mostrarían muchos observadores de la época al ser incapaces de predecir el alcance de la progresión del UKIP en las elecciones europeas de junio, que situarían a esta formación —partidaria de que Reino Unido saliese de la UE— como tercera fuerza, al reunir más del 16% de los votos. El Partido Conservador, por su parte, lograba romper con la mala racha que venía arrastrando desde los comicios del 84 y, después de dos décadas, volvía a recuperar el primer puesto en la Eurocámara, aunque con un margen tan exiguo —en parte, por el avance del UKIP— que le impedía saborear

---

<sup>885</sup> Como reacción a la nueva oferta laborista, Howard empezaría a plantearse la idea de una renegociación profunda de los términos de la relación entre Londres y Bruselas. Curiosamente, David Cameron —futuro *premier* y protagonista principal del *brexít* de 2016— sería uno de los que le convencería para que no lo hiciese. Como diría Tim Bale, al asociar a la UE de forma incesante con todo tipo de amenazas, los *tories* corrían el peligro de crear las condiciones ideales para la emergencia de un partido populista —como el ya existente UKIP, cada vez más fuerte— que no solo se pudiese presentar como defensor de los intereses de la gente, sino que pudiese mostrar también el coraje de sus convicciones al llamar directamente a salir de la Unión. Citado en BALE, T.: op. cit., pp. 212-13. Por otro lado, la promesa del Gobierno de Blair creaba la expectativa de que habría una votación popular sobre la UE y, a largo plazo, acabaría allanando el terreno para que se produjese el referéndum sobre la permanencia de Reino Unido en la familia comunitaria. De ahí que algunos autores como Stephen Wall lamentasen esta decisión de Blair. Ver WALL, S.: op. cit., 2020, pp. 252-53.

<sup>886</sup> El *Daily Express* —no sin polémica— llegaría a alertar de que se produciría un éxodo de gitanos que llegarían a las Islas en avión procedentes del este de Europa.

<sup>887</sup> Para justificar esta política, el equipo de Blair se apoyaba en un informe de 2003 del Home Office llamado “The impact of EU enlargement on migration flows”. Citado en EVANS, G. y MENON, A.: op. cit., pp. 14-15. Por esta época, el Gobierno sugería que el número de llegadas rondaría las 26.000 en los primeros dos años. Sin embargo, en 2006 anunciaba que desde la ampliación de 2004 habían solicitado trabajar en Reino Unido un total de 427.000 personas, todas ellas procedentes de Polonia y de otros siete países recién adheridos a la UE. Contando a los autónomos, la cifra ascendía a 600.000. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 400.

la victoria<sup>888</sup>. Eso sí, el peor trago se lo llevaba el Gobierno laborista. Con su peor actuación desde 1918 en una contienda nacional, su líder quedaba muy tocado<sup>889</sup>.

Indudablemente, estos resultados complicaban aún más la ratificación popular del Tratado Constitucional en las Islas, al que apenas unos días después los líderes de los Veinticinco —obligados a alcanzar un acuerdo por la baja participación y por el peso del voto de protesta en las europeas— le ponían el punto final<sup>890</sup>. Para Tony Blair —que ya empezaba su campaña en defensa del nuevo tratado— se trataba de un documento bueno para Reino Unido; sobre todo porque mantenía el veto en las cuestiones más sensibles y garantizaba que la UE seguiría siendo una unión de naciones<sup>891</sup>.

No obstante, el *premier* no se iría de Bruselas sin mostrar sus garras. A propósito de la elección del sustituto de Prodi —y escarmentado por su último revés en las urnas— el mandatario británico se negaría a apoyar al candidato propuesto por Francia y Alemania, el primer ministro belga Guy Verhofstadt, al entender que era demasiado cercano a la idea federal de Europa. El triunvirato mostraba sus fallas. Tras forzar un aplazamiento de la decisión, Tony Blair se saldría con la suya y, antes de terminar el mes de junio, lograba que se consensuase un nombre alternativo de su gusto: José Manuel Durão Barroso, hasta entonces primer ministro de Portugal, se convertía en el nuevo jefe de la Comisión Europea<sup>892</sup>.

---

<sup>888</sup> De hecho, los malos resultados cosechados por los *tories* en dos *by-elections* celebradas en julio mostrarían que el partido seguía teniendo dificultades para atraer al electorado.

<sup>889</sup> *The Independent*, 15-6-2004, p. 4. Además, en las municipales celebradas a la par, el Partido Laborista quedaba en tercera posición; algo inédito para un partido en el poder. Ver *La Vanguardia*, 12-6-2004, p. 8.

<sup>890</sup> Con este tratado, que aspiraba a sustentar a la UE en un solo texto, la Unión alcanzaba personalidad jurídica y se abandonaba el sistema de pilares de Maastricht, extendiendo especialmente el poder comunitario en los asuntos de justicia e interior —en los que Londres tenía garantizada su posición periférica—. En el preámbulo quedaba recogida la Carta de Derechos Fundamentales. Además, ya en el cuerpo del todo, se facilitaban las cooperaciones reforzadas, se multiplicaban las votaciones por mayoría cualificada y se establecía un presidente fijo del Consejo Europeo, así como un ministro de Asuntos Exteriores. Por otro lado, este texto recogía un nuevo sistema de votación de doble mayoría, es decir, en función del número de países y del peso demográfico representado. Para una guía sobre este documento: [https://fundacionfaes.org/file\\_upload/publication/pdf/20130423140243guia-del-tratado-de-la-constitucion-europea.pdf](https://fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20130423140243guia-del-tratado-de-la-constitucion-europea.pdf) (15-9-2021, 11:53). Por otro lado, para consultar el propio tratado en su integridad:

[https://europa.eu/european-union/sites/default/files/docs/body/treaty\\_establishing\\_a\\_constitution\\_for\\_europe\\_es.pdf](https://europa.eu/european-union/sites/default/files/docs/body/treaty_establishing_a_constitution_for_europe_es.pdf) (15-9-2021, 11:51).

<sup>891</sup> *La Vanguardia*, 20-6-2004, p. 10. En la rueda de prensa final, a las 11 de la noche del viernes, Blair presentó su idea para el futuro de Europa: el impulso del eje franco-alemán hacia un superestado federal estaba muerto. Citado en COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 282.

<sup>892</sup> Para satisfacción de Londres, Barroso era conocido, entre otras, por sus ideas liberales en el terreno económico y por su atlantismo, probado durante el conflicto en Irak. El mismo día de su elección como

Precisamente, las dificultades de Barroso para conseguir el apoyo de la Eurocámara a su equipo de comisarios —que acabaría postergando unas semanas el inicio de curso del nuevo Ejecutivo— deslustraría la ceremonia de firma del Tratado por el que se establecía una Constitución para Europa, celebrada el 29 de octubre en Roma<sup>893</sup>. Además, las dudas que generaba la ratificación de este texto —que ahora entraba en una última fase puramente doméstica, con más de una decena de países apostando por la vía del referéndum— recomendaba moderar el ambiente festivo.

Casi al mismo tiempo que la Europa de los Veinticinco abría formalmente el largo camino hacia la ratificación del nuevo tratado, Tony Blair —que estrenaba el otoño anunciando que, tras los próximos comicios, no se presentaría a un cuarto mandato— iniciaba la carrera por su sucesión, que también se presentaba larga y llena de incógnitas por mucho que Gordon Brown se erigiese como el recambio más evidente. Serían muchos quienes criticarían esta decisión del *premier*, ya que al ponerse fecha de caducidad —todavía sin definir con exactitud— su autoridad no dejaría de desinflarse ante propios y extraños<sup>894</sup>.

Pero, por lo pronto, Blair estaba determinado a hacer historia en la próxima primavera llevando a su partido a ganar unas generales por tercera vez consecutiva. Para ello, el líder del *New Labour* tomaría buena nota de la campaña de George Bush, que a pesar de su polémica respuesta al 11-S conseguía ser reelegido por sus compatriotas a principios de noviembre<sup>895</sup>.

Así pues, el 2004 concluía con la UE cruzando los dedos para que saliese adelante el Tratado Constitucional —lo que pasaba por superar la difícil prueba del escrutinio público— mientras, al otro lado del Canal, el Gobierno de Blair centraba su atención en la batalla electoral que se avecinaba en las Islas, sin perder de vista que, de conseguir la

---

presidente del Ejecutivo comunitario, Solana era nombrado como futuro ministro de Asuntos Exteriores de la UE.

<sup>893</sup> Como curiosidad, cabe señalar que en abril del año siguiente se enviaría un ejemplar del Tratado Constitucional al espacio como símbolo de la identidad europea. Ver *La Vanguardia*, 21-6-2007, p. 3.

<sup>894</sup> Así lo entiende Andrew Marr, que habla de este movimiento como la peor decisión estrictamente táctica durante su paso por el 10 de Downing Street. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 334.

<sup>895</sup> Aún así, Irak seguiría siendo un quebradero de cabeza para Tony Blair. De hecho, antes de terminar el año la Corte Suprema declaraba ilegal el “Guantánamo inglés” —esto es, la cárcel de Belmarsh— donde se encontraban presos extranjeros detenidos indefinidamente —sin cargos ni juicio— por ser sospechosos de estar vinculados con actividades terroristas.

victoria, tendría que afrontar acto seguido un reto quizá mayor: ser capaz de mantenerse en Downing Street ante el regreso de la cuestión europea —y, en concreto, del nuevo tratado pendiente de ratificación popular— al primer plano de la política británica<sup>896</sup>.

#### 2.2.4 Una crisis oportuna: el fracaso constitucional como alivio para un líder en retirada

Inmunizados contra el viento invernal de protesta procedente de Ucrania —donde acababa de tener lugar la llamada Revolución Naranja— los españoles inaugurarían la carrera de consultas el 20 de febrero de 2005 respaldando con rotundidad el Tratado Constitucional<sup>897</sup>. Sin duda, este era un buen inicio para los más europeístas, aunque a nadie escapaba que la verdadera prueba de fuego llegaría unos meses más tarde con el veredicto de los franceses, que generaba mayor incertidumbre.

Precisamente, la cercanía del referéndum en el país galo influiría en buena medida en el resultado del Consejo Europeo celebrado en marzo, dedicado a la reforma económica y, en concreto, a la directiva sobre la liberalización del mercado de servicios<sup>898</sup>. Consciente de que este proyecto generaba ansiedad en muchos de sus compatriotas —que lo veían como un símbolo de la deriva neoliberal de la UE— Chirac adoptaría una actitud defensiva que le permitiría ganar tiempo —además de buena prensa en casa— al extraer de sus socios la promesa de revisar el acto legislativo en cuestión<sup>899</sup>.

Tal y como se reconocía en las conclusiones de esta cumbre, cinco años después de su lanzamiento la Estrategia de Lisboa seguía mostrando lagunas y retrasos evidentes<sup>900</sup>. Esta situación resultaba frustrante para la delegación anglosajona, que saldría doblemente enfurecida de Bruselas por las nuevas pullas recibidas sobre la revisión del cheque; un

---

<sup>896</sup> En el momento de celebrarse los comicios, el mayor rendimiento de la economía británica en comparación con la de la mayoría de los países de la Eurozona significaba que no habría posibilidad de ganar un referéndum sobre la moneda única. Esta cuestión, además, se mezclaba ahora con el debate sobre el Tratado Constitucional, llegando a producir cierta confusión en el pueblo anglosajón, que no sabía si votar a favor del nuevo tratado implicaría que Londres adoptaría el euro. Citado en WALL, S.: op. cit., 2008, p. 171.

<sup>897</sup> Aunque con una participación que quedaba lejos de alcanzar el 50% del electorado.

<sup>898</sup> También se abordaría la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento —que trataba de modular la política presupuestaria al ciclo económico— a la que los líderes comunitarios darían ahora luz verde.

<sup>899</sup> *The Independent*, 23-3-2005, p. 23.

<sup>900</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-7619-2005-INIT/es/pdf> (16-9-2021, 10:11).

tema que tendría que ser abordado después del 5 de mayo, una vez que los británicos se hubiesen pronunciado en las urnas<sup>901</sup>.

Tony Blair, con una campaña centrada en la reforma de los servicios públicos y del estado de bienestar —sin eludir otras cuestiones como el control migratorio o la lucha contra el terrorismo— y que trataba de minimizar las crecientes disensiones internas en el *Labour*, partía como claro favorito<sup>902</sup>; no solo por la buena marcha de la economía, sino también por la falta de alternativas —con Howard, los *tories* habían salido de la UCI pero seguían en el hospital— y porque, con toda probabilidad, el sistema electoral se encargaría de mitigar el previsible ascenso de los liberales, que trataban de ganar adeptos manteniendo en primera línea la cuestión de Irak<sup>903</sup>.

Precedidas por la boda del príncipe Carlos y Camila Parker, las elecciones revalidarían por tercera vez consecutiva el matrimonio entre Blair y el pueblo británico; un hecho inédito en un líder del Partido Laborista y solo conseguido previamente por Margaret Thatcher. No obstante, este récord —que desluciría el mayor éxito cosechado por los liberales en tres cuartos de siglo— escondía otro más preocupante para los intereses del actual *premier*: nunca antes un partido vencedor había obtenido un porcentaje de voto tan bajo<sup>904</sup>. Con todo, la peor parte se la llevaría Michael Howard, que presentaría su dimisión tras conocer que los *tories* habían sufrido una derrota menos contundente que la de 2001 pero igual de amarga<sup>905</sup>.

---

<sup>901</sup> La convocatoria de estos comicios se tendría que posponer unas horas por el fallecimiento del Papa Juan Pablo II.

<sup>902</sup> A principios de febrero, una encuesta publicada por el diario *The Times* mostraba que, por primera vez desde la caída de Bagdad —abril de 2003— Tony Blair superaba el 40% en intención de voto. Ver *La Vanguardia*, 9-2-2005, p. 8.

<sup>903</sup> En las jornadas previas a la cita con las urnas, *El País* dedicaba a Blair su editorial para poner de manifiesto que, a pesar de que su victoria parecía segura, la credibilidad del líder laborista estaba en entredicho por Irak: “El que fuera un joven político, impulsor del Nuevo Laborismo y de la tercera vía, de una socialdemocracia alejada de la ideología doctrinaria de sus antecesores, comprometido en la defensa de la plena integración del Reino Unido en Europa, se ha convertido en un político cansino y taimado, que casi seguro no agotará los cinco años en Downing Street”. Ver *El País*, 1-5-2005, p. 12.

<sup>904</sup> MELLOWS-FACER, A.: “General Election 2005”, House of Commons Library, documento de investigación 05/33, 17 de mayo de 2005.

<sup>905</sup> El Partido Conservador contaba con una base de votantes que compartían sus valores pero que siempre resultaría insuficiente para alcanzar la mayoría. Citado en BALE, T.: op. cit., p. 256. Para el diario *ABC*, los *tories* debían afrontar una profunda renovación de mensajes y rostros para superar el estilo postthatcherista que aún dominaba su estrategia de comunicación: “Si así fuera, y teniendo en cuenta que el ciclo laborista comienza a dar síntomas de agotamiento, el futuro británico probablemente venga de la mano de un conservadurismo más laborista, que habrá de reinventarse a sí mismo”. Ver *ABC*, 7-5-2005, p. 4.

En el diseño del equipo inicial para afrontar la tercera legislatura, Tony Blair apostaría por la continuidad, aunque la merma de la mayoría gubernamental —recortada en medio centenar de escaños— le obligaba a moderar su presidencialismo. Además, al *premier* se le presentaban dos dilemas fundamentales: por un lado, cuándo marcharse —una cuestión que empezaba a impacientar a muchos de los suyos— y, por otro, qué dirección debía tomar su política hasta su salida —esto es, si procedía profundizar en su legado o era mejor virar hacia la izquierda para recuperar a los votantes más desencantados—.

En el ámbito exterior, el mayor dilema de Blair —que giraba en torno a la consulta sobre el Tratado Constitucional— empezaría a resolverse por sí mismo a finales de mayo, tras confirmarse el rechazo mayoritario de los franceses y, apenas tres días más tarde, de los neerlandeses. Como diría Cohen-Tanugi, más que desatar una crisis, los electores de Francia y Holanda la sacaban a la superficie —en buena medida, por la falta de resultados y la quiebra de identidad de la UE ampliada— y, con su voto, la agravaban<sup>906</sup>.

Sea como fuere, el nuevo tratado parecía herido de muerte, ya que no contaba con el apoyo de dos países fundadores y, aún por encima, la mayoría de los Veinticinco aún no había completado el proceso de ratificación.

Inevitablemente, Downing Street recibiría con cierto alivio la doble negativa de sus vecinos, ya que podría hacer innecesaria la consulta en las Islas y, por tanto, ahorrar un más que probable disgusto al Gobierno de Blair. De hecho, aunque Londres no quisiese ser vista como la enterradora del Tratado Constitucional —que, a estas alturas, parecía imposible de mantener en su forma actual— Jack Straw no esperaría a consensuar con el resto de socios el camino a seguir y, en la jornada del 6 de junio, anunciaba la congelación del referéndum en Reino Unido; una medida que luego imitarían otros países.

Diez días más tarde, los líderes comunitarios se reunían en Bruselas y, aun manteniendo en activo el proceso de ratificación —en el que seguían inmersos catorce Estados miembros— decidían establecer una pausa indefinida para la reflexión, pensando sobre todo en aquellos países que tenían pendiente la consulta y necesitaban tiempo para tratar de asegurar el voto afirmativo.

---

<sup>906</sup> Ver COHEN-TANUGI, L.: “The end of Europe?” en *Foreign Affairs*, n° 6, vol. 84, noviembre-diciembre 2005.

Por si este *impasse* no generase suficiente desconcierto, los Veinticinco eran incapaces de salvar la cumbre con un acuerdo en materia presupuestaria; sobre todo por la resistencia de la delegación anglosajona. En las horas previas al Consejo Europeo, Tony Blair había suavizado su posición negociadora al acceder a revisar el cheque siempre que se hiciera en el marco de una reformulación general del gasto comunitario, incluidas las ayudas al campo<sup>907</sup>. Esto último resultaba inaceptable para Francia —una de sus principales beneficiarias— que recordaba a Londres que, tal y como se había acordado en octubre de 2002, los fondos agrícolas no se tocarían hasta, al menos, el año 2013.

La incapacidad para resolver esta disputa impediría sacar adelante la propuesta de la presidencia luxemburguesa, que proponía congelar el reembolso de los británicos en 2007 y, a partir de entonces, reducirlo de forma progresiva<sup>908</sup>, al entender como extemporáneas las condiciones que en su día habían justificado la entrega del famoso cheque a Margaret Thatcher: en la actualidad, Reino Unido era más próspero que en el 84 y, además, la PAC ya no suponía ni la mitad del presupuesto comunitario. De ahí que el primer ministro francés, Dominique Villepin —poniendo voz a un sentimiento generalizado en el Club— se refiriese al *rebate* como un gasto propio del Antiguo Régimen<sup>909</sup>.

Así pues, a mediados de junio tanto el Tratado Constitucional como los fondos para el periodo 2007-13 se encontraban en una situación de *stand by*, motivo por el cual algunos llegarían a afirmar que el proyecto europeo atravesaba uno de los momentos más críticos de su historia.

Curiosamente, el destino querría que, durante el segundo semestre del año, la vieja *Britannia* fuese la encargada de sacar a flote a la Unión; una tarea inesperada pero bienvenida en Downing Street<sup>910</sup>, ya que el Gobierno laborista —que acababa de estrenar su tercer mandato y seguía presumiendo de éxito económico— no solo evitaba que su presidencia estuviese condicionada por el horizonte del referéndum en las Islas —ahora

---

<sup>907</sup> *The Independent*, 11-6-2005, p. 22.

<sup>908</sup> *La Vanguardia*, 20-5-2005, p. 4.

<sup>909</sup> *La Vanguardia*, 22-6-2005, p. 9.

<sup>910</sup> De hecho, gran parte de la planificación de Whitehall sobre la presidencia europea de Reino Unido tendría que ser desechada tras el rechazo de Francia al Tratado Constitucional y la cancelación del referéndum. Citado en COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 404.

paralizado— sino que tenía una oportunidad única para definir la agenda comunitaria, habida cuenta de que ni Schröder ni Chirac —en el ocaso de su carrera política— se encontraban en condiciones para asumir el liderazgo en el continente<sup>911</sup>. De ahí que, entre los meses de julio y diciembre, los británicos decidiesen colocar la reforma liberal de la UE —siguiendo el modelo del *New Labour*— en el centro de sus prioridades<sup>912</sup>. Como diría Gordon Brown, la alternativa sería el estancamiento<sup>913</sup>.

Para disipar las dudas —ampliamente extendidas al otro lado del Canal— sobre la idoneidad de que Reino Unido fuese el encargado de marcar la dirección de una UE sin

---

<sup>911</sup> “Europa pone su reloj a la hora de Londres”. Así daba la bienvenida Rafael Ramos a la presidencia británica desde *La Vanguardia*. El diario catalán recordaba que Blair se elevaba como el dirigente europeo con las ideas más claras y con mayor capacidad de liderazgo: “Blair asume la presidencia de turno la UE cuando el motor franco-alemán está averiado y se sitúa en condiciones de ser el primer británico que puede tomar las riendas efectivas de la construcción europea e imprimirle su particular dirección”. Ver *La Vanguardia*, 1-7-2005, p. 6 y Ver *La Vanguardia*, 1-7-2005, p. 26. *El País*, por su parte, no escondía sus reservas sobre los propósitos del equipo de Blair, ya que “los propios británicos parecen bastante escépticos ante la eventualidad de que su primer ministro vaya a dirigir el continente hacia una era de crecimiento y modernización. Es más que dudoso que, pese a su reciente triunfo electoral, tenga la convicción y el ímpetu necesarios para ello en un país donde la mayoría ve a la UE como un proyecto fallido”. Ver *El País*, 24-6-2005, p. 12. Ahora bien, aunque no estuviese claro del todo que Blair quisiese y supiese dirigir la UE hacia un horizonte de mayor integración, “dadas las circunstancias, en el país de los ciegos el tuerto es rey”. Ver *El País*, 2-7-2005, p. 14. Meses más tarde, hacia el final del semestre, *El País* reaccionaba al acuerdo en materia presupuestaria ofreciendo una visión general y, por tanto, sin profundizar en el papel jugado por la delegación anglosajona. Ver *El País*, 18-12-2005, p. 16. *ABC*, en cambio, se ponía del lado de Blair al inicio del semestre: para sobrevivir, Europa debía cambiar. La cabecera recordaba que muchos veían en el dinamismo y la pujanza de las Islas el ejemplo a seguir en el continente: “Quizá por eso se entienden los abucheos que cosechó Blair entre algunos eurodiputados, nostálgicos del caos, que aún miran con recelo el hecho de que sea Londres quien finalmente salve a la Unión de los excesos protagonizados por el eje franco-alemán, que pospuso la Agenda de Lisboa y debilitó el rigor presupuestario del Pacto de Estabilidad”. Ver *ABC*, 24-6-2005, p. 4. De ahí que, un par de jornadas después, el perfil de Emili J. Blanco sobre Blair llevase por título “Mesías de Europa”. Ver *ABC*, 26-6-2005, p. 64. Tras la cita clave de la presidencia — que el decano refería como la cumbre de Merkel, por el papel fundamental de la canciller— *ABC* reaccionaba limitándose a decir que, en el tema presupuestario, Blair había logrado salvar la cara. Ver *ABC*, 18-12-2005, p. 4. Enrique Serbeto, el corresponsal del diario en Bruselas, sí que haría una valoración del semestre comandado por el país de la *Union Jack*: “La presidencia británica que ahora concluye pasará a los anales comunitarios como una de las más cicateras que se recuerden. El primer ministro Tony Blair no se ha preocupado ni de disimular que todas sus decisiones estaban orientadas hacia los intereses británicos y no para preservar la conveniencia general de la Unión Europea, como se espera del país que ejerce la presidencia semestral”. Y, aún así, recordaba: “Blair es, guste o no en Bruselas, lo más europeísta que hay en el Reino Unido”. Ver *ABC*, 17-12-2005, p. 26.

<sup>912</sup> El 4 de junio, *The Spectator* abría en portada con “Reino Unido puede liberar a Europa” y, ya en su interior, Anthony Browne entendía que era el momento de una revolución británica en Bruselas. Ver *The Spectator*, 4-6-2005, p. 8. Para un análisis previo sobre el semestre presidido por los anglosajones: MATHIESON, D.: “Britain’s Presidency of the EU: all change or plus ça chance...?” en *ARI* (Análisis del Real Instituto Elcano), nº 114, 2005. Versión en español disponible en: [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/riecano\\_es/contenido/lut/p/a1/04\\_Sj9CPykyssy0xPLMnMz0vMAfGjzOKNQ1zcA73dDQ38\\_YKNDRwtfN1cnf2cDf1DjfuLsh0VAepxmvs!/?WCM\\_GLOBAL\\_CO NTEXT=/elcano/Elcano\\_es/Zonas\\_es/ARI%20114-2005](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/riecano_es/contenido/lut/p/a1/04_Sj9CPykyssy0xPLMnMz0vMAfGjzOKNQ1zcA73dDQ38_YKNDRwtfN1cnf2cDf1DjfuLsh0VAepxmvs!/?WCM_GLOBAL_CO NTEXT=/elcano/Elcano_es/Zonas_es/ARI%20114-2005) (17-9-2021, 10:27).

<sup>913</sup> Así lo expresaría el jefe del Tesoro el 22 de junio en Mansion House, donde —además de declararse un europeísta realista— haría alusión a cinco principales reformas: profundización del mercado único, menor peso de la PAC en el presupuesto comunitario, modernización de la dimensión social, aligerar la burocracia y reducir las barreras comerciales con América. Ver *The Independent*, 23-6-2005, p. 4.

rumbo —no solo por su habitual falta de compromiso con el Club sino también por las suspicacias que levantaba en determinadas capitales su receta económica— Tony Blair abriría el turno presidencial de su país autoproclamándose ante la Eurocámara como un europeísta apasionado<sup>914</sup>.

Con esa actitud de trasfondo, durante los próximos seis meses Reino Unido aspiraba, sobre todo, a impulsar un nuevo tipo de Europa —más preocupada por la competitividad que por cuestiones institucionales<sup>915</sup>— y a cerrar el acuerdo pendiente en materia presupuestaria. La victoria de Londres sobre París en la elección final de la sede que albergaría los Juegos Olímpicos de 2012 —conocida a principios de julio— no haría sino añadir una pizca de confianza —aunque fuese más bien simbólica— a la capacidad de la presidencia británica para cumplir con sus propósitos.

No obstante, y tras un inicio marcado por los sangrientos ataques terroristas que sacudirían el 7-J a la ciudad del Támesis<sup>916</sup> —de los que Al-Qaeda se haría responsable— el Gobierno anglosajón vería dificultado su objetivo de promover la agenda liberal entre sus socios al comprobar cómo la candidata conservadora a presidir Alemania, Angela Merkel —con un celo reformista muy del gusto de Blair— era incapaz de imponerse con solvencia en las federales del 18 de septiembre, viéndose obligada a establecer una coalición con los socialdemócratas de Schröder que reduciría su margen de maniobra para aliarse con Londres.

Pese a ello, la presidencia británica seguiría adelante con la reunión informal convocada para finales de octubre en Hampton Court, con la idea de que los líderes comunitarios debatiesen sobre la globalización —con la vista puesta en el ascenso de países como China e India— las reformas económicas, así como la seguridad interior y exterior de la Unión. Más allá de la utilidad de este ejercicio de reflexión para el futuro del proyecto

---

<sup>914</sup> Para consultar este discurso íntegro: [https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/CRE-6-2005-06-23-ITM-004\\_EN.html?redirect\(17-9-2021,13:29\)](https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/CRE-6-2005-06-23-ITM-004_EN.html?redirect(17-9-2021,13:29)). El propio Blair reconocería que este discurso lo había escrito de su puño y letra en su hotel de Bruselas. Citado en BLAIR, T.: op. cit., p. 538.

<sup>915</sup> COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 354.

<sup>916</sup> Estos ataques, que se cobrarían más de medio centenar de víctimas mortales, se producían mientras se celebraba la cumbre del G-8 en Reino Unido, que ejercía como anfitrión y colocaba sobre la mesa el aumento de la ayuda a África para favorecer su desarrollo económico y la lucha contra el cambio climático.

europeo<sup>917</sup>, el encuentro serviría para mejorar el ambiente entre los Veinticinco de cara a la cita clave del semestre: el Consejo Europeo de diciembre en Bruselas, donde debía certificarse el acuerdo presupuestario.

Downing Street encaraba la última cumbre del año sabiendo que tenía la llave para desbloquear la situación, lo que permitiría cerrar con brillo el turno de su país en el asiento presidencial. No obstante, para que así fuese Londres estaba obligada a flexibilizar su postura en la mesa de negociaciones, lo que pasaba por aceptar la revisión de su reembolso, de tal forma que ella también asumiese el coste de la última ampliación; una idea siniestra tanto para la prensa doméstica —que instaba a Blair a no rendirse<sup>918</sup>— como para Gordon Brown, que se negaba a verse salpicado por cualquier tipo de cesión del *premier*<sup>919</sup>. Y es que, tal y como reconocería el propio Blair, cuestionar el cheque en las Islas por aquel entonces era como presentar a Darwin a un ferviente creacionista<sup>920</sup>.

Pese a ello, el mandatario británico acabaría accediendo a un recorte modesto del *rebate* —así como a un ligero aumento del techo de gasto<sup>921</sup>— a cambio de que en el año 2009 la Comisión revisase todo el presupuesto comunitario, incluida la parte dedicada a la PAC<sup>922</sup>. Esta contrapartida —al no garantizar el recorte de los fondos agrícolas, sino simplemente su valoración— sería considerada como una traición tanto por la prensa euroescéptica como por los *tories*<sup>923</sup>.

---

<sup>917</sup> De esta reunión saldría la Agenda Hampton Court y, entre otras, se acordaría establecer un fondo para los perdedores de la globalización. Además del 7-J, el día 21 del mismo mes eran detenidas cuatro personas acusadas de planear un ataque similar que, milagrosamente, no se acabaría materializando.

<sup>918</sup> Como *The Spectator*, que titulaba así uno de sus editoriales en las jornadas previas. De hecho, esta publicación llegaba a plantear que, en caso de no conseguir sus objetivos en la negociación, Blair pusiese sobre la mesa la salida de Reino Unido de la UE: “¿Por qué no? La idea de que la Comunidad de los Seis nos hizo un favor admitiéndonos en 1973 nunca fue real. Pero ahora es evidente que el resto de la Unión nos necesita más a nosotros que nosotros a ellos”. Ver *The Spectator*, 3-12-2005, p. 3.

<sup>919</sup> Dado que ello podría lastrar la popularidad del Partido Laborista y, por ende, perjudicar al propio chancellor, que aspiraba a sustituir a Blair. Citado en CHUNG HEE, L.: *The UK's negotiation of its EU budget rebate*, Tesis doctoral, Universidad de Glasgow, 2011, p. 181.

<sup>920</sup> BLAIR, T.: op. cit., p. 535.

<sup>921</sup> Que, aún así, se situaba en el 1,045%, muy por debajo del 1,24 propuesto por la Comisión y menor que lo ofrecido por la presidencia luxemburguesa en junio.

<sup>922</sup> Para el *premier*, Londres pagaba así la parte que le correspondía de la ampliación. Ver *Hansard*, 19-12-2005. Disponible en: [https://publications.parliament.uk/pa/cm200506/cmhansrd/vo051219/debtext/51219-05.htm#51219-05\\_head0](https://publications.parliament.uk/pa/cm200506/cmhansrd/vo051219/debtext/51219-05.htm#51219-05_head0) (18-9-2021, 10:03). Para un acercamiento a la cuestión de la compensación británica: DE LA FUENTE SANTORCUATO, A.: “El sistema de recursos propios. La problemática de la compensación británica” en *Presupuesto y gasto público*, nº 52, 2008, pp. 157-72.

<sup>923</sup> Por ejemplo, el *Daily Telegraph* reaccionaba titulando su editorial “Blair pagará por su traición en Bruselas”. Ver *The Daily Telegraph*, 19-12-2005, p. 17. Por otro lado, para el ex líder conservador, William Hague, resultaba inaceptable que el Gobierno laborista hubiese tenido que mover millas su posición para lograr el consenso mientras a Francia le hubiese bastado con ceder un milímetro. Ver *The Independent*, 17-

Asimismo, Blair tampoco sería laureado por sus colegas en el continente, ya que, por un lado, la estrategia seguida por la delegación anglosajona irritaría a muchos —sobre todo a los miembros más novatos, que creían tener en Londres a un aliado sólido<sup>924</sup>— y, por otro, el pacto final tendría el sello de la nueva canciller, Angela Merkel, que recibiría los aplausos más sonados por su papel como mediadora en su primer Consejo Europeo.

Así pues, la presidencia británica no lograría sacar el rédito que quizá se podría esperar de un acuerdo que, en términos generales, suponía un buen cierre a otro año aciago para la UE<sup>925</sup>. Al margen de la valoración del semestre capitaneado por Reino Unido<sup>926</sup> —que coincidiría con la apertura de las negociaciones de adhesión de Turquía y Croacia<sup>927</sup>— lo cierto es que, al término del mismo, Tony Blair seguía encontrándose mucho más cómodo en el continente que en casa a la hora de hablar de Europa<sup>928</sup>.

Así se pondría de manifiesto el 20 de diciembre en su discurso de clausura de la presidencia ante la Eurocámara, que se haría célebre por sus palabras hacia el eurodiputado del UKIP, Nigel Farage, después de que este —a propósito de la cuestión presupuestaria— le recriminase al *premier* su debilidad a la hora de luchar por el interés nacional: ya era hora de abandonar la mentalidad de la Segunda Guerra Mundial. Corría el año 2005 y no 1945. Los europeos ya no se estaban peleando entre ellos<sup>929</sup>.

---

12-2005, p. 6. Para Rafael Ramos, desde *La Vanguardia*, Blair había logrado evitar el fracaso de la presidencia pero sin satisfacer a nadie y sin haber conseguido impulsar su agenda neoliberal. Además, el cronista dedicaba un comentario al recibimiento del acuerdo en un sector importante de los medios británicos: “La prensa conservadora de Londres trató ayer a Tony Blair sin piedad, como a un almirante Nelson que se hubiese rendido en Trafalgar o un duque de Wellington que hubiese alzado la bandera blanca en Waterloo”. Ver *La Vanguardia*, 18-12-2005, p. 7.

<sup>924</sup> El 5 de diciembre Londres lanzaba su posición de partida sobre los presupuestos, en la que salían malparados, sobre todo, los países recién incorporados a la Unión; algo paradójico, habida cuenta de que la oferta —luego revisada y mejorada— procedía del paladín de la ampliación.

<sup>925</sup> De acuerdo con Stephen Wall, este acuerdo no sería muy diferente al que Blair podría haber obtenido y rechazó en el mes de junio. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 254.

<sup>926</sup> Para una evaluación de la presidencia británica: WHITMAN, R.: “The UK Presidency: In the Hot Seat” en *Journal of Common Market Studies*, nº 1 (suplemento), vol. 44, 2006, pp. 57-62.

<sup>927</sup> En diciembre, además, Macedonia del Norte se convertía oficialmente en candidata a entrar en la familia comunitaria, mientras que en abril tanto Bulgaria como Rumanía firmaban el Tratado de Adhesión a la UE.

<sup>928</sup> Como diría en 2005 Brendan Donnelly, director del grupo de presión proeuropeo Federal Trust, lo mejor que se podía decir del Nuevo Laborismo hasta la fecha era que se había posicionado como un partido anti-europeo. Citado en DADDOW, O.: op. cit., 2011, p. 25.

<sup>929</sup> *Evening Standard*, 20-12-2005, p. 2.

En el plano doméstico, a Blair también se le recordaría por estas mismas fechas que 2005 ya no era 1997. Si en noviembre el Gobierno sufría su primera derrota en los Comunes desde la llegada del *New Labour* al poder<sup>930</sup> —en una clara muestra de la creciente merma de la autoridad del primer ministro— antes de terminar el año el Partido Conservador recuperaba la frescura y la esperanza perdidas en la última década tras elegir como nuevo líder a David Cameron<sup>931</sup>; un político londinense de 39 años que, en adelante, trataría de disputar el centro político al laborismo —y de agrandar la fractura entre Blair y Brown— lo que pasaba por despojar a los *tories* cuanto antes de la etiqueta de “partido antipático”.

Para ello, y al igual que sus dos últimos predecesores, en un principio *Dave* trataría de adoptar un perfil bajo respecto a Europa y centrarse en otros temas, aunque tarde o temprano tendría que cumplir con la promesa —contraída al acceder al liderazgo— de retirar a los suyos de la familia europea conservadora (PPE-DE)<sup>932</sup>; una medida que —además de amenazar con reavivar las disputas internas en torno a la Unión— podría poner en serio peligro la capacidad de influencia de los *tories* en el continente.

Por lo pronto, el año entrante —2006, que marcaba el cuarto de siglo de la entrada de Grecia así como el veinte aniversario de la adhesión de España y Portugal— se presentaba como uno de transición en el continente. Los líderes comunitarios acababan de acordar su primeras perspectivas financieras como bloque de veinticinco, lo que dejaba el camino expedito para abordar el rescate de la reforma institucional contenida en la moribunda Carta Magna. No obstante, esta tarea tendría que ser aplazada, como mínimo, hasta la primavera de 2007, una vez que los franceses eligiesen al sucesor de Jacques Chirac en el Elíseo y estuviesen en condiciones de participar plenamente en la arena de la política europea<sup>933</sup>.

---

<sup>930</sup> *La Vanguardia*, 10-11-2005, p. 13.

<sup>931</sup> Tras encumbrarse en la última conferencia del partido —que coincidía con el ochenta cumpleaños de la Dama de Hierro— David Cameron vencía ahora a un David Davis mucho más experimentado. *The Spectator* recibiría la victoria de Cameron con un editorial titulado “Aire fresco”. Ver *The Spectator*, 10-12-2005, p. 2.

<sup>932</sup> Esto es, del Partido Popular Europeo-Demócratas Europeos. Duncan Smith ya lo había intentado en su día pero sin éxito, dada la oposición de los eurodiputados *tories* a unirse a la Unión por la Europa de las Naciones (UEN), que contaba con miembros de la extrema derecha.

<sup>933</sup> COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 567.

De hecho, en junio de 2006, en la segunda cumbre del año<sup>934</sup>, los jefes de Estado y de Gobierno se limitarían a extender el periodo de reflexión —acordado doce meses antes como respuesta al resbalón del nuevo tratado en Francia y Holanda— y a establecer una fecha tope para el fin del *impasse*: a más tardar, el futuro de la reforma debería estar definido en el segundo semestre de 2008<sup>935</sup>.

La ausencia temporal de la cuestión europea en los titulares de los tabloides euroescépticos —y la posibilidad de que esta omisión se extendiese hasta después de la salida de Tony Blair— otorgaría a este último mayor libertad a la hora de hablar sobre el proyecto europeo; algo que haría a principios de febrero en la Universidad de Oxford<sup>936</sup>. Por un lado, Blair aprovecharía su discurso para mostrar su frustración por haber tenido que enfrentarse —al igual que sus predecesores— a un dilema que consideraba ridículo: si cooperaba en Bruselas, el *premier* era percibido como un traidor en las Islas; en cambio, si se comportaba de modo irracional era recibido con elogios. Pero, además, el jefe del *New Labour* también tendría un mensaje para sus socios continentales, que presentaría en forma de admonición: la UE sería global o no sería<sup>937</sup>.

Ciertamente, estas palabras sonaban a alegato final de un líder en retirada. Y es que el 2006 también estaba condenado a ser de transición en Reino Unido. Por mucho que Tony Blair lo presentase como un año de grandes decisiones<sup>938</sup> —prueba de que quería algo más de tiempo para culminar su obra como *premier*— Gordon Brown creía llegado su momento —al igual que el príncipe Carlos, que veía cómo su madre celebraba su ochenta cumpleaños sin visos de una cercana abdicación— y la izquierda del laborismo —contraria, sobre todo, a que el equipo de Blair ahondase la senda neoliberal y siguiese recortando libertades civiles en nombre de la seguridad— presionaba para que su jefe acelerase su marcha.

---

<sup>934</sup> En la primera, celebrada en Bruselas en el mes de marzo, la seguridad energética se convertía oficialmente en una de las prioridades de la política exterior de la Unión, estableciéndose unas bases —relacionadas con menores emisiones y mayores renovables— que serían perfiladas por Blair y Merkel en su encuentro previo de mediados de febrero.

<sup>935</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-10633-2006-REV-1/es/pdf> (21-9-2021, 10:15).

<sup>936</sup> Coincidiendo con el repunte de la crisis internacional abierta el pasado mes de septiembre por la publicación de unas caricaturas de Mahoma en un diario danés

<sup>937</sup> *The Independent*, 3-2-2006, p. 26.

<sup>938</sup> Así lo expondría el *premier* en su mensaje de Año Nuevo. Ver *La Vanguardia*, 1-1-2006, p. 5.

Asimismo, el nuevo líder conservador, David Cameron, se encontraba en plena fase de consolidación, tratando de confirmarse como el mejor representante de la nueva *Britannia*. Así se reflejaría en la declaración que lanzaría a finales de febrero —titulada “Built to last”<sup>939</sup>— para mostrar que los *tories*, ahora presentados como abiertos e inclusivos —a diferencia del UKIP, integrado mayormente por “excéntricos, locos y racistas encubiertos”<sup>940</sup>— habían regresado al centro del espectro político; una idea con la que no comulgaban muchos de los suyos, reacios a que el partido se desviase en exceso del *thatcherismo*.

Sin embargo, la estrategia de Cameron saldría reforzada en su primera prueba ante las urnas. A principios de mayo, el líder *tory* era el gran ganador de las municipales, en las que el Partido Laborista sufría su peor derrota desde 1971<sup>941</sup>. Este resultado precipitaría la remodelación del gabinete de Blair —que, entre otros, se llevaría por delante al jefe del Foreign Office, Jack Straw, sustituido por Margaret Beckett— pero, para muchos, el cargo que realmente urgía la renovar era el de primer ministro. De ahí que, en cuestión de horas, Tony Blair dejase de hablar de la posibilidad de agotar la legislatura y empezase a referirse a la necesidad de asegurar una transición ordenada que facilitase su entrega del poder<sup>942</sup>.

Durante los próximos meses la popularidad del Gobierno laborista no se recuperaría, de modo que Blair corría el riesgo de que —tal y como le había ocurrido a la Dama de Hierro en su día— fuese destronado por sus propios compañeros en vez de salir por su propio pie<sup>943</sup>.

---

<sup>939</sup> Esto es, “Construido para durar”.

<sup>940</sup> *The Independent*, 6-4-2006, p. 8. Estos adjetivos serían empleados por el propio líder *tory* a principios de abril. En sus memorias, Cameron se arrepentiría de ello, no porque no fuese verdad —creía que sí era el caso de algunos de sus miembros— sino por alienar a aquellos simpatizantes del UKIP a los que su partido estaba tratando de recuperar. Citado en CAMERON, D.: *For the Record*, Londres, William Collins, 2019, p. 512.

<sup>941</sup> *La Vanguardia*, 6-5-2006, p. 3.

<sup>942</sup> *La Vanguardia*, 9-5-2006, p. 4.

<sup>943</sup> De hecho, según una encuesta publicada por el diario *The Guardian*, el Partido Laborista obtenía los peores registros desde 1997, al distanciarse nueve puntos de los *tories*, que concentraban el 40% de la intención de voto. Ver *La Vanguardia*, 23-8-2006, p. 10. A ello no contribuiría que en plena crisis terrorista en las Islas, el *premier* estuviese de vacaciones en el Caribe, lo que parecía probar que había perdido el contacto con la realidad del país.

Ello explica que, a principios de septiembre, el *premier* hiciese público que la próxima sería su última conferencia como líder del partido, cediendo ante las voces que —cada vez con más fuerza— venían exigiendo su dimisión. No obstante, faltaba por definir la fecha exacta de su salida, así como el nombre del heredero. Aunque Gordon Brown tuviese todas las papeletas para ser el elegido, apenas unas semanas después —en el encuentro anual del Partido Laborista— Blair evitaría respaldarlo públicamente, añadiendo tensión a la guerra por la sucesión.

El ambiente de crisis que se respiraba en la formación gobernante no hacía sino jugar en favor de David Cameron, que veía cómo su victoria en unas generales resultaba cada vez más verosímil. Si la de Blair era su última reunión al frente del laborismo, la de *Dave* sería su primera como líder conservador; un evento en el que el ex alumno de Eton trataría de demostrar que el cambio que abanderaba no era solo de estilo, sino también de contenido. Dicho de otra manera, con él los *tories* cambiaban de imagen —incluido el logo del partido, que sustituía la antorcha por el árbol— pero también de ideas, ya que en adelante mostrarían mayor preocupación por la responsabilidad social, defenderían valores más liberales y estarían menos obsesionados por Europa.

Sobre esto último, Cameron —más euroescéptico que antieuropeísta— aprovecharía el congreso de los suyos en Bournemouth para pedir a sus compañeros que dejasen de dar la lata con la cuestión europea y se centrasen en los asuntos que más importaban a la ciudadanía<sup>944</sup>; unas palabras que, para su desgracia, nunca le abandonarían.

Pero, por ahora, la UE seguía en un segundo plano. De hecho, la última cumbre del año —en la que los Veinticinco expresarían su impaciencia por la falta de colaboración de Irán respecto a su programa de enriquecimiento de uranio— pasaría casi desapercibida<sup>945</sup>, haciendo justicia a un 2006 que, con toda seguridad, no ocuparía un lugar especial en la historia de la construcción europea.

Con más morbo concluiría el año en las Islas, donde hacia finales de noviembre fallecía por envenenamiento un oficial fugado del servicio secreto ruso —Alexander

---

<sup>944</sup> *The Independent*, 2-10-2006, p. 2.

<sup>945</sup> Para el corresponsal de *ABC* en Bruselas, Enrique Serbeto, la cumbre había sido una de las menos áridas y, al mismo tiempo, de las más estériles que se recordaban. Ver *ABC*, 16-12-2006, p. 56.

Litvinenko— y, poco después, salía a la luz la noticia de que Scotland Yard se había personado en Downing Street para interrogar a Tony Blair —en calidad de testigo— por la presunta financiación irregular de su partido, acusado de haber ofrecido cargos y títulos honoríficos a cambio de donaciones.

El 2007 estaba llamado a ser el año de la muerte política de Tony Blair y, al mismo tiempo, el de la resurrección del Tratado Constitucional. Respecto a la primera, aún no había fecha, aunque todo parecía indicar que el *premier* se retiraría una superase —en el mes de mayo— el umbral de la década en el poder. Por lo pronto, el escándalo de los títulos nobiliarios seguía minando la autoridad de Blair, incapaz de revertir la situación con el anuncio —hacia finales de febrero— de la progresiva retirada de tropas de Irak. De hecho, a las pocas semanas de comenzar la primavera, los sondeos situaban a David Cameron en condiciones de conseguir la mayoría en los próximos comicios<sup>946</sup>.

Por otro lado, la Unión —que, con la entrada de Bulgaria y Rumanía, completaba con cierta fatiga la quinta ampliación iniciada en mayo de 2004, erigiéndose ahora como un bloque de veintisiete<sup>947</sup>— aspiraba a sentar las bases con el impulso de la presidencia germana para que en 2009 —coincidiendo con las elecciones europeas— se ratificase un nuevo texto que preservase lo máximo del actual.

El deseo mayoritario de superar la crisis institucional de la UE se pondría de manifiesto en la Declaración de Berlín, suscrita con motivo del cincuenta aniversario de los Tratados de Roma<sup>948</sup>. En un ambiente de renovado optimismo, la idea era que en el mes de junio, una vez se conociese al sustituto de Jacques Chirac en el Elíseo, los líderes acordasen una hoja de ruta para salvar los aspectos más importantes del fallido experimento constitucional. La ilusión parecía regresar a la familia comunitaria. De hecho, se llegaba a hablar de cambio de ciclo e incluso de una posible refundación.

Estas mismas palabras parecían ajustarse a la realidad de la política británica a principios de mayo, tras el fuerte retroceso cosechado por el laborismo en las urnas. Además de

---

<sup>946</sup> *La Vanguardia*, 1-3-2007, p. 6.

<sup>947</sup> Además, con la entrada en el 2007 se unía la primera economía ex soviética a la zona euro, al incorporarse Eslovenia.

<sup>948</sup> Cabe destacar que unos días antes, en la cumbre celebrada los días 8 y 9 de marzo, los Veintisiete alcanzarían un acuerdo ambicioso sobre energía y cambio climático.

registrar pérdidas significativas a nivel municipal, el partido gobernante se dejaba la mayoría en el Parlamento de Gales y, por primera vez, se veía superado por los nacionalistas en Escocia<sup>949</sup>. Sin duda, una mala despedida para Tony Blair, que apenas lograría maquillarla unos días más tarde al conocerse el acuerdo entre republicanos y unionistas para formar Gobierno en el Ulster, poniendo fin al proceso de paz.

Horas después, en la jornada del 10 de mayo, el *premier* hacía público que su salida de Downing Street se produciría finalmente el 27 de junio. La marcha de Blair se estaba alargado demasiado y, dado el desgaste al que había arrastrado a los suyos en los últimos tiempos, Gordon Brown —al que nadie disputaría la sucesión— temía que fuese demasiado tarde para levantar el vuelo.

La despedida del líder laborista en las instituciones europeas sería más fructífera. En su última cumbre —la primera del conservador Nicolas Sarkozy tras su victoria en las presidenciales francesas<sup>950</sup>— los líderes comunitarios marcarían el camino hacia el nuevo tratado, poniendo fin a dos años de *impasse*<sup>951</sup>. Para ello, antes había sido necesario aplacar, sobre todo, la resistencia de la delegación polaca, que se negaba a dar su aquiescencia si no era reexaminado el nuevo sistema de doble mayoría contemplado en las votaciones del Consejo que no requiriesen unanimidad<sup>952</sup>.

Por su parte, el equipo de Blair había tratado de asegurar que la propuesta de reforma planteada por el Consejo Europeo revisase la figura del ministro de Exteriores<sup>953</sup> y garantizase tanto la exención de los británicos de la Carta de Derechos Fundamentales como el veto en las materias de justicia e interior, impuestos y seguridad social. Esto último, unido a los cambios formales consensuados por los Veintisiete —como la renuncia al término Constitución y, en general, a toda la simbología incluida en el anterior

---

<sup>949</sup> Se celebraban elecciones municipales en Inglaterra y Escocia, así como regionales en la propia Escocia y en Gales.

<sup>950</sup> Por primera vez, Tony Blair colgaba su felicitación al líder parisino en Youtube; un sitio web fundado en febrero de 2005 y que irrumpía ahora en la esfera política.

<sup>951</sup> Hasta la fecha, el Tratado Constitucional estaba pendiente de ser ratificado en siete países y había sido rechazado en dos por la vía del referéndum.

<sup>952</sup> Para desbloquear el veto de Varsovia se retrasaría el nuevo reparto de poder hasta el año 2017. Ver *La Vanguardia*, 24-6-2007, p. 3.

<sup>953</sup> Londres quería que se cambiase su denominación y que se rebajasen sus funciones, consiguiendo solo lo primero al renombrarse como Alto Representante, que contaría con un servicio exterior propio, sería vicepresidente de la Comisión y presidiría el Consejo de ministros de Exteriores de la UE.

texto— permitiría declarar a Tony Blair al término de la reunión que no sería necesario realizar una consulta en las Islas.

Por mucho que el nuevo tratado surgiese de una operación de rescate más que de reforma genuina<sup>954</sup>, para el Gobierno anglosajón el documento que ahora entraba en vías de negociación sería diferente —apenas un minitratado con un eminente carácter de enmienda— y, por tanto, era absurdo extender al mismo la vieja promesa de someter a referéndum la fallida Carta Magna<sup>955</sup>.

De esta forma, Blair ponía fin a su participación como *premier* en las instituciones comunitarias, donde a lo largo de los últimos diez años había conseguido hacer de Reino Unido un socio más influyente a pesar de su manifiesta incapacidad para superar la tradicional ambigüedad de sus compatriotas hacia el proyecto europeo<sup>956</sup>.

---

<sup>954</sup> Francisco Aldecoa y Mercedes Guinea hablarían de un rescate sustantivo de la Carta Magna, ya que el nuevo tratado sería como una Constitución sin nombre, en tanto en cuanto este último incorporaba la mayor parte de las aportaciones del Tratado Constitucional que hacían que este fuera calificado como Constitución. Ver ALDECOA, F. y GUINEA, M.: “El rescate sustancial de la Constitución Europea a través del Tratado de Lisboa: la salida del laberinto”, Real Instituto Elcano, documento de trabajo n° 9, 2008.

<sup>955</sup> *The Independent*, 26-6-2007, p. 6. Así pues, Tony Blair se iba habiendo prometido dos consultas populares sobre Europa que jamás tendrían lugar: una sobre el euro y otra sobre el Tratado Constitucional.

<sup>956</sup> COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 572. Hacia el final de su mandato, las encuestas del Eurobarómetro revelaban que se mantenía un alto nivel de insatisfacción respecto a la participación de Reino Unido en la UE. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 185. De aquí que, para Andrew Adonis, Tony Blair fuese un seguidor y no un líder en la cuestión europea. Citado en ADONIS, A.: op. cit., p. 184. Por otro lado, y de acuerdo con el mismo autor, el hecho de que el *premier* no activase el freno a la migración del Este en 2004, que no adoptase el euro y que normalizase las consultas populares resultaría clave a la hora de juzgar su papel en el *brexit*. Ver ADONIS, A.: op. cit., pp. 171-94. Sobre el tema del euro, Tony Blair recoge en sus memorias que él hubiese recomendado la adopción de la moneda única si en algún momento hubiese estado justificado desde el punto de vista económico. Por mucho que tratase de sonar positivo al respecto, tenía claro que sin un beneficio económico evidente no lograría vender el abandono de la libra a sus compatriotas. Citado en BLAIR, T.: op. cit., p. 537. Por todo ello, Oliver Daddow consideraría que el Nuevo Laborismo había fracasado a la hora de cumplir con sus aspiraciones europeas. Citado en DADDOW, O.: op. cit., 2011, p. 13. Para este mismo autor, tanto Blair como Brown tendrían dificultades para situar o contener el relato histórico en sus discursos sobre política exterior, lo que no ocurriría en su lucha por adaptar el relato sobre el pasado del laborismo. ¿Por qué? Principalmente porque, en general, los medios y el público británicos apoyaban la transición del *Old Labour* al *New Labour*, mientras que la transición del viejo al nuevo Reino Unido no les generaba el mismo entusiasmo. Citado en DADDOW, O.: op. cit., 2011, p. 181. Para Liddle, el hecho de que Blair dedicase solo doce páginas al Club de las setecientas que reunían sus memorias probaba que este no prestaba especial atención a su legado europeo. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 177.

La semana siguiente, el primer ministro más exitoso de la historia del *Labour* —tan criticado como respetado, sobre todo en el extranjero<sup>957</sup>— daba por terminada una era dorada iniciada en 1997 y que, para su desgracia y la de sus colegas, concluía sin un final tan dorado<sup>958</sup>. Su asiento en Downing Street —todavía caliente— sería ocupado por Gordon Brown, que —al igual que Anthony Eden al tomar el testigo de Churchill— cumplía un sueño que había llegado a convertirse en pesadilla por el largo tiempo de espera.

### 2.2.5 Larga espera para un corto reinado: Brown y el estallido de la crisis financiera

Desde el principio, el político de Glasgow debía tratar de resolver un dilema de difícil solución: cómo mostrar que era diferente a su predecesor sin perder el apoyo de quienes venían votando al laborismo solo por Blair<sup>959</sup>. Para ello, Brown empezaría por conformar un gabinete a su medida que no supusiese una ruptura con el equipo anterior, de tal forma que el nuevo Gobierno que encabezaba —en el que David Miliband, considerado como el delfín de Blair, ocuparía la cartera de Exteriores— pudiese representar el cambio y la continuidad al mismo tiempo.

En Bruselas, la llegada de Brown sería recibida con cierta aprensión, ya que durante sus más de diez años como *chancellor* el nuevo inquilino de Downing Street había demostrado que llevaba consigo el habitual euroescepticismo del Tesoro anglosajón<sup>960</sup>, si bien se esperaba más un cambio de estilo que de política<sup>961</sup>. Ciertamente, para el

---

<sup>957</sup> Prueba de la controversia que generaba en las Islas, una vez retirado Tony Blair sería incapaz de acudir al lanzamiento de sus propias memorias por los riesgos de seguridad. Citado en RICHARDS, S.: op. cit., pp. 220-21.

<sup>958</sup> Así lo expone Andrew Marr en el quinto capítulo ya citado —titulado “New Britannia”— de su documental “History of Modern Britain”. Y ello a pesar de que, para Anthony Seldon, la tercera legislatura de Blair sería la más exitosa, tanto por la reforma de los servicios públicos como por el progreso en la escena comunitaria. Citado en SELDON, A.: op. cit., pp. 647-48.

<sup>959</sup> RICHARDS, S.: op. cit., p. 263.

<sup>960</sup> LODGE, G. y SELDON, A.: *Brown at 10*, Londres, Biteback, 2010, p. 66.

<sup>961</sup> BLAIR, A.: *Britain and the World Since 1945*, Abingdon, Routledge, 2015, p. 150. Para Oliver Daddow, Brown iría más lejos que Blair a la hora de retratar a la UE no como un fin de la política exterior británica sino como un medio para crear un orden político-económico global. Citado en DADDOW, O.: op. cit., 2011, p. 251. A finales de octubre, Brown y Miliband publicarían el panfleto “Global Europe”: un acercamiento constructivo con, seguramente, más aspiraciones iniciales —promover la productividad y la competitividad, una dimensión social europea moderna, el aperturismo económico, etc.— que resultados finales. Ver BULMER, S.: op. cit., 2008, p. 606. Resulta interesante destacar el concepto de “supranacionalismo utilitario” presentado por Bulmer en esta publicación para referirse al acercamiento del *New Labour* hacia la construcción europea, que sufriría algunas modificaciones con la llegada de Brown al 10 de Downing Street.

*premier* la reforma del Tratado Constitucional —que ocuparía los primeros seis meses de su mandato— era una distracción irrelevante para las necesidades de los ciudadanos, preocupados por la sanidad, la educación y los asuntos de ley y orden.

En contra de lo que muchos podrían haber pronosticado, el inicio de Brown como primer ministro sería alentador. Beneficiado por su actuación en una serie de eventos dramáticos, como el atentado del 30 de junio en el aeropuerto de Glasgow o las fuertes inundaciones estivales, el nuevo líder laborista alcanzaría una inesperada popularidad a mediados de septiembre, llegando a generar cierta inquietud entre los *tories*, que dudaban sobre la necesidad de replantearse su estrategia<sup>962</sup>.

Sin embargo, la verdadera prueba de fuego para el Gobierno de Brown —que se extendería hasta el final de sus días— llegaría en este preciso instante, con las primeras turbulencias generadas por la crisis hipotecaria desatada en EE. UU. en el mes de agosto, que obligaría a algunos organismos como el BCE a ejecutar inyecciones de liquidez sin precedentes —tratando de evitar el colapso del sistema financiero— y que el 14 de septiembre se cobraría la primera víctima europea: la entidad británica Northern Rock, que tendría que ser intervenida por el Banco de Inglaterra. Las colas volvían a las Islas; esta vez para sacar los ahorros de las entidades financieras.

El temor a que esta situación empeorase, unido a la tendencia ascendente que venía registrando el partido gobernante en las encuestas, llevaría a Gordon Brown a sopesar la convocatoria de elecciones anticipadas: si alguien estaba preparado para hacer frente a una coyuntura económica adversa era él, a quien avalaba una gestión exitosa al frente del Tesoro.

Sin embargo, el *premier* se mostraría dubitativo y a principios de octubre acabaría echándose atrás, ofreciendo una imagen de pusilanimidad que tiraría por la borda el terreno ganado desde su llegada al poder. Para colmo, desde finales de noviembre y durante los próximos dos meses su equipo se vería salpicado por una serie de escándalos

---

<sup>962</sup> *La Vanguardia*, 14-9-2007, p. 8. A la altura del año 2007, los conservadores liderados por Cameron habían asumido parte de la agenda del *New Labour*, como los cambios constitucionales posteriores al 97, el salario mínimo —en vigor desde abril del 99— o la concesión de mayor prioridad al gasto en servicios públicos que al recorte de impuestos. Citado en KAVANAGH, D.: “The Blair premiership”, pp. 14-15 en SELDON, A.: op. cit.

que pondrían en tela de juicio la capacidad de Brown para remontar un contexto que se le había vuelto claramente desfavorable<sup>963</sup>.

En el ámbito comunitario, y para satisfacción de los Veinticinco, la segunda parte del año 2007 sufriría menos altibajos. Siguiendo las indicaciones del último Consejo Europeo, se había establecido una CIG para que, desde finales de julio, se encargase de elaborar con celeridad el “Tratado de reforma” que debía sustituir al texto constitucional<sup>964</sup>. Bastarían menos de tres meses para que los líderes comunitarios conociesen su forma final y diesen luz verde al documento resultante —el Tratado de Lisboa<sup>965</sup>— que sería firmado el 13 de diciembre en el monasterio de los Jerónimos de la capital lusa con el objetivo de que entrase en vigor el 1 de enero de 2009. En esta ocasión, la ceremonia rezumaba un grado de optimismo inexistente en junio de 2004 al rubricarse la Constitución *non nata*.

La nota discordante de la jornada sería protagonizada por Gordon Brown, que se retrasaría unas horas y acabaría firmando el nuevo texto en privado y, por tanto, sin los flashes de las cámaras. Sin duda, el *opt-out* más ridículo e inconsistente de todos los acumulados por Londres, ya que parecía como si el *premier* quisiese desmarcarse del mismo<sup>966</sup>.

Previamente, el líder laborista había dejado claro, en su deseo de burlar el referéndum en las Islas, que el “Tratado de reforma” protegía los intereses de Reino Unido<sup>967</sup>. Empero, haciendo gala de su visión instrumental de la UE, Brown decía basta a sus socios: el Club debía poner fin a las reformas institucionales —que no hacían más que alimentar su

---

<sup>963</sup> El 20 de noviembre el nuevo *chancellor*, Alistair Darling, confesaba la pérdida de datos de veinticinco millones de británicos, incluida la información bancaria. Poco después salían a la luz las supuestas donaciones encubiertas hechas al Partido Laborista y, ya hacia finales de enero, el ministro de Trabajo y de Asuntos de Gales, Peter Hain, se veía obligado a dimitir por otro escándalo financiero.

<sup>964</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

[https://www.consilium.europa.eu/ueDocs/cms\\_Data/docs/pressData/es/ec/94934.pdf](https://www.consilium.europa.eu/ueDocs/cms_Data/docs/pressData/es/ec/94934.pdf) (27-9-2021, 20:59).

<sup>965</sup> Este nuevo texto enmendaba el Tratado de la UE —léase Maastricht— y el ahora llamado Tratado de Funcionamiento de la UE —aquel que había establecido la CEE—.

<sup>966</sup> Seldon y Lodge lo califican como un completo desastre. Citado en LODGE, G. y SELDON, A.: op. cit., p. 70. Brown nunca supo muy bien qué pensaba sobre el Tratado de Lisboa más allá de percibir que recelaba de sus elementos supranacionales, en parte porque sabía que ello tampoco gustaba a la prensa anglosajona. Citado en LODGE, G. y SELDON, A.: op. cit., p. 68.

<sup>967</sup> En buena medida porque Londres conseguía una nueva cláusula de exención, ya que el nuevo tratado comunitarizaba las materias de cooperación policial, cooperación judicial en materia civil y penal, controles fronterizos, asilo e inmigración. Con Ámsterdam, buena parte del tercer pilar se había transferido al primero pero manteniéndose la unanimidad. Citado en BAR, A.: op. cit., p. 154.

ombliguismo— para centrarse en lo importante: dar una respuesta a cómo competir en la economía global<sup>968</sup>.

David Cameron, por su parte, había prometido a los suyos que en caso de ganar los próximos comicios el pueblo anglosajón sería consultado sobre el Tratado de Lisboa<sup>969</sup>. Realmente, el líder conservador quería decir que habría referéndum si, en el momento de confirmarse su victoria, el texto aún no había sido ratificado por los Veintisiete. La diferencia era sutil pero sustancial. En adelante, al obviar este matiz en muchas ocasiones, el jefe de los *tories* contribuiría a crear falsas expectativas; sobre todo entre sus colegas euroescépticos, que no iban a olvidar la promesa de *Dave*<sup>970</sup>.

Curiosamente, el partido más europeísta de los tres más distinguidos, los liberales — desde el 18 de diciembre liderados por Nick Clegg, partidario de que Reino Unido adoptase el euro— también defendían la celebración de una consulta popular, pero en su caso iban más lejos y planteaban que se preguntase directamente sobre la participación de Reino Unido en la UE, de tal forma que se produjese un debate que, en su opinión, era necesario<sup>971</sup>.

Por lo pronto, el proyecto europeo parecía haber recuperado la forma; al menos para los más europeístas. Y es que, además de rubricarse el Tratado de Lisboa, el año se cerraba con la adhesión de nueve países al Acuerdo de Schengen, lo que hacía de Europa un territorio más integrado<sup>972</sup>. Ahora bien, en el aspecto económico, el optimismo empezaba a quebrarse en las capitales de los Veintisiete<sup>973</sup>. Y lo peor no era tanto la crisis financiera *per se* como la incapacidad para prever sus consecuencias.

---

<sup>968</sup> *The Independent*, 18-10-2007, p. 2. De acuerdo con Stewart Wood, asesor de Brown para las relaciones con la UE, su visión de Europa no atendía a valores sino a algo más práctico: emplear la Unión para hacer frente a la globalización. Además, Brown estaba convencido de que el apoyo a la participación de Reino Unido en el proyecto europeo se basaba en la cuestión económica. Ver WOOD, S.: “Gordon Brown”, pp. 195-219 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>969</sup> Así lo expresaría en una pieza para el diario *The Sun* a finales de septiembre, ratificándolo poco después en la conferencia anual de los *tories*.

<sup>970</sup> Para Tim Shipman, esta sería la cuestión que calcificaría la desconfianza de los euroescépticos hacia Cameron. Citado en SHIPMAN, T.: *All Out War: The Full Story of Brexit*, Londres, William Collins, 2017, p. 7.

<sup>971</sup> De esta forma, el partido de los *Lib Dems* era la primera formación mayoritaria que apostaba por la consulta *in-out*.

<sup>972</sup> El 21 de diciembre de unían Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia y República Checa, ampliando a veinticuatro el número de Estados miembros adheridos a Schengen.

<sup>973</sup> De acuerdo con las estadísticas oficiales, en el año 2007 el estado de las finanzas públicas en la UE se encontraba en uno de sus mejores momentos en décadas. Citado en KERSHAW, I.: op. cit., p. 491.

El año 2008 iba a presenciar el final abrupto del crecimiento que, en mayor o menor medida, se venía disfrutando desde la mitad de los noventa a lo largo y ancho del continente europeo<sup>974</sup>. Este freno sería especialmente acusado en Reino Unido, que decía adiós a una época prolongada de crecimiento sostenido y no inflacionario debido a su particular dependencia de la banca y los servicios financieros, así como a su excesiva exposición a la economía estadounidense.

Consciente de que el elevado nivel de interdependencia alcanzado obligaba a acercar posturas a nivel intergubernamental para tratar de controlar la situación, Gordon Brown se reuniría a finales de enero con los líderes europeos del G-8 —esto es, Merkel, Prodi y Sarkozy— además de Barroso, con el objetivo de coordinar su respuesta ante la creciente inestabilidad de los mercados.

Pese al mensaje de calma lanzado por los cinco mandatarios —que trataban de transmitir confianza para mantener vivo tanto el crédito como el consumo, golpeados desde hacía unos meses<sup>975</sup>— a mediados de febrero el Gobierno británico anunciaba la nacionalización —en principio, temporal— de la entidad hipotecaria Northern Rock, al fracasar su intento de venta tras rescatarla el pasado mes de septiembre.

Dado que podría lesionar las normas comunitarias sobre la competencia, esta medida sería bastante controvertida<sup>976</sup>, llegando a escucharse voces que pedían la dimisión del *chancellor*, Alistair Darling. Además, el recurso a la nacionalización parecía más bien propio de los años setenta, al igual que la masiva inyección de liquidez realizada por el Banco de Inglaterra apenas dos meses más tarde, en la jornada del 21 de abril<sup>977</sup>.

No obstante, el problema más sensible para Downing Street sería el alza del coste de la vida, que —al igual que en otras latitudes— empezaba a notarse en los bolsillos de los británicos, afectados sobre todo por la pérdida de valor de la vivienda y por el

---

<sup>974</sup> KERSHAW, I.: op. cit., p. 459.

<sup>975</sup> *The Independent*, 30-1-2008, p. 12.

<sup>976</sup> De hecho, la Comisión Europea no tardaría en abrir una investigación al respecto.

<sup>977</sup> Ciertamente, este sería el mayor plan de rescate de la banca desde los años setenta. Ver *La Vanguardia*, 22-4-2008, p. 61.

encarecimiento de los alimentos y del combustible<sup>978</sup>. Ciertamente, se acercaba la posibilidad de caer en la estanflación, es decir, en la peligrosa dinámica de combinar crecimiento débil con precios altos.

Todo ello explica que en las municipales celebradas el 1 de mayo —el primer referéndum sobre la gestión del Gobierno de Brown— el laborismo cosechase sus peores resultados en cuatro décadas, cediendo incluso la prestigiosa alcaldía de Londres al candidato *tory*, Boris Johnson<sup>979</sup>. ¿Estaba condenado el *premier* a ser recordado como Gordon el Breve?

Realmente, al jefe laborista le salvaba no tener un sucesor claro ni un partido con hambre suficiente como para disputarle el liderazgo y abrir una crisis interna que podría resultar fatal para sus intereses electorales. No obstante, Brown apenas llevaba un año en el poder y su valía ya era cuestionada por propios y extraños. Además, sin el encanto de Tony Blair y con su imagen de buen gestor más cuestionada que nunca por el delicado estado de la economía, al político de Glasgow se le complicaba enmendar el desgaste del *New Labour*. De ahí que, a estas alturas, muchos apostasen por que Brown agotase la legislatura, de tal manera que ganase tiempo y fuese capaz de remontar.

También necesitaría más tiempo el Tratado de Lisboa para entrar en vigor, ya que el 12 de junio los irlandeses —los únicos de los Veintisiete que iban a ser consultados sobre el nuevo texto— mostrarían su oposición al mismo<sup>980</sup>. Gordon Brown, que había empezado el año con un tono más positivo hacia Europa tras unos primeros meses de mandato a la defensiva —coronados por el desplante en la firma de Lisboa— había logrado contrarrestar a principios de marzo la propuesta *tory* de celebrar un referéndum<sup>981</sup>. Ahora, tras conocerse el veredicto de sus vecinos, el *premier* se negaba a que emergiese de nuevo el debate sobre la consulta en las Islas<sup>982</sup> y, adhiriéndose a la opinión mayoritaria en las

---

<sup>978</sup> De ahí que fuese muy contestada —incluso por los propios laboristas— la decisión del Gobierno de eliminar, por estas fechas, la banda impositiva más baja —aquella establecida en el 10%— que favorecía a los menos pudientes.

<sup>979</sup> *La Vanguardia*, 3-5-2008, p. 3. La derrota sería casi tan dolorosa como la ocurrida el 24 de julio, cuando el *Labour* perdía la *by-election* en la circunscripción de Glasgow East, uno de sus feudos en Escocia y uno de sus escaños más seguros en todo el territorio británico.

<sup>980</sup> El rechazo obtendría el 53,4% de los votos y la participación se situaría en el 53,1%. Ver *La Vanguardia*, 14-6-2008, p. 3.

<sup>981</sup> Pese a la rebelión de diputados laboristas e incluso liberales, el Gobierno de Brown lograría imponerse con un resultado de 311-248. Ver *The Independent*, 6-3-2008, p. 6.

<sup>982</sup> Para David Cameron el Tratado de Lisboa estaba muerto tras lo ocurrido en Irlanda. Además, recordaba que este no era un documento que Londres quisiese o necesitase. De hecho, Gordon Brown estaba

capitales comunitarias, apostaba por seguir adelante, garantizando que Reino Unido — con el proceso de ratificación en una fase muy avanzada— no fallaría a sus socios<sup>983</sup>.

A principios de agosto, el foco mediático se dirigía a la Transcaucasia, donde estallaba un conflicto entre Rusia y Georgia por Osetia del Sur, a la que Tiflis seguía negando su independencia. No obstante, el verdadero *shock* del verano se produciría unas semanas más tarde al otro lado del Atlántico. El 7 de septiembre, el Gobierno estadounidense nacionalizaba las compañías hipotecarias Freddie Mac y Fannie Mae y, el 15 del mismo mes, se producía la quiebra de Lehman Brothers, convertida en el mayor símbolo de la crisis financiera mundial y, por ende, de las miserias del modelo capitalista, al dar fe de la gravedad de la situación.

Estos eventos coincidirían con un Gordon Brown en horas bajas, habiendo alcanzado poco antes el triste récord de convertirse en el primer ministro más impopular desde la II Guerra Mundial<sup>984</sup>. Con una posición política tan débil como la economía doméstica —y viendo cómo algunos de los suyos le abandonaban al tiempo que los *tories*, crecidos en las encuestas, exigían un adelanto electoral<sup>985</sup>— Brown decidiría coger el toro por los cuernos y dar un paso al frente: tratando de poner en valor su experiencia —en contraposición a David Cameron, al que afeaba su bisoñez— el *premier* remodelaba su gabinete y, acto seguido, en la jornada del 8 de octubre, lanzaba el mayor paquete de rescate de la historia del país, a sabiendas de que ello podría costarle el puesto<sup>986</sup>.

---

avergonzado de él y por eso lo había firmado en una habitación en solitario. Ver *The Independent*, 19-6-2008, p. 16.

<sup>983</sup> Con este mensaje se presentaría el líder laborista en la cumbre celebrada los días 18 y 19 de junio en Bruselas. En la primera jornada de la misma, la Cámara de los Lores daba luz verde al Tratado de Lisboa —tras no prosperar una enmienda *tory* que pedía retrasar hasta otoño la tercera lectura— y, acto seguido, se producía la sanción real, aunque la ratificación en las Islas tendría que esperar hasta mediados de julio —tras resolverse un recurso planteado por el multimillonario euroescéptico Stuart Wheeler— para hacerse oficial. Como recordaría Crowson, la nota dominante del debate parlamentario sobre el Tratado de Lisboa fue la manera relativamente apagada en la que fue llevado a cabo y cubierto. Seguramente porque la mayoría de Brown nunca estuvo amenazada, no se creó el revuelo que había acompañado al proceso de ratificación de Maastricht. Citado en CROWSON, N. J.: op. cit., p. 152.

<sup>984</sup> *La Vanguardia*, 26-7-2008, p. 4.

<sup>985</sup> A mediados de septiembre dimitía David Cairns, el primer alto cargo que se echaba a un lado por el liderazgo de Brown, y horas después lo hacía la ministra de Transporte, Ruth Kelly.

<sup>986</sup> En sus memorias, Brown señala que le había comentado a su esposa que estuviese lista para hacer las maletas ante la posibilidad de una salida repentina de Downing Street. Dado el creciente colapso de los mercados y la falta de confianza en la economía británica, si su plan fracasaba no tendría otra opción más que dimitir. Citado en BROWN, G.: op. cit., p. 316.

Con un importe de medio billón de euros, este movimiento —imitado días después por Washington— suponía, básicamente, la nacionalización parcial de los grandes bancos y el respaldo público a los préstamos interbancarios. Dado que la recesión parecía inminente, no se dudaba tanto de la necesidad de esta intervención como del *timing* y su posible eficacia, ya que se desconocía el alcance real de la deuda tóxica.

En los días previos, el mandatario británico se había vuelto a reunir con sus colegas europeos del G-8, mostrando su compromiso a actuar de forma urgente y coordinada para tratar de restablecer la calma en el sistema financiero. De ahí que el 12 de octubre, a instancias de un hiperactivo Sarkozy, el *premier* —interesado en que sus socios siguiesen su estela— fuese invitado a participar en la reunión extraordinaria del Eurogrupo en París<sup>987</sup>, que concluiría ofreciendo una renovada imagen de unidad —muy alejada del inicial sálvese quien pueda— al aceptar las tesis británicas y acordar un plan de acción concertada, respaldado tres días más tarde en Bruselas por los Veintisiete<sup>988</sup>.

De acuerdo con Brown —que estaba crecido por su papel de guía entre sus homólogos europeos, algo del todo inusual<sup>989</sup>— si se quería evitar que la crisis financiera desembocase en una depresión global había que ir más allá. La respuesta debía partir de un plan de recapitalización coordinado mundialmente: dado que el problema era global, también debía serlo la solución. De ahí que el líder laborista contemplase el G-20 como el foro más adecuado para gestionar la crisis, ya que representaba el 85% del PIB y el 90% del comercio mundiales; todo un símbolo del poder adquirido por los países emergentes y de la pérdida de peso relativo del Viejo Continente, que dejaba obsoleto el G-8.

Efectivamente —y para satisfacción de Brown— el G-20 acabaría siendo convocado los días 14 y 15 de noviembre en Washington, poco después de conocerse que el demócrata Barack Obama sería el sustituto de Bush en la Casa Blanca. Por primera vez, la reunión de este grupo estaría protagonizada por las máximas autoridades nacionales, que tendrían

---

<sup>987</sup> A estas alturas, la eurozona estaba conformada por quince miembros, después de que Malta y Chipre se adhiriesen con la entrada en 2008.

<sup>988</sup> Para Stephen Wall, la única vez que Gordon Brown, en calidad de *premier*, estaría a la altura de las circunstancias en lo referido a su visión global de la interdependencia. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 259.

<sup>989</sup> Curiosamente, el *premier* estaba actuando como tal ante un grupo al que había evitado unirse hasta en dos ocasiones. Citado en LODGE, G. y SELDON, A.: op. cit., p. 175.

una primera toma de contacto para, en adelante, trabajar conjuntamente de cara a la cita que se celebraría la próxima primavera en Londres, en la que se debería llegar a algún tipo de conclusión para impulsar entre todos la reactivación económica.

Sin duda, eran tiempos extraordinarios. Y no tardarían en llegar nuevas muestras de ello. Si el 24 de noviembre el Gobierno de Londres lanzaba un plan de choque que contradecía los propios cimientos del Nuevo Laborismo —al apostar por el aumento del gasto público<sup>990</sup>— a principios de diciembre el BCE bajaba los tipos de golpe un 0,75%. Dos actuaciones excepcionales vinculadas por la misma justificación: era necesario romper cuanto antes la tendencia negativa de los indicadores económicos.

Echando la vista atrás, en cuestión de meses Gordon Brown había conseguido renacer gracias a su rol preponderante en la respuesta internacional a la crisis. ¿Sería esta su salvación, su particular guerra de las Malvinas? Había que esperar, ya que todavía era pronto para conocer el impacto y la efectividad de sus medidas. Por lo pronto, el *premier* seguía moviéndose en arenas movedizas, dado que lo peor podría estar por llegar.

La UE, por su parte, había iniciado el año destacando la solidez de los fundamentos básicos de su economía y lo concluía reconociendo que estaba amenazada por la recesión<sup>991</sup>: un giro reflejado en el discurso de la propia Comisión Barroso, que despedía el 2008 presentando un plan de recuperación económica y llamando a los Estados miembros a no escatimar en gastos para reanimar sus economías<sup>992</sup>; sobre todo a Alemania, que a pesar de contar con superávit externo mantenía sus reservas a implementar un estímulo que pudiese disparar la deuda en exceso.

Al margen de la cuestión financiera, los temas de la energía y el clima seguirían ocupando el centro de la actividad comunitaria, con la vista puesta en la conferencia mundial sobre el cambio climático que se celebraría el próximo diciembre en Copenhague. Por otro lado, a nivel institucional, los socios europeos se comprometían con Dublín en la última cumbre

---

<sup>990</sup> *La Vanguardia*, 25-11-2008, p. 53.

<sup>991</sup> Para consultar las conclusiones de estas dos cumbres:  
<https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-7652-2008-INIT/es/pdf>  
<https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-17271-2008-INIT/es/pdf>  
(29-9-2021, 17:31).

<sup>992</sup> *La Vanguardia*, 27-11-2008, p. 55.

del año a ofrecerle las garantías jurídicas solicitadas respecto al Tratado de Lisboa, de tal manera que el *taoiseach* contase con mayores armas para asegurar la aprobación popular y el nuevo texto pudiese entrar en vigor antes de terminar el 2009.

En las Islas, el 2009 estaba llamado a ser año preelectoral, de modo que Gordon Brown necesitaba estabilizar cuanto antes la situación de la economía doméstica. Después de la intervención del pasado mes de octubre —con la que se pretendía frenar el colapso bancario, aun desconociéndose el verdadero alcance de los activos tóxicos— el *premier* lanzaría a principios de año dos nuevos planes de rescate: uno el 19 de enero para abrir el crédito y otro a finales de febrero, que suponía la creación virtual de un banco tóxico.

No era para menos. Entre ambas fechas, se hacía oficial que Reino Unido había entrado en recesión por primera vez desde 1991<sup>993</sup>. Y ya en marzo, el FMI echaba más leña al fuego al prever que, en cuestión de meses, se produciría la mayor contracción de la economía mundial en sesenta años<sup>994</sup>.

Para colmo, empezaban a asomar las consecuencias sociales de la crisis; a veces incluso adoptando tintes proteccionistas. Así ocurriría en una famosa protesta que tendría lugar en una refinería del norte de Inglaterra, en la que —poniéndose en cuestión el principio de libre circulación de la UE— se reclamaría con éxito la contratación de trabajadores locales en vez de europeos: tal y como había dicho el propio Brown en su día, los empleos británicos tenían que estar reservados para los ciudadanos británicos<sup>995</sup>.

Por todo ello, la cumbre del G-20 —fijada el 2 de abril en Londres— cobraba especial importancia para Downing Street, ya que de ella debía salir un plan global de recuperación y reforma. Además, en su calidad de anfitrión, Gordon Brown —que llevaría a cabo una actividad diplomática frenética en los meses previos— esperaba que un eventual éxito del encuentro reforzase su posición en casa.

---

<sup>993</sup> *La Vanguardia*, 24-1-2009, p. 62.

<sup>994</sup> LODGE, G. y SELDON, A.: op. cit., p. 220.

<sup>995</sup> Así lo expresaría el ahora *premier* en la conferencia anual del Partido Laborista de 2007.

Ello explica que, una vez celebrada la reunión, el líder laborista no escatimase en grandilocuencia: había nacido un nuevo orden mundial<sup>996</sup>. Más comedida sería la reacción general de los observadores, si bien es cierto que, al margen de cualquier valoración sobre los resultados, se había puesto en evidencia la capacidad de los líderes mundiales para encontrar puntos de acuerdo; como la decisión de otorgar mayor protagonismo al FMI, que vería triplicados sus fondos<sup>997</sup>.

Empero, el líder laborista sería incapaz de saborear su papel destacado en la cumbre. Y es que poco después, tras presentarse el nuevo presupuesto, la contracción de la economía anglosajona sería revisada al alza; una noticia que pondría en cuestión la política de estímulo imperante en Reino Unido y que haría dudar al pueblo británico sobre el estado real de las arcas públicas. Esta sensación de desconcierto sería rentabilizada por los *tories* en las encuestas, que ampliarían su ventaja hasta los diecinueve puntos: más por el desencanto con el Gobierno que por el entusiasmo hacia su partido, que, en cualquier caso, ya no asustaba tanto como antaño a pesar de carecer de una fórmula económica definida<sup>998</sup>.

Para más inri, a las puertas de los comicios europeos y locales de principios de junio, la agenda mediática estaría dominada por un escándalo sobre el uso indebido de los complementos salariales recibidos por los diputados británicos, incluido el propio *premier*<sup>999</sup>. Una cuestión indignante para la ciudadanía dado el particular contexto de crisis económica y que, inevitablemente, llevaba implícito un mensaje con gran carga destructiva: la clase política también participaba de la codicia mostrada por el mundo de la banca y las finanzas.

Esta sed de venganza haría que, de forma más acusada que de costumbre, las elecciones a la Eurocámara —además de las locales— se jugasen en clave interna, con la mirada de

---

<sup>996</sup> *La Vanguardia*, 3-4-2009, p. 48. Para Lodge y Seldon, este sería el punto álgido de la legislatura de Brown; no tanto por los resultados sino por la confianza generada. Citado en LODGE, G. y SELDON, A.: op. cit., p. 219. En retrospectiva, Brown consideraba que esta cumbre había trazado una línea hacia el futuro, al acordar una acción concertada que quizá fue la que salvó al mundo de una segunda gran depresión. Citado en BROWN, G.: op. cit., p. 344.

<sup>997</sup> El acuerdo estaba basado en cinco áreas: restablecimiento del crecimiento y el empleo, fortalecimiento de la supervisión financiera y la regulación, robustecimiento de las instituciones financieras globales, limitación del proteccionismo y promoción del comercio mundial y la inversión, y, por último, distribución justa y recuperación sostenible para todos. Ver *La Vanguardia*, 3-4-2009, p. 50.

<sup>998</sup> *The Independent*, 28-4-2009, p. 10.

<sup>999</sup> Brown había dedicado 9.000€ —pagados a su hermano— a la limpieza de un chalé en Escocia.

los electores dirigiéndose hacia Westminster. A nivel comunitario, los Veintisiete llegaban a esta cita con la cuestión económica en la cumbre de sus prioridades, después de unos meses en los que se habían mezclado las críticas a los instintos proteccionistas de algunos países, las disputas en torno a la necesidad de seguir estimulando la economía —tal y como defendía Londres, frente a una Alemania más prudente— y el temor a que se desatase una crisis en la eurozona, dado el elevado nivel de endeudamiento de países como Irlanda o Grecia.

Finalmente, en el que podría ser el último gran test antes de las generales —que, como máximo, tendrían lugar en junio de 2010— el Gobierno de Brown sufriría un desastre sin paliativos, al convertirse en la tercera fuerza política tanto en las locales —con el porcentaje de voto más bajo en un siglo<sup>1000</sup>— como en las europeas —siendo superada por el UKIP<sup>1001</sup>—. Antes incluso de conocer los resultados definitivos de estas últimas, el *premier* —que veía cómo en cuestión de horas le abandonaban algunos de los suyos— llevaba a cabo una remodelación de su Gobierno y advertía que no tiraría la toalla<sup>1002</sup>.

La que tampoco estaba dispuesta a tirar la toalla era la UE, que seguía insistiendo en sacar adelante la reforma institucional lanzada inicialmente en Laeken en diciembre de 2001 y ahora convenientemente retocada para facilitar su aprobación. En la primera cumbre tras los comicios —la misma en la que se ratificaría la continuidad de Barroso al frente de la Comisión— los líderes comunitarios cumplirían con Irlanda al ofrecerle las garantías jurídicas que había solicitado para conseguir en otoño, en un nuevo referéndum, el apoyo popular al Tratado de Lisboa<sup>1003</sup>.

Así acabaría ocurriendo en la jornada del 3 de octubre. Con el sí de los irlandeses, el proceso de ratificación se desbloqueaba en Polonia y la República Checa, los dos países que faltaban por poner su firma. Eso sí, el presidente checo, Vaclav Klaus, pondría un

---

<sup>1000</sup> *La Vanguardia*, 8-6-2009, p. 4.

<sup>1001</sup> Además, el Partido Nacional Británico —situado a la derecha de los conservadores— conseguía por primera vez representación en el Parlamento Europeo, sumando dos escaños.

<sup>1002</sup> *La Vanguardia*, 6-6-2009, p. 4.

<sup>1003</sup> Entre las preocupaciones de Dublín atendidas por los Veintisiete se encontraban la política fiscal, el derecho a la vida, la educación y la familia, la política tradicional de neutralidad militar y, por otra parte, la importancia concedida a determinadas cuestiones sociales, como los derechos de los trabajadores. Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-11225-2009-REV-2/es/pdf> (5-10-2021, 13:57).

precio a su rúbrica: eximir a Praga de la Carta de Derechos Fundamentales de la UE; una demanda que sería atendida por el Consejo Europeo a finales de octubre.

Una vez asegurada en los Veintisiete la ratificación del nuevo tratado —que entraría en vigor el 1 de diciembre— David Cameron reconocería que su campaña por el referéndum estaba agotada<sup>1004</sup>. Por mucho que el líder *tory* hubiese cumplido recientemente con su promesa de retirar a los suyos de la familia europea conservadora<sup>1005</sup>, la renuncia a la consulta sería interpretada como una traición por muchos de sus correligionarios<sup>1006</sup>.

De ahí que, para tratar de calmar los ánimos, Cameron anunciase la introducción del llamado “referendum lock” en cuanto alcanzase el poder: por imperativo legal, cualquier nueva competencia transferida a Bruselas debería contar con el asentimiento previo del pueblo anglosajón. Además, *Dave* se comprometía a defender al mismo tiempo la repatriación de algunos poderes, incluido el principio de primacía, por el cual las leyes comunitarias estaban por encima de las nacionales.

Ahora bien, el jefe de la oposición trataría de remarcar que, en caso de acceder al 10 de Downing Street, no querría perder energía peleándose con la UE: lo primero sería la recuperación económica<sup>1007</sup>. Precisamente, la receta para salir de la crisis presentada por él mismo unas semanas antes en la conferencia anual del partido —que parecía desenterrar la vía del thatcherismo al hacer hincapié en la necesidad de recortar— acabaría contribuyendo a reducir al término del año la cómoda ventaja de dos dígitos que venían disfrutando los *tories*<sup>1008</sup>, dando alas al partido gobernante, que no solo seguía dudando de su líder sino de su propia identidad; algo que no había resultado tan problemático cuando el viento soplaba a favor<sup>1009</sup>.

---

<sup>1004</sup> Así lo expresaría el 4 de noviembre en su discurso ante el St. Stephen’s Club.

<sup>1005</sup> Tras los comicios europeos, el Partido Conservador fundaba el Grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos junto a la formación checa Partido Democrático Cívico y a la polaca Ley y Justicia. En palabras de David Cameron, que trataba de desdramatizar la salida del PPE-DE, los *tories* dejaban de ser inquilinos descontentos para convertirse en felices vecinos. Ver *La Vanguardia*, 23-3-2009, p. 4.

<sup>1006</sup> SELDON, A. y SNOWDON, P.: *Cameron at 10*, Londres, William Collins, 2016, p. 166.

<sup>1007</sup> *The Independent*, 5-11-2009, p. 2.

<sup>1008</sup> BALE, T.: op. cit., p. 392.

<sup>1009</sup> Resulta interesante destacar que sería en esta época cuando el diario *The Sun*, el más influyente del país, decidiría abandonar a los laboristas y pedir el voto para los *tories*.

Si faltaban escasos meses para que se despejasen las dudas sobre el color político del próximo Gobierno británico, la UE —cumpliendo con lo dispuesto en el Tratado de Lisboa— no dejaría que terminase el año para cubrir los dos nuevos puestos que, en adelante, debían sumarse al equipo directivo del Club. Y lo haría apostando por dos personas de perfil bajo: el hasta entonces primer ministro belga, Herman Van Rompuy, estrenaba la presidencia permanente del Consejo Europeo, mientras que, por su parte, la baronesa Catherine Ashton —neófita en el campo de la diplomacia— se convertía en la primera alta representante, que a su vez llevaba implícita la vicepresidencia de la Comisión<sup>1010</sup>.

De esta forma se esperaba que la UE pudiese afrontar sus desafíos con mayor fortaleza y eficacia. Las sucesivas reuniones del G-20 —que estaban dejando anticuado a un G-8 más europeo— así como la nueva conferencia sobre el clima que se celebraría durante el mes de diciembre en Copenhague, pondrían de manifiesto tanto la creciente interdependencia mundial como la progresiva pérdida de peso del Viejo Continente. Eso sí, la solicitud de dos nuevos países a entrar en la familia comunitaria —Islandia y Serbia— demostraba que, pese a todo, el proyecto europeo seguía actuando como un polo de atracción.

Gordon Brown comenzaría el 2010 —año electoral— de la peor de las maneras posibles: con un complot interno para defenestrarlo y salvar al *Labour* de una más que probable derrota. Por mucho que la tentativa resultase fallida, la debilidad del *premier* volvía a quedar de manifiesto.

Sin embargo, Brown se vería favorecido poco después al conocerse que, si bien de forma raquítica, Reino Unido había logrado salir de la recesión<sup>1011</sup>. Además, a mediados de febrero, el candidato laborista trataba de apurar sus opciones a la reelección mostrando

---

<sup>1010</sup> Ashton había pasado de ser la líder de la Cámara de los Lores a sustituir a Peter Mandelson como comisaria de Comercio desde otoño de 2008. Antes había sonado el nombre de David Miliband para ocupar dicho puesto, rumoreándose también la posibilidad de que Tony Blair —que había llegado a ser respaldado públicamente por Gordon Brown— asumiese la presidencia del Consejo Europeo. Ciertamente, la gestión de este tema por parte del *premier* dejaría mucho que desear. De hecho, la delegación anglosajona no lograría hacerse con la cartera de Mercado Interior y Servicios Financieros, que quedaría en manos del francés Michel Barnier.

<sup>1011</sup> El país había crecido un 0,1% en el último trimestre. Ver *La Vanguardia*, 27-1-2010, p. 51.

su lado más humano en una entrevista concedida a Piers Morgan<sup>1012</sup>. Una encuesta de YouGov publicada a finales de mes ofrecía esperanza al político de Glasgow, ya que situaba al Partido Laborista a tan solo dos puntos de los *tories*, demostrando que —más allá de su precisión— la derecha no entusiasmaba en exceso<sup>1013</sup>.

Tampoco atraía demasiado la idea de un Gobierno conservador al otro lado del Canal, donde se temía que Cameron se comportase como lo había hecho Margaret Thatcher en sus últimos años. No obstante, la mirada de Bruselas estaba más centrada en Grecia, que amenazaba con precipitar la primera gran crisis de la eurozona. El 11 de febrero, dos días después de que el Parlamento Europeo diese luz verde a la segunda Comisión Barroso — y mientras la presidencia española estudiaba cómo superar la Estrategia de Lisboa— los líderes comunitarios se reunían de emergencia y, no sin reticencias, ofrecían su apoyo al país heleno en caso de que fuera necesario intervenir para estabilizar la zona euro.

Desde que el pasado mes de diciembre saliera a la luz el falseamiento de las estadísticas griegas —desatando un cruce de reproches entre Estados miembros que no tardaría en incluir viejos prejuicios— empezaría a aflorar un nivel de deuda que obligaría al país heleno a tomar medidas de urgencia; máxime al coincidir con un contexto en el que algunos socios europeos —capitaneados por Alemania— ya venían insistiendo en la necesidad de preparar la salida a los programas de estímulo y regresar al marco del Pacto de Estabilidad y Crecimiento<sup>1014</sup>.

A finales de marzo, el Consejo Europeo concretaba su ayuda a Atenas —con un papel importante del FMI— si bien se esperaba que no fuese necesario activarla. Sin embargo, en la jornada del 2 de mayo, tras meses de vacilaciones y con la deuda griega rebajada a bono basura, se acababa concediendo el préstamo al Gobierno de Papandreu, que a

---

<sup>1012</sup> *La Vanguardia*, 13-2-2010, p. 9. Ello sería contrarrestado poco después por David Cameron al anunciar su paternidad. Como decía Carlos Carnicero, “el Nuevo Laborismo había envejecido mal y el gesto torcido de Brown representaba la antítesis de la sonrisa amable del joven Blair de 1997”. Citado en CARNICERO, C.: “Un Reino Unido cada vez menos unido y más aislado” en *Política Exterior*, especial junio 2016, p. 70.

<sup>1013</sup> *La Vanguardia*, 3-3-2010, p. 8. Este recorte se producía a pesar de salir a la luz un extracto del libro de Andrew Rawnsley en el que se ponía en evidencia los abusos físicos y verbales del *premier*. No obstante, tanto la huelga desatada en las últimas semanas de marzo a propósito de las dificultades que atravesaba British Airways como un nuevo caso de corrupción vinculado a un ex miembro del equipo de Blair amenazaban con salpicar al Gobierno de Brown.

<sup>1014</sup> Así se había recogido en las conclusiones de la cumbre celebrada en Bruselas los días 10 y 11 de diciembre. Para consultarlas: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-6-2009-INIT/es/pdf> (7-10-2021, 9:52).

cambio se comprometía a implementar un riguroso paquete de ajuste. La Unión temblaba y, con ella, la eurozona. Se desconocía si el rescate sería suficiente y si, por otro lado, precipitaría un efecto dominó con potencial suficiente para arrastrar a otros países en dificultades.

### 2.2.6 El renacer de los *tories*: coalición por la austeridad

Donde se disiparía la incertidumbre sería en Reino Unido, que cuatro días más tarde tenía una cita con las urnas. Y ello a pesar de las dudas que plantearía el resultado: un *hung parliament* previsto por muchos y que obligaba a pactar, al no conceder la mayoría a ninguna formación<sup>1015</sup>; el perfecto reflejo de un país cansado del laborismo<sup>1016</sup>, todavía inseguro sobre los *tories*<sup>1017</sup> e intrigado pero en absoluto convencido por los liberales<sup>1018</sup>.

Dado que el Partido Conservador se había impuesto tanto en número de votos como de escaños<sup>1019</sup>, Cameron se encargaría de tomar la iniciativa, ofreciendo gobernar en conjunto a los *libdems*. En menos de una semana —y tras confirmarse el “sí quiero” de los liberales— Gordon Brown estaba fuera de Downing Street, permitiendo que, setenta años después, Reino Unido volviese a tener un Gobierno de coalición<sup>1020</sup>.

Universitat d'Alacant

---

<sup>1015</sup> Como diría Xavier Batalla desde las páginas de *La Vanguardia* —que recordaba que tres partidos en las Islas eran multitud— Reino Unido había hablado pero no se le había entendido del todo, dando lugar a la escena política más compleja de los últimos cuatro decenios. Ver *La Vanguardia*, 9-5-2010, p. 6.

<sup>1016</sup> Muchos recordarían ahora las palabras pronunciadas por Brown en mayo del 97, cuando afirmaba como ministro de Finanzas que la economía británica del futuro no debería construirse sobre las bases del ciclo expansión-parón. Aún así, durante los años del Nuevo Laborismo —dominados por una inflación baja y un crecimiento constante— la mayoría del país se haría más rica. El crecimiento medio se había situado en el 2,8% anual, el PIB per cápita sería superior al de Francia y Alemania, se registraría la segunda tasa más baja de desempleo en toda la Unión y, en términos reales, los salarios aumentarían en torno a un quinto. Citado en MARR, A.: op. cit., p. 388. Para el diario *ABC*, que hablaba del fin de una era en las Islas, si hubiera que comparar el papel histórico de Thatcher y Major con los trece años de laborismo, ni Tony Blair ni Gordon Brown —embarcados en la tercera vía— quedarían bien parados. Ver *ABC*, 7-5-2010, p. 4.

<sup>1017</sup> Cameron llevaba el concepto “Big Society” por bandera, tratando de desmarcarse del thatcherismo en tanto en cuanto él, aparte de creer en el individuo —y de recelar del Estado, como *Maggie*— también creía en la sociedad. No obstante, esta idea apenas tendría recorrido tras su llegada a Downing Street y la aplicación de la austeridad.

<sup>1018</sup> BALE, T.: op. cit., pp. 397-98. Hasta un tercio de los electores —una cifra récord— habían decidido votar por opciones distintas a los dos partidos tradicionales. Citado en CARNICERO, C.: op. cit., p. 71.

<sup>1019</sup> Los *tories* de Cameron superarían en 49 escaños a los laboristas de Brown, que registraban su segundo peor resultado desde 1918.

<sup>1020</sup> Como diría *El País* tras los comicios, dadas las particulares circunstancias de incontrolable volatilidad económica, lo deseable era saber cuanto antes quién mandaba en Reino Unido. Ver *El País*, 8-5-2010, p. 38.

Esta vez, el equipo entrante estaría encabezado por el joven dúo Cameron-Clegg —este último en calidad de vice primer ministro— flanqueado por figuras como George Osborne, a cargo del Tesoro, y William Hague, responsable del Foreign Office. En líneas generales, la acción del nuevo gabinete estaría guiada por dos principios básicos: la reducción del Estado —a través de un tijeretazo que lograrse reducir la deuda pública— y el refuerzo de las libertades civiles.

En el continente se esperaba que la presencia de los liberales templase el euroescepticismo de los *tories*, a pesar de que, en un primer momento, el partido anaranjado hubiese accedido a llevar en el programa de gobierno la celebración de un referéndum en caso de que fuesen transferidos nuevos poderes a Bruselas<sup>1021</sup>; una cuestión tan incómoda para Clegg como para el propio Cameron, pero que amenazaba con reavivarse dado el debate que estaba emergiendo en el seno de la UE sobre la gobernanza económica<sup>1022</sup>, tal y como comprobaría *Dave* a mediados de junio en su primer Consejo Europeo<sup>1023</sup>.

De hecho, después de que, tras lo ocurrido con Grecia, la UE decidiese enviar un mensaje de calma a los mercados estableciendo dos soluciones de urgencia —esto es, el Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF) y el Mecanismo Europeo de Estabilidad Financiera (MEEF), ambos temporales— a la vuelta del parón estival la canciller Angela Merkel —con la connivencia de su homólogo francés, Nicolas Sarkozy<sup>1024</sup>, y haciendo

---

<sup>1021</sup> La llamada European Union Act 2011 se introduciría en Westminster en noviembre y recibiría la sanción real en julio del año siguiente. Algunos creían que esta ley no ofrecía garantías suficientes, pero parecía evidente que, de haber cualquier cambio de calado en el proyecto europeo, si Londres no conseguía un nuevo *opt-out* tendría que celebrarse una consulta. Para un análisis crítico: MURKENS, J. E. K.: “The European Union Act 2011: A Failed Statute” en *TvCR*, núm. 4, vol. 3, octubre 2012, pp. 396-408. Por otro lado, cabe destacar que, de los once puntos sobre la UE recogidos en el acuerdo de coalición, todos menos uno eran negativos. Para ver el documento en su totalidad:

[https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment\\_data/file/78977/coalition\\_programme\\_for\\_government.pdf](https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/78977/coalition_programme_for_government.pdf) (7-10-2021, 13:15).

<sup>1022</sup> Pese a ello, durante los meses previos a los comicios, una serie de especialistas de Whitehall sobre Europa le habían dicho a Cameron que los siguientes cinco años no serían difíciles en el ámbito comunitario. Citado en SELDON, A. y SNOWDON, P.: op. cit., p. 165.

<sup>1023</sup> En esta reunión se adoptaría la Estrategia Europa 2020, dedicada al empleo y al crecimiento inteligente, sostenible e integrador. Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

<https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-13-2010-REV-1/es/pdf> (7-10-2021, 13:07).

<sup>1024</sup> Con quien se reuniría en octubre en la localidad normanda de Deauville, donde alcanzarían dicho acuerdo y otro que causaría gran revuelo: los acreedores privados también debían asumir su parte en los rescates.

valer la vía intergubernamental<sup>1025</sup> — planteaba que, si se quería contar con la solidaridad de los germanos a la hora de crear un fondo de rescate permanente para auxiliar a los Estados miembros en apuros, habría que recurrir a la reforma del Tratado de Lisboa, de tal forma que se garantizase jurídicamente el refuerzo de la disciplina presupuestaria.

Esta idea conseguiría el respaldo de todos los mandatarios europeos, incluido David Cameron, consciente de que a Londres le interesaba la estabilización de la zona euro; sobre todo después de que, el 21 de noviembre, Irlanda se convirtiese en la segunda víctima de la crisis de la deuda soberana al pedir el rescate. Eso sí, el *premier* trataría de asegurarse de que, a cambio de su apoyo a la creación del nuevo mecanismo, los contribuyentes británicos no tendrían que poner dinero de su bolsillo en los futuros *bailouts*, al margen de que lo hiciesen por su participación en el FMI.

El Gobierno británico había comenzado su mandato con una actitud constructiva hacia Europa, reconociendo la importancia de la Unión para su país a pesar de que su prioridad en el exterior fuese la reafirmación del estatus global de Reino Unido<sup>1026</sup>. No obstante, en las Islas se empezaba a temer que, a propósito de la profundización de la crisis económica, se recuperase la pulsión integracionista en algunas capitales, lo que arrastraría inevitablemente a Downing Street a abordar un tema que, además de parecerle innecesario, podría poner en peligro la propia supervivencia de la coalición<sup>1027</sup>.

De hecho, ya en octubre, David Cameron había recibido el primer aviso serio de los suyos sobre el potencial explosivo de la UE, al ser abordada en los Comunes la cuestión del presupuesto comunitario, el otro campo de batalla que venía dominando la escena comunitaria. Hasta un total de 37 diputados *tories* se desmarcaban de la línea oficial del partido, votando por una rebaja de la contribución nacional a la caja común.

---

<sup>1025</sup> Tal y como expresaría abiertamente Merkel en su discurso de noviembre en el Colegio de Europa de Brujas, en el que desmitificaría el método comunitario para proponer en su lugar el método de la Unión — esto es, la coordinación a través de los Estados, del Consejo—. Para consultar esta intervención íntegra: <https://archiv.bundesregierung.de/archiv-en/articles/speech-by-federal-chancellor-angela-merkel-at-the-opening-ceremony-of-the-61st-academic-year-of-the-college-of-europe-804002> (7-10-2021, 14:13).

<sup>1026</sup> Prueba de ello sería el discurso pronunciado por Hague el 1 de julio o el del propio *premier* en noviembre ante el Lord Mayor's Banquet. De hecho, Cameron lo expone abiertamente en sus memorias. Ver CAMERON, D.: op. cit., p. 144.

<sup>1027</sup> Como señalaba Liddle, en el año 2010 la causa europea era más impopular que a mediados de los noventa, con un apoyo creciente a la salida categórica; una tendencia magnificada por la crisis de la eurozona. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 182. De hecho, el *Daily Express* lanzaría en otoño de este mismo año la campaña "Get Britain out of Europe".

A finales de mes, Cameron —adhiriéndose a la posición mayoritaria— solo podría asegurar un aumento del presupuesto para el año 2011 inferior al pretendido por la Comisión y la Eurocámara, de modo que el *premier* —dirigiéndose de forma indirecta a sus compañeros rebeldes— regresaría a las Islas cantando victoria por acordarse entre los Veintisiete que el próximo marco financiero plurianual —correspondiente al periodo 2014-20— tendría un carácter restrictivo<sup>1028</sup>.

Este objetivo era coherente con la política de austeridad que venía aplicando el Gobierno anglosajón desde su llegada al poder. Un programa de ajuste del gasto público —el más pronunciado desde 1945<sup>1029</sup>— que los *tories* trataban de presentar como una cuestión de pura necesidad, en absoluto que ver con la ideología; algo de lo que, a partir del 25 de septiembre, les acusaría el nuevo líder del *Labour*, el socialdemócrata Ed Miliband, que lograba imponerse a su hermano David, el candidato del Nuevo Laborismo.

Aunque las protestas por los recortes en las Islas empezarían a coger ímpetu bien entrado el otoño —golpeando sobre todo a los liberales de Clegg, especialmente perjudicados por respaldar, en contra de lo defendido durante la campaña, el incremento del coste de las matrículas universitarias— reinaba la sensación —para muchos, inesperada— de que el experimento podría durar toda la legislatura, aunque el contexto de emergencia económica obligaba a ser cautos a la hora de hacer cualquier valoración.

Tras los programas iniciales de estímulo, e inmersos en la actualidad en un contexto de severos ajustes, los Estados miembros iniciarían el año 2011 reforzando en conjunto su artillería anticrisis —como el Semestre Europeo, que ahora echaba a andar para favorecer la coordinación y convergencia económicas de los países adscritos— obligados por la sombra de los ataques especulativos y por el escaso crecimiento. Muchos ligaban este último al excesivo rigor defendido por Alemania, que aún así seguía aspirando a que sus socios de la eurozona —en estos momentos conformada por diecisiete integrantes<sup>1030</sup>— se comprometiesen por ley a mantener bajo control su nivel de deuda pública.

---

<sup>1028</sup> *The Independent*, 30-10-2010, p. 18.

<sup>1029</sup> *La Vanguardia*, 21-10-2010, p. 3.

<sup>1030</sup> Tras la entrada de Eslovaquia en el año 2009 y la de Estonia desde 2011.

Pero la aceptación de las tesis germanas no se produciría sin generar fracturas ni cobrarse víctimas políticas dentro del Club. Así se pondría de manifiesto en Portugal durante los primeros meses del año, que presenciarían la caída del Gobierno socialista de José Sócrates por el rechazo de la Asamblea a aprobar su programa de reformas. Pese a ello, el primer ministro —aun estando en funciones— acabaría solicitando en abril el rescate financiero a la Unión, dos meses antes de abandonar el Palacio de São Bento tras su derrota en las urnas.

La nación lusa no era un caso aislado; y mucho menos en la Europa mediterránea. De hecho, antes de terminar el 2011, los españoles también apeaban del gobierno a la izquierda y tanto en Grecia como en Italia se instalaban en el poder los tecnócratas a instancias de Bruselas<sup>1031</sup>; en el caso heleno por la incapacidad de Papandreu para vender en casa el segundo rescate acordado con la troika —esto es, la Comisión, el BCE y el FMI— llegando a plantearse seriamente la posibilidad de que Atenas abandonase el euro e incluso la UE.

Mientras la eurozona trataba de sortear una crisis sin precedentes, al otro lado del Canal el Gobierno anglosajón presentaba a Reino Unido como ejemplo a la hora de implementar las reformas estructurales necesarias y trataba de marcar distancias con la zona euro —a la que acusaba de actuar como rémora para su propio crecimiento doméstico— asegurando que su país era más competitivo por el alcance de su recapitalización bancaria inicial y por la claridad de sus actuales planes fiscales. David Cameron no tenía reparo en calificar como “terrible idea” la hipótesis —cada vez más improbable— de que la vieja *Britannia* adoptase la moneda única<sup>1032</sup>.

El mismo calificativo que, seguramente, emplearía el *premier* al imaginarse una eventual salida de Escocia de Reino Unido, que desde principios de mayo parecería más verosímil tras la mayoría absoluta cosechada en los comicios autonómicos —de forma inédita— por el SNP de Alex Salmond, que llevaba en su programa una consulta sobre la

---

<sup>1031</sup> Papademos había sido vicepresidente del BCE y Mario Monti comisario europeo.

<sup>1032</sup> *La Vanguardia*, 25-6-2011, p. 56.

independencia<sup>1033</sup>; un asunto que no tardaría en colarse en lo alto de la agenda de Downing Street.

Con todo, el Gobierno de coalición cumplía su primer año de gestión en un buen estado de forma: sin visos de ruptura y ofreciendo una imagen de competencia. No obstante, a principios de verano el Ejecutivo tendría que enfrentarse a su primer gran desafío, al convocarse una huelga general —con motivo de las nuevas reformas sociales anunciadas<sup>1034</sup>— que paralizaría parcialmente el país. Esta jornada de reivindicación iría seguida, ya en agosto, de varios días de graves disturbios<sup>1035</sup>, produciéndose a finales de noviembre la mayor huelga en las Islas desde los tiempos de Margaret Thatcher.

Más allá de sus motivaciones, estas protestas simbolizaban el desencanto de una parte considerable de la sociedad con el *status quo*<sup>1036</sup>. Además, con esta oleada de contestación social, los británicos se sumaban al mensaje de protesta que, por causas muy diversas, había llegado unos meses antes procedente de lugares tan lejanos como el mundo árabe<sup>1037</sup> y tan cercanos como la España del 15-M.

#### 2.2.7 Un debate renovado: el lugar de Reino Unido en una Unión más integrada

Si quería prosperar, al proyecto europeo tampoco le valía el *status quo*, de modo que a lo largo de 2011 trataría de acelerar su respuesta a las dificultades de la eurozona. Si ya en marzo el Consejo Europeo daba luz verde al establecimiento del MEDE<sup>1038</sup> —con el objetivo de facilitar asistencia financiera a quien lo precisase a cambio de condiciones estrictas, de tal forma que no se pudiese en peligro la estabilidad de la moneda única—

---

<sup>1033</sup> También se celebrarían municipales en Inglaterra y autonómicas en Gales, dejando una buena sensación entre los *tories*, unos resultados humillantes para los liberales —que, para más inri, perdían el referéndum sobre la reforma electoral— y un sabor agrídulce en el Partido Laborista, sin una recuperación robusta.

<sup>1034</sup> Léase, entre otras, la ampliación de la edad de jubilación y la modificación del criterio para valorar las pensiones.

<sup>1035</sup> La chispa inicial sería la muerte de un joven abatido a tiros por la policía en Tottenham.

<sup>1036</sup> Con desencanto incluso hacia la prensa, que este verano veía mermada su credibilidad al destaparse las prácticas ilegales llevadas a cabo por las cabeceras del grupo News Corporation, propiedad de Murdoch. Este asunto traería cola y entre detenciones y dimisiones se cobraría numerosas víctimas, llegando a salpicar al propio Gobierno e incluso a Scotland Yard por su supuesta confabulación.

<sup>1037</sup> Que, en el caso de Libia, acabaría propiciando entre los meses de marzo y octubre una intervención militar liderada por París y Londres —con el respaldo de la ONU— en respuesta a la represión del Gobierno liderado por Muamar el Gadafi contra la población civil. Curiosamente, durante este periodo —en concreto, a principios de mayo— se conocía el fallecimiento de Bin Laden —el ideólogo del 11-S— tras una operación de las fuerzas especiales de EE. UU.

<sup>1038</sup> El tratado por el que se establecería el MEDE se firmaría el 2 de febrero de 2012.

hacia finales de año se revisaría el Pacto de Estabilidad y Crecimiento con un paquete de seis medidas para reforzar la gobernanza económica.

No obstante, la medida estrella —de cuya aprobación Alemania hacía depender su solidaridad y que, *a priori*, daría mayor confianza al BCE para desempeñar un papel más activo en la resolución de la crisis— era el pacto de disciplina fiscal, con el que se pretendía atar en corto el déficit público de los Estados participantes e imponer sanciones más severas a los incumplidores.

Si se quería emplear la vía comunitaria para hacerlo efectivo procedía acometer una reforma de los tratados, lo que obligaba a contar con el respaldo de los Veintisiete. En caso de no conseguirse, quienes desearan involucrarse en esta suerte de unión fiscal deberían firmar un tratado al margen de las instituciones.

Consciente de ello, David Cameron —que venía pidiendo a Bruselas la repatriación de poderes<sup>1039</sup>— acudiría a la cumbre del 9 de diciembre con la intención de obtener salvaguardas para Londres a cambio de garantizar su apoyo; sobre todo en materia de servicios financieros, ya que se temía que el llamado *fiscal compact* pudiese perjudicar a la City y, por tanto, comprometer su posición de privilegio.

Al no ser atendidas sus exigencias<sup>1040</sup> —y dada la incertidumbre que generaba el plan abanderado por el eje franco-alemán, cuyo éxito estaba todavía por probar— el *premier* haría valer su derecho de veto para impedir la enmienda de los tratados, aunque sería incapaz de evitar que el resto de sus homólogos —con la excepción del mandatario checo— acabasen rubricando por su cuenta un acuerdo intergubernamental: el Tratado

---

<sup>1039</sup> Como en un discurso pronunciado a mediados de noviembre, en el que también hablaría de la necesidad de remodelar la UE, de tal manera que tuviese la flexibilidad de una red y no la rigidez de un bloque. Ver *The Independent*, 15-11-2011, p. 5. Cabe recordar que el Gobierno de coalición se había comprometido a revisar el equilibrio de competencias entre su país y la UE; una tarea que sería iniciada en el verano de 2012 y cuyos trabajos terminarían a finales de 2014, concluyendo que, en términos generales —y a pesar de incluir posibles mejoras, así como advertencias para el futuro— dicho equilibrio era correcto. Citado en MILLER, V.: “The 1974-75 UK Renegotiation of EEC Membership and Referendum”, House of Commons Library, documento de trabajo nº 7253, 13 de julio de 2015, p. 9.

<sup>1040</sup> A lo que *Dave* se referiría en sus memorias como un error histórico de la UE —además de innecesario— por no haber sabido acomodar las diferencias planteadas por Londres. Citado en CAMERON, D.: op. cit., p. 338.

de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza<sup>1041</sup>. Una decisión inédita y del todo controvertida —a pesar del recibimiento triunfal que le merecería a Cameron<sup>1042</sup>— ya que, tal y como reconocería él mismo tras la reunión<sup>1043</sup>, marcaría un antes y un después en la relación de los británicos con el proceso de construcción europea<sup>1044</sup>.

Seguramente, en el desmarque del líder *tory* —criticado por Clegg *a posteriori*<sup>1045</sup>— habría pesado el temor a llevar el pacto fiscal a Westminster, parada obligatoria para

---

<sup>1041</sup> Oficialmente se conoce como Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza en la Unión Económica y Monetaria. En un principio, en el Consejo Europeo de diciembre, Hungría y Suecia —además de la República Checa— pedían consultarlo con sus respectivos parlamentos antes de dar su aprobación, que acabaría llegando poco más tarde. Habría que esperar a la cumbre de principios de marzo para que un total de veinticinco Estados miembros firmasen este tratado, que entraría en vigor el 1 de enero de 2013.

<sup>1042</sup> Que en cuestión de semanas se enfriaría —restando valor al supuesto veto de Londres— al conocerse que el *premier* cedía a que el *fiscal compact* pudiese hacer uso de las instituciones comunitarias, cuando en diciembre había llegado a cuestionar su legalidad. Ver *The Independent*, 1-2-2012, p. 2. Como diría Stephen Wall, con esta decisión Cameron pedía el lugar de honor hasta entonces ocupado por Margaret Thatcher en el panteón del euroescepticismo *tory*. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 271.

<sup>1043</sup> El *premier* reconocía que su decisión representaba un cambio, pero creía al mismo tiempo que no allanaría el camino hacia la salida. Ver *The Independent*, 10-12-2011, p. 2.

<sup>1044</sup> Para Ivan Rogers —entonces representante permanente de Reino Unido en la UE— esta reunión sería determinante para que Cameron decidiese plantear un referéndum y, por tanto, la que habría precipitado el *brexit*. Citado en ROGERS, I.: “David Cameron”, p. 231 en ADONIS, A.: op. cit. Así lo confirma el propio *Dave* en sus memorias. Ver CAMERON, D.: op. cit., pp. 401 y 405. De acuerdo con un sondeo que publicaría pocos días más tarde el diario *The Times*, el 57% de los encuestados —frente al 29% que opinaba lo contrario— creía que el *premier* había tomado la decisión correcta en Bruselas. Ver *La Vanguardia*, 13-12-2011, p. 3. El corresponsal de *La Vanguardia* en Londres, Rafael Ramos, lanzaba la siguiente advertencia tras la cumbre: “La perspectiva de que Cameron acuda a las elecciones del 2016 con el compromiso de un voto para redefinir la relación con Europa, y que los ciudadanos opten por abandonar el barco, no es en absoluto descabellada”. Ver *La Vanguardia*, 11-12-2011, p. 8. Tras tildar de temerario el descuelgue del *premier*, el propio diario catalán diría lo siguiente: “Cameron prefiere anteponer los intereses nacionales a los europeos, como si en la era de los poderosos mercados globales y los menguantes poderes estatales fuera capaz de defenderlos en solitario, al estilo de la Gran Bretaña victoriana que dominó el mundo”, sentenciaba. Ver *La Vanguardia*, 11-12-2011, p. 30 y *La Vanguardia*, 13-12-2011, p. 20. “Reino Unido se aísla de la nueva Europa”, abría *ABC* en portada tras la cumbre. Ya en su editorial —titulado “El fin de la Europa a veintisiete”— el decano anunciaba la apertura de un nuevo capítulo en la historia de la UE, “en el que ha quedado claro que hay muchos más países que apuestan por profundizar la integración continental que los que [como Reino Unido] prefieren quedarse anclados en el espejismo de la defensa de la soberanía nacional”. Ver *ABC*, 10-12-2011, p. 1 y *ABC*, 10-12-2011, p. 4. Al día siguiente, *ABC* volvía a referirse a la relación Londres-Bruselas desde su espacio editorial: “Por desgracia, es probable que el gran debate que se abrirá ahora necesariamente en Gran Bretaña no se organizará alrededor de los europeístas, sino de los euroescépticos, lo cual ya predispone en parte el resultado. Será un error si los británicos deciden involucrarse en el nacionalismo. Y aún peor si los demás europeos responden con la misma moneda”. Ver *ABC*, 11-12-2011, p. 4. “Nace la Europa sin Londres”, titulaba *El País* al término de la reunión en Bruselas. Ver *El País*, 10-12-2011, p. 1. Ya en su editorial, lamentaba la decisión de Cameron y ofrecía la siguiente reflexión: “No era admisible que Reino Unido jugara siempre dentro y al mismo tiempo fuera, sacando provecho del euro, pero sin estar en el euro. Ahora deberá tomar decisiones. Pero cualesquiera que sean afectarán más a los británicos que al resto de europeos, desprendidos de la losa de un socio que vivía de no dejar avanzar a los otros”. Consulta en: [https://elpais.com/internacional/2011/12/09/actualidad/1323467368\\_702986.html](https://elpais.com/internacional/2011/12/09/actualidad/1323467368_702986.html) (24-11-2021, 21:25).

<sup>1045</sup> El líder de los *libdems* expresaba su postura en el programa de Andrew Marr, viendo cómo muchos ponían en duda sus declaraciones al entender que había respaldado la postura del *premier* antes del Consejo Europeo. Aún así, unos días más tarde, en el debate en los Comunes donde Cameron expondría su autoproclamado veto, Clegg rechazaría sentarse a su lado en señal de protesta.

ratificar cualquier enmienda a los tratados. Y es que, sin ir más lejos, el pasado 24 de octubre —en un debate propiciado por una petición popular<sup>1046</sup>— sus propios diputados se habían encargado de resucitar la cuestión europea —aprovechando la crisis existencial que atravesaba el euro— y, de paso, poner en duda la autoridad de su jefe, al propiciar la mayor rebelión sobre Europa desde la II Guerra Mundial solicitando —en contra de la posición del partido— un referéndum sobre la relación entre Londres y Bruselas<sup>1047</sup>.

Si al término del 2011 uno echaba la vista atrás, no parecía casual que, precisamente en el año en el que se había puesto de manifiesto la severidad de la crisis de la eurozona, la salida del Reino Unido de la familia comunitaria ya no resultase tan descabellada<sup>1048</sup>. David Cameron había insistido en que no quería ver su mandato dominado por Europa, pero tras el último encontronazo con sus socios todo hacía presagiar que así sería: con una UE en plena transformación, Londres debía definir la naturaleza del vínculo que querría tener en adelante con sus vecinos continentales.

A comienzos del 2012, algunas encuestas situaban a *Dave* en su nivel más alto desde su llegada al poder<sup>1049</sup>; un buen augurio para afrontar un año en el que la vieja *Britannia* acogería citas tan importantes como los Juegos Olímpicos o el Jubileo de Diamante de la reina Isabel II. Sin embargo, la suerte del primer ministro empezaría a ir cuesta abajo con la llegada de la primavera.

---

<sup>1046</sup> En aras de la apertura, la coalición había prometido que si una petición alcanzaba las 100.000 firmas sería debatida en sede parlamentaria, tal y como ocurría ahora con el respaldo popular a la consulta sobre la participación en la UE.

<sup>1047</sup> En concreto, un total de 81 diputados se rebelaban al votar a favor de una moción que, además de no ser vinculante, tampoco prosperaría. Ver *The Independent*, 25-10-2011, p. 1. Pese a ello, David Cameron se dirigiría a ellos diciéndoles que compartía sus objetivos, aunque no su estrategia ni su calendario, y prometía tratar de reformar los términos de la relación. Ver *La Vanguardia*, 25-10-2011, p. 4. Para Tim Shipman, este sería el momento a partir del cual el referéndum sería inevitable. Citado en SHIPMAN, T.: op. cit., p. 7. Tal y como recordaría Ivan Rogers, la tramitación de leyes diseñadas específicamente para cauterizar las heridas de la eurozona y atajar las necesidades de la UE inflamaría a la opinión conservadora en Westminster, al entender que la zona euro se había convertido en un edificio en llamas y sin salidas, que podría estar al borde del colapso, necesitar ayuda urgente de su país y buscar un cambio en los tratados por su propio interés. De ahí que muchos apostasen por una consulta sobre la permanencia en la familia comunitaria. Citado en ROGERS, I.: “David Cameron”, p. 224 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>1048</sup> Como regla general en las Islas, tanto el Gobierno como el pueblo han solido ver el proyecto europeo de manera más favorable cuando las condiciones económicas en casa empeoraban y de forma menos favorable cuando la economía doméstica funcionaba bien. Citado en GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: op. cit., p. 233.

<sup>1049</sup> *La Vanguardia*, 29-1-2012, p. 19.

Sobre todo a raíz de que, el 21 de marzo, George Osborne presentase unos presupuestos que, más allá de su valoración técnica, convencería a muchos de que, definitivamente, los *tories* representaban a la clase privilegiada: de la misma forma que se bajaban los impuestos a las rentas más altas y a las empresas, el común de la ciudadanía se veía perjudicado por medidas tan hirientes como el incremento del gravamen sobre la comida caliente<sup>1050</sup>. Justo ahora que se cumplían tres décadas de la guerra de las Malvinas, parecía inevitable que algunos recuperasen la supuesta insensibilidad del *thatcherismo* para equipararla a la falta de compasión mostrada por el actual Gobierno.

Para colmo, la polémica desatada por el nuevo presupuesto coincidiría con el anuncio de que Reino Unido había vuelto a entrar en recesión; una noticia que iría acompañada, a su vez, de una serie de escándalos que salpicarían tanto al Partido Conservador como al propio Cameron, lo cual no haría sino contribuir a reforzar el tópico de que todos los políticos eran iguales<sup>1051</sup>. Todo ello influiría en la escasa participación registrada en las municipales de principios de mayo, en las que, por otra parte, el UKIP conseguiría atraer un porcentaje de voto en absoluto desdeñable. La señal de inconformidad era manifiesta.

Al otro lado del Canal, mientras el MEDE y el *fiscal compact* se encontraban en vías de ratificación, el debate comunitario —influido por la desconfianza que seguía generando la moneda única— se centraba ahora en la unión bancaria. Con el socialista François Hollande instalado en el Elíseo —después de batir a Sarkozy en las presidenciales del 6 de mayo— este proyecto sería lanzado por los líderes europeos a finales de junio, días después de que España y Chipre solicitasen auxilio<sup>1052</sup> y apenas un mes antes de que Mario Draghi —presidente del BCE desde el pasado noviembre— pronunciase su famoso “whatever it takes”, que actuaría como efecto balsámico en los mercados y acabaría marcando un punto de inflexión en la crisis de la deuda al dar paso a una política más intervencionista desde Frankfurt.

---

<sup>1050</sup> *La Vanguardia*, 22-3-2012, p. 53.

<sup>1051</sup> Entre estos escándalos se encontraba el caso de uno de los tesoreros de los *tories*, que ofrecía acceso a determinadas figuras del partido a cambio de donaciones. Cameron, por su parte, cometería un error no forzado al mentir públicamente sobre una cuestión banal y se vería cuestionado por su relación con el imperio mediático de Murdoch, al que se seguía investigando por el tema de las escuchas ilegales.

<sup>1052</sup> En el caso de España la ayuda se limitaba al saneamiento de la banca.

Para Londres, que apoyaba la unión bancaria siempre que no se contase con ella ni se viesen afectados sus intereses, este nuevo paso adelante —todavía por concretar— volvía a probar que la naturaleza de la UE estaba cambiando y, con ella, el lugar de los británicos en la misma<sup>1053</sup>. Así lo creían también cerca de un centenar de diputados *tories*, que —mientras David Cameron estaba en Bruselas— firmaban una carta en la que le pedían que convocase un referéndum sobre la cuestión europea. En un primer momento —y después de definirse como un euroescéptico sensato— el *premier* reaccionaría dejando la puerta entreabierto a la solicitud de sus correligionarios<sup>1054</sup>; un giro que se confirmaría a su regreso, al escribir en las páginas del *Telegraph* que las palabras Europa y referéndum podían ir juntas<sup>1055</sup>.

Al mismo tiempo que relajaba su inicial rechazo a la consulta —que, de celebrarse, iría precedida por el voto de los escoceses, al que el Gobierno de coalición daría base legal en octubre— el *premier* endurecía su retórica sobre la inmigración procedente de la UE, sugiriendo la posibilidad de restringir la llegada a las Islas de europeos procedentes de países con dificultades económicas<sup>1056</sup>. A pesar de ello, y de insistir en su deseo de representar al 100% de los británicos<sup>1057</sup>, en el mes de noviembre el Partido Conservador sufría su primera derrota parcial en quince años<sup>1058</sup> y veía cómo el UKIP se colaba en segunda posición en dos *by-elections*.

No había duda: David Cameron estaba bajo presión. Mayores incógnitas presentaba la lectura de los resultados electorales, aunque el sector más euroescéptico parecía tenerlo claro: había que escuchar al pueblo convocando cuanto antes un referéndum sobre la relación entre Londres y Bruselas<sup>1059</sup>.

---

<sup>1053</sup> Unos días antes de la cumbre, celebrada los días 28 y 29 de junio, Angela Merkel había declarado que se necesitaba más Europa, tanto a nivel monetario, como fiscal y político. Ver *La Vanguardia*, 8-6-2012, p. 3. En sus memorias, Cameron recordaba que esta reunión había reforzado la estrategia de la consulta que venía meditando. Citado en CAMERON, D.: op. cit., p. 410.

<sup>1054</sup> *The Independent*, 30-6-2012, p. 12.

<sup>1055</sup> Para consultar esta pieza en su integridad: <https://www.telegraph.co.uk/news/politics/david-cameron/9367479/David-Cameron-We-need-to-be-clear-about-the-best-way-of-getting-what-is-best-for-Britain.html> (12-10-2021, 18:02).

<sup>1056</sup> *La Vanguardia*, 4-7-2012, p. 4. Según datos de la Office for National Statistics, desde el último cuarto de este año se produciría un repunte considerable en la migración procedente de países de la eurozona sacudidos por la crisis. Citado en EVANS, G. y MENON, A.: op. cit., p. 8.

<sup>1057</sup> Así lo expresaría en el mes de octubre en la conferencia anual de los conservadores, pocas semanas después de que se produjese la primera remodelación del Gobierno. Ver *La Vanguardia*, 11-10-2012, p. 6.

<sup>1058</sup> *La Vanguardia*, 17-11-2012, p. 8.

<sup>1059</sup> En estos momentos, muchos creían que si Cameron no convocaba una consulta podría ver cuestionado su liderazgo. Citado en EVANS, G. y MENON, A.: op. cit., p. 9.

El *premier* no era ajeno a la fuerza de esta corriente. De hecho, unas semanas antes —en la previa a la celebración de una cumbre en Bruselas que debía acordar el marco financiero del periodo 2014-20— *Dave* había sido testigo de cómo un total de 53 diputados conservadores —ayudados por el *Labour*— propinaban a la coalición su primera derrota de la legislatura en los Comunes, al votar por el recorte en términos reales del presupuesto comunitario, en vez de apoyar la posición gubernamental, que defendía limitar el aumento a la subida de la inflación<sup>1060</sup>.

Aunque el Consejo Europeo acabaría aplazando a principios de 2013 la resolución del contencioso presupuestario, la actuación de David Cameron no solo sería recordada por su particular insistencia en aprobar unas cuentas austeras, sino por exigir —seguramente con un ojo puesto en la política doméstica— que la Unión predicase con el ejemplo y disminuyese su gasto administrativo<sup>1061</sup>.

Al no ver atendida esta última demanda, Cameron acusaría a Bruselas de vivir en un mundo paralelo<sup>1062</sup>; una crítica de la que, seguramente, se podrían apropiar los continentales para lanzarla de vuelta hacia las Islas. Sea como fuere, hacía tiempo que la niebla no era tan espesa en el canal de la Mancha, lo cual reafirmaba la condición isleña de la vieja *Britannia* y hacía más difícil la convivencia con sus vecinos.

Si en la jornada del 10 de diciembre el mandatario británico decidía ausentarse de la ceremonia en la que la UE recibía el Nobel de la Paz, tres días después —en la última cumbre del año— los líderes comunitarios daban luz verde a la hoja de ruta que debía llevar al perfeccionamiento de la UEM —y que tenía en el Mecanismo Único de Supervisión uno de los primeros pasos— al tiempo que Cameron ponía sobre la mesa que, a cambio de su apoyo a una mayor integración del euro, su país debía ser reacomodado en el Club, lo que pasaba por revisar los términos de su participación.

Curiosamente, el debate en las Islas sobre el proyecto europeo ya no viraba tanto en torno al dilema de adherirse o no a la profundización de la UE —como había sido habitual en

---

<sup>1060</sup> *The Independent*, 1-11-2012, p. 4.

<sup>1061</sup> *The Independent*, 23-11-2012, p. 19.

<sup>1062</sup> *The Independent*, 24-11-2012, p. 8.

fechas anteriores— sino más bien en torno a la disyuntiva de si la vieja *Britannia* debía mantenerse al margen de los avances integracionistas o, directamente, abandonar a su suerte a la familia comunitaria. Una idea, esta última, que muchos todavía temían pronunciar en público, aunque *Dave* dejaría claro en los Comunes —justo antes del receso navideño— que era una opción perfectamente imaginable<sup>1063</sup>; y es que, tal y como había asegurado recientemente William Hague, el desencanto de los británicos con la UE nunca había sido tan acusado<sup>1064</sup>.

#### 2.2.8 De Bloomberg al *brexit*

Precisamente, en la jornada del 23 de enero, David Cameron —que atravesaba un momento delicado por el creciente desgaste de su autoridad<sup>1065</sup>— se apoyaría en la merma del consentimiento democrático en las Islas hacia la Unión —a pesar de que las encuestas no situasen esta cuestión entre las principales preocupaciones de los británicos<sup>1066</sup>— para formalizar, desde la sede de Bloomberg, su promesa de convocar un referéndum sobre el proyecto europeo: si ganaba los comicios de 2015 negociaría con sus socios comunitarios unos nuevos términos para su país —todavía por definir pero de gran alcance, según el

---

<sup>1063</sup> *The Independent*, 18-12-2012, p. 8.

<sup>1064</sup> *The Independent*, 23-10-2012, p. 7.

<sup>1065</sup> El *premier* iba a remolque en las encuestas, venía de sumar tres trimestres consecutivos de contracción económica y, además, se empezaban a escuchar rumores sobre la posibilidad de que sus compañeros le retasen su liderazgo; y es que muchos de ellos no escondían el rechazo a su celo modernizador —reforzado por su alianza con los liberales— que le estaba llevando a defender iniciativas tan controvertidas en el seno del Partido Conservador como la aprobación del matrimonio homosexual —que se acabaría produciendo en julio de 2013— o la reforma de la Cámara de los Lores —que llegaría en mayo de 2014 aunque con mayor timidez de la esperada en un primer momento—.

<sup>1066</sup> RICHARDS, S.: op. cit., p. 342. Como diría Roger Liddle, no fue la opinión pública la que cambió la política de Cameron hacia Europa. Citado en LIDDLE, R.: op. cit., p. 203. Ahora bien, tal y como señalaba por aquel entonces el director de investigación política y social de YouGov, Joe Twyman, de haber una consulta sobre la permanencia la opinión pública apostaría claramente por la salida. En caso de plantearse el referéndum tras una renegociación previa, el sí a la familia comunitaria solo alcanzaría el 50%. Ver *The Independent*, 19-1-2013, p. 11. Goodwin y Milazzo, por su parte, valiéndose de una encuesta realizada por la British Social Attitudes Survey durante el periodo 1993-2014, concluían que, a la hora de preguntar a los británicos cuál debía ser la política de Reino Unido hacia la UE a largo plazo, la respuesta más popular era permanecer dentro pero reducir el poder de la misma. Citado en GOODWIN, M. y MILAZZO, C.: “Britain, the European Union and the Referendum: What Drives Euroscepticism?”, Informe de Chatham House, diciembre 2015, p. 5. Valiéndose de la misma fuente, pero durante el periodo 1992-2015, Bogdanor recuerda que solo en seis años menos de la mitad de los encuestados apostaría por la salida o por el debilitamiento del vínculo con Bruselas. Citado en BOGDANOR, V.: op. cit., p. 96. James Kirkup recordaba en las páginas del diario *The Times* que, en el momento de pronunciar su discurso en Bloomberg, solo el 6% de los británicos mencionaba el asunto de Europa como importante. Consultado en: <https://www.thetimes.co.uk/article/david-cameron-knew-the-eu-didn-t-matter-to-voters-9w9j83pbn> (25-10-2021, 10:50).

*premier*— antes de preguntar al pueblo anglosajón si, con el acuerdo extraído, deseaba permanecer o no en la UE<sup>1067</sup>.

Emulando en buena medida la estrategia seguida por Harold Wilson en la primera mitad de los setenta<sup>1068</sup>, Cameron declaraba que la posición de Reino Unido en la familia comunitaria era insostenible<sup>1069</sup>; unas palabras que coincidían, casualmente, con el cuarenta aniversario de la entrada de Londres en el Club<sup>1070</sup>. Aunque el *premier* tratase de presentar la reforma como un bien para los Veintiocho<sup>1071</sup> —dominando, de hecho, los argumentos positivos hacia la UE en su intervención<sup>1072</sup>— resultaba inevitable que muchos, desde la otra orilla del Canal, concluyesen que, una vez más, los británicos estaban pidiendo un trato de favor, reafirmando su particular incomodidad con el proceso de construcción europea<sup>1073</sup>.

---

<sup>1067</sup> Con esta nueva estrategia, el líder *tory* quería acomodar a Reino Unido a la nueva UE que emergía —sobre todo a raíz de la crisis de la eurozona— y, al mismo tiempo, cerrar la cuestión de una vez por todas en las Islas. Citado en CAMERON, D.: op. cit., p. 401. Cameron pedía un cambio basado en cinco cuestiones: competitividad, flexibilidad —incluyendo la exención de Londres del propósito de alcanzar “unión cada vez más estrecha”— competencias —que no se dirigiesen en una sola dirección, esto es, no solo hacia Bruselas— rendición de cuentas y equidad —los cambios futuros en la eurozona no debían perjudicar la integridad y equidad del mercado único—. Por otro lado, el *premier* estructuraba el discurso de la siguiente manera: primero planteaba los problemas de la UE con las reformas más necesarias y luego terminaba con las razones para la permanencia. Para consultar las palabras de Cameron en su integridad: <https://www.gov.uk/government/speeches/eu-speech-at-bloomberg> (19-10-2021, 9:02).

<sup>1068</sup> Justo ahora, cuando estaba a punto de cumplirse medio siglo de su elección como líder del Partido Laborista.

<sup>1069</sup> LIDDLE, R.: op. cit., p. 26. Días antes de pronunciar el discurso de Bloomberg, Cameron había declarado que la UE precisaba de menos unidad política y más músculo económico, ya que las economías europeas eran demasiado burocráticas y escleróticas. Ver *La Vanguardia*, 15-1-2013, p. 6.

<sup>1070</sup> Y con el fallecimiento de Margaret Thatcher, que se producía dos meses y medio después. En sus memorias, Cameron escribía que él estaba determinado a seguir los pasos de la Dama de Hierro, que nunca había temido hacer frente a las grandes cuestiones y que creía que la acción era mucho mejor que la apatía. Citado en CAMERON, D.: op. cit., p. 417.

<sup>1071</sup> Precisamente, el 11 de junio de este año se publicaba un informe del Commons Foreign Affairs Select Committee en el que se instaba al *premier* a plantear las reformas como un beneficio para toda la UE en vez de buscar un trato especial si quería tener mayores oportunidades para alcanzar un nuevo acuerdo. Ver *The Independent*, 11-6-2013, p. 12.

<sup>1072</sup> De ahí que Stephen Wall haya escrito que el discurso de Bloomberg parecía pronunciado por una persona que se había convencido de que, por muy insatisfactoria que fuese la UE, el interés de Londres estaba indudablemente en seguir formando parte de ella. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 281.

<sup>1073</sup> De acuerdo con Matthias Matthijs, Cameron habría perseguido cuatro objetivos con este discurso: atajar la amenaza del UKIP, neutralizar el creciente euroescepticismo en su partido, dejar a un lado la cuestión europea hasta la próxima legislatura e intentar presentar los problemas económicos del país como resultado no de sus medidas de austeridad sino de la crisis de la eurozona. Citado en MATTHIJS, M.: “David Cameron’s Dangerous Game: The Folly of Flirting With an EU Exit” en *Foreign Affairs*, nº 5, vol. 92, septiembre-octubre 2013, p. 11.

A pesar de que la cuestión migratoria estaría ausente en el discurso del líder *tory*<sup>1074</sup> — que había identificado como principales desafíos los problemas de la eurozona, la crisis europea de competitividad y la creciente distancia entre las instituciones y la ciudadanía— unos días más tarde trascendía que Downing Street estaba buscando fórmulas para endurecer las reglas sobre el acceso de los extranjeros a los servicios públicos y a las prestaciones sociales, al colarse en la agenda política la posibilidad de que búlgaros y rumanos llegasen en masa a las Islas a partir del próximo año, cuando expiraban los controles a su libertad de movimiento dentro de la UE<sup>1075</sup>.

Este tema se resistiría a abandonar la atención del Gobierno anglosajón y, en especial, de los *tories*, que comprobaban con especial inquietud cómo a pesar de venir endureciendo su actitud hacia la inmigración y de haber ofrecido una consulta sobre Europa, el apoyo al UKIP seguía avanzando a pasos agigantados: si el 28 de febrero lograba superarles en una *by-election* —viéndose relegados a la tercera posición— a principios de mayo, en las municipales de Inglaterra y Gales, la formación liderada por Farage se erigía, sin duda alguna, como el vencedor moral de la jornada.

Si bien estos resultados parecían esconder múltiples lecturas<sup>1076</sup> —como, por ejemplo, la desafección al Gobierno por no dar respuesta a las preocupaciones de la gente— los eurorrebelde *tories* veían en ellos la confirmación de que había que ser más expeditivo en la cuestión comunitaria: la promesa de Bloomberg resultaba insuficiente. De ahí que unas jornadas más tarde, mientras algunos miembros del Ejecutivo empezaban a

---

<sup>1074</sup> El *premier* no creía justificada la inclusión de este tema en su intervención de Bloomberg porque, por aquel entonces, la mayoría de migrantes procedían de fuera de la Unión, aunque reconoce que fue un error —no personal, sino colectivo— no haber dado más importancia con anterioridad al control de toda la inmigración. Citado en CAMERON, D.: op. cit., p. 412.

<sup>1075</sup> *The Independent*, 15-2-2013, p. 12.

<sup>1076</sup> Aunque el euroscepticismo fuese la causa más notoria del ascenso del UKIP cabe considerar otras como el descrédito del *establishment* con un sentimiento de alineación incluido, el descontento con la *devolution* por desatender a Inglaterra, las expectativas sombrías por la crisis económica y el aumento de la desigualdad, el choque cultural planteado por la inmigración, etc. En palabras del propio partido, “la UE es solo el mayor síntoma del verdadero problema: el robo de nuestra democracia por una élite política poderosa y remota que ha olvidado que su cometido es servir al pueblo”. Citado en BAGGINI, J.: *A very British populism*, Counterpoint, 2013, p. 57. Disponible en: [https://counterpoint.uk.com/wp-content/uploads/2018/04/507\\_CP\\_RRadical\\_UK\\_Web.pdf](https://counterpoint.uk.com/wp-content/uploads/2018/04/507_CP_RRadical_UK_Web.pdf) (20-10-2021, 16:01). En esta misma pieza, el autor expone los principales agravios que hacen surgir el populismo, presentes ya en Reino Unido desde finales de los ochenta: la sensación de falta de alternativas, la ausencia de debate abierto e intenso en el *mainstream*, y la sensación de no tener voz. Como diría con sorna Quentin Letts al referirse al comportamiento de los votantes británicos, incluso el burro más dócil deja de cooperar en algún momento tras ser golpeado de manera continuada. Citado en LETTS, Q.: *Patronising Bastards: How the Elites Betrayed Britain*, Londres, Constable, 2018, p. 4.

normalizar una hipotética salida del Club, más de un centenar de diputados conservadores desafiaban a su jefe en los Comunes exigiendo que se garantizase por ley la consulta, que querían que se celebrase cuanto antes<sup>1077</sup>.

David Cameron sabía que ceder ante la presión de los euroescépticos más acérrimos implicaría romper con sus socios de Gobierno —que se desmarcaban de una consulta considerada como inoportuna<sup>1078</sup>— de modo que el político londinense decidiría agarrarse al calendario establecido: en caso de ganar los próximos comicios, los británicos se pronunciarían sobre Europa antes de finalizar el año 17.

Sin embargo, el *premier* sí haría concesiones en materia migratoria<sup>1079</sup>, tratando de contrarrestar la sensación de alarma social que, azuzada por algunas cabeceras de gran influencia, se venía extendiendo por las Islas. De ahí que, antes de terminar el año, y con la mirada puesta en las personas procedentes de la Unión, *Dave* anunciase en las páginas del *Financial Times* nuevas reglas para contener el flujo de llegadas y evitar que se abusase del generoso sistema de protección británico<sup>1080</sup>, creyendo llegado el momento de revisar a nivel comunitario la libertad de movimiento; un principio que no debía ser sacrosanto<sup>1081</sup>.

Por mucho que esta idea pudiese sonar atractiva en algunas capitales —sobre todo en aquellas en las que resultaba inquietante el avance de la derecha extrema— las palabras de Cameron suponían un ataque directo a una de las principales señas de identidad del proyecto europeo, de modo que serían recibidas con muchos recelos en el continente.

---

<sup>1077</sup> Estos diputados desafiaban a su jefe por no incluir la ley sobre la consulta en el programa de gobierno de los próximos meses. Ver *The Independent*, 16-5-2013, p. 1. Más adelante, este mismo sector también levantaría la voz al conocer que el Gobierno, que a principios de julio se desmarcaba de un centenar de medidas comunitarias en materia de seguridad, justicia, ley y orden —una decisión que le correspondía tomar antes de mayo de 2014— acababa decidiendo adoptar 35 de ellas, como la orden europea de detención y entrega. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, pp. 267-68.

<sup>1078</sup> Clegg era partidario de llevar a cabo la política de “esperar y ver”, al entender que no tenía sentido preguntar a los británicos por una UE que todavía estaba debatiendo sobre su futuro y, en concreto, sobre el de la eurozona.

<sup>1079</sup> El 26 de marzo Cameron reconocía que habían sido unos blandengues con la inmigración —incluida aquella procedente de la Unión— pero que eso se había acabado. Ver *La Vanguardia*, 26-3-2013, p. 4.

<sup>1080</sup> Cameron pretendía poner freno al llamado “benefit tourism”, que la Comisión Barroso consideraba insignificante entre los migrantes procedentes del Club, al insistir en que estos eran mayoritariamente contribuyentes netos.

<sup>1081</sup> Para consultar este artículo íntegro: <https://www.ft.com/content/add36222-56be-11e3-ab12-00144feabdc0> (19-10-2021, 12:19).

La que sí parecía haber perdido el aura de infalibilidad en la familia comunitaria —a la que, desde el 1 de julio, se incorporaría Croacia<sup>1082</sup>— era la austeridad, cuestionada por muchos como única receta válida para atajar la crisis de deuda. Y es que, en el mes de febrero, unos días después de que se acordase el primer recorte del presupuesto comunitario de la historia —un hecho inédito que sería acogido con júbilo en Londres— salía a la luz la noticia de que la recesión en la eurozona se había agravado<sup>1083</sup>; algo difícil de digerir para muchos ciudadanos —sobre todo, para los más afectados por los recortes— ya que parecía confirmar sus dudas sobre el mérito de la política de ajuste que, a instancias de Bruselas, venían implementando sus gobernantes en los últimos tiempos en aras de la recuperación<sup>1084</sup>.

Ello explica que en la cumbre celebrada a mediados de marzo —coincidiendo con el inicio del pontificado del Papa Francisco— el Consejo Europeo reafirmase su compromiso de seguir adelante con los programas nacionales de reformas sin perder de vista el crecimiento, que ahora ocupaba un lugar preferente<sup>1085</sup>. Un giro que era modesto —la cercanía de las urnas en Alemania así lo recomendaba— pero que, al fin y al cabo, parecía marcar un cambio de tendencia, lo cual no sería óbice para que poco después — en un evento sin precedentes— Chipre tuviese que asumir una suerte de corralito para obtener la luz verde definitiva al rescate solicitado el año anterior.

Así las cosas, la casa del euro seguiría tratando de reforzar sus cimientos a lo largo de 2013. Una obra que había tardado en acometerse y que ahora progresaba poco a poco pero con paso firme, ya que se había asumido que tanto la insolvencia de un Estado como los aprietos de un gran banco dentro de la eurozona podrían arrastrar al resto y quebrar la estabilidad del área monetaria.

Con el efecto Draghi manteniendo todavía a raya la tensión financiera, el MEDE funcionando desde el pasado mes de octubre y el *fiscal compact* en vigor desde el inicio del año, la eurozona daría un nuevo paso adelante en la gobernanza económica durante

---

<sup>1082</sup> Zagreb había firmado el Tratado de Adhesión el 10 de diciembre de 2011.

<sup>1083</sup> *La Vanguardia*, 15-2-2013, p. 47.

<sup>1084</sup> En el mes de junio, los líderes comunitarios dedicaban una cumbre al desempleo juvenil, otro de los problemas sangrantes de la Unión. Y es que, a estas alturas, casi un cuarto de los parados en búsqueda de empleo con menos de veinticinco años no tenía trabajo. Ver *The Independent*, 28-6-2013, p. 38.

<sup>1085</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-23-2013-INIT/es/pdf> (19-10-2021, 13:06).

este curso con la aprobación del denominado *two-pack* —introducido en mayo para apuntalar el Pacto de Estabilidad y Crecimiento— y, a la par, seguiría avanzando hacia la unión bancaria, adoptando en otoño las normas para la creación de su primer pilar: el Mecanismo Único de Supervisión<sup>1086</sup>.

Así pues, la UE trataba de poner los medios para evitar una nueva recaída, cuando todavía era incapaz de superar la actual. A la eurozona le costaba desvincularse de la crisis al igual que a David Cameron de Europa. A principios de 2013, el *premier* había esperado que, con la convocatoria del referéndum, la cuestión europea fuese silenciada hasta la cita con las urnas. No obstante, al término del año parecía que si algo había conseguido era, justamente, todo lo contrario.

A principios de 2014 llegaría una nueva prueba de ello, al firmar 95 diputados *tories* una carta dirigida al *premier*, en la que le pedían que Westminster fuese dotado de poderes para vetar cualquier ley comunitaria futura e incluso para modificar algunas ya existentes<sup>1087</sup>. El apetito de los más euroescépticos parecía insaciable, pero Cameron no estaba dispuesto a cambiar el menú. De hecho, a mediados de marzo, al definir con más precisión las cuestiones que consideraba claves para la renegociación —incluyendo, ahora sí, el tema migratorio— *Dave* pediría a los suyos que no gritasen desde los márgenes para no entorpecer una tarea que requería tiempo y paciencia<sup>1088</sup>.

Sin embargo, los primeros compases del año 14 —que tenía reservada una cita con las urnas para renovar, por primera vez desde el estallido de la crisis de deuda soberana, la composición de la Eurocámara— no estarían marcados por las cuitas internas del conservadurismo anglosajón en torno a la UE ni por la aprobación, por importante que

---

<sup>1086</sup> Este mecanismo entraría en vigor el 4 de noviembre de 2014.

<sup>1087</sup> Para consultar la misiva en su integridad:

<https://www.telegraph.co.uk/news/politics/conservative/10566124/EU-veto-The-Tory-MPs-letter-to-David-Cameron.html> (20-10-2021, 11:45).

<sup>1088</sup> El *premier* llevaba a cabo este movimiento a través de las páginas del diario *The Telegraph*: <https://www.telegraph.co.uk/news/newstoppers/eureferendum/10700644/David-Cameron-the-EU-is-not-working-and-we-will-change-it.html> (20-10-2021, 11:55). Además de la citada cuestión migratoria —léase garantizar la libertad de movimiento para trabajar y no para disfrutar de prestaciones de forma gratuita— Cameron mencionaría los siguientes objetivos: nuevos controles al unirse nuevos países a la Unión; capacidad de que un grupo de parlamentos nacionales pudiese bloquear la legislación comunitaria; menos burocratización y mayor amplitud de mercados; liberar a Reino Unido de las interferencias innecesarias de las instituciones europeas, incluida la Convención Europea de Derechos Humanos; mayor descentralización; y, por último, desmarcar a Reino Unido del principio de una “unión cada vez más estrecha”.

fuese, del segundo pilar de la unión bancaria: esto es, el Mecanismo Único de Resolución, que abría el camino hacia la finalización de la misma<sup>1089</sup>.

El asunto que dominaría por estas fechas la agenda política y mediática sería el conflicto desatado en Ucrania el pasado mes de noviembre, a raíz de que la Rusia de Putin —temerosa de perder influencia en un territorio que actuaba como *buffer zone*— hubiese reaccionado a la firma de un texto que acercaba a Kiev a la UE, llevando al Gobierno ucraniano a dar marcha atrás y, en última instancia, contribuyendo a precipitar una revolución que le costaría el puesto a Victor Yanukovich y acabaría dividiendo el país: el Acuerdo de Asociación con Bruselas se acabaría formalizando en marzo, pero tanto la península de Crimea como la región oriental del Donbás —donde el sentimiento prorruso estaba muy extendido— se autoproclamarían independientes, enconando más todavía un contencioso sin visos de destensarse<sup>1090</sup>.

Sea como fuere, la crisis en suelo ucranio —en la que Moscú no tendría reparo en mostrar sus garras frente a una Unión más vacilante— dejaba al desnudo las limitaciones del proyecto europeo, reafirmando la imagen de vulnerabilidad que la familia comunitaria venía mostrando en los últimos tiempos, por mucho que, en el plano económico, las previsiones a corto-medio plazo apuntasen ahora hacia una consolidación del crecimiento<sup>1091</sup>.

Precisamente, esta sería la carta que trataría de jugar el Gobierno británico en la campaña de las elecciones europeas y municipales, previstas para el 22 de mayo. Aun sin dar por muerta la austeridad —prueba de que la recuperación todavía era frágil— la coalición sacaba pecho de una economía que crecía por encima de lo previsto y que presentaba unas cifras de inflación, déficit y paro más que aceptables<sup>1092</sup>.

---

<sup>1089</sup> Faltaba el tercer pilar, que resultaba más controvertido: el sistema europeo de garantía de depósitos.

<sup>1090</sup> Para Philip Stephens, la agresión rusa anulaba los cimientos del orden europeo de posguerra: la idea de que las fronteras del continente no podrían volver a cambiar por la fuerza de las armas. Citado en STEPHENS, P.: op. cit., p. 350.

<sup>1091</sup> Así se recogería en las conclusiones de la cumbre del mes de marzo. Para consultarlas: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-7-2014-REV-1/es/pdf> (20-10-2021, 12:51).

<sup>1092</sup> *La Vanguardia*, 20-3-2014, p. 8.

Pero la mejora de la salud económica de Reino Unido no bastaría para convencer a unos votantes que, tal y como venían prediciendo las encuestas, darían la victoria al UKIP en los comicios a la Eurocámara; la primera vez en la historia reciente que lo hacía un partido distinto a los dos principales en una contienda de carácter nacional<sup>1093</sup>.

El avance de las posiciones extremas en otros Estados miembros —como el sonado triunfo del Frente Nacional en Francia— demostraba que los resultados en las Islas no eran un caso aislado: el voto de protesta había sonado con más fuerza que nunca y ello obligaba a los más europeístas a reaccionar si no querían seguir dando alas al nacionalismo, el cobijo de un sector importante de la sociedad que se sentía desprotegido y que parecía haber perdido la esperanza tanto en la clase política doméstica como en las instituciones europeas. Presumiblemente, el *status quo* carecía de atractivo.

Sin duda alguna, el oscuro episodio ocurrido justo después de estos comicios no parecía la mejor forma de recuperar la confianza de los ciudadanos desencantados. Por primera vez —y en aras de la transparencia y la democracia— los distintos grupos políticos del Parlamento Europeo habían decidido elegir a sus candidatos a la Comisión antes de la cita con las urnas. No obstante, el Tratado de Lisboa no amparaba este procedimiento —conocido como *Spitzenkandidat*— sino que se limitaba a instar a los líderes comunitarios —quienes tenían la última palabra— a que su decisión —que ya no requería el consenso de los Veintiocho— reflejase los resultados de las elecciones. Así pues, la lucha de poder estaba servida.

David Cameron se negaba a aceptar el método de elección defendido por la Eurocámara, defendiendo a capa y espada la letra de la ley, que otorgaba al Consejo Europeo la prerrogativa de nombrar a la persona que debía presidir el Ejecutivo comunitario. Pero, además, el líder *tory* tenía otro motivo para negarse a aceptar el proceso de cabezas de lista: el candidato de la familia del centro-derecha en el Parlamento Europeo, la más

---

<sup>1093</sup> Algo que no sucedía desde principios del pasado siglo. Además, la formación de Farage se hacía con el 23% de los votos en las municipales celebradas ese mismo día en Inglaterra e Irlanda del Norte. Ver *La Vanguardia*, 24-5-2014, p. 21.

votada en los comicios, era Jean Claude Juncker; un político veterano que generaba muchos recelos en las Islas, donde se le relacionaba con el federalismo europeo<sup>1094</sup>.

Pese a los titubeos iniciales de Angela Merkel, la canciller acabaría cediendo y, hacia finales de junio, se confirmaba de forma definitiva la elección de Juncker como nuevo jefe del Berlaymont<sup>1095</sup>. Para Cameron, que se había ido quedando prácticamente solo en su rechazo<sup>1096</sup>, esta decisión no solo complicaba el desafío de persuadir a sus compatriotas de permanecer en la Unión —dado que no esperaba que el ex primer ministro luxemburgués accediese a conceder a Londres una reforma sustancial<sup>1097</sup>— sino que hacía que él mismo se replantease la posibilidad de defender dicha opción en la campaña del referéndum, por mucho que sus socios —para calmar los ánimos de la delegación anglosajona— se hubiesen comprometido por escrito a atender sus preocupaciones de cara a la renegociación<sup>1098</sup>.

El dirigente conservador se quedaba con un mal sabor de boca que desaparecería casi por completo a la vuelta del verano, al confirmarse que, por lo pronto, Escocia seguiría formando parte de Reino Unido: así lo quería, al menos, el 55% de los escoceses que habían decidido participar en el referéndum.

Gracias al triunfo del “Better Together”, *Dave* se aferraba a su cargo, que buscaría revalidar en cuestión de meses con renovada confianza. Tal y como reconocería un par de semanas después de la consulta —e inmediatamente después de que, ya con Philip Hammond en el Foreign Office<sup>1099</sup>, los Comunes respaldasen el bombardeo contra el Estado Islámico en Irak<sup>1100</sup>— que Escocia continuase ondeando la bandera de la *Union*

---

<sup>1094</sup> Pese a ello, el 9 de septiembre de 2015, en su primer discurso sobre el estado de la Unión, Juncker declararía que, si bien en circunstancias normales era un ferviente defensor del método comunitario, en tiempos de crisis no era nada purista. Para ver el discurso íntegro:

[https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/es/SPEECH\\_15\\_5614](https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/es/SPEECH_15_5614) (22-10-2021, 11:22).

<sup>1095</sup> El 30 de agosto se decidía el nombramiento de Donald Tusk y de Federica Mogherini como presidente del Consejo Europeo y como alta representante respectivamente.

<sup>1096</sup> En la votación final solo la Hungría de Viktor Orban se posicionaría junto a Londres en contra de la elección de Juncker.

<sup>1097</sup> De ahí que los partidarios de la salida en las Islas celebrasen como un triunfo propio el nombramiento de Juncker.

<sup>1098</sup> CAMERON, D.: op. cit., p. 519. Para consultar las conclusiones de esta cumbre:

<https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-79-2014-INIT/es/pdf> (20-10-2021, 16:31).

<sup>1099</sup> Tras la remodelación ministerial llevada a cabo a mediados de julio.

<sup>1100</sup> El año anterior, Westminster había negado al *premier* la autorización para unirse al ataque contra el Gobierno sirio liderado por Bashar al-Assad, acusado de emplear armas químicas contra su propia población en una guerra civil que se había iniciado en el año 2011.

*Jack* con más fuerza que la del *Saltire* le importaba mil veces más que la permanencia de su país en Europa, que era una cuestión de puro pragmatismo y no de corazón<sup>1101</sup>.

Cameron evitaba la fragmentación de la vieja *Britannia* pero, a pesar de ser más popular que Miliband y ver cómo el *Labour* era incapaz de rentabilizar con holgura el desgaste del Gobierno de coalición, se veía impotente para frenar el desmembramiento del Partido Conservador. Los diputados *tories* Douglas Carswell —en agosto— y Mark Reckless —en septiembre— desertaban al UKIP y lograban vencer sus correspondientes *by-elections*, dando voz por primera vez en Westminster a la formación de Farage, que seguía sacando rédito de su discurso anti-*establishment*.

Esta situación explica, en parte, el tono bronco que emplearía David Cameron en el Consejo Europeo de octubre, al ser discutido el dinero extra que le correspondía ingresar en la caja común a algunos países como el suyo, que veía revisada al alza su aportación por la mejora de su economía<sup>1102</sup>.

El *premier* ponía el grito en el cielo en un momento en el que necesitaba tener amigos en la mesa comunitaria; algo fundamental si quería tener éxito a la hora de reacomodar la posición de Reino Unido en el Club. Consciente de ello, el dirigente londinense adoptaría una actitud más conciliadora a finales de noviembre, en un discurso centrado en la reforma que buscaría en Bruselas en materia migratoria; un asunto que, a estas alturas, ya era identificado como el punto clave de la futura renegociación.

Si bien es cierto que, al menos a nivel retórico, no descartaba liderar la campaña del *leave* en el referéndum, Cameron ofrecía una imagen más amable y ya no hablaba de exigir a sus socios la restricción de la libertad de movimiento —tal y como parecía haber sugerido, con estratégica ambigüedad, en la conferencia anual de los *tories*— sino que planteaba, entre otras, la posibilidad de que se obligase a los migrantes procedentes de la UE a que esperasen cuatro años para tener derecho a solicitar determinadas prestaciones o que, en caso de no encontrar trabajo en seis meses, fuesen deportados<sup>1103</sup>.

---

<sup>1101</sup> *La Vanguardia*, 2-10-2014, p. 3.

<sup>1102</sup> *The Independent*, 25-10-2014, p. 1.

<sup>1103</sup> Para consultar este discurso íntegro: <https://www.bbc.com/news/uk-politics-30250299> (20-10-2021, 17:41).

Con estas palabras, el primer ministro británico buscaba, ante todo, silenciar el tema de la inmigración —y, de paso, la cuestión europea, que amenazaba con abrir una guerra civil interna en su partido— de tal manera que pudiese encarar la recta final hacia los comicios de la próxima primavera poniendo el foco en la economía; un área en la que la credibilidad de los *tories* era mayor<sup>1104</sup>.

Del mismo modo, el crecimiento y el empleo se situaban entre las prioridades más urgentes del nuevo Ejecutivo comunitario, que con el propósito de fomentarlos —sin que se dejasen de lado tanto el saneamiento presupuestario como la intensificación de las reformas estructurales— lanzaba un plan de inversiones al poco de tomar posesión. Este Fondo Europeo para Inversiones Estratégicas —más conocido como Plan Juncker— obtendría el respaldo de los Veintiocho en la última cumbre del año, con la idea de que a mediados de 2015 pudiese estar ya operativo<sup>1105</sup>.

No obstante, eran muchos los que depositaban sus mayores esperanzas en el BCE, que a estas alturas estaba valorando la posibilidad de llevar a cabo medidas de estímulo extraordinarias para neutralizar los bajos niveles de inflación que se venían registrando en la eurozona. Algunos dentro del Club temían que Frankfurt abandonase la ortodoxia; otros, en cambio, cruzaban los dedos para que Draghi interviniese, al entender que solo él tenía la llave para que la familia comunitaria dijese adiós, de una vez por todas, a la Gran Recesión.

Finalmente, el BCE acabaría cruzando el Rubicón en el mes de marzo. Tratando de cumplir con su mandato —esto es, mantener la estabilidad de precios— la máxima autoridad de la eurozona —ahora conformada por diecinueve Estados miembros<sup>1106</sup>— decidía emular a otras entidades como la Reserva Federal o el Banco de Inglaterra —que

---

<sup>1104</sup> Al *premier* le seguían persiguiendo unas palabras que había pronunciado en noviembre de 2010. Después de reconocer que el número de inmigrantes era inaceptablemente elevado, el líder *tory* aseguraría que su Gobierno mantendría el flujo anual por debajo de los 100.000; una cifra muy inferior a la registrada durante lo que restaría de legislatura. Ver *La Vanguardia*, 22-11-2010, p. 3. El UKIP, sin embargo, tenía las de ganar en este ámbito, ya que llevaba tiempo denunciando esta situación. De hecho, ya en su manifiesto de 2005 recogía que la migración comunitaria estaba en una situación de descontrol. Para consultar este programa electoral: [http://news.bbc.co.uk/2/shared/bsp/hi/pdfs/UKIP\\_uk\\_manifesto.pdf](http://news.bbc.co.uk/2/shared/bsp/hi/pdfs/UKIP_uk_manifesto.pdf) (20-10-2021, 23:44).

<sup>1105</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-237-2014-INIT/es/pdf> (20-10-2021, 23:48).

<sup>1106</sup> Letonia se había sumado en el año 14 y con la entrada en el 15 lo hacía también Lituania.

ya venían practicando el *quantitative easing*— lanzándose a la compra de bonos públicos a gran escala. Sin duda, la medida más agresiva de su historia.

Este giro operado desde Frankfurt llegaba en un momento especialmente sensible para la UE, que volvía a ser víctima del fundamentalismo islámico con la entrada en el nuevo año: si en enero atacaba en Francia —y, con especial crudeza, en la redacción de la revista satírica Charlie Hebdo— a mediados de febrero lo hacía en Dinamarca. La inseguridad se extendía por toda Europa, justo cuando en su flanco oriental se negociaba el restablecimiento de la paz en una Ucrania que seguía sangrando desde los días del Euromaidán<sup>1107</sup>.

Para colmo, la llegada de Syriza al poder en Grecia —aupada, sobre todo, por su promesa de renegociar las condiciones del último rescate y de acabar con la austeridad— volvía a poner sobre la mesa la posibilidad de que Atenas tuviese que abandonar la moneda única, demostrando que todavía era un espejismo hablar de recuperación. Todo parecía muy frágil.

Por si los frentes abiertos en la Unión fueran pocos, a partir de la primavera la cuestión migratoria se situaba en lo alto de la agenda comunitaria. Concretamente, a raíz del naufragio de un pesquero —el más grave de la historia reciente en el Mediterráneo— en el que viajaban alrededor de setecientas personas con poco más que su esperanza de poner pie en la tierra prometida. Solo veintiocho lo conseguirían, comprobando por sí mismos cómo su llegada despertaba los mejores y los peores instintos de una sociedad que, por múltiples motivos, se sentía en peligro.

Con este contexto de trasfondo, los británicos se dirigían a las urnas el 7 de mayo — exactamente siete décadas después del fin de la guerra en Europa— para confirmar o desmentir la previsión de las encuestas, que apuntaban a un nuevo *hung parliament* en las Islas<sup>1108</sup>. Nada más lejos de la realidad.

---

<sup>1107</sup> En el mes de febrero, Ucrania, Rusia, Francia y Alemania firmaban un acuerdo en Minsk para tratar de aliviar la guerra civil abierta en el este de Ucrania.

<sup>1108</sup> En 1992 ninguno de los tres partidos principales prometía un referéndum relacionado con Europa, ni con cualquier otro asunto. En 2015, sin embargo, todos ellos prometían consultas sobre la participación en el Club. Citado en WESTLAKE, M.: “The increasing inevitability of that referendum”, p. 10 en OUTHWAITE, W.: op. cit. Tanto el *Labour* como los *libdems* se presentaban a estos comicios garantizando que, de plantearse nuevas transferencias de poder a Bruselas, el pueblo británico tendría que pronunciarse

Contra todo pronóstico, David Cameron —que ya había anunciado que estas serían sus últimas elecciones como candidato *tory*— lograba la mayoría: mínima, sí, pero absoluta al fin y al cabo<sup>1109</sup>. Votando por la estabilidad, el pueblo anglosajón hacía suyo el refrán de que más valía malo conocido —que presumía de una economía doméstica ejemplar, aunque la realidad pareciese más gris<sup>1110</sup>— que bueno por conocer; sobre todo si, como creían muchos en Inglaterra, el voto al *Labour* —que se presentaba con un mensaje confuso— podría hacer que la gobernabilidad del país dependiese de los independentistas escoceses<sup>1111</sup>.

*Dave* —al que no pocos habían dado por muerto— era el gran vencedor, ya que de un plumazo se deshacía de Miliband —sustituido en septiembre por el veterano Jeremy Corbyn, que escoraría al partido a la izquierda y hacia un europeísmo mucho más descafeinado— Clegg —el gran derrotado por su complicidad con las políticas conservadoras— y Farage —quien, perjudicado por el *first-past-the-post*, presentaba su dimisión a pesar de atraer buena parte del voto de castigo—<sup>1112</sup>.

---

sobre la continuidad de su país en el Club. Respecto al euro, mientras el Partido Laborista afirmaba expresamente que no lo adoptarían, los liberales ni lo mencionaban. Para consultar ambos programas: [https://b.3cdn.net/labouruk/e0e65bbcfdd383c61f\\_mlbr0j2o6.pdf](https://b.3cdn.net/labouruk/e0e65bbcfdd383c61f_mlbr0j2o6.pdf); [https://d3n8a8pro7vhmx.cloudfront.net/libdems/pages/8907/attachments/original/1429028133/Liberal\\_Democrat\\_General\\_Election\\_Manifesto\\_2015.pdf?1429028133](https://d3n8a8pro7vhmx.cloudfront.net/libdems/pages/8907/attachments/original/1429028133/Liberal_Democrat_General_Election_Manifesto_2015.pdf?1429028133) (22-10-2021, 14:01).

<sup>1109</sup> Los resultados escondían un mensaje claro de los electores hacia los dos principales partidos, ya que el porcentaje de voto sumado entre ambos era el menor desde 1945. Citado en BLACK, J.: op. cit., p. 183.

<sup>1110</sup> En el mes de marzo, en la presentación de los últimos presupuestos antes de las elecciones, el Gobierno anunciaba con cierto triunfalismo que la era de la austeridad terminaría un poco antes de lo previsto y que en el año 2020 el gasto público recuperaría los niveles del 2000. Ver *La Vanguardia*, 19-3-2015, p. 13. Si los ingresos habían crecido en Londres tras 2010, los salarios en el resto del país se habían estancado. De hecho, los ingresos reales caerían un 10% entre 2007 y 2015. Consultado en:

<https://www.foreignaffairs.com/articles/europe/2017-06-23/brexit-vote-one-year-later> (25-10-2021, 15:38).

<sup>1111</sup> Para *La Vanguardia*, estaba claro que el triunfo de los conservadores era un voto mayoritario por la estabilidad política y, sobre todo, por la unidad del país. Ver *La Vanguardia*, 9-5-2015, p. 30. Por su parte, *ABC*, que no escondía su crítica a Cameron por jugar con los cimientos estratégicos de su país —tanto hacia dentro, en Escocia, como hacia fuera, en Europa, lo que podría resultar tan poco oportuno como desestabilizador— creía que la reelección del *premier* era una nueva prueba del sentido común de los británicos, de la que se debía tomar nota en España: “Los británicos entendieron que la salida de la crisis económica necesita continuidad política y que solo el Partido Conservador estaba en condiciones de facilitársela”. Ver *ABC*, 3-5-2015, p. 4 y *ABC*, 9-5-2015, p. 4. Para *El País*, las urnas afianzaban tanto la posición de Cameron como el bipartidismo anglosajón, pero ponían en peligro el futuro de Reino Unido en la UE. Ver *El País*, 9-5-2015, p. 30.

<sup>1112</sup> El UKIP lograba aglutinar el 12,6% de los votos; un resultado nada desdeñable que lo situaba en tercera posición, aunque, en la práctica, se traducía en la consecución de un solo escaño en los Comunes. Ver *La Vanguardia*, 9-5-2015, p. 4. La renuncia de Farage sería contestada por sus propios compañeros y, en adelante, la formación entraría en una fase de conflictos internos.

De ahí que, tratando de aprovechar el tirón, el *premier* decidiese acelerar el proceso y convocar el referéndum sobre la UE más pronto que tarde<sup>1113</sup>, poniéndose manos a la obra en búsqueda de un nuevo acuerdo que resultase atractivo para los más indecisos y permitiese dedicar lo que restase de legislatura a otros asuntos, de tal manera que el nuevo Gobierno —tratando de rematar, ahora en solitario, el programa reformista iniciado en 2010— pudiese cumplir con la promesa de devolver a Reino Unido su grandeza<sup>1114</sup>.

Tras la introducción de la European Union Referendum Bill —apenas tres semanas después de los comicios y mientras Cameron realizaba su primer *tour* por el continente— la delegación británica —encabezada por el propio *premier*— acudía a la capital comunitaria a finales de junio para presentar su caso —que todavía pecaba de falta de concreción— y dar por iniciadas las conversaciones técnicas entre Londres y Bruselas.

En este primer pulso oficial por el *brexit* en el seno del Consejo Europeo —que acordaba retomarlo en diciembre— Cameron se veía obligado a asumir que, al querer obtener un acuerdo con cierta premura, sería imposible que la reforma de los tratados —a la que obligaba el encaje legal de algunas de sus demandas— se produjese antes del referéndum<sup>1115</sup>. Este reconocimiento —o, si se prefiere, concesión— hacía más verosímil el rumor —muy extendido por esta época— de que Downing Street trataría de vender riesgos más que reformas para conseguir el sí de sus compatriotas a la permanencia<sup>1116</sup>.

El que ya estaba vendiendo riesgos, aunque en contra de su voluntad, era el proyecto europeo. A principios de verano, al mismo tiempo que se evitaba *in extremis* la salida de Grecia de la eurozona —gracias, en buena medida, al viraje del Gobierno de Alexis

---

<sup>1113</sup> GARNETT, M., MABON, S. y SMITH, R.: op. cit., p. 320. El *premier* ya había reconocido dicha intención a principios de año. Ver *La Vanguardia*, 5-1-2015, p. 4. En Downing Street no pasaba desapercibido que 2017 sería año electoral tanto Francia como Alemania. Además, tal y como recordaría más tarde Agata Gostyńska-Jakubowska, si los Veintiocho hubiesen acordado reabrir los tratados hubiese sido más difícil resistir la presión de los euroescépticos en los distintos países, que exigirían más cambios. Citado en GOSTYŃSKA-JAKUBOWSKA, A.: “Cameron’s EU reforms: will Europe buy them?” en Centre for European Reform, diciembre 2015, p. 13. El efecto dominó sí se produciría en el tema de las consultas, ya que tanto Holanda —sobre el acuerdo comercial de la UE con Ucrania— como Hungría —en torno a la migración— decidirían celebrar referéndums en 2016.

<sup>1114</sup> Así lo expresaba David Cameron tras conocerse los resultados desde las puertas del 10 de Downing Street. Ver *La Vanguardia*, 9-5-2015, p. 3. Unas palabras muy similares a las que, poco después, emplearía de forma recurrente Donald Trump, que el 16 de junio lanzaba oficialmente su candidatura para convertirse en el nuevo inquilino de la Casa Blanca.

<sup>1115</sup> Curiosamente, ahora era Londres la que defendía la revisión de los tratados; una posición nada habitual en ella.

<sup>1116</sup> *The Independent*, 27-6-2015, p. 10.

Tsipras, que se veía obligado a aceptar un tercer rescate que tanto este como sus conciudadanos habían rechazado con anterioridad<sup>1117</sup>— la Unión hacía frente a la mayor crisis de refugiados desde la II Guerra Mundial<sup>1118</sup> —sobre todo por la llegada de sirios que huían de la guerra por la ruta del Mediterráneo Oriental<sup>1119</sup>— poniendo a prueba no solo el acuerdo de Schengen de fronteras abiertas, sino también la capacidad y la solidaridad de los Veintiocho para acoger a tantas personas en tan poco tiempo.

Si la crisis económica había abierto el seno del Club una brecha norte-sur entre acreedores y deudores, no tardaría en otearse otra —fundamentalmente este-oeste— entre quienes deseaban cooperar —ya fuera asumiendo su parte en la distribución de cuotas propuesta por la Comisión o favoreciendo el avance hacia una respuesta común— y los que no<sup>1120</sup>.

El Gobierno anglosajón —muy celoso del *opt-out* de su país del Espacio de Libertad, Seguridad y Justicia— tenía claro en qué lugar se situaba, aunque acabaría viéndose arrastrado a mostrar ciertos gestos de solidaridad<sup>1121</sup>. Su política era diáfana: el problema de la migración debía atajarse fuera de las fronteras de la UE; de ahí que respaldase la idea —pronto llevada a la práctica— de llegar a algún tipo de acuerdo con Turquía —puerta de entrada al Club— para aliviar la situación<sup>1122</sup>.

---

<sup>1117</sup> Los griegos habían sido consultados el 5 de julio. A pesar de expresar su oposición, el 13 del mismo mes —un día más tarde de que se firmase el acuerdo sobre el programa nuclear iraní— se confirmaba el paquete de rescate —sin grandes cambios— para evitar que Grecia saliese del euro.

<sup>1118</sup> Así lo exponía en la jornada del 14 de agosto el comisario europeo de Inmigración, Dimitris Avramopoulos. Consultado en: <https://www.elcorreo.com/bizkaia/internacional/201508/14/peor-crisis-refugiados-desde-20150814150250-rc.html> (22-10-2021, 13:26). En un informe publicado el 1 de julio de 2015, ACNUR daba una cifra concreta pero provisional: durante la primera mitad del año, 137.000 migrantes habían llegado a suelo europeo por el Mediterráneo, lo cual suponía un aumento del 83% respecto a lo registrado en el mismo periodo del año anterior. Para consultar este informe:

<https://www.unhcr.org/protection/operations/5592bd059/sea-route-europe-mediterranean-passage-age-refugees.html> (22-10-2021, 13:33).

<sup>1119</sup> También por el abandono forzoso de otras zonas en conflicto como Irak, Afganistán, Eritrea o Somalia, y, en general, de allí donde las condiciones de vida se habían recrudecido.

<sup>1120</sup> Por ejemplo, el 22 de septiembre, en la primera medida para tratar de aliviar la situación —precipitada, en parte, por el impacto de la imagen que mostraba el cuerpo sin vida de Aylan Kurdi— los ministros del Interior de la UE aprobaban la reubicación de 120.000 refugiados procedentes de Grecia e Italia con el voto en contra de Eslovaquia, Hungría, República Checa y Rumanía.

<sup>1121</sup> Por ejemplo, Cameron anunciaba en el mes de septiembre el aumento de la ayuda a Siria, incluyendo fondos para el Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas. Ver *The Independent*, 24-9-2015, p. 6.

<sup>1122</sup> Habría que esperar a marzo de 2016 —el mismo mes en el que Tusk, dirigiéndose a los migrantes, pronunciaba su famosa frase: “No vengáis a Europa”— para que la UE y Turquía alcanzasen un acuerdo en materia migratoria. A grandes rasgos, la Unión aceptaba a refugiados sirios que estuviesen en suelo turco pero, a su vez, deportaba al mismo número de personas que llegasen de forma irregular. A cambio de su contribución, Ankara obtenía una serie de contrapartidas —léase avances en la liberalización de visados y en la adhesión al Club, así como fondos—.

Si, tras la tragedia del mes de abril en el canal de Sicilia, David Cameron había prometido enviar al Mediterráneo a la Royal Navy para luchar contra los traficantes y, en ningún caso, para ofrecer asilo en las Islas<sup>1123</sup>, a principios de octubre la ministra del Interior, Theresa May, aseguraba que los suyos no aceptarían ni en 1.000 años una cuota de refugiados impuesta desde las instituciones europeas: Reino Unido no podía aceptar a tantos extranjeros sin perder su identidad —justificaba—<sup>1124</sup>.

Sea como fuere, la gestión de la crisis migratoria estaba complicando que se pudiese acelerar la renegociación —todavía inmadura— entre Londres y Bruselas. Para remediarlo, a mediados de octubre Cameron se comprometía con sus homólogos comunitarios a aclarar por escrito cuáles serían sus demandas concretas, de tal forma que todos ellos pudiesen tener el primer debate serio al respecto en la última cumbre del año.

Cumpliendo con su palabra, el 10 de noviembre el dirigente *tory* inauguraba la fase final de las negociaciones con un discurso en Chatham House<sup>1125</sup>, en el que exponía sus cuatro condiciones para liderar la campaña del *remain*: obtener garantías de que los progresos de la zona euro no conculcarían los intereses de los países que se mantenían al margen de la misma —sobre todo en lo relativo al mercado único— hacer de la UE una organización más competitiva y menos burocrática, potenciar el poder de los parlamentos nacionales —al tiempo que se eximía a Londres del “ever closer union”— y, por último, asegurar la sostenibilidad del principio de libertad de movimiento.

Dado que esta última cuestión era la más espinosa —ya que podría entrar en conflicto con los fundamentos de la Unión y toparse con la resistencia de los países del este y, en especial, de Polonia— Cameron se mostraba transigente sobre la fórmula final<sup>1126</sup>. Ahora

---

<sup>1123</sup> *The Independent*, 24-4-2015, p. 23.

<sup>1124</sup> *La Vanguardia*, 7-10-2015, p. 6.

<sup>1125</sup> Acompañado de una carta enviada ese mismo día al presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, con el contenido esencial de su intervención.

<sup>1126</sup> La inmigración era, sin duda, el ámbito en el que los británicos querían que su Gobierno consiguiese un cambio sustancial, preocupándose sobre todo por la reducción del nivel de migrantes procedentes de la UE y restringir el acceso de estos a las prestaciones sociales ofrecidas por Reino Unido. Citado en CLARKE, H., GOODWIN, M. y WHITELEY, P.: *Brexit: Why Britain Voted to Leave the European Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, p. 21. De acuerdo con el Eurobarómetro correspondiente a la primavera de 2015, para los británicos la inmigración era la cuestión más importante que afrontaba el país. Lo interesante es que, por primera vez desde que se había iniciado este tipo de preguntas en 2010, la inmigración era vista por todos como el tema más importante que encaraba la Unión, desbancando a las

bien, el *premier* exigía que todo el paquete fuese legalmente vinculante e irreversible, teniendo fuerza en los tratados allí donde fuese necesario<sup>1127</sup>.

Gobernanza económica, competitividad, soberanía e inmigración. El acuerdo buscado por Downing Street se sustentaba sobre cuatro áreas que, para Cameron, estaban interrelacionadas por una misma palabra: lo que Londres perseguía era, por encima de todo, flexibilidad<sup>1128</sup>.

De acuerdo con sus críticos, la nueva relación bosquejada por el Gobierno británico parecía superficial, pura cosmética; muy lejos de la reforma sustancial prometida por los *tories* en su programa electoral. No obstante, *Dave* entendía que un exceso de ambición habría condenado la renegociación al fracaso desde el principio, ya que la UE —aun queriendo cooperar— no estaría dispuesta a ofrecerle una solución a medida a cualquier precio.

En cualquier caso, la intervención de Cameron ponía en marcha la cuenta atrás para que los líderes comunitarios encontrasen la manera de responder satisfactoriamente a las preocupaciones de los británicos. Ocupados con la cuestión migratoria y, de nuevo, con el terrorismo yihadista —que volvía a golpear a Francia a mediados de noviembre<sup>1129</sup>— los Veintiocho se emplazarían en el último Consejo Europeo de 2015 —el doceavo, algo en absoluto habitual— a volver a reunirse en febrero para el asalto definitivo, de tal manera que la consulta se pudiese celebrar a lo largo de 2016; previsiblemente antes del verano<sup>1130</sup>.

---

cuestiones económicas. Para consultar esta encuesta: <https://europa.eu/eurobarometer/surveys/detail/2099> (22-10-2021, 16:06).

<sup>1127</sup> Para consultar esta intervención en su integridad: <https://www.gov.uk/government/speeches/prime-ministers-speech-on-europe> (22-10-2021, 15:47).

<sup>1128</sup> Así lo expresaría el *premier* a Tusk en su misiva. Para verla en su integridad: [https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment\\_data/file/475679/Donald\\_Tusk\\_letter.pdf](https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/475679/Donald_Tusk_letter.pdf) (22-10-2021, 16:11).

<sup>1129</sup> Acto seguido, el Gobierno anglosajón retomaba la posibilidad de llevar a cabo una intervención aérea en Siria contra el Estado Islámico, obteniendo la autorización de los Comunes el 2 de diciembre. Por otro lado, si París sería el escenario de los atentados de noviembre, apenas un mes más tarde también lo sería del nuevo acuerdo mundial sobre el clima, con el que se pretendía paliar el fenómeno del calentamiento global. Ya en marzo de 2016, Bruselas sería el escenario de nuevos atentados yihadistas, al igual que Magnanville en el mes de junio.

<sup>1130</sup> Entre los motivos de esta preferencia, el deseo de evitar que la consulta coincidiese con la llegada de una nueva oleada de migrantes a suelo europeo en época estival.

A estas alturas, el resultado del referéndum en las Islas era una incógnita. El sector *probrexit* trataba de ridiculizar a David Cameron —a quien, a pesar de su reconocido euroescepticismo, no consideraban como uno de los suyos<sup>1131</sup>— menospreciando de antemano las concesiones que pudiese acabar extrayendo de sus socios. Los indecisos, en cambio, otorgaban al primer ministro el beneficio de la duda, aunque —dada su tradicional falta de simpatía por la UE<sup>1132</sup> y la poca credibilidad que les merecía la clase política— no parecían dispuestos a aceptar un *status quo* disfrazado<sup>1133</sup>.

El desafío del *brexit* subía de temperatura en un momento muy delicado para el proyecto europeo, del que se llegaba a cuestionar su propia supervivencia<sup>1134</sup>. Además de este contencioso —que amenazaba con precipitar la primera salida en un Club acostumbrado a dar la bienvenida— la Unión cerraba el año discutiendo, fundamentalmente, sobre cómo controlar una migración sin precedentes —que, en determinados puntos, mantenía inoperante el espacio Schengen— y sobre cómo combatir el terror que la había sacudido con especial crudeza a lo largo de este año, contemplando, mientras tanto, cómo muchos de sus ciudadanos ponían en duda la renovada fortaleza de la zona euro ante la posible llegada de nuevas perturbaciones<sup>1135</sup>.

---

<sup>1131</sup> Recientemente, en la conferencia anual de su partido, Cameron había reconocido que no tenía un apego romántico hacia la UE y que, por tanto, su veredicto sobre el acuerdo que consiguiese en Bruselas estaría determinado, básicamente, por su interés en la prosperidad e influencia de Reino Unido. Ver *The Independent*, 8-10-2015, p. 5. Como diría Ivan Rogers, la postura de Cameron hacia la UE era la clásica de un euroescéptico, capturada en la frase “mercado común bueno, unión política mala”. Citado en ROGERS, I.: “David Cameron”, p. 230 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>1132</sup> De acuerdo con Evans y Menon, históricamente la actitud de los británicos hacia el proyecto europeo se podría resumir de la siguiente forma: general aversión combinada con un desinterés profundo. Citado en EVANS, G. y MENON, A.: op. cit., p. 18. Los mismos autores recuerdan que, atendiendo a las encuestas del Eurobarómetro desde los años noventa, solo un 30-40% de los ciudadanos británicos veían como buena cosa la participación de su país en el Club; un porcentaje más bajo que en cualquier otro Estado miembro y en cualquier momento a lo largo de los últimos veinte años. Citado en EVANS, G. y MENON, A.: op. cit., p. 17.

<sup>1133</sup> La gente quería alguna reforma seria. No era ni completamente leal a la Unión ni manifiestamente hostil. Los británicos estaban abiertos a permanecer en ella, pero solo si se les convencía de que los poderes de esta se habían visto reducidos. Citado en CLARKE, H., GOODWIN, M. y WHITELEY, P.: op. cit., p. 20.

<sup>1134</sup> Valga como ejemplo esta pieza de Jim Yardley para *The New York Times* titulada “¿Ha alcanzado Europa el punto de ruptura?”: <https://www.nytimes.com/2015/12/20/magazine/has-europe-reached-the-breaking-point.html> (22-10-2021, 17:03). A principios de 2016, Pol Morillas aseguraba lo siguiente en las páginas del diario *El País*: “Si uno se atiene a los alarmantes titulares de la prensa, el año 2016 bien podría ser el de la desintegración de la Unión Europea”. Para ver este artículo: [https://elpais.com/elpais/2016/02/09/opinion/1455039279\\_104424.html](https://elpais.com/elpais/2016/02/09/opinion/1455039279_104424.html) (22-10-2021, 17:06).

<sup>1135</sup> En febrero de 2016 se hacía público que la eurozona había crecido un 1,5% en 2015, el mayor crecimiento en cuatro años. Ver *La Vanguardia*, 13-2-2016, p. 65.

Demasiadas ansiedades para una sociedad europea que, por lo general, se sentía desprotegida ante los efectos menos amables de la globalización; un fenómeno observado con muchos recelos en el Viejo Continente, que —muy a su pesar— cada vez tomaba mayor consciencia de que había perdido su lugar central en el mundo y, con él, las expectativas de un mejor porvenir<sup>1136</sup>.

Este sentimiento de frustración era extensible a las Islas, cuyos habitantes —a propósito de la consulta sobre la UE— iban a tener la oportunidad —única entre los Veintiocho— de pronunciarse sobre el estado actual de las cosas, ya fuera para ratificarlo —o, al menos, darle una oportunidad— o bien para rechazarlo. No cabrían medias tintas<sup>1137</sup>.

Algunos —incluso en el seno del propio Gobierno— no esperarían a conocer el desenlace de la renegociación con Bruselas para adoptar una postura definitiva: de antemano, sabían que harían campaña en contra de la permanencia, de modo que David Cameron —viéndose obligado a rectificar su postura inicial para evitar una más que probable cascada de dimisiones en su gabinete— no tendría más remedio que anunciar a principios de 2016 que los suyos disfrutarían de libertad de voto ante el referéndum.

Antes de terminar el mes —y con la mirada puesta en la cumbre definitiva de los días 18 y 19 de febrero— Cameron acudía a la capital comunitaria para tratar de perfilar el paquete final. Horas más tarde, el secretismo que había guiado las negociaciones desde su apertura —el pasado verano— se rompía con la publicación del borrador del acuerdo. Aunque todavía estaba por pulir, el texto incluía la respuesta a las demandas de Londres en materia migratoria: la solución planteada por Donald Tusk —que la hacía pública en calidad de presidente del Consejo Europeo— era un freno de emergencia para que, de

---

<sup>1136</sup> De acuerdo con David Cameron, en la actualidad el potencial estaba fuera de Europa, de modo que su país debía mirar y lanzarse hacia fuera tal y como habían hecho sus exploradores en la Era de los Descubrimientos. Así lo expresaría en un artículo firmado el 24 de julio para la *Daily Mail* antes de embarcarse en una gira por Asia. Para consultar esta pieza íntegra:

<https://www.dailymail.co.uk/news/article-3172754/Who-needs-Europe-trade-world-says-David-Cameron.html> (22-10-2021, 17:02). Ciertamente, el comercio entre Reino Unido y sus socios de la UE estaba ya a la baja antes de producirse el *brexit*; sobre todo en lo referido a las exportaciones británicas al continente, que habían pasado de suponer el 54% en 2006 a representar el 42% en 2015. Citado en WARD, M.: “Statistics on UK-EU trade”, House of Commons Library, documento de trabajo nº 7851, 10 de noviembre de 2020, p. 11.

<sup>1137</sup> Con la entrada en el año 16, en Reino Unido reinaba la sensación —tanto en los medios, como en el mundo de los negocios y en los mercados financieros— de que, muy posiblemente, la gente se posicionaría a favor del *status quo* y votaría por mantenerse en la familia comunitaria. Citado en CLARKE, H., GOODWIN, M. y WHITELEY, P.: op. cit., p. 17.

forma temporal y solo en determinadas circunstancias, se pudiese excluir de las ayudas sociales a los inmigrantes procedentes de otros Estados miembros<sup>1138</sup>.

Por mucho que el *premier* se afanase por vender el mérito de esta medida, su recepción en las Islas sería bastante fría, al entender que se quedaba muy lejos de lo prometido en un primer momento por *Dave*<sup>1139</sup>. De hecho, a los pocos días, una encuesta de YouGov —realizada durante las dos jornadas posteriores a la difusión del posible pacto— registraba que la opción del *leave* había avanzado tres puntos respecto a la semana anterior, de tal manera que la salida aventajaba en un 7% a la permanencia<sup>1140</sup>.

Así pues, el acuerdo parecía muerto antes incluso de haber nacido, ya que la supuesta medida estrella —llamada a servir como cebo para seducir a los británicos e instarles a decantarse por el *remain*— no acababa de cuajar en Reino Unido.

Pese a ello, la tensión acompañaría a las discusiones entre Londres y el resto de capitales hasta el final, ya que la última palabra les correspondía a los líderes comunitarios, que cumpliendo con la fecha prevista alcanzaban —no sin cierto dramatismo, como era menester— un documento de consenso en su reunión de febrero.

En términos generales, Cameron obtenía concesiones en las cuatro áreas que había identificado como prioritarias. Dos de ellas —gobernanza económica y competitividad— apenas habían generado controversia entre los Veintiocho y, por ende, incluían sobre todo aclaraciones en la línea solicitada por el Gobierno británico.

Mayor tiempo habían requerido los apartados referidos a la soberanía y, por encima de todo, a la inmigración. Respecto al primero, Londres conseguía quedarse al margen de la fórmula que instaba a los Estados miembros a progresar hacia “una unión cada vez más

---

<sup>1138</sup> Para consultar este documento en su integridad: <https://www.consilium.europa.eu/media/24329/letter-tusk.pdf> (24-10-2021, 13:45).

<sup>1139</sup> Al referirse a este borrador, la revista *The Spectator* alertaba de que si el electorado sentía que su inteligencia era insultada se podría producir una rebelión con rapidez. Así lo exponía en la siguiente pieza: <https://www.spectator.co.uk/article/cameron-s-deal-has-backfired-badly-so-what-will-he-do-now-> (24-10-2021, 17:07). Desde su escaño en la Eurocámara, en la sesión plenaria del 3 de febrero, Nigel Farage señalaría que la carta de Tusk casi no valía ni el papel en el que iba estampada.

<sup>1140</sup> Para consultar este sondeo: <https://yougov.co.uk/topics/politics/articles-reports/2016/02/04/eu-referendum-leave-leads-nine> (24-10-2021, 13:58).

estrecha” y, además, lograba que se redujese el límite de votos atribuidos a los parlamentos nacionales para frenar un proyecto de acto legislativo comunitario.

En cuanto a la cuestión migratoria, se introducían dos novedades fundamentales: por un lado, la posibilidad de que un país —sin carácter retroactivo y a partir de 2020— indexase las prestaciones por hijos a las condiciones del Estado miembro en el que residiese el niño; y, por otro, la creación de un mecanismo —el susodicho freno de emergencia, que podría ser activado por un periodo de siete años— para restringir hasta cuatro años —y siempre de manera gradual— el acceso a las prestaciones no contributivas de los trabajadores que llegasen por primera vez a las Islas<sup>1141</sup>.

Este era el diseño definitivo del nuevo encaje que, poco más de tres años antes, había prometido David Cameron a sus conciudadanos al anunciar la celebración de la consulta. Un reacomodo —compatible con los principios fundacionales del proyecto europeo, tal y como se apresurarían a recalcar tanto Juncker como Tusk<sup>1142</sup>— que solo se produciría en caso de que la mayoría de los electores apostasen por que su país siguiese anclado a la UE.

Eran muchas las voces que —procedentes en buena medida del continente— ponían el valor la flexibilidad mostrada por las instituciones europeas, que a pesar de atravesar una época de crisis existencial —o quizá debido a ello— habían echado una mano a David Cameron, permitiéndole presentar el acuerdo como un “éxito notable”<sup>1143</sup>.

No lo creerían así la mayoría de los observadores situados al otro lado del Canal, que no solo cuestionaban el alcance del nuevo *status quo* —que, tal y como se había anticipado, cambiaba muy poco la relación vigente entre Londres y Bruselas<sup>1144</sup>— sino la aplicación

---

<sup>1141</sup> Para consultar las conclusiones de esta cumbre: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-1-2016-INIT/es/pdf> (24-10-2021, 16:54).

<sup>1142</sup> Así se produciría, por ejemplo, durante la sesión plenaria de la Eurocámara celebrada el 24 de febrero.

<sup>1143</sup> CAMERON, D.: op. cit., p. 645. Por ejemplo, el actual alto representante de la UE, Josep Borrell, firmaba una pieza para *El Periódico* en marzo de 2016 titulada “No habrá brexit”: “Los socios europeos han hecho su parte para que no haya brexit, porque la UE está en una situación demasiado débil como para permitirse la salida del Reino Unido”. Para consultar este artículo: <https://www.elperiodico.com/es/opinion/20160301/no-habra-brexit-4940556> (24-10-2021, 17:27).

<sup>1144</sup> En sus memorias, el propio Cameron llegaría a reconocer que su mayor error había sido contribuir a inflar las expectativas de lo que podría conseguirse en la renegociación. Citado en CAMERON, D.: op. cit.,

del mismo, dado que el pacto era, ante todo, una declaración de intenciones<sup>1145</sup> y estaba por confirmar la legalidad de la imaginativa ingeniería jurídica desplegada para confeccionarlo<sup>1146</sup>. De ahí que las cabeceras de pago más leídas en las Islas coincidiesen en valorar el acuerdo como débil y modesto<sup>1147</sup>; una lectura que reflejaría muy bien el diario *The Times* al señalar que, de la tierra del chocolate —en clara alusión a la capital comunitaria— Cameron estaba condenado a regresar con dulces<sup>1148</sup>.

Sea como fuere, inmediatamente después de cerrarse la renegociación en Bruselas, el dirigente conservador presentaba el acuerdo a los suyos y, acto seguido, anunciaba a las puertas de Downing Street que lideraría la campaña por la permanencia en el referéndum que tendría lugar el próximo 23 de junio<sup>1149</sup>. La suerte estaba echada.

No obstante, el inicio no podría resultar menos alentador para los intereses del *premier*. Casi al mismo tiempo que ponía en marcha la cuenta atrás, seis de sus colegas de gabinete —la llamada “gang of six”, a la que pronto se uniría el alcalde de Londres, Boris Johnson<sup>1150</sup>— se fotografiaban en la sede del “Vote Leave” para marcar distancias con la

---

p. 646. Concretamente, sobre la cuestión migratoria, creía que quizá hubiese sido mejor buscar un límite numérico en el número de llegadas a las Islas. Citado en CAMERON, D.: op. cit., p. 648.

<sup>1145</sup> BAR, A.: op. cit., p. 160.

<sup>1146</sup> MARTÍN Y PÉREZ DE NANCLARES, J.: “La Unión Europea ante el desafío del Brexit: de la Decisión de los Jefes de Estado o Gobierno a la activación del procedimiento de retirada” en *Actualidad Jurídica Uría Menéndez*, nº 43, 2016, p. 8. Por mucho que verbalizase una realidad, no ayudaría a la causa de la permanencia las palabras pronunciadas por Martin Schulz antes de la reunión definitiva del Consejo Europeo. De acuerdo con el presidente de la Eurocámara, no podía garantizar el resultado del proceso legislativo del paquete negociado con Londres. Ver *La Vanguardia*, 17-2-2016, p. 3. En los Comunes, el European Scrutiny Committee también pondría en tela de juicio tanto el impacto como la aplicación del acuerdo. Citado en TENORIO MACIÁ, J. C.: “Acuerdo Reino Unido-Unión Europea: el último intento por evitar el brexit” en *Revista de Estudios Europeos*, nº 71, enero-junio 2018, p. 449.

<sup>1147</sup> *Ibidem*, pp. 450-51. De acuerdo con Stephen Wall, una victoria más clara de Londres sobre Bruselas en la renegociación tampoco habría bastado para satisfacer a algunas cabeceras que ya estaban decididas a defender la salida en la consulta. Citado en WALL, S.: op. cit., 2020, p. 283.

<sup>1148</sup> Para consultar esta pieza: <https://www.thetimes.co.uk/article/thin-gruel-n3t9gv7nzx2> (24-10-2021, 18:34). En retrospectiva, Donald Tusk declararía que, a su modo de verlo, Londres había obtenido más de lo que hubiese esperado en un principio, pero los británicos no habían sabido apreciarlo. Así lo expone en el tercer y último episodio de un documental emitido por la BBC a principios de 2019, titulado “Inside Europe: ten years of turmoil”. Disponible en: <https://www.bbc.co.uk/iplayer/episode/b0c1rjkc/inside-europe-ten-years-of-turmoil-series-1-1-we-quit> (24-10-2021, 19:33).

<sup>1149</sup> *La Vanguardia*, 21-2-2016, p. 3.

<sup>1150</sup> Entre ellos se encontraba el ministro de Justicia, Michael Gove, que en campaña, al ser instado a mencionar el nombre de algún economista que respaldase el *brexit*, sentenciaría que el pueblo británico había tenido ya demasiados expertos, tratando de conectar con el anti-intelectualismo secular de una parte de la sociedad anglosajona. Consultado en: <https://www.ft.com/content/3be49734-29cb-11e6-83e4-abc22d5d108c> (25-10-2021, 9:11). Además de los seis miembros del gabinete, el 40% de los diputados *tories* se acabarían posicionando por la salida. En el campo laborista, por su parte, solo 10 de un total de 232. Por otro lado, tanto el UKIP como el DUP del Ulster se declaraban favorables al *leave*. Citado en MANAVOPOULOS, V.: “The United Kingdom” en MÉNDEZ, F. y MÉNDEZ, M.: “Referendums on EU

postura oficial del Gobierno: no veían con buenos ojos el nuevo régimen concedido a su país en el Club y, por tanto, defenderían la salida.

Esta noticia tendría mayor repercusión mediática que el acuerdo extraído por *Dave*, relegado a un segundo plano por su aparente falta de atractivo. Esta sensación de fracaso —que salpicaría al *premier* de forma particular— no haría más que verse reforzada a raíz de que, tras el arranque formal de la contienda —en la jornada del 15 de abril— el campo del *remain* decidiese obviar cualquier alusión que hiciese referencia a la renegociación<sup>1151</sup>.

Así pues, la tarea se presentaba harto compleja para el mandatario *tory*, ya que se quedaba sin el principal as en la manga que, *a priori* —y de acuerdo con el Libro Blanco publicado por Downing Street tras la formalización del pacto<sup>1152</sup>— debería haber supuesto el autoproclamado estatus especial conseguido en el Club.

En adelante, Cameron —al igual que gran parte de los *remainers*, entre los que se encontraba Jeremy Corbyn, que se mostraría muy apático— tendría que vender a sus compatriotas las bondades de un proyecto que durante tanto tiempo se había esforzado en vilipendiar<sup>1153</sup>, corriendo el riesgo de sonar poco creíble ante una opinión pública que, ya

---

matters”, estudio encargado por el Departamento Temático de Derechos de los Ciudadanos y Asuntos Constitucionales del Parlamento Europeo bajo solicitud del Comité de Asuntos Constitucionales de la propia Eurocámara, 2017, p. 91.

<sup>1151</sup> EVANS, G. y MENON, A.: op. cit., p. 51. Como diría Ivan Rogers, el paquete era tan original y a medida como la UE se podía permitir. Pero en la cuestión migratoria, la más sensible, era difícil explicar lo acordado en una sola frase y, de acuerdo con el dicho, cuando estás explicando ya estás perdiendo. Citado en ROGERS, I.: “David Cameron”, p. 258 en ADONIS, A.: op. cit. Emmanuel Murlon-Druol, por su parte, ya había adelantado el año anterior que el resultado de la consulta dependería del modo en el que el Gobierno británico fuese capaz de vender a sus compatriotas lo que consiguiese en Bruselas. De ser ello cierto, el pescado parecía estar ya vendido. Citado en MOURLON-DRUOUL, E.: “The UK’s EU Vote: The 1975 Precedent and Today’s Renegotiations” en Bruegel, junio 2015, p. 8.

<sup>1152</sup> El Gobierno, de acuerdo con lo recogido en la European Union Referendum Act 2015, expresaba su postura en un documento titulado “The best of both worlds: the United Kingdom’s special status in a reformed European Union”. Además, la oficina del gabinete publicaba “Alternatives to membership: possible models for the United Kingdom outside the European Union” y “The process for withdrawing from the European Union”. Resulta curioso que en el prólogo de la primera publicación, el *premier* reconociese que todavía mantenía sus dudas sobre la UE como organización. Para consultar este texto: [https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment\\_data/file/502291/54284\\_EU\\_Series\\_No1\\_Web\\_Accessible.pdf](https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/502291/54284_EU_Series_No1_Web_Accessible.pdf) (24-10-2021, 20:22). Ello no era óbice para que, a la hora de defender el acuerdo en los Comunes, Cameron hablase de la salida como un salto al vacío. Para acceder a esta intervención: <https://www.gov.uk/government/speeches/pm-commons-statement-on-eu-reform-and-referendum-22-february-2016> (24-10-2021, 20:24).

<sup>1153</sup> Como diría Luis Ventoso, “es casi imposible vender algo cuando el propio vendedor arruga la nariz ante la mercancía que quiere colocar”. Citado en VENTOSO, L.: *No temblar ni aunque te corten la cabeza. De Inglaterra, el brexit y todo lo demás*, Madrid, Encuentro, 2017, p. 106. Stewart Wood recordaba que el

de por sí, sospechaba del *establishment*; más todavía al conocer —al poco de comenzar la primavera— que su primer ministro —el principal portavoz del *stay*— estaba involucrado en los famosos papeles de Panamá, relacionados con la elusión fiscal.

No obstante, el *premier* confiaba en que a la hora de la verdad —y tal y como había sucedido en el referéndum escocés— el electorado se resistiese a votar por el cambio. Para ello, la campaña de la permanencia —conocida como “Britain Stronger in Europe”— centraría sus argumentos en cuestiones tan prácticas como la economía y la seguridad nacional —dos áreas en las que, de acuerdo con su visión, Reino Unido sufriría con la salida— cayendo en muchas ocasiones en el catastrofismo al alertar —no solo con declaraciones personales sino también con informes institucionales— sobre las consecuencias del *brexit*<sup>1154</sup>. De ahí que, al jugar con el miedo, su campaña fuese identificada como “Project Fear”: los beneficios de continuar en la UE pesaban más que los riesgos de abandonarla<sup>1155</sup>.

Los partidarios del *brexit* —organizados en dos plataformas: la oficial “Vote Leave” y la comandada por el UKIP, “Leave EU”— también participarían de las hipérboles y los mensajes apocalípticos, aunque su campaña —planteada con un discurso más positivo sobre el futuro del país— sería más visceral que la de los *remainers*<sup>1156</sup>.

Bajo el lema “take back control” —y, en general, favorecidos por su mayor convicción<sup>1157</sup>— los *leavers* buscaban que calase el mensaje de que la membresía en el

---

bando de los *remainers* estaba repleto de críticos hacia el proyecto europeo: cuando políticos de distintos partidos, que han estado diciendo durante años que luchaban duro por Reino Unido en contra de la locura de Bruselas, viran de repente y dicen que Bruselas es una buena cosa, se puede perdonar al público por no mostrarse muy convencido al respecto. Citado en WOOD, S.: “Gordon Brown”, p. 209 en ADONIS, A.: op. cit.

<sup>1154</sup> Por ejemplo, David Cameron llegaría a decir que si se producía el *brexit* la paz en Europa podría estar en peligro. Ver *La Vanguardia*, 10-5-2016, p. 8. Los sondeos mostraban que solo el 30% de los votantes creían que su situación financiera se deterioraría fuera de la Unión. Citado en CLARKE, H., GOODWIN, M. y WHITELEY, P.: op. cit., p. 156.

<sup>1155</sup> No obstante, y tal y como diría Vernon Bogdanor, el 23-J los británicos demostrarían que temían más verse arrastrados hacia proyectos de integración y a una inmigración descontrolada que a las consecuencias económicas del *brexit*. Sobre todo aquellos que, resignados, consideraban que a estas alturas tenían poco que perder ya, habida cuenta de que desde el año 2006 los salarios reales no habían aumentado en las Islas; el mayor periodo de estancamiento desde el siglo XIX. Citado en BOGDANOR, V.: op. cit., pp. 106-08.

<sup>1156</sup> Para la historiadora Helene von Bismarck, la campaña del *brexit* diese lugar a uno de los debates más acalorados, divisivos y en ocasiones polémicos de la historia de Reino Unido. Consultado en: <https://www.thetimes.co.uk/article/helene-von-bismarck-warmetaphors-have-no-place-in-the-brexit-debate-gtnstd5hr> (25-10-2021, 13:12).

<sup>1157</sup> Como diría Baggini, aunque muchos pudiesen considerar a Nigel Farage como un bufón, pocos dudaban de su sinceridad. Citado en BAGGINI, J.: op. cit., p. 57. Un sondeo de ComRes publicado por *The*

Club salía cara a los contribuyentes británicos —que, de acuerdo con su retórica, podrían destinar al NHS los 350 millones de libras enviados cada semana a Bruselas— y de que solo saliendo —y, por ende, recuperando su proyección global<sup>1158</sup>— se podría explotar al máximo el potencial de la vieja *Britannia*<sup>1159</sup>, cuya identidad, por otra parte, se estaba viendo amenazada tanto por el supuesto carácter avasallador y tecnocrático del proyecto europeo —del todo antidemocrático— como por la inmigración que —favorecida por la libertad de movimiento garantizada en la Unión— procedía del otro lado del Canal<sup>1160</sup>.

La ausencia de *fair play* entre ambos bandos durante la contienda se pondría en evidencia, más que nunca, en la jornada del 16 de junio<sup>1161</sup>. A una semana de la cita con las urnas, la diputada laborista Jo Cox —firme defensora de la continuidad en la UE— era asesinada por un fanático al grito de “Britain first”, poniéndose en suspenso la campaña. A estas alturas —y por mucho que la mayoría de las encuestas concediesen una ligera ventaja al *leave*, que hasta la fecha había logrado llevar la iniciativa— el resultado no podía estar más en el aire.

Finalmente, el 23 de junio, en un acto de rebeldía<sup>1162</sup> y de pretendida purificación nacional, una mayoría del pueblo anglosajón —exigua pero suficiente, y concentrada sobre todo en Inglaterra y Gales, lo que ponía en peligro las propias costuras de un Reino

---

*Independent* señalaba que más del doble de los encuestados creía que Boris Johnson decía más la verdad sobre la UE que David Cameron. Ver *The Independent*, 15-5-2016, p. 3.

<sup>1158</sup> Ya en la consulta de 1975, uno de los lemas de los partidarios de la salida era “Out of Europe and into the World”. Citado en SAUNDERS, R.: op. cit., 2018, p. 18.

<sup>1159</sup> Esta consulta reflejaría la popularidad que seguía teniendo la narrativa —promulgada desde la clase política— de que, a pesar del revés de la II Guerra Mundial, Reino Unido se mantenía como una gran potencia. Citado en GARNETT, M., MABON, S. y SMITH, R.: op. cit., p. 323.

<sup>1160</sup> Algunos de estos argumentos se pueden encontrar en el documental “Brexit: the movie”, escrita y dirigida por Martin Durkin y estrenada en mayo de 2016. La campaña del *leave* trataría de explotar al máximo las cifras sobre migración publicadas a finales de mayo por la Oficina Nacional de Estadística: la migración neta en el año 2015 —que alcanzaba las 333.000 personas, de las cuales 184.000 procedían de la UE— había sido la segunda más alta de los registros. Para consultar estos datos: <https://www.ons.gov.uk/peoplepopulationandcommunity/populationandmigration/internationalmigration/bulletins/migrationstatisticsquarterlyreport/may2016> (25-10-2021, 14:01). Johnson no dejaría escapar la oportunidad para tratar de rentabilizar esta información: cada año Reino Unido estaba añadiendo una población del tamaño de Oxford solo de migrantes procedentes de la UE. Consultado en: <https://www.telegraph.co.uk/news/2016/05/26/eu-referendum-lord-ashcroft-poll-finds-nearly-two-thirds-of-vote/> (25-10-2021, 14:14).

<sup>1161</sup> Para un acercamiento a la campaña desde los medios: ASLAN, B., BIRONZO, D. y LEVY, D.: “UK press coverage of the EU referendum”, Reuters Institute for the Study of Journalism, Universidad de Oxford, 2016; MOORE, M. y RAMSAY, G.: “UK media coverage of the 2016 EU Referendum campaign”, Centre for the Study of Media, Communication and Power, King’s College, mayo 2017.

<sup>1162</sup> Para Andrew Marr, la mayor rebelión democrática de la historia contemporánea británica. Consultado en: <https://www.newstatesman.com/politics/2017/03/anywheres-vs-somewheres-split-made-brexit-inevitable> (25-10-2021, 15:44).

Unido dividido<sup>1163</sup>— decidía lanzar a la hoguera de San Juan su acreditación como ciudadanos de la Unión Europea<sup>1164</sup>. La esperanza por un futuro nuevo aunque desconocido se imponía a la disconformidad con el *status quo*. Los británicos habían hablado: tras más de 43 años formando parte de la familia comunitaria, era el momento de despedirse.



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

---

<sup>1163</sup> Con una participación del 72,2%, la salida triunfaba con el 51,9% de los votos frente al 48,1% que apostaba por la permanencia. Tanto en Irlanda del Norte como en Escocia el *leave* salía derrotado al aglutinar, respectivamente, un 44,2% y un 38% de los votos. Para ver los resultados con mayor detalle: [https://www.bbc.co.uk/news/politics/eu\\_referendum/results](https://www.bbc.co.uk/news/politics/eu_referendum/results) (25-10-2021, 16:30).

<sup>1164</sup> El 21 de junio, en el debate principal de la campaña, Boris Johnson había asegurado que, de ganar el no a la permanencia, el viernes 23 de junio se convertiría en el día de la independencia en Reino Unido. Ver *Evening Standard*, 23-6-2016, p. 2.

## CAPÍTULO 3: LA PRENSA ESPAÑOLA ANTE EL *BREXIT*

### 3.1 El proceso de integración europea en la prensa española: entre el fin de la guerra en Europa y el reinicio de las negociaciones que convertirían a Reino Unido en Estado miembro (1945-1970)

#### 3.1.1 Notas históricas

Señalaba Héctor Borrat que, en España, los periódicos —al igual que la mayoría de los políticos profesionales— solían dar por supuesto que lo ‘europeo’ era invariablemente lo positivo, lo valioso e incluso lo deseable para nuestra patria<sup>1</sup>.

Esta inclinación, sin embargo, no se encontraba en la prensa española de 1945; una prensa que, regulada por una ley de tiempos de guerra —la establecida por el bando franquista en 1938— estaba al servicio absoluto del Régimen. Si este último denigraba las democracias occidentales y las ideas socialistas —las mismas que había logrado extirpar de su país tras una lucha fratricida de tres años (1936-39)— tanto así lo reflejaban las publicaciones periódicas de entonces, que mostraban una manifiesta uniformidad editorial. Era, en definitiva, una prensa orientada o, si se prefiere, amordazada: “sumisión, obediencia ciega, eso es lo que se pide de los medios informativos en aquel momento y eso es lo que se obtiene. El resultado no es información, sino propaganda y desinformación”<sup>2</sup>.

Habría que esperar hasta la famosa Ley Fraga de 1966 para empezar a vislumbrar, de forma tímida y progresiva, una suerte de cuarto poder en las páginas de las cabeceras españolas. Estas se erigirían como la avanzadilla del debate político hasta 1977, cuando los españoles tendrían la oportunidad de expresarse libremente en las urnas por primera vez desde los tiempos de la Segunda República. Sin duda, “su mayor acercamiento, en comparación con la vida política oficial, a las realidades de la época, le hizo convertirse

---

<sup>1</sup> BORRAT, H.: op. cit., p. 41.

<sup>2</sup> SAHAGÚN, F.: *El mundo fue noticia. Corresponsales españoles en el extranjero: la información internacional en España*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1986, p. 228.

en un medio de presión favorable al impulso de una cada vez más necesaria apertura política en las instituciones y en la vida española”<sup>3</sup>.

Decíamos, pues, que al término de la Segunda Guerra Mundial la España de Franco se mostraba reacia a los aires que se respiraban al otro lado de los Pirineos. Una actitud que parecía surgir como reacción —o réplica, si se prefiere— y no tanto como fruto de una apuesta voluntaria o genuina. Y es que los aliados, que habían derrotado a las potencias del Eje —cercanas al régimen franquista— consideraban a este último como un anacronismo digno de exclusión en el naciente orden internacional.

Dicho aislamiento sería ratificado en el verano de 1945: en un comunicado conjunto, EE. UU, la URSS y Reino Unido, congregados en Potsdam, acordaban no apoyar la solicitud de España a integrarse en la ONU, creada tras la conflagración bélica para mantener la paz y seguridad internacionales. El 6 de febrero del 46, su Asamblea General aprobaba la exclusión de España, recomendando meses después la retirada de embajadores de Madrid. La comunidad internacional condenaba que el Caudillo se hubiese instalado en el poder a instancias del fascismo, ahora derrotado.

De esta manera, el cordón sanitario sobre España quedaba establecido. De nada había servido el cambio de estrategia del Gobierno de Franco en plena guerra, una vez evidenciado el avance de las tropas aliadas en perjuicio de los países del Eje, liderados por la Alemania nazi. Esta era su nueva versión:

“en primer lugar, España había sido —dirían los voceros del régimen— absolutamente neutral durante toda la guerra; Alemania, en segundo lugar, nunca había sido más amiga de España que pudieran haberlo sido Francia o Inglaterra, y, por último, el único peligro que se cernía sobre el futuro era el comunismo soviético”<sup>4</sup>.

Precisamente, el anticomunismo, junto al antiliberalismo y al nacionalismo exacerbado, serían una constante en el discurso periodístico español de posguerra, reflejo del sentir de un Gobierno que, con un modelo económico autárquico, se replegaba sobre sí mismo ante la hostilidad del mundo exterior. Solo la Guerra Fría cambiaría radicalmente esta

---

<sup>3</sup> BARRERA, C. y SÁNCHEZ, J. J.: op. cit., pp. 466-67.

<sup>4</sup> SAHAGÚN, F.: op. cit., p. 227.

situación: a medida que el comunismo se convertía en una amenaza para el Occidente liderado desde Washington, la España de Franco, debido a sus ideas y al espacio geográfico que ocupaba, conseguía revalorizarse. Así, como pondría de manifiesto Javier Tusell, si el deterioro del régimen franquista en el exterior se había producido a través de una serie de expulsiones de los organismos internacionales, su rehabilitación seguiría exactamente el mismo proceso pero a la inversa<sup>5</sup>.

España volvía a contar en el tablero internacional. Así lo probaba, sobre todo, el Concordato con la Santa Sede y los Pactos de Madrid alcanzados con EE. UU. en 1953, además del ingreso en la ONU dos años más tarde. Pero si bien el cambio de paradigma del antifascismo al anticomunismo había permitido la rehabilitación parcial del régimen franquista, este nunca sería considerado como un igual por las democracias occidentales<sup>6</sup>. De hecho, la oposición más tenaz al mismo vendría de sus vecinos europeos, dando muestra de ello la constante negativa del Consejo de Europa —uno de los motores de la integración europea— a aceptar a España en su seno por carecer de las garantías democráticas necesarias.

En 1957 se producía un punto de inflexión en la parte occidental del continente. La Europa de los Seis —inmersa en un experimento inédito de soberanía compartida desde la creación de la CECA en el 51— daba un paso adelante más ambicioso al firmar en Roma la constitución del Mercado Común. La proyección de una unión aduanera entre sus integrantes amenazaba seriamente los intereses económicos españoles —sus exportaciones agrícolas, fundamentalmente— y, con ellos, la propia supervivencia del Régimen. De ahí que el Gobierno español reconociese la necesidad de actuar en un contexto que ya no era el de posguerra: la economía española era ahora más fuerte pero necesitaba abrirse al mercado internacional; una tarea que obligaba a acometer una reforma ministerial.

Así pues, y tal y como diría Raimundo Bassols,

---

<sup>5</sup> TUSELL, X.: *La España del siglo XX. Desde Alfonso XIII a la muerte de Carrero Blanco*, Barcelona, Dopesa, 1975, p. 423.

<sup>6</sup> MAZA, E.: *La España de Franco*, Madrid, Actas, 2002, p. 79.

“la larga historia del viraje hacia Europa empezó un día que el general Franco nombró un gobierno de tecnócratas, integrado por hombres de espíritu abierto, en gran parte europeístas y que, en su fuero interno y en sus acciones, se manifestaron dispuestos a terminar, en la medida de lo posible, con el humillante aislamiento español”<sup>7</sup>.

No es casual, por tanto, que en 1958 España entrase a formar parte del FMI, del Banco Mundial y de la OECE —la misma que había gestionado el Plan Marshall, del que nuestro país había sido vetado— ni que un año después, en el 59, se anunciase el Plan de Estabilización y Liberalización de la economía española.

Pero, de la misma forma que el Caudillo reconocía la urgencia de remodelar la economía nacional, se mostraba férreo ante el posible cuestionamiento de su figura. Una postura que, de alguna manera, encajaba con la actitud de Reino Unido, reticente a ceder soberanía a la joven CEE pero atenta a sus progresos en materia económica.

En 1960, Londres había tratado de contrarrestar el avance de la Comunidad lanzando, junto a seis países de su entorno, la Asociación Europea de Libre Comercio. Dado que se circunscribía al ámbito económico, esta iniciativa parecía atractiva para los intereses del equipo de Franco, pero pronto quedaría deslegitimada por la solicitud del Gobierno británico —formalizada en agosto del 61— de integrarse en el proyecto europeo<sup>8</sup>, confirmando así el éxito y la aparente superioridad del Mercado Común<sup>9</sup>. Madrid, de la

---

<sup>7</sup> BASSOLS, R.: *España en Europa. Historia de la adhesión a la CE 1957-85*, Madrid, Política exterior, 1995, p. 27.

<sup>8</sup> Para Bartolomé Mostaza, que escribía en las páginas del diario *Ya*, esta era una decisión revolucionaria, ya que Londres abandonaba una política que venía manteniendo desde el año 1815. Ver *Ya*, 1-8-1961, p. 3. Curiosamente, esta cabecera llamaba a los Seis a no desnaturalizar su propia obra —que debía acabar en la unión política, y con ella en ella— aceptando el deseo de Londres de obtener estatus especial dentro de la Comunidad, de manera que la entrada de los británicos representaba oportunidad pero también amenaza para la unidad europea. Ver *Ya*, 2-8-1961, p. 3. El corresponsal de *Arriba* en las Islas, Guy Bueno, se hacía eco del anuncio sobre el noviazgo —que no boda, ya que la sortija aún podría ser retirada si no convencía la dote ofrecida por doña Europa— pronunciado por Macmillan en los Comunes, donde se había escuchado más resignación que júbilo. De confirmarse el matrimonio, este no sería de amor sino de conveniencia: “Las ventajas de una asociación se medirán por el rasero de los intereses locales y no por lo más anchos y generales europeos”, aseguraba el cronista. Ver *Arriba*, 1-8-1961, p. 8. En estas mismas páginas pero una jornada después, la pluma habitual de J. L. Gómez Tello sentenciaba que la insularidad de Reino Unido era insostenible tanto en lo político como en lo económico. Ver *Arriba*, 2-8-1961, p. 5. Para Jesús Suevos, Londres se dejaba de ilusiones y nostalgias para procurar lo posible, que era acomodarse a una posición más íntima y modesta. Ver *Arriba*, 13-8-1961, p. 12.

<sup>9</sup> Sobre este evento FLEITES MARCOS, Á. M.: “La primera tentativa británica para entrar en el Mercado Común vista desde España, 1961-1963” en *Historia Actual Online*, nº 44, vol. 3, 2017, pp. 21-33. Por otro lado, para abordar el acercamiento de España a la integración europea a partir de entonces SENANTE, H.: *España ante la integración europea (1962-1967): el largo proceso para la apertura de negociaciones*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2002. Sobre las relaciones Londres-Madrid durante estos años

mano del ministro Castiella, no dudaría en seguir la estela británica y, en febrero del 62, elevaba a Bruselas el deseo de España de asociarse a la CEE<sup>10</sup>: una fórmula más flexible y realista que la de la integración.

Parafraseando a la profesora Senante, la falta de homologación política —ya fuera excusa o causa del rechazo— constituiría una dificultad infranqueable para la política de acercamiento a la CEE. En cambio, la distancia económica iría acortándose de tal manera que el despegue español haría apetecible establecer vínculos que regularan las relaciones entre ambas partes<sup>11</sup>.

Así, habría que esperar al 29 de junio de 1970 —la jornada previa al reinicio de las negociaciones que, esta vez sí, llevarían a la adhesión de Reino Unido al Club— para la firma del Acuerdo Preferencial que, por vez primera, vinculaba al Régimen a las instituciones comunitarias<sup>12</sup>. Dicho acuerdo —cuyo impacto sigue generando controversia entre los académicos<sup>13</sup>— sería la antesala de la solicitud de integración formalizada en el verano de 1977, efectuada ya por un gobierno elegido a través de las urnas.

---

LABARTA, C.: “Las relaciones hispano-británicas bajo el franquismo, 1950-1973” en *Stud. Hist. Hª cont.*, nº 22, 2004, pp. 85-104.

<sup>10</sup> Como recordaba Zaratiegui, la entrada de Reino Unido preocupaba en España en tanto en cuanto las Islas recibían casi la mitad de sus exportaciones agrícolas y, de confirmarse su adhesión a la Comunidad, serían tratadas con las mismas reglas que las de los Seis. Citado en ZARATIEGUI, J. M.: *Europa, no sin España: (1968-1978)*, Pamplona, EUNSA, 2017, p. 13.

<sup>11</sup> SENANTE, H.: “La Europa de los años 60 y la política española ante la CEE”, pp. 152-53 en FORNER, S.: op. cit.

<sup>12</sup> Como diría Charles Powell, “el acuerdo preveía una nada desdeñable reducción de aranceles por parte comunitaria que facilitó enormemente la exportación de productos españoles, mientras que por parte de España la reducción arancelaria fue lo suficientemente cauta como para no perturbar en exceso el mercado nacional”. Citado en POWELL, C.: “La larga marcha hacia Europa: España y la Comunidad Europea, 1957-1986”, Real Instituto Elcano, documento de trabajo, 2014.

<sup>13</sup> Para algunos, el Acuerdo de 1970 entre España y la CEE era un mero acuerdo comercial, de duración limitada y adoptado en la consideración de España como país mediterráneo, en la misma línea que Israel o Marruecos. Para otros, sin embargo, significaba el primer paso hacia la integración y entendían que los términos del acuerdo mostraban una deferencia particular hacia nuestro país. Menor polémica generaría en la prensa. Tal y como apuntaría María Teresa La Porte —y como se verá a continuación— en la prensa española de la época hubo unanimidad a la hora de valorar este acontecimiento como un hecho muy positivo para la política económica y exterior de España, obviando, eso sí, los principios políticos que inspiraba la organización. Citado en LA PORTE, M. T.: *La política europea del régimen de Franco, 1957-1962*, Pamplona, EUNSA, 1992, p. 334.

Si la España franquista había tratado de mantener un equilibrio entre la aproximación y la diferenciación en su política hacia el proyecto europeo<sup>14</sup> —en cierta medida, al igual que Reino Unido en un primer momento, aunque con motivaciones y cronologías dispares— la España democrática apostaría, sin vacilación alguna, por la primera opción: la del acercamiento. En 1986, nuestro país se estrenaba como Estado miembro de la actual Unión Europea.

### 3.1.2 Análisis descriptivo

#### 3.1.2.1 De la rendición de Alemania a la creación del Consejo de Europa (1945-1949)

El 7 de mayo de 1945 Alemania firmaba la capitulación y, con ella, el fin de la Segunda Guerra Mundial en territorio europeo. De los diarios españoles analizados, todos situaban este tema en portada. No obstante, su óptica era eminentemente nacional: concluía un conflicto en el que España, confundida con la figura de Francisco Franco, había permanecido neutral. La postura del Caudillo —coincidían todos— no era sinónimo de insensibilidad; el general no había sido ajeno a la contienda, pero había sabido resistir con habilidad la presión de quienes deseaban involucrar a España.

“Victoria de Franco”<sup>15</sup>, decía Luis de Galinsoga en las páginas de *Arriba*, coincidiendo con el título del editorial de *La Vanguardia Española*<sup>16</sup>. Para *Pueblo*, el Caudillo era el hombre del día: en una Europa arrasada, el Escorial seguía en pie. Y es que, como recordaba Luis Araujo-Costa en *ABC*, la paz para los españoles había llegado años antes con la victoria del bando nacional<sup>17</sup>.

Por tanto, existía unanimidad: el jefe del Estado había salvado al país en 1936 — al impedir la instauración del comunismo en España— y ahora lo hacía de nuevo al haber evitado la participación en la guerra global. En adelante, la URSS representaba la mayor amenaza para la paz y, dado que el Régimen había logrado derrotar al socialismo en su día, nuestro país debía contar en el nuevo orden mundial que se estaba gestando.

---

<sup>14</sup> MORENO, A.: *Franquismo y construcción europea (1951-1962). Anhelos, necesidad y realidad de la aproximación a Europa*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 51.

<sup>15</sup> *Arriba*, 8-5-1945, p. 12.

<sup>16</sup> En adelante, *LVE*.

<sup>17</sup> *ABC*, 8-5-1945, p. 3.

En el diseño de ese mundo naciente, Winston Churchill —entonces jefe del Partido Conservador británico— visualizaba la creación de los Estados Unidos de Europa. El 19 de septiembre de 1946 exponía su idea en Zúrich, en un discurso que continuaría resonando hasta la actualidad. Todos los periódicos españoles daban fe de su intervención en la ciudad suiza —*Arriba* y *Ya* destacándola en portada— y, en general, se aplaudía su contenido. Ahora bien, la propuesta apenas generaría debate en las páginas de *Arriba* y *Pueblo*, cuyas referencias al alegato del ex *premier* británico se agotaban ese mismo día. Por su parte, *Ya*, que consideraba necesaria la agrupación estrecha de los pueblos de Europa, sería el que —junto a *LVE*— daría mayor cobertura del evento. Ambas cabeceras no solo recurrirían a los contenidos de EFE sino que recogerían voces propias, compartiendo la de Augusto Asía, para quien el peligro bolchevique obligaba a Europa a unirse en la línea recomendada por Churchill.

La crítica más directa a las palabras del político inglés llegaría desde *ABC*, que valoraba dicho proyecto pero dudaba de su viabilidad: “¿Y qué generosos Estados Unidos europeos pueden surgir, cuando en una gran parte de Europa domina la mentalidad de 1807 y de 1939?”<sup>18</sup>. Con esta pregunta retórica, *ABC* hacía alusión a los acuerdos alcanzados en su día por Napoleón y la Alemania nazi con Rusia para repartirse el territorio europeo. De estas reticencias también se hacía eco *LVE* en su “Nota del día”: la iniciativa supranacional “de momento, parece una hermosa utopía”<sup>19</sup>.

Año y medio después, en marzo de 1948, se creaba la Unión Europea Occidental. Por medio del Tratado de Bruselas, Francia, Reino Unido y los países del Benelux instituían una organización que —sin dirigirse contra nadie, al menos oficialmente— garantizaba la defensa mutua de sus miembros. Casi todas las cabeceras españolas llevarían este asunto en primera plana, con contenidos mayoritariamente de agencia en su interior. No obstante, se daría prioridad al discurso pronunciado en el Capitolio por el presidente de EE.UU., Harry S. Truman, acentuando su consideración de que se había sido demasiado blando con la Unión Soviética; una reacción que la prensa española aplaudía y que aprovechaba para intensificar su campaña a favor de la incorporación de España al frente occidental, de tal manera que esta contribuyese a contrarrestar la agresividad rusa.

---

<sup>18</sup> *ABC*, 21-9-1946, p. 7.

<sup>19</sup> *LVE*, 20-9-1946, p. 3.

Estos días, *ABC* era el más insistente desde el espacio editorial: encontraba más dudas y menos energía en la UEO que en Washington, donde creía que se había tomado consciencia de la necesidad de contener la “barbarie marxista”, que avanzaba libremente desde el fin de la guerra. De ahí que concluyese que: “ningún país posee como España tan dolorosa experiencia para poder afirmar que, ante el asedio de Moscú, no hay más réplica que la fuerza ni más armas dialécticas que la guerra abierta. No se convence al comunismo; se le vence”<sup>20</sup>. En una línea parecida, Manuel Blanco Tobío, comentarista habitual en *Pueblo*, esperaba que la recién creada UEO frenase los ímpetus de la URSS, pero confiaba el éxito de la contención al respaldo norteamericano: “si los Estados Unidos no recobran su poderío militar, la capacidad defensiva de Europa será puramente ilusoria”<sup>21</sup>.

Truman daba inicio a la Guerra Fría casi a la vez que firmaba el programa de ayuda para la reconstrucción de Europa — más conocido como Plan Marshall, del que España sería excluida—. La prensa española adoptaba un perfil bajo el día de su aprobación, aunque cuando se refería al asunto recordaba el apoyo de quienes abogaban por incluirla en dicha iniciativa. Sin embargo, todo el protagonismo se lo llevaría el llamado Protocolo Franco-Perón, un convenio entre el Régimen y Argentina por el cual esta última se comprometía, básicamente, a abastecer al primero de materias primas.

Además, tanto *Arriba* como *Ya* —que dejaban en un segundo plano la noticia de la rúbrica del Plan Marshall— aprovechaban para cargar contra el contubernio masónico-comunista que, en lo que consideraban una ofensiva antiespañola, dominaba por aquel entonces las instancias internacionales —entre ellas, la ONU—. *ABC* cuestionaba incluso la necesidad de contar con este tipo de organizaciones, puesto que, tal y como demostraban ahora el Caudillo y su homólogo argentino, la cooperación podía hacerse efectiva entre dos naciones siempre que hubiese buena fe y confianza entre ambas. Por su parte, *LVE*, en una de las escasas referencias a la iniciativa estadounidense, llegaría a decir que el Protocolo alcanzado con Argentina haría a España “mirar el porvenir inmediato sin mayor

---

<sup>20</sup> *ABC*, 18-3-1948, p. 7.

<sup>21</sup> *Pueblo*, 18-3-1948, p. 4.

desasosiego”, pudiendo asistir “como espectadora desinteresada a esa piñata que supone el ‘Plan Marshall’”<sup>22</sup>.

Justo un año después, en abril de 1949, nacía la OTAN, que vinculaba la defensa de Norteamérica con la de un conjunto de países de Europa Occidental. La prensa española<sup>23</sup>, que ya venía adelantando la celebración de dicho acontecimiento, aprovecharía la ocasión para —con cierto victimismo— volver a reclamar una rectificación internacional, entendiendo injustificado el aislamiento al que estaba siendo sometida España desde el final de la guerra. Según *Arriba*, se trataba del “peor error diplomático de la Historia”<sup>24</sup>; para *LVE* eran “irresponsabilidades de una embriaguez colectiva”<sup>25</sup>; “Justicia debida”, clamaba *ABC* desde su espacio editorial<sup>26</sup>.

Para todas las cabeceras, la nueva alianza militar probaba que el enemigo para la paz no era otro más que Moscú —mal que le pesase a los socialistas franceses e ingleses y, en general, a los defensores del apaciguamiento— y que cualquier entidad política de carácter mundial estaba condenada al fracaso. No debe sorprender, por tanto, uno de los titulares con los que abriría *Pueblo* el mismo día en que anunciaba la creación de la OTAN: “Puede morir esta primavera la Organización de las Naciones Unidas”<sup>27</sup>. De hecho, en la siguiente edición, Blanco Tobío comparaba la situación de la ONU con la de la Sociedad de Naciones en 1938, dada la incapacidad de ambas para garantizar la seguridad colectiva. El periodista gallego lanzaba incluso un vaticinio sobre la primera: “El edificio que para ella están construyendo será un hermoso mausoleo, un rico monumento funerario, donde yacerá una ilusión más de los pacifistas y utopistas que aún quedan en el mundo”<sup>28</sup>.

En definitiva, la OTAN era bienvenida —con las reservas pertinentes sobre sus posibilidades de éxito— y todos le otorgaban un lugar destacado en sus páginas. En ellas también se sucedían los lamentos por la ausencia de España de esta organización

---

<sup>22</sup> *LVE*, 4-4-1948, p. 4.

<sup>23</sup> Excluimos en esta fecha al diario *Ya*, por no encontrarse dicha edición en los archivos de la Biblioteca Nacional de España.

<sup>24</sup> *Arriba*, 5-4-1949, p. 3.

<sup>25</sup> *LVE*, 6-4-1949, p. 3.

<sup>26</sup> *ABC*, 6-4-1949, p. 7.

<sup>27</sup> *Pueblo*, 2-4-1949, p. 1.

<sup>28</sup> *Pueblo*, 5-4-1949, p. 4.

defensiva. De hecho, las cinco cabeceras se hacían eco de cualquier comentario procedente del extranjero favorable a la inclusión de España —por insignificante que fuese— ubicándolo en una posición de privilegio.

Un mes más tarde, el 5 de mayo de 1949, se constituía en Londres el Consejo de Europa, guardián de los valores democráticos en el continente europeo y, a la postre, inspirador del proceso de integración europea. Dicho acontecimiento pasaría desapercibido en las páginas de los diarios españoles<sup>29</sup>, centrados en una discusión que, sobre nuestro país, estaba teniendo lugar en el comité político de la ONU. La creación de este organismo no ocuparía ninguna portada —situándose en todo momento en un segundo plano— y cuando se informa de ello se hace de una manera breve y superficial, siempre con contenido de EFE. El único que se pronunciaría sería *LVE*, que veía en esta organización un medio de los países democráticos para atraer a Alemania: “una experiencia histórica trascendental” que lo convertía en “un experimento muy interesante”<sup>30</sup>.

### 3.1.2.2 De la Declaración Schuman al Informe Birkelbach (1950-1962)

El 9 de mayo se celebra el día de Europa por la fecha en que tuvo lugar la llamada Declaración Schuman: un alegato pronunciado en 1950 por el ministro francés de Asuntos Exteriores en favor de la unidad de Europa. De acuerdo con su propuesta, esta se iría desarrollando de forma progresiva a partir de la gestión compartida —por Francia y Alemania, al menos— del carbón y del acero, materiales básicos para iniciar una nueva guerra que se quería no solo evitar sino hacer prácticamente imposible. Este discurso sería el germen de la actual Unión Europea.

En la prensa española de la época, las palabras de Schuman serían acogidas de forma positiva, en tanto en cuanto promovían la paz y ofrecían una solución política a Alemania —entonces todavía intervenida por potencias extranjeras—. Ahora bien, se observaban reticencias y no se mostraba especial entusiasmo ni sorpresa por un plan que —recordaban— ya se venía gestando. Inglaterra acapararía las mayores críticas por sus

---

<sup>29</sup> Excluimos en esta fecha al diario *Ya*, por no encontrarse dicha edición en los archivos de la Biblioteca Nacional de España.

<sup>30</sup> *LVE*, 7-5-1949, p. 5.

vacilaciones ante la propuesta francesa de integración<sup>31</sup>. Sobre la posible participación de España, el lector de estos cinco diarios estaría perdonado por sentirse confuso: ninguna cabecera parecía tenerlo claro.

Por otro lado, aunque todos tratarían este tema, dándole continuidad en las ediciones posteriores, variaría la importancia otorgada por cada uno. *Arriba* lo incluía en la última página —por vez primera en nuestro análisis de la mano de su corresponsal— y habría que esperar al 6 de junio, casi un mes después, para que se pronunciase desde el espacio editorial: “Cualquier progreso en la recomposición de Europa nos beneficiará inevitablemente, al paso que conservamos la más absoluta libertad de movimientos y el cuerpo entero de nuestras posibilidades, fundadas en un cúmulo de ingredientes de necesidad histórica, que no precisa de reconocimiento formal alguno. España, bajo el pulso seguro de Franco, tiene motivos para mirar complacida el curso de los acontecimientos”<sup>32</sup>.

Por su parte, ni *Pueblo* ni *ABC* ubicarían el discurso en un lugar preferente, mientras que *Ya* y *LVE* sí lo incluirían como destacado: el primero en portada y el segundo en la página inicial de Información del extranjero. El diario catalán le dedicaba incluso su “Nota del día” —titulada “El inevitable camino”— en la que consideraba el plan francés como “una magnífica idea política”<sup>33</sup>, producto de la política de Stalin. Blanco Tobío, desde las páginas de *Pueblo*, también aplaudía la iniciativa pero se mostraba más escéptico: “antes de comprar una montura hay que tener un caballo”<sup>34</sup>. Ciertamente —coincidía el corresponsal de *LVE* en París—pero “en el fondo, este viejo pueblo que ha inventado la lógica, no sabe descartar del todo la ilusión”<sup>35</sup>.

---

<sup>31</sup> Sobre todo procedentes de Manuel Blanco Tobío, que celebraba la iniciativa francesa y entendía que la paz en Europa no tenía por qué ser necesariamente británica. Ver *Pueblo*, 12-5-1950, p. 6. Además, el mismo autor comparaba a Reino Unido con el perro del hortelano: “Grave cosa ha sido para Inglaterra que franceses y alemanes se hayan vapuleado tan frecuentemente; pero más grave será todavía que estos comiencen, al cabo de tres siglos, una inesperada luna de miel. Solo dividiendo a Alemania y a Francia pudo Inglaterra desempeñar un papel hegemónico en Europa, conforme a la técnica ‘made in England’ del equilibrio europeo”. Ver *Pueblo*, 12-5-1950, p. 6. *Arriba*, en su edición del 6 de junio, afeaba a los británicos su morosidad y mala gana respecto al Plan Schuman, mientras que el diario *Ya*, el día 12, advertía lo siguiente: “No hay que olvidar que Gran Bretaña se ha considerado siempre algo que está por encima o más allá de Europa. Los asuntos del continente le han interesado como circunstancia o vecindad; nunca como naturaleza o esencia propia” (número de página extraviado en ambos casos).

<sup>32</sup> *Arriba*, 6-6-1950, p. 1.

<sup>33</sup> En esta misma pieza, el diario entendía que la inclusión de Reino Unido —al que instaba a participar en la propuesta de integración— era la parte más difícil del plan francés. Ver *LVE*, 10-5-1950, p. 6.

<sup>34</sup> *Pueblo*, 10-5-1950, p. 6.

<sup>35</sup> *LVE*, 12-5-1950, p. 7.

Y así, entre viejos rencores y nuevas ilusiones en el Viejo Continente, se llegaría a la firma de la CECA en abril de 1951, lo que *de facto* suponía la aprobación del Plan Schuman. Para los diarios españoles, que relegarían este evento a un segundo plano, ello significaba, antes que nada, la admisión de Alemania como una igual entre las demás naciones europeas; algo digno de celebración. Además, se seguía censurando la posición titubeante de Londres<sup>36</sup>.

Quizá lo más llamativo sería la ausencia de contenido en *Pueblo*, indiferente a la creación de la CECA. Por su parte, *Arriba* ofrecía una visión negativa: los alemanes habían aceptado el plan, sí, pero “con repugnancia”<sup>37</sup>; los recuerdos del pasado levantaban sospechas sobre el éxito de la iniciativa, cuya firma, además, parecía peligrar los días previos; y, al fin y al cabo —como diría su corresponsal en París— se trataba de un proyecto “de enjundioso concepto y muy dificultoso en su administración”<sup>38</sup>. Por otro lado, el diario *Ya* llevaba el tema en portada pero prácticamente agotaba en ella sus alusiones al mismo. Son referencias, en todo caso, breves y de agencia, sin una cobertura propia durante los días previos y posteriores a la firma.

En una línea parecida, al lector de *ABC* le pasaría prácticamente desapercibido el nacimiento de esta entidad supranacional: habría que dirigirse a un subtítulo de la página veintiuno para encontrar información al respecto y, de nuevo, con piezas escuetas de EFE. En *LVE*, la primera mención aparecería en la última página de la información de carácter internacional. Habría que esperar a ediciones posteriores para encontrar alguna referencia en las crónicas procedentes de Bonn y París, ambas transmitiendo el mismo mensaje: quedaba un largo camino por recorrer pero las bases estaban puestas y el noble propósito merecía el intento.

En definitiva, mientras Europa renacía en París, la prensa española miraba hacia otro lado. Principalmente, hacia sí misma, culpando al exterior de los males económicos que

---

<sup>36</sup> Apenas una semana antes de la firma de la CECA se podía leer lo siguiente en las páginas de *Arriba*: “Dirigiendo la política europea mediante la rivalidad francoalemana, con una pequeñez de miras que habrá de tenerse, al final, por la única explicación de lo efímero de su hegemonía mundial. Inglaterra ha cultivado un egoísmo cínico que impidió la paz y la evolución progresiva de Europa”. Ver *Arriba*, 12-4-1951, p. 11.

<sup>37</sup> *Arriba*, 19-4-1951, p. 11.

<sup>38</sup> *Arriba*, 17-4-1951, p. 11.

padecía entonces el país, y también hacia Portugal, con todas las portadas llorando el fallecimiento del mariscal Carmona, figura clave de la política portuguesa.

Con la CECA ya en funcionamiento, los seis Estados que la componían darían el siguiente paso en el ámbito militar y defensivo. El objetivo no era otro que dotarse de sus propias fuerzas armadas. Surgida en mayo del 52, la Comunidad Europea de Defensa acabaría siendo rechazada dos años más tarde, encontrándose con la oposición de la Asamblea Nacional francesa en el proceso de ratificación. El propio corresponsal de *Pueblo* en París —el primero que aparece en nuestro análisis de este diario— advertía al día siguiente de constituirse la CED de la falta de apoyo con la que contaba dicha iniciativa en el parlamento francés.

Las cinco publicaciones destacarían la creación de la CED —ahora bien, ninguna en portada— pero apenas profundizarían en ella y rebotarían mucho contenido de EFE. Además, este asunto sería relegado por la firma de la paz entre las potencias aliadas y Alemania, que recuperaba parte de la soberanía perdida al término de la Segunda Guerra Mundial.

*Arriba*, que consideraba insuficientes los poderes otorgados a Bonn, aprovecharía la coincidencia de ambos acontecimientos para comentar que las iniciativas supranacionales de Europa occidental se basaban, antes que nada, en el temor indisimulado de Francia a Alemania. De hecho, entendía que la CECA “por encima de toda argumentación sofística, no tenía más objetivo que impedir que la economía francesa fuera absorbida por la vitalidad industrial germana”<sup>39</sup>. *LVE*, en cambio, abrazaba el tratado de paz y celebraba la creación de la CED: “otra firma trascendental, otro hecho de importancia histórica”<sup>40</sup>, puesto que se creaba un ejército europeo por primera vez en la historia. El diario catalán creía que se trataba de los dos eventos más importantes desde 1945.

*ABC* no reflejaba el mismo entusiasmo; de hecho, priorizaba las elecciones municipales en Italia sobre la formación de la CED y solo aparecía una valoración, con la firma habitual de A. R. Este último lamentaba que las democracias, actuando “con sinceridad poco diplomática”, hubiesen hablado explícitamente de ejército en el contexto de

---

<sup>39</sup> *Arriba*, 30-5-1952, p. 12.

<sup>40</sup> *LVE*, 27-5-1952, p. 15.

entonces, un vocablo que despertaba recelos tanto en quienes temían el resurgimiento de la Reichwehr como en aquellos que aspiraban todavía a unificar Alemania<sup>41</sup>.

Tres años más tarde, en 1955, ya con la CED enterrada, los países miembros de la CECA se reunían en Mesina con el principal objetivo de superar dicho fracaso y seguir avanzando por la vía económica. Esta conferencia acabaría siendo el germen de la CEE, que establecía la creación del Mercado Común. Analizando las páginas de los diarios españoles durante los días que se produjo dicha reunión, observamos que el foco no estaba en esta ciudad siciliana sino en Inglaterra, sacudida por una situación de marcada crispación social<sup>42</sup>.

*Arriba*, que aprovecharía este convulso escenario en las islas británicas para poner de manifiesto las flaquezas del capitalismo liberal, apenas informaba de lo que estaba sucediendo en Mesina. Habría que esperar al cierre de la conferencia para que expusiese, con contenidos de EFE y en una posición secundaria, los resultados de la misma. Además, durante los días previos solo se había interesado por el cambio en la presidencia de la CECA, una de las cuestiones que debían ser resueltas por los allí reunidos. *Pueblo*, por su parte, no daría ni fe de la conferencia<sup>43</sup>. *ABC* seguiría una línea parecida: de Mesina solo nos llegaba —y desde un lugar casi imperceptible— que la CECA había elegido a su nuevo jefe; mientras que, el día que finalizaba la cumbre, se destacaba la opinión del vicepresidente del Bundestag, para quien Europa debía contar con España si quería estar completa.

Por otro lado, *Ya* ofrecía cierto seguimiento —dedicándole un espacio mínimo en portada, tanto al inicio como al final de las conversaciones— y contaba con voces propias sobre el terreno. Una de ellas, la de Antonio Mira, anunciaba el arranque de la reunión, considerando que merecía ser observada, ya que se esperaba “con razón o sin ella” un renacimiento de la “pequeña Europa”<sup>44</sup>. Una vez concluida, el diario de Edica titulaba “optimismo aparente y pesimismo real después de la reunión de Mesina”<sup>45</sup>. Ya en el

---

<sup>41</sup> *ABC*, 28-5-1952, p. 31.

<sup>42</sup> De alguna manera, parecía que se quería enviar el mensaje de que el sistema electoral, incluso en Reino Unido —que acababa de tener una cita con las urnas— no era una garantía para preservar la cohesión ni la estabilidad.

<sup>43</sup> Curiosamente, sí informaría unos días más tarde de los resultados electorales en Sicilia.

<sup>44</sup> *Ya*, 1-6-1955, p. 3.

<sup>45</sup> *Ya*, 4-6-1955, p. 1.

interior, su corresponsal en Roma —que suscribía las tesis del Benelux, favorable a la integración económica total para luego alcanzar la unión política— informaba de la falta de acuerdo entre Francia y Alemania a la hora de derribar las barreras nacionalistas. Mismo mensaje que transmitía Bartolomé Mostaza desde su columna: “todo seguirá, por ahora, lo mismo”<sup>46</sup>.

Serían las páginas de *LVE* las que cubrirían con más contenido y regularidad dicho evento, situado entre los destacados de Extranjero. Antonio Martínez, desde París, creía interesante la reunión de Mesina por las dos tendencias que se enfrentaban: la del Benelux buscando un relanzamiento europeo —a la que se adscribía— y las de Alemania, Francia e Italia, reticentes a ceder mayores cuotas de soberanía. Al término de la misma, el propio cronista concluiría que Mesina había terminado en una “deliberada vaguedad”<sup>47</sup>. *LVE* sería el único periódico que se pronunciaría sobre esta cita, y lo haría para llamar a la profundización de la integración europea, a la vista del éxito que, en su opinión, había supuesto la constitución de la CECA.

Como decíamos, Mesina parió Roma. El 25 de marzo de 1957 se firmaba en la capital italiana el tratado que daría lugar a la CEE<sup>48</sup> y, con ella, al Mercado Común. Al día siguiente, la prensa española ofrecía una amplia cobertura sobre un tema que se situaba entre los más destacados de la jornada. Ahora bien, antes y después de dicha fecha la atención se dirigiría hacia otros asuntos internacionales, por lo que no se puede hablar de un interés sostenido en el tiempo.

Además, durante estos días no faltarían referencias a la posibilidad de que España ingresase en la OTAN —a propósito de lo declarado por un miembro del Congreso de EE. UU.— y se mantendrían —sobre todo en *Arriba*, *Pueblo* y *ABC*— los mensajes de orgullo patrio que insistían en la fortaleza de un país que se había reconstituido por sí mismo pese a la indiferencia del mundo exterior. Así pues, en el mismo instante en que Europa occidental unía sus economías para hacerse más fuerte en el escenario mundial, la prensa española se vanagloriaba de la autosuficiencia de la propia nación.

---

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> *LVE*, 4-6-1955, p. 15.

<sup>48</sup> Además de un segundo por el que se establecía la EURATOM.

*Arriba*, nunca antes tan involucrado en los avances del proyecto europeo, llevaría el tema en su portada interna del día 26, dedicándole una página entera que incluía la crónica de su corresponsal en Roma. La única pieza de opinión sería la “Nota internacional” de J. L. Gómez Tello, quien comparaba la firma del día anterior —“un hecho que quizá el tiempo reduzca”— con fracasos como el de la CED. Ello le llevaba a afirmar lo siguiente: “honradamente, somos escépticos”. Para él, los padres de la Comunidad eran el socialista Spaak, a cuya Europa federal le faltaba “un verdadero contenido”<sup>49</sup>, y Adenauer, “idealista y místico de Europa” como antes lo habían sido Carlomagno o Hitler<sup>50</sup>.

El mismo día de la firma, por la tarde, *Pueblo* abría con un titular grandilocuente: “Ha nacido para la historia un nuevo concepto de Europa”. Pilar Narvi3n sería la encargada de comentar desde Roma la celebraci3n de dicho evento, tanto en esta edici3n como en la del día siguiente. La periodista aragonesa exponía algunas de las ventajas prácticas que el nuevo acuerdo ofrecería a los ciudadanos de la Comunidad, a la que reconocía su potencial económico. Ahora bien, no se dejaba llevar por el triunfalismo: “una revoluci3n económica de tal especie tiene que arrastrar tras de sí innumerables víctimas”<sup>51</sup>, sobre todo por el aumento de la competencia que conllevaba el naciente Mercado Común.

Curiosamente, la portada de *Pueblo* del día 26 abriría con la reacci3n de Londres a la constituci3n de la CEE: “Inglaterra teme que Alemania asuma el control de la Pequeña Europa”<sup>52</sup>. De hecho, Bartolomé Mostaza, en lo que parecía un guiño a las Islas y a la propia Espa3a, decía desde las páginas de *Ya* que querer situarse al margen de las Comunidades podía ser “un grave error”. Ahora bien, el mismo autor esperaba que el nuevo bloque emergente naciese con sentido europeo y no de grupo; con espíritu abierto y no encerrado en sí mismo<sup>53</sup>.

El diario *Ya* también llevaría en portada la rúbrica de los Tratados de Roma, a la que se referirían tres de sus corresponsales en sus crónicas para esta edici3n. En todas se advertía cierta ilusi3n por el nuevo tiempo que se abría. Una de ellas era la de Augusto Assía, para quien la firma de Roma representaba “el primer paso firme hacia la reunificaci3n de la

---

<sup>49</sup> De ahí que, con cierta burla, el autor se refiriese a Europa como “pequeñita Europa de seis países”.

<sup>50</sup> *Arriba*, 26-3-1957, p. 9.

<sup>51</sup> *Pueblo*, 26-3-1957, p. 1.

<sup>52</sup> *Ibíd.*

<sup>53</sup> *Ya*, 26-3-1957, p. 1.

Europa desunida por la Reforma”<sup>54</sup>. Esta pieza, de marcada interpretación religiosa, también aparecía en las páginas de *LVE*, que a través de sus propios cronistas se hacía eco, a su vez, de las reacciones desde Nueva York y Bonn.

El periódico catalán abría con este asunto su sección de internacional, donde dejaba plasmada su idea de que convendría, tarde o temprano, ampliar el Club a otros países vecinos: “que toda la Europa occidental debe llegar a entrar en el sistema, de una manera o de otra, y tras las etapas que haga falta, parece absolutamente obvio”<sup>55</sup>. No obstante, la crónica de Ángel Zúñiga sería la única que hablase abiertamente de la relación España-CEE: “a esa pequeña Europa le faltan naciones como España, que en tantos sentidos hizo una Europa grande, dándole conceptos eternos. Y ya no hablemos de la historia más reciente en que España ha sido la nación primera que luchó y derrotó al comunismo en una época en que ser anticomunista no estaba tan de moda como ahora”<sup>56</sup>.

*ABC*, por su parte, con una cobertura muy pobre del evento, lo situaría como el primer tema de su portada interna. Y lo haría con una crónica de Julián Cortés-Cavanillas, que aunque abrazaba la idea de unir política y económicamente a “esta Europa vieja y desintegrada (...) bajo el signo cristiano y fraterno de la paz en la libertad”, transmitía la sensación de que reinaba el pesimismo ante unos tratados tan difíciles de comprender como de aplicar, con el precedente de la fallida CED como advertencia<sup>57</sup>.

El caso es que la CEE iniciaba su andadura y, aunque su éxito estaba todavía por demostrar, la unión aduanera que comenzaba a hacerse efectiva entre sus seis Estados miembros obligaba a Reino Unido a reaccionar. Reacio a participar en proyectos de soberanía compartida pero necesitado de preservar la relación comercial con sus vecinos, Londres promovería un proyecto alternativo: una zona de libre cambio entre siete países pertenecientes a la OECE que habían permanecido al margen del bloque comunitario<sup>58</sup>. Dicha asociación —la llamada EFTA, menos ambiciosa que el Mercado Común— sería constituida por el Tratado de Estocolmo el 4 de enero de 1960. La decisión inicial de

---

<sup>54</sup> *Ibidem*.

<sup>55</sup> *LVE*, 26-3-1957, p. 10.

<sup>56</sup> *LVE*, 26-3-1957, p. 12.

<sup>57</sup> *ABC*, 26-3-1957, p. 5.

<sup>58</sup> Esto es, Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Reino Unido, Suecia y Suiza.

aliarse había sido formalizada en la reunión de los siete países durante los días 20 y 21 de julio del 59, dando paso a un periodo de negociaciones que concluiría el 19 de noviembre.

Con referencias puntuales —la gran mayoría de agencia— la prensa española pasaría prácticamente por alto las tres fechas señaladas. De ellas, las conversaciones de julio serían las que encontrarían mayor eco en sus páginas, aunque este evento se vería superado por otro que coincidiría en el tiempo y que atraería toda la atención: la entrada de España en la OECE. De hecho, a lo largo de estas jornadas se sucederían las reflexiones sobre el estado de la economía española, presentando el ingreso en este organismo como un paso largamente meditado por el Gobierno español, consciente de la necesidad de abrir una nueva etapa de cooperación económica tras el aislamiento al que había sido sometida y que tan bien había resistido. El “mundo libre” —todos coincidían— había rectificado. Se hacía justicia con España y esta debía entrar con el mejor ánimo en el concierto europeo.

“Fe y confianza recíproca de España en Europa y de Europa en España”, decía por aquel entonces *ABC*<sup>59</sup>. Para *Arriba* había llegado el momento de adaptarse: “en nuestro tiempo ninguna nación, por importante que sea, puede permitirse vivir aislada”<sup>60</sup>. *Pueblo*, que también celebraba el fin de la autarquía, se planteaba qué modelo debía seguir España: el de la CEE —un “capitalismo cartelizado”, que había abandonado la idea social de Europa— o el de la futura EFTA proyectada por los británicos —un “liberalismo universalista” —. Sin ofrecer una respuesta, lamentaba que la “guerra tácita” entre ambos bloques estuviese debilitando “la idea de la Gran Europa”<sup>61</sup>.

Desde el diario *Ya*, Bartolomé Mostaza sí que se posicionaba: apostaba por un acuerdo comercial que incluyese a todos los países de la recién ampliada OECE. En esta época de cambio, *LVE* llamaba a sus lectores a la confianza: “la fe de los españoles, esa fe que en tantas ocasiones les ha salvado, volverá a obrar de nuevo el milagro de nuestra definitiva ordenación económica”<sup>62</sup>.

---

<sup>59</sup> *ABC*, 22-7-1959, p. 36.

<sup>60</sup> *Arriba*, 22-7-1959, p. 9.

<sup>61</sup> *Pueblo*, 20-7-1959, p. 3.

<sup>62</sup> *LVE*, 22-7-1959, p. 3.

Ya en noviembre —coincidiendo con el aniversario del asesinato de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, que acapararía toda la atención— apenas se daría cobertura al acuerdo de los “Siete Exteriores”<sup>63</sup>, a excepción de *LVE*. El diario *Pueblo* lo obviaba completamente, mientras que en *ABC*, con una mención aislada, pasaba casi desapercibido. En general, las pocas referencias ponían de relieve, por un lado, las limitaciones de la EFTA —Asía transmitía que pocos creían que fuese a ser capaz de competir con el Mercado Común— y, por otro, su contribución a la división de la vieja Europa. Para Guy Bueno, desde *Arriba*, esta última parecía hallarse “en vísperas de una nueva y más aguda fase de su ya larga historia de rivalidades”<sup>64</sup>. Bartolomé Mostaza, al igual que *LVE*, se mostraba más optimista y creía que se acabaría alcanzando una solución entre ambas partes.

En enero de 1960, la firma del Tratado de Estocolmo solo merecería el interés de *Ya* y *LVE*, que se limitarían a dar fe de ello al día siguiente. No obstante, en esa misma edición, tanto el diario de Edica como *Pueblo* seguirían reflexionando en torno al encaje de España en el proyecto de construcción europea, por el que ninguno escondía su atracción. El primero hacía hincapié en la naturaleza de España como país puente por sus vínculos con América y los pueblos árabes, lo que obligaba a que no fuese tratada como un mero apéndice de Europa. Por ello, la integración —advertía— debía preservar la diversidad de sus miembros. *Pueblo* también lanzaba otro aviso: la unificación económica, si bien deseable, no debía alcanzarse por la vía del liberalismo económico, que solo llevaría a la servidumbre y al imperialismo, sino a través de una supresión progresiva de las barreras arancelarias que atendiese a la realidad particular de cada país.

Pero si, por aquel entonces, la prensa española se involucraba cada vez más en el debate sobre la relación de España con sus vecinos europeos, algunos eventos que afectaban a esta última serían despreciados o directamente ignorados. Entre estos últimos, el silencio más sonado tendría lugar a propósito del Informe Birkelbach. Dicho documento, publicado el 15 de enero de 1962 y debatido en el Parlamento Europeo una semana después, exigía el requisito democrático a todo candidato que deseara entrar en las Comunidades, lo que, *de facto*, suponía un veto a las posibles aspiraciones españolas de acercarse a la Europa de los Seis.

---

<sup>63</sup> Así se refería a ellos la prensa de la época.

<sup>64</sup> *Arriba*, 21-11-1959, p. 19.

Los periódicos españoles harían oídos sordos de este escrito oficial y, durante estos días, centrarían su mirada en el acuerdo agrícola alcanzado por los Estados miembros de la Comunidad. Así se iniciaba —y los diarios españoles lo celebraban— la Política Agraria Común proyectada en el Tratado de Roma del 57<sup>65</sup>, haciendo más urgente todavía la reacción de España para mitigar su impacto sobre la economía doméstica.

### 3.1.2.3 De la Carta Castiella al Acuerdo Preferencial (1962-1970)

Una vez conocido el deseo de Reino Unido de adherirse a las Comunidades —lo que, en la práctica, evidenciaba la superioridad del Mercado Común sobre la EFTA— España decidía solicitar la apertura de negociaciones con la CEE. El 9 de febrero de 1962, el ministro Castiella dirigía una carta a Bruselas transmitiendo el deseo de Madrid de asociarse a las instituciones europeas.

Que este evento era inesperado lo probaría el hecho de que ningún periódico de los analizados se refiriese al asunto hasta el día después de producirse. *Pueblo*, por su carácter vespertino, sería la única excepción: por la tarde, a las pocas horas de formalizarse la solicitud, se hacía eco de la noticia. A la mañana siguiente, todas las cabeceras españolas analizadas situaban este tema entre los más destacados de la jornada. Se sucedían las explicaciones sobre el Mercado Común y se recogía la favorable acogida de la solicitud en otras capitales<sup>66</sup>. Además, todas incluían en portada —ya fuera la principal o la interna— la nota distribuida por la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores.

---

<sup>65</sup> En *ABC*, la primera referencia al Informe Birkelbach llegaría en abril de 1964. Salvador López de la Torre recordaba entonces la pertinencia de acudir a dicho documento antes de pretender establecer algún tipo de relación con la CEE —sin entrar en más detalles—. No obstante, habría que esperar hasta julio de 1972 para que el mismo autor expusiese abiertamente que, de acuerdo a dicho informe, la adhesión a las instituciones europeas era imposible si el Estado solicitante no estaba regido por un sistema democrático. *LVE*, por su parte, mencionaba por vez primera la existencia de obstáculos políticos a la posible adhesión de España citando unas palabras de Ramón Tamames en diciembre de 1966. Poco después, a principios de julio de 1967, refiriéndose al contenido del Informe Birkelbach, ya se hablaba expresamente del requisito democrático exigido a cualquier país que aspirase a formar parte de las Comunidades.

<sup>66</sup> Resulta curioso que, en la edición del día 11, *Arriba* mencionaba una crónica del corresponsal del *Times* en Bruselas en la que decía que la asociación de España a la CEE no presentaba demasiados problemas. Sin embargo, si acudimos a dicha crónica observamos que se hablaba, sobre todo, de la fuerte oposición que se esperaba a la solicitud española. Ver *The Times*, 10-2-1962, p. 8.

*Arriba* insistía desde el espacio editorial en que la decisión del Gobierno había sido fruto de un estudio pormenorizado y contaba con el apoyo casi unánime de la población. Ahora debía producirse un “encaje sin violencias”, paso por paso<sup>67</sup>. Una asociación prudente, por fases, también defendida por el diario *Ya*, que celebraba que la solicitud siguiese la línea política que venía defendiendo el propio diario: “ha sonado la hora de reformar las viejas estructuras nacionalistas”<sup>68</sup>. O, como diría *ABC*, “la política del ‘wait and see’, del ‘aislamiento expectante’ ya no tiene sentido”. Para el diario de los Luca de Tena, “simplemente se ha hecho lo que se debía hacer: plantear honradamente nuestro deseo de asociación a una Europa que tanto si se pierde como si se salva ha de hacerlo sólidamente unida en los principios de la civilización occidental”<sup>69</sup>.

Más sobrio se mostraba *Pueblo* desde la Tercera, poniendo el foco en las posibles consecuencias económicas del acercamiento a la CEE: ya no para alertar del imperialismo comunitario —como antaño— sino para valorar sus beneficios e instar a una reforma radical de las estructuras económicas del país. *LVE*, por su parte, ponía en valor la prudencia —“norma invariable en la personalidad del Jefe del Estado español”— que había hecho que, hasta entonces, España se hubiese abstenido de posicionarse por el Mercado Común o por la EFTA. Ello mostraba a los vecinos europeos “que teníamos razón al aconsejarles paciencia y calma respecto de nuestras decisiones. El pensamiento que rige la política de nuestro país es diáfano; la voluntad, segura. Estamos en los rumbos de la nueva Europa”<sup>70</sup>.

En definitiva, la Carta Castiella movilizaría a la prensa de nuestro país, que parecía dar por hecho la respuesta afirmativa de Bruselas. Ninguna escondía ni cuestionaba la integración como fin último de la solicitud, confundiendo muchas veces —de forma consciente o no— la asociación con la adhesión.

Sin embargo, el 14 de febrero de 1964, el Gobierno español se veía obligado a recordar a Bruselas la solicitud de acercamiento que le había enviado dos años antes. Durante este periodo, las instituciones se habían limitado a dar un acuse de recibo. La prensa española

---

<sup>67</sup> *Arriba*, 10-2-1962, p. 12.

<sup>68</sup> *Ya*, 10-2-1962, p. 5.

<sup>69</sup> *ABC*, 10-2-1962, p. 32.

<sup>70</sup> *LVE*, 10-2-1962, p. 5.

pasaría por alto el recordatorio de Madrid, aunque habría una excepción. A propósito de unas palabras del entonces presidente de la Comisión Europea para el diario alemán *Die Welt*, Augusto Assía informaba de que, en dichas declaraciones, Hallstein no se había referido a la solicitud española. Esta crónica, que aparecía tanto en *Ya* como en *LVE*, sufría una curiosa omisión en las páginas del diario barcelonés. Y es que, en la publicada por la cabecera de Edica, se explicitaba que Hallstein había obviado el tema español “sin duda porque en este momento, y después del proceso contra los socialistas, los ánimos están muy erizados al respecto”<sup>71</sup>.

Assía hacía referencia al famoso “contubernio de Múnich”, un evento que se había producido a los pocos meses de haber sido solicitada la asociación. Con un gran impacto en la opinión pública europea por la contundencia con que había actuado el Régimen contra los participantes en el IV Congreso del Movimiento Europeo —en gran parte, opositores políticos al franquismo— este acontecimiento había contribuido, en buena medida, a que las aspiraciones españolas se mantuvieran suspendidas. Los recelos a la España de Franco estaban, todavía, muy arraigados en Europa.

Pero a principios de junio de 1964 el Consejo de la CEE informaba a Madrid de que había autorizado a la Comisión a iniciar conversaciones con España. A finales de ese mismo año tenían lugar los primeros contactos y ya en 1966, una vez liberada la propia Comunidad de las tensiones internas que la habían tenido paralizada, se entraba definitivamente en la negociación. El resultado sería el Acuerdo Comercial Preferencial, firmado por ambas partes el 29 de junio de 1970 en Luxemburgo —el día previo a la reapertura de las negociaciones que acabarían incorporando a los británicos a la familia comunitaria— y que las cinco cabeceras analizadas cubrirían con enviados especiales o con sus propios corresponsales.

Ese mismo día, *Arriba* hacía hincapié en que la firma era solo un primer paso en el acercamiento a las instituciones comunitarias, de indiscutible necesidad. Ahora “el problema ya no radica en CEE sí, o no, sino en el modo de realizar ese enganche”<sup>72</sup>. El día 30, las dos páginas casi enteras que dedicaba al asunto —además de la portada—

---

<sup>71</sup> *Ya*, 16-2-1964, p. 7.

<sup>72</sup> En esta misma pieza, esta cabecera comparaba y ponía en valor el acercamiento gradual —y, por tanto, no precipitado— de España y Reino Unido hacia el proyecto europeo. Ver *Arriba*, 29-6-1970, p.3.

contrastaban con la pobre cobertura de *Pueblo*, que no lo llevaría en primera plana y evitaría pronunciarse al respecto. Ello no sería óbice para que José Manuel Salgado, su enviado especial, reconociese la importancia de dicho acuerdo: “para uno, que ha seguido durante varios años esta dura y difícil negociación, a veces dura, a veces larga y siempre poco brillante, la mañana de hoy debe señalarse con piedra blanca”<sup>73</sup>.

Sobre estas negociaciones, precisamente, todos los periódicos elogiaban la labor del equipo español, aunque con ligeros matices. Por ejemplo, *Ya* destacaba la labor del embajador Ullastres; mientras que *Arriba*, haciendo propias las palabras del ministro López Bravo, ponía en valor el papel de Franco —por su “voluntad perseverante”— en la aproximación a Europa<sup>74</sup>.

De las páginas de *Ya*, que dedicaba varias a la firma del Acuerdo Preferencial, destacaba una pieza de Luis Apostua, que hablaba abiertamente de la ausencia de la cuestión política en los discursos del evento. Para él, “es explicable ese silencio puesto que se ha negociado y firmado un acuerdo de estricto perfil comercial. Pero el futuro no es propicio para separar indefinidamente comercio y política”. De ahí que creyese que la asimilación de las formas políticas y constitucionales de los países de la CEE revestiría para España “el carácter de una necesidad como hoy lo ha constituido en el área comercial”<sup>75</sup>. En una línea parecida, *ABC* —el que más páginas concedería a la cita de Luxemburgo— instaba desde su espacio editorial a que la aproximación no discurriese solo por la vía económica. De hecho, con vistas a una próxima integración en el proyecto europeo, esperaba que España alcanzase “cotas homologables de eficacia económica y de representatividad política”<sup>76</sup>.

*LVE*, por su parte, rehuía del comentario editorial pero dedicaba al acuerdo casi tres páginas, además de sus portadas principal e interna: “En nombre del generalísimo Franco, el señor López Bravo firmó el acuerdo preferente con el Mercado Común”, abría esta última<sup>77</sup>. Ya en *Información del Extranjero*, Francisco Granell celebraba la apertura de España a la creciente interdependencia de las economías europeas —un hecho que

---

<sup>73</sup> *Pueblo*, 29-6-1970, p. 5.

<sup>74</sup> *Arriba*, 30-6-1970, p.1.

<sup>75</sup> *Ya*, 30-6-1970, p. 15.

<sup>76</sup> *ABC*, 30-6-1970, p. 16.

<sup>77</sup> *LVE*, 30.6.1970, p. 5.

consideraba irreversible— pero puntualizaba: “los efectos comerciales del tratado solo serán positivos en el futuro si la economía como un todo es capaz de adaptarse a los nuevos condicionamientos y oportunidades creadas”<sup>78</sup>.

### 3.1.3 Síntesis

La Alemania nazi se rendía en mayo de 1945 pero, a esas alturas, el régimen de Francisco Franco —otrotra simpatizante del Eje— había amoldado ya su discurso ante el avance imparable de la causa aliada. Finalizada la guerra, España necesitaba redoblar sus esfuerzos para tratar de ganarse la paz. Para ello se llevaría a cabo una operación propagandística en la que participaría, con un papel destacado, la prensa nacional.

En primer lugar, se insistía en la supuesta neutralidad del país durante el conflicto mundial gracias a la figura del general Franco, cuya voluntad se confundía con la de todos los españoles. Por otro lado, no solo se quería lavar la imagen del Caudillo, sino también poner en valor su utilidad: la victoria del bando nacional en la guerra civil española debía habilitar al general ferrolano, habida cuenta de que el comunismo era ahora el enemigo mundial a batir. Con esta lógica de trasfondo, las páginas de los diarios de la época lucharán de manera incesante por el reconocimiento internacional del Régimen.

No debe extrañar, por tanto, que la actualidad del extranjero estuviese sometida a las necesidades comunicativas de la cúpula franquista. Todo aquello que reforzase el anticomunismo merecía ser atendido. Los primeros pasos del proyecto europeo, por su parte, apenas interesaban a una prensa que, además, condenaba la actitud hostil de algunos de sus impulsores hacia España. Esta crítica se extendía a todos aquellos países que, desde organizaciones mundiales como la ONU, pretendían aislar a la España franquista. De ahí la insistencia en el contubernio masónico-comunista que —siguiendo su razonamiento— procuraba destruir la nación española.

Esto último no impedía que se acogiesen con agrado iniciativas como la de los Estados Unidos de Europa patrocinados por Churchill en 1946 o el Plan Schuman de 1950, en tanto en cuanto servían al establecimiento de la paz en el Viejo Continente. Una paz que,

---

<sup>78</sup> *LVE*, 30.6.1970, p. 21.

en todo momento, se creía imposible sin el apoyo decidido de los estadounidenses. De ahí que la creación de la OTAN, liderada por Washington, se llevase en portada mientras que la CED, producto de una Europa que se presentaba como débil y fragmentada, no mereciese ninguna.

El *modus operandi* de las cinco cabeceras analizadas seguía un mismo patrón: de las iniciativas que excluían a España se hablaba pero poco y solo de aquello que interesaba. Si se informaba del Plan Marshall, por ejemplo, se priorizaba el Protocolo Franco-Perón. Si había que dar fe de la creación del Consejo de Europa se hacía pero nunca en portada, de manera breve y con contenido de agencia. Ahora bien, cuando alguien —fuese quien fuese— abogaba por la inclusión de España en alguno de los organismos recién creados, sus declaraciones merecían una posición de privilegio.

Según avanzaba la Guerra Fría y, con ella, la profundización de la brecha entre Occidente y la URSS, más se insistía en la rectificación que se debía a España, puesto que ella había sido la primera en advertir el peligro de la amenaza comunista. Todo ello acompañado de mensajes que exaltaban la resistencia de los españoles pese al aislamiento internacional.

Por su parte, los progresos de la integración europea seguían observándose desde una posición escéptica y, en general, nunca demasiado entusiasta. Todos valoraban que la vía supranacional hubiese supuesto la rehabilitación de Alemania Occidental como entidad política soberana y no cesaban las críticas a Reino Unido por sus titubeos respecto al proyecto europeo. Ahora bien, existían diferencias en el tratamiento de los cinco diarios. *LVE* fue la única que se pronunció desde los primeros compases de la construcción europea, siempre con una visión positiva hacia la misma. Junto a *Ya*, fue la que dedicó mayor atención a la Declaración Schuman, en la que todos hablaban por primera vez —aunque de forma confusa— de la posible participación de España. *Pueblo*, por su parte, se desentendió tanto de la creación de la CECA —que *Arriba* objetaba— como de la conferencia de Mesina.

Aunque la cobertura de esta última había sido escasa, su convocatoria —con el objetivo de examinar los posibles avances de la Europa de los seis— generó en las páginas de *Ya* y *LVE* uno de los primeros debates sobre el futuro del proyecto europeo. Dos de sus

corresponsales y el propio diario catalán se mostraban partidarios de una integración más estrecha, de acuerdo con las tesis de los países del Benelux.

Habría que esperar a los Tratados de Roma de 1957 para que todas las publicaciones coincidiesen en dedicarle a la construcción europea una atención privilegiada, aunque esta se concentraba en el día posterior a la firma. Roma ponía de manifiesto las diferencias editoriales entre las cinco cabeceras analizadas: *Arriba* rebajaba su importancia; *Pueblo* se centraba en las consecuencias prácticas de lo acordado para el ciudadano de a pie; *Ya* se mostraba esperanzado; *LVE* hablaba abiertamente de la posible ampliación de la Europa de los Seis y de las relaciones España-CEE; y *ABC* manifestaba cierto escepticismo.

Esta disparidad se evaporaría poco después, justo cuando España abandonaba la autarquía para abrirse al capital internacional, tratando de poner al día su economía. Coincidiendo con la constitución de la EFTA —que apenas se cubrió ni generó reacciones en el espacio editorial de los propios diarios— se produjo un cambio fundamental: todos hablaban ya de la necesidad de adaptarse a los nuevos tiempos y reflexionaban sobre el devenir de las relaciones entre España y el Mercado Común.

Ahora bien, habría que esperar a la solicitud de asociación de 1962 para que el apoyo a la integración europea fuese incontestable en los cinco periódicos; una tendencia que se mantendría inalterable hasta el final del periodo analizado. Esta transformación la representa mejor que nadie *Pueblo*, que si en 1960 cargaba contra la Comunidad por haber despreciado la Europa social, dos años después se limitaba a acentuar la necesidad de adaptación de la economía española para ponerse a la altura de la de los Estados miembros.

Durante todo este tiempo la prensa seguiría haciéndose eco de los comentarios procedentes del extranjero favorables a la incorporación de España a organismos internacionales como la OTAN o la propia CEE y, a su vez, no decaerían los mensajes de orgullo patrio. Pero también se producirían destacados silencios. Uno de ellos no se destaparía hasta 1970, coincidiendo con la firma del Acuerdo Comercial Preferencial. Sería entonces cuando desde las páginas de *Ya* y *ABC* se reconocería abiertamente que el

sistema político español impedía la entrada en las instituciones europeas. De ahí que no se hubiese informado en su día del Informe Birkelbach<sup>79</sup>.

### **3.2 La prensa española ante las consultas sobre la permanencia de Reino Unido en la Unión Europea**

#### **3.2.1 La prensa española ante el referéndum de 1975 en Reino Unido**

Esta fecha se enmarca, por un lado, en las postrimerías del franquismo, en una España a punto de abrazar la democracia como vía para, entre otras, ser recibida en el seno de la familia comunitaria, y, por otro, en los inicios titubeantes del matrimonio entre Londres y Bruselas, que venían a confirmar el particular encaje de los anglosajones en el proyecto de integración europea.

Si consideramos las relaciones que tanto España como Reino Unido habían mantenido hasta la fecha con el experimento comunitario, ambas se caracterizarían —aun con motivaciones y cronologías dispares— por la vigencia de una tensión latente entre la aproximación y la diferenciación; la convergencia y la divergencia<sup>80</sup>. No obstante, a la altura de 1975, tras la reciente entrada de los británicos en la Comunidad y la asociación de los españoles a esta última con vistas a la adhesión, era la tendencia al acercamiento sobre las pulsiones de distanciamiento la que parecía dominar en ambas.

Antes de dar paso al análisis propiamente dicho, cabe advertir que, durante las dos semanas estudiadas, el lector de la prensa española estaría mucho más expuesto a los contenidos referidos a la posible entrada de España en la OTAN que a la consulta en las Islas. Curiosamente, a lo largo de estas jornadas se haría especial énfasis en la oposición

---

<sup>79</sup> Otros silencios mostraban que el debate comunitario todavía le era ajeno a la prensa española: apenas se supo del Plan Werner sobre los planes económico-monetarios del Club ni del Informe Davignon sobre el futuro del proyecto europeo. Por otro lado, una vez solicitada la adhesión en plena Transición —concretamente en el año 77— la CEE se introduciría de manera transversal en las páginas de los periódicos españoles, sin apenas distinguir entre secciones. Además, este acontecimiento recibiría una amplia cobertura, puesto que se consideraba un asunto de Estado. Todos hablaban de la integración como una necesidad; un proyecto que contaba con un gran respaldo en el país y que, ante la negociación de los términos de entrada, obligaba a evitar el partidismo para no perjudicar los intereses nacionales. De ahí las continuas llamadas a la unidad. De ahí, también, las advertencias de *Arriba*: el abrazo a Bruselas no debía mermar la idiosincrasia hispana.

<sup>80</sup> De hecho, Jeremy Black escribe *Convergence or Divergence: Britain and the Continent*, mientras que, del lado español, esta tesis es defendida en MORENO JUSTE, A.: *Franquismo y construcción europea (1951-1962): anhelo, necesidad y realidad de la aproximación a Europa*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 51.

del Gobierno de Wilson, contrario a la inclusión de España en la Alianza Atlántica hasta que se produjese un relevo político en Madrid. Además, el referéndum en Reino Unido también se vería superado por las constantes noticias que llegaban desde Portugal. La inestabilidad política en el país vecino, más de un año después de la Revolución de los Claveles que había puesto fin a la dictadura salazarista, parecía reforzar la candidatura de España a tomar parte en la organización defensiva occidental.

### 3.2.1.1 ABC

El decano de la prensa española —que no se llegaría a pronunciar sobre el referéndum— dedicaría al plebiscito británico un total de dieciocho piezas, la mitad de ellas rubricadas por Alfonso Barra, corresponsal del diario en Londres. El otro nombre destacado sería el de Antonio Alférez, entonces redactor jefe de Internacional, autor de tres análisis publicados durante los días previos a la consulta. De las trece ediciones analizadas, tres de ellas obviarían el tema y solo el 4 de junio, el día de mayor cobertura, aparecerían cuatro referencias. Además, el referéndum ocuparía dos portadas internas —las del 3 y 7 de junio— y no sería el primer contenido de Internacional hasta el mismo día de su celebración<sup>81</sup>.

Teniendo en cuenta que Barra y Alférez firmarían doce de las dieciocho piezas de este diario, una especial atención a sus palabras nos aproxima a la imagen que, de este evento, recibiría el lector de *ABC* de la época.

Para Alférez, partidario de la unión política europea, lo que estaba en juego en el referéndum era la elección entre la “Gran Europa” o “la pequeña Inglaterra”. Consideraba que, habiendo sido más razonables durante la campaña, los partidarios de la permanencia habían dado “una lección de calma y serenidad”<sup>82</sup>. Barra, por su parte, que observaba la cita como un dilema entre necesidad y tradición, planteaba la consulta como un enfrentamiento entre las dos ramas irreconciliables del Partido Laborista: la más favorable al Mercado Común, representada por el primer ministro Wilson, a quien

---

<sup>81</sup> Además, aparecen referencias en Actualidad gráfica (dos), Reportaje fotográfico (una), Bolsas extranjeras (cuatro) y Sumario (cuatro).

<sup>82</sup> *ABC* 3-6-1975, p. 21.

reprochaba su política de bandazos respecto a Europa, y la partidaria de la salida, liderada por Tony Benn<sup>83</sup>, ministro de Industria, “brillante y gran demagogo”<sup>84</sup>.

Los dos periodistas de *ABC* acusaban a los antimercadistas de defender causas irreales y creían que los problemas económicos de Reino Unido eran, ante todo, propios del país y no achacables a Bruselas. Cabe recordar que, por aquel entonces, la economía era la principal preocupación del pueblo británico; una inquietud que llevaban tiempo arrastrando y que ahora, a raíz de la crisis del petróleo del 73, se extendía también a sus vecinos continentales. “Ser miembros del Mercado Común no arregla los problemas británicos de forma automática, pero fuera del mismo le resultaría prácticamente imposible resolverlos”<sup>85</sup>, observaba Alférez. De ahí que Edward Heath, el *tory* más activo del bando europeísta, fuese el político más aclamado en estas páginas.

Durante todas las jornadas analizadas, Barra, para quien la CEE representaba “la empresa más cargada de posibilidades de toda la posguerra”<sup>86</sup>, nos mostraba a un electorado que ignoraba el Mercado Común y que estaba confuso ante la división que generaba el tema entre la clase política británica. Esta última, eso sí, vinculada por una misma pregunta que reflejaba el carácter instrumental que la mayoría, al otro lado del Canal, otorgaba al proyecto comunitario: “¿Qué es lo menos que Inglaterra puede dar a la Comunidad Europea y qué es lo máximo que puede conseguir de ella?”<sup>87</sup>. Una cuestión que, aun previsiblemente resuelta a favor de la permanencia —según se decía en las jornadas previas al referéndum— no parecía que fuese a abandonar la isla de forma definitiva.

Conocidos los resultados, el corresponsal de *ABC* en Bruselas, Pablo Sebastián, que anhelaba la combatividad de Bruselas de anteriores épocas a la hora de hacer efectivos sus planes de futuro para la Comunidad, se preguntaba hasta dónde y a qué velocidad podrían cumplirse los sueños de una Europa política<sup>88</sup>. Barra, sin embargo, se centraba en los problemas domésticos de Londres. Básicamente, atendía a la división de los

---

<sup>83</sup> Presidente del Partido Laborista entre septiembre de 1971 y el mismo mes de 1972, Tony Benn cobraría protagonismo durante la campaña del referéndum del 75. En contra de las tesis de H. Wilson, defendió de forma activa la salida de Reino Unido del Mercado Común.

<sup>84</sup> *ABC*, 4-6-1975, p. 19.

<sup>85</sup> *ABC*, 5-6-1975, p. 17.

<sup>86</sup> *ABC*, 7-6-1975, p. 17.

<sup>87</sup> *ABC*, 5-6-1975, p. 15.

<sup>88</sup> *ABC*, 7-6-1975, p. 18.

laboristas —esto es, a la purga de los más revolucionarios, que para él habían sido los grandes derrotados del referéndum— y a la situación económica del país, que, principalmente por la actitud de los sindicatos, se encontraba en “el mismo abismo económico que dejó a la República de Weimar sobre los manteles de Adolfo Hitler”<sup>89</sup>.

### 3.2.1.2 *Arriba*

El diario del Movimiento incluiría dieciocho piezas a lo largo de nuestro análisis, la mitad de ellas concentradas entre los días 5 y 8 de junio; es decir, la jornada en que tuvo lugar la consulta y las tres posteriores. Llama la atención que la Agencia EFE firmase casi la mitad del total de contenidos encontrados y que cuatro referencias fuesen textos de opinión. Precisamente, en este género tendría protagonismo José Luis Tello, ex combatiente de la División Azul en Rusia y habitual colaborador. Junto a Antonio Parra, corresponsal de *Arriba* y de la agencia Pyresa, ambos serían los nombres propios más destacados durante estos días.

En líneas generales, el referéndum no ocuparía un lugar privilegiado en esta cabecera, siendo mencionado en la portada interna del día 6 y apareciendo como “Tema del día” el 31 de mayo y el 5 de junio. Además, en dos ediciones no se encontraría referencia alguna<sup>90</sup>.

Desde las páginas de *Arriba* se nos trasmitía la indiferencia popular de los británicos durante la campaña. En todo caso, por aquel entonces se podía intuir la victoria del sí al Mercado Común, la opción que para este diario representaba la gran industria y las grandes finanzas; los mismos que, según Tello, sacrificarían a Tony Benn una vez consumado el plebiscito.

A grandes rasgos, al lector le llegaría una visión equidistante de ambos bandos hasta que Antonio Parra, justo antes de conocerse los resultados, asegurase que la salida de la CEE “equivaldría a dar un salto atrás, a una regresión histórica. Inglaterra se haría más isla

---

<sup>89</sup> *ABC*, 10-6-1975, p. 21.

<sup>90</sup> Además, se incluyen referencias tanto en Repaso al mundo —espacio telegráfico a cargo de Chelo Escobar (nueve) — como en Miscelánea (una), Últimas noticias (una) y La semana en el mundo (una).

aún. Quedaría empequeñecida y mermada de influencia”<sup>91</sup>. Tello diría más adelante que, de haber prosperado el *leave*, se hubiese producido un “Dunquerque económico”<sup>92</sup>.

Por otra parte, durante estos días no aparecería contenido alguno procedente de Bruselas. Al margen de Londres, Bonn sería la única capital europea desde la que llegaría información relacionada con el referéndum. César Santos, corresponsal de *Arriba* y Pyresa, creía que la salida de Reino Unido, aun siendo un contratiempo político para los Nueve, dañaría sobre todo a los propios británicos. Además, presentaba la fatiga de los alemanes por las vacilaciones de los primeros en torno a la integración: “Comunidad Europea, sí; Comunidad Europea, no; delata una actitud con la que el alemán no está fácilmente dispuesto a casarse”<sup>93</sup>.

Conocidos los resultados, la apuesta por la permanencia se interpretaría como una derrota de la izquierda, anunciándose la posibilidad de que se abriese una crisis en el seno del laborismo. Para Tello, buena parte del desenlace se explicaba por la “mezcla explosiva y contradictoria” que conformaban los partidarios de la salida frente al bando del *remain*, que daba “una sensación de coherencia tranquilizante”<sup>94</sup>. Precisamente, de este último se destacaba ahora la figura de E. Heath y de Roy Jenkins, representante del ala moderada del *Labour* y, por aquel entonces, ministro del Interior.

En la edición del 8 de junio se publicaría un artículo de opinión de Jesús Suevos —uno de los fundadores de la Falange en Galicia y procurador en Cortes— más o menos en línea con lo transmitido desde la cabecera hasta entonces: aunque en términos económicos la presencia de Reino Unido en la CEE era del todo deseable, ahora que había pasado de grande a mediana potencia, comprendía que su “forma de ser”, su idiosincrasia y tradición históricas le alejasen del proyecto de integración europea.

No obstante, Suevos iría más allá, comparando la situación de los anglosajones con la de españoles y portugueses, ya que “son los tres países europeos que, precisamente por haber sido los propagadores de Europa hasta convertirla en mucho más que un continente, no

---

<sup>91</sup> *Arriba*, 6-6-1975, p. 33.

<sup>92</sup> *Arriba*, 12-6-1975, p. 33.

<sup>93</sup> *Arriba*, 5-6-1975, p. 31.

<sup>94</sup> *Arriba*, 7-6-1975, p. 33.

solo son europeos”. De ahí que considerase que “si el Reino Unido, España y Portugal tuvieran que unirse sin condiciones a una Europa encerrada en sí misma, no solo perderían independencia y capacidad de decisión, como las otras naciones, sino que, por añadidura, quedarían radicalmente mutiladas”. Es por ello por lo que el político ferrolano entendía que la Europa geográfica no coincidía con la Europa trascendente, en la que incluía no solo “la Europa clásica, sino toda América, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur y, hasta cierto punto, Filipinas”. De hecho, de no producirse esa ampliación, la CEE, que consideraba como una criatura del capitalismo, “un fenómeno rotundamente burgués y reaccionario”, acabaría estallando<sup>95</sup>.

Este artículo era todo un mensaje de prudencia ante la supranacionalidad que comportaba la integración en las instituciones europeas desde un diario que, aun entendiendo ineludible la interdependencia que exigía el escenario mundial y considerando necesaria la participación de España en las Comunidades, llamaría a conservar la personalidad nacional en el proceso de adhesión que, tarde o temprano, acabaría incluyendo a los españoles en la familia política europea<sup>96</sup>.

### 3.2.1.3 *La Vanguardia Española*

El diario catalán publicó veintisiete piezas en torno al referéndum británico. El 5 de junio, cuando tuvo lugar la consulta, sería la única jornada en la que superaría las tres referencias, alcanzando un total de siete entre las que se incluían tres análisis sobre la disyuntiva que rondaba por las Islas. Si bien no sería hasta el día siguiente a la votación cuando esta ocupase, por vez primera, el tema más destacado de Internacional, a lo largo de las trece ediciones examinadas le dedicaría dos portadas principales y dos portadas internas —todas concentradas entre los días 5 y 7— además de dos editoriales —uno de ellos desde las páginas del suplemento *Economía y Finanzas*—. Entre los nombres propios, despuntaría sobremanera el tándem Foix-Assía con diecinueve piezas entre

---

<sup>95</sup> *Arriba*, 8-6-1975, p. 7. A lo largo de estos días, y al margen de la cobertura sobre el referéndum en las Islas, aparecerán algunas críticas a la Comunidad por su carácter esencialmente mercantil y su entrega a la tecnocracia.

<sup>96</sup> Baste como ejemplo el editorial que *Arriba* publicaría el mismo día en que el Gobierno de Adolfo Suárez solicitaba la adhesión a las Comunidades Europeas, el 29 de julio de 1977. Refiriéndose al inicio de las negociaciones entre Madrid y los Nueve, el diario pedía la “mutua acomodación”; es decir, que España asimilase una conciencia europea y que el resto, a su vez, incorporase la conciencia española. Ver *Arriba*, 29-7-1977, p. 7.

ambos: Luis Foix, como corresponsal del diario en Londres; y Augusto Assía, en calidad de enviado especial<sup>97</sup>.

Desde un principio, Foix, que también vaticinaba el triunfo de la permanencia, se preocuparía por presentar el perfil de los diferentes protagonistas de la contienda, poniendo el foco en la división del Partido Laborista entre radicales, liderados por Tony Benn, y moderados, que comandaba Roy Jenkins. Para el periodista catalán, el primero “es poco realista, le sobra ambición, tiene demasiados enemigos, y los amigos que le rodean no son excesivamente poderosos”<sup>98</sup>, mientras que se mostraba mucho más complaciente con Jenkins, “integracionista a macha-martillo”<sup>99</sup>. No obstante, consideraría al ex *premier tory*, E. Heath, como “el hombre del ‘sí’ por antonomasia”<sup>100</sup>.

La pluma de Augusto Assía, que rehuía de la actualidad de la campaña para aportar contenido de mayor erudición, se incorporaba el 3 de junio, a dos jornadas del día D. Y lo hacía para cargar, antes de nada, contra la convocatoria de un referéndum que consideraba perjudicial para el sistema institucional del país y que, más allá del resultado, acabaría dividiendo aún más a los laboristas. A propósito del mismo, y localizados en la campaña del *leave*, el periodista orensano enfatizaba que los extremos se habían vuelto a tocar: comunistas y fascistas; estos últimos liderados por Enoch Powell<sup>101</sup>, a quien tildaba de “reaccionario, autoritario y semitotalitario”<sup>102</sup>.

Por todo ello, y considerando la delicada salud de la economía británica, Assía planteaba la posibilidad de un Gobierno de coalición una vez celebrado el plebiscito. Además, si bien se refería a la CEE como la más razonable, la más exitosa y la más obvia alianza “que han imaginado los siglos”<sup>103</sup>, consideraba que esta no era una alternativa “a la disciplina social, a la constancia en el trabajo, al sacrificio moral y a la pugnacidad

---

<sup>97</sup> A todo ello se añade una referencia en Sumario. Además, obviaré el tema en dos jornadas.

<sup>98</sup> *LVE*, 30-5-1975, p. 21.

<sup>99</sup> *LVE*, 1-6-1975, p. 24.

<sup>100</sup> *LVE*, 3-6-1975, p. 29.

<sup>101</sup> Diputado *tory* durante más de dos décadas, en las elecciones de octubre de 1974 había obtenido un asiento en los Comunes como representante del Partido Unionista del Ulster. Un controvertido discurso sobre la inmigración en Reino Unido, pronunciado en abril del 68, lo había elevado a la escena pública, recibiendo numerosas críticas, incluso desde las filas de su propio partido, por su dureza discursiva.

<sup>102</sup> *LVE*, 3-6-1975, p. 29.

<sup>103</sup> *LVE*, 5-6-1975, p. 25.

mercantil”<sup>104</sup> que entonces, creía, escaseaban en el país anglosajón ante la irresponsabilidad y radicalidad de sus sindicatos.

Como dijimos anteriormente, *LVE* publicaría en su edición del 5 de junio tres análisis sobre la cuestión británica, todos ellos favorables a la continuidad de Londres en la Europa de los Nueve. Díaz Rueda, redactor del propio diario, y el economista Fabián Estapé serían los más directos: a Reino Unido le interesaba seguir en la Comunidad por las oportunidades que esta representaba frente a lo que supondría una vuelta al *splendid isolation*. Por su parte, el también economista Francisco Granell, ofreciendo una postura más comedida, consideraba que, más allá de las cuestiones económicas, lo que se decidía en esta consulta giraba en torno a “la idoneidad de centros de decisión supranacionales ante la inadaptación del Estado-nación a la realidad del mundo actual”<sup>105</sup>.

Andrés Garrigo, corresponsal de la cabecera barcelonesa en Bruselas, lanzaba desde la capital europea el mayor reproche contra “la enferma Albión”, cuya participación en el proyecto europeo, lejos de marcar una nueva etapa histórica para la Comunidad, “no ha traído más que zozobra, frustración y mezquindad”. Para él, la vieja *Britannia* se había integrado “no por vocación o devoción, sino por el más puro interés. Ha venido a buscar, a regatear, a obtener, no a dar”, de ahí que “lo que los continentales consideraban ‘sagrado’ como el Tratado de Roma, para Londres ha sido –y seguirá siendo– mercancía negociable como otra cualquiera”.

Por otro lado, para Garrigo “el impacto psicológico del ‘no’ en el resto de Europa y en el mundo sería incalculable”, y llamaba la atención sobre las consecuencias que ello podría acarrear en las negociaciones Madrid-Bruselas<sup>106</sup>, que entonces giraban en torno a la adaptación del Acuerdo Preferencial de 1970 firmado con los Seis y que la ampliación del Mercado Común, formalizada tres años más tarde, había obligado a revisar.

Tras confirmarse la victoria de los partidarios del *status quo*, *LVE* celebraba desde su espacio editorial la continuidad de Reino Unido en la CEE, de quien valoraba su tradición democrática. Una vez puesto en evidencia el declive del país desde la Segunda Guerra

---

<sup>104</sup> *LVE*, 6-6-1975, p. 21.

<sup>105</sup> *LVE*, 5-6-1975, p. 22.

<sup>106</sup> *LVE*, 5-6-1975, p. 23.

Mundial, el diario mostraba su lectura de los resultados: “los prejuicios de la derecha nacionalista y de la extrema izquierda laborista han sido derrotados por la evidencia del imperativo europeísta”<sup>107</sup>. Había vencido la cordura, se leía en las páginas de *Economía y finanzas*.

Augusto Assía, por su parte, daría otro sentido a su interpretación: el pueblo británico había votado por el realismo y la moderación; a favor del Gobierno y en contra del poder sindical. “Más que a favor del Mercado Común, una causa que no estuvo en litigio de verdad, lo que dos de cada tres ingleses han hecho ayer ha sido declararse contra el izquierdismo vano y ocioso que se ha apoderado, en los últimos tiempos, de una parte del Partido Laborista y otra parte de los sindicatos”<sup>108</sup>, remataba; no sin antes poner en valor, quizá en un guiño a su patria, tanto la existencia de las urnas como de partidos políticos, ahora más que nunca “vehículos del orden, de la continuidad y de la estabilidad”<sup>109</sup>. Así, el periodista gallego pasaba de rechazar la práctica plebiscitaria en un primer momento a estimar, al final de nuestro análisis, su capacidad para acabar con “la arbitraria actuación con que una minoría estaba imponiéndose a la mayoría por medio del terror económico y, a través del terror económico, sobreponía los intereses de clase a los nacionales”<sup>110</sup>.

Al mismo tiempo, Luis Foix se limitaba a dar cuenta de las novedades que iban surgiendo en la política doméstica británica a raíz de los resultados del referéndum, sin que ello fuese óbice para que recuperase la posibilidad de que se acabase formando un Gobierno de unidad nacional ante la debilidad de la izquierda.

#### 3.2.1.4 Pueblo

El vespertino madrileño, portavoz oficial del Sindicato Vertical, dedicaría catorce textos a la consulta británica, casi tantos como ediciones analizadas. Hasta en siete jornadas solo encontramos una referencia —e incluso ninguna en tres números— siendo el propio día del referéndum el más prolífico con tres piezas. En esta ocasión, el plebiscito de las Islas ocuparía el espacio “Informe noticia”, colándose en portada el día previo y el posterior a su celebración. Raúl del Pozo, corresponsal de *Pueblo* en Londres, sería de largo el

---

<sup>107</sup> *LVE*, 7-6-1975, p. 5.

<sup>108</sup> *LVE*, 7-6-1975, p. 27.

<sup>109</sup> *LVE*, 8-6-1975, p. 22.

<sup>110</sup> *LVE*, 10-6-1975, p. 27.

periodista más destacado, llegando a firmar nueve textos; todos ellos localizados en la sección de Extranjero, que aparecía relegada en las páginas de este periódico<sup>111</sup>.

Como autor de casi el 65% del total de referencias, la pluma de Raúl del Pozo merece una especial atención. Sus crónicas incorporaban muchas citas de los protagonistas de la campaña y mostraban una especial preocupación por presentar los argumentos de una y otra facción. Además, aunque vinculaba la permanencia en la CEE al sentido común de los ingleses —ante todo por la situación de su economía— la jornada previa a la consulta ponía en valor que la campaña por el no hubiese sido llevada “por un vigor, una lucidez y una brillantez extraordinarios”<sup>112</sup>. De hecho, no se posicionaba a la hora de valorar el acierto o no de que la izquierda laborista se opusiese a la integración.

Esto último no le llevaría a variar su visión durante toda la campaña: la victoria del *remain*. Así lo expresaba: “Desde mañana el inglés perderá cierta aureola y peculiaridad. Hace cientos de años que nadie invadió la isla. Pero mañana puede ser invadida por la llamada de Europa y la conclusión prosaica pero útil de que también hay pueblos civilizados más allá del canal de la Mancha”<sup>113</sup>. Ahora bien, en todo momento destacaba la posibilidad de una abstención elevada, no solo por la lucha dialéctica inherente a la campaña sino por el propio mecanismo plebiscitario, que consideraba impopular.

No faltarían, por otro lado, las alusiones a cierto esencialismo inglés que, para el corresponsal de *Pueblo* en Londres, esta campaña había vuelto a poner de manifiesto: “La batalla por Europa no se desarrolla a nivel de grandes frases o argumentos políticos. Es una guerrilla de queso, mantequilla, jamón cocido y barras de pan. Los ingleses demuestran, una vez más, que sus acontecimientos históricos se siguen moviendo a golpe de penique”<sup>114</sup>. Así, el proyecto europeo constituía en las Islas una cuestión fundamentalmente económica o, si se quiere, instrumental, más allá de motivaciones abstractas o idealistas.

---

<sup>111</sup> Además, una mención en Urgente.

<sup>112</sup> *Pueblo*, 4-6-1975, p. 16.

<sup>113</sup> *Íbidem*.

<sup>114</sup> *Pueblo*, 30-5-1975, p. 19.

“Ya no hay canal de la Mancha”, titulaba del Pozo una vez conocidos los resultados. Para él, la izquierda había caído en una trampa organizada por el conservadurismo anglosajón con la complacencia de Wilson, a quien reprochaba durante todos estos días sus virajes y ambigüedades ideológicas: “Cuando el poder se moviliza, orquesta una ceremonia democrática y la controla plenamente, como en esta ocasión, no hay lugar para la sorpresa”. Además, criticaba que ahora se quisiera acabar con la izquierda, el nacionalismo y el sindicalismo combativo, puesto que para él “nadie ha preguntado a los votantes si querían ser independientes, o marxistas, o partidarios de la ‘huelga salvaje’. Se les ha preguntado, sencillamente, si querían ser europeos y han contestado que sí”<sup>115</sup>. No sería de extrañar, por tanto, que en los días siguientes se centrara en el cambio de cartera de Tony Benn, “un hombre de talla”, y que lo interpretase así: “La industria y la City han conseguido su venganza, y el laborismo de izquierda y los sindicatos combativos, su mártir”<sup>116</sup>.

Desde fuera de Londres solo llegaría una crónica de Carlos Bribián, corresponsal en Bonn, que se limitaría a mostrar la satisfacción germana por el triunfo de la continuidad de Reino Unido como socio en la Comunidad. Además, de entre todas las referencias localizadas, solo una —del día previo a la consulta y obra de Manuel Cruz, futuro director de *Pueblo*— pertenecería al género de opinión. El periodista granadino, que seguía la línea de Raúl del Pozo en su crítica a las contradicciones de Wilson, mostraba una postura intermedia respecto a ambos bandos, concluyendo que “los argumentos esgrimidos por eurófilos y eurófobos curiosamente ofrecen un punto de convergencia: ser razonables y casi irrefutables. Y, obviamente, no han podido convencer a los electores que acuden a las urnas sin saber exactamente hasta dónde llegan los beneficios de ser ‘europeos’”<sup>117</sup>.

### 3.2.1.5 *Ya*

El periódico de la Editorial Católica incorporaría un total de trece textos, cinco de los cuales pertenecientes al género de opinión, en el que desde la columna “Jornada mundial” despuntaría Bartolomé Mostaza, jefe de Información del extranjero. Desde su espacio editorial, *Ya* se pronunciaría hasta en dos ocasiones sobre la cuestión británica, a la que

---

<sup>115</sup> *Pueblo*, 7-6-1975, p. 20.

<sup>116</sup> *Pueblo*, 11-6-1975, p. 18.

<sup>117</sup> *Pueblo*, 4-6-1975, p. 16.

además dedicaría dos portadas principales y dos internas, pese a que a lo largo de las trece ediciones analizadas ignorase este tema en cuatro ocasiones y solo incluyese más de una referencia en tres jornadas. Por otro lado, llama la atención que el autor que adquiriría mayor protagonismo en la cobertura de esta campaña sería Augusto Assía, quien — poniendo su rúbrica en seis piezas— sería presentado en cada una de sus crónicas como el enviado especial de *Ya* y *La Vanguardia*.

Al margen de Assía, la única voz que se referiría a la cuestión británica entre el inicio de nuestro análisis, el 29 de mayo, y el día de la consulta, el 5 de junio, sería la de Juan Luis de Simón Tobalina, que lo haría con un artículo de opinión. Este autor comprendía las vacilaciones inglesas por las renunciaciones que la entrada en la Comunidad conllevaba pero consideraba el proyecto europeo como una obligación ante la impotencia de los Estados-nación: “pese a sus inconvenientes, a los sacrificios que supone y a las desventajas que en algunos aspectos conlleva, la unión europea es un imperativo económico, militar y, en definitiva, político”<sup>118</sup>.

Assía entraba en escena el 3 de junio, el mismo día que lo hacía en las páginas de *LVE*. Tratándose de crónicas idénticas, la única diferencia era de carácter formal, puesto que *Ya* desgranaba en el título, a través de un extenso conjunto de subtítulos encadenados, las ideas más destacadas de la pieza del periodista gallego. Al tratarse de textos marcadamente reflexivos, que mantenían cierta distancia con la actualidad de la campaña, el diario madrileño prescindía de una voz propia sobre el terreno que se encargase de complementar los escritos de Assía. De ahí que recurriese a la información de la agencia EFE en Londres para el periodo inmediatamente posterior a la celebración del plebiscito.

Desde “Editoriales y colaboraciones”, *Ya* se pronunciaba el mismo día del referéndum a favor de la permanencia, consciente de las ventajas comerciales que la Comunidad proporcionaba a sus miembros; de ahí que cuestionase el “sentido económico y la inteligencia política” de quienes propugnaban la separación. Ahora bien, no escondía los inconvenientes que planteaba la integración, sobre todo en lo relativo a la pérdida de soberanía, de ahí que concluyese que “si los pros parecen predominar en la economía, los contras tienen una evidente importancia en la política, y este dilema es el que Inglaterra

---

<sup>118</sup> En esta misma pieza, Tobalina defendía la convocatoria de la consulta en las Islas por la trascendencia de la decisión; una lectura inusual a lo largo de nuestro análisis. Ver *Ya*, 31-5-1975, p. 7.

ha de resolver en el día de hoy”<sup>119</sup>. Para Bartolomé Mostaza, que se expresaba desde su columna habitual, la solución a dicho dilema parecía decantarse en beneficio de los defensores del *remain*, ayudados por el hecho de que, entre los simpatizantes del no, coincidían ambos extremos del espectro político.

Conocidos los resultados, el propio Mostaza celebraría el triunfo de los partidarios del Mercado Común, puesto que “ya se está viendo que solo dentro o relacionados con la CEE se hallan soluciones a los problemas internos de cada nación europea”<sup>120</sup> —guiño a España incluido, a la que indirectamente acusaba de no afrontar esa realidad con decisión—. Eso sí, una vez refrendada la permanencia de Reino Unido, un socio con gran peso en la Comunidad, Bruselas debía adaptarse y acomodar a este país en el seno de sus instituciones.

Bajo el titular “Europa crece”, la cabecera dedicaría un nuevo editorial al encaje de Reino Unido en la CEE tras corroborarse la continuidad del *status quo*. Su tesis principal era la siguiente: el país anglosajón, si bien llevaba a la Comunidad Europea “una larga tradición democrática, un modo de mirar los problemas con ojos habituados a las vastas perspectivas del navegante, una tecnología de importancia indiscutible”, etc., también portaba consigo numerosos problemas —léase inflación, deuda, desempleo, derrotismo moral...— por lo que urgía a los Nueve a nivelar sus economías. De conseguirse, creía que ello actuaría como polo de atracción para otros países, pidiendo explícitamente que el Club no se encerrase en sus privilegios y diese la bienvenida a nuevos socios: “En el horizonte del año 2000 quisiéramos ver levantarse sobre el mapa de los quisquillosos grupos actuales de Estados una Europa concordada consigo misma y liberada de toda satelización humillante”<sup>121</sup>.

De esta forma, el diario *Ya* aprovechaba el sí de los británicos a Europa para recordar que, tarde o temprano, los españoles tendrían que ser aceptados en la casa común europea. Por lo de pronto, de acuerdo a su lógica, el reforzamiento del club comunitario era una buena noticia para las aspiraciones españolas.

---

<sup>119</sup> *Ya*, 5-6-1975, p. 7.

<sup>120</sup> *Ya*, 7-6-1975, p. 6.

<sup>121</sup> *Ya*, 10-6-1975, p. 7.

### 3.2.1.6. Síntesis

Es cierto que, en todos los diarios analizados, la continuidad de Reino Unido en el Mercado Común encontraría mayores simpatías que la apuesta por la ruptura. Todos coincidían en resaltar las ventajas que la integración podía ofrecer a la maltrecha economía británica. Ahora bien, esta tendencia, común a las cinco cabeceras, no se traduciría en una cobertura homogénea durante los días previos y posteriores a la celebración del referéndum.

*ABC* y *LVE* fueron las dos publicaciones que más se posicionaron a favor de los partidarios de la permanencia. Desde el principio, ambas delimitaban con claridad los dos bandos enfrentados en la campaña, asegurándose de que unos, los defensores del *remain*, apareciesen asociados al realismo, la moderación, la templanza y la inteligencia, frente a los otros, los *leavers*, que representarían el irrealismo, el radicalismo, la demagogia y el oportunismo. De ahí que los calificativos hacia los más europeístas, como Heath o Jenkins, fuesen más amables que los dedicados al sector antimercadista, entre los que destacaba Tony Benn.

Por su parte, tanto *Arriba* como *Pueblo* ofrecían un trato más equitativo, sin alinearse con tanta claridad con la campaña del sí a la CEE. De alguna manera, en la pugna entre necesidad y tradición que el plebiscito habría planteado, eran más reacios que los otros a inclinarse por la primera; sobre todo *Arriba*, en cuyas páginas se reconocía el potencial económico de la participación pero se otorgaba un peso importante a las particularidades de la identidad británica, lo que se vería traducido en una mayor comprensión hacia las tesis de los defensores de la salida.

*Ya* sería la única cabecera que, con motivo de la consulta, decidiría reflexionar desde su espacio editorial sobre la Europa de los Nueve, y lo haría representando el rol de abogada del diablo: si bien estimaba deseable el mantenimiento del *status quo*, insistía en valorar las implicaciones de pertenecer al Mercado Común antes de tomar cualquier decisión<sup>122</sup>.

---

<sup>122</sup> De hecho, este diario llegaría a presentar lo que estaba en juego en la consulta con las siguientes palabras: “Si los pros parecen predominar en la economía, los contras tienen una evidente importancia en la política, y este dilema es el que Inglaterra ha de resolver en el día de hoy”. Ver *Ya*, 5-6-1975, p. 8.

A nivel cuantitativo, *LVE* sería el diario que mayor cobertura ofrecería del plebiscito. De hecho, con un total de veintisiete referencias durante las trece ediciones consultadas, sería el único en alcanzar las dos piezas diarias de media. Ello contrastaba con las trece referencias de *Ya*, las catorce de *Pueblo* y las dieciocho de *ABC* y *Arriba*. En cualquier caso, ninguno de ellos prestaría al referéndum británico una atención privilegiada. Sirva como dato que a lo largo de los quince días analizados nadie lo incluiría en más de dos portadas. Por lo general, este asunto quedaba relegado a un segundo plano en la sección dedicada a internacional y, además, la mayoría de los contenidos se concentraban en torno al día de su celebración, el 5-J, lo que evidenciaba una falta de regularidad en la cobertura de cada medio.

En el ámbito cualitativo, destacarían las crónicas del tándem Foix-Assía en las páginas de *LVE*, apareciendo las de este último también en *Ya*, el único diario que no tendría a un profesional fijo sobre el terreno. Alfonso Barra para *ABC*, Raúl del Pozo desde *Pueblo* y Antonio Parra en representación de *Arriba* y Pyresa, todos ellos corresponsales en Londres, serían las firmas más habituales de sus medios durante las jornadas analizadas. Por otro lado, solo *ABC* y *LVE* se preocuparían por incorporar crónicas desde Bruselas, la capital comunitaria, mientras que, en el caso de *Arriba*, casi el 45% del total de sus referencias no sería contenido propio sino de EFE.

Por otro lado, los únicos diarios que dedicarían en alguna ocasión sus espacios editoriales a la cuestión británica serían *Ya* y *LVE*. A diferencia de este último —que al igual que *ABC* se decantaba por los análisis— la publicación madrileña incluiría otros artículos de opinión; más que ningún otro. Este género sería, precisamente, el que nos permitiría reconocer las distintas sensibilidades presentadas por cada medio. Y, de entre todas estas, la pluma de J. L. Tello y de Jesús Suevos, ambos colaboradores de *Arriba*, serían sin lugar a dudas las más críticas con la CEE. Ello no sería casualidad. Si bien las cinco publicaciones coincidirían en reconocer la particularidad de la actitud británica respecto al proyecto europeo, sería en las páginas de *Arriba* donde se mostraría mayor empatía hacia “el ser nacional”, donde se identificaría mayor apego a cierto esencialismo inglés, y, por tanto, donde más parecían entenderse las resistencias de los británicos a la integración en el Club.

Una de las diferencias más importantes en la cobertura de los distintos periódicos analizados tendría que ver con la lectura que estos harían de los resultados del referéndum. Si para *ABC*, *Arriba*, *LVE* y *Ya* las urnas habían asestado un golpe definitivo a la izquierda del laborismo británico —de inclinaciones antimercadistas y con mucho poder tanto en el *Labour* como en el Gobierno de Wilson— en las páginas de *Pueblo* se negaba que los votantes hubiesen decidido en esa lógica: se trataba única y exclusivamente de una votación en torno a Europa y al encaje de Reino Unido en la misma.

Por último, llama la atención la indiferencia de todos los periódicos hacia los nuevos términos que Harold Wilson había conseguido en su negociación con el resto de miembros de la Comunidad. Sobre este acuerdo viraba la consulta —cuya convocatoria sería, por cierto, bastante criticada—; teóricamente se decidía sobre la idoneidad de la nueva relación Londres-Bruselas propuesta por el *premier*, a quien, por otro lado, todos afearían sus contradicciones y ambigüedades respecto a la cuestión europea.

No se acabarían ahí las omisiones compartidas por los cinco: apenas se entremezclarían referencias al futuro de España como Estado miembro y apenas se valorarían las posibles consecuencias para ella de la victoria del *leave* en el referéndum británico. Y, por supuesto, todos coincidirían en destacar no solo la previsible victoria de la permanencia, sino el desinterés del pueblo británico hacia la CEE, agravado por la guerra dialéctica entre los protagonistas de ambos bandos durante la campaña. Todo ello en la superficie de un país cuyo problema más acuciante —todos coincidían— era la economía doméstica, gestionada además por un Partido Laborista al borde de la escisión.

### 3.2.2 La prensa española ante el referéndum de 2016 en Reino Unido

La consulta que precipitaría el *brexit* se colaba en una prensa española ahora ya plural, moderna e independiente. A lo largo de estas jornadas, tanto *ABC* como *La Vanguardia* estarían volcadas con las elecciones nacionales del 26-J, celebradas apenas medio año después de los últimos comicios, dada la incapacidad de la clase política —y, en especial, del candidato más votado, Mariano Rajoy— para formar Gobierno. Junto a este tema, ambas cabeceras centrarían su atención en las primarias en EE UU —que apuntaban al enfrentamiento entre Hilary Clinton y Donald Trump en noviembre— así como en la

evolución de la cuestión catalana, además de seguir con especial interés la Eurocopa de Francia, donde la selección nacional de fútbol no pasaría de octavos.

### 3.2.2.1 ABC

Son nueve las portadas que, en total, el diario madrileño dedicaría al *brex*it, siendo diez las veces que aparecería en La Dos<sup>123</sup>. En total, 179 piezas periodísticas; 112 de ellas localizadas en Internacional, que abriría con el 23-J en hasta diecisiete ediciones. Junto a Opinión y Economía, son las secciones más prolíficas<sup>124</sup>. Además, ABC le dedicaría seis editoriales y otros tantos artículos del director, Bieito Rubido, desde su espacio “El Astrolabio”. Por otro lado, no solo aparecerían contenidos sobre el referéndum en las veintidós ediciones analizadas, sino que hasta en dieciséis de ellas se publicarían cinco o más piezas<sup>125</sup>.

Luis Ventoso y Enrique Serbeto —desde Londres y Bruselas respectivamente— serían las voces periodísticas más destacadas: 53 textos firma el primero; quince el segundo. Además, Hermann Tertsch —desde Edimburgo— y Ramón Pérez-Maura —desde la capital inglesa— acudirían como enviados especiales a Reino Unido.

Entre los protagonistas políticos aparecerían los líderes de los principales partidos, David Cameron y Jeremy Corbyn, además de Boris Johnson, Nigel Farage y, en menor medida, Michael Gove. Al primer ministro —tildado una y otra vez de irresponsable— se le reprocharía constantemente la convocatoria del plebiscito ante un tema no solo complejo sino trascendental<sup>126</sup>. Para J. L. Restán, *Dave* “ha jugado a la ruleta rusa con esta consulta, que al final pivota sobre los humores y prejuicios ancestrales de una parte de la sociedad británica”<sup>127</sup>. Del líder laborista se destacaría su radicalidad ideológica y su abulia durante la campaña, causa de división en el seno de su partido. Es por ello por lo que Ventoso

---

<sup>123</sup> La Dos de ABC en 2016 se corresponde con lo que hemos convenido en llamar portada interna en el ABC de 1975.

<sup>124</sup> Ello no es óbice para que nos encontremos con referencias a la consulta en Sociedad, Cultura o Gentes y TV. Además, el espacio de La Tercera se dedicaría en cinco ocasiones a este tema, apareciendo quince veces en Enfoque y seis en la contraportada. A ello cabría sumar tres cartas de los lectores.

<sup>125</sup> Los días posteriores a la consulta –24, 25 y 26 de junio– superarán las diez piezas.

<sup>126</sup> Así se manifiestan voces como las de Ignacio Camacho, Ángel Expósito o José María de Areilza.

<sup>127</sup> ABC, 11-6-2016, p. 8.

llegaría a decir que “con el conservadurismo partido en dos y el laborismo en la berza, la causa del ‘Remain’ tiene unos débiles paladines”<sup>128</sup>.

Además, la decisión del primer ministro británico de personarse en Gibraltar para hacer campaña –un territorio cuyo apoyo a la permanencia se daba por descontado– sería observada por *ABC* como una afrenta nacional, lo que ahondaría en su caracterización de Cameron como un político insensato. Este asunto recibiría una cobertura considerable, con un mensaje transversal: era una visita innecesaria. Desde el editorial y en alusión al *premier* londinense, *ABC* consideraba que “su prioridad ha sido manipular el Peñón como un guiño, de reflujó imperial, a los euroescépticos de su país, a costa de enturbiar las relaciones con España y de abrazarse a la desesperada a un discurso colonialista fuera de tiempo”<sup>129</sup>.

Por otro lado, entre los defensores del *out*, Boris Johnson aparecía retratado como ambicioso y oportunista, cabecilla del *leave* para llegar al 10 de Downing Street. Junto al líder del UKIP –siempre con la etiqueta de xenófobo– ambos habrían desplegado una campaña cargada de mentiras y tintes nacionalistas, con la inestimable ayuda de la prensa doméstica. Por su parte, el ministro de Justicia, Michael Gove, era presentado como el “cerebro gris” del bando favorable a la salida.

Precisamente, y sobre todo a raíz del asesinato de la diputada laborista Jo Cox por un fanático ultraderechista, el tono de la campaña se convertiría en protagonista –con especial atención al discurso del *leave*–. Desde Londres, Ventoso lamentaba ver a un pueblo tan admirable empachado de nacionalismo: “pegarse un fiestón xenófobo y romper con sus vecinos no les va a arreglar sus problemas. Solo los hará más pobres, más aldeanos y menos interesantes”<sup>130</sup>. Ahora bien, ello no sería óbice para que voces como las de Tertsch –que consideraba fracasado el intento de denigrar a los partidarios del *brexit* como “meros ultras, chovinistas y proletariado ignorante”<sup>131</sup>– planteasen que el

---

<sup>128</sup> *ABC*, 15-6-2016, p. 33.

<sup>129</sup> *ABC*, 17-6-2016, p. 4.

<sup>130</sup> *ABC*, 17-6-2016, p. 15.

<sup>131</sup> *ABC*, 18-6-2016, p. 33.

futuro de la Unión pasaba por corregir su elitismo y atender las inquietudes nacionales, respetando identidades y soberanías<sup>132</sup>.

A lo largo de este análisis se observaría la fiebre por las predicciones, que aparecían constantemente. De la ventaja inicial del sí se pasaba a la probable victoria del no, que volvía a darse la vuelta tras el asesinato de Jo Cox para llegar al día previo a la consulta en empate técnico. Y es que la incertidumbre y las posibles consecuencias del *brexít* serían recurrentes, sobre todo durante los días previos y posteriores al referéndum.

Así, muchos titulares recogerían riesgos, amenazas y advertencias en caso de consumarse la salida de Reino Unido, parte de ellos localizados en Economía. La edición del 20 de junio, por ejemplo, abriría en portada con el siguiente titular: “Las empresas españolas se juegan 48.000 millones de euros con el Brexit”. Existía quórum: todos reconocían el impacto que tendría la salida de Reino Unido en el resto de las economías europeas. Estos temores, además, conectaban con la incertidumbre acerca del escenario político que dejarían las elecciones del 26-J en España, tan solo dos días después de conocerse el resultado en Reino Unido. No sería casual que en el editorial del 22 de junio se relacionase el *brexít* con el auge de Podemos, de Marine Le Pen o de Donald Trump, síntomas “de la reactivación de las pulsiones más peligrosas”<sup>133</sup>.

Por ello, en la edición del 25 de junio, una vez conocido el veredicto anglosajón, *ABC* recogía en portada “El Brexit alimenta la incertidumbre a 24 horas del 26-J”, recuperando dicha idea en el editorial: “Es el populismo lo que conecta directamente el Brexit con las elecciones de mañana en España. Para quienes aspiran a romper el sistema actual, el Brexit es una confirmación de sus planteamientos: dar una patada al tablero es posible, más aún si los sentimientos sustituyen a las razones”<sup>134</sup>, instando a los españoles a votar por la estabilidad. Dicho de otra manera —y tal y como se recogería en el editorial de la

---

<sup>132</sup> En la jornada del 24 de junio, Tertsch volvía a la carga, apuntando que la supervivencia de la UE pasaba por que esta garantizase la existencia de sociedades democráticas e individuos libres: “La Unión Europea se hizo para evitar guerras, cierto. Pero también para defender la libertad. Y la libertad es lo que está en peligro con ese poder lejano, no elegido, despótico y arbitrario que los europeos no pueden fiscalizar”. Ver *ABC*, 24-6-2016, p. 12.

<sup>133</sup> *ABC*, 23-6-2016, p. 4.

<sup>134</sup> *ABC*, 25-6-2016, p. 4.

siguiente edición— “sería una irresponsabilidad colectiva descarrilar a España por secundar el eco antisistema del voto favorable al Brexit”<sup>135</sup>.

Si bien *ABC* consideraba legítimas las preocupaciones de los europeos, no veía la salida en el antieuropeísmo ni en el burocratismo de Bruselas, sino en la vuelta a los valores originales del proyecto. Además, desde las páginas de Opinión, plumas con las de Isabel San Sebastián o Hermann Tertsch ponían el foco en la crisis de refugiados de 2015, entendiendo que su gestión por parte de Bruselas había contribuido al malestar de los ciudadanos europeos y de los británicos en particular<sup>136</sup>.

Por su parte, el déficit democrático de la UE sería el que llamaría la atención de los cuatro hispanistas británicos entrevistados en la edición del 12 de junio, aunque ninguno veía en el *brexit* una solución. Robert Goodwin lo tenía claro: “La UE es como la FIFA. Si quieres jugar al balompié no te queda otra que asociarte, sino acabarás jugando al críquet o al rugby”<sup>137</sup>.

Para el anterior historiador, la pregunta del referéndum podía reducirse a la siguiente: ¿cuánto estás dispuesto a perder económicamente para dar satisfacción a tu xenofobia? El enviado especial de *ABC* a Londres, Ramón Pérez-Maura, coincidía con Goodwin: “Esta es una campaña en la que los que creen que la inmigración es una amenaza se inclinan por votar por el abandono de la UE y los que piensan que el principal problema es la economía, piensan votar a favor de seguir en la Unión”<sup>138</sup>.

Dos constantes en el diario madrileño serían las apelaciones al utilitarismo inglés y el repaso histórico a la relación de las Islas con el continente. Así, desde *La Tercera*, el célebre historiador Hugh Tomas lamentaría que Londres midiese su vinculación a Bruselas en términos de coste-beneficio: “Si los partidarios de la permanencia vencen, no

---

<sup>135</sup> *ABC*, 26-6-2016, p. 4.

<sup>136</sup> La periodista madrileña, en su columna del 16 de junio, llegaba a hablar del adormilamiento de los europeos frente a un multiculturalismo que consideraba suicida. H. Tertsch, por su parte, haría lo propio a raíz del asesinato de Jo Cox, cargando contra quienes habían permitido la migración masiva. Ver *ABC*, 16-6-2016, p. 13 y *ABC*, 17-6-2016, p. 12.

<sup>137</sup> *ABC*, 12-6-2016, p. 37.

<sup>138</sup> *ABC*, 20-6-2016, p. 31.

será porque hayan leído a Balzac, a Racine, a Pérez Galdós o a Dante, sino porque les habrán convencido los pronósticos económicos”<sup>139</sup>.

El pasado asumía cierto protagonismo en escritos como los de José María Carrascal, para quien “la historia de Inglaterra se ha reducido a enfrentarse a la mayor potencia europea en cada momento —España, Francia, Alemania— e impedir la unión del continente. De ahí que no estuviera en el núcleo fundacional de esa comunidad y que sólo cuando vio que era inevitable, ingresó en ella. Pero más para frenarla que para fortalecerla”<sup>140</sup>.

En la misma línea se movía Eduardo Serra, quien recordaba que, al contrario que España —que huía de sí misma allende los Pirineos y parecía preferir ser gobernada— la política exterior de los británicos se había centrado en “evitar que existiera una gran potencia continental que pudiera amenazar la independencia y soberanía de las Islas Británicas”<sup>141</sup>.

Cabe resaltar que, aunque la mayoría de las voces coincidiesen en su deseo de retener a la “pérfida Albión” como socio comunitario, muchos veían su salida como una oportunidad para ganar cohesión y avanzar en la integración europea<sup>142</sup>. Ahora bien, también los había que se posicionaban del lado del *leave*, como sería el caso de Juan Manuel de Prada<sup>143</sup>.

“Ser o no ser... europeos”, titulaba en portada *ABC* en la jornada del referéndum. La disyuntiva shakesperiana<sup>144</sup> parecía resolverse en la primera página de *Internacional*: “Gana la permanencia en la UE según los últimos sondeos”, con el cronista llegando a creerlo definitivo. Sería al día siguiente cuando, en una edición casi monográfica del *brexit*, se analizase lo que Bieito Rubido consideraría un triunfo del populismo, “una desgracia de los pueblos desarrollados, dispuestos siempre a suicidarse”<sup>145</sup>.

---

<sup>139</sup> *ABC*, 13-6-2016, p. 3.

<sup>140</sup> *ABC*, 13-6-2016, p. 14.

<sup>141</sup> *ABC*, 19-6-2016, p. 3.

<sup>142</sup> Por ejemplo, José María Carrascal, que tras conocerse los resultados planteaba que quizá habría que agradecer a Cameron el error de convocar la consulta, puesto que el *brexit* “puede que sea la única fórmula de salvar el proyecto europeo, ya que, con Inglaterra dentro, nunca lo lograríamos plenamente, al ser este uno de los objetivos tradicionales de la política británica”. Ver *ABC*, 25-6-2016, p. 48.

<sup>143</sup> En uno de sus artículos, tras cargar contra el mundialismo, Juan Manuel de Prada llegaba a decir lo siguiente: “por una vez, deseo que la sed de dominio de los ingleses despierte de su letargo y se sacuda el yugo esclavizante de la Unión Europea”. Ver *ABC*, 18-6-2016, p. 13.

<sup>144</sup> Justo ahora que se cumplían cuatrocientos años del fallecimiento del escritor inglés.

<sup>145</sup> *ABC*, 25-6-2016, p. 2.

A partir de entonces, todo serían reacciones y posibles consecuencias, con especial incidencia en la respuesta de la Unión y su futuro<sup>146</sup>, en la integridad territorial de Reino Unido, en su crisis de gobierno y en la situación de los españoles emigrados a las Islas y de los británicos residentes en España. *ABC* acabaría endureciendo el tono contra Londres: “Europa no es un club a la carta”, titulaba en el último editorial de nuestro análisis<sup>147</sup>.

### 3.2.2.2 *La Vanguardia*<sup>148</sup>

Hasta en quince ocasiones abriría este diario con la consulta en Reino Unido —las mismas que aparecería en *La Segunda*— haciéndolo de manera ininterrumpida entre el 15 y el 26 de junio. A ello se sumarían siete editoriales y seis artículos del director publicados durante las tres semanas estudiadas, en las que en dos ediciones no se encontraría referencia alguna.

De un total de 189 contenidos, 79 de ellos se localizarían en Internacional —desde la edición del 16 de junio como primer tema— 45 en Economía, cuarenta en Opinión y doce en Política<sup>149</sup>. El 25 de junio sería, sin duda, el día de mayor cobertura, incluyendo 45 referencias al *brexit* y ocupando todas las páginas de Internacional y Economía.

Sobre los periodistas más prolíficos, cabría destacar a Rafael Ramos, corresponsal en Londres, y a Bea Navarro, encargada de la corresponsalía en Bruselas. No obstante, el anterior tándem quedaría incompleto sin añadir a Andy Robinson y a Anna Buj, ambos desplazados a las Islas: el primero escribiendo desde los días previos al 23-J y la última incorporándose justo después de la consulta. Por su parte, el que fuera corresponsal del diario en la capital británica durante el referéndum del 75, Luis Foix, volvería a tener presencia en las páginas de *LV*; esta vez desde Opinión.

---

<sup>146</sup> Enrique Serbeto calificaría el *brexit* como la peor crisis de la historia de la UE. Ver *ABC*, 29-6-2016, p. 28.

<sup>147</sup> *ABC*, 29-6-2016, p. 4.

<sup>148</sup> En adelante, *LV*.

<sup>149</sup> A lo que se sumarían tres referencias en Cultura y dos en Deportes, así como otras tantas en la contraportada y catorce en las cartas de los lectores.

Un prototipo de *gentleman* inglés sujetaba una de las doce estrellas de la bandera europea, dispuesto a mojarla en su té. Esta tensión en la aureola estelar, retratada por Kap en una de sus ilustraciones de estos días para *LV*<sup>150</sup>, reflejaba perfectamente lo que Carles Casajuana expresaría en palabras al inicio de nuestro análisis: “la participación o no en la construcción europea es una de las cuestiones que tocan más de lleno el nervio de la identidad británica. La historia de las relaciones con la Unión Europea es un catálogo de vaivenes y de ambigüedades”<sup>151</sup>.

Y lo cierto es que, a once días del referéndum y según una encuesta rescatada por Rafael Ramos, el nervio británico parecía tender a la salida por una diferencia de hasta diez puntos. Restaba tiempo por delante, pero el corresponsal de *LV* no se cansaría de advertir de que el ímpetu estaba del lado de los *leavers* —que se comportaban ya como un “gobierno en la sombra”— cuyos seguidores identificaba como aquellos que se habían caído del tren de la globalización y que querían asestar un golpe de protesta contra el sistema, acompañados a su vez por los nostálgicos imperialistas y los nacionalistas ingleses de toda la vida<sup>152</sup>.

Este temor al triunfo de la salida encontraría eco en el espacio editorial de *LV*. Bajo el título “Escalofríos por el ‘Brexit’”, la cabecera barcelonesa llamaba a los partidarios de la permanencia a multiplicar sus esfuerzos “para evitar una decisión que afectaría de forma muy grave a sus compatriotas y a todos los europeos”<sup>153</sup>.

Las consecuencias económicas del *brexit* serían, de hecho, uno de los temas más tratados en las páginas de este diario. Ahora bien, Xavier Vives, desde Opinión, se encargaba de advertirnos de que “nos equivocáramos si solamente realizáramos un cálculo económico sobre el Brexit. El impacto mayor sería político y podría ser devastador para la UE”<sup>154</sup>.

En cuanto a la actualidad de la contienda en las Islas, Ramos presentaría una campaña llena de exageraciones por ambos lados, hasta tal punto que el día del asesinato de Jo Cox llegaría a decir lo siguiente: “La campaña del Brexit está siendo sucia y mentirosa hasta

---

<sup>150</sup> *La Vanguardia*, 11-6-2016, p. 31.

<sup>151</sup> *La Vanguardia*, 11-6-2016, p. 34.

<sup>152</sup> *La Vanguardia*, 20-6-2016, p. 3.

<sup>153</sup> *La Vanguardia*, 16-6-2016, p. 26.

<sup>154</sup> *La Vanguardia*, 16-6-2016, p. 27.

niveles nunca vistos en la política del Reino Unido, llena de exageraciones esperpénticas, populismo y manipulaciones groseras por ambos bandos”<sup>155</sup>. Un panorama que le recordaba —y no lo diría solo una vez— a la República de Weimar, paradójicamente en el país que primero había desafiado a Hitler<sup>156</sup>.

Ahora bien, el cronista madrileño cargaba una responsabilidad mayor sobre los partidarios del *leave*, portavoces de un discurso xenófobo —con tics de la Alemania nazi— y del “populismo más rancio”<sup>157</sup>. Y es que, como diría Pilar Rahola, “en el debate del Brexit hay más trazo grueso que letra pequeña, más carnaza que argumentos, más pasión que razón. Y todo ello a pesar de que sus consecuencias no serán poéticas sino duramente prosaicas”<sup>158</sup>.

Hablando de bandos, entre los partidarios del *remain* destacarían Cameron, Corbyn y Osborne, siendo Johnson y Farage los nombres más sobresalientes del campo contrario. Por un lado, nos topábamos con un *premier* incapaz de gestionar su propio partido —adalid, junto a su colega del *Exchequer*, del “Proyecto Miedo”— y con un líder laborista que portaba una actitud timorata y ambivalente hacia la UE. Por otro, la alianza interesada de un oportunista de intelecto sofisticado —es decir, *BoJo*— con el jefe del UKIP: el verdadero ganador del referéndum. Menor atención merecería Michael Gove, presentado como el cerebro de la campaña euroescéptica.

El día 18 entraba Andy Robinson en escena, ofreciendo una perspectiva diferente con sus crónicas sobre el terreno. El enviado especial de *LV* daba voz a quienes veían a la Unión como una “máquina para el capitalismo salvaje” del todo antidemocrática<sup>159</sup>, a aquellos analistas financieros de la City que no temían el *brexit*<sup>160</sup> o a aquellos euroescépticos del norte de Inglaterra que, indiferentes a la muerte de Jo Cox, buscaban un culpable a su situación personal: “Se repite en cada pueblo la misma sensación de una clase trabajadora

---

<sup>155</sup> *La Vanguardia*, 17-6-2016, p. 3. De hecho, en la siguiente edición —y en otras— el propio Ramos hablaría de esta campaña como la más sucia de la historia de la política británica. Ver *La Vanguardia*, 18-6-2016, p. 3.

<sup>156</sup> *La Vanguardia*, 18-6-2016, p. 4.

<sup>157</sup> *La Vanguardia*, 19-6-2016, p. 3. Más adelante, Rafael Ramos se referiría al UKIP de Farage como una “formación xenófoba y ultraderechista, con toques neonazis”. Ver *La Vanguardia*, 21-6-2016, p. 6. Para el cronista madrileño, Reino Unido estaba descubriendo que tenía una ultraderecha mucho más fuerte de lo que pensaba. Ver *La Vanguardia*, 22-6-2016, p. 6.

<sup>158</sup> *La Vanguardia*, 19-6-2016, p. 37.

<sup>159</sup> *La Vanguardia*, 18-6-2016, p. 6.

<sup>160</sup> *La Vanguardia*, 20-6-2016, p. 4.

en busca de una excusa —cualquiera— para reventar el sistema tras años de descensos salariales y aumento de la inmigración”, advertía Robinson<sup>161</sup>.

Asimismo, las crónicas de Anna Buj se sucederían tras consumarse el *brexit* para reflexionar, valiéndose de voces locales, en torno a los motivos de la salida y a las posibles consecuencias de esta última para la comunidad inmigrante afincada en las Islas.

Llegaba el día de la consulta: “El futuro de Europa, en manos de 46 millones de británicos”, abría *LV*<sup>162</sup>, que en su editorial consideraba el hipotético escenario del *brexit* como una pésima noticia ante una UE en horas bajas: “Salir de Europa no parece una solución realista. Después del portazo, la nada”<sup>163</sup>. Para Rafael Ramos había sido la campaña del “Proyecto Miedo” contra el “Proyecto Odio”<sup>164</sup>. Por su parte, Beatriz Navarro, que había estado informando sobre los preparativos de Bruselas ante el 23-J y presentando los posibles modelos tras el divorcio, llamaba a la prudencia: ganase o perdiese el *remain*, las instituciones europeas deberían ganar legitimidad y relanzar el proyecto europeo, puesto que la consulta en las Islas era síntoma de un malestar extendido por toda la Unión<sup>165</sup>.

La edición de *LV* del 25 de junio sería extraordinaria, ya que el lector apenas podría encontrar una página que no incluyese el término *brexit*. La interpretación que de este evento realizaría el diario catalán quedaría patente desde la portada: “El gran reto de Europa”, “el portazo británico obliga a la UE a dar un salto adelante y a desactivar los populismos”<sup>166</sup>. La sección de Internacional, además, estaría encabezada por un cintillo revelador: “Europa en crisis”. En su interior, Rafael Ramos valoraba el resultado como “la primera gran derrota política de la globalización y el orden socioeconómico posterior a la gran crisis financiera del 2008”, y consideraba que la convocatoria del referéndum “pasará a la historia como uno de los grandes errores de cálculo en la política británica”<sup>167</sup>.

---

<sup>161</sup> *La Vanguardia*, 19-6-2016, p. 6.

<sup>162</sup> *La Vanguardia*, 23-6-2016, p. 1.

<sup>163</sup> *La Vanguardia*, 23-6-2016, p. 28.

<sup>164</sup> *La Vanguardia*, 23-6-2016, p. 6.

<sup>165</sup> Para Navarro, la propia idea del proyecto europeo nunca había estado tan cuestionada, y entendía que la salida a esta situación pasaba por solucionar, básicamente, los problemas del euro y de la cuestión migratoria. Ver *La Vanguardia*, 24-6-2016, p. 8.

<sup>166</sup> *La Vanguardia*, 25-6-2016, p. 1.

<sup>167</sup> *La Vanguardia*, 25-6-2016, p. 3.

En resumen, el cronista catalán lamentaba la marcha de Reino Unido, no porque no tuviese derecho a irse sino por la forma de hacerlo. Un fenómeno que para Bea Navarro representaba “el golpe más duro al proyecto de integración europea en sus 60 años de historia”<sup>168</sup>, que, por otra parte, había dejado de ser irreversible. “¿Cómo pudo ser tan tonto?”, se preguntaba Henry Kamen en alusión a David Cameron, a quien consideraba el principal responsable de que, de un solo golpe, Inglaterra hubiese vuelto al siglo XVI<sup>169</sup>. Para Andy Robinson había sido “la rebelión de los *fish and chips*”, es decir, de “los últimos reductos de la clase obrera británica, ahora los principales perdedores de un modelo de globalización neoliberal que la UE, en otra época más socialdemócrata, pretendía humanizar”<sup>170</sup>.

Por todo ello, *LV* titulaba su editorial del 25-J “Europa, ahora o nunca”: o la UE —que ya no se justificaba en sí misma— corregía el rumbo para desactivar la ola populista o se produciría un efecto contagio del *brexit*, cuyo padre, por cierto, tenía nombres y apellidos para el diario barcelonés: David Cameron<sup>171</sup>. En un editorial anterior, la cabecera del Grupo Godó ya había llamado a la reforma de la Unión, criticando la ineficacia de “una *intelligentsia* más proclive a una paralizante hiperregulación que a dar contenido a los avances hacia unos Estados Unidos de Europa”<sup>172</sup>.

En las siguientes ediciones, la cobertura de *LV* estaría dominada por las reacciones de los políticos españoles al *brexit* y por los efectos de este último, tanto en las elecciones nacionales del 26-J como en el estado de los mercados mundiales. También habría espacio para abordar los reequilibrios de poder en la Unión y la postura de la UE-27 hacia Reino Unido, con la opinión experta de Pol Morillas oteando en el horizonte una Europa a varias velocidades<sup>173</sup>.

En el plano de la política doméstica anglosajona, el diario catalán pondría el foco en la división abierta en el seno de los principales partidos, en la parálisis de los *brexiteers* tras

---

<sup>168</sup> *La Vanguardia*, 25-6-2016, p. 6.

<sup>169</sup> *La Vanguardia*, 25-6-2016, p. 8.

<sup>170</sup> *La Vanguardia*, 25-6-2016, p. 9.

<sup>171</sup> *LV* situaba la explicación del *brexit* en la crisis de 2007, en la austeridad impuesta por Alemania —que consideraba discutible— y en la reciente crisis de los refugiados. Además, para esta cabecera la victoria del *brexit* era el triunfo de una mentalidad tradicional que, con reminiscencias imperiales, aspiraba a regresar al pasado. Ver *La Vanguardia*, 25-6-2016, p. 26.

<sup>172</sup> *La Vanguardia*, 19-6-2016, p. 36.

<sup>173</sup> *La Vanguardia*, 27-6-2016, p. 8.

la consulta —ya que, de acuerdo con Rafael Ramos, no esperaban ganar, carecían de programa y “lo único que habían preparado eran panfletos llenos de retórica y de mentiras”<sup>174</sup>— y de la posible quiebra de su integridad territorial, principalmente, por los resultados registrados en Escocia.

Al término de nuestro análisis, *LV* se despedía celebrando el giro social que parecía querer impulsar una Unión ahora más enérgica tras el *brexít*<sup>175</sup>, a la que instaba a poner “la racionalidad perdida en el banco británico” —que parecía desorientado— de modo que el divorcio causase “el mínimo de estragos”<sup>176</sup>; eso sí, sin permitir que los términos del mismo fuesen marcados desde el otro lado del Canal.

### 3.2.3 Síntesis sobre la cobertura de *ABC* y *La Vanguardia* en ambas consultas

Si en 1975 se enfrentaban, principalmente, mercadistas contra antimercadistas, en 2016 la disputa se planteaba ya como una lucha entre europeístas y antieuropeístas. Además, la cobertura de este último referéndum, más rica en anglicismos y titulares de enganche, reflejaba la cultura imperante del *hashtag*, evidenciada también en el uso abusivo del acrónimo *brexít*.

Además, si en el 75 se lamentaba tanto en *ABC* como en *LV* la división que la campaña del referéndum estaba causando, principalmente, en el seno del laborismo, en el 16 ambos extenderían esa brecha a toda la sociedad británica. No sería casual que se sucediesen las referencias a la Alemania de los años treinta en sus páginas: en 1975 por la situación económica del “pariente pobre” de la Comunidad, semejante a la que puso en bandeja la llegada de Hitler; en 2016 por la lucha identitaria, reflejada en el tono exacerbado y en el discurso nacionalista de la campaña, sobre todo antes del asesinato de la diputada Jo Cox<sup>177</sup>.

---

<sup>174</sup> *La Vanguardia*, 28-6-2016, p. 7. Para Luis Foix, lo más lamentable de la campaña del *brexít* había sido la manipulación grotesca de la opinión pública, que en su mayoría se había dejado embaucar “por dos personajes mentirosos, erráticos y populistas [en alusión a Johnson y Farage] que creen en la falta superioridad del pueblo británico”. Ver *La Vanguardia*, 29-6-2016, p. 26.

<sup>175</sup> Frente a la demagogia del emperador desnudo, en clara alusión a Reino Unido. Ver *La Vanguardia*, 30-6-2016, p. 24.

<sup>176</sup> *La Vanguardia*, 28-6-2016, p. 32.

<sup>177</sup> De ahí que, a los pocos días de producirse este evento traumático, el diario *El País* pronunciase las siguientes palabras desde su espacio editorial: “Esta aventura en la que se ha embarcado David Cameron resulta frívola y peligrosa, pues no solo puede tener ingentes costes económicos sino que está abriendo de par en par las puertas al populismo xenófobo y al peor nacionalismo”. Ver *El País*, 20-6-2016, p. 14.

*ABC* y *LV* también coincidirían en el retrato ofrecido sobre los principales protagonistas de las dos consultas, pudiendo incluso establecerse paralelismos entre ambas fechas en el reparto de papeles. La incapacidad de Harold Wilson y David Cameron para controlar a sus correligionarios y su irresponsabilidad por recurrir al referéndum —una vía rechazada de forma casi unánime a lo largo de nuestro análisis—; Margaret Thatcher y Jeremy Corbyn vinculados por su apatía en la defensa de la permanencia; Tony Benn, al igual que Boris Johnson, de oratoria e intelecto atractivos pero capaz de cualquier cosa por arribar al 10 de Downing Street; y Enoch Powell como el Nigel Farage del 75 por su discurso radical y xenófobo. Ahora bien, si en los setenta ambos diarios aplaudían a Edward Heath por su campaña en defensa del *remain*, en el referéndum del 16 ninguno tenía a quien aplaudir.

De igual forma, se apreciarían notables similitudes entre los periodistas más destacados de cada campaña, pese a la mayor polifonía de la cobertura más reciente. Luis Ventoso es el Alfonso Barra del 75 en *ABC*, al igual que lo es Rafael Ramos de Luis Foix en *LV*. En las páginas de este último, además, las crónicas de Assía bien podrían compararse con las de Andy Robinson por aislarse de la actualidad más inmediata de la campaña y ofrecer otro punto de vista.

Tras analizar las páginas de *ABC* y de *LV* en ambas fechas se observa con claridad su alineamiento con los partidarios de la permanencia. En términos generales, la salida de Reino Unido del proyecto europeo era presentada como ilógica e incluso suicida para el país, enmarcando la continuidad del *status quo* como la opción racional y necesaria en ambos periodos.

Ahora bien, en el 75 las consecuencias de su escisión no parecían tan traumáticas, lo que se traduciría en una movilización mucho menor por parte de las cabeceras estudiadas. Los números hablan por sí solos: si en la campaña del 5-J se localizarían 53 contenidos, en la del 23-J se identificaría un total de 368 piezas entre ambas cabeceras. Valga el siguiente dato como prueba del mayor impacto del último referéndum: si en el 75, en la jornada anterior a la cita con las urnas, *ABC* situaba el tema hacia la mitad de Internacional y *LV* lo hacía en la última página de la misma sección, en 2016 ambas lo destacarían como primer asunto de Internacional desde una semana antes del día D.

Así pues, tanto a nivel cualitativo como cuantitativo, la cobertura de los diarios analizados sería similar en sendas consultas. Eso sí, existirían algunas diferencias. En 2016, *ABC* — más celoso de la soberanía nacional y la unidad de España— se detenía en la polémica visita de David Cameron en campaña a Gibraltar, mientras que *LV* hacía especial hincapié —con un tratamiento más regular— en las consecuencias económicas del *brexít*. Por otro lado, aunque ambos interpretasen el resultado del 5-J como un voto contra la izquierda británica más radical y el 23-J como un triunfo del populismo, el diario madrileño relacionaría este último directamente con Podemos —fuerza de izquierdas emergente en la política española con un discurso antisistema— llamando a evitar su voto en las elecciones que se celebrarían escasos días después en nuestro país.

Además, pese a que las dos cabeceras llamaban a la Unión a refundarse una vez certificado el *brexít* —que, por cierto, ambas considerarían como la mayor crisis en la historia de la integración europea— *LV* reclamaba la relajación del neoliberalismo como vía para neutralizar la fuerza del populismo imperante<sup>178</sup>. También se observarían ciertas diferencias en Opinión, ya que, desde las páginas de *ABC*, varias voces empatizarían con los *leavers* al compartir con ellos, sobre todo, la defensa del Estado-nación y la crítica a Bruselas por su gestión de la crisis de los refugiados del año anterior. Además, una firma, la de Juan Manuel de Prada, llegaría a instar al país de la *Union Jack* a desprenderse del yugo comunitario.

Por otro lado, llamaría la atención las escasas menciones a los términos acordados por Wilson y Cameron en su renegociación con Bruselas previa a la consulta: supuestamente el principal argumento de ambos para abrazar la causa de la permanencia. Sí aparecerían, en cambio, continuas referencias a las relaciones históricas de Reino Unido con el continente europeo, cayendo en muchas ocasiones en el esencialismo —con cierta resignación— al poner de relieve su particular visión hacia Europa. Al igual que estaría

---

<sup>178</sup> El 25-J, *El País* titulaba su editorial “Tocados, no hundidos”, esperando que la crisis fuese una oportunidad de futuro para la Unión: “Lo decisivo es que el europeísmo ejerza de europeísta, que plantee las tareas pendientes —ahora, como nunca antes, reveladas como urgentes— para hacer más y mejor Europa. Y al mismo tiempo sin retórica, sin ensoñaciones, teniendo en cuenta la realidad de una opinión pública fragmentada y de unos ciudadanos desorientados a los que hay que ofrecer ideas, proyectos y liderazgos claros. Si eso es así, Europa salvará este peligroso abismo en el que se encuentra”. Ver *El País*, 25-6-2016, p. 20.

presente en ambos, sobre todo tras certificarse el *brex*it en 2016, el cuestionamiento de la integridad territorial británica ante la salida del Club.



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

## CONCLUSIONES

La **primera hipótesis** que nos planteamos al inicio de nuestra investigación defendía que el *brexiteo* había sido un fenómeno fundamentalmente racional, de manera que el resultado del referéndum de 2016 habría representado la consecuencia lógica —que no inevitable— de la exposición continuada de los ciudadanos británicos a una acción de gobierno y a un discurso político sobre el proyecto europeo marcados, cuanto menos, por la prudencia y la frialdad hacia el mismo. El primer bloque de este trabajo debía dar respuesta a dicha cuestión y lo ha hecho ratificando nuestra tesis.

Como se ha podido ver, la integración europea nació como respuesta a un problema que al término de la II Guerra Mundial —y hasta la actualidad, más de siete décadas después— Reino Unido no creía compartir con sus vecinos: la falta de confianza en el Estado-nación. Puede que, a la altura de 1945, la vieja *Britannia* ya no fuese la misma de antaño —tal y como mostrarían, enseguida, la dependencia financiera de Washington o la pérdida de India, su joya imperial— pero haberse situado en el lado de los vencedores sin que el conflicto bélico hubiese alterado su propio sistema institucional parecía motivo suficiente para que los británicos —a diferencia de otros europeos— saliesen de la contienda con el orgullo patrio reforzado.

Ernest Bevin lo tenía claro: en el naciente orden mundial, Reino Unido, cuya presencia se extendía a lo largo y ancho del orbe —resaca de una *Pax Britannica* todavía palpable pero en claro retroceso— debía situarse en el podio junto a EE. UU. y la URSS, las dos superpotencias del momento. Para ello, y con ánimo de erigir un tercer bloque independiente, el jefe del Foreign Office llegaría a plantear a sus colegas continentales —y en especial a Francia— la creación de una *Western Union* que incluyese las posesiones coloniales de sus futuros socios: una idea tan sugerente como vaga que la irrupción de la Guerra Fría —y, con ella, del mundo bipolar— no tardaría en arrinconar.

La propuesta de Bevin probaba que, más allá de sus motivaciones, Reino Unido no solo contaba con sus vecinos para las tareas de reconstrucción económica sino que estaba dispuesta a ejercer un papel de liderazgo al otro lado del Canal; el mismo que venía asumiendo con gusto en materia de seguridad para que el “Tío Sam” —en un principio,

tentado a dar continuidad a su pulsión aislacionista— permaneciese en Europa occidental y se comprometiese con su defensa ante la amenaza germana y, sobre todo, soviética.

Ahora bien, los anglosajones no escondían el estrecho límite de su colaboración: una cosa era buscar la máxima cooperación al otro lado del Canal para ganar prosperidad y estatura geopolítica y, otra muy distinta, embarcarse en proyectos de soberanía compartida; mucho menos ahora que el Partido Laborista —que hasta bien entrada la década de los ochenta no se encontraría verdaderamente cómodo con la construcción europea por su marchamo capitalista— trataba de aprovechar su primera mayoría absoluta de la historia para acelerar, por la senda del intervencionismo, la transformación del país en un Estado social.

Todo ello explica que, durante los primeros compases de la posguerra, Londres defendiese —con éxito— que el diseño de entidades como la OECE (1948) o el Consejo de Europa (1949) rehuyese de la vía supranacional ambicionada por los más europeístas. En palabras del propio Bevin, era deseable no abrir esa caja de Pandora.

No obstante, para su sorpresa —y a instancias de la Casa Blanca— el Gobierno francés se convencería de la necesidad de abrirla en mayo de 1950: urgía atar en corto el resurgimiento alemán a través de la elevación de instituciones conjuntas antes de que fuera demasiado tarde. Es más, la gestión de las industrias nacionales del carbón y el acero por parte de una Alta Autoridad no debía ser sino la primera etapa de una eventual federación europea. Esa era la base del Plan Schuman.

Reino Unido recibiría su correspondiente invitación para participar en esta iniciativa revolucionaria, pero apenas vacilaría a la hora de dejar su silla vacía. Sobre todo porque la idea de un poder ejecutivo tecnocrático generaba muchos recelos en las Islas, entregadas al modelo tradicional de democracia parlamentaria del que sus habitantes se sentían progenitores y ejemplo por excelencia.

El futuro *premier* conservador, Harold Macmillan, expresaría estas reticencias mejor que nadie, demostrando que, a la hora de la verdad, los *tories* —*a priori*, más cercanos a los defensores de la unidad europea— sostenían una idea de Europa similar a la de su máximo rival político nacional: no se había puesto fin al derecho divino de los reyes para que

ahora fuese otorgado a expertos independientes ajenos al juego electoral; unas palabras que, con el paso del tiempo, no perderían su vigencia, ya que la clase política británica insistiría en denunciar de forma recurrente el supuesto déficit democrático del proyecto comunitario.

Cinco años más tarde, la posibilidad de que la joven CECA evolucionase hacia un mercado común obligaría a Londres a sentarse con los Seis. Sin duda, estas eran palabras mayores. No obstante, la distancia de pareceres parecía insalvable y acabaría precipitando su salida temprana de la mesa de negociaciones. Y es que seguía imperando la idea de que —como diría Anthony Eden— unirse era algo que, por instinto, los británicos no podían hacer.

Por esta época, muchos en las Islas desconfiaban de la capacidad de los continentales — históricamente acostumbrados a las riñas internas— para llevar su empresa a buen puerto, al igual que ocurriría décadas más tarde respecto a otras iniciativas como la UEM. De hecho, el reciente fracaso de la CED, salvada en última instancia por los propios británicos, parecía no solo justificar los recelos de estos últimos hacia el Club, sino otorgarles de nuevo la voz cantante en Europa occidental.

No obstante, a raíz del Tratado de Roma (1957), que alumbraría la CEE, Londres iría abandonando su autocomplacencia al comprobar cómo la unión aduanera de sus vecinos —que progresaría con mayor éxito del esperado— amenazaba con trastocar profundamente sus intereses nacionales. La vieja *Britannia* no solo veía más cuestionado que nunca su liderazgo en Europa occidental —corriendo el peligro de que el Mercado Común consiguiese elevarse como la “Tercera Fuerza” perseguida en su día por Bevin— sino que estaba perdiendo atractivo a ojos de Washington —su principal aliado— en detrimento de la Comunidad y, para colmo, el comercio preferencial con la Commonwealth y sus territorios coloniales —otrora contemplado como una ventaja competitiva indispensable para que Reino Unido mantuviese su rol y estatus globales— planteaba muchas dudas como garantía de futuro.

De ahí que, en adelante y de forma progresiva, el Gobierno anglosajón tratase de corregir su autoexclusión del proyecto comunitario, de tal forma que pudiese neutralizar la discriminación establecida por los Seis respecto a sus intercambios con países terceros.

Primero planteando un TLC parcial en el seno de la OECE —sin incluir los productos agrícolas para no ver entorpecido su comercio preferencial— y, más tarde, patrocinando un bloque alternativo puramente mercantil —la EFTA— para forzar a la CEE a alcanzar algún tipo de acuerdo que permitiese sortear la indeseada integración política.

Dada la incapacidad para imponer su propio criterio, los británicos no tendrían más remedio que llamar a la puerta de Bruselas en el año 61. Ahora bien, el acercamiento del Gobierno *tory* sería cauto, ya que este pediría permiso a Westminster para explorar la solicitud y no para activarla directamente: había que valorar hasta qué punto sería factible extraer concesiones del Club; sobre todo en lo relativo a la posibilidad de que Londres mantuviese su comercio preferencial con sus colonias y países hermanos.

Esta prudencia, unida al hecho de que el debate en la Cámara estuviese marcado por el argumento de que no había otra alternativa —con algunas voces clamando incluso contra el derrotismo que encerraba esta idea— probaba que los británicos, lejos de haberse convertido a la fe europeísta, se acercaban al Club con manifiesta resignación. Ciertamente, por mucho que Macmillan presentase su nueva política como la vía que debía permitir a su país preservar su posición internacional, el *premier* tendría dificultades para que la entrada no se percibiese como un acto de rendición.

Esta lectura acabaría siendo asumida por el entonces líder laborista, Hugh Gaitskell, que en octubre del 62 —apenas unos meses antes de que París vetase la ampliación de la familia comunitaria— convertía a Europa en un campo de batalla partidista al desmarcarse de los términos negociados por los *tories*: la entrada en la CEE —en tanto en cuanto perjudicaba el vínculo de Londres con la Commonwealth— significaría el fin de Reino Unido como Estado independiente y, por tanto, el fin de mil años de historia.

Por muchos aplausos que generase este discurso entre sus correligionarios, su sucesor al frente del *Labour*, Harold Wilson, no podría evitar seguir los pasos de Macmillan en 1967 —a los tres años de instalarse en Downing Street— encontrándose también con el escollo infranqueable personificado en la figura del general De Gaulle, contrario a que la incorporación de la “pérfida Albión” —sin suficientes credenciales europeístas— desvirtuase la Comunidad.

Aunque, poco antes, Wilson hubiese situado la frontera oriental de su país en el Himalaya, la cruda realidad de la economía doméstica —que empezaba a merecer a Reino Unido la etiqueta de “enfermo de Europa”— le había obligado a proclamar el repliegue militar de las tropas destacadas al este de Suez —lo que suponía un duro golpe a las pretensiones posimperiales de la vieja *Britannia*, incapaz de mantener sus antiguas responsabilidades como metrópoli— y, tras una nueva tentativa de acercamiento a los Seis a través de la EFTA, a pedir —esta vez sí, de forma incondicional, para decepción de muchos de los suyos y, seguramente, de él mismo— la adhesión al Mercado Común, que se seguía identificando, antes que nada, como la oportunidad más realista para que el país de la *Union Jack* preservase su estatus mundial.

Siendo el *premier* más cercano al ideal europeísta durante nuestro periodo de estudio, Edward Heath tendría más motivos que su predecesor —incluso emocionales— para apostar por la participación en la Comunidad, que perseguiría sin descanso tras hacerse con el poder en junio del 70, aprovechando que —tras la caída de Charles De Gaulle— los vientos soplaban más fuerte que nunca a favor del *élargissement*.

Ahora bien, el líder *tory* —con problemas en casa para hacer valer su autoridad— sería incapaz de contagiar su entusiasmo en los Comunes e incluso de rentabilizar su gesta: si en un primer momento necesitaría el apoyo de un nutrido grupo de diputados laboristas para conseguir el respaldo a la entrada —que le negaban sus propios compañeros de filas en la mayor rebelión *tory* desde mayo de 1940— luego sufriría para tramitar la legislación que debía hacerla posible. Sin duda, toda una premonición de las dificultades que, en adelante, encontraría la cuestión europea en Westminster.

Así pues, en 1973, menos de tres décadas después del fin de la última guerra, Reino Unido se adhería a regañadientes y por puro pragmatismo a un proyecto que, en sus orígenes, había despreciado sin ambages y que, según fue evolucionando, había tratado de neutralizar sin éxito.

Para más inri, los primeros pasos de la vieja *Britannia* en el Club irían acompañados de cierto drama: ni la CEE lograría convencer al pueblo anglosajón de su potencial por el retraso en ofrecer los esperados beneficios —en gran parte, fruto del estallido de una crisis económica mundial que tardaría en abandonar a Europa occidental— ni el nuevo

miembro norteño convencería a sus socios de su compromiso con la integración, ya que tan pronto como 1975 el *Labour* de Wilson —de vuelta en el Gobierno e incapaz de ofrecer una postura común sobre la cuestión europea— convocaba el primer referéndum de la historia del país para que el veredicto popular pusiese fin a un debate que amenazaba con romper a su formación, tal y como acabaría ocurriendo años más tarde al escindirse un sector del ala moderada para fundar el Partido Socialdemócrata (1981).

Al igual que David Cameron en su día, esta consulta iría precedida de una renegociación de los términos que vinculaban a Londres con Bruselas; en este caso, de aquellos que habían sido acordados en el momento de la entrada por el Gobierno de Heath y de los que el futuro primer ministro laborista, James Callaghan, había llegado a decir que suponían el fin de la identidad nacional británica.

Más allá del oportunismo que podría encerrar este plan de acción, las demandas planteadas por el equipo de Wilson a sus colegas continentales —léase, entre otras, la revisión de la PAC y de su contribución financiera a la caja común, así como ciertas garantías sobre el control estatal de determinadas áreas— no morirían con él, sino que seguirían acompañando a sus sucesores. Esto no haría sino probar los continuos problemas de la vieja *Britannia* para digerir el acervo comunitario almacenado durante los años en los que se había mantenido al margen del Club, y que se había visto obligada a aceptar como el precio de su adhesión.

Curiosamente, aunque el Partido Laborista votaría en contra del nuevo *deal* alcanzado por su propio Gobierno, dos de cada tres británicos lo suscribirían al decantarse por la permanencia en la Europa de los Nueve: seguramente, más por exceso de miedo —dada la delicada situación que atravesaba el país— que de fervor comunitario. No obstante, este resultado no lograría frenar la deriva anti-MC —y, en general, izquierdista— del laborismo.

De hecho, al poco de coger el testigo de Wilson como jefe de la nación, Callaghan —que sería incapaz de tramitar a tiempo la legislación necesaria en las Islas para celebrar las primeras elecciones a la Eurocámara, obligando a postergarlas a 1979— prometía a los suyos luchar por una reforma radical de la Comunidad —reflejo del habitual inconformismo de Londres con el *status quo* del proyecto— para evitar que, en contra de

su voluntad, el partido aprobase como política oficial un nuevo referéndum o directamente la salida; opción, esta última, con la que el *Labour* —ya bajo el liderazgo de Michael Foot— se acabaría presentando a los comicios de 1983.

Por aquel entonces, los *tories* —bajo la batuta de Margaret Thatcher— se autoproclamaban como el partido de Europa, aunque su europeísmo fuese percibido con cierta desconfianza al otro lado del Canal. A ello contribuiría el contencioso presupuestario abierto por la Dama de Hierro nada más tomar asiento en Downing Street (1979), exigiendo literalmente a sus socios que le devolviesen su dinero: los pagos de Reino Unido a la Comunidad resultaban inaceptablemente elevados en comparación con lo que este obtenía del fondo común. He aquí una nueva negociación —que se extendería durante cinco años— de una de las cuestiones ya renegociadas por los laboristas a mediados de los setenta.

Ciertamente, el coste de la participación era —y seguiría siendo— un tema sensible en las Islas. De ahí que, durante la campaña del referéndum de 2016, uno de los principales argumentos sostenidos por los partidarios del *brexít* fuese que la pertenencia a la UE salía demasiado cara a los contribuyentes británicos y que, por tanto, era mejor cancelar la cuota de suscripción al Club para dedicar dichos fondos a otros fines más nobles, como el fortalecimiento del Servicio Nacional de Salud.

En cualquier caso, Thatcher acabaría consiguiendo en el año 84 su famoso cheque —una devolución no solo cuantiosa sino permanente, aunque al precio de producir un fuerte desgaste en la relación con sus homólogos— justo cuando el proyecto europeo necesitaba ser relanzado para superar la fase de estancamiento en la que se había instalado desde la década anterior, coincidiendo con la primera ampliación.

Para Londres —que deseaba exportar al continente su recién estrenado modelo económico liberal, luego también presentado como referente por el *New Labour* de Tony Blair— no hacía falta construir castillos en el aire: bastaba con perfeccionar el mercado interior, de tal forma que se convirtiese en un auténtico mercado único. Este objetivo encontraría eco entre sus socios, que incluso acordarían establecer una fecha tope para su cumplimiento (1992). Reino Unido se sentía cómodo ejerciendo de líder en materia

económica y muchos empezaban a preguntarse si, en adelante, se abriría un periodo de normalización en su matrimonio con la construcción europea.

Nada más lejos de la realidad. En un breve lapso de tiempo, el Gobierno de Thatcher volvería a adoptar una posición defensiva al comprobar cómo se pervertía su receta para la revitalización de la Comunidad: si para Londres el mercado único era un fin en sí mismo —y con esa idea pondría su firma en el Acta Única que debía hacerlo posible (1986)— para buena parte de las capitales comunitarias —que contaban con la connivencia de la Comisión Delors— la primera revisión sustancial del Tratado de Roma no debía ser sino la palanca que permitiese acelerar la llegada de la Unión Europea, consagrada unos años después en Maastricht (1991).

Todo ello explica que, en el 10 de Downing Street, el proyecto europeo dejase de ser visto como una oportunidad para convertirse en amenaza, tal y como reflejaría la Dama de Hierro en su célebre discurso de Brujas (1988): su Gobierno no había reducido el papel del Estado en las Islas para que ahora fuese reimpuesto desde Bruselas.

En el centro de la crítica al creciente intervencionismo del Berlaymont se encontraba, principalmente, la creación del euro —contemplado como embrión de los Estados Unidos de Europa, un escenario del todo inaceptable para Londres, que presentaría sin éxito planes monetarios alternativos que preservaban las divisas nacionales— así como el impulso de la Europa social —que la *premier* llegaría a identificar como una reversión de las ideas marxistas—. No debe sorprender, por tanto, que durante la campaña de las europeas del 89 el Partido Conservador pidiese el voto a sus conciudadanos para no vivir sometidos a los dictados del Ejecutivo comunitario.

Con toda esta retórica, Thatcher y los suyos abrían la veda del euroescepticismo —cuando no antieuropeísmo— *tory*, que ya no se volvería a cerrar hasta la consumación del *brexit*; máxime después de que la cuestión europea acabase precipitando la salida forzada de *Maggie* del poder, que si bien había accedido recientemente a que, en aras de una mayor disciplina, la libra entrase por primera vez en el Mecanismo Europeo de Cambio —acabando así, y muy a su pesar, con la libre flotación de la esterlina— en las semanas previas a su defenestración se oponía con vehemencia al avance hacia la UEM, ahora más temida todavía por la emergencia de la Alemania reunificada.

Esta actitud combativa, que mantenía aislada a la dirigente de Grantham en la Comunidad —y, en cierta medida, también en casa— convencería a muchos de sus compañeros de la necesidad de sustituirla por un nuevo rostro que defendiese con mayores garantías —y menores estridencias— el interés nacional; una traición que se acabaría consumando y que el sector thatcherista —pronto dominante en la formación conservadora— jamás olvidaría.

Con un perfil más constructivo, John Major sería el encargado de tomar las riendas, afrontando el reto de conciliar su aspiración a situar a Reino Unido en el corazón de Europa con su promesa de no ceder más soberanía a las instituciones, justo cuando los Doce se disponían a dar el mayor salto adelante en la historia de la integración.

En un primer momento, el nuevo *premier* lograría salvar esta aparente contradicción en Maastricht, cantando victoria por las cláusulas de exención concedidas a su país en los ámbitos monetario y social. Una vez más, y al igual que ocurriría en adelante con cada nueva CIG, la reforma de los tratados se había convertido para Londres en un ejercicio de limitación de daños; todo un reflejo de que, en contra de la opinión mayoritaria, a sus ojos el Club parecía ya hecho y no tanto por hacer.

Sin embargo, el desapego mostrado por los daneses —y, en menor medida, por los franceses con su *petit oui*— al pronunciarse poco después sobre la UE fraguada en tierras neerlandesas reactivaría la ofensiva del sector euroescéptico *tory*, que ya venía pidiendo la celebración de una consulta en las Islas para dar legitimidad al nuevo acuerdo. La causa de esta facción —que contaba con un apoyo creciente— saldría aún más reforzada al cabo de unas semanas, al producirse, en primer lugar, la salida fortuita de la libra del Mecanismo Europeo de Cambio —menos de dos años después de su anclaje— y, tras ella, la rápida recuperación de la economía doméstica, que alejaría la posibilidad de que, en un plazo razonable, Reino Unido decidiese adoptar la moneda única.

Tal sería la presión de los eurorrebelde sobre su propio Gobierno que Major se vería obligado a jugarse su propio pellejo planteando una moción de confianza que permitiese asegurar la ratificación del nuevo texto en Westminster (1993). Una vez superada —venciendo pero en absoluto convenciendo— y hasta su salida de Downing Street cuatro

años más tarde, el *premier* no se cansaría de pedir realismo y respeto por las diferencias a sus socios comunitarios, lo que, a grandes rasgos, se traducía en una férrea defensa del mantenimiento del veto en los temas más sensibles y en el rechazo a la Europa federal.

De acuerdo con la lógica anglosajona —que conectaba con su sempiterno minimalismo o, si se quiere, gradualismo— si algo había demostrado el accidentado nacimiento de la Europa de Maastricht era, precisamente, que la integración debía avanzar poco a poco y en armonía con el sentir de las distintas opiniones públicas, por lo que, ahora más que nunca, guiarse por el idealismo europeísta estaba fuera de lugar.

Precisamente, en abril de 1996 —coincidiendo con la crisis de las “vacas locas”, que desataría una disputa inédita entre Londres y Bruselas— el Gobierno de Major —incapaz de zafarse de la vigilancia constante del bando euroescéptico— se vería forzado a reabrir la vía plebiscitaria en las Islas, prometiendo —al igual que el *Labour* unos meses más tarde— que el pueblo tendría la última palabra en el hipotético caso de que su equipo llegase a recomendar la sustitución de la esterlina por el euro.

Con esta decisión, que generaba la expectativa de que el lugar de Reino Unido en la Unión estaría en manos de la ciudadanía —una posibilidad reavivada por sus sucesores al frente del partido, que aprovecharían cualquier mínimo avance en la integración para exigir una consulta— el líder de Surrey plantaba una de las semillas que, dos décadas más tarde, harían posible el *brexit*.

Con la llegada al poder del Nuevo Laborismo en mayo del 97, el proyecto europeo —que venía jugando una parte importante en la modernización de la izquierda anglosajona desde mediados de los ochenta, justo cuando el Club empezaba a mostrar especial sensibilidad por los aspectos sociales— volvía a ser presentado ante los británicos como una oportunidad —aunque, como era habitual, se siguiese aspirando a su reforma— más que como una amenaza: a las puertas del siglo XXI, Reino Unido debía participar y no aislarse en la mesa comunitaria. Este giro sería aprovechado por los *tories* para acentuar su deriva euroescéptica durante su larga travesía en la oposición, advirtiendo una y otra vez que el *Labour* de Blair vendería el país a Bruselas hasta el punto de hacerlo irreconocible.

A pesar de esta retórica, la política europea de ambos partidos exhibía más similitudes que diferencias. De hecho, por mucho que Tony Blair se presentase ante sus socios continentales como un europeísta apasionado, dispuesto a acabar con la ambigüedad de los suyos hacia Europa —un propósito que dependía en buena medida de la adopción del euro, que en contra de su criterio político no se acabaría produciendo— el nuevo *premier* dejaría claro a sus conciudadanos desde el principio que no dudaría en combatir cualquier intento de transformar a la UE en un superestado europeo. De ahí que la reforma de los tratados acordada tanto en Ámsterdam (1997) —en la que Londres se aseguraba un nuevo *opt-out*, esta vez respecto al Espacio de Libertad, Seguridad y Justicia— como en Niza (2000) fuesen celebradas en Downing Street por la modestia de su alcance.

Así pues, en lo referido a los procesos periódicos de revisión institucional, Londres seguía yendo a contracorriente, manteniéndose como la principal defensora de que la UE continuase siendo, ante todo, una comunidad de Estados-nación. Algo que volvería a mostrarse a propósito del proyecto de constitución europea; una idea que, ya solo desde el punto de vista nominal, estaba destinada a despertar recelos en un país que, a diferencia de sus vecinos, no tenía codificada su Constitución.

De ahí que, en un principio, esta propuesta fuese rechazada por los laboristas, que, sin embargo, no tardarían en aceptarla; eso sí, presentándola como un mero ejercicio de orden para tratar de minimizar su importancia y, de esta manera, evitar la reapertura del debate sobre la cuestión europea en las Islas. Incapaz de frenarlo —gracias, en parte, a la presión de los conservadores, apoyados en la capacidad de influencia de la prensa euroescéptica— el equipo de Blair accedería en abril de 2004 a que el nuevo texto necesitase el respaldo popular para que su país lo ratificase.

Sin embargo, el Gobierno se acabaría retractando de su compromiso tras conocerse, en la primavera de 2005, el rechazo de los pueblos francés y holandés al Tratado Constitucional. Este último sería rescatado en Lisboa en el año 2007, con una nueva versión a la baja que permitiría justificar a Downing Street —no sin polémica— que el referéndum había perdido su razón de ser.

Este acto final del mandato de Blair —reflejo de su incapacidad para potenciar la causa europeísta en las Islas— acabaría con su sustituto, Gordon Brown, decidiendo firmar en

solitario y sin la presencia de las cámaras el resultante Tratado de Lisboa; todo un símbolo del mensaje que el nuevo *premier* —con un europeísmo mucho más descafeinado que el de su predecesor— llevaba un tiempo transmitiendo: había llegado la hora de que la UE abandonase su introspección y se dejase de reformas institucionales para centrarse en cómo ser más competitiva en la nueva economía global.

Con el estallido de la crisis financiera mundial, el Partido Conservador sería devuelto al poder. Antes de su promoción al 10 de Downing Street, David Cameron había cumplido con su promesa de retirar a su formación de la familia europea conservadora —con la que muchos *tories* no se sentían identificados— al tiempo que pedía a los suyos que dejaran de dar la lata con la UE: no habría más cesiones de poder a Bruselas sin antes someterlas a votación popular. Este *referendum lock* sería asumido por los liberales, que cohabitarían con los *tories* en el Gobierno a partir de 2010 con un programa centrado, sobre todo, en la austeridad.

Precisamente, la delicada situación de la economía sería la que, a la postre, marcaría un punto de inflexión en la relación entre Reino Unido y la construcción europea, ya que el primero se desmarcaría de las distintas medidas adoptadas por la eurozona —entre ellas, los famosos rescates, el pacto de disciplina fiscal o la unión bancaria— para tratar de evitar su colapso. Si al otro lado del Canal se debatía sobre cómo fortalecer la Unión, en las Islas se hablaba más bien de la necesidad de repatriar determinados poderes; un conflicto de visiones que situaba a *Dave* en una posición indeseada, a sabiendas de que un eventual cambio de naturaleza del Club le acarrearía muchos problemas en casa.

Mientras tanto, Cameron no dudaba en presentar su gestión anticrisis como un ejemplo para sus vecinos, a quienes en ocasiones se llegaba a culpar por suponer un freno a la recuperación de la economía doméstica. De ahí que el político londinense no se mordiese la lengua al referirse a una eventual adopción del euro como una idea terrible.

Este contexto no haría sino envalentonar al sector *tory* más crítico con la UE que, al calor del ascenso imparable del UKIP, en octubre de 2011 armaba la mayor rebelión sobre Europa desde la II Guerra Mundial para solicitar la celebración de una consulta sobre el encaje de su país en la Unión.

Habría que esperar al verano siguiente para ver cómo el *premier* —al tiempo que se autoproclamaba como un euroescéptico sensato— empezaba a coquetear en público con dicha posibilidad, asumida como propia a principios de 2013 —justo cuando se cumplía el cuarenta aniversario de la entrada de Londres en la familia comunitaria— con su famoso discurso de Bloomberg: dada la supuesta falta de consentimiento democrático, su Gobierno buscaría un reacomodo de la posición de Londres en el Club si ganaba las próximas elecciones. En caso de encontrar satisfacción a sus demandas —que, advertía, serían de gran alcance— el líder *tory* se comprometía a defender la permanencia en un referéndum que viraría en torno a la continuidad o no en la Unión.

El acuerdo que Cameron acabaría extrayendo de sus socios quedaría muy lejos de las expectativas creadas en un principio por él mismo —principalmente, en lo relativo a las concesiones esperadas sobre el principio de libertad de movimiento, que se acabaría convirtiendo en el tema central y más espinoso de la negociación— dejando al desnudo la flaqueza del discurso de los *remainers*, incapaces de vender en cuestión de meses el mismo producto respecto al cual habían tratado de marcar distancias durante tantos años. Un producto que, para colmo, se encontraba en un momento de crisis existencial, al confluir, entre otras, las dificultades económicas, la crisis migratoria y el terrorismo fundamentalista.

Así pues, el proyecto europeo ya no solo era objeto de reforma —tal y como se solía presentar en las Islas— sino que ahora era también fuente de alarma y riesgos. Una imagen que la campaña del *brexit* sabría explotar con gran habilidad, teniendo acceso a un vasto campo emocional que, por su tradicional incomparecencia, estaba vedado para el bando contrario: Reino Unido debía tomar el control de su propio destino.

Aunque el resultado no estuviese escrito —menos todavía al tratarse de un referéndum, en el que el voto por una u otra opción podría esconder múltiples motivos— sí lo estaba la racionalidad de un hipotético voto contrario al *status quo*. Y así acabaría sucediendo. Y es que, tal y como había adelantado en los Comunes el propio David Cameron a finales de 2012, la salida de la vieja *Britannia* de la UE era un escenario perfectamente imaginable.

La **segunda hipótesis** de nuestra investigación, relacionada con la prensa española, planteaba que esta última siempre se había posicionado en contra de una hipotética salida de Reino Unido de la familia comunitaria por considerarla irracional, tanto en la consulta que tendría lugar en las Islas en el año 75 como en la más reciente de 2016. El segundo bloque de este trabajo debía dar respuesta a dicha cuestión y lo ha hecho ratificando nuestra tesis, si bien con matices.

Como se ha visto, desde los inicios de la integración europea —y por mucho que esta fuese observada con ciertas reservas desde las páginas de las cabeceras de nuestro país, en buena medida como respuesta a la exclusión de un miembro potencial como España— la prensa estudiada no dudaría en criticar la distancia tomada por los británicos respecto a la misma.

Ahora bien, el acercamiento de Londres a la Comunidad a principios de los sesenta coincidiría con el momento en el que los principales periódicos españoles —a la vez que el Régimen salía de su ostracismo y abrazaba la apertura económica— comenzaban a defender de forma unánime la adaptación de Madrid a los nuevos tiempos, lo que pasaba ineludiblemente por formalizar, de una u otra forma, su vinculación con el Club.

Ello explica que, a la altura del año 75, con Reino Unido recién estrenado como Estado miembro y España como Estado asociado que apuntaba hacia la adhesión —de la que le separaba la vigencia del caduco Régimen franquista, pronto suprimido— los cinco diarios analizados mostrasen mayores simpatías por la permanencia de los británicos en la Europa de los Nueve; no solo porque ello significase ir a favor de la corriente histórica —que también— sino, sobre todo, por las consecuencias económicas que la salida acarrearía a la vieja *Britannia*, ya que —aun sin recurrir a una retórica apocalíptica— todos identificaban el estado de las finanzas anglosajonas como el principal problema en las Islas. En cierta medida, se transmitía la idea de que estas no estaban en condiciones de seguir adelante por su cuenta; no se lo podían permitir.

De ahí que, efectivamente, la continuidad de Reino Unido en la CEE fuese presentada como la opción más razonable. Sobre todo desde las páginas de *ABC* y *LVE* —no por casualidad, las más amables con el proyecto europeo durante estos días— en las que se delimitaba con contornos muy bien definidos a los dos contendientes de la campaña: si el

bando del *remain* representaba la sensatez, los partidarios del *leave* eran identificados con el irrealismo, el extremismo e incluso el populismo.

Ahora bien, aunque la permanencia encontrase mucha más aceptación que la retirada en las publicaciones analizadas, *Arriba* y *Pueblo* mostrarían mayor equidistancia que los dos diarios anteriores: si en la primera se llamaba a no despreciar el peso de la historia y de la idiosincrasia nacionales, la segunda se mostraba menos crítica con los argumentos y, en general, con la campaña desplegada por el *leave*.

Por su parte, aunque el diario *Ya* se referiría a la participación en la unidad europea como un imperativo tanto político como económico —presentando, además, la victoria del sí en las Islas como una buena noticia para España en tanto en cuanto reforzaba a la Comunidad— la publicación de Edica aprovecharía la oportunidad que brindaba esta consulta para poner de relieve la necesidad de valorar con minuciosidad las implicaciones que comportaba dicha pertenencia, sobre todo en el ámbito de la soberanía —tal y como venían haciendo los británicos, con titubeos del todo comprensibles—.

Ya en 2016, la ofensiva de los diarios *ABC* y *LV* en contra del *brexit* sería mucho más acusada, no solo desde el punto cuantitativo —al fin y al cabo, la prensa española había adoptado un perfil bajo respecto a la consulta del 75— sino también cualitativo, desplegando un vocabulario mucho más directo y, en ocasiones, incisivo.

Desde su espacio editorial, ambos periódicos dejarían clara su postura: nadie ganaría con la eventual salida de Reino Unido de la UE, que no sería sino una decisión —al igual que la de convocar la consulta— ilógica e incluso suicida; un retorno al pasado o, directamente, un salto a la nada.

Esta lectura quedaría reflejada en el modo en que se presentaría desde sus páginas a los principales protagonistas del *leave*, con evidentes paralelismos respecto a su cobertura de la campaña de 1975, al coincidir arribistas como Boris Johnson —el Tony Benn contemporáneo— con chauvinistas como Nigel Farage —con un papel similar al desempeñado en su día por Enoch Powell— entregados a un discurso fundamentalmente primitivo y emocional.

Eso sí, a diferencia de lo ocurrido en el anterior referéndum, tanto *ABC* como *LV* se quedaban ahora huérfanos de figuras sobresalientes a las que apoyar entre los *remainers*. Esta vez, no había ningún Heath ni ningún Jenkins que mereciese el aprecio de ambas publicaciones y que representase la imagen de la sensatez con la que se seguía ligando — ahora con más vigor— la continuidad en el proyecto europeo.

De hecho, ambos periódicos lamentarían la falta de un discurso positivo entre los defensores de la permanencia, a los que plumas tan destacadas a lo largo de estas jornadas como la de Rafael Ramos —el corresponsal del diario barcelonés en las Islas— llegarían a acusar de caer en la exageración e incluso en el populismo, por mucho que el bando contrario se siguiese llevando la palma por recurrir a la xenofobia.

Con todo, algunos colaboradores habituales de *ABC* —una minoría— mostrarían cierta empatía por la causa de quienes favorecían la salida, criticando a Bruselas por desatender —tal y como habría ocurrido durante la reciente crisis de los refugiados— las inquietudes nacionales. Juan Manuel de Prada llegaría incluso a pedir a Londres que soltase amarras de la Unión.

No obstante, a nivel editorial, ni el decano de la prensa española ni el buque insignia de la familia Godó dudarían en presentar el *brexiteo* como el triunfo del populismo; en el caso del primero, insistiendo —dada la celebración inminente de elecciones en España— en la necesidad de tomar ejemplo y de apostar por la estabilidad, lo que obligaba a no contagiarse de la corriente antisistema procedente del otro lado del Canal, que solo redundaría en beneficio de Podemos y que podría acabar destruyendo al país.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### Principales archivos y bibliotecas:

Archivo Histórico de la Unión Europea (Florencia)  
Archivos Nacionales de Reino Unido (Kew, Londres)  
Biblioteca Nacional de España (Madrid)

Biblioteca de la London School of Economics  
Biblioteca de la Universidad de Manchester  
Biblioteca de la Universidad de Santiago de Compostela  
Biblioteca de la Universidad de Vigo

### Monografías y obras colectivas:

ADONIS, A.: *Half in, Half out: Prime Ministers on Europe*, Londres, Biteback Publishing, 2018.

ALASDAIR, B.: *Britain and the World since 1945*, Abingdon, Routledge, 2015.

ALFÉREZ, A.: *Cuarto poder en España. La prensa desde la Ley Fraga 1966*, Barcelona, Plaza & Janes, 1986.

BAKER, D. & SEAWRIGHT, D.: *Britain For and Against Europe? British Politics and the Question of European Integration*, Oxford, Clarendon, 1998.

BALE, T.: *The Conservative Party: From Thatcher to Cameron*, Cambridge, Polity, 2011.

BARRERA, C.: *Periodismo y franquismo. De la censura a la apertura*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1995.

BARRERA, C. y SÁNCHEZ, J. J.: *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*, Pamplona, EUNSA, 1992.

BAUN, M.: *An Imperfect Union: the Maastricht Treaty and the New Politics of European Integration*, Oxford, Westview, 1996.

BELOFF, M.: *Britain and European Union: Dialogue of the deaf*, Londres, Macmillan, 1996.

BJORN, H. y HIX, S.: *Sistema político de la Unión Europea*, Madrid, McGraw-Hill, 2012.

BLACK, J.: *A history of Britain*, Indiana, Indiana University Press, 2017.

BLAIR, A.: *Britain and the Negotiation of the Maastricht Treaty*, Aldershot, Ashgate, 1999.

BLAIR, A.: *Britain and the World Since 1945*, Abingdon, Routledge, 2015.

BLAIR, T.: *A Journey*, Londres, Hutchinson, 2010.

BOGDANOR, V.: *Britain and Europe in a troubled world*, Londres, Yale University Press, 2020.

BOOKER, C. y NORTH, R.: *The Great Deception: Can the European Union Survive?*, Londres, Bloomsbury, 2016.

BORRAT, H.: *Facer Europa: os periódicos, protagonistas pos-Maastricht*, Santiago de Compostela, Lea, 1997.

BROWN, G.: *My Life, Our Times*, Londres, The Bodley Head, 2017.

BULLER, J.: *National Statecraft and European Integration. The Conservative Government and the European Union, 1979-1997*, Londres, Pinter, 2000.

BULLOCK, A.: *Ernest Bevin: a biography*, Londres, Politico's, 2002.

BULLOCK, A.: *Ernest Bevin: Foreign Secretary, 1945-51*, Oxford, Oxford University Press, 1983

BUTLER, D. y BUTLER, G.: *British political facts, 1900-1994*, Londres, Macmillan Press Ltd., 1994.

BUTLER, D. y KITZINGER, U.: *The 1975 referendum*, Londres, Macmillan Press, 1976.

CALLAGHAN, J.: *Time and Chance*, Londres, Collins, 1987.

CAMERON, D.: *For the Record*, Londres, William Collins, 2019.

CAMPS, M.: *Britain and European Community*, Princeton, Princeton University Press, 1964.

CECCHINI, P.: *Europa 1992: una apuesta de futuro*, Madrid, Alianza, 1988.

CLARKE, H., GOODWIN, M. y WHITELEY, P.: *Brexit: Why Britain Voted to Leave the European Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

COLLINGS, D., SELDON, A. y SNOWDON, P.: *Blair Unbound*, Londres, Simon & Schuster, 2007.

CORBETT, R.: *The Treaty of Maastricht: From Conception to Ratification: A Comprehensive Reference Guide*, Harlow, Longman, 1993.

CRAFTS, N. F. R. y WOODWARD, N. W. C.: *The British economy since 1945*, Oxford, Clarendon press, 1991.

CRESPO, J.: *España en Europa, 1945-2000. Del ostracismo a la modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2004.

CROWSON, N. J.: *Britain and Europe. A political history since 1918*, Oxford, Routledge, 2011.

DADDOW, O.: *New Labour and The European Union: Blair and Brown's Logic of History*, Manchester, Manchester University Press, 2011.

DENMAN, R.: *Missed chances: Britain and Europe in the Twentieth Century*, Londres, Indigo, 1997.

DUFF, A., PINDER, J. y PRYCE, R.: *Maastricht and Beyond: Building a European Union*, Londres, Routledge, 1994.

DYSON, K. y FEATHERSTONE, K.: *The Road to Maastricht: Negotiating Economic and Monetary Union*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

EDEN, A.: *The memoirs of Sir Anthony Eden: full circle*, Londres, Cassell, 1960.

EVANS, G. y MENON, A.: *Brexit and British Politics*, Cambridge, Polity, 2017.

FERNÁNDEZ, D.: *Fundamentos económicos de la Unión Europea*, Madrid, Thomson, 2007.

FERNÁNDEZ, J. M.: *El thatcherismo. Historia y análisis de una época*, Universidad de Almería, Almería, 1999.

FERNÁNDEZ, J. y FUENTES, J. F.: *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España contemporánea*, Madrid, Síntesis, 1997.

FORNER, S.: *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

FORNER, S. y SENANTE, H.: *La unidad europea. Aproximaciones a la historia de la Europa comunitaria*, San Vicente del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2016.

FORSTER, A.: *Britain and the Maastricht negotiations*, Basingstoke, Macmillan, 1999.

FORSTER, A.: *Euroscepticism in Contemporary British Politics: Opposition to Europe in the Conservative and Labour Parties Since 1945*, Londres, Routledge, 2002.

GARNETT, M., MABON, S. y SMITH, R.: *British foreign policy since 1945*, Oxford, Routledge, 2018.

GEDDES, A.: *The European Union and British politics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2004.

GEORGE, S.: *Britain and European integration since 1945*, Oxford, Blackwell, 1991.

GIFFORD, C.: *Making of Eurosceptic Britain: Identity and Economy in a Post-Imperial State*, Farnham, Ashgate, 2014.

GILLINGHAM, J.: *The EU: An Obituary*, Londres, Verso, 2016.

GOWLAND, D.: *Britain and the European Union*, Londres, Routledge, 2017.

GOWLAND, D. y TURNER, A.: *Reluctant Europeans: Britain and European Integration, 1945-98*, Harlow, Longman, 2000.

GOWLAND, D., TURNER, A. y WRIGHT, A.: *Britain and European Integration since 1945: On the Sidelines*, Londres, Routledge, 2010.

GREENWOOD, S.: *Britain and European Integration since the Second World War*, Manchester, Manchester University Press, 1996.

GROB-FITZGIBBON, B.: *Continental drift. Britain and Europe from the end of Empire to the rise of Euroscepticism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

GUIRAO, F.: *Spain and the reconstruction of Western Europe, 1945-57: challenge and response*, Basingstoke, Macmillan Press Ltd., 1998.

HANSEN, D.: *European economic history. From mercantilism to Maastricht and beyond*, Copenhagen, Copenhagen Business School Press, 2001.

HEATH, E.: *The course of my life: my autobiography*, Londres, Hodder & Stoughton, 1998.

HENIG, S.: *The uniting of Europe: from discord to concord*, Londres, Routledge, 1997.

HEPPELL, T.: *From Winston Churchill to David Cameron*, Londres, Bloomsbury, 2014.

HIRSCH, A.: *On race, identity and belonging*, Londres, Vintage, 2018.

HOGAN, M.: *The Marshall Plan: America, Britain, and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

HOINVILLE y G. JOWELL, R.: *Britain into Europe: Public Opinion and the EEC 1961-75*, Croom Helm, Londres.

HOWE, G.: *Conflict of Loyalty*, Londres, Macmillan, 1994.

HUETA, M.: *Dos conservadores británicos ante la integración europea*, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid, 1999.

JENKINS, R.: *Churchill*, Londres, Pan Books, 2002.

JENKINS, R.: *European Diary, 1977-1981*, Londres, Bloomsbury Reader, 2012.

JENKINS, S.: *A short history of England*, Londres, Profile books, 2018.

JUDT, T.: *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*, Barcelona, Taurus, 2015.

KAISER, W.: *Using Europe, abusing Europeans. Britain and European integration, 1945-63*, Reino Unido, Macmillan Press Ltd., 1999.

KAVANAGH, D.: *Thatcherism and British politics: The end of consensus?*, Oxford, Paperbacks, 1990.

KERSHAW, I.: *Roller-coaster: Europe, 1950-2017*, Reino Unido, Allen Lane, 2018.

KING, A.: *Britain Says Yes: The 1975 Referendum on the Common Market*, Washington, American Enterprise Institute, 1977.

KITZINGER, U.: *Diplomacy and Persuasion: How Britain Joined the Common Market*, Londres, Thames & Hudson, 1973.

KYNASTON, D.: *Austerity Britain: 1945-51*, Londres, Bloomsbury, 2007.

LA PORTE, M. T.: *La política europea del régimen de Franco, 1957-1962*, Pamplona, EUNSA, 1992.

LETTIS, Q.: *Patronising Bastards: How the Elites Betrayed Britain*, Londres, Constable, 2018.

LIDDLE, R.: *The Europe dilemma. Britain and the drama of EU integration*, I. B. Tauris, Londres, 2014.

LIEBER, R. J.: *British Politics and European Unity: parties, elites and pressure groups*, Berkeley, University of California Press, 1970.

LINDNER, J.: *Conflict and Change in EU Budgetary Politics*, Nueva York, Routledge, 2006.

LODGE, G. y SELDON, A.: *Brown at 10*, Londres, Biteback, 2010.

LOWE, K.: *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.

LUNDESTAD, G.: *'Empire' by integration: The United States and European integration, 1945-1997*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

MACLEAN, D.: *British foreign policy since Suez, 1958-68*, Londres, Hodder & Stoughton, 1970.

MACMILLAN, H.: *At the End of the Day: 1961-1963*, Londres, Macmillan, 1973.

MACMILLAN, H.: *The Macmillan diaries: Prime Minister and after, 1957-66*, Londres, Macmillan, 2011.

MAJOR, J.: *John Major: The Autobiography*, Nueva York, Harper Collins Publishers, 1999.

MARR, A.: *A History of Modern Britain*, Reino Unido, Pan Books, 2009.

MARTÍN, J. A. y VILAMOR, J. R.: *Historia del Ya. Sinfonía con final trágico*, Madrid, CEU, 2012.

MAY, A.: *Britain and Europe since 1945*, Harlow, Longman, 1999.

MCCALLUM, R. B. y READMAN, A.: *The British general election of 1945*, Londres, Frank Cass & Co. Ltd., 1964.

MCSMITH, A.: *No Such Thing as Society: A History of Britain in the 1980s*, Londres, Constable, 2011.

MELLONI, A. y PEÑA-MARÍA, C.: *El discurso político en la prensa madrileña del franquismo*, Roma, Bulzoni, 1980.

MILWARD, A.: *The reconstruction of Western Europe, 1945-51*, Londres, Methuen & Co. Ltd., 1984.

MILWARD, A.: *The UK and The European Community, Vol. I: The rise and fall of a National Strategy, 1945-1963*, Londres, Routledge, 2012.

MONTABES, J.: *La prensa del Estado durante la transición política española*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1989.

MORAVCSIK, A.: *The choice for Europe. Social purpose and state power from Messina to Maastricht*, Nueva York, Cornell University Press.

MORENO, A. y NÚÑEZ, V.: *Historia de la construcción europea desde 1945*, Madrid, Alianza Editorial, 2017.

MORGAN, K. O.: *The people's peace: British history, 1945-89*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

NIALL, F.: *El Imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial*, Barcelona, Debate, 2005.

NORRIS, P.: *Electoral change in Britain since 1945*, Oxford, Blackwell Publishers, 1997.

O'MALLEY, C.: *Bonds Without borders: A History of the Eurobond Market*, Chichester, Wiley, 2015.

OUTHWAITE, W.: *Brexit: Sociological Responses*, Londres, Anthem Press, 2017.

OVENDALE, R.: *The foreign policy of the British Labour governments, 1945-1951*, Leicester, Leicester University Press, 1984.

PECHARROMÁN, J.: *Historia de la integración europea*, UNED, 2011.

- PELLING, H.: *A Short history of the Labour Party*, Londres, Macmillan, 1972.
- PFALTZGRAFF, R.: *Britain faces Europe*, Filadelfia, Universidad de Pensilvania, 1969.
- PINE, M.: *Pursuing Britain's membership of the European Community*, Londres, Tauris Academic Studies, 2007.
- RICHARDS, S.: *The Prime Ministers: Reflections on Leadership from Wilson to May*, Londres, Atlantic Books London, 2019.
- SANDERS, D.: *Losing an Empire, finding a role. British foreign policy since 1945*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 1990.
- SAUNDERS, R.: *Yes to Europe! The 1975 Referendum and Seventies Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.
- SCHULZ, M.: *Europa: la última oportunidad*, RBA, Barcelona, 2013.
- SELDON, A.: *Blair*, Londres, The Free Press, 2004.
- SELDON, A.: *Blair's Britain, 1997-2007*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- SELDON, A. y SNOWDON, P.: *Cameron at 10*, Londres, William Collins, 2016.
- SHIPMAN, T.: *All Out War: The Full Story of Brexit*, Londres, William Collins, 2017.
- STEPHENS, P.: *Britain Alone: The Path from Suez to Brexit*, Londres, Faber, 2021.
- STORY, J.: *The New Europe: politics, government and economy since 1945*, Oxford, Blackwell, 1993.
- STRASSER, D.: *La Hacienda de Europa: el derecho presupuestario y financiero de las Comunidades Europeas*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1993.

- TAYLOR, P.: *The limits of European integration*, Londres, Croom Helm, 1983.
- THATCHER, C.: *A Swim-on Part in the Goldfish Bowl*, Londres, Headline, 2008.
- THATCHER, M.: *Statecraft: Strategies for a Changing World*, Londres, HarperCollins, 2003.
- THATCHER, M.: *The Downing Street Years*, Harper Collins, 1993.
- THEAKSTON, K.: *British Foreign Secretaries since 1974*, Londres, Routledge, 2004.
- TIMOTEO, J.: *Historia de los medios de comunicación en España*, Barcelona, Ariel, 1989.
- TRATT, J.: *The Macmillan Government and Europe. A Study in the Process of Policy Development*, Londres, Macmillan, 1996.
- TURNER, J.: *Macmillan*, Harlow, Longman, 1994.
- TURNER, J.: *The Tories and Europe*, Manchester, Manchester University Press, 2000.
- URWIN, D.: *The Community of Europe: A history of European integration since 1945*, Londres, Longman, 1995.
- VENTOSO, L.: *No temblar ni aunque te corten la cabeza. De Inglaterra, el brexit y todo lo demás*, Madrid, Encuentro, 2017.
- WALL, S.: *A stranger in Europe: Britain and the EU from Thatcher to Blair*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- WALL, S.: *Reluctant European: Britain and the European Union from 1945 to Brexit*, Oxford, Oxford University Press, 2020.

WALL, S.: *The Official History of Britain and the European Community, Vol. II: From Rejection to Referendum, 1963-1975*, Londres, Routledge, 2013.

WALL, S.: *The Official History of Britain and the European Community, Vol. III: The Tiger Unleashed, 1975-1985*, Londres, Routledge, 2019.

WILKES, G.: *Britain's failure to enter the European Community 1961-63: The enlargement negotiations and crises in European, Atlantic and Commonwealth relations*, Londres, Frank Cass, 1997.

WILSON, H.: *The Labour Government, 1964-1970: A Personal Record*, Londres, Wedenfeld and Nicolson & Michael Joseph, 1971.

WILSON, H.: *The Labour Government, 1974-1976: Final term*, Londres, Wedenfeld and Nicolson & Michael Joseph, 1979.

YOUNG, H.: *Margaret Thatcher*, ABC, Barcelona, 2005.

YOUNG, H.: *This blessed plot. Britain and Europe from Churchill to Blair*, Londres, Papermac, 1998.

YOUNG, J. W.: *Britain and European unity, 1945-1999*, Reino Unido, Macmillan Press Ltd., 2000.

YOUNG, S.: *Terms of entry: Britain's Negotiations with the European Community, 1970-1972*, Londres, Heinemann, 1973.

ZARATIEGUI, J. M.: *Europa, no sin España: (1968-1978)*, Pamplona, EUNSA, 2017.

#### **Artículos de investigación:**

AREILZA, J. M.: "El Reino Unido en la Unión Europea" en *Política Exterior*, nº 51, vol. 10, mayo-junio 1996, pp. 97-109.

BAKER, D., GAMBLE, A. y LUDLAM, S.: “The Parliamentary Siege of Maastricht 1993: Conservative Divisions and British Ratification” en *Parliamentary Affairs*, nº 1, vol. 47, 1994, pp. 37-60.

BAR, A.: “El Reino Unido y la Unión Europea: inicio y fin de una relación atormentada” en *Teoría y Realidad Constitucional*, nº 40, 2017, pp. 141-80.

BULMER, S.: “New Labour, New European Policy? Blair, Brown and Utilitarian Supranationalism” en *Parliamentary Affairs*, nº 4, vol. 61, 2008, pp. 597-620.

CARNICERO, C.: “Un Reino Unido cada vez menos unido y más aislado” en *Política Exterior*, especial junio 2016, pp. 63-74.

COUPLAND, P.: “Western Union, ‘Spiritual Union’, and European Integration, 1948-1951” en *Journal of British Studies*, nº 3, vol. 43, julio 2004, pp. 366-94.

DADDOW, O.: “The UK Media and ‘Europe’: From Permissive Consensus to Destructive Dissent” en *International Affairs*, nº 6, vol. 88, 2012, pp. 1219-36.

DOMÍNGUEZ, L. y GONZÁLEZ, S.: “Europeísmo(s) en la posguerra: la opción británica por la cooperación intergubernamental” en *Historia y Política*, nº 44, 2020, pp. 23-53.

DOREY, P.: “Towards Exit from the EU: The Conservative Party’s Increasing Euroscepticism since the 1980s” en *Politics and Governance*, nº 2, vol. 5, 2017, pp. 27-40.

DUTTON, D.: “Anticipating Maastricht: The conservative party and Britain’s first application to join the European Community” en *Contemporary British History*, vol. 7, nº 3, 1993, pp. 522-40.

FRIEND, J. W.: “Nationalism and national consciousness in France, Germany and Britain: the year of Maastricht” en *History of European Ideas*, nº 2, vol. 18, 1994, pp. 187-98.

GARTON, T.: “Is Britain European?” en *International Affairs*, nº 1, vol. 77, enero 2001, pp. 1-13.

GEORGE, S.: “Britain: Anatomy of a Eurosceptic state” en *Journal of European Integration*, nº1, vol. 22, pp. 15-33.

GUIRAO, F.: “Brexit e integración europea: un binomio conceptualmente útil” en *Ayer*, nº 113, 2019, pp. 321-34.

HEATH, A., JOWELL, R., TAYLOR, B. y THOMSON, K.: “Euroscepticism and the Referendum Party” en *British elections & Parties Review*, nº 1, vol. 8, pp. 95-110.

MARTÍN Y PÉREZ DE NANCLARES, J.: “La Unión Europea ante el desafío del Brexit: de la Decisión de los Jefes de Estado o Gobierno a la activación del procedimiento de retirada” en *Actualidad Jurídica Uría Menéndez*, nº 43, 2016.

RAMIRO TROITIÑO, D. y KERIKMÄE, T.: “Margaret Thatcher: ¿precursora del brexit o europeísta ambigua?” en *Historia y Política*, nº 42, 2019, pp. 153-73.

SOWELS, N.: “From the ‘Thatcherisation of Europe’ to Brexit” en *Française de Civilisation Britannique* [online], nº XXIV-4, 2019, pp. 1-19.

TENORIO MACIÁ, J. C.: “Acuerdo Reino Unido-Unión Europea: el último intento por evitar el brexit” en *Revista de Estudios Europeos*, nº 71, enero-junio 2018, pp. 439-54.

WALLACE, H.: “Britain Out on a Limb?” en *Political Quarterly*, nº 1, vol. 66, enero 1995, pp. 46-58.

#### **Tesis doctorales:**

CHUNG HEE, L.: *The UK's negotiation of its EU budget rebate*, Tesis doctoral, Universidad de Glasgow, 2011.

## Otros documentos:

AUDICKAS, L., CRACKNELL, R., y LOFT, P.: “UK Election Statistics: 1918-2019: A Century of Elections”, House of Commons Library, documento de trabajo nº CBP7529, 27 de febrero de 2020.

BAGGINI, J.: *A very British populism*, Counterpoint, 2013.

BULMER, S.: “New Labour and the European Union 1997-2007: A Constructive Partner?”, SWP Berlín, documento de trabajo, marzo 2008.

DYSVIK, V.: “The road to Maastricht. Dynamic and formative forces in the EMU process”, Arena, documento de trabajo 2/97, febrero de 1997, Oslo.

GOODWIN, M. y MILAZZO, C.: “Britain, the European Union and the Referendum: What Drives Euroscepticism?”, Informe de Chatham House, diciembre 2015.

GOSTYŃSKA-JAKUBOWSKA, A.: “Cameron’s EU reforms: will Europe buy them?” en Centre for European Reform, diciembre 2015.

KEEP, M.: “The UK’s contribution to the EU Budget”, House of Commons Library, documento de trabajo nº CBP7886, 23 March 2018, 23 de marzo de 2018.

LAURSEN, F. y VANHOONACKER, S.: “The Intergovernmental Conference on Political Union. Institutional Reforms, New Policies and International Identity of the European Community”, documento de investigación del European Institute of Public Administration de Maastricht, Dordrecht, Martinus Nijhoff Publishers, 1992.

MELLOWS-FACER, A.: “General Election 2005”, House of Commons Library, documento de investigación 05/33, 17 de mayo de 2005.

MÉNDEZ, F. y MÉNDEZ, M.: “Referendums on EU matters”, estudio encargado por el Departamento Temático de Derechos de los Ciudadanos y Asuntos Constitucionales del

Parlamento Europeo bajo solicitud del Comité de Asuntos Constitucionales de la propia Eurocámara, 2017.

MILLER, V.: “The 1974-75 UK Renegotiation of EEC Membership and Referendum”, House of Commons Library, documento de trabajo nº 7253, 13 de julio de 2015.

MOURLON-DRUOUL, E.: “The UK’s EU Vote: The 1975 Precedent and Today’s Renegotiations” en Bruegel, junio 2015.

POWELL, C.: “La larga marcha hacia Europa: España y la Comunidad Europea, 1957-1986”, Real Instituto Elcano, documento de trabajo, 2014.

VAUGHNE, M.: “Leaving the EU”, House of Commons Library, documento de investigación 13/42, 1 de julio de 2013.

WARD, M.: “Statistics on UK-EU trade”, House of Commons Library, documento de trabajo nº 7851, 10 de noviembre de 2020.

### **Prensa y publicaciones periódicas:**

Hemeroteca:

*ABC, Arriba, Daily Express, Daily Mail, El País, Evening Standard, Financial Times, La Vanguardia/La Vanguardia Española, Pueblo, The Daily Telegraph, The Guardian/The Observer, The New York Times, The Sun, The Times y Ya.*

*Foreign Affairs, New Statesman, The Economist y The Spectator.*

Web:

*Daily Mail, El Correo, El País, El Periódico, Europa Press, Financial Times, The Daily Telegraph, The Guardian, The New York Times, The Sun, The Times y United Press International.*

*Foreign Affairs, New Statesman y The Spectator.*

**Recursos web:**

[Aei.pitt.edu](http://Aei.pitt.edu)

[Api.parliament.uk](http://Api.parliament.uk)

[Archiv.bundesregierung.de](http://Archiv.bundesregierung.de)

Archivo digital de Chatham House

[Assets.publishing.service.gov.uk](http://Assets.publishing.service.gov.uk)

[Bbc.com](http://Bbc.com)

[Brexitcentral.com](http://Brexitcentral.com)

[Conservativehome.blogs.com](http://Conservativehome.blogs.com)

[Conservativemanifesto.com](http://Conservativemanifesto.com)

[Conservative-speeches.sayit.mysociety.org](http://Conservative-speeches.sayit.mysociety.org)

[Consilium.europa.eu](http://Consilium.europa.eu)

[Cvce.eu](http://Cvce.eu)

[Ec.europa.eu](http://Ec.europa.eu); [Europa.eu](http://Europa.eu); [Eur-lex-europa.eu](http://Eur-lex-europa.eu)

[Gov.uk/government/speeches](http://Gov.uk/government/speeches)

[Gresham.ac.uk](http://Gresham.ac.uk)

[Johnmajorarchive.org.uk](http://Johnmajorarchive.org.uk)

[Labourmanifesto.com](http://Labourmanifesto.com)

[Labour-party.org.uk](http://Labour-party.org.uk)

[Margareththatcher.org](http://Margareththatcher.org)

Mile End Institute Blog

[News.bbc.co.uk](http://News.bbc.co.uk)

[Ons.gov.uk](http://Ons.gov.uk)

[Publications.parliament.uk](http://Publications.parliament.uk)

[Rtve.es](http://Rtve.es)

[Theconversation.com](http://Theconversation.com)

[Undocs.org](http://Undocs.org)

[Unhcr.org](http://Unhcr.org)

[Warontherocks.com](http://Warontherocks.com)

[Winstonchurchill.org](http://Winstonchurchill.org)

[Yougov.co.uk](http://Yougov.co.uk)

Youtube.com

**Recursos audiovisuales:**

Documental “History of Modern Britain”, Andrew Marr, emitido por la BBC en 2007.



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante